

# LA MADRE DE DIOS
# Y
# MADRE DE LOS HOMBRES

## Segun los Santos Padres y la Teologia

## Pe. J. B. TERRIEN

**Tomo 1 – La Madre de Dios**

**INDICE**

**Libro I**



**Libro II**



**Libro III**



**Libro IV**

## LIBRO PRIMERO

**El Dogma de la maternidade divina estudiado em sus fuentes reveladas, su naturaleza, su importância doctrinal y sus armonias con los fines de la Encarnacion**

## CAPITULO 1

**El Dogma de la maternidad divina en la Sagrada Escritura y en la tradición católica.—Antiguedad del título de "Madre de Dios".**

"*Si alguno rehusa confesar que el Emmanuel es verdaderamente Dios y que, por tanto, la Santísima Virgen es Madre de Dios, pues dio a luz según la carne al Verbo de Dios encarnado...; sea anatema*" (1).

Esta es la definición que solemnemente dio el Concilio de Efeso, tercero de los ecuménicos, contra la herejía de Nestorio; definición reiterada algunos años después (451) por el Concilio de Calcedonia y confirmada aun más expresamente por el Concilio segundo de Constantinopla, quinto entre los ecuménicos (2).

Enseñan, pues, los Concilios que María es real y es verdadeiramente Madre de Dios. Esta definición de los Concilios no introdujo un dogma nuevo; fue solamente la sanción oficial de la fe de la Iglesia, sanción a la que dio lugar la negación sacrílega de los innovadores.

**I.—** En efecto, nada hay en las Sagradas Escrituras atestiguado con más claridad que la maternidad divina de la Santísima Virgen. Las Sagradas Escrituras, esto es, el mismo Espíritu Santo que las inspiró, afirman con clarísima certeza, no sólo que la Santísima Virgen es madre de Jesús, sino que el Hijo concebido en sus entrañas es el mismo Hijo de Dios, el Verbo eternamente engendrado por el Padre, y Dios como Él. Leed el mensaje que el ángel Gabriel llevó a la Virgen María: "*He aquí que concebirás y darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Será grande y se llamará el Hijo del Altísimo... El Espíritu Santo descenderá sobre ti y te cubrirá con su sombra. Y por esto el Santo que nacerá de ti será llamado el Hijo de Dios*" (3).

¿Cómo es posible no ver en estas palabras la divinidad del Hijo, y, por consiguiente, la maternidad divina de la Madre? El hijo que ella va a concebir y va dar a luz, es el Santo, el Santo por excelencia; es el Hijo de Dios, de Dios Altísimo; no hijo adoptivo, no un hijo por gracia como los que por mediación de Jesucristo recibirán el ser de hijos de Dios, sino el Hijo de Dios por naturaleza, el Hijo unigénito, el Hijo propio de Dios, el verdadero Hijo, como Jesús se llamará a sí mismo y como lo proclamará su padre desde lo alto de los cielos.

Cuando leemos en San Juan que el Verbo que desde el principio estaba con Dios y era Dios; cuando leemos que el Verbo por quien todas las cosas fueron hechas, que es fuente de vida, luz que ilumina a todos los hombres que vienen a este mundo; cuando leemos que este Verbo, Él y no otro, se hizo carne y que habitó entre nosotros, ¿podemos dudar que María es Madre de Dios? Porque fue en ella, en su seno, donde el Verbo tomó nuestra carne, nuestra naturaleza, como en el seno del Padre, *in sinu Patris*, recibió la naturaleza por la que es Dios. Y este testimonio del apóstol San Juan tiene tanta más fuerza y es tanto más claro cuanto el evangelista escribió su Evangelio y especialmente esta primera página contra los que separaban en Jesucristo al Verbo de Jesús, a Dios del hombre.

Si el Evangelio diese pie, aunque sólo fuese con una palabra, para sospechar que primero fue concebido Jesús y después se le unió el Verbo creador, podríamos vacilar en llamar a María Madre de Dios; mas, lejos de eso, excluye terminantemente sospecha semejante. Él mismo que se presenta como Hijo de Dios, Dios mismo, llama a María su madre. San Pablo, el Apóstol por antonomasia, hablando "*de Cristo, nacido de los Patriarcas según la carne*", y, por tanto, de María, nos enseña "*que está por encima de todas las cosas, como Dios que es, bendecido en todos los siglos*" (4).

**II. —** Por eso la Santa Iglesia, heredera de los Apóstoles y sin cesar iluminada de manera infalible por el mismo Espíritu que dictó sus enseñanzas a los Apóstoles, ha reconocido, desde el principio de su existencia, en todos los tiempos, que María es Madre de Dios. Ofenderíamos a nuestros lectores si invirtiéramos largo tiempo en demostrar esta verdad.

"*Uno es nuestro médico, hecho y no hecho, carne y espíritu, Dios en el hombre, verdadera vida en la muerte, de María y de Dios*" (5).

El testimonio copiado es del gran mártir San Ignacio de Antioquía. Poco después, Ireneo, antes de finalizar el siglo II, el Santo y sabio obispo de Lyón, gloria de Francia, decía: "*El mismo que nació de Dios Padre, y no otro, nació de la Virgen, y las Escrituras dan testimonio del uno y del otro nacimiento. Siendo Hijo de Dios Nuestro Señor, es juntamente Verbo del Padre e Hijo del hombre*" (6).

Avancemos algunos años y oiremos a Tertuliano, que aplasta al hereje Praxeas con estas fulminantes palabras: "*Lo que la Virgen concibió, eso parió..., y aquel que nació, Dios es*" (7).

Después, en los tiempos de la lucha contra Pablo de Samosata, que pretendía que el Verbo no se había hecho carne, sino que se había contentado con habitar en un hombre, un sabio doctor eclesiástico exclamaba a su vez:"*Esto no sería la generación de Dios, sino la negación de la generación... Una Virgen, hija de la Vida, ha dado a luz al Verbo viviente y subsistente del Padre*" (8).

Pasemos al siglo IV y veremos brotar de la pluma de San Ambrosio expresiones como ésta: "*Encinta del Verbo, la Madre del Señor está llena de Dios.*" *Mater Domini Verbo foeta. Deo plena est* (9).

Esta era la fe de la Iglesia años y siglos antes que el Concilio de Efeso sancionase, en favor de María, con la autoridad infalible de su sentencia, el título y condición de Madre de Dios. Podrían multiplicarse los testimonios tomados de todas las partes del mundo cristiano. Y bien se ve que todos ellos vienen a reducirse a este artículo del símbolo que rezan los fieles de todos los pueblos y de todas las edades: "*Creo en Dios Padre, todopoderoso ... y en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nació de Santa María Virgen*" (10).'

Pues si el Hijo único de Dios fue concebido y nació de María, ¿cómo es posible que María no sea Madre de Dios? Ahora bien, repitámoslo, esta creencia es tan antigua como la Iglesia, porque los primeros testigos de la tradición la ofrecen, no como una regla de fe inventada en su tiempo, sino como la fe de su bautismo, universal y constantemente profesada en la Iglesia de Dios (11).

Considerando todo lo anteriormente expuesto, ¿a quién podrá maravillar que los Padres del Concilio de Efesoinvocaran a porfía contra Nestorio toda la tradición católica, con la

firme persuasión de que esto bastaría para aniquilar sus blasfemias, oponiéndoles el testimonio de los santos y de los doctores de los siglos precedentes? (12).

Y no solamente el dogma de la maternidad divina fue desde los tiempos primitivos de la Iglesia objeto de la fe de todos los cristianos, tanto de los simples fieles como de los maestros, pues el título mismo de Madre de Diosdesde aquellas primeras edades era ya usual en el lenguaje de los cristianos. Este título, que en el siglo IV se pretendió disputar a María, y que tan maravillosamente resume la fe de la Iglesia en el privilegio más grande de la Virgen Santísima, gozaba, por decirlo así, de derecho de ciudadanía en la Iglesia de Dios muy desde sus principios, aunque su uso no fuese tan universal como lo fue más adelante, cuando llegó a ser la expresión dogmática de la fe en la maternidad divina y como el antemural de esta verdad al ser combatida.

Del uso antiguo de este título de "*Madre de Dios*" hizo arma poderosísima San Cirilo de Alejandría contra los partidarios de Nestorio (13). Amigos de Nestorio, como Juan de Antioquía y Teodoreto, que no quisieron seguirle por el camino de su defección sacrilega, testifican también que "*los más antiguos predicadores de la fe ortodoxa están de acuerdo en conformidad con la tradición apostólica, en atribuir a María el título de Madre de Dios*" (14). Y aun pudiéramos alegar muchos otros testimonios en comprobación de lo que venimos demostrando, pues Orígenes, Metodio, Alejandro y Dionisio de Alejandría, Atanasio, Basilio, Epifanio, Gregorio Nacianceno y muchos más dan en sus escritos a cada paso el título de Madre de Dios a la Santísima Virgen (15). Pero lo que demuestra con mayor claridad y fuerza que todos los textos y que todos los testimonios, hasta qué punto este título de "*Madre de Dios*" era familiar a los fieles de la Iglesia primitiva, es la reconvención que les dirigía Juliano el Apóstata, años antes del Concilio de Efeso: "*Vosotros, los cristianos,* les decía—, *no cesáis de llamar a María Madre de Dios*" (16).

Y no se crea que este título fuese en la boca de los simples fieles o de los maestros de la fe fórmula vana y sin sentido real, porque San Gregorio Nacianceno, que por la profundidad y sublimidad de su doctrina, mereció el sobrenombre de **el Teólogo**, escribió por aquella época estas memorables palabras: "*Nosotros no separamos en Jesucristo al hombre de Dios, sino que confesamos que el uno y el otro son una misma persona... Si alguno negare que la Santa Virgen María es Madre de Dios, ese tal está fuera de la divinidad*", es decir, está separado de Dios, es hereje, reprobado (17).

**III.-** Hasta qué punto la doctrina expresada por el título de Madre de Dios y el mismo título habían penetrado en el espíritu y en el corazón de las masas cristianas y cuan profundamente habían arraigado en las mismas, demuéstrase por lo que acaeció cuando Nestorio tuvo osadía de proponer en Constantinopla las blasfemias que había aprendido de su maestro Teodoro de Mopsuesta. Según refiere el historiador Sócrates (18), la primera vez que aquel obispo, desde su cátedra episcopal, impugnó la Maternidad divina de María, se valió del presbítero Atanasio que, llevado por Nestorio de Antioquía a Constantinopla, era su confidente y depositario de sus secretos. Un día en que se celebraba una gran solemnidad, por orden del obispo subió a la cátedra Atanasio y empezó tributando grandes lovores a la bienaventurada Virgen María; pero después añadió que, por lo mismo que la Santísima Virgen merece alabanzas tan verdaderas, sería un crimen y locura pretender honrarla con elogios falsos. Por consiguiente, dijo, "*nadie ha de llamar a María Madre de Dios. María es una*

*mujer nada más, y Dios no puede nacer de una mujer"* (19). Esta acometida tan descarada contra la fe tradicional del pueblo cristiano, según refiere el mismo historiador, produjo entre los sacerdotes y entre los seglares turbación profundísima (20). Uno de estos últimos que era abogado de la emperatriz y después fue obispo de Dorilea, se levanto en medio de la iglesia y protestó contra semejante blasfemia (21). Grande fue el escándalo que se originó con el discurso de Atanasio; pero Nestorio, en vez de desautorizar a su portavoz, tomó la defensa de aquel discurso que él mismo había inspirado. "*De algunos días acá* —dijo en el primer sermón que después predicó— *estamos asediados por cuestiones frivolas. Se nos pregunta si es lícito dar a la Virgen María el título de Madre de Dios o si hemos de llamarla solamente Madre del hombre. ¡Dios tener madre! ¿Vamos a excusar a la gentilidad cuando da madres a los dioses? No, buen hombre; María no dio a luz a Dios ... La criatura no engendró a su Creador, sino a un hombre instrumento de la divinidad, a un hombre portador de Dios"* (22). Fué tal la indignación de los oyentes al oir palabras tan manifiestamente impías, que un monje, inflamado en santo celo, se adelantó en el momento de la Comunión, para acusar de herejía a Nestorio e impedirle la participación en los divinos misterios. El pueblo entero de Constantinopla, exceptuados algunos fautores del obispo, se abstuvo de comunicar con el (23). Pues bien, cuando esta controversia era más ardiente, acaeció un hecho que prueba cuan universal era la fe en la maternidad divina de María en aquella época y cuan extendida estaba entre todas las clases de la sociedad cristiana. **Proclo**, consagrado recientemente obispo de Cízico, fue a Constantinopla para desempeñar su antiguo oficio de predicador del pueblo, oficio que seguía ejerciendo aun después de su elevación al episcopado. Otros dicen que fue por invitación especial de Nestorio. Como quiera que fuese, lo cierto es que la concurrencia de fieles fue muy numerosa, pues se celebraba una de las fiestas más solemnes. Proclo, encendido en santo celo por la gloria de María, contra lo que esperaba Nestorio, comenzó su discurso con estas palabras, pronunciadas con voz vibrante: "*Homilía acerca de Nuestra Señora la Madre de Dios*". A estas palabras, el auditorio prorrumpió en aplausos y aclamaciones, que se repitieron durante el sermón (24). No queremos alargar más el relato de esta lamentable historia, pues lo dicho basta y sobra para demostrar que la Iglesia, pueblo y sacerdocio, con perfecto acuerdo, profesaba la maternidad divina de María. El mismo Nestorio lo reconocía así, por cuanto nunca recurrió a los testimonios de los Padres, y de los fieles decía: "*Veo que los pueblos están llenos de religión y piedad; pero ignoran de todo en todo la verdadera ciencia de Dios. No los recrimino; pero digo con vergüenza que los encargados de enseñar no han dedicado el tiempo que debían a explicar estigmas con precisión y claridad*" (25). De esta suerte, el mismo Nestorio confesaba que tenía contra sí el sentir de la Iglesia universal.

De ahí el santo alborozo del pueblo cristiano cuando la tan deseada definición dogmática de la maternidad divina de María, con que fue proscrito el error y confirmado solemnemente a María el título de Madre de Dios. Véase cómo un testigo autorizadísimo, San Cirilo de Alejandría, refería la condenación de Nestorio en la carta que escribió al clero y al pueblo de Alejandría. Primeramente dice que el Concilio se reunió en la iglesia mayor de Efeso, consagrada bajo la advocación de María, Madre de Dios; y luego añade: "*Después de pasar el día entero en este santuario, condenamos a Nestorio, a quien el temor alejó de la reunión de los Padres y, por sentencia solemne, lo depusimos de su sede y lo privamos del episcopado. Nos reunimos unos doscientos obispos, pocos más o menos. Toda la ciudad, desde la mañana hasta la tarde, esperó impaciente el juicio y sentencia del Santo Concilio. Cuando, por fin, supo que el autor de tantas blasfemias había sido despojado de su dignidad, con voz unánime, comenzaron a bendecir al Concilio y a glo-*

*rificar a Dios por la caída del enemigo de la fe. Cuando salimos de la iglesia, fuimos conducidos a nuestras casas al resplandor de antorchas y hachones, pues era ya de noche. Por doquier había un regocijo delirante, por doquier hogueras. Delante de nosotros iban mujeres con braserillos, en los que queman incienso. Así demostró el Salvador su omnipotencia a los que le querían arrebatar su gloria*" (26).

Después de un testimonio tan categórico, ¿quién se atreverá a negar que el culto de la Madre de Dios era patrimonio común de los fieles antes del Concilio de Efeso? (27).

**NOTAS**

(1) San Cirilo, Patriarca de Alejandría, lanzó doce célebres anatemas contra el hereje Nestorio, obispo de Constantinopla, quien dividía a Nuestro Señor en dos personas: la una nacida de Dios, y la otra de María, ésta nacida en el tiempo, y aquélla desde toda la eternidad. El Concilio de Efeso, que so reunió por la autoridad del Papa Celestino para condenar la nueva herejía, sancionó aquellos anatemas, de los cuales el primero de todos es el que hemos transcrito.

(2) El canon del quinto Concilio ecuménico, segundo de Constantinopla, tanto más notable cuanto da a conocer, refutándolos al mismo tiempo, los subterfugios inventados para ocultar el error o para hacerlo plausible, es el siguiente: "Si alguno no llama en su verdadera acepción, sino solo en sentido impropio. Madre de Dios a la santa, gloriosa y siempre Virgen María o bien así la llamare sólo en un sentido relativo, creyendo que es puramente un hombre el que nació de ella y no el Verbo de Dios que se encarné en ella, de suerte que, según él, el nacimiento del hombre sea atribuido al Verbo, porque éste unió así al hombre que acababa de nacer; o bien si calumniare al Concilio de Calcedonia, como si hubiese llamado a la Virgen *Madre de Dios* en el mismo sentido blasfematorioque el impío Teodoro; y también si alguno llamare a la Virgen Madre del hombre o Madre de Cristo, pero como si Cristo no fuese Dios; en fin. si no la confesare Madre de Dios en la significación propia y verdadera de la palabra, porque el Verbo do Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, tomó carne en ella en los últimos días, y que así fue como el santo Concilio de Caledonia la reconoció piadosamente por Madre de Dios; sea anatema." Canon sexto, entre los catorces relativos a los Tres Capítulos.

(3) Luc. , I, 31, 32

(4) Rom., IX, 5.

(5) San Ignacio *ep. ad. Ephes*., n. 7. P. G. V. 552 sq.

(6) San Ireneo *adv. Haeres*., L. III, c 19, n. 2. 3. P. G. VII, 940, 941.

(7) Tertuliano *c. Prax*.. c. 27. P. L. II, 190. Quod concepit. id peperit ... sed ille qui natus est Deus.

(8) Epist. adv. Pauluin Samosat., Concil. Labbe, IV (edic. Coleti, Venec,1728) ,col. 876. Esta carta es atribuida frecuentemente a San Dionisio de Alejandría ; no es suya, según el parecer de varios críticos; pero cuando menos, es de su tiempo.

(9) San Ambrosio *in Luc., L. II, n. 25. P. L. XV, c. 152*1.

(10) Esto es lo que sustancialmente dice el símbolo de los Apóstoles, bajo las varias formas que reviste en las diversas Iglesias. Véase el Enchiridion de denzinger, n. 1 y sigs.

(11) Cf Denzinger, 1. c, n. 1.

(12) S. Cyrill. Alex., *Apolog. pro XII Capp*. P. G. LXXVI. 320 sq.

(13) Este argumento lo esprimió muy particularmente San Cirilo de Alejandría, el campeón inmortal de la divina maternidad do la gloriosísima Virgen. Oigámoslo: "*Yo veo* — escribe— *que el obispo Atanasio, de eterna memoria, la llama frecuentemente Madre de Dios, y lo mismo nuestros bienaventurados padres Teófilo. Basilio. Gregorio, Ático y muchos santos obispos que vivieron en aquellos tiempos ... Y, en efecto, si Nuestro Señor Jesucristo es Dios, ¿quién puede dudar que aquella que lo enfrendra sea la Madre de Dios? Esta es la fe que los discípulos de Dios nos han transmitido, esto es lo que los Santos Padres nos han enseñado.*" S. Cyrill. Alex., *ep. 14, ad Acacium*. P. G. LXXVII, 97. Cf., *ep*. 8. Ibíd.. 59.

(14) Joan. Antioch, *ep. ad. Nestor*., n. 4. P. G. LXXVII, 1456. Theodoret., *Haeret. Fabul*, I. IV, e. 2. P. G. LXXXVin, 436.

(15) Cf. Petav., *De Incarnat*., L. V. c. 15, n. 9, sq.

(16) San Cirilo de Alejandría, Contr. Julian, 1. VIII, P.G. LXXVI, 901

(17) San Gregorio Naciaceno, ep. ad Cledon., I. P.G. XXXVII, 177.

(18) Socrat., Histor. L. VII, c. 32, P.G. LXVII, 808, sq.

(19) San Cirilo cuenta en la octava de sus cartas que el obispo Doroteo, otro de los secuaces de Nestorio, estando este presente gritó delante del pueblo: "Si alguno dijere que María es Madre de Dios, sea anatema". P.G. LXXVII, 60

(20) Socrat., *Histor. Eccles., 1, c*. Cf Eheopan., *H. Eccl*. P. G. CVIII, 1225

(21) San Cirilo parece que relaciona esta protesta no con el discurso de Atanasio, sino uno de los primeros sermones del mismo Nestorio.

(22) Néstor., serm. I, r. 6, 7. P. L. XLVIII. 760, 761 (Ínter Opp. Marii Mercal).

(23) Cf. P. Garnier. *Praefat. in II parten, Opp. Marii Mercator*, P. L. XLVIII, 703, 704.

(24) Consérvase todavía el sermón de San Proclo, a que nos referimos en el texto. Su principio es éste: "La solemnidad de la Virgen, hermanos míos, provoca a nuestra lengua para que celebre sus alabanzas." Cf. P. G. LXV, 080, sq. Una circunstancia muy digna de notarse: este discurso, tan justamente celebrado, fue pronunciado en una de las fiestas más solemnes de María: probablemente en la fiesta de la Anunciación, como se deduce del exordio y del resto del sermón. Sobre estos pormenores historicos merece ser leído el El P. Garnier. i. c. 705, 706.

(25) Néstor., *serm. 2*, ab init. Ibid.. 363.

(26) S. Cyrill. Alex., ep. 24. P. G. LXXXVII, 137.

(27) Algunos han pretendido que la iglesia principal de Efeso recibió el título de Iglesia de la *Madre de Dios* por haberse reunido en ella los obispos que condenaron al enemigo por antonomasia de la Madre de Dios. La carta citada de San Cirilo da un rotundo mentís a semejante opinión. Dicha carta fue escrita inmediatamente después de la deposición de Nestorio y de la proscripción de su herejía, ahora bien, como hemos visto, dice en ella expresamente San Cirilo que la reunión conciliar "se celebró en la iglesia mayor de Efeso que se llama de *María Madre de Dios*: Por tanto, ya entonces tenía ese título.

## CAPITULO 2

**De cómo María, permaneciendo virgen, fue madre, y cómo siendo madre de un hombre, es Madre de Dios - Razones por las que se atribuye al Espíritu Santo la concepción de Cristo en el seno de María.**

Penetremos en el misterio de la maternidad divina y procuremos tener cabal concepto de lo que creemos. La Iglesia no prohibe estas investigaciones, antes las permite, las aprueba, y aun las alienta, con la condición de que no sean presuntuosas, como si pudiéramos nosotros comprenderlo todo, ni independientes, como si nos fuese lícito rechazar aquello que exceda la capacidad de nuestro entendimiento. El estudio legítimo, aquel del cual los Santos Padres y los maestros de la Teología nos han dado ejemplo y trazados normas, empieza en la fe y en la fe acaba. *Fides quaerens intellectum*, dice San Anselmo, esto es, la fe trabaja para entender mejor lo que cree, y así creerlo con más perfección en tanto que llega la revelación plena, reservada para la vida venidera.

El dogma de la divina maternidad descansa sobre dos principios: María es Madre de Jesús, real y verdaderamente su Madre; siendo Madre de Jesús, por el caso mismo, es Madre de Dios, porque Jesús, cuya Madre es, no es un hombre divinizado, sino la persona única del Hijo de Dios hecho hombre por nosotros. He aquí lo que creemos, he aquí lo que procuramos declarar, pidiendo luz a los maestros de la Sagrada Teología.

**I. —María es verdaderamente la Madre de Jesús**.

¿Cuál es en efecto, el oficio propio de todas las madres en ese trabajo maravilloso que da un hombre al mundo y un servidor a Dios? Primeramente, la madre, de su misma substancia viva, prepara el germen cuya fecundación misteriosa y cuya animación, aún más misteriosa, producen un nuevo ser; luego, antes de dar a luz este nuevo ser, lo desarrolla con su acción maternal hasta que él pueda vivir con vida propia y desprenderse del seno que lo calienta, como se desprende el fruto maduro del árbol en que brotó. Esta es, en lo substancial, la función propia de una madre en la obra de la procreación de los seres humanos.

Y ésta fué también la doble parte que tuvo María en la formación del hombre por excelencia, Nuestro Señor Jesucristo. Prueba de esta verdad son las palabras del Arcángel el día de la Anunciación: "*He aquí* - dijo a María— *que tú concebirás en tus entrañas y parirás un hijo que llamarás con el nombre de Jesús.*" Así dijo, porque el término de la primera influencia maternal es la concepción y el término de la segunda es el nacimiento. Nada hace al caso de que María no produjese ella misma y por propia virtud el alma de su fruto, porque esto tampoco es prerrogativa de las otras madres; basta que con su concurso vital cooperase como las demás a hacer a la materia capaz de recibir el alma hace al caso de que María no produjese ella misma y por propia de Dios, autor de la naturaleza. Nada, ciertamente, tan claro como esta identidad de concurso entre la maternidad de la Virgen y la de las demás mujeres.

Mas aquí la ignorancia o quizá la impiedad nos pueden salir al paso para objetarnos: **¿Cómo os atrevéis a decir que en María se hallan todos los elementos de una verdadera maternidad, cuando, según la fe católica. María concibió virginalmente por la sola operación del Espíritu Santo, con exclusión de otro cualquier agente exterior, por necesario que sea su influjo para la producción de los seres vivientes?** Sí, nos atrevemos a decirlo, y

podemos probarlo con toda verdad. El que Dios haya querido, para honor de la Madre y para gloria del Hijo, prescindir en esta concepción de todo lo que pudiera empañar la pureza virginal de la misma, no es obstáculo alguno para que María cumpliese perfectamente todas las funciones propias de la madre. Se suprimió, o, digamos mejor, se suplió de una manera sobreeminente por el Espíritu Santo, un oficio; pero no fue el de la Madre, sino el del Padre.

El milagro en la formación de la naturaleza humana de Jesucristo no se ha de buscar del lado de María; lo hay ciertamente, y más deslumbrante que el mismo sol, pero es en la virtud formativa, en esa virtud que no es virtud de hombre, sino virtud del Altísimo, que cubrió con su sombra a María e hizo fecunda su virginidad.

"*¿Cómo sucederá lo que me anuncias?* —pregunta la más pura de las vírgenes al arcángel—. *Porque yo no conozco varón, es decir, yo no tengo ni puedo tener ninguna relación incompatible con mi virginidad.*" El ángel le respondió: "*El Espíritu Santo descenderá sobre Ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra*" (1).

¿Entendéis el prodigio de esta concepción y cómo María puede llegar a ser madre y verdaderamente madre, por una operación más encumbrada y más santa que cualquiera influencia de un agente creado, por la operación fecundadora del Espíritu Santo? ¿Negaréis, acaso, a Dios el poder de suplir la acción de su criatura y de producir por sí mismo un efecto que en el orden natural de las cosas Él quiere producir por medio del varón?

Conviene advertir en este lugar, para consuelo de los fieles, la analogía maravillosa que hay entre la generación temporal del Hijo de Dios por naturaleza y el nacimiento espiritual de los hijos adoptivos de Dios. Volvamos a leer el Evangelio: "*¿Cómo llegaré yo a ser madre de mi Dios; yo, cuya virginidad no conoce varón? El Espíritu Santo descenderá sobre ti*", y lo demás que ya sabemos. "*¿Cómo un hombre ya viejo podrá volver a nacer?*", pregunta también, pero con un corazón menos puro y menos dócil, Nicodemus, el fariseo a quien Jesucristo predica la regeneración espiritual de los hijos de adopción. Y Jesús le responde: "*En verdad, en verdad ninguno puede entrar en el reino de Dios si no renace del agua y del Espíritu Santo*" (2).

Esta misma idea había expresado ya el Evangelista en el prólogo de su Evangelio, cuando decía del Verbo hecho carne: "*A todos aquellos que lo han recibido les dio el poder de ser hechos hijos de Dios; pero hijos que en modo alguno han nacido de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios*"(3). De manera que en la una y en la otra generación falta la acción del hombre; cedió su puesto a la operación del Divino Espíritu. Ved por qué el Hijo único del Padre es, no sólo por Sí mismo, sino también por su generación temporal, ejemplar y modelo para nosotros que hemos nacido de la gracia.

Aunque el Espíritu Santo sea, juntamente con María, principio del Verbo Encarnado, no se le puede llamar su padre, y la razón, es evidente. Porque, si bien la operación del Espíritu Santo y el influjo paterno tienen un efecto idéntico, es muy diferente la manera de producirlo. El Espíritu Santo no comunica nada de su substancia, y la naturaleza formada por él en el seno virginal de María no es de la misma especie que su propia naturaleza; esto basta para excluir toda idea de paternidad verdadera. Por las mismas causas no se puede decir que María sea, en sentido propio, esposa del Espíritu Santo, aunque se le dé a veces este título, pero en un sentido amplio y por lejana analogía.

Fuera de esta diferencia fundamental entre la acción del Espíritu Santo y la operación del principio exterior en la obra de la generación natural, se da otra que merece ser considerada atentamente. Dejando a un lado ciertas teorías fisiológicas casi univeralmente aceptadas en la Edad Media, no es absolutamente cierto que la creación del alma y su infusión en el cuerpo coincidan de todo punto con la acción fecundadora del principio exterior, pues parece natural que un desarrollo, por lo menos inicial, del organismo preceda a la unión del alma racional con el cuerpo al que el alma va a comunicar el ser y la vida. Mas no fue así en Jesucristo. La virtud formativa del Espíritu Santo es tan eficaz, que con tocar la materia puede hacerla apta para la unión. Luego este cuerpo podrá desarrollarse; los órganos, unos tras de otro, se irán esbozando con el debido orden, siguiendo las leyes normales del crecimiento. Pero en el mismo instante en que el cuerpo de Jesucristo recibió la operación formativa de la virtud del Altísimo, cubriendo a María con su sombra, el alma tomó posesión del cuerpo; desde aquel instante el movimiento y la vida que tiene el cuerpo los recibe del alma.

Esta es la doctrina expresa de los Santos Padres. Oíd a **San Juan Damasceno**, y oyéndole a él oímos a todos los otros (*De fide Orthodox*., *L. III, c. 2. P.G. XCIV, 985 et seq*): "*En el punto mismo en que la Santísima Virgen dio su consentimiento, el Espíritu de Dios, conforme a la palabra del Señor de que fue portador el ángel, descendió sobre ella para purificarla* (Quiere decir para santificarla de una manera más elevada) *y para darle la fuerza necesaria con que recibiera la divinidad del Verbo y engendrar su carne. Entonces la Sabiduría y la Virtud subsistente de Dios Altísimo la cubrió con su sombra* (Para San Juan Damasceno, como para muchos Santos Padres: San Atanasio, San Gregorio Niseno, San Cipriano. San Hilario..., la virtud del Altísimo es en este punto la segunda persona de la Trinidad.); *en otros términos, el Hijo de Dios, consubstancial al Padre, como una semilla divina, de la purísima y castísima sangre de la Virgen se formó una carne animada por un alma inteligente y racional; no ciertamente conforme al modo ordinario de la procreación humana, **non id quidem seminali procreatione,** sino guardando el modo propio del Soberano Artífice, esto es, por obra del Espíritu Santo; y esta formación del nuevo cuerpo no se hizo sucesivamente, como si hubiese procedido de la naturaleza, sino en un solo instante, por la omnipotente virtud del Verbo de Dios; y el Verbo, produciendo la carne, se la unió en su propia persona. Es que el Verbo de Dios no tomó una carne preexistente en una hipóstasis creada..., por lo cual en el primer instante de su existencia esta carne fué a la vez carne del Verbo, carne animada, carne participante de la inteligencia y de la razón ("Simul atque caro exstitit, simul Dei Verbi caro, simu! caro animata, rationis particeps et intelligentiae"). Por consiguiente, no adoramos a un hombre simplemente divinizado por gracia, sino a un Dios hecho hombre. Dios mismo, perfecto en su naturaleza, ha venido a ser hombre perfecto en la nuestra... unido como está personalmente, sin confusión, sin mudanza, ni división con la carne que tomó de la Virgen, carne animada por un alma inteligente y racional, carne a la que le ha sido dado el ser, no en sí misma, sino en el Verbo*".

Esta es una de las cuestiones que los teólogos escolásticos han tratado con mayor diligencia. Todos unánimemente afirman que en el momento en que María pronunció el fiat que la hizo Madre, en aquel mismo instante el Espíritu Santo formó de su pura y virginal substancia una carne apta para recibir el alma buena; en aquel mismo instante esta carne vivificada por un alma racional fue unida substancíalmente al Verbo de Dios. Por tanto, no hubo ningún intervalo entre estas tres cosas: la formación del cuerpo de Jesucristo, la unión del mismo cuerpo con el alma en la unidad de una sola naturaleza humana, y la entrada de esta naturaleza en la persona del Verbo hecho carne. Quizá algunos hayan exagerado el espacio de tiempo que, en las concepciones comunes, transcurre entre la primera fecundación del germen y la

infusión del alma: acaso también la opinión acerca del grado de organización requerida para que el alma racional se una al cuerpo en formación, sen más incierta y aun más falsa. La cuestión presente no depende de estas teorías f¡siológicas. Lo que los teólogos indicados pretenden enseñar y lo que nosotros hemos do enseñar con ellos, es, ya lo hemos dicho, que en Nuestro Señor la carne sagrada que recibió de su Madre no existió jamás fuera de la unión substancial con el alma y de la unión personal con la divinidad. En lo demás, estos mismos teólogos enseñan también que el cuerpo orgánico de Cristo, unn vez vivificado por el alma, se desarrolló siguiendo las leyes naturales, es decir, en las condiciones que en todas las demás madres influyen en el desarrollo de su fruto.

Si preguntáis las razones por las cuales los teólogos aludidos insisten con tanto tesón en este punto, os darán dos principales, que citamos, tomándolas de Santo Tomás (3 p., q. 33, a. I) : "*Ipsa formatio corporis (Christi), in qua principaliter ratio conceptionis consistit, fuit in instanti, duplici ratione : primo quidem, propter virtutem agentis infinitam, scilicet Spiritus Sancti, per quem Corpus Christi est formatum, ut supra dietum est : tanto enini nliquod agens potest citíus materiam disponere, quanto mnjoris virtutis est: unde agens infinitae virtutis potest in instanti materiam disponere ad debítam formam (quae est anima) ; secundo, ex parte personae Filli cujus corpus formabatur ; non enim erat congruum ut Corpus humanum assumeret nisi formatum (anima scilicet rationalí) : si autem ante formationem perfectam aliquod tempus concepionis praecessisset. non posset tota conceptio attribuì Filio Dei, quae non attribuitur ei nisi ratione assumptionis : et ideo in primo instanti quo materia adunata pervenit ad locum generation¡s, finí, perfecto formatum corpus Christi et assumpum ; et per hoc dicitur ipse Filius Dei conceptus ; quod ali ter dici non posset.*"

**II. — Estas explicaciones bastan para demostrar que María es verdadera madre, madre virgen, del hombre;**pero no aclaran cómo viniendo a ser madre del hombre vino a ser Madre de Dios; las últimas reflexiones solamente lo han insinuado. La solución de esta cuestión depende enteramente de una verdad que es capital entre todas: este hombre, cuya Madre es la Virgen, este hombre que ella produjo de su substancia bajo la operación omnipotente del Espíritu Santo es personalmente el Hijo Eterno de Dios. ¿Por qué una mujer es madre de tal o cual persona? Porque esa persona ha recibido de ella, por vía de generación, su propia naturaleza, el pertenecer a la estirpe humana; en una palabra, el ser hombre y el ser este hombre.

Ahora bien, el Verbo de Dios, que desde toda la eternidad subsistía como Hijo del Padre, porque de Él había recibido, por vía de generación, la naturaleza divina, se dignó en los tiempos novísimos recibir de la Virgen, y también por vía de generación, su naturaleza humana. ¿Por qué, pues, no ha de ser hijo de la Virgen con el mismo título que es Hijo del Padre, hijo de la Virgen en cuanto hombre. Hijo del Padre en cuanto Dios? Decidnos, Este cuerpo, ¿es el cuerpo de Dios? Esta naturaleza humana, ¿es la humanidad de Dios? Si lo negáis, trastornáis el misterio mismo de la Encarnación, porque tanto valdría como negar que Dios se hizo hombre. Si lo afirmáis, con eso decís que la bienaventurada Virgen es verdaderamente Madre de Dios, pues Dios tiene de ella el cuerpo y la humanidad por los cuales es hombre.

No objetéis, como lo hacía insidiosamente Nestorio, que María no es una **diosa** que haya concebido y dado a luz la **naturaleza divina**. Dios Padre tampoco ha concebido o dado a luz la naturaleza humana del Verbo encarnado. Si, pues, la unidad de persona subsistente en la una y en la otra naturaleza basta para que el Padre pueda decir de este hombre: "*Este es mi Hijo muy amado en quien he puesto todas mis complacencias*" *(Matth., III. 17)*, ¿por qué la misma unidad no permitirá a María decir, a su vez, del Verbo hecho carne en ella: "*He aquí a mi hijo;*

*yo lo he engendrado hoy"? (Psalm. II, 7)*. En ambos casos se da igual razón, pues así María como el Eterno Padre comunican a Jesucristo, por vía de generación, su propia naturaleza: el Padre, la divinidad; María, la humanidad.

Mas no es necesario remontarse tan arriba para resolver la dificultad. Oigamos de nuevo al Ángel de las Escuelas: "*Si alguno pretende con Nestorio que la bienaventurada Virgen no tiene derecho a ser llamada Madre de Dios, pretextando que el Verbo de Dios no ha recibido de ella la divinidad, sino únicamente su carne mortal, ése tal ignora manifiestamente el sentido de sus palabras. Una madre puede merecer este título sin que todo lo que constituye a su hijo se derive de la propia substancia de la madre. En efecto, el hombre es un compuesto de alma y cuerpo, y menos es hombre por razón del cuerpo que por razón del alma. Ahora bien, en ningún hombre el alma procede de la madre: prodúcela inmediatamente, por creación, Dios... Por consiguiente, de la misma manera que una mujer es, con toda verdad, madre del hombre que recibió de ella el cuerpo, así la bienaventurada Virgen debe ser llamada Madre de Dios, si el cuerpo de Dios ha sido tomado de su substancia. Ahora bien, un cuerpo es el cuerpo de Dios desde el momento que entra en la unidad de la persona del Hijo de Dios, verdadero Dios como su Padre*".

S. Thom.. Competid. Theo., e. 222. Podría objetarse contra esta respuesta del Doctor Angélico: És verdad que una madre no produce el alma de su hijo y tampoco es ella quien la une al cuerpo, pero no es extraña a esta doble operación, porque a ella toca preparar los materiales del ser futuro, preparación que conforme a la ley de naturaleza y al orden de la Providencia, reclama la infusión del alma, y, por consiguiente, que Dios la cree. Es verdad, y hay que confesarlo, que el oficio maternal de María no exige **naturalmente** la unión del Verbo con la materia elaborada por María, y por esta razón, esta unión es el milagro de los milagros; pero es falso decir o que María no puede ser Madre de Dios sin llenar estrictamente estas condiciones, o que en ella nada hay que predisponga su fruto para esta incomprensible unión.

Hay primeramente su consentimiento, en forma expresa solicitado por Dios, que se valió del ministerio del arcángel, y en forma expresa dado también por María, cuando pronunció el **fiat** de la Encarnación, como demostraremos en su lugar. Hay, además, en ella esas virtudes incomparables y esa plenitud de gracia por la que mereció ser escogida entre todas las demás para Madre de Dios. Hay sobre todo, en ella la operación del Espíritu Santo que la hizo virginalmente fecunda, y este es el punto que se ha de considerar con más atención. Es cosa sabida que el oficio de madre, para que sea eficaz, es decir, para que dé a la materia del nuevo ser el grado de formación que reclamo la infusión del alma, es necesario que sea completado por la acción de un principio exterior, por la acción del padre. Pues bien, existe cierta analogía entre esto y lo que aconteció en la concepción del Hijo de Dios hecho hombre. ¿Qué dijo, en efecto, el arcángel Gabriel a María? "*El Espíritu Santo vendrá sobre Ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra.*" He aquí el suplemento divino del principio exterior que obra en las concepciones ordinarias. Dios pudo desde aquel momento unir el alma al cuerpo virginalmente producido, pues llenaba las condiciones que reclaman la infusión del alma. Y como este compuesto del alma y cuerpo no es solamente una obra común y ordinaria del hombre, sino también obra del Espíritu fecundador de Dios, fue de altísima conveniencia que fuese recibido, no en una persona humana, sino en la persona misma de Dios. Las palabras del Angel: "*Y por esto el Santo que nacerá de Ti será llamado Hijo de Dios: Ideoque et quod nascetur ex te Sanctum, vocabitur Filius Dei:* estas palabras, repetimos, expresan esta conclusión : que una fecundación virginal lleva consigo la concepción, no solamente de un hombre, sino de un

Hombre de Dios: conclusión difícil de negar cuando han sido bien comprendidas aquellas palabras. Pero nótese bien que no decimos que el término producido sea el mismo Hijo de Dios, porque el Espíritu Santo al producirlo le comunique su propia naturaleza divina; lo que decimos y de lo que nos persuade el texto sagrado es que de una fecundación tan alta se puede inferir la divinidad del fruto. Por el origen mismo del Hijo de la Virgen se advierte que no es una pura criatura como nosotros. Más adelante veremos cómo los Santos Padres afirman unánimemente que un Dios no puedo nacer sino de una virgen; que una virgen no puede dar a luz sino a un Dios. Por consiguiente, el modo mismo de formación del cuerpo de Jesús pedía la unión del Verbo con la materia elaborada por la Santísima Virgen en concierto con el Espíritu Santo. Y dedúcese, por último, que este conjunto de razones basta plenamente para echar por tierra la objeción que ha motivado esta nota.

Y nada importa que este hijo haya existido, y por cierto desde toda la eternidad, antes que aquella mujer a quien llamamos su madre. Esta es también objeción que propuso el impío Nestorio. ¿Es creíble, decía, que un hijo tenga más edad que su madre? Si el hijo tiene una sola naturaleza, ciertamente no es creíble. Mas sí lo es cuando el hijo, preexistiendo como Dios en su naturaleza divina toma, por vía de generación, una segunda naturaleza, la nuestra, de una madre mortal. Siendo anterior a esta madre en cuanto a la naturaleza divina resulta posterior a la misma en cuanto a la naturaleza humana; Verbo desde el principio, antes que todo principio, por su nacimiento eterno; hombre en medio de los años, por nacimiento temporal.

Pero **insisten los enemigos de la Virgen María**: Para que haya verdadero nacimiento, ¿no es necesario que el hijo reciba de su madre la existencia? ¿Y cómo puede recibir de su madre la existencia aquel que existe antes que ella? Sutilezas vanas son éstas que se desvanecen a la luz de la fe. Nosotros no decimos que Jesucristo recibiese de María **su ser de persona**, pues enseñamos que es eterno. Lo que nosotros decimos es que recibió de ella **su ser de hombre**, al recibir de ella y por ella la naturaleza por la que es hombre. En las generaciones puramente humanas hay producción de la naturaleza, y, mediante ella, producción de la persona, porque la persona no existe ni subsiste sino en esta única naturaleza. En la generación temporal del Hijo de Dios, de la cual fue el principio María, hay, como en todas, exceptuada siempre la generación eterna del Verbo, producción de naturaleza; pero esta producción no envuelve la producción de la persona, porque la persona que se apropia esta naturaleza para subsistir en ella es anterior a todos los siglos. ¿Qué aconteció, pues, a esta persona en virtud de la generación materna? Pues que de hoy más subsiste en dos naturalezas: es Dios, como su Padre, por la naturaleza divina; hombre, como nosotros, por su naturaleza humana. Y María, por eso mismo que produjo de su propia substancia esta naturaleza humana, produjo **al hombre**, o, hablando con más exactitud, produjo la persona, pero solamente en cuanto a esta persona es hombre.

Ahora podemos entender mejor por qué los Santos Padres y los Doctores insisten con tanta energía en esta idea capital: la humanidad formada en el seno de María no existió nunca, ni un solo instante, fuera de la unión personal con el Verbo. Y asimismo entenderemos por qué la misma operación del Espíritu Santo, que formó en María esta carne animada de un alma racional, **la unió al formarla** al Hijo único de Dios. Suponed que por un instante la carne de Jesucristo no haya sido pertenencia y propiedad del Verbo; María no sería Madre de Dios. La flor que se abrió sobre su tallo no sería flor divina. Hablemos sin metáfora: un hombre, y

simplemente un hombre nada más, sería lo que María hubiera concebido: porque la naturaleza humana que comenzara a existir sin pertenecer al Hijo de Dios, participaría de la suerte común de cualquier otra naturaleza producida en el seno de la mujer; tal naturaleza subsistiría en sí misma, y sería, por consiguiente, una persona; pero una persona puramente humana. Ahora bien, esto sería la negación radical de la maternidad divina.

Y aunque supongáis que, transcurrido cierto tiempo, el lapso más pequeño, Dios se tomase aquella naturaleza humana y la hiciese suya y subsistiese en ella desde entonces, desde el momento de tal unión tendríais un Hombre Dios, pero no tendríais una Madre de Dios, porque este Hombre Dios no sería fruto de la concepción virginal de María. Sería formado en su seno; pero no sería Hombre Dios **desde** su seno, pues, al principio, otra persona, y no divina, habría poseído aquella naturaleza humana.

Y ahora hablen los **Santos Padres**: "*Dios se encarnó no uniendo a sí una carne ya formada..., un alma preexistente. La carne y el alma de Cristo vinieron a la existencia en el momento preciso en que la persona del Hijo de Dios los recibió en su unidad... La carne no fue carne antes de ser la carne del Verbo; desde el mismo instante en que fue animada por el alma racional, fue la carne animada del Verbo Dios, pues no en ella, sino en **él**, recibió la existencia*" (*S. Sophronius Hiorosolym., Epist. synod. ad Serg., lecta et approbata in Conc. VI. abb. Conc. (Venet. 1729), VII. 896).* Este texto es de **San Sofronio** de Jerusalén. Las mismas expresiones y quizá más enérgicas leemos en **San Juan Damasceno:** "*No, el Verbo no se unió a una carne que ya existiera por sí misma. Entrando en las entrañas de la Santísima Virgen para habitar en ella, pero sin quedar circunscrito por ellas, formó con la más pura de su sangre esta carne animada de un alma racional, a quien él mismo sirve de hipóstasis. El mismo instante la vio carne, carne del Verbo de Dios, carne animada por un alma inteligente... Y por esto decimos que el hijo de la Virgen Madre no es un hombre divinizado, sino un Dios hecho hombre*" (*S. Joan. Damac, De Fide Orthodox.. I.. III. c. 2. P. G. XCIV. 985, 988*).

"*¿Cómo, dice otro de nuestros antiguos Doctores, cómo la humanidad de Cristo podría ser una persona, cuando nunca existió por sí misma y en su propia hipóstasis, ya que recibió el ser y la consistencia en el Verbo de Dios que se la apropió?" (Theodor. Presbyt. Rayth. L. de Incarnat., P. G. XCI. 1493. Este **Teodoro** era abad del Monasterio de Raihta, localidad de la Arabia, según unos, de Egipto, en los alrededores del mar Rojo, según otros).* **San Máximo**, en uno de sus opúsculos, enuncia la fórmula de nuestra fe acerca del misterio de la Encarnación como sigue: "*El Verbo unió consigo, en su persona, una carne tomada de María, carne consubstancial a la nuestra...; una carne que ni un punto había subsistido en sí misma, porque **en el Verbo de Dios vino a la existencia**" (S. Maxim., Epist. ad Joan. Cubicul. P. G.. XCI. 468).* Palabras de energía sin igual, y que hallamos textualmente en **San Juan Damasceno** *(S. Joan. Damasc, 1. c, L. III, c. II, 1024: Cf. Rustic. diacon., Disp. c. Acephal. P.G. LXVII, 1234. 1239).*

Con los Padres latinos concuerdan sus hermanos de Oriente; véase, si no, este texto del Papa **Juan II**, en el que, después de haber enseñado de Cristo que es perfecto en sus dos naturalezas, añade: "*Y su carne no existió antes de ser unida al Verbo, sino que recibió en el Verbo mismo el principio de su existencia" ("In ipso Verbo initium ut esset arcepit". Joan. II, ep. ad Avien., apud Petav., De Incarnat. L. IV. e. II)*. Así lo testifica también este pasaje de una carta del Papa **San León**: "*El Señor no unió a sí ni un alma que haya precedido a la unión, ni una carne que no saliese del cuerpo materno. La naturaleza que tomó de nosotros no era una naturaleza anteriormente creada; pues con un **mismo acto la hizo suya** y le comunicó el ser" (Dominus... nec animam quae anterior exsti-*

*tisset, nec carnem quae non materni corporis esset, accepii. Natura quippe nostra non sic asumpta est ut prius creata, sed ut ipsa assumptione crearetur).*

Séame permitido citar también la respuesta dada por un ortodoxo a un partidario de Apolinar, en un diálogo que por mucho tiempo se atribuyó a San Atanasio, y que es de grande antigüedad: "*Los santos*, dice el hereje, *han participado del Verbo; el Verbo participa del hombre. ¿Dónde está, pues, la diferencia?* Responde el ortodoxo: *La diferencia está en que los santos han existido primeramente en sí mismos y después vinieron a ser participantes del Verbo de Dios; pero no ocurrió esto con el hombre concebido en el seno de la Virgen. El Dios Verbo que existía antes que todos los siglos, queriendo hacerse hombre, santificó a la Virgen, y tomando de ella un cuerpo de hombre, lo unió consigo, no después de su existencia anterior, sino **en la misma existencia***". *(Dial. de Trinit., IV inter opera S. Athan., P. G., XXVII, 1257.)*

Justiniano, en su profesión de fe, en el Concilio V, segundo de Constantinopla, afirma con gran energía la misma doctrina: "*La unidad de la hipóstasis o la persona significa que el Verbo de Dios... no se asoció a un hombre preexistente, sino que él se formó de la Virgen y en el seno de la misma Virgen una carne animada por un alma inteligente, es decir, una naturaleza humana... Y fue en el Verbo en quien esta naturaleza recibió el comienzo de su existencia*".

De todo lo que precede se deriva una consecuencia muy digna de notarse. Puesto que las dos naturalezas, la naturaleza divina y la naturaleza humana, pertenecen a la misma persona, la una siendo con ella una misma cosa; la otra, teniendo en ella su primera existencia, no hay, por tanto, en Jesucristo más que un ser personal *("Esse divinae personae pertinet ad utramque naturam". Santo Thom. iv III Sent., D. 6, q. 2, a. 2).*

Y como quiera que desde toda la eternidad la persona del Verbo existió antes que la unión de las dos naturalezas, y una persona divina es esencialmente inmutable tanto en su ser como en sus demás perfecciones, dedúcese que ella y no otra nueva persona salida de la unión de las dos naturalezas es la que posee estas dos naturalezas y subsiste en la una y en la otra. Sucede, pues, con la naturaleza humana de Jesucristo algo parecido a lo que acaece con los alimentos cotidianos, que se introducen en la economía de nuestra substancia sin que por esto se desdoble nuestra personalidad.

Según opinión de algunos teólogos, sería necesario imaginar entre la naturaleza humana y la persona del Verbo una gracia creada; gracia de unión, sin la cual, a juicio de los aludidos teólogos, no se concibe cómo Dios esté más en la naturaleza humana que en el alma de los justos. El Ángel de las Escuelas les responde con estas palabras: "*Dios está en la humanidad de Cristo diversamente de como está en las demás criaturas, en cuanto que el mismo ser de la persona divina se comunica a la naturaleza humana*" *(S. Thom., in III Sent., D. 18, q. 3, a. I, ad 8*).

Pero —vuelven a objetar aquéllos— cuando el Espíritu Santo desciende a un alma, su venida no puede explicarse sin la producción de un nuevo efecto en el alma. Por consiguiente, para que la persona del Hijo se una a la carne, también es necesario que se produzca en ésta alguna perfección creada; conviene, a saber, la gracia de unión. "*Es verdad*, replica el Angélico: *el Espíritu Santo se da de nuevo, no por razón de un cambio que se obre en el mismo, sino en virtud del cambio que se obra en la criatura por la recepción del don mismo de la gracia. Y por un cambio análogo el Verbo unió a sí la naturaleza humana: cambio que se ha de buscar, no en el Verbo, que es inmutable, sino en la humanidad, a la que el Verbo comunica no ya algún don creado, sino el **ser mismo increado de la persona divina***" *(Ibíd., ad 9).*

Resumamos esta hermosa, profunda y general doctrina. El Verbo eterno desciende al seno de la Virgen, atraído por el perfume de sus virtudes. Allí, por la operación de su divino Espíritu, se fabrica de la substancia purísima de María una carne humana, que desde el primer instante es suya; carne que no existió ni existirá jamás fuera de su persona; carne que halla en él su primer ser; carne para la cual es una misma cosa el ser hecha y el ser unida; carne, en fin, cuya unión con el Verbo es su creación, "*ut assumptione crearetur*". Fue, por consiguiente, concebida en la persona del Verbo y como perteneciente a la persona del Verbo; y, por consecuencia necesaria, sobre el Verbo, sobre el Verbo hecho carne, recae propiamente la concepción, con el mismo título con que recae sobre cualquier hombre concebido de mujer, porque no es a la naturaleza, sino a la persona existente en la naturaleza, a quien corresponde propiamente ser concebida.

Ahora bien, puesto que la Virgen tuvo en esta concepción de la carne de Cristo la misma parte que las otras madres, fuerza es concluir que concibió al Verbo en cuanto a su naturaleza humana, y, que, por derivación lógica, es verdadera Madre de Dios hecho hombre, verdadera Madre de Dios. Ved hasta dónde nos llevan estas dos verdades: ni la existencia de la carne animada del Salvador comenzó fuera del Verbo, ni su concepción se obró sin el concurso materno de María: verdades que la razón natural no puede alcanzar por sí misma, pero de las cuales la palabra divina nos da infalible seguridad.

Si el fin de esta obra lo permitiera, podríamos alargar aún estas consideraciones; pero menester es confesarlo: más allá de los límites que hemos tocado no hallaríamos el acuerdo unánime de los maestros, que hasta aquí nos ha guiado. Y es que la Iglesia, o mejor dicho, Dios por medio de su Iglesia, no ha resuelto claramente con su infalible autoridad los problemas agitados entre los teólogos. De donde procede tal divergencia en las soluciones, que sería prolijo y enojoso examinarlas aquí. Fuera de que ese estudio no interesa directamente a nuestra fe en la divina maternidad. Dejémoslo, pues, a los teólogos y estudiemos una cuestión que está más relacionada con la maternidad virginal de María, según nos la presenta el Santo Evangelio.

**III.**—La cuestión es la siguiente: **¿Por qué se atribuye especialmente al Espíritu Santo así la concepción milagrosa de la carne de Cristo como la unión de esta misma carne con el Verbo de Dios?** "*Concebido del Espíritu Santo, nacido del Espíritu Santo:* ***qui conceptus est de Spiritus Sancto, natus est de Spiritu Sancto*** dicen los Símbolos universalmente. Esto mismo anunció el Ángel a María cuando ésta le preguntó cómo podría concebir sin conocer varón: "*El Espíritu Santo descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra.*"

"*Pero*, dice **San Agustín**: *¿No es la Trinidad entera la que hizo esta gran obra? ¿No son todas las obras divinas inseparablemente del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo? Y entonces, ¿por qué atribuir sólo al Espíritu Santo esta obra por excelencia? ¿Acaso porque no se puede atribuir un efecto a una de las tres personas sin concebirlo como procedente de toda la Trinidad? Así es y puede demostrarse con numerosos ejemplos" (S. August., Enchirid, c. 38. P. L. XL, 251.)*

Y, sin embargo, el mismo **San Agustín** y en el mismo libro *(Id., ibíd., XL, 252)*, explica cómo estas atribuciones particulares no se hacen sin razón. Tienen, en efecto, su razón de ser en las analogías y afinidades especiales de la operación común con las propiedades de la persona a quien se hace la atribución (Si la acción de unir el Verbo a nuestra naturaleza es común a las tres personas, la fe nos enseña que la unión es exclusivamente propia de la segunda. Sólo

el Hijo de Dios tomó carne en María. San Buenaventura se sirve de una preciosa imagen para derramar alguna luz sobre estos dos misterios. Presenta tres jóvenes ocupadas en engalanar a una novia para la ceremonía nupcial. Mas como una de las tres es la novia, sola ella recibe las galas y al mismo tiempo se engalana. Pues del mismo modo, cuando nuestra humanidad pasó a ser la vestidurade la divinidad, las tres divinas personas concurrieron con una operación común para cubrir al Hijo con esta vestidura; pero sólo el Hijo quedó revestido de ella, entretanto que el Padre y ú Espíritu Santo lo revestían. Cf. Bonav., in III Sent., D. I, a. I. q. 2. ad 2). Cedamos la palabra otra vez al **Doctor Angélico**. Después de haber declarado cómo la concepción del cuerpo de Nuestro Señor y la unión de este cuerpo con el Verbo proceden de las tres divinas personas por una sola y común operación, propone tres razones principales, las cuales persuaden que debe apropiarse singularmente a la tercera.

"*Lo primero*, dice, *que reclama esta apropiación es la causa de la Encarnación considerada de parte de Dios. El Espíritu Santo, por su propiedad personal, es el amor del Padre y del Hijo. Ahora bien, la Encarnación del Hijo de Dios en el seno purísimo de la Virgen es por excelencia una obra de amor, porque el Salvador mismo ha dicho en su Evangelio:* ***"Tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Unigénito"*** *(Joan., III, 16)*. La segunda razón que pide aquella aprobación es la causa de la Encarnación, considerada de parte de la naturaleza que el Verbo hizo suya. En efecto, sabemos que si la humanidad del Salvador entró en la persona del Verbo no provino esto de méritos de la humanidad, como soñaron ciertos herejes, sino de pura liberalidad y bondad de Dios. ¿Y no es el Espíritu Santo Don substancial de Dios a quien las Escrituras Divinas atribuyen todas las gracias, conforme a la doctrina del Apóstol: Hay gran diversidad de gracias, pero un solo Espíritu? *(I Cor., XII, 4)*. Por último, la tercera razón que pide la dicha apropiación es la Encarnación considerada de parte de su término; porque el término de la Encarnación era hacer del hombre concebido por la Virgen María el Santo por excelencia e Hijo eterno del Padre.

Ahora bien, la tercera persona de la Trinidad, ¿no es el Espíritu Santo, la Santidad hipostática, el Espíritu de santificación? *(S. Thom., S p., q. 32. a. 1 ; col. III, D. 4, q. 1, a. 1.)*.

Vemos, pues, cómo el Doctor Angélico fundamenta la apropiación al Espíritu Santo de una obra esencialmente común a las tres divinas personas, en los tres caracteres personales del Espíritu Santo y en las tres relaciones del misterio de la Encarnación con aquellos tres caracteres.

El opúsculo anónimo acerca de la **Humanidad de Cristo**, inserto entre las obras de Santo Tomás, añade una cuarta razón, tomada de la naturaleza del Verbo. Es ingeniosa y merece, siquiera por esto, que la traslademos aquí. El teólogo autor del opúsculo nota muy bien cómo "el verbo del hombre, es decir, la palabra interior con la que todo hombre se dice a sí mismo el objeto de su pensamiento, lleva en sí la imagen viviente del Verbo eternamente concebido en el seno del Padre. Por esto dijo **San Agustín**: *Quien pueda comprender lo que es nuestro verbo, antes que se manifieste en los sonidos articulados de la voz y aun antes que la imaginación forme en nosotros la imagen de los sonidos, podrá contemplar cierta imagen del Verbo de quien está escrito: Al principio era el Verbo. Ahora bien, como el verbo humano se incorpora de alguna manera en la voz para revelarse sensiblemente a los hombres, así el verbo de Dios se revistió de nuestra carne para manifestarse al mundo. Pero la voz se forma del soplo (**spiritus**), del aliento del hombre; fue, pues, necesario que la carne de Cristo fuese formada por el soplo, es decir, por el Espíritu de Cristo*" o, por lo menos,

que esta formación fuese apropiada al Espíritu Santo *(Opusc. De Humanit. Christ., a. 3. Ínter opusc. S. Thom.*).

Y aún podría completarse la razón que el Doctor Angélico toma del amor. En el misterio de la Encarnación no sólo es de admirar la inmensa caridad de Dios para con los hombres. Si el Hijo de Dios desciende al seno de María para contraer en él, mediante ella, un matrimonio indisoluble con la naturaleza humana, desciende movido de las virtudes de la divina madre, y sobre todo del amor en que arde hacia Dios su corazón virginal. Y siendo así, como lo es, ¿no es cosa llana atribuir al Amor personal, que es el Amor del Hijo, pues del Hijo procede, una unión fundada de la una y de la otra parte, de parte de Dios y de parte de la naturaleza humana, sobre el amor?.

## CAPITULO 3

**Importancia capital del dogma de la maternidad divina - El nombre de *"Madre de Dios"*, en el cual está cifrado no sólo el misterio de la Encarnación, sino todo el Cristianismo, merece ser llamado el *"Libro de la Fe"*.**

La Santísima Virgen es Madre de Dios. Este es un dogma fundamental; más aún, es la base del Cristianismo. Lo que dijo el Apóstol de la resurrección de Jesucristo podemos nosotros afirmarlo, con mejor título, si cabe, de la divina maternidad de María: Si María no es Madre de Dios, vana es nuestra fe y nosotros todavía estamos en nuestros pecados, y aquellos que durmieron en Cristo perecieron (1); porque, destruido este dogma, todo vendría a tierra; él es el sostén del edificio de nuestra fe y el eje divino sobre el que gira todo el orden sobrenatural de la gracia y de la gloria. Esta afirmación quizá a primera vista sorprenda; pero con poco que reflexionemos sobre ella, veremos que es expresión exacta de la verdad. Esto es lo que, para gloria eterna de la Madre de Dios Nuestro Señor y Nuestro Dios, vamos a declarar ahora.

**I.—Decimos, en primer lugar, que la maternidad divina, considerada directamente en sí misma, contiene toda la substancia del gran misterio de la Encarnación.**

Verdad perspicua es esta que textualmente tomamos de las obras de **San Juan Damasceno**: "*Con razón, escribe este insigne doctor, damos a María Santísima el nombre de Madre de Dios, pues basta este título para establecer en toda su integridad el misterio del Verbo hecho carne*" (2); y demuestra luego esta afirmación con una inducción de valor indiscutible. El mismo sentir expresaba **Efrén**, patriarca de Antioquía, cuando decía que para dar una prueba cierta de la sinceridad de la fe es suficiente creer y profesar que la Santísima Virgen es Madre de Dios (3).

Y siendo esto así, ¿a quién puede maravillar que la Iglesia, con sus doctores y con sus concilios, se levantase para aplastar al error que impugnaba este título, como si el Cristianismo entero estuviese en peligro?

Mas, descendiendo a más particulares, demostremos, con la historia del dogma católico en la mano, la importancia fundamental de la divina maternidad de María. En la serie de las herejías que se han levantado contra la Encarnación del Hijo de Dios hecho hombre, distínguense tres grupos principales. Unas impugnaban directamente la humanidad del Salvador; otras combatían su naturaleza divina, y otras, por fin, las últimas en orden de tiempo, tendían

a pervertir la noción católica de la unión de las dos naturalezas. Pues bien, ni uno solo de estos errores, tanto en su forma primera como en sus múltiples atenuaciones o modificaciones, deja de trastornar de arriba abajo el dogma de la divina maternidad de María.

Cosa extraña a primera vista y que, sin embargo, se explica por las ideas entonces en boga, sobre todo en Oriente: la impiedad inició sus acometidas impugnando al **hombre**. Primero negó la humanidad de Jesucristo. Jesucristo, dijo, el Hijo amadísimo del Padre, o no es realmente un hombre, o, por lo menos, no es un hombre perfecto, en todo semejante a nosotros. Aunque Él se dio a sí mismo tantas veces en el Evangelio, y prefiriéndolo a todos los otros, el nombre de **Hijo del hombre**; aunque lo conservó, no sólo durante su vida mortal (4), sino también en su vida gloriosa (5), la herejía se lo disputó con encarnizamiento sin igual. Vencida en una posición, se atrinchera en otra, no retrocediendo sino palmo a palmo, y jamás confesando su completa derrota.

En el punto de origen hallamos el error de los **Gnósticos**. Para éstos la materia corporal, obra de un principio malo, según decían, es esencialmente mala como su principio. Por tanto, el ser corporal de Cristo, su carne y su sangre, se reducen a meras apariencias. Los Apóstoles no se engañaban cuando, viéndole caminar sobre las aguas, lo tomaron por un fantasma. Nacimiento, trabajos, dolores, muerte y resurrección de Jesucristo son ilusiones sin realidad, puras visiones de los sentidos. Así discurría **Marción**, a quien tan duramente flageló en sus escritos Tertuliano, si bien no había sido él el inventor primero de estas teorías destructoras del Cristianismo. Para dar con el origen de esta herejía hay que subir hasta los tiempos apostólicos. San Juan la tenía presente cuando escribió en el primer capítulo de su Evangelio que **el Verbo se hizo carne**. A ella aludía también. en el principio de su primera epístola: "*Lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que nosotros mismos hemos contemplado, lo que nuestras manos han tocado del Verbo de la vida..., eso os anunciamos*" (6).

Los primeros Padres de la Iglesia, Ignacio de Antioquía, Tertuliano, San Ireneo de Lyon, y después, San Agustín, San Epifanio, San Cirilo de Alejandría y otros, lucharon sucesivamente contra un sistema doctrinal que minaba por su base nuestra redención por Cristo. En sus obras pueden leerse los argumentos victoriosos con que aplastaron el error. Pero hay uno que prevalece sobre todos los demás: es el que se apoya en la maternidad de María. En efecto, la Virgen no puede ser madre sin tener un hijo, y la Virgen no tiene un hijo si Jesucristo es un fantasma. ¡Con qué vigor argumenta **Tertuliano**!: "*Marción, con la mira puesta en negar la carne de Cristo, rechazó su nacimiento, y con el designio de negar su nacimiento, rechazó su carne. Nacimiento y carne se dan mutuamente testimonio: no hay nacimiento sin carne, ni carne sin nacimiento*" (7).

La carne de Jesucristo, dice a su vez **Valentín**, no es un fantasma como soñaron los Docetas; pero la naturaleza visible de Cristo no fue formada en el seno de una mujer, sino que, formada de una substancia celeste, más pura y menos indigna de él que nuestra materia, no hizo más que pasar por las entrañas de María, de suerte que ésta no es la tierra virgen en que aquélla germinó, sino el canal que la recibió de lo alto para transmitírnosla. Confesad la maternidad de María, y esta nueva forma de error por sí sola se derrumba, porque para que María sea Madre es necesario que haya concebido la propia substancia, es necesario que dé a luz el hijo que haya llevado en el propio seno.

De la impugnación del cuerpo de Jesucristo la herejía pasó a la impugnación de su alma. Concedido, dijeron los nuevos adversarios de la Encarnación, que la carne de Jesucristo es una carne real como la nuestra, y como la nuestra formada de la substancia materna; pero el alma que la anima, o, por lo menos, la parte espiritual de esta alma, no es como el alma o el espíritu de los otros hombres. El Verbo de Dios vivificó por sí mismo la carne de Cristo, o, por lo menos, cumplió en ella el oficio propio da la inteligencia humana.

Sabido es que el autor de esta herejía, en su forma primitiva, fue **Arrio**. Esperaba hacer más aceptables sus errores acerca de naturaleza del Verbo convirtiéndolo en principio de las operaciones sensibles en Jesucristo; porque ¿cómo podía ser consubstancial con el Padre aquel que, por su naturaleza superior, pudo sentir hambre, sed, turbación, tristeza: cosas de todo en todo incompatible con la perfección divina? Esta herejía fue mitigada algún tanto por **Apolinar**, obispo de Laodicea. Este heresiarca, fundándose en la doctrina platónica que distingue en el hombre tres principios: el cuerpo, el alma y el espíritu, veía en Jesucristo tres elementos constitutivos: el cuerpo, el alma y el Verbo, en lugar del espíritu. Apolinar, para suprimir en Jesucristo la mutabilidad de la voluntad, raíz de nuestras imperfecciones físicas y morales, substituyó en Jesucristo, con el Verbo indefectible, el alma racional, que es tan mudable en sus pensamientos y tan propensa al pecado por sus afecciones, aun por las espirituales. A este error añadieron otro, apenas creíble, los Apolinaristas. Mientras los Arríanos hacían al Verbo consubstancial con el alma humana, para los Apolinaristas la carne animada de Jesucristo, gracias a su unión con el Verbo, vino a ser consubstancial con Dios.

¿Dónde se hallará una refutación clara y breve, pero invencible, de estos monstruos del error? En la maternidad divina de María. Si María es Madre de Dios no en sentido impropio, sino con toda verdad y propiedad, es necesario que ella y su Hijo sean de la misma naturaleza, es decir, usando el término técnico recibido, consubstanciales. Ahora bien, si el hijo es consubstancial a su madre, ha de tener todo lo que constituye la naturaleza humana; no solamente un cuerpo, sino un alma; no solamente un alma que sea principio de vida sensible, sino también un alma espiritual; en una palabra, según la expresión de los Santos Padres y de los Concilios, "*un cuerpo vivificado por un alma racional, un cuerpo animado espiritualmente*" (8). Tal es el triunfo de la **Madre de Dios** sobre los enemigos de la humanidad de su Hijo.

Y no fue menos esplendente el que alcanzó sobre los que impugnaron la divinidad de Jesucristo. A juicio de algunos, Jesucristo era hombre y nada más que hombre, si bien investido de una más amplia participación de la virtud divina, pero al fin teniendo nuestra naturaleza y nada más que nuestra naturaleza. Así sentían **Pablo de** Samosata y sus partidarios. Otros, los Arrianos, llegaban a reconocer en Jesucristo al Verbo de Dios revestido de nuestra carne; pero un Verbo de naturaleza inferior a la del Padre, un Verbo que no era Dios, digámoslo así, más que a medias: anterior y superior a todas las criaturas, pero creado como ellas y que, como ellas, tuvo su principio en el tiempo.

A todos estos herejes condena tan sintética como eficazmente la maternidad de María. ¿Sería Madre de Dios en sentido verdadero y estricto aquella mujer cuyo hijo no fuese Dios, consubstancial con el Padre, y al mismo tiempo participante de la naturaleza de la Madre? Bien podemos concluir, pues, que el dogma de la maternidad divina está unido con nudos indisolubles a estas dos verdades capitales: Jesucristo es hombre perfecto; Jesucristo es Dios

perfecto. Quien pretendiere abrir brecha en la una o en la otra de estas dos verdades se estrellará contra la piedra angular del título de **Madre de Dios**.

Como indicamos más arriba, a estas herejías de los primeros siglos sucedieron otras en el quinto, que, respetando aparentemente las dos naturalezas de Cristo (9), se esforzaron en alterar la noción del vínculo que las une, ya distinguiendo en Jesucristo dos personas con pretexto de conservar la distinción de las dos naturalezas, ya confundiendo las dos naturalezas en una sola con la razón espaciosa de salvaguardar la unidad de persona. El error, aunque bajo formas aparentemente contradictorias, descansaba sobre un mismo supuesto: que la persona y la naturaleza son una misma cosa, y, por consiguiente, que en Jesucristo tantas son las personas cuantas son las naturalezas. De manera que lo que distingue estas dos herejías no es el principio, sino las diversas consecuencias que de él dedujeron.

En Cristo, decía Nestorio, siguiendo a su maestro Teodoro de Mopsuesta, hay dos naturalezas; luego también dos personas; mas de estas dos personas resulta un solo Jesucristo, porque la persona del Verbo se apropió la persona del hombre con estrechísima unión: unión del templo con aquel que lo habita; del instrumento con el obrero que lo mueve; de la esposa con el esposo; del vestido con el cuerpo, cuyas perfecciones moldea y manifiesta, a la par que las vela; del Dios Todopoderoso con el hombre de su diestra, a quien hace partícipe, con medida sin igual, de su gracia, de sus operaciones y de su gloria; pero, con todo, unión que no llega ni puede llegar a la identidad física de la persona, permaneciendo la distinción de las naturalezas (10).

¿Y qué es esta herejía sino la negación formal de la maternidad divina? Decir que hay dos personas en Jesucristo, una nacida del Padre antes de todos los tiempos y otra nacida de la mujer en el curso de los siglos, es o desconocer el valor de las palabras o negar que María sea Madre de Dios. Al contrario, confesada su divina maternidad, por el caso mismo se afirma que el Hijo de María es una sola persona con el Hijo de Dios Padre, el Verbo mismo de Dios.

Así lo entendían tanto los novadores como los católicos, conforme lo hemos visto por la historia del dogma; de ahí que el punto fundamental de la controversia era el título de Madre de Dios. Aceptado este privilegio, acabóse el Nestorianismo y su dualidad de persona. Y ver por qué el santo Concilio de Efeso opuso victoriosamente a la herejía nestoriana el título de Madre de Dios, como el Concilio de Nicea había hecho de la palabra consubstancial una muralla inexpugnable contra la impiedad arriana.

Casi superfluo parece decir en qué consistió el **Monofisismo** y cuál fue su origen. En el alzamiento universal del pueblo cristiano contra el Nestorianismo, un monje de Constantinopla, **Eutiques**, queriendo descargar los últimos golpes contra la herejía nestoriana, dio en el extremo opuesto y a él se aferró con ignorante terquedad. Dejemos a un lado la exposición de los desvarios del obstinado anciano y de las modificaciones que después sufrió su herejía para que pareciese menos absurda y un tanto soportable. Lo que interesa hacer constar es que en el fondo de todos los desvarios y modificaciones subsistía el error primordial, que consistía en poner en Jesucristo una sola naturaleza juntamente con la persona única.

A este error fundamental la Iglesia opuso una vez más la divina maternidad de María y con el mismo éxito de siempre. Proclamando que la Virgen es Madre de Dios, afirmaba a la vez que su Hijo es verdaderamente Dios; consubstancial con María en cuanto a la humani-

dad; consubstancial con el Padre en cuanto a la divinidad. Ahora bien, admitida la unidad de naturaleza, ya se produzca la unidad por absorción, ya se produzca por mezcla o composición, Jesucristo no sería lo uno y lo otro; o, digámoslo, no sería ni lo uno ni lo otro, pues ni tendría la naturaleza divina ni la naturaleza humana, sino otra incomprensible naturaleza resultante de la inconcebible combinación y mezcla de la divina y de la humana.

El nombre de Madre de Dios no podía aplastar al Nestorianismo y al Monofisismo sin herir de muerte, por anticipado, a otras herejías que se refieren a aquéllas como a su principio y raíz. Aludimos al **Monotelismo** y al **Adopcianismo**. El segundo nació en España, y substancialmente no era sino una variante de la herejía nestoriana. Distinguía en Jesucristo dos hijos de Dios: uno, Hijo del Padre por naturaleza, y otro, por simple adopción. El Monotelismo tuvo su cuna en Oriente; no reconocía en Jesucristo nada más que un orden de voluntades y de operaciones. Esto era, como se ve, o dividir las personas o confundir las naturalezas: dividir las personas al distinguir los hijos, y confundir las naturalezas al no distinguir las actividades propias de cada una. Y era también, por necesaria consecuencia, negar que María es, en sentido propio, Madre de Dios.

A estos errores capitales sobre la Encarnación se añadieron otros en tiempos no tan antiguos. Si fuese posible recorrerlos uno por uno, veríamos cómo la maternidad divina es siempre el argumento decisivo contra las novedades, sea cual fuere la máscara con que se cubran. Veámoslo, por vía de ejemplo, en los **Socinianos** y en los apasionados adversarios que tuvo la devoción al Corazón Sacratísimo de Jesucristo.

Según los **Socinianos**, Jesucristo no ofreció a la divina justicia una satisfacción propiamente dicha y sobreabundante, como era menester para reconciliar el cielo con la tierra. Si murió por nuestros pecados, si nos mereció la gracia de la justificación, fue únicamente en sentido impropio, en cuanto se nos ofreció como maestro y modelo que con su doctrina y ejemplos nos ayuda poderosamente a practicar la virtud (11). Preguntadles por qué no creen al Salvador bastante poderoso para pagar el precio de la redención del mundo, y os contestarán que Jesucristo es, en verdad, el mayor de los enviados de Dios, el Mesías por excelencia, pero que no es el Hijo de Dios por naturaleza ni Dios como su Padre; de ahí que no pudiera ofrecer la satisfacción suficiente para reparar el agravio hecho a Dios por los crímenes de los hombres. Que es como decir: porque María no dio a luz más que un hombre, porque no es la Madre de Dios.

Y los enemigos del Sagrado Corazón de Jesús, ¿qué pretendían? Que no se debe ni se puede honrar al Corazón Divino con culto de *latría*, porque no es Dios, sino criatura de Dios. Y, llevados de su odio ciego, llegaron a lanzar la acusación de Nestorianismo contra los piadosos adoradores del Corazón Sacratísimo. Contra estos enemigos de la verdad también se levanta el dogma de la maternidad divina, como se levantó contra tantos otros novadores. El Corazón viviente de nuestro Salvador, que no querían adorar, es el Corazón del mismo Dios, porque es el Corazón de Jesús, nacido de la Virgen Madre de Dios.

"*Oh, insensatos* —podemos decirles, con **San Atanasio**—*, ¿por qué no consideráis bien que una es la adoración que se debe al cuerpo creado de Nuestro Señor y otro el honor que corresponde a la criatura? Porque aquél es el cuerpo del Verbo increado, y el Verbo de quien es el cuerpo es lo que adoráis. Es, pues, muy justo tributar a este cuerpo la misma adoración que a la divinidad, porque pertenece en propiedad a la persona del Verbo, y el Verbo es Dios*" (12). Substituid la palabra cuerpo por la

palabra corazón y tendréis en este apostrofe del insigne doctor la apología más completa de nuestra hermosa y queridísima devoción. ¿Quién, pues, no adorará al Corazón de Jesús? Quien, separando en Jesucristo al hombre, de Dios, haga de su carne y de su corazón la carne y el corazón de una persona creada; en otras palabras, aquel que no crea que la Santísima Virgen María es Madre de Dios.

Por tanto, para concluir, todas las herejías capitales sobre la Encarnación del Verbo de Dios y todos los errores relacionados n las mismas, tienen en María su condenación breve, clara y substancial, y saludarla con el nombre de Madre de Dios es profesar cierta e íntegramente el misterio de la Redención (13). Con toda razón un antiguo panegirista de la Madre de Dios la saludaba con estas hermosas palabras: "*Te saludo, **libro incomprensible**, que has dado a leer al mundo el Verbo Hijo del Padre*" (14).

**II. — Añadamos, en segundo lugar, que el dogma de la maternidad de María sirve también de sostén a nuestra fe respecto de los otros misterios.**

Lo primero, este dogma implica la noción más clara y precisa del misterio inescrutable de la Trinidad. Unidad de naturaleza, distinción de personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo; ved aquí, en cuanto a la substancia, lo que debemos creer acerca de este misterio. Ya en los principios del siglo III se levantaron herejes que confundían las personas. Para **Sabelio**, su capitán, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son una sola hipóstasis, la misma en los tres, que recibe distintos nombres según los distintos oficios que llena: Padre, en cuanto Creador; Hijo, en cuanto Redentor; Espíritu Santo, en cuanto. Santificador. De igual forma, un mismo hombre puede ser a la vez padre, emperador y conquistador y protector de las letras, pudiendo ser saludado con estos diversos títulos.

Otros creyeron que no podían conservar la distinción de personas sin multiplicar las naturalezas, ya sea conservando la igualdad de perfección entre ellas, ya sea introduciendo la desigualdad de las esencias (15). En una palabra, para tener tres personas pretendieron hacer tres dioses.

¿Cómo combatiremos victoriosamente esta herejía en sus dos formas? Oponiéndole una vez más, como siempre, la divina maternidad de la bienaventurada Virgen. Para que María sea madre del Hijo, sin ser Madre del Padre o del Espíritu Santo, es necesario que el uno no sea el otro, y para que sea verdaderamente Madre de Dios, no es menos necesario que el Hijo posea idénticamente la naturaleza del Padre, porque es propio de la divinidad ser singularmente única. ¿Objetáis que esto no prueba en favor del Espíritu Santo ni la identidad de naturaleza ni la distinción en cuanto a la hipóstasis? Os responderemos mostrándoos el Evangelio; tomad y leed el texto mismo en que a la bienaventurada Virgen se anuncia el misterio de su maternidad, "*El Espíritu Santo descenderá sobre Ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; y por esto el Santo que nacerá de Ti se llamará el Hijo de Dios*" (16). ¿Pueden leerse estas líneas sin representarnos al Espíritu Santo tal cual nos lo presenta el dogma católico, es, a saber, distinto del Padre y del Hijo, pero igual y consubstancial al uno y al otro? Y hasta llegar a este pasaje de la Escritura divina, ¿hemos encontrado una manifestación tan clara y tan viva de la santa e indivisible Trinidad?

Todos los privilegios de María, según veremos después, son como las alhajas con que el Eterno Padre se ha complacido en adornar a la madre de su Hijo, son como otras tantas perfecciones que guardan con la maternidad divina idéntica relación que las propias natura-

lezas con la substancia de la que dimanan. Estudiado desde este punto de vista el título de Madre de Dios, ¡cuántas otras verdades nos recuerda! En la concepción inmaculada de la inmaculada Madre de Jesús podemos contemplar la caída original, la ley de muerte que pesa sobre los hombres desde el primer instante de su existencia, la necesidad de la redención por medio de la sangre del Salvador, el valor de la gracia que transforma a los pecadores en justos; a los hijos de ira, en hijos adoptivos de Dios; es decir, que se halla en aquel dogma la refutación completa del antiguo Pelagianismo y del Naturalismo moderno. Y nada nos da a entender la hermosura celestial de la virginidad, como María llevando en su seno virginal al hijo virgen que concibió por obra de solo el Espíritu Santo. De la misma manera, nada sensibiliza tanto el amor de Dios para con los hombres y sus inefables misericordias. Y si miramos a la Madre de Dios, que también es nuestra Madre, subiendo a los cielos en su gloriosa Asunción, ¿no vemos en ella la prueba inconcusa de que un día también los muertos saldrán de sus sepulcros para volver a la vida?

Y si consideramos el fin por el cual esta Virgen llegó a ser madre, ¿cuántos otros misterios de nuestra fe se descubren ante nuestros ojos! La misma Iglesia, la esposa de Cristo, tiene en la maternidad de María el dechado y la confirmación de su propia maternidad, porque, conforme nos enseñan los Santos Padres, la Iglesia fué hecha a imagen de la Virgen Madre, de suerte que para tener concepto adecuado de ella, es necesario contemplarla en la Madre de Dios (17).

Más aún: la maternidad divina de María es la refutación de los errores que especialmente se han suscitado contra sus privilegios, ya para disminuirlos, ya para exagerarlos. En el discurso de esta obra veremos cómo las más hermosas prerrogativas de la bienaventurada Virgen fluyen de su maternidad. Su Concepción inmaculada, su virginidad sin mancha, su pureza de alma, nunca empuñada por la más mínima falta, su Asunción corporal, en una palabra, todos sus tesoros de gracia y de gloria hincan sus raíces en la maternidad divina, de tal forma que ésta es a un mismo tiempo principio y salvaguardia de todas las prerrogativas de María.

De igual manera la maternidad divina derribó también las impiedades de un culto que en cierto sentido tendía a igualar a María con Dios. Según el testimonio de **San Epifanio**, había en su tiempo una secta, nacida en la Tracia y entonces todavía viviente en la Arabia, que tributaba a María el más divino de todos los homenajes, el sacrificio. Este nuevo culto tenía a mujeres por sacerdotisas. El santo se levanta con vehemencia contra tan singular forma de adoración, y lo que de ella dice prueba manifiestamente cuan calumniosas serán las acusaciones de idolatría que, andando los siglos, lanzarán los protestantes contra los honores que los católicos rinden a la Virgen bienaventurada (18). Pues bien, basta la maternidad divina para echar por tierra la herejía de los **colyridianos**, herejía eminentemente sacrilega, porque María no sería Madre de Dios si no fuese, como nosotros, criatura de Dios. En efecto, Jesucristo no pudo recibir de María nada más que la naturaleza humana, pues la divinidad por la que es Hijo de Dios la tiene eternamente recibida del Padre. Por tanto, si la Virgen es Madre de Dios, es porque comunica al Verbo la humanidad por la que es hombre, y, consiguientemente, ella es consubstancial con él en cuanto a la naturaleza humana. De donde se infiere que el culto que tributamos a María, lejos de estar manchado por error idolátrico, es precisamente la profesión expresa de su pura humanidad.

Y aquí nos viene a la memoria un texto de nuestra sagrada Liturgia: "*Alégrate* —canta la Iglesia—, *oh Virgen, porque Tú sola has exterminado del mundo entero todas las herejías*" (19). Lo ha hecho y lo hace todavía de muchas maneras. Por ella los campeones de la fe reciben la seguridad en la ciencia y la intrepidez con que la defienden; ella fué en los días de su vida mortal maestra de la divina sabiduría y más de una vez los mismos apóstoles bebieron de las enseñanzas que brotaban de su corazón y de sus labios (20). Pero lo que principalmente le asegura la victoria universal sobre los monstruos del error, es que Ella derramó sobre el mundo la Luz eterna, Jesucristo Nuestro Señor (21), y es que María; con toda verdad puede decirse, que, en su mismo título de Madre de Dios, lleva la refutación de todas las herejías. Por este título se verifica la sentencia dada desde el principio contra el seductor del género humano: **Ipsa canteret caput tuum.** La Madre de Dios pone su pie sobre la cabeza del error y lo aplasta. En vano el error intenta replegarse y escapar con mil subterfugios: esfuerzos impotentes, inútiles, que no pueden librarlo del implacable aplastamiento (22).

El dogma de la maternidad divina es, respecto del dogma de la Encarnación, lo que el de la Encarnación es respecto del de la santa y adorable Trinidad: lo encierra, y, por consiguiente, encierra el Cristianismo entero. San Pablo, escribiendo a los fieles de Corinto, les decía que no quería saber sino a Jesucristo, y a Jesucristo crucificado (23).

No tenemos nosotros por qué buscar curiosamente las razones que movieron al Apóstol a expresarse de esta forma; oficio es ése de los exégetas. Lo que sí nos consta es que San Pablo, aunque no tuviera realmente otra ciencia, érale suficiente la ciencia de Cristo crucificado para ser el Apóstol de las naciones. Y es que todos nuestros misterios se refieren a Cristo muriendo en la cruz para la salvación del mundo, y por Él se entienden y explican. Ahora bien, lo que es lícito, lo que es razonable afirmar del conocimiento de Jesucristo crucificado, ¿será temeridad afirmarlo del conocimiento de la excelsa Madre de Dios? No, responderá de cierto quien nos haya seguido en el estudio de las relaciones esenciales entre los principales dogmas católicos y el título de Madre de Dios; no, responderá, aun con más seguridad, quien sepa meditar todas las grandezas y todos los privilegios que este nombre augustísimo pide y dentro de sí encierra. Así, pues, repudiar el nombre de Madre de Dios sería rechazar todo el Cristianismo, del cual es compendio, símbolo y paladión.

**NOTAS**

(1)1 Cor. XV, 17, 18.

(2) S. Joan Damasc, *De Fide orthod.*, L. III, c. 12, P. G. XCIV, 1029.

(3) Ephraem Theopolit., *Apud Photium*, cod. 228, P. G. CIII, 968.

(4) Matth., VIII. 12, X, 33; XII, 32; Marc, II, 10; VIII, 31; Luc, VI, 5; IX, 22; Joan, I, 51; III. 13, etc.

(5) Apoc, I, 13; XIV, 14.

(6) I Juan I,1.

(7) Tertuliano *De Carne Christi*, c. I, P. L. II, 754.

(8) Cf. S. Sophron. et S. Joan, Damasc, pp. 25, 26. "*Corpus habens animam intellectualem... carnem cui inest anima rationalis*". S. Cyrill. Alex., *In Declarat. et Apol. Äthan.*, I. P. G. LXXVI, 296 et

320—El Concilio de Letrán (649) dijo igualmente de Cristo que debía venir "*cum asumpta ab eo atque animata intellectualiter carne ejus*". Can. 2. Enchirid. Denzinger, n. 203.

(9) Decimos "*aparentemente*" porque el Eutiquianismo, en realidad, aun bajo su forma más moderada, no admitía nada más que una naturaleza.

(10) Los teólogos andan divididos acerca de si Nestorio defendía que esa unión se efectuó desde la Concepción de Nuestro Señor o sólo después. La verdad se halla entre las dos opiniones extremas: según Nestorio, la unión se efectuó desde el principio, pero fue creciendo y perfeccionandose al paso que crecían los méritos del Hijo de María. De esta manera pueden conciliarce varios textos contradictorios, en apariencia, de Nestorio.

(11) Socin. *De Christo Servat*., L. I, 1.

(12) S. Athan., *C. Apollin*., L. 1, n. 6, P. G. XXVI, 1101.

(13) Viene muy a cuento de estas consideraciones una reflexión bien digna de notarse, que tomamos de la carta que el sabio Newman, después cardenal, escribió al doctor Pusey acerca del culto de la Santísima Virgen en la iglesia católica. Los protestantes pretenden que el culto tan particular que nosotros tributamos a la Madre de Dios necesariamente ha de eclipsar a su Hijo, nuestro Señor. El ilustre príncipe de la Iglesia pide en primer lugar que se pruebe el hecho; después vuelve la acusación contra sus autores: "Hay otro hecho enteramente opuesto y que, en mi entender, es harto elocuente. Si tendemos la mirada por Europa, ¿qué es lo que vemos? En resumen, los países y los pueblos que han perdido la fe en la divinidad de Cristo son precisamente los que han abandonado la devoción de su Madre. Por el contrario, aquellos que se han aventajado en su devoción a María, han conservado su ortodoxia. Comparad, por ejemplo, dos griegos con los calvinistas, Francia con Alemania del Norte, o bien los católicos con los protestantes de Irlanda.... En la Iglesia católica, María muéstrase siempre, no como la rival, sino como la servidora de su Hijo; como lo protegió en su infancia, así lo ha protegido en toda la historia de la religión. Hay una verdad histórica evidente en estas palabras del doctor Faber que citáis para condenarlas: "*Donde Jesús no está en la luz, es porque María está en la sombra.*" Traduction de G. du Pré de Saint-Maur, París (Douniol, 1866), páginas 106-108.

En el mismo lugar se lee esta nota: "De este punto he hablado más largamente en mi ensayo acerca del Desarrollo de la Doctrina, página 438. "Es presentar una objeción sin valor decir que entre estas dos devociones (a Nuestro Señor y a María) nuestra flaqueza natural nos llevará siempre a dejar la una por la otra, la devoción hacia Dios por la devoción hacia la criatura, porque, lo repito, hay que ver si realmente es así; ésta es una cuestión de hecho. Además, es necesario averiguar si la devoción protestante hacia Nuestro Señor ha sido nunca verdaderamente adoración o si no ha sido, antes bien, una devoción como la Que ofrecemos a un ser humano perfecto..." De manera que siempre y en todas partes la maternidad divina de María se levanta como antemural de la verdadera doctrina y de la verdadera fe en el Hijo.

(14) Existimatus Epiphan., *De laudibus S. M. Deiparae*, P. G. XLIII, 496.

(15) Todos estos errores tienen en el fondo la misma fuente y proceden del mismo supuesto, como ya hemos advertido: naturaleza y persona son idénticamente una misma cosa. Por tanto, en Dios el número de personas habría de ser igual al de naturalezas, y recíprocamente.

(16) Luc, I, 86.

(17) Lo demostraremos en la segunda parte de esta obra.

(18) S. Epiphan., *De Haeres.*, Haeres., 78, n. 23, sq. Haeres., 79, n. 1, sq. P. G. XLH, 736, 740, etc.
(19) In festis B. V. M. per annum_ j antiph. III Noct. Cf. S. Bernard., *Serm*. de 12

(20) Sudr., *De myster*, *vitae Christi*, D. 19, S. I.

(21) Lumen aeternum mundo efJudit, Jesum Christum, Dominum nostrum, Praefat in minia U. M. V.

(22) "Unius ille stultus et totius stulititiae princeps... sub Mariae pedibus conculeatus et ■ ni nlus, miseram patitur servitutem. Nimirum ipsa est quondam a Deo promissa mulier (Oll., Ill, 15) serpentis antiqui caput virtutis pede contritura: cujus plane calcaneo in multis itiia insidiatus est, sed sine causa. Soia enim contrivit universam haereticam pravitatem. nnn de substantia carnis suae Christus edidisse dogmatizabat ; alius parvulum non pepe-rlwio ned reperisse sibilabat; alius, vel post partum, viro coenitam fuisse blasphemabat ; alius I rem audire non sustinens, magnum illud nomen Theotocos impiisime sugillabat. Sed Hunt insidiatores, conculcati supplantatores, confutati derogatores, et beatam earn ■nines generationes. Denique, et continue per Herodem draco insidiatus est parienti, ut '"in excipiens filium devoraret, quod inimicitiae essent inter semen mulieris et draconis." "uni., Serm. de 12 Praerog. B. M. V., n. 4, P. L. CLXXXIII, 431

(23) I Cor., II, 2.

## CAPITULO 4

### Armonías de la maternidad divina con los fines de la Encarnación, es decir, con la reparacion de la injuria hecha a Dios

**I.—** La Sagrada Escritura nos enseña que Dios sabe en la prosecución de sus fines unir siempre estas dos cosas: la suavidad y la fuerza: *Fortiter et suaviter (Sap., VIII. I);* suavemente y fuertemente, esta es su norma habitual y como su divisa en el gobierno del mundo de la naturaleza y del mundo de la gracia. Sin choques, sin precipitaciones, sin violencias. ¡Qué poder el que produce y conserva el movimiento de los astros, y, a la vez, qué suavidad! Perfección del arte humano es imitar este doble carácter de la acción divina en la dirección de los hombres y en el uso que hace de las energías de la naturaleza. Entrad en los talleres donde se forjan y pulen, con el auxilio de máquinas potentísimas, los productos admirables de las grandes industrias. ¿No diriáis, al ver el movimiento regulado de las máquinas, que todo se hace sin esfuerzo?

Esta nota característica de las obras de Dios resplandece también en su obra por excelencia, en la reparación del hombre caído. Grande fuerza era menester para esta obra. Cierto, es necesario poder grande para levantar al mundo, o, usando el lenguaje de los Libros Santos, para sacudir la tierra por sus extremidades y arrojar de ella a los impíos (Job., XXXVIII, 13.2). ¿Pero era menor el poder que se necesitaba para derrocar el imperio de Satán y elevar al género humano desde las profundidaes del abismo a las cumbres más elevadas de la perfección moral y de la santidad? Mas esperemos también de Dios la suavidad y la condescenden-

cia en el uso de los medios, "*porque, oh Poderoso Dominador, Tú juzgas con calma y dispones de nosotros con respeto" (Sap.. XII, 18.).*

A esta primera observación sobre los caminos de la Providencia se ha de añadir otra de no menor utilidad. Y es que la conveniencia de los medios puestos por obra para la reparación de la humanidad caída no se ha de estimar según la naturaleza y condición de Dios, sino según nuestra condición y naturaleza. No olvidemos que la Encarnación se obró por causa de nosotros y para nuestra salvación, *propter nos et propter nostram salutem*. Por consiguiente, de todos los modos de redención, será más conveniente aquel que mejor se hermane con aquel fin.

Este pensamiento desenvolvió **Tertuliano** en la impugnación que hizo de los herejes de su tiempo y especialmente de **Marción**. Rechazaban ellos la unión del Verbo con nuestra carne y se amparaban en el especioso pretexto de que la carne y sus flaquezas son indignas de Dios. "*De acuerdo con vosotros* —les decía el gran apologista—; *este estado de abatimiento es indigno de Dios; pero convenid conmigo en que es necesario al hombre, y, por tanto, es soberanamente digno de Dios, porque nada es tan digno de Dios como la salvación del hombre*" (Tertul., C. Marcion., L. II. c. 27., P. L. II, 316.). Y algunas líneas después: "*Todo aquello que os parece digno de Dios, todo lo tenéis en el Padre invisible, inaccesible... Por el contrario, todo lo que os parece indigno, ha de atribuirse al Hijo, a quien los hombres vieron, oyeron, tocaron; al Hijo, mediador entre el Padre y nosotros, hombre y Dios todo junto: Dios, por el poder; hombre, en la bajeza y en las enfermedades ... De manera que lo que vosotros consideráis vergonzoso para Dios, eso mismo es el sacramento de la salvación humana. Dios conversó con el hombre para que el hombre aprendiese a vivir con Dios. Dios trató de igual a igual con el hombre, para que el hombre pudiese acercarse a Dios. Dios se empequeñeció, para que con este empequeñecimiento el hombre se engrandeciese. He aquí el Dios que tú desprecias. ¡Desgraciado!, ¿cómo podrás creer el misterio de su cruz?"(Tertul., ibíd.).*

Así es la adorable economía de la Redención; éstos los caminos por los que Dios descendió hasta nosotros, para levantarnos hasta Él. Cuanto más se ahonda en estas consideraciones, más se admira cómo Dios conoce las necesidades de nuestra naturaleza, cómo adapta a ella sus consejos y sabe proporcionar el remedio así a la naturaleza del enfermo como al género de la enfermedad que padece.

Antes de pasar adelante haremos una advertencia preliminar; conviene, a saber, que estos dos conceptos de una Madre de Dios y de un Dios hecho hombre y hombre como nosotros, están mezclados, de hecho y de derecho, el uno con el otro. De la misma manera que no es posible concebir una Madre de Dios sin un hijo que sea Dios, no es posible concebir un Dios sin que se ha hecho uno de nosotros, uno de nuestra familia, sin una Madre de Dios que le haya dado entrada en la familia humana. Por consiguiente, por esta parte, unas mismas son las conveniencias del proceder divino que nos ha dado el Verbo hecho carne, y las conveniencias de la maternidad divina, dado que entre el Hijo del Hombre y la Madre de Dios hay correlación esencial.

Y esto presupuesto, vengamos ya a considerar la maternidad divina, y podremos apreciar, y gustar, y saborear cuan maravillosamente sabia y tierna fue aquella estratagema de amor que puso la maternidad divina por base de la gran obra de la Reparación.

**II.—** Los teólogos, al principio de sus estudios acerca de la Encarnación del Hijo Eterno de Dios, proponen comúnmente esta cuestión: ¿Era necesario que Dios se encarnase para la

entera y perfecta reparación del género humano? Sí, responden, con tal que esta palabra "*necesario*" se entienda, no de una necesidad absoluta, cual si Dios no tuviera dentro de su poder y de su bondad otros medios para salvar al hombre, sino de una necesidad "*relativa*", es decir, de la necesidad de aquello que es más oportuno y conveniente para alcanzar el fin que se pretende. En este sentido decimos de un medio de locomoción que es necesario para hacer un largo viaje, aunque este viaje pueda hacerse también a pie. Pues bien, lo que la Teología nos enseña de la necesidad de la Encarnación para la salvación del hombre, lo afirma con idéntica certeza de la maternidad divina *(En otras palabras: la suprema conveniencia que pedía la Encarnación pedia también que Dios, para ser hombre, fuese concebido en las entrañas de una madre y que apareciese entre nosotros con ella y por ella).* ¡Tanta es la adaptación singular de esta maternidad a las necesidades de la naturaleza caída; tanta es su eficacia para remediarlas!

Resumamos en pocas palabras las principales razones por las que, según el sentir de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, la encarnación del Verbo de Dios es la invención más hermosa de la sabiduría y de la bondad divina, en lo que toca a la armonía de los medios con el fin que Dios quería conseguir; es, a saber, con la elevación del linaje humano degradado y la salvación del mundo oprimido debajo de la maldición divina y del yugo de Satanás, príncipe de las tinieblas.

Ante todo, para que esta liberación del hombre y su vuelta a la dignidad primera pudiesen obrarse en las condiciones más favorables, tanto para la gloria de Dios como para la nuestra, era necesario que la justicia divina, cuyos derechos habían sido lesionados, recibiese una reparación de honor equivalente al ultraje, y que la recibiese de la familia humana misma, pues de la familia humana había recibido la ofensa. Era, además, menester que los privilegios de gracia que habían de restituir al género humano su antigua gloria y levantar a tan alto grado nuestras esperanzas, fuesen comprados a precio altísimo por aquellos mismos a quienes la divina misericordia se dignaba restituirlos.

Cosa llana y evidente es esta doble conveniencia. Y no lo es menos que el Salvador, viniendo del seno del Padre para ser universal y celeste médico de nuestra naturaleza, debía traer medicina y remedio para todas las edades, para todas las condiciones de la vida humana, para el hombre todo entero. Y asimismo es evidente que el orgullo y la tiranía del demonio, de donde provienen originariamente nuestro abatimiento y nuestras heridas, debían ser singularmente confundidos y quebrantados, al tiempo que nosotros, sus víctimas, fuésemos rescatados y reanimados por la forma misma de la liberación. Ahora bien, la divina maternidad de María era maravillosamente adecuada para procurarnos todas estas ventajas, como nos enseñan los Santos Padres y los más ilustres maestros de la Teología.

La reparación debía ser obra de justicia. Así lo había decidido la bondad soberana, indignamente ultrajada por la rebeldía de la cabeza de nuestra estirpe y por los pecados de sus hijos. Ahora bien, en orden a esto, la maternidad divina era de todo punto conveniente. No es menester demostrar cómo era preciso que el Reparador fuese superior a todas las criaturas, y, por consiguiente, Dios, para que pudiese rendir a la majestad suprema un honor equivalente a los ultrajes que había recibido. Cualquier otro homenaje, por grande que lo supongamos, por sí solo hubiese sido una compensación insuficiente, porque si la ofensa crece en proporción a la dignidad agraviada, el honor, por el contrario, se mide por la dignidad de la persona que lo rinde; de manera que su valor es mayor o menor según sea más alta o más baja la dig-

nidad de la persona que honra. De aquí esta conclusión manifiesta; sólo Dios podía reparar dignamente la injuria a Dios inferida.

Y sólo Dios podía pagar un precio equivalente a los bienes sobrenaturales que quería devolver a la humanidad despojada de la justicia original, pues, ¿cómo pudiera una criatura dar a sus operaciones grandeza tal de merecimiento que igualase, no ya a la suma de gracia necesaria para enriquecerse a sí misma, sino a la muchedumbre, incomparablemente mayor, de dones celestiales que fuesen suficientes para santificar a todo el género humano? Con razón, pues, Santo Tomás de Aquino, de acuerdo con los Santos Padres, concluye: "*No hay satisfacción **plenamente** suficiente fuera de una operación de valor infinito" (S. Thom., 3 p., u. I, a. 2, ad 2)*, es decir, fuera de una operación que sólo Dios es capaz de ejecutar.

Y Dios, para ejecutarla, tenía que tomar una naturaleza creada, porque, con ser verdad que tiene derecho a los homenajes de sus criaturas, por razón de su naturaleza divina, no puede rendírselos a sí mismo con actos de esta misma naturaleza, como quiera que la divinidad, pertenezca a la persona que perteneciere, se niega a todo abatimiento. ¿Qué naturaleza, pues, tomará Dios si quiere que los derechos de la justicia queden plenamente satisfechos? No, en verdad, la angélica, sino la que Él tomó de las entrañas de la Virgen, la ***nuestra***. Porque, continúa el Ángel de las Escuelas, así como el orden de la justicia pide que la pena responda a la culpa, "*parece que pide también que satisfaga por la culpa aquel que la cometió. Ved por qué fue necesario tomar de la naturaleza, corrompida por su culpa, lo que había de ser ofrecido en satisfacción por toda esta naturaleza" (S. Thom., 3 p., q. 4, a. 6).*

Hermosa y sólida doctrina que los Santos Padres no se cansan de recordar cuando tratan del misterio de nuestra redención: "*Recibió **de nosotros** lo que había de ofrecer **por nosotros**, para rescatarnos **con lo nuestro** y darnos **de lo suyo** con largueza divina aquello que no era **nuestro**... Vosotros lo sabéis, es **de lo nuestro** lo que ofreció en sacrificio. Porque, ¿cuál fué la causa de la Encarnación, sino que la carne que había pecado fuese ella misma el instrumento de su rescate?" (S. Ambros., De Incarn., n. 54, sq. P. L. XVI, 852).* De esta manera, es el hombre mismo en Jesucristo quien, por la inmolación de su carne, soporta el peso de la justicia divina y glorifica a la majestad divina tanto y aun más como la había ultrajado. Es el hombre quien paga sobreabundantemente los ríos de gracia que la redención hace correr por el mundo.

Así la justicia queda satisfecha, y gracias a la maternidad de María se obra esta maravilla. En efecto, suponed que el Verbo no hubiese formado para sí una carne semejante a la nuestra ni la hubiese recibido de una madre perteneciente a la familia humana; habría, sin duda, mérito y reparación, y el uno y la otra serían de valor infinito; pero no sería el género humano quien en la persona de uno de sus miembros, como representante de todos, les ofreciera a Dios como justa paga de la deuda contraída por la familia humana. Ni la víctima, ni el supremo sacerdote, cuyo sacrificio aplaca la cólera divina y hace descender el rocío bienhechor de los favores celestiales, nos pertenecerían como propiedad natural del género humano. En una palabra, la justicia quedaría satisfecha, pero faltaría cierta perfección, que sólo puede darle la economía presente de la Encarnación.

Estas verdades, tan consoladoras y tan gloriosas para nuestra naturaleza, predicólas San Pablo desde el principio a los cristianos: "*Aquel que santifica (por su inmolación voluntaria) y aquellos que son santificados, vienen todos de uno solo. Por lo cual no se avergonzó de llamarlos hermanos ... Y por cuanto los hijos tienen comunes la carne y la sangre, Él también participó de las mis-*

*mas cosas, para destruir por su muerte al que tenía el imperio de la muerte, es, a saber, al diablo... Porque no tomó la naturaleza de los ángeles, sino que tomó la sangre de Abraham. Por lo cual debió en todo asemejarse a sus hermanos, a fin de ser un Pontífice misericordioso y fiel para con Dios, en orden a expiar los pecados del pueblo" (Hebr., II, 11, 14, 16-17.).* "*Si, pues, por causa del pecado de uno solo la muerte ha reinado por uno solo, con mayor razón los que reciben la abundancia de la gracia, del don y de la justicia reinarán por uno solo, que es Jesucristo" (Rom., V. 17.).* De manera que, digámoslo otra vez, gracias a la maternidad divina, nosotros, descendencia impotente y culpable, tenemos un Pontífice, escogido de nuestra familia; Pontífice santo, inocente, inmaculado, separado de los pecadores, elevado por cima de los cielos*(Hebr., VII, 26.),* cuya sangre hace callar a la justicia y consuma para siempre a los santificados *(Hebr., IX, X.).*

**III. —** La Sagrada Escritura nos presenta al linaje humano caído, como un enfermo cuyo médico celestial es Jesucristo Nuestro Señor; y la enfermedad que padece tiene este doble carácter de universalidad; afecta a todas las partes que constituyen al hombre y acompaña al hombre en todas las edades. Y también en cuanto a esto, veremos la necesidad providencial de la Madre de Dios en la obra de nuestra salvación.

Recordemos el relato sencillo y conmovedor de la resurrección del hijo de la Sunamitis, aquella que hospedó al profeta Elíseo. El niño muere en el ragazo de su madre; ésta le pone en el lecho del varón de Dios y corre a buscar al profeta. Elíseo, conmovido por el dolor de la madre, la siguió, "*entró en la habitación donde el niño yacía extendido sobre la cama, cerró la puerta tras de sí y levantó su voz hacia el Señor. Subióse a la cama y se acostó sobre el niño, y puso su boca sobre la boca del niño, sus ojos sobre los ojos, sus manos sobre las manos, y se encogió sobre él, y la carne del niño se calentó de nuevo. Y Elíseo se bajó de la cama y se paseaba de acá para allá por la casa, y subió otra vez para acostarse otra vez sobre el niño, y éste bostezó siete veces y abrió los ojos. Y el profeta llamó a Giezi y le mandó que llamase a la Sunamitis. Y la Sunamitis vino y el profeta le dijo: Toma tu hijo" (IV Reg., IV, 20. 36).* El niño vivía.

He aquí una imagen fidelísima de lo que hizo el Salvador para llamar a la vida de la gracia a este gran enfermo que es la familia humana. Él también, descendiendo del cielo, se extendió sobre ella, órgano sobre órgano, miembro sobre miembro, porque todo estaba enfermo. Y para esto quiso tomar un alma como la nuestra, una carne como nuestra carne, una inteligencia y una voluntad como nuestra inteligencia y nuestra voluntad; en una palabra, quiso hacerse semejante en todo a nosotros, uno de nosotros, para que todo en nosotros pudiese ser sanado por medio de aquello mismo que Jesucristo había recibido de nosotros.

Los Santos Padres, en sus controversias con los herejes, recurrieron a menudo a este punto de doctrina. ¿Quién no conoce el célebre axioma de que se servían para rechazar cualquier ataque contra la integridad de la naturaleza humana en Jesucristo?: "*Lo que no fué asumido por el Verbo, no fué sanado: Quod non est assumptum, non est sanatum.*" Este axioma se halla en las obras de San Atanasio, San Ambrosio, San Gregorio nazianceno, San Gregorio de Nisa, San Fulgencio y otros, principalmente con ocasión de las herejías de Arrio y de Apolinar acerca del alma de Cristo: "*Si faltó en Cristo algo de lo que constituye al hombre perfecto, lo que faltó no fué rescatado" (S. Ambros., Epist. 48, n. 5. P. L. XVI, 1153).*

"*Si Adán cayó solamente a medias, yo concedo que el Verbo tomó solamente la mitad de nuestra naturaleza" (S. Gregor. Naz., Epist. I ad Cledon., P. G. XXXVII, 181, sq.).* Porque "*el Hijo de Dios no ayuda en el hombre sino a aquello de lo que se revistió por el hombre" (S. Fulgent., Ad Trasim., 1. I,*

*13, P. L. LXV: 237).* Por tanto, fue necesario que el médico celestial de la humanidad imitase al profeta; mas ¿qué digo imitar al profeta? Debió incorporar a sí al enfermo a quien había venido a sanar, para con más perfección infundirle su vida.

"Es necesario considerar que la corrupción nacida del pecado original no era exterior al cuerpo, sino que lo había penetrado hasta la medula. Por consiguiente, era necesario que la vida penetrase hasta las profundidades del mismo cuerpo, a fin de combatir y vencer la corrupción en sus propios dominios. Verdad es que si la muerte hubiese quedado fuera de nuestro cuerpo, también bastara a la vida quedar fuera de nuestra carne. Pero como la muerte había invadido toda la carne, por lo que su imperio estaba más fuertemente arraigado, hubo necesidad de que la vida se estrechase no menos íntimamente a la carne para que el cuerpo, así victoriosamente ocupado por la vida, fuese totalmente libertado de la corrupción. *(S. Athan.. Orot. de Incarn. Verbi. n. 44, P. G. XXV, 173-176.)* Y en otro pasaje de la misma obra: "*La corrupción de la muerte ya no ejerce imperio alguno sobre los hombres, porque el Verbo, con su único cuerpo, habita en medio de ellos. Suponed un emperador que entra en una ciudad y escoge para albergarse con su guardia uno de sus palacios. Sería un honor muy grande para esta ciudad; pero además sería una seguridad muy grande, porque ni los enemigos ni los bandidos osarían entregarse al pillaje en una ciudad tan bien protegida. Pues ved lo que debemos al gran moderador de todas las cosas. Por lo mismo que él hizo su entrada en los dominios de la tierra y escogió por morada un cuerpo entre los nuestros, el enemigo dejo de tendernos emboscadas, y la corrupción de la muerte, antes tan poderosa contra nosotros, se desvaneció como una sombra*" (S. Athan., ibíd. n. 9, 112)

Y como quiera que la enfermedad no solamente afectaba a todas las facultades del hombre, sino que corrompía todas las edades de su vida, desde el primer instante de la vida humana hasta el postrero, también fué menester que el Salvador las recorriese sucesivamente para purificarlas y santificarlas, es decir, que convenía que, como nosotros, fuese concebido; que, como nosotros, naciese; que, como nosotros, creciese, y, finalmente, que, como nosotros, también muriese. Y, volviendo a la figura de Elíseo, el Reparador del género humano había de echarse sobre todas las edades: niño, sobre la niñez; adolescente, sobre la adolescencia; joven, sobre la juventud; hombre maduro, sobre la plenitud de la vida, y, al morir, sobre la muerte misma.

Nadie ha desarrollado este pensamiento con tanto vigor como San Ireneo, el gran doctor martirizado en la Galia, en los primeros años del siglo III. "*Cristo* —dice— *vino para salvar a todos los hombres, es decir, a todos aquellos que por Él renacen para Dios: niños, jóvenes y viejos. Y por eso Él recorrió todas las edades...*" *(S. Iren., C. Haeres., 1. II, c. 22, n. 4, P. G. VII, 784, Cf. 1. III, c. 10, n. 6, ibid., 937).* Y aun esta consideración lo lleva demasiado lejos, porque retarda más de los límites ordinarios la muerte de nuestro Salvador, con el fin de que en cierta manera fuese anciano entre los ancianos *(El santo prolonga la vida de Nuestro Señor más allá de los cuarenta años (1. c, n 5-6) Quizá parezca que tal edad no es vejez. El mismo santo, para estar de acuerdo consigo mismo, fija en esa edad el principio de la vejez. A nada conduciría trasladar aquí las razones en que el santo apoya opinión tan singular. Pueden verse en el texto indicado. Dom Massuet, en los Prolegómenos a las obras de San Ireneo, demuestra claramente su poca solidez. Dissert, 3, a. 6. n. 72, P. G. VII, páginas 320-321.).* Así, dice también el Santo Obispo, el Verbo de Dios hecho carne restauró en sí mismo la obra de sus manos divinas y reconcilió a todo el hombre y a todos los hombres con su Padre *(S. Iren., C. Haeres., 1. III, c. 22, n. 1, cum parall. P. G., VII, 956*).

Después de lo dicho, apenas es necesario mostrar el lugar que corresponde a la maternidad divina en esta economía de reparación. Tiene lugar tan indispensable, que suprimirla sería trastornar todo el plan de la universal curación de nuestra humanidad. En efecto, suprimida la maternidad divina, Jesucristo ya no tendría nacimiento humano, no sería de nuestra estirpe, de nuestra sangre; su vida no tendría ni infancia ni adolescencia, y, por tanto, no habría salvación para toda nuestra naturaleza ni para todos los que participan de esta naturaleza.

**IV. —** La Redención ofrece otro carácter, en el que aparece de nuevo la necesidad de una Madre de Dios. El enemigo de la naturaleza humana, al tiempo que locamente atacaba al honor de Dios, jactábase de tener bajo sus pies nuestra naturaleza seducida y vencida. De donde se deduce que era necesario, para que la reparación fuese completa, cambiar los papeles, de manera que, por un glorioso desquite, el vencido triunfase del vencedor. Este pensamiento brota de la pluma de los Santos Padres a cada momento: "*Siendo Cristo Dios y hombre perfecto, se ha de afirmar de Él todo lo que corresponde a su Padre y a su Madre por razón de su naturaleza. En efecto, Él se hizo hombre para que lo que había sido vencido fuese a su vez vencedor. Cierto que Dios, como Omnipotente, pudiera, si quisiera, con su virtud todopoderosa arrancar al hombre de la dominación del tirano; pero éste hubiera podido en alguna manera quejarse de que Dios le despojase de su imperio a viva fuerza. Por esto el Creador, llevado de su misericordioso amor hacia los hombres, se hizo hombre, a fin de que el semejante fuese reparado por el semejante*" (S. Joan Damasc. *De Fide Orthod.*. L. III, c. 18. P. G. XCIV, 1072.). Estas reflexiones son de San Juan Damasceno.

Mucho antes escribía San Ireneo: "*El Señor, bondadosísimo y misericordiosísimo amigo del género humano, reunió a Dios y al hombre en unidad de persona. Porque si el hombre no hubiese vencido al enemigo del hombre, este enemigo no hubiera sido vencido justamente* (Es decir, el hombre habría sido libertado sin rescate suficiente o sin haberlo pagado de lo suyo, o bien en el desagravio no habría intervenido los mismos combatientes y las mismas armas que en la ofensa). *Por otra parte, si el mismo Dios no nos hubiese dado la salud, su posesión no sería ni firme ni cierta... Era necesario que Aquel que había de dar muerte en nosotros el pecado y salvar al hombre de la muerte a la que estaba condenado, viniese a ser lo que el mismo hombre era, esto es, hombre e hijo del hombre..., para que el pecado fuese muerto por el hombre y así el hombre escapase de la muerte*" (*S. Iren., C. Haeres., I-. III, c. 19, n. 6, P. G. VII, 937-938*).

Citaremos aún a otro escritor de la Iglesia de Oriente, a Juan, metropolitano de los Euchaitas, que floreció hacia la mitad del siglo XI. Después de haber referido la historia de nuestra caída original, considerando el consejo eterno en que fue preparada la obra de la rehabilitación, exclama: "*¡Oh, cuan sobre la naturaleza está el modo empleado para socorrernos y cómo nos debe llenar de santa admiración!... ¡Dios entra en lucha con nuestro adversario, pero combate después de haberse hecho uno de nosotros!... Sin duda, pudo Dios desde lo más alto de los cielos, con una simple mirada, sin peligro ni trabajo, aplastar al enemigo y arrancarle con mano victoriosa el culpable, ingrato y malvado, que retenía en cautiverio. Cosa fácil fuera esto; pero entonces, ¿no hubiera parecido el triunfo antes acto de violencia que obra de amor para con los hombres? Ved por qué nuestro Dios, con su misericordiosa bondad, prefiriendo, en cierta manera, mi gloria a su dignidad, se revistió de mi forma terrestre. Quiso ocultar su poderosa virtud debajo de las apariencias de mi debilidad, y, postrando por tierra Él mismo al fuerte armado, conceder a esta carne, cuya malicia había causado la derrota, una victoria inesperada. Maravillosa estratagema con que Dios convierte esta victoria en triunfo, más que de Él, de la carne humana. Tal es la razón por la que el Verbo se encarnó; tal es el gran misterio de*

*Dios, que se anonada hasta el abismo para rescatarnos y salvarnos"(Joan. Euchait. metrop., In SS. Deiparae dormitione, n. 9, P. G. CXX, 1084-1085).*

Y nadie piense que tantas y tan hermosas armonías hayan sido puestas de relieve sólo en las iglesias de Oriente. Las de Occidente nos ofrecen cien testimonios análogos. "*En verdad* — dice **San Agustín**—, *tocaba tanto a la justicia como a la bondad del Creador, que fuese vencido el diablo por la misma criatura racional a quien se gloriaba él de haber vencido... Aun presupuesto que Dios, para ser mediador entre Dios y los hombres quisiese tomar la naturaleza humana, podía buscarla fuera de la descendencia de Adán prevaricador, cuya culpa había inficionado a su descendencia. ¿No creó Él al primer hombre sin antepasado alguno? Dios podía, si así le hubiese placido, producir otro hombre que triunfase del vencedor del primero; pero tuvo por mejor tomar de la raza vencida la naturaleza en la que Él mismo había de derribar al enemigo del género humano... Así el seductor sería derrotado por la misma raza que él criminalmente había vencido*" (S. August., De Trinit., L. XIII, c. 18, n. 23, P. L. XXII, 1032-1033).

El Papa San León no podía olvidar, al hablar del Salvador, esta doctrina, universalmente conocida de los otros Padres (Eusebio, obispo que gobernó la Iglesia de Alejandría a fines del siglo VI, estudiando las causas de la Encarnación, pregúntase si Dios podría, sin tomar nuestra carne, derribar el imperio de Satán. Contesta exponiendo la doctrina de los demás Padres. Si lo hubiese hecho, "*el demonio no hubiera dejado de sacar alguna gloria. Mirad, hubiese dicho: yo he vencido al hombre, y ahora Dios solo me ha vencido a mí. ¿Qué maravilla que yo haya sucumbido en el combate...? Por consiguiente, para ahogar esta jactancia en la garganta misma del miserable, y para que no se gloríase de haber sido vencido por Dios solo, Dios, haciéndose hombre, vino a ser el segundo Adán. Combatiendo en su carne, el hombre ha triunfado del diablo vencedor del hombre. Por tanto, oh diablo, tú, Satanás, no podrás ya decir que, después de haber vencido al hombro, sucumbiste, pero que fué s.lo a los golpes de Dios.*"(Euseb. Alex., Serm. de Encarn. Dom., P. G. LXXXVI, 329.) Las mismas reflexiones se leen en Leoncio de Bizancio a propósito de una forma de herejía que atribuía a Cristo un cuerpo incorruptible. "*¿Cómo, pregunta, se hubieran guardado las leyes justas de un combate si la naturaleza de Cristo, luchando por nosotros contra el diablo, no hubiese sido de la misma condición que la del vencedor? Esto no sería vencer, sino aplastar por violencia, sin curarse de las heridas del combate. Pues bien, ley del combate es que el vencedor de hoy sea el vencido de ayer, de manera que la victoria de hoy sea reparación de la derrota de ayer". (Leont. Byzant., L.c. Nestor. et Eutych., P.G. LXXXVI, 1274*). He aquí lo que dice en su primer sermón sobre la Natividad de Nuestro Señor: "*El Hijo único de Dios, llegada la plenitud de los tiempos que había sido fijada en las alturas inescrutables de los consejos divinos, hizo suya la naturaleza del género humano para reconciliarla con su autor; la hizo suya, digo, para que el diablo, primer autor de la muerte, fuese derrotado por la naturaleza misma que él había derrotado. Y en esta lucha, sostenida en favor nuestro, se ha de admirar un triunfo grande y maravilloso de la justicia y del derecho: porque el Señor omnipotente combatió contra nuestro cruel enemigo, no en su majestad, sino en nuestra bajeza, haciendo frente a sus ataques con una naturaleza partícipe de nuestra mortalidad, pero exenta de todo pecado*" (S. Leo., Serm. XXI, In Nativ. Dom., 1, I, c. I. P.L. LIV, 191. cf. Petav., De Incarn., lib. II, c. 16, n. 5).

¿Quién no ve en este proceder de la divina sabiduría una estratagema admirablemente a propósito para humillar el orgullo de Satanás y juntamente levantar la dignidad del hombre, tan miserablemente envilecida, dado que a nosotros corresponde no sólo el fruto de la victoria, sino la victoria misma? Satanás sigue siendo un enemigo terrible, mas no hemos de temblar delante de él, porque su imperio ha perdido su poder por la fuerza de nuestro brazo.

Mas, ¿quién no ve también que ni esta gloria ni este triunfo serían nuestros si la Virgen Madre no hubiese dado a luz al hombre Dios, mantenedor de nuestra causa y representante nato de nuestra raza, en el cual nosotros hemos roto las cadenas y sacudido el yugo hereditario que pesaba sobre los hijos de Adán? Y esto es lo que hace notar expresamente San Ireneo, que es, entre los Santos Padres, el que por ventura ha expuesto con más vigor estas elevadas armonías. No bastaba, dice, que el segundo Adán fuese un hombre formado, como el primero, del barro de la tierra. A este triunfador le era necesaria una madre, hija del antiguo Adán, el padre del género humano, a fin de que la victoria y la salvación fuesen salvación y victoria de la raza vencida *(S. Iren., C. Haeres., L. III, c. 21, n. 9-10. P.G. VII, 954, sq.29).*

Pues si la maternidad divina era necesaria para la rehabilitación de la familia humana, aun más lo era para la liberación y glorificación perfecta de la mujer. Esta es otra idea que la tradición pone muy de relieve; véase si no este pasaje de **San Agustín**, en el que habla de los beneficios otorgados por Dios a la mujer. "*Pero, diréis, aunque Él no hubiese nacido de la Virgen María, ¿no hubiera llegado a los mismos fines? Quiso Él ser hombre, y lo fuera aunque no hubiese nacido de mujer. Cuando hizo el primer hombre, no lo hizo de mujer. Oíd la respuesta. Preguntáis por qué, queriendo revestirse de nuestra naturaleza, escogió una mujer, y yo respondo: ¿Y por qué no nacer de mujer?... Sabedlo. Si nació de mujer, fué porque con esto quería manifestarnos un misterio grande. Sí, hermanos míos, yo concedo que si Dios hubiera querido hacerse hombre sin nacer de mujer, nada hubiera sido tan fácil a su Majestad. Así como fue formado de una mujer sin el concurso del varón, así pudo entrar en el mundo sin el concurso de la mujer. Mas pretendía darnos a entender claramente que la criatura racional, pertenezca al sexo que perteneciere, no debe desesperar de su salvación... Suponed que al hacerse hombre no hubiese nacido de mujer; las mujeres al recordar el primer pecado, causado por la seducción que ejercieron sobre el nombre, desesperarían de sí mismas y de su redención por Cristo. Así, pues, Cristo vino y tomó para sí el sexo del varón, y para consolar a la mujer nació de una de ellas. Es como si hubiese dicho: **"...Es verdad, soy hombre por mi nacimiento; pero este nacimiento lo he recibido de una mujer. Así que no condeno a la criatura que yo crié, sino el pecado que yo no cometí. Vean ambos sexos cómo los honro; confiesen ambos su iniquidad y ambos esperen la salvación. El veneno que ha dañado al hombre por una mujer fue derramado; pues derrame una mujer el remedio que lo cure, y, dando a luz a Cristo, repare la seducción criminalmente ejercida sobre el hombre..."** Por tanto, nadie eche en cara calumniosa- mente a Cristo el haber nacido de mujer, ya que este sexo, lejos de manchar al Libertador, había de ser glorificado por el Creador" (S. August., Serm. 51. c. 2, n. 3. P. L. XXXVIII, 334-335).*

Del gran obispo de Hipona pasemos a **San Bernardo**: "*Oh Adán, padre infortunado nuestro, y, sobre todo, tú, oh Eva, desgraciada madre nuestra, saltad de alegría; padres de todos los hombres, fuisteis sus verdugos, y, para colmo de miseria, antes verdugos que padres. Consolaos, repito, los dos en vuestra Hija y en tal Hija; tú principalmente, por quien el mal, al principio, tuvo entrada, y cuyo oprobio se extendió sobre todas las mujeres. Ved que ya viene el tiempo en que este oprobio será borrado y en que el hombre no podrá volverse contra la mujer para culparla, como lo hizo cuando, para excusarse imprudentemente, no se avergonzó de echar con crueldad la culpa sobre ella, diciendo: **"La mujer que Tú me diste me ofreció del fruto prohibido, y comí"** (Gen., III, 12). Eva, corre a María; madre, corre a la Hija. Responda la Hija por la madre; líbrela de su vergüenza y satisfaga por ella ante su Padre. Porque si el hombre cayó por la mujer, no se levantará sino por la mujer... Por tanto, Adán, trueca ya tus injustas excusas en acciones de gracias, y di: **"Señor, la mujer que me diste me ha presentado el fruto de la vida; he comido de él y ha sido para mi boca más dulce que la miel, porque***

***con él me has vivificado"*** *(S. Bern., Hom. 2 super Missus est, n. 3. P. L. CLXXXIII, C2. Cf. serm. de Aquaid., n. 6. ibid.. 441).*

Tal fue el plan de Dios para la rehabilitación de la mujer a los ojos del hombre y a sus propios ojos: la escogió por Madre de Dios Salvador. Cierto que tenía en sus tesoros muchos otros medios para levantar la confianza de la mujer y lavar su oprobio; pero, ¿había otro que fuese a la vez más eficaz y más suave?

Y así el Occidente se une al Oriente para celebrar de consuno con él este admirable designio de Dios. **Teodoto**, obispo de Ancyra y uno de los Padres que en el Concilio de Efeso condenaron a **Nestorio** y glorificaron la divina maternidad de María, comenta así estas palabras del apóstol *(Theodot. Ancyr., Hom. in S. Deip. et in Nativ. Dom., n. 9. P. G. LXXVII, 1418.)*: "*Cuando hubo llegado la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo hecho de mujer (Galat. IV, 4).— ¿Qué dices, Pablo? El profeta asegura que ha de nacer de una virgen, y ¿tú predicas que es fruto de una mujer? Sí, responde el Apóstol. Yo predico la común bendición y quiero que se extienda a todas las mujeres, y, por lo mismo, no dije: **"Hecho de una virgen"**, para no restringir la bendición a la sola virginidad. Dije: **"Hecho de mujer"**, para mostrar que esta gracia pertenece al sexo femenino todo entero; más aún: que de él ha de extenderse al hombre. De manera que de aquella misma mujer que fué causa de la prevaricación proviene también la bendición que vale al género humano el reino de los cielos*".

La maternidad divina quita al hombre todo pretexto de recriminar a la mujer, de quien se valió el diablo para perderle con toda su descendencia, y, al mismo tiempo, devuelve a la seductora esperanzas de salvación; pero, además, tiene para la mujer otro provecho inapreciable. **San Agustín**, a quien poco ha citábamos, nos lo va a explicar en pocas palabras. Después de mostrar cómo Cristo, naciendo de mujer, es para todos, y sobre todo para ella, prenda segura de salvación, añade luego: "*La gloria del hombre está en la carne de Cristo y el honor de la mujer en la Madre de Cristo. Así, la gracia de Cristo triunfa de la astucia de la antigua serpiente. **Honor masculini sexus est in carne Christi; honor feminini est matre Christi. Vicit serpentis astutiam gratia Jesu Christi*** (S. August. Serm. 190 in Natali Dom., 7, c. 2, n. 2. P. L. XXXVIII. 1008).

Es gloria incomparable para la familia humana contar a Dios entre sus miembros. ¿Y qué es la distinción, tan ambicionada, de tener en su parentela un personaje célebre, un conquistador, un genio, comparada con esta consanguinidad divina? Por esto no nos sorprende oír cómo la Iglesia, maravillada de tanto honor, canta en un sublime arrebato: "*¡Oh feliz culpa, a la que debemos tan grande Redención!*" Sin duda Cristo, por pertenecer a la familia humana, es el honor de los dos sexos. "*Ya no hay, como dice San Pablo, ni judío, ni gentil, ni esclavo, ni libre, ni varón, ni mujer, sino que todos somos uno en Jesucristo*" (Galat., III, 28). Sin embargo, Jesucristo es un hombre, un varón, y en Él el hombre es Dios, Hijo eterno de Dios. Ved aquí, al parecer, una causa de inferioridad para la mujer. En la nueva economía de la gracia no aparece en el mismo grado la auxiliar semejante al hombre*(Gent., II, 18)* que Dios puso junto a Adán, después que lo formó con sus manos y lo vivificó con su soplo. Más no temáis; esta desproporción que vosotros suponéis, Dios sabrá suprimirla. Es cierto que la **naturaleza humana** fue elevada en el varón a alturas infinitas, porque llegó a ser naturaleza de Dios; pero también la **persona humana**subió en la **mujer** "*hasta los confines de la divinidad*" *(Cajetan., In 2-2, q. 103, a. 4, ad. 2. Por error se atribuyen generalmente estas últimas expresiones al Doctor Angélico; son del comentarista de la Suma).* Así se conserva el equilibrio primitivo.

Este mismo pensamiento se complacía **San Agustín** en expresar en mil formas: "*Para honrar los dos sexos* —decía— *y para no dar lugar a la creencia de que el uno es de menos valor que el otro, Dios al tomar para sí el uno, quiso tomarlo del otro,* ***virum svscepit, natus ex femina***" *(S. August., De Vera relig., c. 16. P. L. XXXIV, 135; coll. De Fide et Symb., c. 4, n. 9, XL, 186).* Con razón, pues, el mismo Santo Padre dirige a los dos sexos este consejo y este apostrofe: "*Vosotros, los hombres, no os menospreciéis a vosotros mismos: el Hijo de Dios se hizo hombre. Y vosotras, las mujeres, no os desestiméis a vosotras mismas: el Hijo de Dios nació de una mujer*" *(S. August., De Agone Christi, c. II. P. L. XL., 297, sp., col. L. LXXXIII quaest. q. II. Ibíd., 14).* Para terminar, citaremos un postrer texto; es de **San Máximo de Turín**: "*La mujer ha dado a luz a la salud del mundo, para que, la que había sido estimulante de la iniquidad, viniese a ser ministro de la justicia, y la que había abierto la puerta para que el pecado entrase en el mundo, fuese también quien franquease a la vida la entrada. Y como quiera que el Creador del género humano quería mostrar que amaba igualmente a los dos sexos y que igualmente deseaba salvarlos, nace hombre y procede de mujer, probando de esta manera que en orden a la salvación no distingue entre los dos sexos...*" *(S. Maxim. Taurir., hom. 15 De Nativit. Dom. P. L. LVII, 254).*

Y aunque es verdad que el privilegio de la maternidad divina es propio de una sola mujer entre todas las mujeres, pero el honor redunda sobre todo el sexo. Lo hemos oído de labios de San Bernardo: "*El tiempo se acerca en que el hombre no podrá recriminar a la mujer. ¿Qué digo yo recriminar? En vez de recriminarla, la bendecirá.*" En este sentimiento se inspiraba un poeta del siglo XIII, cuando con sentido profundamente cristiano decía: "*Hase de tomar en cuenta a todas las mujeres el que mujer fué la madre de Dios*" *(Texto citado por A. Nicolás, La Vierge Marie vivant dans I'Eglise, L. IV, c. I, t. II, página 322 (tercera edición)).* Y de este mismo sentimiento procede el hermoso rasgo que se cuenta del **Beato Enrique Susón**; Un día se encontró con una mujer en la calle más sucia de la población, e inmediatamente echó él por el barrizal, dejándola a ella la única parte seca por donde se podía pasar. La mujer, al advertir este acto de humildad, le dijo: "*Pero, Padre, ¿qué hacéis? ¿Cómo, siendo sacerdote y religioso, me cedéis el camino a mí, que soy una pobre mujer, llenándome de confusión?*" Fray Enrique le contestó: "*Hermana mía, tengo por costumbre honrar y venerar a todas las mujeres, porque todas recuerdan a mi corazón la poderosa Reina de los Cielos, la Madre de mi Dios, a la que tan obligado estoy*". La mujer levantó las manos y los ojos al cielo y dijo: "*Suplico a tan poderosa Reina, a la que honráis y veneráis en todas las mujeres, que se digne, antes de vuestra muerte, favoreceros con alguna gracia singular*" (Aug. Nicolás, ibíd.).

Si, después de lo dicho, aún preguntare alguien si verdaderamente ha conseguido Dios el fin que pretendía de rehabilitar a la mujer, le responderemos, "Leed lo que las historias cuentan de la mujer antigua y lo que los viajeros refieren del estado de degradación en que yace la mujer donde impera la ley de Mahoma y en todos los pueblos sumidos aún en el paganismo; después, venid a los pueblos cristianos y ved: *Veni et vide*".

**V.—** No eran los únicos fines de la Encarnación reparar el ultraje inferido a Dios por nuestros pecados, curar al linaje humano de sus llagas y arrancarle de la dominación del tirano de los cuerpos y de las almas. La Encarnación iba mucho más allá: se enderezaba a devolvernos la filiación adoptiva que perdimos con la rebeldía original, a deificar al hombre, a hacerlo heredero del Padre y coheredero con Jesucristo. Nada hay que con tanta frecuencia y tan magníficamente hayan enseñado los Santos Padres. "*Si el Verbo se hizo hombre, si el Hijo Eterno de Dios*

*vivo vino a ser hijo del hombre, fue para que el hombre, entrando en sociedad con el Verbo y recibiendo la adopción, viniese a ser hijo de Dios*" (S. Iren., C. Haeres, L. III, c. 19, n. 1. P. G. VII, 939). "*El Hijo de Dios, su Unigénito según la naturaleza, por una admirable condescendencia, se hizo hijo del hombre, para que nosotros, hijos del hombre por nuestra naturaleza, viniésemos a ser hijos de Dios por su gracia*" (S. August., De Civit. Dei, L. XXI, c. 15. P. L. XLI, 729). Dios mismo fue quien, por el conducto de los Apóstoles, transmitió a los Santos Padres esta doctrina. "*Dios, en la plenitud de los tiempos, envió a su Hijo, formado de mujer, hecho bajo Ley..., para que nosotros recibamos la adopción de los hijos*" (Galat., IV, 4, 5. Cf. Joan., I, 11-13; Ephes., I, 3-6).

No insistiremos más en esta verdad que hemos tratado ampliamente en otra obra (La Grace et la Gloire, L. I, c. I, 1-4).Sí; este es el fin próximo inmediato, de la unión del Hijo Eterno con nuestra naturaleza: hacer del hombre un hijo adoptivo de Dios y un hermano del Primogénito Jesucristo.

Ahora bien, en nada brilla la alta conveniencia de la maternidad divina con tan refulgentes resplandores como en esta obra de la adopción. En efecto, presupuesto que Dios quería elevarnos hasta él, ¿no era conveniente que primero descendiese él hasta nosotros? ¿Y qué medio más apto y más divino para introducirnos en su familia que unirse él mismo con la nuestra? En fin, ¿cómo llamarnos más eficazmente a participar por adopción del honor de la filiación divina que dándonos a su Hijo, eterno objeto de sus complacencias paternales, por hermano mayor, hermano de nuestra carne y de nuestra sangre? Pues bien, para la ejecución de este plan, nada tan conveniente como una Madre de Dios, porque en ella y por ella el Hijo único de Dios es el primogénito de la descendencia humana.

## CAPITULO 5

### Conveniencia especial de la Maternidad divina con la Encarnación del Hijo.

Detengámonos un instante para abarcar con una mirada las maravillosas armonías que acabamos de meditar. Con la maternidad divina, que es lo mismo que decir con Dios hecho hombre e hijo del hombre, como nosotros, el género humano tiene en sí mismo, y por sí mismo rinde a Dios, el tributo de satisfacción sobreabundante que reclamaba su Majestad ofendida; tiene en su propio seno el principio vivificador, que basta a librarlo de la muerte y de la corrupción; su liberación se obra en la forma más gloriosa para él, porque es él mismo quien triunfa de su vencedor; y, en fin, para que nada falte a la perfección de esta economía de reparación sobrenatural, el hombre y la mujer, igualmente elevados, igualmente glorificados y deificados, pueden entrar como conviene, tras del Hijo de Dios que les fué dado por hermano, en la familia y en la herencia de Dios.

Son éstas, ciertamente, hermosísimas armonías, y sería conocer muy poco la delicadeza infinita de Dios no ver en ellas los motivos por los que Dios prefirió este orden de providencia a muchos otros igualmente posibles; tanto más que la maternidad divina lleva consigo aún otras ventajas no menos preciosas.

Para entenderlas bien, recordemos una verdad que la fe nos enseña; conviene a saber: no basta para nuestra salvación que Jesucristo, nuestro hermano, haya satisfecho por nosotros; que nos haya merecido la gracia y la gloria; que haya ofrecido de nuestra carne y de

nuestra sangre el gran sacrificio "*que consuma para siempre a los santificados*" (1). Todos estos medios de salud, aunque de eficacia soberana, no producirán en nosotros el efecto intentado por Dios si les falta nuestra cooperación. Ahora bien, una de las formas, la principal, en que debemos prestar esta cooperación, es el ejercicio de las virtudes: de las virtudes de la fe, de la esperanza y de la caridad; de las virtudes de la paciencia, de la obediencia, de la justicia, de la castidad; en una palabra, de todas los virtudes sin las cuales no hay vida cristiana ni santidad.

Pues bien; a la Madre de Dios toca el oficio y la gloria de sostener eficazmente en el mundo la práctica de estas virtudes. No nos referimos todavía al auxilio que nos proporcionan su intercesión omnipotente y el ejemplo de su vida: de esto trataremos en la última parte de esta obra. Aquí nuestro intento es considerarla exclusivamente como la Madre del Verbo encarnado.

**I. —** Decimos primeramente que la maternidad divina es sostén de nuestra fe. Visto quedó ya cómo el título de Madre de Dios da una respuesta victoriosa a las impugnaciones dirigidas contra los principales misterios. La base de la fe cristiana es la realidad de la Encarnación: "*Et Verbum caro factum est et habitavit in nobis (2)*: El Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros, hombre como nosotros y uno de nosotros. Se puede decir de este hecho histórico que sostiene con su realidad sensible todo el orden espiritual de la Religión. Por una antítesis admirable, así como el Verbo increado sostiene el mundo visible con su virtud espiritual (3), de la misma manera el Verbo encarnado con su realidad corporal sostiene el mundo invisible de la gracia. A nosotros, nacidos en medio del Cristianismo y familiarizados desde la primera edad con estas altísimas verdades, nos parece fácil de creer la unión del Verbo eterno con nuestra carne. Mas si miramos en derredor nuestro, ¡cuántos hombres veremos aún que rechazan este misterio porque lo juzgan imposible y aun indecoroso para la divina majestad! Mas, dejando aparte la hora presente, la historia del dogma católico nos enseña cuánta resistencia halló, en cuanto a este capítulo, la predicación evangélica en los primeros tiempos de la Iglesia. El orgullo humano se levantaba contra el anonadamiento del Hijo de Dios.

Un eco lejano de estas rebeliones nos queda en las obras de los Santos Padres. **Tertuliano** escribió en defensa de la Carne de Cristo sus páginas más elocuentes y más enérgicas (4). **San Ireneo**, por espacio de mucho tiempo, combatió por la misma causa (5). Antes del uno y del otro, **San Ignacio de Antioquía**, el glorioso mártir de Cristo, puso en guardia a los cristianos contra semejantes errores (6). Nacidos casi al mismo tiempo que la Iglesia, pues el Apóstol amado del Salvador los denuncia en sus Epístolas (7), se perpetuaron bajo diversas formas. Cosa singular: una de las razones aducidas en primer término por los Nestorianos del siglo V, para negar la unión consubstancial de la naturaleza humana con el Verbo, era que es indigno de Dios hacer suyos nuestra carne y los padecimientos de nuestra carne. Compruébase esto por los discursos de un ilustre doctor, **Teodoto de Ancyra**, el cual, en presencia de los mismos Padres de Efeso, creyóse obligado a refutar estas objeciones, tomadas de los antiguos Marcionistas (8); como si, decía él, pudiese ser injurioso para Dios cualquier cosa que sea saludable para el hombre. Con pesar omitimos los argumentos que ante auditorio tan esclarecido desarrolló, pues es imposible vindicar con mayor elocuencia la carne, los padecimientos y las humillaciones de Dios hecho hombre (9).

El odio del demonio contra la carne de Cristo y los esfuerzos de la impiedad prueban de cuánta importancia es para nuestra fe el asentar esta doctrina sobre firmes bases. Ahora

bien, ninguna hay ni puede haber tan sólida como la maternidad de María. Suponed que el Hijo de Dios hubiese aparecido de repente sobre la tierra, revestido de un cuerpo humano, pero sin haber sido hecho de una mujer, y que fuese realmente lo que Melquisedec sólo fué en figura, "*sin padre, sin madre, sin genealogía*" (10); ¡qué tentación para nuestra debilidad y qué argumento para aquellos que niegan la verdad de su naturaleza humana! Podrían objetarnos de esta suerte: Es, decís, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo; mostradnos la oveja, su madre. He aquí, insistíis, el hombre providencial a quien debemos la salvación; indicadnos el lugar de su origen y conducidnos a su cuna.

La maternidad divina de María responde satisfactoriamente a estas objeciones y basta por sí sola para desvanecer todas las dudas. Ved por qué, a nuestro parecer, el relato evangélico derramó tanta claridad y tantos esplendores sobre los principios de una vida cuyos primeros treinta años iba a dejar en obscuridad casi completa; ved por qué el Evangelio se extiende con tanta complacencia en la narración de los misterios en que Jesús se presenta como niño, entre los brazos de su madre o en el seno de la Bienaventurada Virgen: *Anunciación, Visitación, Nacimiento, Purificación, Huida a Egipto.* A Tomás, que dudaba de la resurrección, Nuestro Señor le dijo, mostrándole sus llagas: "*Mete aquí tu dedo y mira mis manos: acerca tu mano y métela en mi costado y no seas incrédulo, sino fiel*" (11). Por un procedimiento semejante quiso certificarnos de la verdad de su carne. Así como "*Marción, queriendo negar la carne de Jesucristo, negó su nacimiento,* dice **Tertuliano** (12), *así también el Espíritu Santo hizo que este nacimiento humano fuese de tal manera indubitable que el pueblo decía, hablando de él: ¿No es éste el carpintero, el hijo de María?*" (13).

No se nos hace, pues, extraño que Jesucristo, para confirmarnos más y más en la fe de la realidad de su naturaleza humana, tomase el título de "*Hijo de] Hombre*". El Hijo de Dios; es también hijo del hombre. Que tenga a Dios por Padre, que sea Hijo de Dios, muchas veces nos enseñó. ¡Cuántas veces llama a Dios su Padre!. En dos circunstancias memorables recibió sensiblemente este título de Hijo de los sabios mismos de su Padre. Llamó bienaventurado a Pedro, hijo de Jonás, porque le confesó y proclamó Hijo de Dios. Y como el Príncipe de los Sacerdotes le conjurase en nombre de Dios vivo que dijese si él realmente era el Hijo de Dios, respondió sin vacilar, con seguridad absoluta: ***Ego sum***, lo soy; pero a continuación añadió: "*Algún día veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra de la Majestad de Dios, y venir sobre las nubes del cielo*" (14); como si este segundo título a sus ojos corriese parejas con el primero. Y aún parece como que prefiere usar este título de Hijo del hombre. Más de treinta veces lo emplea en sólo el Evangelio de San Mateo (15), atribuyendo al Hijo del hombre el poder de perdonar los pecados, el imperio sobre el sábado, la siembra del buen grano, el afianzamiento del reino de Dios en el mundo, el advenimiento glorioso sobre las nubes del cielo para separar las ovejas de los cabritos, confundir a los rebeldes y coronar a los santos, y, por último, al Hijo del hombre se atribuye el sentarse eternamente a la diestra del Padre (16).

**II. —** La maternidad es base, no menos necesaria ni menos sólida, de nuestra **esperanza**. Hemos de repetirlo una vez más, para que no se nos reprenda de restringir la amplitud del oficio encomendado a la Virgen María: lo que ahora consideramos en ella no es la influencia total que le corresponde en virtud de su unión con el Salvador del mundo, sino solamente la función que le incumbe como Madre de Dios hecho hombre.

Alguien podría preguntar: pero ¿es verdad que yo puedo aspirar al honor de la adopción divina siendo esclavo de nacimiento, enemigo de Dios por razón de mis culpas? ¿No es una osadía impía y ridicula aspirar a una dignidad tan alta que yo pueda decir a Dios: Padre mío; y que Dios me responda: Hijo mío? ¿Cómo olvidar la distancia infinita que separa a la criatura del Creador, al hombre de Dios?

Pues ved lo que me prueba que esta tan alta ambición no es una quimera: entre los brazos de una mujer de nuestro linaje veo un niño, y este niño nacido de mujer es el Hijo eterno de Dios. Oigamos sobre este punto a uno de los príncipes de la elocuencia cristiana, a **San Juan Crisóstomo:** "*¿No es cosa que debe sumirnos en el estupor ver que Dios, inefable, inenarrable, imcomprensible, en todo igual a su Padre,* ***nace del seno de una Virgen*** *y cuenta entre sus antepasados a David y Abraham? Ante este misterio levanta el vuelo de tu inteligencia; no imagines nada rastrero; por lo contrario, déjate penetrar de una admiración sin límites, cuando veas al propio y verdadero Hijo de Dios que tiene la dignación de llamarse hijo de David para hacerte hijo de Dios, de reconocer por hermano a un siervo, a un esclavo, para que tú, esclavo y siervo, puedas en verdad llamar a Dios tu padre... ¿Te mueve a duda este inefable honor? Pues bien, enséñate los mismos anonadamientos de Dios a creer en tu elevación. A los ojos de la inteligencia humana más dificultoso es hacer de un Dios un hombre que de un hombre un hijo de Dios. Así, pues, cuando oigas decir que el Hijo de Dios es hijo de David y de Abraham, no dudes de que tú, hijo de Adán, puedes llegar a ser hijo de Dios. Porque si Dios se abajó hasta el exceso, no fué en balde, sino para elevarnos a las alturas más sublimes. Nació según la carne, para que tú renazcas según el espíritu;* ***nació de una mujer****, para que tú no seas en adelante hijo de la mujer*" (17).

En efecto, "*aunque todos los dones otorgados por el Creador a la criatura broten como de su fuente de la misma bondad divina, todavía es menor motivo de admiración ver al hombre ascender a las perfecciones divinas que ver a Dios descender hasta la bajeza humana*" (18).

Al mismo tiempo que la maternidad divina fortifica nuestra esperanza en la adopción que nos ha sido prometida, nos da seguridad respecto de la herencia que esperan los hijos de adopción. ¿Cuál es esta herencia? Infinitamente superior a lo que pide la naturaleza, pues es el bien propio de Dios; la fruición inmutable de la belleza eterna por medio de un conocimiento claro, intuitivo y por medio del amor. Poseer este bien propio de Dios es estar en el seno del Padre, unidos íntimamente con la divina esencia, totalmente penetrados y resplandecientes de luz. Dicha y riqueza tan grande, ¿podemos esperarlas? Aunque no dudásemos que el amor de Dios hacia su criatura quisiera llegar hasta la concesión de esta merced, que es el mismo Dios, ¿estaríamos cierto de que Dios pudiera realizarlo? ¡Oh Virgen, Madre y nodriza de Dios, tú eres la solución viviente de nuestra duda!

"*Por el caso mismo de haberse Dios hecho hombre puede el hombre abrigar la esperanza de participar de esta bienaventuranza, cuya posesión naturalmente a sólo Dios pertenece. A buen seguro que el hombre, sabedor de su flaqueza, a duras penas creería que puede llegar a una felicidad tan grande que de ella los mismos ángeles apenas son capaces, aunque le haya sido solemnemente prometida, si no viese por otra parte que la dignidad de su naturaleza está en tanta estima delante de Dios que el mismo Dios ha querido hacerse hombre para salvarla. La unión de la naturaleza divina a la suya en unidad de persona es para el hombre prenda de esa otra unión que se consumará en la clara visión de Dios y en el gozo eterno de los cielos*" (19). Así razona el Ángel de las Escuelas, y con gran lógica saca esa consecuencia. En efecto, ¿hemos de considerar cosa imposible el que estemos destinados a sumergirnos en el seno de Dios para allí beber copiosamente del vino que embriaga al mismo

Dios, cuando vemos a este mismo Dios hecho niño pequeñuelo, pegado al seno virginal de una mujer, como nosotros lo estuvimos también, y abrevarse en las fuentes maternales que también nutrieron a nosotros?

Y la misma seguridad hallamos en la maternidad que nos dio a Dios por hermano, respecto de las demás esperanzas. Si debemos aspirar a la resurrección final de la carne, prenda es de nuestra vuelta a la vida el cuerpo del Hijo del hombre, formado como el nuestro en las entrañas de una mujer mortal y que salió del sepulcro, inmortal y glorioso.

"*Todos nosotros*, dice a este propósito San Máximo de Turín, *hemos ya resucitado y estamos vivos en Cristo; porque en él, pues pertenece a la* ***familia humana****, hay una porción de nuestra carne y de nuestra sangre. Donde reina una parte de mi substancia sé que reino yo con ella; donde mi carne es gloriosa, allí me tengo yo por glorificado..., porque mi Salvador me debe un afecto singularísimo. Él es Dios, lo confieso; pero por sus venas corre mi sangre. No será él tan inhumano que no ame su carne, sus miembros, sus entrañas... Por consiguiente, hermanos míos, no desesperemos ni de nuestra resurrección ni de nuestra salvación. No temamos que Dios nos odie. El privilegio de la sangre clama en nuestro favor y nuestra carne nos ama en Cristo*" (20). "*Confianza, pues, oh carne, oh sangre; habéis tomado posesión del cielo y del reino de Dios en Cristo*"; porque "*aunque su carne y su sangre aventajen en pureza a las nuestras, son de la misma naturaleza que las nuestras*" (21), pues han salido como las nuestras de la substancia de una mujer semejante por su origen a nuestras madres.

Conforme testifica el Apóstol, el designio de Dios fué que Jesucristo pasase por todas las condiciones y por todas las pruebas de nuestra humanidad "*para que se hiciese misericordioso,* ***ut misericors; fieret***" (22). Ahora bien; ¿qué puede haber tan a propósito para inspirar a Jesucristo estos sentimientos de misericordia y de compasión, que son fundamento y sostén de nuestra esperanza, como la identidad de su origen y del mío? Que un extraño sea insensible a nuestras desgracias es cosa explicable. Lo que nos entristecería y escandalizaría sería que un miembro de nuestra familia, poderoso y rico, nos desamparase en el infortunio. El Hijo de Dios hecho hombre no puede obrar contra la naturaleza. Así pues, sin más que por ser Jesucristo de la familia humana, de nuestra familia; sin más que por pertenecer por su nacimiento al gran cuerpo cuyos miembros somos y del cual él es, por su mérito y por su incomparable dignidad, el miembro principal, la ***cabeza***, no podemos ya dudar de su asistencia, ni creer que será insensible a nuestras miserias e infortunios ni descuidado de sacarnos de ellos.

Esta doctrina fué también predicada por **Teodoro de Ancyra**: "*No os escandalicéis al ver que el Verbo de Dios nace del seno de una Virgen... Su madre, al darlo a luz, le dio, no el ser Dios, sino el que pudiese ser visto manifiestamente entre los hombres. Siendo Dios desde toda la eternidad, quiso hacerse hombre, movido de clemencia hacia nosotros; para que nosotros pudiéramos abrazar al Creador mismo como aliado nuestro, como pariente nuestro, y así por él volver a la confianza, cuando estábamos aplastados bajo el peso de nuestras obras. ¿No es verdad que un culpable que va a comparecer delante de un tribunal de justicia, despojado de todo merito personal, se anima y cobra aliento cuando puede apoyarse en los méritos de algún pariente poderoso y bueno?*"(23). Y dice: "*Tomó él lo que es nuestro, porque nosotros habíamos rechazado lo que es suyo... Habíamos huido de un señor compasivo, abandonando la gracia que nos ofreciera .. . ¿Qué hace el Señor en su misericordia? Corre en pos del fugitivo, pues el fugitivo puede volver a él. Miradlo, se acerca. No está revestido de majestad; no ha mandado delante a sus guardias, que son los ángeles; no lanza sus rayos y no sacude las bases de la tierra: esto fuera espantar el culpable para que apresurase su huida. ¿Qué hará, pues, conforme a su designio de*

*dar alcance al fugitivo y ganárselo de nuevo? Toma en las entrañas de la Virgen una apariencia humilde y ordinaria; en una palabra, viene a ser, de su propia voluntad, siervo como nosotros, para que nosotros lleguemos a ser señores como él"* (24). Estas son las admirables estratagemas de Dios para reanimar en el hombre la confianza; pero que no serían posibles ni se explicarían sin una Madre de Dios, porque sin ella Jesucristo no sería ni pariente nuestro ni nuestro semejante, que nos da seguridades y levanta nuestra confianza caída.

**III. —** Estas sencillas reflexiones prueban suficientemente cómo la divina maternidad sea fundamento de la esperanza cristiana, sin que sea necesario alargarnos más en ellas; tratemos, pues, de la caridad, de la que principalmente es la maternidad divina auxiliar incomparable. Y para empezar, dejemos que Santo Tomás de Aquino nos describa en pocas líneas, llenas de substancia doctrinal, cómo el nacimiento del Salvador nos estimula a la práctica de la caridad divina: "*No puede concebirse prueba más evidente del amor de Dios hacia nosotros que ver al Creador de todas las cosas hacerse criatura; hacerse hermano nuestro el que es nuestro Señor y Maestro; el Hijo de Dios nacer como hijo del hombre; amar Dios al mundo hasta el extremo y exceso de darle su Unigénito* (25). Y ved aquí lo que, bien considerado, puede producir en nosotros un incendio de amor hacia Dios... Hay además otra cosa que nos debe inflamar en el deseo de unirnos a Jesucristo. Imaginad un hombre que tiene un hermano que es el mejor y más glorioso de los reyes, pero del que vive alejado.

¿No deseará ardientemente acercársele, vivir y morar con él? Así también nosotros debemos aspirar a unirnos, cuan estrechamente podamos, con Cristo, Rey eterno, cuyos hermanos somos. Porque allí donde estuviere el cuerpo se congregarán las águilas (26). Por esto el Apóstol deseaba de todo corazón la disolución de su cuerpo mortal para estar con Cristo; y esta necesidad del amor nada la alimenta ni la desarrolla tanto como la Encarnación" (27).

Y en otro lugar insiste en las mismas ideas; "*Dios, queriendo incitarnos a su amor, entre todos los medios utilizó el más eficaz cuando su Verbo, por el que hizo todas las cosas, **se desposó con nuestra naturaleza** para repararla; de tal manera que juntamente fué Dios como su Padre y hombre como nosotros. Es evidente la eficacia de este medio. Porque, lo primero, en esta alianza de parentesco que Dios pacta con el hombre, hay una clarísima demostración de su amor al hombre; ahora bien, nada incita tanto al amor como la persuasión de ser uno amado. Además es cosa harto cierta que el hombre tiene su inteligencia y su corazón, sus pensamientos y sus afectos inclinados hacia las cosas corporales, y que, por tanto, no puede fácilmente elevarse a las cosas que están por cima de él. Si a cualquier hombre es fácil conocer y amar a otro hombre, el contemplar las alturas de Dios y elevarse hasta ellas con todo el ímpetu del amor, eso es prerrogativa de los que, fortalecidos por Dios, se alzan, a costa de grandes esfuerzos, de las cosas de la materia a las cosas del espíritu. A fin, pues, de abrir para todos un camino fácil para llegar a Dios, quiso Él hacerse hombre; de esta suerte hasta los **niños pequeñuelos**pueden conocerlo y amarlo como a **su semejante**, y de grado en grado trepar, apoyándose en aquello que está más a su alcance, hasta llegar a la perfección del amor"* (28).

Otra excelentísima consideración es la que elocuentemente expone **San Agustín**, y que hallamos entre los consejos que da acerca del modo que ha de observarse para catequizar a los ignorantes y sencillos. "*¿Cuál es*, pregunta, *la causa principal de la venida de Nuestro Señor? ¿No es, por ventura, el manifestar a todos el amor de Dios para con nosotros? .... El fin del precepto y la plenitud de la ley es la caridad* (29). *Por consiguiente, puesto que Dios nos amó tanto, que no perdonó a su Unigénito y lo entregó por nosotros (30), si vaciláremos en amarle, por lo menos no vacilemos en devolverle amor por amor: **si amare pigebat, redamare non pigeat**; porque entre todas las invita-*

*ciones al amor, la más eficaz es adelantarse y ser el primero en amar. Ciertamente, muy duro ha de ser un corazón que, no habiendo querido otorgar el amor como un regalo, rehuye también el entregarlo como pago de una deuda. Nímis durus est animus qui dilectionem si nolebat impendere nolit rependere. ¿No vemos a los mismos que alimentan amores culpables cómo se esfuerzan por todos los medios en convencer de su pasión a aquellos de quienes desean ardientemente ser amados? Así buscan, so color de no sé qué justicia, una reciprocidad de sentimientos que ayuda a la seducción; y arden ellos mismos con fuego cada vez más voraz, conforme van observando que los corazones que tienen sitiados vanse abrasando en el mismo fuego. Pues si el corazón adormecido sale de su sopor al contacto de otro amor; si el corazón ya ardiente se enardece en la misma proporción con que advierte que es amado, cosa manifiesta es que el estímulo más eficaz para despertar el amor o para acrecentarlo es, para aquel que todavía no ama, saber que es amado, y para aquel que ya ama, la esperanza de ser l "i i espondido, o la certeza de que ya se responde a su amor con un amor recíproco. Ahora bien, si esta es ley de los amores, aun criminales, ¿cómo no ha de serlo del amor de verdadera amistad? ¿Qué cosa hay, en punto de amistad, que se observe con más solícita diligencia que el no dar a entender al amigo o que no se le ama o por lo menos, que no se le tiene amor igual al suyo? Porque si llegare a pensar que no es correspondido, la confianza con que se entregó al amor del amigo de cierto perderá calor y fuego; y aun dado que el tal amigo no sea tan puntilloso que el disgusto de no verse correspondido le lleve a retirar su cariño, todavía, aunque subsista éste benévolo y generoso, será, de seguro, menos efusivo que antes. Hay que notar aquí que en materia de amor es muy distinta la condición de los superiores y la de los inferiores. Aunque los superiores desean ser amados de su subordinados y re gozan en los testimonios de su respetuosa deferencia, y más los aman cuanto se ven más amados de ellos; pero el inferior es quien principalmente quiere con toda su alma al superior cuando está cierto de su cariño. Allí el amor es efectivamente más agradable donde no tiene por compañera la indigencia con las manos vacías, sino la abundancia que a manos llenas derrama favores. Porque el primer amor viene de la miseria y el segundo de la misericordia. Suponed ahora un inferior que no tenga esperanza alguna de ser amado de su superior; ¿qué amor no gustará si inesperadamente se ve rodeado de vivísimo y generoso amor? Pues, volviendo a nuestro asunto, decidme: ¿qué hay más alto que Dios, el justo juez, y qué más desesperanzado que el hombro pecador? El hombre, digo, que se sometió tanto más al yugo de las potestades soberbias, incapaces de dar la bienaventuranza, cuanto menos fió en la solicitud paternal de este otro poder que no quiere ser grande por la malicia, sino sublime por la bondad. Ved. pues, para qué principalmente vino Cristo: para que el hombre aprenda hasta qué punto es amado por Dios, y, una vez aprendido esto, se abrase en amor de aquel por quien es amado desde toda la eternidad*" (31).

Larga ha sido la cita; pero nos da a conocer tan perfectamente el corazón amorosísimo del santo obispo de Hipona, que no nos hemos atrevido a abreviarla. Es verdad que el santo no habla explícitamente de la Madre de Dios; pero no está la Virgen Santísima ausente de sus palabras: porque el mayor, el más sensible testimonio del amor de Dios, aquel que entre todos tiene más fuerza para arrebatar los corazones, es que el Padre nos diese a su Hijo y que el Hijo se incorporase por la comunión de la sangre y de las miserias a la desgraciada descendencia de Eva para salvarla. Ahora bien, aquí, como en todo, en la base de esta economía de amor aparece no solamente el Hombre-Dios, sino también la Madre de Dios.

Además, por la divina maternidad son removidos los dos grandes obstáculos que se oponen al amor del hombre hacia Dios: de un lado, el temor y un como terror de Dios; de otro, la esclavitud de la inteligencia y de la voluntad humanas a las cosas sensibles. Intentemos esclarecer estos dos conceptos. He dicho, el terror de Dios. Sea cual fuere la explicación que se le dé, es un hecho constante atestiguado por la historia de las supersticiones y por la

historia del verdadero culto que donde quiera que no brilla la luz del Evangelio el hombre tiene miedo a la divinidad. Buscad los arranques de amor filial hacia Dios; no los hallaréis. Cuando más hallaréis algunos acentos, raros, en el pueblo especialmente elegido y singularmente colmado de favores divinos; y aun para que estos acentos de amor filial se escapen de los corazones es menester que fulgure una visión profética de los misterios del porvenir. Vemos muchas manos extendidas hacia el cielo; pero ¿por qué se levantan? ¿Para ofrecer un homenaje filial al mejor de los padres? No, sino para apartar la cólera y desviar el rayo. De aquí tantos sacrificios, frecuentemente inhumanos y casi siempre sangrientos. Dijérase que el género humano, el gran culpable, ve siempre delante de sus ojos llamear la espada que le cerró la entrada del Paraíso; y que la voz amenazadora de Dios, tan gravemente ofendido por el primer hombre, resuena sin cesar en sus oídos. En la misma religión mosaica se siente esta impresión de espanto. Es indudable que Dios se mostró algunas veces a los hebreos como padre; pero entre los más señalados testimonios de su bondad subsistía ese no sé qué de terrorífico que hacía decir al pueblo de Israel, dirigiéndose a Moisés: "*Hablanos tú y te escucharemos; pero que no nos hable el Señor porque no muramos*" (32).

Conocidas son las páginas magníficas dedicadas por **Bossuet** a pintar y explicar este temor universal (33). Un Padre de la Iglesia latina, **San Pedro Crisólogo**, mucho antes que Bossuet, trató este asunto en uno de sus más hermosos sermones (34).

A este obstáculo del miedo al verdadero Dios añadid todavía otro impedimento que hay para que reine el amor divino: la esclavitud de la inteligencia y del corazón del hombre bajo el imperio de las cosas sensibles. Es ley de nuestra naturaleza que necesitemos de los objetos materiales para ascender hasta Dios por medio del conocimiento y el amor. Negar esto sería olvidar que somos hombres (35). Hubo un tiempo, tiempo dichoso, en que esta ascensión de las cosas sensibles y visibles a las cosas invisibles e insensibles se hacía sin dificultades y sin extravíos: tan dóciles siervas eran nuestras facultades inferiores de nuestras facultades más altas. El elemento sensible de nuestro ser no sólo no detenía o retardaba el movimiento de nuestro espíritu hacia las regiones superiores, sino que era su natural sostén. Pero desde el día en que el hombre, rebelándose contra Dios, su Creador, rompió el concierto armonioso de sus facultades, la carne tiende a alzarse con la soberanía del espíritu; y desde entonces este mundo, en el que las cosas invisibles penetran en nuestro entendimiento mediante su representación visible, en vez de llevarnos a nuestro Autor, paraliza el vuelo del alma y nos vela infinitas bellezas que la criatura tenía la misión de revelarnos. De aquí el olvido del verddaero Dios; de aquí las adoraciones rendidas a las criaturas; la obra en el lugar del Supremo Hacedor; "*la gloria de la majestad incorruptible cambiada por los hombres en la imagen de los seres corruptibles, y las pasiones de ignominia, consecuencia natural y castigo de tan culpables errores*" (36).

¿Qué hará el Creador y Padre misericordiosísimo del hombre para remover estos dos obstáculos? Obrará según la regla de Providencia que se trazó a sí mismo y consignó en las Escrituras Divinas: con fortaleza y con suavidad, de que tantas pruebas nos tiene dadas. Las cosas visibles nos han desviado de las cosas invisibles; pues es necesario que de nuevo nos encaminen a ellas. "*El hombre estaba sumergido en las cosas sensibles; y en ello estribaba su mal; Dios, para darse a conocer y amar del hombre, se mezcla entre las cosas sensibles; se reviste de carne, para que el hombre, que se había convertido en carne, vuelva a hallar a Dios debajo de apariencias corporales, y así, Jesucristo hombre lo conduzca otra vez a Jesucristo Dios*" (37). Nada tan hermoso co-

mo los textos en que los Santos Padres han descrito estas maravillosas invenciones de la divina sabiduría. Habría que citar a San Atanasio, San Agustín, San Hilario, Orígenes, San Bernardo y muchos otros (38).

Quizá se nos arguya que, si bien es verdad que la Encarnación nos ha manifestado visiblemente la benignidad y la caridad de Dios, Nuestro Salvador (39), y que apartándonos, mediante esta manifestación sensible de sí mismo, de las seducciones de las criaturas, ha reconquistado nuestras inteligencias y nuestros corazones; sin embargo de eso, bastaba para obrar esta maravilla que fuese hombre, y que lo que nosotros tenemos que demostrar es no sólo la soberana conveniencia de la Encarnación del Verbo, sino la de la divina maternidad. Pero pronta está la respuesta. ¿De quién, en efecto, tomó su vestidura de carne Dios Salvador del mundo, sino de una mujer, Madre de Dios? Y si insistís diciendo que pudo hacerlo por sí mismo y por sí solo la naturaleza corporal en la que hemos conocido sus amabilidades infinitas, replicaremos: esto quizá hubiese bastado para disipar nuestras tinieblas; mas para ahogar en el corazón del hombre el temor servil, substituyéndolo con un amor más confiado, era menester que el Salvador naciese del seno de una madre. Osaremos decirlo: un hombre extraño a nuestra raza, un hombre a quien no hubiéramos visto con los rasgos propios de la infancia, sería incompatiblemente menos apto para obtener semejante triunfo.

Meditemos esta doctrina, pues nos mostrará cada vez más cómo Dios sabe adaptar sus misterios de salud a nuestra flaqueza. Los profetas anunciaron en nombre de Dios al futuro Redentor. Nos revelaron sus nombres: se le llamará "*el Admirable, el Consejero, Dios fuerte, Padre del siglo venidero, Príncipe de la paz, cuyo imperio se extenderá sin límites y cuyo reino no tendrá fin*" (40). Mas no tembléis delante de tanto poder y de tanta gloria. Ese que se os presenta con títulos tan imponentes y tan magníficos, ése que lleva el principado sobre sus hombros es "*el Niño pequeñito que nos ha nacido, el Hijo que nos ha sido dado*" (41). Tal es nuestro Rey; su poder consiste en su debilidad, y su imperio, en sus atractivos. Bajo el mando del Mesías prometido podrá verse este extraño espectáculo: "*El lobo habitará con el cordero; el leopardo y el cabrito se acostarán juntos; el león, el toro y la ovejuela vivirán en compañía; pero quien obrará este prodigio será* ***un niño pequeñuelo*** *(aquel cuya venida anuncio el profeta)*" (42). Ved lo que hace la divina **infancia del Salvador**, y ved, por consiguiente, el fruto de la **divina maternidad**.

La profecía no fué desmentida por los hechos. Cuando apareció en el mundo el Deseado de las naciones, oid cómo fué anunciado: ***"No temáis***, dijo a los pastores el mensajero celestial: *os anuncio una* ***alegría grande****; hoy os ha nacido el Salvador que es Cristo, el Señor. Y esta es la señal con que le conoceréis; hallaréis un* ***pequeño Infante*** *envuelto en pañales y acostado en un pesebre. Y en el mismo instante se unió al ángel la multitud de la milicia celeste alabando a Dios y diciendo: Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad*" (43). La alegría y la paz con y por el Niño Dios. Y así, los pastores, llamados antes que todos los demás a rendir su homenaje al Verbo hecho hombre, corren apresurados adonde el ángel les ha convocado y hallan a María la madre, y al Infante recostado en un pesebre, y el primer sentimiento con que laten sus corazones no es de terror religioso, sino de amor. Ante aquella gracia sencilla, ante tanta inocencia, ante embeleso tan divino, ¿cómo no amar?

Y de igual manera, algún tiempo después, los Magos, que también representaban al linaje humano, se prosternaron en un ímpetu de amor delante del Rey recién nacido, que se les mostraba como en su trono sobre las rodillas de la Virgen su madre. Por tanto, el amor, el

amor tierno, el amor confiado, es lo primero que Dios hecho hombre imprime en el corazón del hombre, y esto que obra se debe a su infancia, es decir, a su madre.

Cierto que el misterio de Dios Niño produce, además, otras impresiones: respeto, alabanza, adoración; impresiones tanto más vivas y profundas cuanto la fe muestra más claramente la divinidad velada por las apariencias de la debilidad; pero el amor, en virtud de su primacía, las penetra y vivifica todas, y el espíritu de la nueva Ley será siempre espíritu de amor. La naturaleza humana, desde este primer encuentro con su Dios, jamás podrá olvidar la manera con que Dios hizo su primera manifestación en carne humana. Que Jesucristo crezca; que suscite admiración con sus milagros; que resplandezca lleno de majestad y de gloria; que haga también temblar con sus amenazas; la naturaleza humana recordará siempre que en el fondo es el **infante pequeñito** al que vio en Belén en los brazos de su madre, como sobre el trono de su gracia (44), y jamás ni el amor ni la confianza perderán el derecho de posesión adquirido junto al pesebre divino (45). Esto mismo es lo que nos anunciaron los antiguos oráculos si los entendemos a derechas.

Oigamos una vez más a San Bernardo. Nadie ha hablado tan divinamente como él de estas condescendencias tan apropiadas para ganarse el corazón de los hombres. Después de haber demostrado cuánta locura sería que un gusanillo de la tierra se ensorbebeciese, cuando la Majestad soberana se humilla hasta el anonadamiento, discurre así acerca de la aparición de la gracia y de la benignidad del Salvador en el misterio de su Nacimiento, "*¿Por qué, pues, oh hombre, tener miedo? ¿Por qué temblar al acercarte al Señor? No viene para juzgar a la tierra, sino para salvarla. En otra ocasión, tú, siguiendo los consejos de un servidor infiel, robaste la diadema real para coronar tu cabeza. Cogido en flagrante delito de robo, razón era que huyeses lejos de Dios. Quizá lo veías ya blandiendo sobre tu cabeza la espada de fuego. Ahora desterrado, comes tu pan con el sudor de tu frente; y he aquí que una voz resuena en nuestra tierra: El Señor ha llegado. ¿Cómo te alejarás de su presencia? ¿Dónde te esconderás? No huyas, no temas. No viene en son de guerra; no busca a quien castigar, sino a quien salvar. Y para que tú no puedas decir como en otra ocasión:* ***"Oí tu voz y me escondí"*** *(46), mira cómo se ha hecho niño y sin voz: porque los vagidos de la infancia no inspiran terror, sino compasión; y si es terrible, no lo es para ti, sino para otros. Se hace niño pequeñito; su madre, la Virgen, envuelve en pañales sus miembros delicados. ¿Todavía temes? Esto sólo es suficiente para enseñarte que no ha venido para perderte, sino para salvarte; para darte la libertad y no para cargarte de cadenas*" (47). Concluyamos, pues, que si el Hijo de Dios quiso hacerse hombre para ser amado y amado con la mayor facilidad, era por extremo conveniente que se hiciese niño y que lo fuese en el seno y en los brazos de una madre, "*la madre del amor hermoso*".

¿Será necesario añadir que si Nuestro Señor no hubiese tenido esta condescendencia, la parte más débil y la más embelesadora del género humano, la infancia, la niñez, hubiera quedado más privada que las otras del atractivo que arrebata los corazones hacia el amor divino? ¿Cómo la bondad de Dios se hubiese puesto al alcance de estos tiernos corazones si les quitáis al Niño Jesús y a su Madre?

Por último, para no omitir cosa alguna en materia tan gloriosa para la Madre de Dios, ¿no es verdad que la bondad del Salvador nos haría menos impresión si él nos fuese extraño por su origen; sí, aunque semejante a nosotros por naturaleza, no fuese de nuestra misma familia? Es que entonces nuestro corazón no hallaría en él un corazón de hermano y la voz de la sangre no pediría tan imperiosamente la reciprocidad del amor.

**IV. —** Por esta misma razón la maternidad virginal de María, además de ser sólida base de nuestra fe, de nuestras esperanzas y de nuestro amor, favorece en nosotros poderosamente el brote de las otras virtudes. Una sencilla reflexión bastará para darlo a entender. Amar a Jesús, el Verbo encarnado, es amar a Dios; porque no se le ama con perfección si no se le ama todo entero. El amor que se profesa a este hombre tiene esto de propio y peculiar: que lleva directamente a Dios. Ahora bien; la divina "*caridad es la plenitud de la ley, el vínculo de la perfección*" (48). "*Aquel que guarda mis mandamientos, ése es el que me ama*" (49). Así, pues, todo lo que provoca el amor del Verbo encarnado, todo lo que facilita este amor, conduce por necesaria consecuencia a la observancia de las leyes divinas, que es como decir a la práctica de todas las virtudes.

Ahondemos en esta materia. Dios quiere que nos asemejemos a su Hijo, y la medida del amor que nos tiene es la de la semejanza nuestra con el ejemplar de toda belleza, moral y de toda perfección. Todos los bienes que nos concede, todas las gracias que nos dispensa, se ordenan a perfeccionar en nuestras almas la imagen del Unigénito (50). Pero este arquetipo, ¡cuan por cima está de nuestra debilidad, y cuan sin proporción es con nuestra nada!

¿Qué hizo la maternidad divina? Fué, por decirlo así, a buscarlo en el seno profundísimo del Padre, para después bajarlo y ponerlo a nuestro nivel y adaptarlo a nuestros usos. Debajo de los rasgos que de ella recibió, ya es imitable para nosotros; porque todas las virtudes que debemos practicar para observar el regio mandamiento del amor nos las muestra en su persona, en sus obras y en su vida. Tanto más imitable cuanto que podemos contemplarlo con los ojos de la carne. "*Al hombre que podía ser visto, no convenía seguirlo; Dios, a quien era necesario seguir, no podía ser visto; pues bien, para mostrarnos aquel que podía ser visto del hombre y a quien el hombre debía seguir, Dios se hizo hombre*" (51).

Si quitáis al Salvador su madre, su nacimiento, su crecimiento en medio del hogar de la familia, por el caso mismo disminuís aquello que da a sus ejemplos el embeleso con que dulcemente mueven y aquello por lo que su vida es modelo universal de toda vida cristiana. Disminuyese el embeleso, porque, lo repetimos, un Cristo que se nos presentase ya formado sin haber pasado, como nosotros, por los caminos ordinarios del linaje humano para llegar a la plenitud de su desenvolvimiento, sería menos simpático a nuestro corazón. Ya no podría decir con la misma verdad lo que el profeta Oseas ponía en sus labios: "*Los atraeré con las ligaduras de Adán y con las cadenas del amor*" (52). Tampoco sería dechado universal. El niño y el adolescente no verían en él aquellas virtudes que son ornamento de la niñez y de la juventud. Hubiéramos quedado privados de tantas lecciones como se contiene en los misterios de la Concepción, del nacimiento y del crecimiento de nuestro Maestro; y de los ejemplos que a cada paso se nos ofrecen en Belén, en Nazaret, en el camino de Egipto, en el Templo. El nuevo Elíseo no se extendería sobre todas las edades y sobre todas las condiciones de nuestra naturaleza para vivificarlas y santificarlas.

**V. —** En materia tan grave conviene no omitir nada de cuanto pueda declarar la altísima conveniencia de la divina maternidad de María. Y así, los teólogos plantean esta cuestión: ¿Hubo razones especiales para que se encarnase, con preferencia a las otras dos divinas personas, el Hijo de Dios, aunque el misterio pudo obrarse también en el padre o en el Espíritu Santo? Cuatro razones de éstas aduce **Santo Tomás de Aquino** en diversos pasajes de sus

obras; cada una de ellas se funda en una propiedad del Hijo. Así, pues, escribe el Doctor Angélico, era de soberana conveniencia que se encarnase el Hijo de Dios.

Esta consecuencia fluye, primeramente, de la consideración de la unión misma, porque la unión se ha de hacer entre semejantes, pues la semejanza es principio de unión. Ahora bien, entre la persona del Hijo y la naturaleza humana hallamos dos relaciones de conveniencia. En primer lugar hay una coveniencia general del Hijo con todas las criaturas. El verbo del artista, su idea, es imagen ejemplar de las obras del artista. Así, el Verbo de Dios, su concepto eterno y consubstancial, es el arquetipo viviente de toda la creación. Por tanto, así como los seres creados fueron hechos, cada uno según su especie, por la participación de aquel modelo divino, así también convenía que fuesen conducidos a la inmutable perfección de la eternidad por una unión personal de la criatura con el Verbo mismo. En efecto, cuando la obra del artista se deteriora, ¿no la restaura éste conforme al ejemplar y dechado primero según el cual la produjo? Pero, además de esta conveniencia general, se da otra singularísima entre el Verbo y la humanidad. Y es que, siendo el Verbo el concepto de la eterna Sabiduría, de la que emana toda sabiduría para el hombre, el hombre progresa en sabiduría, es decir, en la perfección propia del ser racional, en la medida que participa del Verbo de Dios. Así, leemos en el libro del **Eclesiástico**: "*La fuente de la sabiduría es el Verbo de Dios en lo más alto de los cielos*" (53). De donde se deriva esta consecuencia: convenía que, para consumar la perfección del hombre, el Verbo de Dios se uniese personalmente a nuestra naturaleza.

Y no es menos patente esta consecuencia si consideramos, en segundo lugar, el fin de la unión. La Encarnación se encaminaba nada menos que a hacer de los hombres, que eran esclavos por naturaleza, hijos adoptivos de Dios. Por tanto, también desde este punto de vista, era por extremo conveniente que el Hijo de Dios por naturaleza fuese quien por sus méritos nos hiciese partícipes de su filiación divina.

Y esto mismo, en tercer lugar, se deduce de la consideración del pecado de nuestro primer padre, al que la Encarnación había de poner remedio. Aquel pecado fué un apetito desordenado de ciencia, como lo atestiguan las palabras del tentador a la mujer:

"*Seréis como dioses, concedores del bien y del mal*" (54). ¿No vemos también aquí cómo era una cosa muy puesta en razón que el hombre, a quien separó de Dios un afán desordenado de saber, fuese de nuevo conducido a Dios por el Verbo de la verdadera Sabiduría?

Una postrera conveniencia se saca del orden que, conforme la fe nos revela, hay entre las divinas personas. Como quiera que el Hijo ocupa, digámoslo así, un lugar intermedio entre el Padre y el Espíritu Santo, pues procede del uno y es principio del otro, a él más que a las otras personas corresponde el ministerio de la conciliación, el oficio de mediador, la función principal de Dios hecho hombre (55).

Sentadas estas premisas, la maternidad divina preséntase como elemento obligado de la Encarnación. ¿Por qué? Porque en Dios hecho hombre las propiedades del hombre deben responder puntualmente a las propiedades de Dios; en otras palabras, el origen temporal ha de estar en armonía con el origen eterno. Si Cristo salvador es concebido temporalmente en el seno de una mujer, como es eternamente concebido en el seno del Padre; si recibe por vía de generación la naturaleza divina; en una palabra, si es en el tiempo hijo del hombre, como es desde toda la eternidad Hijo de Dios, todo en él queda ordenado con perfecta consonancia. Y

así, las armonías de la maternidad, tan sorprendentes cuando se las contempla en lo que tocan al hombre, no lo son menos cuando se las examina en lo que tocan a Dios.

Hagamos ya punto en estas consideraciones enderezadas a mostrarnos en la Madre de Dios el complemento providencial de la Encarnación del Verbo y de su obra de Redención. Y no porque hayamos agotado la materia, pues apenas hemos estudiado la mayor parte de las coveniencias de esta bienaventurada maternidad. Pero lo que nos queda por decir tendrá lugar adecuado en la segunda parte, en la que estudiaremos a la Madre de Dios como Madre de los hombres.

**NOTAS**:

(1) Hebr., X, 14.

(2) Joan., I, 14.

(3) Hebr., I, 3; Col., I, 17.

(4) Tertull., L. de Carne Christi: r. Marcion. P. L. II.

(5) S. Iren., C. Haeres, L. IV, y L. v. P. G. VII.

(6) S. Ignat., Ep. ad Smvrn.. n. 2, sq. P. G. IV, 708, sq.

(7) I. Joan., IV, 2, 7.

(8) Theodot. Ancyr., hom. I in Nativ Dom., n. 3-5 y 11; hom. 2, r. y et 3. P. L. LXXVII, 1K63. sq. 1372, sq.

(9) Alguien podría extrañarse de hallar esta glorificación de las flaquezas de Cristo en una refutación de la herejía neetoriana. Pero la extrañeza cesa al considerar la finalidad de Nestorio. Quería él desdoblar la persona del Salvador y hacer de la Virgen María la madre de un puro hombre. Para que su error fuese aceptable, pretendía que ni la muerte ni la pasión podian convenir a una persona divina. De aquí deducía la {}existencia de una persona puramente humana, en la que Dios había establecido su morada en la forma más íntima. Y esto es lo que motiva las vehementes invectivas del obispo Teodoto. "*¿Por qué* —exclama— *reprochaba en Cristo Dios la humildad de Belén? ¿Por qué hablar de su pobreza y no hablar de las riquezas que ha procurado al mundo? ¿Por qué presentar como indigna de Dios una pasión que es fuente de tan grandes bienes? ¿Por qué despojar al Hijo único de Dios de las llagas de donde ha manado nuestra salud? ¿Por qué convertir en vergüenza para Dios una muerte con la que ha dado muerte a la muerte? ¿Por qué negarle una cruz con la que ha triunfado de la malicia del diablo...? No desprecies los clavos de que Cristo se ha servido para enclavar al universo a la misma fe y al mismo culto de la piedad.*" Theodot., h. I, *in Nativ. Dom*., n. 11.

(10) Hebr.. VII, 3.

(11) Joan.. XX, .7.

(12) Tertull.. De carne Christi, c. I. P. L. II, n. 754.

(13) Marc, VI, 18

(14) Mure, XIV, G2: Matth.. XXVI, 64.

(15) Matth., IX, 6 ; XII, 8; XIII, 37; XVI, 27; XVIII, 11; XIX, 28; XXIV, 30, 37, 39 ; XXV, 31, etc.

(16) A primera vista podría parecer que todas estas consideraciones sobre el enlace de la maternidad divina con nuestra fe no difieren nada o muy poco de las materias tratadas en el capítulo tercero de este libro. Sin embarco, la diferencia es prande. Allí explicamos las verdades dogmáticas encerradas en la maternidad divina; aquí mostramos cómo la maternidad nos ayuda a creer aún aquellas verdades que no están comprendidas en su concepto.

(17) S. Joan. Chisost., tn Matth., hom. 2, n. 2. P. G. LVII, 26.

(18) S. Leo M., Serm, 24 in Nativ. Dom.. 4, c. 2, P. L. LIV, 204. Cf. S. August., ep. ad Honorat. 140 c. 4, n. 10, 11 P. L. XXXIII, 541, 642.

(19) S. Thom., Declaratio quorumd. Artic. adv. Grecos, etc., c. 5.

(20) San Maxim. Taurin., Serm. 20 M /w/infr. 1 P. T,, I.VII, EN, 594.

(21) Tertull. De Resurrect. carnis, c. Bl, P. L. II, 869.

(22) Hebr., II. 17.

(23) Teodot. Ancyr, hom. 2, in Nativ. Dom., n. 2 ct 3. P. G. LXXVII, 1372, sq.

(24) Id., hom. 4, in S. Deip. et Simeón, n. 2 et 3. LXXVII. 1388.

(25) Joan., III, 16.

(26) Matth., XXIV, 28.

(27) S. Thom., Expositio Apostol, Ínter Opusc, c. 5.

(28) *S. Thom., Declar, quorumd. artic, c. Grecos, etc. c. 5.*

(29) *I. Tim., I. 5: Rom., XIII, 10.*

(30) *Rom., VIII, 32.*

(31) S. August., De Catechiz. rudibus, c. 4. nn. 7, 8. P. L. XL, 214, sq.

(32) Exod., xx, m.

(33) Bossuet, Sermón sobre el nacimiento de Nuestro Señor.

(34) S. Petr. Chryso., Sem. 147, *De Incarn. sacram.* P. G. LUÍ, 594, sq., José do Maistre hizo acerca de este miedo a Dios observaciones muy atinadas. Ved cómo habla a proposito de la oración: "Los hebreos, por ejemplo, dieron algunas veces a Dios el nombre de *Padre*; los mismos paganos emplearon algunas veces este título, pero cuando llega el momento de orar, la cosa varía: no hallaréis en toda la antigüedad profana, ni aun en el Antiguo Testamento, un solo caso en que el hombre haya dado a Dios el título de Padre hablando con él en la oración... Siempre ha podido el hombre llamar a Dios Padre, lo que no expresa (por lo menos en el sentido lato de la palabra) más que una relación de creación y de poder; pero ningún hombre pudo con sus solas fuerzas decir: ***Padre mío,*** *porque estas palabras expresan una relación de amor, extraña al monte Sinaí, y que solo pertenece al Calvario*". Después, entre los elogios más espléndidos que puedan tributarse a los salmos de David, algunas veces tan ardientes en amor, de Maistre intercala esta reflexión : "*El amor divino que lo abrasa toma en él un carácter profetico; se adelanta a los siglos y pertenece a la ley de gracia*". Además, ni el rey profeta se libra de la regla a

que está sujeta toda la antigüedad. "*El terror se mezcla en él constantemente con la confianza: y hasta en los arrebatos de amor, en los éxtasis de la admiración en las más tiernas efusiones de un agradecimiento sin limites, la punta acerada del remordimiento se deja sentir como la espina a través de la espesura roja del rosal.*" J. de Maistre, Soireés de Saint-Peterabourg., 7v entretien, II. páginas 39-41, 47, 51. (Lyon, 1886.)

El primer texto citado requiere, para ser rectamente entendido, una explicación. Antes de Jesucristo se daba el amor sobrenatural, pues los tesoros de la gracia ya estaban abiertos. Pero este amor no tenía ni la misma ternura ni la misma efusión que después. Por otra parte, como la gracia, tenía su fuente en el Calvario, en los méritos del Hijo del hombre

(35) S. Thom., c. Gent., L. III, c. 119.

(36) Rom., I, 23, 24.

(37) S. August., m Joan., Tract. XIII, n. 4, P. L. XXXV, 1494.

(38) Cf. Thomas., De Incarn., L. I, c. 5, 6.

(39) Tit., III, 4.

(40) Is., IX, 6, 7.

(41) Is., ibid.

(42) Is. XI, 6.

(43) Luc, II, 10-14.

(44) Hebr., IV, 16.

(45) Cf. August Nicolás, La V. María en el plan divino, L. II, c. 3.

(46) Gen., III, 10.

(47) S. Bernard., in Nativ. Dom., serm. I, n. 3. P. L. CLXXXIII, 116.

(48) Rom., XIII. 10; Col., III. 14.

(49) Joan., XIV, 21.

(50) Rom., VIII, 29.

(51) S. August., serm. 371, n. 2. P. L. XXXIX, 1660.

(52) Os., XI, 4.

(53) Eccli.. I, 5.

(54) Gen.. III. B.

(55) S. Thom., 3 p., q. 3, art. 8; III, D. I, q. 2, a 2; C. Gent., L. IV, •. i2.

## LIBRO II

## CAPITULO 1

### Lugar que ocupa la maternidad divina en el plan de la Encarnación.

**Sin Cristo Redentor ni hubiera habido Madre de Dios ni aun hubiese existido María.**

**I. —** Antes que existiesen los siglos fue predestinado Jesucristo por Dios para Reparador de la naturaleza humana. "*Dios inefable, cuyos caminos son misericordia y verdad, y cuya voluntad es omnipotencia; Dios, cuya sabiduría* ***llega con fuerza de una extremidad a la otra, y todas las cosas dispone con suavidad*** *(*Sap. *VIII, 1), desde toda la eternidad había previsto la ruina lamentable que la prevaricación de Adán llevaría tras de sí. Por esto, con designio oculto a todos los siglos, había resuelto acabar, por secretísimo misterio, la primera obra de su bondad por medio de la Encarnación de su Verbo. Así, el hombre, impulsado al crimen por la astucia de la malicia diabólica, sería sustraído de la muerte, producirían su efecto los designios de la misericordia, y lo que desgraciadamente se hundió en el primer Adán sería más venturosamente reconstruido en el segundo. En consecuencia, el Padre eligió para su Hijo Unigénito una madre, de la que naciera al llegar la dichosa plenitud de los tiempos; una madre que él mismo le preparó y en la que amorosamente se complació hasta preferirla a todas las criaturas*" *(*De la Bula *Ineffabilis).*

Tal fue el plan divino, según que nos lo describe el inmortal Pío IX al principio de la Bula dogmática, en la que definió la Concepción Inmaculada de la Madre de Dios. Por tanto, el mismo designio de misericordia que predestinó a nuestro Salvador Jesucristo predestinó también a la Madre de Dios hecho hombre. No hubo dos designios: uno referente al Verbo encarnado y otro relativo a la Virgen su madre, sino uno solo e idéntico plan de bondad infinita, que comprendió al uno y a la otra, a Jesús y a María, dentro de una alianza indisoluble. Ni María sin Jesús, ni Jesús sin María; se reclaman y se atraen, como Adán a Eva, como la primera mujer al primer nombre. *Neque vir sine muliere, deque mulier sine viro (I, Cor., XI, 11).* Dios nunca los concibió ni los quiso separados el uno del otro. Sondead, si tanto podéis, estas profundidades eternas; más allá de todas las edades, más allá de todos los tiempos, se os presentará el Redentor como **Hijo del hombre**, como la **semilla de la mujer**, como la flor que debía abrirse en María, la vara de José. Los dos, la Madre y el Hijo, están enlazados el uno con el otro tan estrechamente que nada los separará jamás. Si el Hijo es en virtud de su elección el **primogénito** de todas las criaturas, la Madre es junto al hijo la **primogénita**.

Y no digáis que no veis nada singular en María, pues lo que hemos dicho de ella se puede decir de todos los elegidos. ¿No son todos los elegidos, como María, miembros de Cristo, y no los predestinó Dios desde toda la eternidad para que formen el cuerpo místico del Verbo hecho hombre? *(Ephes., I, 5, 11).*

No permita Dios que introduzcamos sucesión en los consejos de la sabiduría eterna. Dios no es como los hombres, ni sus designios son como los nuestros, simples gérmenes indeterminados en su origen, que se van desarrollando en el fondo de la inteligencia, conforme el trabajo del pensamiento proyecta sobre ellos más luz y más claridad. El plan de Dios fue perfecto e inmutable desde el principio. Pero la prioridad, que no se da ni puede darse en el acto divino que forma el plan, se da en los objetos a que se refiere el plan. De María canta la Igle-

sia: El Señor la eligió y la preeligió; la eligió como a todas las criaturas predestinadas; la preeligió porque la eligió, no solamente ante todas las edades, como lo fueron las otras criaturas; no solamente con preeminencia de gracia y santidad sobre todos los seres de la creación, sino para una dignidad, para un oficio que la une con vínculos singularísimos con Aquél, que es el Predestinado por excelencia y la causa de toda predestinación. La elección, pues, de María sobrepuja a toda otra elección incomparablemente, porque la elección del Hijo del hombre implica intrínsicamente la elección de la Madre de Dios.

Para entender mejor todo esto supongamos por un instante, aplicando a Dios lo que sucede en nosotros, que sus designios se forman por sucesión de pensamientos, como los formamos nosotros. Dios, al concebir el **plan de misericordia**, pensará primero en Jesucristo, fundamento y corona del templo espiritual que se va a elevar a la Majestad divina sobre las ruinas del primero. Mas como el Hijo de Dios no soportará ni coronará el edificio sino con la condición de ser hombre e Hijo del hombre, el primer pensamiento de Dios necesariamente tiene que ir acompañado del pensamiento de la elección de la madre. También será necesario elegir los materiales para la construcción de este templo vivo, definiendo su número y su naturaleza y sus relaciones. Pero esta segunda elección es ya menos importante y no se hará sino después de la principal. Dedúcese, pues, que en María hay una preelección en cuanto al plan divino.

Ella está a la cabeza del libro eterno, *in capite libri*. Lo está por su alianza, tan estrecha que no puede serlo más, con el Reparador del mundo y por la preeminencia que obtiene después de él en los designios de Dios; lo está porque si Cristo puede, en cierto sentido, prescindir de cada uno de los elegidos separadamente, de su madre no puede prescindir, le es necesaria; lo está, en consecuencia por los dones que pide su dignidad altísima de Madre de Dios. Y todo esto es lo que tan felizmente expresa la palabra **preelección** empleada por la Iglesia.

Hemos leído muchas veces en los Santos Padres de la Iglesia griega que la Virgen Madre es la única elegida, sola electa. Estas palabras responden a lo que poco ha decíamos de la Santísima Virgen. Es peculiar modo de hablar de las Sagradas Escrituras el atribuir a uno como cosa exclusivamente suya aquello que posee en grado eminente. En este sentido decía Nuestro Señor: "*¿Por qué me llamáis bueno? Nadie es bueno sino Dios*" *(Luc., XVIII, 19).* Y en otro lugar: "*No dejéis que os llamen maestros: no hay más que un maestro, Cristo*" *(Matth., XXIII, 10).* También había recomendado Nuestro Señor a sus discípulos que no diesen a nadie acá en la tierra el nombre de padre, porque su padre era únicamente el Padre celestial *(Ibid., 9).* Y en forma parecida de lenguaje escribe San Pablo a los de Efeso: "*Tenemos que luchar, no contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes y potestades..., contra los espíritus de malicia diseminados por el aire*" *(Ephes., VI, 12; col. Marc, IX, 36; I, Cor., III, 7).* En fin, por razón semejante, no ha sido excluido de la Nueva Ley el magisterio de la Iglesia, aunque el Señor había dicho por boca del profeta Jeremías: "*Yo escribiré mi ley en su corazón... y el hombre no enseñará a su prójimo...*"*(Jerem., XXXI, 33, 34).* Dios, con estas palabras, quiere expresar solamente que la luz interior del Espíritu Santo, "*la unción del Espíritu*", como dice San Juan *(I Joan., II, 27),* sobrepujará al magisterio exterior, aunque éste sea necesario.

Por consiguiente, cuando los Santos Padres escriben de la Bienaventurada Madre de Dios que es la única elegida, no pretenden disputar a los otros santos su elección, sino afirmar cuanto la elección de la Virgen, por su enlace estrechísimo con la elección del Verbo hecho

hombre, sea singular y sin semejante. Tal es la predestinación de la Madre de Dios; tal el decreto que, asociándola al Hijo de Dios, la hizo compañera suya para siempre inseparable.

Los decretos eternos de Dios se revelan en su ejecución temporal. ¡Cuan admirable, cuan íntima fue en las predestinaciones divinas esta alianza entre la madre y el hijo, ya que la unión que la traducirá en el tiempo ha de extenderse por todo el curso de las edades! Descúbrese ya desde el principio del mundo, en las promesas hechas a nuestros primeros padres, y después a los patriarcas, en los oráculos de los profetas, en las figuras y en los símbolos de la Antigua Ley. Todo lo que nos habla del futuro Redentor nos habla también de *la mujer*, cuya descendencia será él; de *la Virgen*, cuyo fruto será él. Más adelante tendremos ocasión de insistir en estas ideas; pero ya desde ahora podemos indicar uno de los puntos acerca de los que se ha ejercitado la ingeniosa piedad de nuestro Doctores. Por doquiera en el Antiguo Testamento descubren tipos de Cristo, y por doquiera también descubren, mezclados con las figuras del Hijo, los emblemas de la Madre. Si el Hijo es el nuevo Adán de un nuevo mundo, la Madre es no sólo la nueva Eva, sino el Edén celestial donde Cristo hizo su primera morada. Si el Hijo es el verdadero Noé que poblará el mundo con una generación espiritual, la Madre es el arca salvada de las ondas, de la que saldrá aquella nueva generación. Si Cristo es el maná, María es la urna de oro que lo contiene; si él es el pan sagrado de la proposición, pan vivo y vivificante, ella es la mesa sobre la que fue puesto; si él es el carbón ardiente del que sube hacia Dios el perfume del incienso purísimo, ella es el incensario donde primeramente ardió; si él es la ley viva, ella es el arca santa en la que las tablas fueron encerradas.

Cristo es la luz que resplandece en la casa de Dios, y María el candelabro de oro en el que lució ante nuestros ojos; él es la flor que milagrosamente brotó de la vara de Aarón, y ella la vara. La zarza ardiente con fuego divino sin consumirse; el vellón bañado totalmente por el rocío del cielo, la tierra virgen del paraíso donde crece el árbol de la vida, la puerta oriental del templo, aquella puerta siempre cerrada por la que sin embargo, el Señor Dios de Israel entró en el mundo; la escala misteriosa en la que se apoyó el Señor, la casa de Dios llena de su gloria, la nube ligera que nos trajo el Salvador, la fuente sellada que arroja un río de agua viva para la regeneración del mundo, la montaña profética de la que sin que intervenga la mano del hombre se desprende la tierra que derribará la estatua colosal, símbolo de los imperios; todas estas figuras y otras muchas son para los Santos Padres otros tantos emblemas de Cristo y de María, del Hijo y de la Madre (Cf. S. Joan Damasc, *hom. 2 in Nativ. B. M. V. et hom. 1 in Dormit*.. S. Andr. Creat.. *hom. de Nativ. V. Deip.*: Hesych. patr. Hieros., *hom. 5 de S. M. Deip.*; S. Bern., *hom. 2 super Missus est*, n. 5, sq. : S. Theodor. Studita., *oral. 5 in Dormit. Deip.*: n. 4, etc. Sería necesario citar todas las series del *Ave*, en las que la Iglesia entera, y sobre todo la Iglesia de Oriente, recapitula las figuras de la Virgen benditísima).

Y el mismo enlace se observa cuando de las figuras pasamos a las profecías más expresas, como luego veremos. Y cuando en la plenitud de los tiempos las figuras y las profecías dejen paso a las realidades prometidas y Cristo aparezca en la tierra, la unión no sólo no se aflojará, sino que se estrechará y fortificará. De esto diremos en este mismo capítulo.

No es menester recordar aquí los múltiples vínculos que cada vez más estrecharán a la Madre con el Hijo; ni cómo éste comunicará a aquélla sus virtudes, sus privilegios, sus misterios, sus títulos; ni cómo, en fin, la Iglesia, conformándose al espíritu de Cristo su Esposo, mezclará por doquiera en la sucesión de los siglos el nombre de María, la glorificación de Ma-

ría, la invocación de María, las fiestas de María con los homenajes, las plegarias, las alabanzas, las solemnidades en honor de Cristo Jesús. ¿No es éste un hecho del que venturosamente somos nosotros testigos, y, por nuestra humilde participación en el mismo, también actores? (Véanse estas ideas más ampliamente desarrolladas en nuestra obra acerca de la *Devotion au Sacre-Cour de Jesús*, L. IV, 4.). ¿Y qué es todo esto sino palpable manifestación, por la fuerza de los hechos, de la eterna asociación de Dios humanado con su Madre en la predestinación divina?

Así, pues, con mucha razón decía a su pueblo San Pedro Damiano, predicando acerca de la Natividad de la Santísima Virgen: "*Sí, amadísimos hermanos míos, el nacimiento de la bienaventurada y purísima Madre de Dios debe traer a los hombres una alegría muy principal y singular, porque es el principio de la salvación para el hombre. En efecto, Dios, que con la mirada inefable de su providencia había previsto, aun antes de la creación del mundo, que el hombre perecería víctima de las maquinaciones del diablo; Dios, digo, antes de todos los siglos, concibió en las entrañas de su inmensa misericordia el designio de rescatar al hombre: y desde entonces su profundísima sabiduría determinó el orden, el modo y el tiempo de este rescate. Y, como era imposible que la redención del género humano se efectuase si el Hijo de Dios no nacía de una Virgen, por lo mismo era necesario que naciese la Virgen de la que el Verbo había de tomar su carne*" (S. Petr. Damián., serm. 45, in Nativ. B. M. V. P. L. CXLIX, 741).

En otro lugar el mismo santo hace asistir a sus oyentes al consejo, en que desde toda la eternidad Dios decidió el misterio y el modo de la Redención: "*Y luego*, dice, *del tesoro de su divinidad, el Señor saca el nombre de la Virgen María, decretando que todo se haga por ella, en ella, con ella y de ella, y que de la misma manera que nada se hizo sin él (el Hijo de Dios), así nada deberá rehacerse sin ella (sin María)*" (Id., *serm*. 11, *de Annunciat*., ibíd. 558. Debemos advertir que, según los críticos, es lo más probable que este último discurso sea de Nicolás de Clairvaux, secretario de San Bernardo, aunque se inserta entre las obras de San Pedro Damiano).

**II.—** La primera consecuencia que se deduce de esta unión primordial entre Jesús, el Verbo hecho hombre, y María su madre, es que si no hubiese habido ni justicia divina que aplacar, ni pecado que reparar, ni redención que obrar, ni cautivos que libertar, María jamás hubiera tenido el innefable honor de la maternidad divina. Esta consecuencia nace con bastante claridad de los textos en que María se nos presenta unida constantemente con el Verbo encarnado en los divinos consejos; y acaso con más claridad aún de todo lo que dejamos expuesto acerca de las conveniencias de la maternidad divina, pues todas se refieren a la obra de la Redención. Pero hay una prueba más clara y más incontestable. No hay Madre de Dios sin Dios hecho hombre; ahora bien, Dios no se hará hombre si no ha de venir para rescatar al mundo.

Cosa fácil sería acumular aquí textos de la Escritura Sagrada y de los Santos Padres en los que, como a porfía, se dice que la venida del Hijo de Dios en carne tuvo por razón terminante la reconciliación del hombre con Dios. "*Abrid las Escrituras y las obras de los santos, intérpretes de las Escrituras, y veréis cómo por causa **única** de la Encarnación asignan la redención de la servidumbre del pecado*", dice el Doctor Angélico *(S. Thom.. III, D. I. q. I, a. 3: col. 3. p., q. I, a. 3)*. En efecto, según el testimonio del Evangelio y del mismo Jesucristo, "*el Hijo del hombre vino para buscar y salvar lo que había perecido*" *(Luc, XIX, 10.16)*, y "*si Dios envió a su Hijo al mundo fue para que por él se salvase el mundo*" *(Joan., III, 16, 17; col. I. Joan., III, 8: IV, 9, 10, Gal., IV, 4, 5; Hebr., II. 14; Matth., XIV, 13, etc.)*.

Y no solamente los Evangelistas y los Apóstoles nos enseñan esta doctrina; el Antiguo Testamento, cuantas veces habla de la venida del Hijo del hombre, otras tantas la enuncia también y la confirma. La misión de Cristo prometido es aplastar la cabeza de la serpiente *(Gen., III, 15)*, traer el remedio a la humana miseria *(Is., LXI, 1)*, poner fin al pecado *(Dan., IX. 24.)*, quitar a la tierra sus iniquidades *(Zach., III, 9)*, reconciliar al hombre con Dios *(Is., LIII, 5; Mich., V, 5; Agg., II, 10)*. Y si algunas veces los profetas señalan otro fin a la venida del Hijo del hombre, no hay en ello oposición alguna, porque estos otros motivos tocan muy de cerca a la curación de los males causados por el pecado del primer hombre a su descendencia, y, por consiguiente, se relacionan con el fin principal, que es la redención.

No ignoramos que estos testimonios de la Escritura Divina y otros mil semejantes no han bastado para convencer a muchos teólogos, tan notables por su doctrina como por su piedad *(Por ejemplo, Alberto el Grande, Escoto y Suárez)*,los cuales, deseando hallar otra causa principal de la Encarnación del Verbo, han intentado con mil esfuerzos atenuar la importancia y valor de los textos indicados. Pero todos sus intentos se frustran ante esta sencilla pregunta: Si fuera de la redención del mundo hubo otra causa determinante del misterio, ¿por qué los Libros Santos, que tan frecuentemente tratan de este punto, no la mencionan ni indican? Y, sobre todo, ¿por qué Dios, al imponer al Verbo hecho carne un nombre que resumiera lo que había de ser y de hacer entre nosotros; un nombre hacia el cual todos los otros convergen como rayos hacia su centro *(S. Thom., 3 p., q. 37. a. 2, ad I)*; un nombre que sea en cierto modo su definición propia, por qué, decimos, eligió el nombre de **Jesús** con preferencia a todos los demás nombres?

Tan perentorias juzgaron estas consideraciones los Santos Padres que pudiera decirse que todas las fórmulas **exclusivas** les parecen pocas para expresar que el único fin, próximo y determinante, de la Encarnación fue la redención del género humano. "*Si no hubiese sido necesario salvar la carne, el Verbo de Dios de ninguna manera se hubiese hecho carne*" (S. Iren., c. *Haeres*.. 1. V, c. 14, n. 1. P. G. VIII, 1161). Así habla San Ireneo,en nombre del Oriente y del Occidente. "*Jamás, dice a su vez San Atanasio, jamás el Verbo se hubiera revestido de la naturaleza humana si la causa no hubiese sido la necesidad del hombre*" (S. Athan., Orat. 2. c. *Arian*., n. 56. P. G. XXVI, 268). *¿Cuál fue*, pregunta San Gregorio Nazianceno, *la razón que tuvo Dios para tomar nuestra humanidad? Ciertamente la salud que había de traernos. ¿Qué otra podríamos imaginar?*" (S. Gres. Naz., *Orat*. 30, n. 2. P. G. XXXVI, 105).

Los Padres latinos hablan al unísono con sus hermanos de Oriente. Testimonio de ello, este pasaje de **San Agustín**: "Es un hecho verídico y digno de pleno asentimiento que Cristo vino al mundo. Pero, ¿por qué vino al mundo? Para salvar a los pecadores. No fué otra la causa de su venida al mundo. Lo que lo trajo del cielo a la tierra no fueron nuestros méritos, sino nuestros pecados. Cierto; si vino fué para salvar a los pecadores. Y le darás, dijo el arcángel, el nombre de Jesús. ¿Por qué el nombre de Jesús? Porque él salvará a su pueblo de sus pecados *(Matth., I, 21)*. ¿Lo oís? Ved aquí la razón del nombre de Jesús, él salvará a su pueblo de sus pecados" (S. August., *serm*. 174, n. 8. P. L. XXXVIII, 944).

Testigo también, el gran Papa **San León:** "*Si el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, hubiera conservado la dignidad de su naturaleza; si no se hubiera desviado, engañado por fraude diabólico, de la ley establecida por Dios, el Creador del mundo no se hubiera hecho criatura*" (S. Leo. serm 77, *De Pentecot.*, 3, c. 2. P. L. LIV, 412). Testigo también, San Ambrosio: "*Habéis oído cómo*

*Cristo ofreció su sacrificio de lo que era nuestro; porque, ¿cuál fué la causa de la Encarnación, sino que la carne pecadora había de ser rescatada por ella misma?*(S. Ambros., *De Incarn*., L. 6. n. 56. P. L. XVI, 832). Y a estos testimonios pudieran añadirse otros mil, con los que nuestros grandes teólogos han enriquecido sus obras (Cf. Petav. *De Incarnat*., L. II, cap. ult.; Thomass., *De Verbi Dir. Incarnat*., L. II, 5, cum sq. ; Kleutgen, *Von Erloser*, n. 334, sq., etc). Si hay un solo Padre que opine distintamente, confesamos que no lo conocemos.

No hemos de ocultar que los defensores de la opinión contraria recurren a San Cirilo de Alejandría; pero basta leerlo con atención para convencerse de que en esta materia sigue paso a paso la doctrina del glorioso **San Atanasio**, su predecesor, y ya sabemos cuál es esta doctrina. Por lo demás, luego veremos cómo los dos insisten en la misma idea para afirmarla y robustecerla con nueva fuerza y brío *(Y entonces caerán por tierra lus argumentos que la opinion contraria intenta sacar de los Libras Sapienciales, porque precisamente explicando estos libros San Atanasio y San Cirilo afirmaron explícitamente la opinión que sostenemos).* Por tanto, concluyamos, así como la Encarnación del Hijo de Dios presupone en los designios de Dios la caída original del linaje humano, así también la maternidad de María depende de la misma condición.

Advierte muy bien **San Buenaventura** que la opinión según la cual el Verbo tomó la naturaleza humana principalmente para expiar nuestros pecados es más conforme a la piedad que la contraria. En efecto, nos da un sentimiento más vivo y más profundo de la amorosa misericordia de Dios hacia nosotros, ingratas y culpables criaturas suyas (S. Bonav., in III, D. 1, art. 2. q. 2). Y esto mismo es lo que Nuestro Señor expresó admirablemente en su plática con Nicodemus: "*Dios ha amado tanto al mundo que le ha dado su Unigénito, para que todos los que creyeron en él no perezcan, sino que obtengan la vida eterna*" (Joan., III, 16).

¿Y no podemos decir nosotros con la misma verdad que el depender la maternidad de la Virgen Santísima de la caída del género humano es para esta divina Madre un motivo poderosísimo para amar y ayudar más y más a los pobres pecadores?

Consideraciones son éstas que no han olvidado los más insignes devotos de la Virgen María. "*Oh dulcísima Virgen, ¡qué sobreabundancia de gracia hallaste delante de Dios! Gracia singular, porque sólo tú mereciste esta plenitud; gracia universal, porque tu plenitud se derrama sobre nosotros... Por tanto, oh Virgen, los pecadores pueden recurrir a ti; tienen derecho de decirte:* ***Haznos partícipes de la gracia que tú hallaste por nosotros; porque si nosotros no hubiésemos sido pecadores, tú no hubieras, sido jamás Madre de Dios***." Quien así habla a María es un autor del siglo XIV, el piadoso **Raimundo Jordán** (*Piae lect. seu contemplat. de H. V. P.*, contempl. 4. n. 3. Al autor de esta obra se le conocía comúnmente con el nombre de *el idiota o el sabio idiota*, hasta que el P. Teofilo Reynaud, S. J., publicó un manuscrito de sus obras. Entonces se averiguó que el autor era **Raimundo Jordán** (*lat. Jordanus*), preboste de Uzés en el 1381 y después abad de Sella en la diócesis de Bouges. Estas *piae contemplationes* se hallan en la *Summa Áurea* de Migne t. IV. p. 851, sq.

Son tan consoladores estos pensamientos, que vamos a transcribir también este pasaje de **Ricardo de San Lorenzo:** "*Los pecadores pueden decirle: A nosotros nos debes el haber llegado a ser la Madre de la Misericordia. En efecto, si no hubiese habido ni pecador ni pecado, tampoco hubiera habido Encarnación y, por consiguiente, María no hubiese sido Madre de Dios... Ved por qué uno de nuestros poetas magistralmente le ha cantado: Date prisa a ejercer la misericordia con los miserables,*

*oh bienaventurada Virgen, porque si te miras a ti misma verás como los miserables te hicieron bienaventurada. Por tanto, haz dichosos a los desgraciados, cuya causa te hizo dichosa a ti misma.*

"*Festina miseris misereri, Virgo beata, Nam si te recolis miseri fecere beatam. Ergo bea miseros, quorum te causa beavit.*"

Y en otro lugar dice el mismo **Ricardo de San Lorenzo**: "*No tengas odio a los pecadores, sin ellos no hubieras merecido ser la Madre de tal Hijo. Sin hombres que rescatar, faltara la rozón, para que dieses a luz al Redentor*". "*Nec abhorre peccatores; Sine quibus numquam fores Tanto digna Filio. Si non essent redimendi, Nulla Ubi pariendi Rcdemptorem ratie.*" Ricardo de San Lorenzo, *De Deipara,* 1. IV, 22. Esta obra se halla al final de las obras de Alberto el Grande, t. XX, con el título: *De Laudibus B. Mariae*. El autor era penitenciario de Rouen hacia la mitad del siglo XIII.)

Esta especie de requerimiento respetuoso hecho a la Santísima Virgen en nombre de los pecadores es familiar a los escritores místicos de la Edad Media. Veamos otros ejemplos. Serán a un tiempo confirmación de la doctrina que deseamos esclarecer, y estímulo eficacísimo de nuestra devoción a la benditísima Madre del Salvador. He aquí, para empezar, una oración de **San Anselmo de Cantorbery**, "*Oh Dios que viniste a ser el hijo de una mujer, con la mira puesta en la misericordia; olí mujer, que llegaste a ser Madre de Dios por razón también de la misericordia, tened compasión de un miserable; tú, Señor, perdonando, y tú, Señora, intercediendo por mí; y si no, mostrardme otro más misericordioso en quien yo halle refugio más seguro, otro más poderoso en quien descanse con más confianza*" (S. Anselm., *Orat*. 51 ad S. V. M. P. L. CLVIII, 952; Cfr. Orat., 47, ibíd., 945).

Después de oír al maestro, oigamos al discípulo, heredero de su doctrina y aun más de su afectuosa devoción hacia la Virgen María: "*Cuando medito entre mí mismo y pienso que el Verbo encarnado vino a ser su hijo para salvación de los pecadores, siento grande esperanza de que yo también participaré de la largueza de esta madre incomparable: porque no puedo olvidar que ella es Madre de Dios más para los pecadores que para los justos. ¿No dijo su misericordiosísimo Hijo que él había venido para llamar, no a los justos, sino a los pecadores? Y en el Apóstol, ¿no leo que Cristo vino al mundo para salvar a los pecadores?...* (I. Tim., I, 15). *Por consiguiente, si para los pecadores, es decir, para mí y por mis semejantes, fue hecha María Madre de Dios, ¿cómo la grandeza de mis crímenes podrá inducirme a desesperar del perdón, cuando Dios sacó de ella un remedio tan infalible para curarlos?*" (Eadmer, *De Excellent*. V. *Mariae*, c. I. P. L. CLIX, 557, 558. Esta obra durante mucho tiempo se ha citado como de San Anselmo, pero equivocadamente conforme al sentir unánime actual). Véase otro texto del mismo género, de **Ricardo de San Víctor**: "*Si yo me presento en el juicio confesando humildemente mi miseria, y si es defensora de mi causa la Madre de la misericordia, ¿cómo es posible que no halle gracia delante de mi juez? María fue hecha Madre de Dios para un fin de misericordia. Por eso creo firmemente que ella ejerce perpetuamente este oficio de misericordia, en favor del género humano, ante el Padre y ante su Hijo, Jesucristo Nuestro Señor*" (Richard, de S. Vict., *In Cantic*. c. 39. P. L. CXCVI, 518).

Añadamos, para terminar, algunas líneas llenas de unción de **Santo Tomás de Villanueva**. Las tomamos de uno de sus discursos sobre la Natividad de la Santísima Virgen: "*Celebramos el nacimiento dignísimo de una madre tan excelente... Justo es que en algún modo nos glorifiquemos nosotros junto a ella, porque nosotros le dimos ocasión de alcanzar tan alta dignidad, pues sin la enfermedad del pecado el cielo no nos hubiera enviado al que es nuestro médico por antonomasia. Lo mismo que nos hizo culpables, eso mismo fue ocasión de hacerla a ella Madre de Dios, porque si el hombre no hubiera pecado, no tendríamos al Verbo encarnado. Con todo, oh Virgen, esto no te*

*convierte en deudora nuestra; porque tal maravilla no la obró nuestro mérito, sino nuestro demérito. Mas tal es tu benignidad, que no puedes contemplar tu elevación sin acordarte de nuestra miseria; sí, tú serás verdaderamente abogada de los pecadores, tú que fuiste elevada tan alto por razón de sus pecados. Y aunque sintamos el arrepentimiento de nuestros crímenes, nos gozamos infinitamente en tu grandeza y en tu gloriosa maternidad vemos la compensación de las pérdidas que sufrimos por el pecado*" (S. Thom. a Villar., *in Nativ. B. V. Cónc*. 2. n. 2. *Canción*. II, 395).

**III. —** Saquemos otra consecuencia. No solamente María no hubiera sido Madre de Dios si no hubiera habido pecadores que salvar, sino que ni aun el don de la existencia hubiere recibido, a no ser destinada para ser Madre de Dios. Ved, pues, hasta dónde llega la unión maravillosa entre la madre y el hijo, determinada desde toda la eternidad en la preordenación divina.

Pero, ¿es cierto que la existencia de María se enlaza por modo tan indisoluble con su maternidad divina, como la maternidad depende de la economía de la Redención? Para no decir nada de propia cuenta en cosa de tanta monta, buscaremos la solución de este profundo problema siguiendo las huellas de los Santos y de los Doctores. "*Si no hubiese habido cruz, la Vida no estuviera suspendida del madero por los clavos; y si la Vida no hubiera estado enclavada en el madero, el costado del Salvador, fuente de inmortalidad, no derramara ni el agua, ni la sangre reparadora... Pero, ¿por qué detenerme aquí? Sin cruz, tampoco Cristo sobre la tierra; y sin Cristo en la tierra, tampoco **Virgen María**, ni segundo nacimiento de Cristo; porque Dios no se hubiera revestido de nuestra humanidad*" (S. Andr. Cret.. *Orat*. 10. P. G. XCVII. 1020).

Estas palabras de **San Andrés de Creta** son clarísimas; pero veamos otras, si es posible, aun más explícitas. Citaremos en primer lugar a **San Fulberto**, gloria purísima de la iglesia de Chartres, cuyo obispo fue. Hablando del **nacimiento** de la augusta e inmaculada **Virgen María**, dice así: "*Oh bienaventurado alumbramiento, pues da a la tierra la Virgen que había de borrar la antigua ofensa de nuestros primeros padres y enderezar el mundo encorvado bajo el yugo del más cruel enemigo; alumbramiento cuya **única razón de ser** fue preparar una morada santa y pura al Hijo del Altísimo. Porque, ¿a qué otro fin podía ser enderezado?*" (Fulbert. Canrnut., Serm. *De ortu almae*. V. M. P. L. CXLI, 326).

Entre los libros escritos en la Edad Media en alabanza de María no sabemos si hay alguno más notable, por el saber que encierra y por la unción que destila, que el **Tratado acerca de la Concepción de la bienaventurada Virgen María** (Este tratado, así como el libro de *Las excelencias de la Virgen*, creíase de San Anselmo; pero ciertamente es posterior, y parece que tuvo por autor a otro Anselmo, pariente del primero, abad de San Sabas, en Roma (1115-1121), y después obispo de Londres (1136-1139)). Después hablaremos de esta obra. Por ahora baste citar algunas líneas, que son las que hacen al caso: "*Dios, Creador y Gobernador soberano de todas las cosas, te hizo madre suya..., te constituyó señora y emperatriz de los cielos, de la tierra y de todo lo que tierra y cielos encierran. He aquí lo que eres, **y para serlo**, en el primer instante de tu concepción, en el seno de tu madre fuiste creada por la operación del Espíritu Santo*" (*Tract. de Concept. B. V. M*. P. L. CXIX, 306. Con estas palabras, *operante Spirítu Sancto creabaris*, no quiere significar una concepción virginal, sino una concepción milagrosa, como la de Isaías o Samuel). ¿Es posible afirmar con mayor claridad la Concepción inmaculada de María? Pero al mismo tiempo, ¿no expresan estas palabras con igual calridad el encadenamiento entre la producción de la Virgen y su maternidad?

Oigamos también en este lugar a Raimundo Jordán, el Sabio Idiota, en sus **Elevaciones a María**: "*Entre todas las obras del eterno Obrero, si exceptuamos la unión de la naturaleza humana con tu Hijo en unidad de persona, tú eres la más singular y la más hermosa, oh bienaventurada Virgen María, porque si Dios* ***te hizo*** *fue para que su primera obra, deformada por la malicia humana, fuese reformada por ti. Este Obrero supremo había creado la natualeza angélica, de la cual una gran parte cayó; había creado la naturaleza humana, y la humanidad se había corrompido; la naturaleza corporal, y el pecado del hombre la había envilecido. ¿Qué hará el Obrero divino en presencia de tantas ruinas? Crearte a ti, oh Virgen Santísima, para que con el fruto, más que benditísimo, de tus entrañas, la naturaleza angélica sea reparada; la naturaleza humana, renovada; la naturleza inferior, libertada de la servidumbre*" (*Piae lect. seu Contemp. de B. V*. P. L. IV, contemplat. I, n. 1. Cf. n. 3).

Hasta ahora no hemos preguntado a los Orientales. Vamos, pues, a interrogar a **San Juan Damasceno**, que es, entre los Padres del Oriente, quien más fielmente resume la doctrina de todos. Hablando con la Virgen María le dice así: "*Oh mujer, oh hija del rey David, Madre de Dios, Rey de todas las cosas..., tú tendrás una vida muy por encima de la naturaleza...; pero esta vida no la recibirás para ti misma,* ***pues no es para ti para quien habéis nacido****. La tendrás para Dios, porque has venido al mundo* ***únicamente*** *para servir a su gloria, es decir, para cooperar a la salvación del universo y realizar con Dios el decreto eterno de la Encarnación del Verbo y de nuestra deificación*" (S. Joan. Damasc, *hom. 1. de Nativ. B. V.*, n. 9, P. G. XCVI, 676).

Y si estuviésemos seguros de su autenticidad, nos atreveríamos a citar estas palabras de **San Efrén:** "*Suponed que Dios no hubiera querido revestirse de nuestra carne; entonces, ¿para qué producir a María?* (S. Ephrem, *Sermo de Transfigur*). Pero es preferible no dejar a San Juan Damasceno. Hay una tradición antigua a la que los Griegos aluden frecuentemente en sus obras y señaladamente en las que tratan de la Concepción de María. La bienaventurada Virgen, por bendición del cielo, había de nacer de una madre por mucho tiempo estéril. Así, fué necesario a los santos esposos San Joaquín y Santa Ana orar mucho y suplicar fervientemente hasta obtener, ya en edad provecta, el fruto bendito de su matrimonio. Y lo que la Sagrada Escritura nos refiere de Isaías, de Samuel y de San Juan Bautista, la tradición a que nos referimos lo aplica a la Madre de Dios. Sobre esto se pregunta San Juan Damasceno*: ¿Por qué la divina Virgen nació de una unión naturalmente infecunda? Y responde: ¿Para que la única novedad que hay debajo del sol,* ***el prodigio de los prodigios****, fuese preparado por medio de milagros escalonados en progresión ascendente, desde las maravillas más humildes hasta las maravillas más sublimes*". Y añade el santo doctor, "*Puede aducirse además otra razón más alta y más divina. La naturaleza deja paso libre a la gracia y se detiene temblorosa, impotente para avanzar sola. Puesto que la Virgen Madre de Dios había de nacer de Santa Ana, la naturaleza no se atrevió a ganar la delantera al germen bendito de la gracia; quedó sin fruto hasta que la gracia produjo el suyo. Tratábase, en efecto, del nacimiento, no de una niña vulgar, sino de la primogénita de la cual nacería el Primogénito de todas las criaturas en quien subsisten todas las cosas* (Coloss., I, 15, 17). *¡Oh bienaventurada pareja, Joaquín y Ana! Toda la creación os es deudora, porque en vosotros y por medio de vosotros ofrece al Creador el don que sobrepuja en excelencia a todos los dones, quiero decir, la madre castísima, que fue la sola digna del Creador*" (S. Joan Damasc, ibíd., n. 2, 664: co!. *De Orthod. fide*. 1. IV, c. 15. No puede afirmarse de una manera cierta la verdad de esta tradición. Pero, dejando a un lado pormenores que saben a ficción, en cuanto a la substancia nada hay que demuestre su falsedad. Es ciertamente muy antigua, pues ya la refiere el autor del sermón acerca del *Nacimiento de Nuestro Señor*, inserto entre las obras de San Gregorio de Nisa, el cual dice que leyó en una historia apócrifa que los padres de la Madre de Dios fueron estériles hasta una edad muy avanzada, pero que Santa

Ana había obtenido con sus oraciones, como la madre de Samuel, este fruto de bendición en su vejez milagrosamente. (P. G. XLVII, 1137 sq.) Y aquí hay que observar que el calificativo ***apócrifo*** en este pasaje no significa que la historia sea totalmente fabulosa, sino que no es de aquellas cuya autoridad es de todo punto indiscutible.

La misma tradición hallamos en los evangelios **apócrifos**, y señaladamente en el más antiguo de todos, el de Santiago, llamado comúnmente Protoevangelio, cuyo texto griego, en el estado en que lo poseemos, puede remontarse al siglo IV. Su título es: *Historia de Santiago del nacimiento de María*. El texto italiano es una adaptación del griego, hecha probablemente en el siglo V, con el título ficticio: "*Libro del nacimiento de la B. María y de la infancia del Salvador, escrito en hebreo por el bienaventurado evangelista Mateo y traducido al latín por el bienaventurado presbítero Jerónimo*". Este Protoevangelio es una compilación católica, formada, a lo que parece, con fragmentos de diverso origen. El primer fragmento, conviene a saber, el relato de la concepción milagrosa, infancia y matrimonio de María, data del siglo II, conforme al sentir de los críticos modernos. Quizá sea *el libro de Santiago* de que habla Orígenes. Los otros dos fragmentos, el uno atribuidos a San José, acerca del *Nacimiento del Salvador*, y otro, que cuenta la muerte de Zacarías, parecen ser de la misma época o acaso del siglo III. Véase el Diccionario de la Biblia, en la palabra *Evangelios apócrifos,*y Tíschendorf (*Evang. Apocr*., Hagae, 1851). Véanse también curiosos detalles acerca del texto latino del Evangelio de Santiago, en San Fulberto de Chartres, *serm. 5 ad populum de Ortutu almae Virginis*. P. L. CLXI, 326, 327.

Esta tradición fue aceptada en Oriente por muchísimos de los panegiristas de María: por San Andrés de Creta (Or. I. *De Assumptione seu Dormit, V. B. Deiparne*), por San Germán de Constantinopla (*Orat. de Praesent*., 2. P. G. XCXVIII, 313. sq.), por el seudo-Epifanio (*Orat. de laudibus Deip.* P. G. XLIII. 488), por el emperador León (*Orat de Nativ. Matris Dei*), etcétera. Del oriente se extendió rápidamente por Occidente, y puede leerse en muchas obras. Véase por ejemplo, el sermón sobre la natividad de la B. V. M., en el apéndice de las de San Ildefonso *(P. I,. XCVI. 278)* ; el sermón de San Fulberto de Chartres acerca de la natividad de la Madre de Dios (L. C., 324, sq.) : Dionisio el Cartujano la admite y cita en su favor el Corán (*De Laudibus Deip*., L. I. a. 5). Cf. P. Theph. Raynaud, *Diptyca Marian*. P. L., pun. I, n. 4.) Obvia es la conclusión que de esto se infiere. La naturaleza de suyo era impotente para producir obra tan maestra; y si la gracia o, en otras palabras, si la intervención del Espíritu Santo viene a ayudar y completar a la naturaleza, es porque la milagrosa niña está destinada a ser Madre de Dios. Por tanto, si María no hubiera debido, conforme a la preordinación divina, engendrar virginalmente al Unigénito de Dios, la naturaleza hubiera quedado privada del socorro de la gracia y hubiera permanecido en la impotencia. Una Virgen no hubiera concebido al hombre sin el concurso del hombre, si aquel hombre no hubiera sido el Verbo hecho carne. Joaquín y Ana no hubieran conocido a esta niña, su corona y su alegría, si ella no hubiera sido la Virgen que había de dar a luz. Nueva prueba de que la existencia y la maternidad de María están inseparablemente unidas entre sí y que la maternidad es la razón de la existencia.

Por lo demás, las Sagradas Escrituras, si bien en ninguna parte afirman expresamente esta trabazón tan estrecha, la dejan adivinar sin trabajo a quien las medita y sabe entenderlas. Es imposible leerlas atentamente sin adquirir la convicción de que la maternidad de María no es una cualidad accidental de su existencia, sino que, por el contrario, es algo que afecta a su constitución substancial y casi diríamos que es su mismo ser. Lo cual presupuesto, nos atreveríamos a comparar, guardada la debida proporción, a María como madre del Hijo con el

Padre de este Unigénito, para quien ser Padre y ser una persona divina y ser Dios mismo es todo uno. Y así como en virtud de la relación real que opone el uno al otro y los constituye, pensar en el Padre es pensar en el Hijo, así todos los fieles, al acordarse de la Virgen se acuerdan a la par de aquel cuya madre es. Lejos de nosotros el presentar esta comparación como perfecta; mas cuando hayamos profundizado en el sentido oculto de la Sagrada Escritura veremos que tal comparación no carece de fundamento.

Abramos, pues, las Sagradas Escrituras. Nunca en ellas aparece María sin Jesús. La primera vez que la dan a conocer al mundo es para anunciar su maternidad. *Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya*" (Gen., III, 15). Y después, en todas partes **se nos presenta con Jesús**: Jesús naciendo, Jesús huyendo a Egipto, Jesús ofreciendo en el Templo, Jesús perdido y hallado, Jesús creciendo, trabajando y obedeciendo; Jesús predicando, Jesús expirando... No hallaréis un lugar de las Sagradas Escrituras en el que se hable de la Madre separadamente del Hijo. Es verdad que María no está siempre junto a Jesús, aunque casi siempre lo acompaña, hasta en sus excursiones apostólicas. Pero la cuestión no es ésta. Lo que queremos decir es que donde quiera que el Evangelio la menciona la presenta o la nombra en su íntima relación con el Hijo de Dios, su hijo.

Estaba ella retirada en el Cenáculo, después de la Ascensión, y Jesús no estaba allí. Pero oíd lo que dicen los Actos Apostólicos: Y los Apóstoles "*perseveraban unánimemente en la oración... con María, madre de Jesús*"(Act., I, 14).

Diríase que constituye una ley sin excepción el no separar el nombre de la madre del nombre de su hijo, si ya no se la nombra únicamente por medio del nombre de él. Cuatro veces en un solo capítulo del primer Evangelio el ángel y San Mateo la mencionan, y las cuatro veces ligan el nombre de Jesús con el de su madre. Vienen los Magos a adorar al nuevo Rey de Israel, y "*hallan al Niño con María su madre*" (Matth., II, 11). Isabel, el día de la Visitación, exclamaba bajo la acción del Espíritu Santo: "*¿De dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a mí?*"(Luc, I. 43). Cuando el santo anciano Simeón hubo acabado su cántico y devuelto el Niño a los brazos de su padre adoptivo y de su Madre, "*dijo a María su madre*" (Luc, II, 34). "*Y su madre conservaba y repasaba todas estas cosas en su corazón*" (Luc, II, 51). San Marcos directamente sólo una vez habla de la Virgen: para llamarla madre de Jesús (Marc., III, 81). Y cuando, en otro pasaje, relata ciertas palabras de los judíos en las que es nombrada María, se la designa como madre de Jesús (Marc, VI. 8). San Juan no la conoce con otro nombre que con el de madre de Jesús, conforme lo atestiguan el relato de las bodas de Cana y el de la escena del Calvario (Joan., II, 1. sq., XIX, 25, 26), de tal manera, que ni una sola vez la llama María.

¿Es increíble que esta manera de hablar tan constantemente en libros inspirados por Dios no encierre significación profunda? ¿Y cuál puede ser esta significación si no es la compenetración que el cielo quiso que hubiese entre la existencia de la Virgen y su maternidad? Si preguntáis quién es la Virgen, el Evangelio no nos ofrece más respuesta que ésta: "*María de la que nació Jesús, que es Cristo*" (Matth., I, 16); y aún brevemente: **María de Jesús**.

Si fuese necesario, el Antiguo Testamento uniría al Nuevo su testimonio; tan cierto y evidente es que la Sagrada Escritura no habla de María sino en orden a su maternidad divina. Si suprimís los textos que la representan, ora como la enemiga de la serpiente infernal, como aquella cuya descendencia aplastará la cabeza del monstruo(Gen., III, 15), ora como la Virgen que, permaneciendo virgen, concibe y da a luz al Enmanuel (Isa., VII, 14), ora como la mujer

que circundará al varón (Jerem., XXXI, 22), ora como aquella que ha de parir *(Según el contexto, debe sobrentenderse: al Dominador que, procedente de Belén, tendrá la libertad, es decir, al Mesías. Mich., V, 3, con sus antecedentes y consecuencias),* en vano la buscaréis desde el libro del Génesis hasta el último libro de los Macabeos, como no sea que deis con algún otro texto en que se nos presente en su ser de madre. Prueba evidente de que María no tiene existencia nada más que para esto: para ser madre.

Pero, dejando aparte esta consideración, preferimos meditar, bajo la dirección de los Santos Padres, el texto tan conocido de los Proverbios, en el que la divina Sabiduría dice de sí misma: "*El Señor me poseyó desde el principio de sus caminos, antes que nada hiciese, desde el principio*" (Prov., VIII, 22). Los Setenta, donde la Vulgata del término **possedit**, poseyó, pusieron la palabra **creavit**, creó. De aquí tomaron los arríanos ocasión del volver este texto contra la consubstancialidad del Verbo con Dios su Padre, pues parece que el mismo Verbo afirma de sí en este texto que fue creado. No seguiremos a los Santos Padres en todas las explicaciones con que demuestran la inanidad de la argumentación de los herejes; pero notemos en sus respuestas lo que se refiere a la cuestión presente, y tenga la palabra en primer lugar el victorioso campeón de la fe en aquellas luchas, es decir, San Atanasio de Alejandría. Admite la lección del texto griego, a saber la que dice: "*Él me creó principio de sus caminos, en vista de sus obras. Yo fui fundada antes de todas las edades...*" Y ved cómo lo interpreta.

"*El Señor*, dice la **Sabiduría**, *me creó principio de sus caminos; esto es, mi Padre me dio un cuerpo, y por lo mismo me creó,* ***no en cuanto soy Dios****, sino* ***en cuanto hombre****, para la salvación de los hombres... Por consiguiente, si aceptamos la palabra* ***creó*** *de los Proverbios, se ha de entender no del Verbo todo entero, sino del Verbo considerado en cuanto al cuerpo creado, del que el Padre lo revistió por nuestra causa,* ***nostri causa****, para que nosotros fuésemos renovados y deificados en él*" (S. Athan., Orat. 2, C. *Arian*., n. 47. V. G. XXVI, 245, sq.). Y añade más abajo: "*Por tanto, hablan los Proverbios, no de la naturaleza del Verbo, sino de la humanidad... Antes de toda la creación el Verbo existía desde toda la eternidad... Pero cuando el Creador hubo hecho todas sus obras y cuando fue necesaria una economía de restauración para levantar las ruinas, entonces el mismo Verbo se ofreció y se anonadó hasta hacerse semejante a la obra de Dios, y esto es lo que significa la palabra:* ***El me creó****...*" (S. Athan., Orat. 2, C. *Arian*., n. 51, 256). Y continúa el santo: "*Y así, la Escritura añade inmediatamente después:* ***para sus obras****, en vista de sus obras. Con esto quiere significar la causa de esta creación, cómo el Verbo se encarnó para la* ***restauración*** *de las obras de Dios: es que la Escritura Santa acostumbra, cuando habla del origen de Jesucristo en cuanto a la carne, expresar la causa por la que se hizo hombre... Porque antes de la Encarnación del Verbo existía la necesidad del hombre, sin la que jamás se hubiese revestido de nuestra carne...*"(Id., ibíd., 53, 54, 260, 261: col. n. 55, init.).

"***Y él me fundó antes de los siglos***; como si la Sabiduría dijese: *A mí, que soy el Verbo, mi Padre me revistió de un cuerpo terrestre. Y así fué fundado aquél que por nuestra causa se desposó con la naturaleza humana; fue fundado, digo, para que nosotros mismos, adaptados y como incorporados a él, nos elevásemos a la perfección verdadera...*" (Id., ibíd., n. 74, in f. 305).

Por lo demás, si la Escritura, a las palabras **creó, fundó**, añade las expresiones: antes de los siglos, cuando la tierra aún no había sido hecha, no hay en ello motivo de extrañeza; todo esto se refiere al mismo misterio, al del Verbo hecho hombre.

"*La gracia que nos hizo el Salvador se reveló en el tiempo; pero antes de nuestro nacimiento, mejor dicho, antes de la reconstitución del mundo, nos estaba preparado en los consejos eternos, porque*

*Dios no tenía menester de esperar para deliberar acerca de nuestra suerte, como si hubiese ignorado en alguna época nuestros futuros destinos. Como sabía desde toda la eternidad que, después de ser creados en la santidad, nos rebelaríamos contra sus órdenes y seríamos arrojados del paraíso, él, que es la bondad por esencia, nos preparó en su propio Verbo una economía de salud que nos devolviese la inmortalidad...*" (S. Athan.. Orat. 2. C. Arian.. n. 75, 305).

Así, pues, el consejo y el decreto de nuestra salud se remontan más allá de todas las edades; pero la ejecución se hizo al venir el Salvador en la hora en que la necesidad lo pedía (Id., ibid., n. 75, 309).

Ya dijimos que la doctrina de **San Cirilo** concuerda perfectamente con la de su ilustre predecesor. Tenemos la prueba de ello en el comentario que escribió sobre el mismo texto para refutar los mismos ataques: "*El Señor* —dice la Sabiduría— ***me creó***; *como si dijera, Mi Padre me revistió de un cuerpo y me creó como hombre, para salud del hombre... Por consiguiente, puesto que el Hijo de Dios se hizo hombre para acabar las obras de Dios y ser el principio de los caminos que conducen a la reparación del género humano, con justo título dice de sí mismo:* ***El Señor*** *me creó principio de sus caminos y para sus obras*" (Cyrill. Alex.. *Thesaur. Aesert*., 15. P. L. LXXV, 266, 274).

"***El me ha fundado antes de los siglos***. *Dios, cuya ciencia no espera la presencia de los acontecimientos para conocerlos, vio aún antes de la constitución del mundo lo que había de suceder en los tiempos más remotos. Y por esto..., antes de todos los tiempos, él colocó a su Hijo en su presencia, como fundamento en que debíamos apoyarnos para levantarnos de nuestra caída y llegar hasta la incorruptible inmortalidad. Porque él sabía que nosotros moriríamos al volvernos pecadores... El Creador, pues, conociendo en su eternidad nuestros destinos futuros, previo y predefinió al que debía ser hombre por nosotros, es decir, a su Verbo, para que fuese principio de sus caminos y base inquebrantable de restauración para la naturaleza humana... Por tanto, si consideramos el decreto y la intención del Padre, Cristo fué* ***fundado*** *antes de todos los siglos; pero si consideramos le ejecución, la obra se ejecutó en el tiempo, conforme al modo que exigía la necesidad de las cosas*" (Cyrill. Alex., *Thesaur.Assert*.. 15. P. L. LXXV, 291-294).

¿Teníamos razón para afirmar la identidad de doctrina cuando hallamos repetidas en ambos aun las mismas fórmulas?

Mas, ¿por qué invocamos el testimonio de estos grandes doctores? Porque confirma no solamente la opinión antes emitida acerca del hecho de la Encarnación, sino que, además, nos ayuda a concebir mejor lo que es la maternidad divina en sus relaciones con la existencia de María. Nadie, en efecto, puede ignorar con cuanta insistencia aplica la Iglesia a la bienaventurada Virgen María este pasaje de los Sagrados Libros. Griegos y latinos, al unísono, lo utilizan, para celebrar su gloriosísimo origen, y la Santa Liturgia, o les ha dado ejemplo o lo ha tomado de ellos (Cf. *Offic. comm. B. V., lnmmacul. Concept., Nativit B. M. V., Rosarii B. V. Desponsat*, etc.).

Que la aplicación que se hace de estos textos a María no descansa en el sentido literal, lo concedemos de buen grado. Sea así: se le aplican solamente en sentido acomodaticio. Pero no es ésta una de esas acomodaciones facticias que se fundan más en las palabras que en las cosas, nacidas de un ingenioso juego de la fantasía antes que apoyadas sobre un sólido fundamento doctrinal.

Si la Iglesia atribuye constantemente a María lo que el Espíritu Santo reveló de la Sabiduría encarnada, es porque el texto expresa ideas que le convienen; no, cierto, en el mismo

grado que al Hijo de Dios, su Hijo, pero sí con toda verdad y en una medida exclusivamente suya (Si suponemos con muchos Padres que el texto de los Proverbios se refiere a la Sabiduría encarnada, entonces, no sólo en sentido acomodativo, sino en sentido literal, de cierta manera, habla dicho texto de la Madre de Dios. Quiero decir que esta divina Madre se halla significada *implícitamente*: *adsiginificata, connotata,* como dicen los intérpretes de los Libros Santos. ¿Por qué? Porque la idea del Verbo en la carne, en nuestra carne, trae naturalmente al pensamiento la idea de mujer que es el principio de esta misma carne).

Por consiguiente, María, como el Verbo hecho carne, fue creada para ser y con él y por él, principio de los nuevos caminos y la restauradora de las obras de Dios. Y ver por qué la Iglesia la hace decir, como a él: "*Yo fui fundada antes de todos los siglos...* Aun no existían los abismos ni las montañas se habían sentado sobre sus bases firmes, y ya había sido concebido yo; antes que las colinas, yo había sido engendrado (Prov., VIII, 23, sq.), no en la realidad, como el Verbo, pero sí en la divina predestinación, como el Verbo mismo en cuanto hombre.

Desde entonces, puede decir la Santísima Virgen, nuestras dos existencias están enlazadas la una con la otra en la unidad de un mismo decreto, en la intención de un mismo fin: la salvación del mundo, de tal manera asociadas y mezcladas, que Dios mismo no nos ha separado jamás en su pensamiento. Siempre le ha querido a él como a Hijo mío y siempre me ha querido a mí como a Madre suya, y al uno y al otro nos ha querido únicamente para su obra por excelencia, la reparación de la naturaleza caída. "*No separe, pues, el hombre lo que Dios unió indisolublemente*" (Matth., XIX, 6).

Poco importa que sigamos el texto griego de los Proverbios o el de la Vulgata (El texto hebreo indica más especialmente una producción por vía de generación. Fero esto no debilita el razonamiento que precede, porque San Atanasio, San Cirilo y la Liturgia tomaron las lecciones del griego o de la Vulgata para aplicarlas sea al Hijo, sea a la Madre.).

Leed cómo dice nuestra versión latina: "*Dios me poseyó en el principio de sus caminos; antes que crease ninguna otra cosa, ya entonces existía yo. Yo fui establecida (ordenada) desde la eternidad...*"; la conclusión que fluye naturalmente de la acomodación del pasaje a la bienaventurada Virgen, queda la misma: María, según los consejos de Dios, no debe existir más que para ser la madre de la Sabiduría encarnada.

En los primeros días del mundo, Dios creó primeramente al hombre. Después, del costado del hombre sacó a la mujer, para que le fuese ayuda semejante a él, y el hombre y la mujer fueron los dos en una sola carne: dos operaciones divinas, separadas en el tiempo, pero solidarias la una de la otra, como el texto inspirado nos lo muestra con evidencia. Así, la producción de María es anterior a la de Jesús; pero a ella se refiere; y si es lícito ver alguna diferencia entre la creación de la primera pareja y la formación del nuevo Adán y de la nueva Eva, es para comprobar una unión, digámoslo mejor, una dependencia más estrecha entre el Hijo y la Madre que la que existió entre el primer esposo y la primera esposa. Ellos, Jesús y María, son más uno en una carne sola y en una existencia común que Adán y Eva.

Repitámoslo, pues nada hay tan importante para conocer bien la misión, los destinos y la gloria de María: el Verbo hecho carne y María se compenetran en los decretos de Dios tan estrechamente, que es imposible pensar en el uno sin pensar en la otra. El Salvador fue predestinado en el plan divino, no ciertamente con predestinación tardía o retrasada, sino desde el primer momento, y, por decirlo así, de primera intención como teniendo ya Madre; y esta

misma Madre forma indisolublemente parte del mismo plan como un elemento no accesorio, accidental, sino esencial. Por eso mismo el Redentor del mundo no se concibe sin su naturaleza humana y que esta naturaleza únicamente había de existir para ser el órgano animado de Cristo Salvador, este Hijo del hombre requiere una Madre, y esta Madre de tal manera es para él, que jamás hubiese tenido realidad sin él. ¿Quién no presiente ya las consecuencias que de tan alta unidad se deducen para la gloria de la Virgen Madre y los tesoros de gracia y de santidad encerrados para María en una predestinación tan inefable?

## CAPITULO 2

### De la inconmensurable grandeza de la maternidad divina, a juicio de los Santos Padres y de los Santos.

**I. —** Según hemos visto, cuando se piensa en María, cuando se habla de María, jamás se la debe separar de su Hijo, de Dios hecho hombre por nosotros. En todo momento, siempre, en el tiempo o en la eternidad, María es, o por destinación o de hecho, aquel gran prodigio del Apocalipsis: "*la mujer revestida del sol*"*(Apoc., XII, 1)*, es decir, de Aquel que es el inefable esplendor del Padre. Ved por qué no la podemos considerar ni como Virgen ni siquiera como santa, sin ver en ella, más o menos explícitamente, a la madre, más aún, a la Madre de Dios, porque su maternidad encierra y da la última respuesta de todo lo que hay en María, hasta de su misma existencia. Dios no la hizo de otra manera ni la concibió de otra suerte. Por consiguiente, tratar de sus grandezas es necesariamente entrar en ese abismo insondable de la maternidad divina. Y, ¿no es empeño éste para hacer retroceder a toda inteligencia, no ya humana, sino creada? Tal es, sin duda alguna, el sentir de los Santos Padres, quienes, si bien con piadosa emulación celebraron las excelencias de esta Madre incomparable, no obstante, confiesan con voz unánime su impotencia para exaltarlas como ellas merecen.

"*¡Ay de mí!* —exclamaba un antiguo y piadoso orador griego en el exordio de uno de sus discursos acerca de la bienaventurada Virgen—; *he intentado expresar con mis palabras los radiantes esplendores de la Madre de Dios, sus incomprensibles perfecciones, el misterio del cielo y de la tierra, el propiciatorio y el milagro del mundo. Mi corazón palpitaba con el deseo de explicar una maravilla digna de las más altas contemplaciones y de las especulaciones más profundas. Pero, amadísimos míos, yo me detengo temblando y paralizado por el temor. El recuerdo de lo que he entrevisto me turba hasta lo más profundo de las entrañas, y el sentimiento de mi incapacidad me llena de tristeza. ¿Qué espíritu podría lisonjearse de sondear misterio tan insondable y qué lengua de poderlo expresar? Si, cobrando mi valor, pruebo a enunciar mis débiles conceptos, ved que de nuevo caigo en mis temores: ¡con tanta fuerza siento mi pequenez para celebrar semejante grandeza! Mi voz es débil; mi lengua, perezosa; nula mi elocuencia para hablar de la sublimísima y santísima Madre de Dios, de aquella a quien ni nombrar a la ligera es lícito a la lengua humana... ¿No es ella la que sume en estupor a las virtudes de los cielos? Los Angeles, los Arcángeles, los Principados, las Potencias, los Tronos, las Dominaciones, los Querubines y los Serafines, en una palabra, todas las falanges de los cielos miran a la Virgen, nuevo cielo y nuevo trono, y el terror les sobrecoge cuando ven al Eterno descender desde la cumbre de su gloria para sentarse, anonadado, en el seno virginal de ella" (S. Epiph., hom. 5. In I.aud S. M. Vira. P. G. XLIII, 488. Como dijimos, los críticos no están de acuerdo acerca del autor de esta homilía; comúnmente es citada como obra del santo obispo de Salamina).*

Lo que hemos oído de labios de **San Epifanio** lo dijeron también otros muchos, unos antes y otros después de él. Contentémonos con algunos pasajes selectos del exordio de un sermón pronunciado por **San Juan Damasceno**en la fiesta de la *Dormición de la Santísima Virgen (Así llaman los griegos la fiesta del Tránsito o Asunción de la Madre de Dios).*

"*Si es necesario celebrar y honrar con alabanzas la memoria de todos los justos (Prov., XVII, 7), ¿quién no exaltará en María la fuente de la justicia y el tesoro de la santidad? No ciertamente para aumentar la gloria de ella, sino para procurarnos una gloria eterna. Porque el Tabernáculo del Señor de la gloria no necesita ser glorificado por nosotros ni tampoco la ciudad de la que está escrito: ¡Cuántas cosas gloriosas han sido dichas de ti, oh ciudad de Dios! (Ps., LXXXVI, 3).*

*La ciudad de Dios invisible e inconmensurable, que tiene en su mano el mundo, ¿no es esta mujer cuyas entrañas, contra todas las leyes de la naturaleza, encerraron al Verbo de Dios, grande como su Padre...? Nada puede celebrarla dignamente, ni la lengua de los hombres, ni la inteligencia de los ángeles, por sublime que fuere, porque en ella y por ella la gloria del Señor se puso al alcance de nuestra mirada*" *(S. J. Damasc. hom. I, In Dormit B. V. Deip., n. 1. P. G. XCVI, 700).*

Sin embargo, el santo no estima que la altura incomparable del asunto sea razón para callar. "*¿Deberemos, pues, callarnos porque no podamos alabarla tanto como ella se merece? De ninguna manera. ¿Olvidaremos entonces los límites de nuestra flaqueza, y, arrojando el freno del temor, trataremos sin pudorosa contención de lo que apenas es lícito tocar? Mucho menos. ¿Qué hacer, pues? Templar el deseo con el temor, trenzar con el uno y con el otro una corona, y con mano trémula y respetuosa, y con un corazón encendido totalmente en agradecimiento y amor, presentar a esta Reina Madre los homenajes a los que su excelencia y sus beneficios en favor de toda la naturaleza le dan incontestable derecho... Poquísimo será esto, yo lo confieso, para un mérito de tal magnitud. Pero esta Señora misericordiosísima, la Madre de aquel que es él solo bueno, de aquel que por su condescendencia infinita prefirió dos pobres monedas a los presentes más espléndidos, se complacerá en la buena disposición de nuestro corazón y bendecirá nuestra humilde ofrenda*" (*S. J. Damasc., ibíd., n. 2, 700, 701*).

Fortificado con esta esperanza en la misericordiosa bondad de aquella que el santo llama "*la gloria de nuestra estirpe y aderezo de la creación*", comienza su panegírico, mas no sin haber suplicado al Verbo de Dios que derramara en sus labios la gracia del Espíritu que transformó a los Apóstoles (*Id., ibíd., n. 3*).

**II.—** Animados con estas palabras y con el ejemplo del santo doctor, probemos también nosotros a decir, en la medida de nuestra debilidad, la excelencia inefable de la maternidad divina de María. Y para hacerlo menos imperfectamente transcribamos primero los sentimientos de los santos; después, guiados por los doctores de la escuela, buscaremos las razones profundas de elogios tan increíbles y de grandeza tan prodigiosa.

Oigamos de nuevo al orador oculto bajo el nombre de San Epifanio: "*¿Qué decir y cómo exaltar a la que es raíz bienaventurada de la gloria? **Exceptuado sólo Dios**, ella es superior a todo: más bella que los querubines y que los serafines y que todo el ejército de los ángeles; tan grande, que ninguna lengua, ni en la tierra ni en el cielo, es bastante para cantar sus alabanzas... ¡Oh Virgen Santísima, tu dignidad sume a los mismos ángeles en asombro y estupor! ¿Pues qué maravilla hay más admirable en el cielo que una mujer revestida de sol, una mujer que lleva en sus brazos a la misma luz, principio de toda luz...? ¿Qué prodigio más admirable que el Hijo de una mujer que es al mismo tiempo padre de esta mujer y padre de los siglos y que una Virgen que tiene a Cristo, Hijo de Dios vivo, a la vez por hijo y por esposo? ¿Qué espectáculo más asombroso que el del Señor de los ángeles convertido*

*en niño pequeñito en el seno de una persona mortal?"* (*S. Epiphan., hom. 5, In Laud. S. M. V. P. G. XLIII, 492, 493*).

**San Juan Damasceno**, con frase en alto grado expresiva, dice: "*Entre los siervos de Dios y la Madre de Dios, la diferencia es infinita,* ***Infinitum Dei servorum ac Matris discrimen est"*** (*S. J. Damasc, Orat. I, De Dormit. Deip. V. M., n. 10 P. G. XCVI, 716*). Pues oigamos a **San Pedro Damiano**: "*¿Qué hay más grande que la Virgen María, que encerró en sus entrañas la incomprensible grandeza de la divinidad? Contemplad los serafines; subid con atrevido vuelo muy por encima de esta naturaleza tan elevada, y veréis por debajo de la Virgen todo lo que existe; una sola cosa sobrepuja a esta obra de Dios: el Hacedor mismo" (S. Petr. Damián., serm. 44, In Nativ. V. Peip. P. L. CXLIV, 738*). No aleguéis que existen dudas acerca de la autenticidad del sermón de donde están tomadas estas líneas. Sean fundadas las dudas o no lo sean, lo cierto es que el texto expresa el pensamiento del piadoso y sabio doctor San Pedro Damiano, porque él es quien canta a la Virgen en uno de sus himnos así: "*El coro de los bienaventurados ángeles —los profetas sagrados y el orden de los apóstoles— no ven por cima de ellos nada más que a ti sola, después de la divinidad*".

Esta fórmula reaparece por doquiera en los discursos y en los otros escritos compuestos por los antiguos autores en alabanza de María. En efecto, ninguna otra fórmula es tan apropiada para darnos idea de la inconmensurable excelencia que María debe a su dignidad de Madre de Dios. Y para que nadie sospeche que afirmamos sin pruebas, allá van algunos testimonios, entre otros muchos que omitimos. Los aducimos confiados en que el amor de los lectores a la Santísima Virgen hará que no les parezcan demasiado largos.

"*¿Qué honor igualará jamás a la pureza de la Virgen? El Autor de todas las cosas, cogido en las redes de su hermosura, con materiales tomados de ella, se fabricó el templo de su cuerpo; en ella se dignó fijar su morada; en ella se cumplió el consejo del Padre y en ella descansó el Espíritu Santo. Por consiguiente, ¿qué honor le tributaremos nosotros que iguale con su mérito, cuando el Creador nos la presenta más elevada que todos los seres juntos, él solo exceptuado,* ***uno se excepto****?" (Georg. Nicomd., hom. 6, in SS. Deip inttress. V. G .C, 1437*). Según otro escritor griego, **Pedro, obispo de Argos**, "*la santísima Madre del Salvador deja atrás a todas las criaturas; por cima de ella no hay más que su Hijo" (Petr. Arg., orat. De Concept. S. Anne, n. 14, P. G. CIV, 1364)*.

En una carta de **San Germán de Constantinopla**, que fue leída y aprobada en la sesión cuarta del séptimo Concilio ecuménico, se lee: "*Nosotros honramos y glorificamos en la Virgen María a aquella que es propia y verdaderamente Madre de Dios, y como tal, la tenemos por superior a todas las criaturas visibles e invisibles" (S. Germ. Constant., ep. ai. Joan. Synad. P. G. XCVIII, 160)*. Testimonio aún más elocuente de la fe antigua es **San Efrén**. Pues mirad en qué términos habla de la Madre de Dios: "*María es, después de la Trinidad, nuestra Soberana; es nuestra consolación después del Espíritu Santo; la medianera de todo el universo después de nuestro Mediador; más elevada y más gloriosa sin comparación que los querubines y los serafines, abismo insondable de la bondad divina, plenitud de las gracias de la Trinidad, como que ocupa el segundo lugar después de la divinidad" (S. Ephr. Opp. (graece), III, 528, sq*). Pues, ¿qué es esta Virgen Madre? "*El carro de la gloria del Altísimo, un vaso sin precio, el depósito de todas las gracias... un abismo de maravillas, una fuente inagotable de bienes, la Reina del universo, una nube llena de Dios" (S. Taras. Constant., hom. In SS. Deip. Praesent., n. 9, P. G. XCVIII, 1493)*

"*Oh Virgen Madre, nada se acerca a las maravillas que yo contemplo en ti; nada hay que no esté por debajo de tu gracia; en una palabra, no hay criatura, sean cuales fueren su esplendor y sublimidad,*

*que pueda correr parejas contigo. El Señor es contigo, ¿quién, pues, podrá rivalizar con ti? El Señor es tuyo; ¿quién, pues, no se inclinará delante de ti, dichoso en cederte la preeminencia y en reconocer que a ti sola corresponde la categoría suprema?" (S. Sophron., orat. In SS. Deip. Annunt., 2. P. G. XCVII, 3241*)

Ahora ved a la misma bienaventuranda Virgen que celebra sus propias grandezas, según **San Andrés de Creta**. "*El Oriente, levantándose de lo alto sobre nosotros, ha visitado a los que estaban sentados en las sombras de la muerte. Verdadero Dios, por un nuevo género de concepción y de nacimiento se ha hecho hombre de mi sangre virginal, para renovar la naturaleza y subsisitir con una creación siempre nueva el mundo envejecido en su degradación. ¿Cuándo se ha visto en los siglos que pasaron una mujer que llegase a ser Madre de Dios? ¿Cuándo Dios mismo fué llamado hijo de una mujer...? Y ved las maravillas que se han obrado en mí: a ellas debo mi gloria y todo mi esplendor. Y por esto todas las generaciones me llamarán justamente bienaventurada, porque el que es poderoso ha hecho en mí cosas grandes y su nombre es santo. En efecto, ¿qué hay más grande y más glorioso que ser llamada Madre de Dios y serlo verdaderamente?" (S. Andr. Cret., hom. In Dormit. S. Mariae. P. G. XCVII, 1056)*

**III. — Del Oriente volvamos al Occidente.**

"Oh, Señora nuestra, nada te iguala, nada es comparable a ti. Todo lo que existe, o está por encima de ti o está por debajo de ti. Por encima de ti, sólo Dios; por debajo, todo lo que no es Dios. ¿Quién podrá jamás estimar debidamente tal excelencia, quién podrá alcanzarla?" *(Auctor L. De Conceptione. . . P. L. CXLIX, 307)* Ya anteriormente hemos hecho notar que la obra de donde está tomado este texto no es de **San Anselmo**, como se creyó durante mucho tiempo; pero, salvo el punto particular de la concepción de María, las ideas que encierra son ciertamente muy propias del gran obispo de Cantorbery. Ved cómo, en efecto, habla él mismo a la divina Virgen en una de sus más devotas oraciones: "*Oh maravilla de las maravillas, a qué altura tan sublime contemplo a María. Nada hay igual a María; sólo Dios es más grande que María. Es que el Hijo que Dios engendró de su corazón, igual al mismo y que Dios ama como a sí mismo, Dios se lo dio a María. De María, Dios se formó un Hijo, no otro distinto del suyo, sino el mismo; de suerte que el Hijo de Dios y el Hijo de María son uno solo, Hijo común del uno y del otro, según la naturaleza. Todo en el universo fué creado por Dios, y Dios nació de María; Dios creó todas las cosas y María dio a luz a Dios. Aquel que lo hizo todo se hizo a sí mismo de María, y por esto mismo rehizo todo lo que había hecho" (S. Anselm Cantorb., orat. 52. P. L. CLVIII, 956)*

Lo que el maestro había dicho en el ardor de su piedad, Eadmer, su fidelísimo discípulo, lo recoge y amorosamente lo desarrolla. "*Y ahora álcese el espíritu del hombre y entienda en la medida de sus fuerzas hasta qué punto ha estimado Dios todopoderoso los méritos de la bienaventurada Virgen. Contemple, digo, y admire cómo Dios Padre ha engendrado de su naturaleza, y sin principio, un Hijo a él consubstancial y coeterno; cómo por medio de él hizo de la nada todas las criaturas, visibles e invisibles. Pero no le sufría el corazón que este Hijo, su Unigénito y su amado, fuese solamente suyo; antes quiso que el mismo Hijo viniese a ser con toda verdad el Hijo único, el Hijo queridísimo, el Hijo propio y verdadero de la bienaventurada Virgen, no porque Dios debiera tener dos Hijos, el uno Hijo de Dios, el otro Hijo de María, sino un solo Hijo que, en la unidad de persona, es a la vez Hijo de Dios e Hijo de María. ¿Quién, pues, ante un misterio así, no quedará sobrecogido de estupor" (Eadmer, L. de Excell. B. M., c. 3. P. L. CLIX, 561, 562).* Y es que, en efecto, "*el solo título de Madre de Dios basta por sí solo para colocar a la Virgen a una altura por cima de la cual no se puede concebir más que a Dios" (Id., ibíd., c. 2, 559)*

**IV.—** Quisiéramos detenernos en este camino; pero los herejes nos echan en cara que exaltamos excesivamente a la Madre de Nuestro Señor, y aun algunos católicos juzgan exagerados y de data reciente los elogios fervientes que tributamos a la gloria de la divina maternidad de María. Por esto, que nosotros mismos hemos oído con nuestros oídos, nos resolvemos a seguir citando los testimonios de los Santos y preferentemente los que se remontan a mayor antigüedad. Poco importa el que nos tengan por prolijos si logramos aumentar en una sola alma el aprecio amoroso de la Madre de nuestro Dios y Madre nuestra.

Volvamos a **San Juan Damasceno**, el cual saluda a la bienaventurada Virgen María "*como a quien es enteramente la morada del Espíritu Santo, como Ciudad, toda ella, de Dios vivo a la que riegan y alegran los torrentes del río de las gracias del Espíritu Santo que sobre ella derrama las ondas de sus aguas: toda unida a Dios, más elevada que los ángeles más elevados; tan próxima a Dios, que pudiera llamarse vecina de Dios,* ***próxima Deo****. ¡Oh milagro, el más admirable de los milagros! Una mujer ha subido por cima de los serafines, porque Dios se abajó aun por debajo de los ángeles (Hebr., II, 9). No diga ya Salomón que no hay nada nuevo sobre la tierra" (Eccl., I, 10).*

*"¡Oh Virgen, que toda manas gracia divina, templo sagrado de Dios, habitado por el Salomón espiritual, el Príncipe de la paz, después de haberlo construido con sus propias manos; santuario en el que resplandece, en vez de piedras preciosas, el mismo Cristo, perla infinitamente preciosa y diamante de la divinidad!" (S. J. Damasc, hom. I, In Nativ. B. M. V., n. 9 et 10 P. G. XCVII 676, 677*). Y en otro lugar, contemplándola en el cielo y en su gloria de Madre, lanza este grito de admiración: "*Entre la Madre y el Hijo nada hay medio" (Id., orat. 3, In Dormit. B. M. V., n. 5. ibíd., 761).*

¿Queréis remontaros aún más arriba en el discurso de los siglos? Oíd a un padre del siglo IV, el bienaventurado **San Efrén**: "*Oh gloriosísima Señora nuestra, tú fuiste elevada más alta que los cielos; eres más blanca que los rayos del sol más esplendente; más gloriosa tú sola, sin comparación, que todos los ejércitos de allá arriba" (S. Ephrem., opp., III (graece), p. 576).* Y antes que San Efrén, **San Metodio, obispo de Patara**, decía a María, a fines del siglo III: "*Faltaríanos tiempo, no solamente a nosotros, sino a todas las generaciones futuras, si fuera caso de ofrecerte una alabanza digna de ti, oh Madre del Rey de los siglos*". Y esto es lo que el profeta nos quería dar a entender cuando decía: "*¡Cuan grande es la casa de Dios y cuan espacioso el lugar de su posesión! Es grande, y no tiene fin; es sublime, es inmenso" (Baruch, III, 24, 25).*

*Sí; fué aquel verdaderamente un oráculo profético, una palabra llena de verdad, en la que se revelan tu magnificencia y tu majestad. Porque tú sola has merecido partir con Dios lo que es propio de Dios; tú sola engendraste en la carne al Unigénito que procede eternamente de Dios. Así piensa quien lleva en su corazón la verdadera fe" (S. Method., sem. De Sim. et Anna, n. 10. P. G. XVIII, 373).*

**San Proclo**, antes de ser obispo de Cyzico, había sido discípulo predilecto de San Juan Crisóstomo en la Iglesia de Constantinopla. Sábese la parte que tuvo en la condenación de Nestorio, cuya cátedra ocupó gloriosamente. No será, pues, indiferente oírle hablar de la maternidad divina, por la que tanto batalló, y cuyas grandezas canta con tanto alborozo. Después de haber enumerado todos los grandes personajes del Antiguo Testamento y recordado brevemente sus glorias y sus virtudes, exclama: "*No; ninguno puede compararse a María, la Madre de Dios. A aquel que los profetas vieron en enigma, ella lo llevó en sus entrañas, revestido de nuestra carne, y nada pudo poner obstáculo a la economía del Verbo de Dios... Me complazco en repetirlo, nada hay en el mundo que pueda sostener el parangón con la Madre de Dios. Recorramos con el pensamiento todas las criaturas, y decidme si hay alguna cosa que iguale o exceda a esta Virgen, Madre del Verbo. Pasead la mirada por la tierra, los mares, las profundidades del aire; penetrad hasta en los cielos;*

*considerad en espíritu las virtudes invisibles; y decidme: ¿habéis hallado en toda la creación maravilla semejante a María? Los cielos cantan la gloria de Dios (Psalm. XVIII. 1); los ángeles le sirven temblando; los arcángeles, los querubines, los serafines, no se atreven a mirar cara a cara su resplandor infinito, y óigoles exclamar con voz en la que se mezcla el terror con la admiración: Santo, santo, santo, el Dios de los ejércitos; los cielos y la tierra están llenos de su gloria (Is., VI, 6). El abismo de los mares obedece a su vez (Luc, VIII, 24); las nubes, sobrecogidas de espanto, sírvenle de carroza (Is.. XIX, 1); el sol, viendo la injusticia de su suplicio, se eclipsa horrorizado (Matth., XXVII. 45); el infierno vomitó a sus cautivos y su vista espantó a los carceleros (Matth., XXXII, 52); los montes, tocados por su planta, parecían revolverse en humo; el Jordán, al mandato de Dios, temblando, huyó hacia su manantial (Psalms., CXIII, 3); el mar, domado con la sola vista de su imagen, prefigurada en la vara de Moisés, se dividió por sí mismo... (Ex., XIV, 16) el fuego de Babilonia respetó en los tres jóvenes hebreos la cifra de la Trinidad (Dan.. III, 50). Cosas son éstas para maravillar; pero traed a la memoria otros hechos aún más maravillosos y admirad el triunfo de la Virgen. Aquél delante de quien tiemblan así todas las criaturas, aquél a quien no alaban sino con estremecimiento de espanto, aquél mismo fué recibido por la Virgen, por la Virgen sola en sus castas entrañas de una manera inefable" (S. Proclus, orat. 5, Laudat. in S. V. Deip., n. 2. P. G. LXV, 717, sq.*)

"Si, pues, queremos alabarla dignamente con nuestros elogios, confesemos que ella es con toda verdad la Madre de Dios hecho hombre. Todo lo demás queda por debajo de este título de gloria. Llamadla Reina del Cielo, Soberana de los ángeles; imaginad, para exaltarla, cuanto una inteligencia humana puede concebir, por excelente que ello fuere; jamás pensaréis ni expresaréis nada que iguales esta sencillísima, pero inefable alabanza: Es Madre de Dios: *non ossurget ad hunc superindicibilem honorem quo creditur et praedicatur Dei Genetrix" (Petr. Cellen., L. de Panibus., c. 21. P. L. CCII, 1021).*

En estos términos continúa Pedro de Celle los sublimes pensamientos de San Proclo. El mismo obispo de Chartres escribió también: "*Oh Virgen de las vírgenes, ¿qué es esto?, ¿dónde estás? Miro y veo que te acercas casi inmediatamente a la inestimable y supereminente Trinidad... No eres una cuarta persona, porque la Trinidad, en su una e inmutable y perfectísima unidad, no admite igual. Pues ¿qué eres tú? Eres la primera, la sola primera, después de la Unidad y de la Trinidad, la Madre de Aquél cuyo Padre, el Espíritu Santo: **una et prima post Unitatem et Trinitatem**?" (Petr. Cellen., serm. 13. De Purific. S. Mar., V. L. CCII, 675).*

Un siglo después, el autor del *Espejo de la Virgen* escribía esta hermosa página, que se atribuye generalmente a **San Buenaventura**, y que éste ciertamente no hubiera desdeñado: "*La Madre del Señor, Madre y Virgen juntamente, es la más digna entre las madres. Ella es verdaderamente la Madre que tal Hijo requería, la madre a quien solamente convenía tener tal Hijo; una Madre tal, que Dios mismo no podía hacerla mejor. Pudiera Dios hacer un mundo más grande, pudiera hacer un cielo mayor; pero una Madre más grande que la Madre de Dios no puede hacerla.* Por esto dijo **San Bernardo***: "Ninguna otra Madre convenía a Dios, que no fuese virgen; ningún otro Hijo convenía a una virgen, que no fuese Dios (S. Bern., hom. 2, Super Missus, est, n. 1), porque ni ha podido nacer Madre más grande entre las Madres ni Hijo más grande entre los hijos" (Speculum B. V., lect. 10. Opp. S. Bonav. (edit. Vives), XIV, pág. 260. Es cierto que la obra Speculum B. V. no es obra auténtica de San Buenaventura, y así expresamente lo reconocen sus nuevos editores).*

De esta manera los siglos responden a los siglos para transmitirse los unos a los otros este grito de amor y de veneración: *Quantum potes, tantum aude – Quia major omni laude – Nec laudare sufficis*. Adonde lleguen vuestras fuerzas, llegue vuestro atrevimiento, porque María

es superior a toda alabanza, y todas vuestras fuerzas serán insuficientes para alabarla. Y es que esta Virgen, en su dignidad de Madre de Dios, es inmensamente más alta, más grande que la creación entera, y está colocada inmediatamente por debajo de Dios, tan cerca de Dios, que sólo Dios la excede y la domina.

**V.—** He aquí lo que leemos en los Santos Padres y en los antiguos escritores. ¿Se han hecho, por ventura, ponderaciones mayores en los tiempos más cercanos de los nuestros? Cítase una fórmula en la que la Virgen Madre es representada como **tocando las fronteras de la divinidad** *(Creemos haber ya advertido que este texto pasa comúnmente, de mano en mano y de libro en libro, bajo el patronato de Santo Tomás de Aquino. Es de Cayetano, en su comentario a la Suma Teológica (2-2, q. 103, a. 4, ad 2) : "Ad finís divinitatis propria operatione attigit, dum Deum concepit, peperit, genuit et lacte proprio pavit.")*; **San Bernardino de Sena** nos la muestra "*muy vecina de Cristo, **vicinissima Cristo**" (S. Bernard. Sen., De Glor. Nomine M., serm. 1, a. 2, c. 1. Opp. IV (Luadun, 1650)*, porque "*habiendo sido elegida para ser Madre de Dios, por esto mismo fue elevada a una dignidad trascendental, por cima de toda dignidad que pueda convenir a los simples ministros del Altísimo" (Id., De Glor. Nomine M., serm. 3, a. 2, c. I. Ibíd., p. 82)*. El mismo santo nos dice, además, "*que una mujer, para ser digna de concebir y dar a luz a Dios, tenía que ser, **por decirlo así**, transportada a una **cierta igualdad** con el mismo Dios, en una medida **en cierto modo infinita** de perfección y de gracias" (Id., De Nativ. li. Mariae V.; art. unic, c. 12. Ibíd., p. 97).* Mas, en verdad, ni las dos primeras expresiones, por enérgicas que parezcan, ni la última, con los temperamentos que la reducen a su justa medida, enuncian nada que la más remota antigüedad no haya proclamado cien veces de la Virgen, y aun pudiéramos decir que esta benditísima Virgen no haya proclamado, ella misma la primera, para gloria de aquél que la escogió para nacer de ella. ***Fecit mihi magna qui potens est**...; **fecit potetiam in brachio suo**. Me ha hecho grandes cosas Aquel que es poderoso... Desplegó la fuerza de su brazo" (Luc, I, 49. 51).* Con una palabra, Dios sacó de la nada el cielo, la tierra y las aguas, ***Dixit et jacta sunt***. Él dijo y todo fue hecho. Estas magnificencias del universo que arrebataban de admiración al Rey profeta son obra de sus dedos *(Psalm. VIII, 2, 4).* Con tres dedos sostiene la masa de la tierra *(Is., XL, 12)* y trasladaría los mundos. Pero cuando se trata de la creación de su Madre, despliega la fuerza de su brazo. Esta obra es ante todo obra de amor, y para ejecutarla con perfección es necesario poner la omnipotencia al servicio del amor: ¡tan sublime es esta obra y tanto excede en excelencia a todas las demás obras de Dios!

Pero nos engañamos; hay una obra que aventaja a esta gran obra, y es la Encarnación del Verbo. Pero si el Verbo hecho carne aventaja por sí mismo a la maternidad de la que él recibió su carne, esto no obsta para que pueda decirse que no se requiere esfuerzo menor para hacer de una mujer la Madre de Dios que para hacer de Dios el Hijo de esta Madre; de tal manera están trabadas y unidas entre sí estas dos obras. Y prueba que éstas son verdaderamente las obras de Dios por excelencia es que no hay otras en las cuales Dios haya escrito su nombre; es que no hay otras que, si es lícito hablar así, Dios haya firmado con su nombre. El nombre que llevan las obras de Dios no nos dice nada de Dios; mas en estas dos obras maestras sí nos hablan de Dios sus mismos nombres, pues la una se llama el **Hombre-Dios** y la otra se llama la **Madre de Dios**.

San Pablo, para dar al mundo una idea que corresponda a la grandeza de Cristo, el Sacerdote de la Nueva Alianza, pregunta: "*¿Cuál es el ángel a quien Dios haya dicho jamás: Tú eres*

*mi hijo; yo te he engendrado hoy? Y también este otro: ¿Yo seré su Padre y él será mi Hijo?" (Hebr., I, 5).*

Oh Virgen, oh Madre, esta pregunta de San Pablo nos cuenta tu gloria inefable. Leemos en el Evangelio: "*María, de la que nación Jesús,* ***Maria de qua natus est Jesús***" *(Matth., I. 16),* Jesús, primogénito del Padre y Dios como él. Y, siendo así, bien podemos preguntar: ¿Cuál es, fuera de ti, la criatura a la que Dios haya jamás dicho: Tú eres mi Madre y tú me has engendrado hoy? O estas otras: ¿Yo seré tu Hijo y tú serás mi Madre? Lo que la fe católica nos enseña de la elevación del hombre por el anonadamiento de Dios hecho hombre, plenamente lo vemos realizado en ti. La misma hora y el mismo misterio que lo hace descender hasta la nada, cuando toma la forma de esclavo, te hace subir casi hasta lo infinito, cuando eres hecha, no solamente Virgen Madre, sino la Madre de Dios. En verdad, no es maravilla oír a los más santos y a los mayores genios del mundo afirmar a porfía la impotencia en que se ven de concebir y expresar dignamente lo que tú eres. Y tú misma no pudiste explicarlo claramente, porque no eras capaz de comprenderlo. Ha hecho en mí grandes cosas. Esto te basta; por iluminado que esté tu entendimiento por los divinos esplendores, se pierde en la contemplación de estas maravillas. Y aun cuando en los días de tu peregrinación por este mundo te hubiera sido dado el entenderlo, tu ciencia hubiera sido para ti sola, y a las preguntas de tus hijos hubieras tenido que responder como el apóstol: "*He oído palabras misteriosas que no es lícito al hombre repetir" (II Cor., XII. 4),* porque ninguna lengua puede emitirlas y ningún oído oírlas. Y esto es, Madre amabilísima y Madre admirabilísima de mi Dios, lo que constituye mi alegría: saber que tu maternidad se alza tanto por encima de todas las grandezas, que con nada puede medirse su inefable elevación.

## CAPITULO 3

### El fundamento de las grandezas de la Madre de Dios (A). Sus relaciones con el Hijo único de Dios: relación de madre, de ama y señora y de esposa.

Dios, grandeza infinita por esencia, es por esto mismo fuente y medida de todas las grandezas. De lo cual se deduce esta conclusión manifiesta: una criatura es tanto mayor, tanto más elevada en la escala de los seres, cuando está en relación más íntima y más estrecha con Dios. Por consiguiente, si queremos tener alguna idea de la maternidad divina, hemos de considerarla ante todo en sus relaciones con la Divina Majestad. No es difícil entender que estas relaciones aventajan a todas las demás, porque son de naturaleza supereminente y de un orden absolutamente aparte. Dios nos libre de pretender explicar lo que es perfección inexplicable; pero de aquello que la fe nos enseña y nosotros creemos, apoyados en el testimonio de Dios, no nos está prohibido buscar cierta inteligencia. Porque si está permitido buscarla por lo que toca a los misterios del Hijo, ¿por qué se nos prohibirá el buscarla por lo que toca a la Madre, puesto que semejante estudio ha de tener como resultado el aumentar en nosotros el culto de respeto y amor hacia la Virgen por siempre benditísima?

**I. — La primera** de estas relaciones, la más excelente de todas, porque sirve de fundamento a las demás, es la que liga a Jesús con María, al Hijo con la Madre, en el sentido más estricto de esta palabra, porque todo lo que constituye la maternidad en las otras mujeres se

halla en María. Como las otras madres, formó de su substancia el fruto bendito de sus entrañas. Jesús es carne de su carne, hueso de su hueso. La sangre que corre por sus venas es arroyuelo cuyo manantial es María, y la llama de su vida, en el hogar de la vida de María se alimenta. Por tanto, la trabazón íntima en virtud de la cual hay como unidad de naturaleza entre un hijo y su madre existe entre María y Dios hecho hombre. En efecto, aunque la naturaleza del Hijo sea individualmente, numéricamente, distinta de la naturaleza de la Madre, sin embargo, es su fruto, su derivación, es su imagen viviente. Y en este sentido pudo decir **San Pedro Damiano** que Dios, que está de tres maneras en las criaturas, a saber: por esencia, por su operación y por iluminación, "*está de una cuarta manera en una sola criatura, que es la Virgen María, esto es, por identidad, pues es una misma cosa con ella; identitate, quia idem est quod illa*"". *(San Pedro Damian, serm. 41, In Nativ. B. V. M. P. L. CXLIV, 738. Este sermón parece que debe ser atribuido a Nicolás, monje de Claraval y secretario de San Bernardo. Las mismas ideas se hallan formuladas en idénticos términos en las misceláneas de las obras de Hugo de San Víctor (P. L. CLXXVII). Claro está que seria abusar de este pasaje y de otros parecidos querer utilizarlos, como se ha hecho, para apuntalar una opinión muy peregrina, según la cual en la Santa Eucaristía recibimos una partícula de la carne de la Virgen, comunicada por ella a su Hijo, en el momento de la concepción, y conservada siempre intacta, a pesar de la renovación del organismo. Acerca de lo cual bastará preguntar estas tres cosas: ¿con qué milagro se ejecuta esta conservación? ¿cómo elementos materiales pertenecientes al cuerpo del Señor son parte al mismo tiempo de la carne de la Virgen? por último, ¿cómo todo esto puede alimentar la piedad de los fieles?).*

Si hay alguna diferencia entre la Virgen María y las otras madres respecto de esta unión, la ventaja está de parte de María. Y es que ella concibió doblemente el fruto de sus entrañas, con el cuerpo y con el espíritu. Con el cuerpo: aquí la paridad es perfecta. Con el espíritu: en esto es en lo que María aventaja a las demás mujeres, porque, como después demostraremos, fue necesario, previa una larga preparación de sublimes virtudes, su consentimiento expreso para que el Verbo de Dios se uniese en ella a nuestra naturaleza y se formase de su carne un cuerpo a imagen del nuestro.

Recordemos que esta trabazón tan estrecha, este parentesco, el más perfecto de todos, esta afinidad natural con Dios, a la que superan solamente la unión de la naturaleza humana y de la divinidad en la persona de Cristo y la Unidad de las tres personas divinas en una misma naturaleza, tienen por término al Hijo eterno de Dios, al Rey de la Gloria, al Creador y Señor de todas las cosas. ¿Será, pues, exageración decir que la maternidad en que se fundan es en su manera una dignidad infinita?

Grande y gloriosa es cualquiera maternidad, pues ninguna otra causa creada produce un efecto que sea comparable a su fruto. Pero más grande y más gloriosa, sin comparación, es la maternidad de María, porque su fruto no es solamente un ser que lleva en su frente la imagen creada de Dios, sino Dios mismo. María, como cualquiera otra mujer, puede justamente gloriarse de haber dado a luz a un hombre, Rey de la Creación, y tanto más puede ufanarse cuanto que este hombre engendrado por María es el más hermoso de los hijos de los hombres y es más suyo que los otros hijos de sus madres, en fuerza del doble privilegio de su consentimiento libre en la encarnación y de su concepción virginal. La dignidad de la madre en cuanto madre tiene su causa y su medida en la dignidad del hijo. "*El hijo* —dice uno de los príncipes de la Teología hablando de la Virgen— *lleva al infinito (injinitat) la excelencia de la*

*Madre, porque la bondad infinita del fruto revela una bondad como infinita en el árbol que lo ha producido*" (San Alberto Magno, *Marial.*, *super Missus est*, q. 197, XX, p. 1392)

Los demás teólogos están de acuerdo con él, y basta para convencerse de ello leer, ya las respuestas que dan a esta cuestión: ¿Puede Dios hacer una cosa mejor que las que ha hecho?, ya los pasajes de sus obras relacionados con la grandeza de la maternidad divina. "*De la misma manera que puede darse un bien más perfecto que cualquier bien creado, porque éste es un bien infinito, así nada hay que pueda sobrepujar al bien creado, porque éste es infinito. Y por esto la bondad de la criatura puede ser considerada de dos maneras. O bien absolutamente en sí misma, y en este orden cualquier criatura puede ser superada por otra más perfecta, o bien en su relación con el bien increado, y así considerada la dignidad de la criatura, puede recibir cierta infinitud del ser infinito al que se refiere. Tal es la infinitud de la naturaleza humana unida personalmente a Cristo, la de la bieaventurada Virgen en cuanto es Madre de Dios, la de la gracia en cuanto nos hace templos del Espíritu Santo... Mas hay un orden en estas relaciones, porque cuanto más estrecha es la relación entre la criatura y Dios, tanlo más es ennoblecida la criatura. Por esto el grado supremo de grandeza corresponde a la humanidad de Jesucristo... y el segundo a la bienaventurada Virgen, en la que el Verbo se ha unido a nuestra carne*" (*44, q. I, a. 3*). Así se expresa **Santo Tomás** en su primer libro ***sobre las Sentencias.***

Esto mismo repite, pero más brevemente, en la Suma Teológica: "*La humanidad de Cristo, por el caso mismo de estar unida personalmente a Dios; la bienaventuranza creada, porque es el disfrute de Dios; la bienaventurada Virgen, por lo mismo que es la Madre de Dios, tienen todas tres una cierta dignidad infinita, y en este respecto Dios no puede hacer cosa mejor, como no puede haber cosa mejor que Dios*" (I p., q. 25, a. 6, ad 4.).

Y, por una razón semejante, todo pecado mortal es, en cierto sentido, una ofensa infinita de la majestad divina, porque la grandeza del agravio crece con la excelencia de la persona a quien la injuria va dirigida. ¿Queréis formaros alguna idea de la enormidad de una de esas culpas que llamamos mortales? Medid, si podéis, la grandeza de Dios y la extensión de los derechos que tiene sobre nosotros, como Creador y Señor soberano nuestro que es. Pues bien; en forma semejante: "Si preguntáis quiés es la Madre, antes preguntad quién es el Hijo" ("*Quaeritis qualis mater? Quaerite prius rrualis filius.*" El Padre Crassel (*La Dévot. envers la Ste. Viege*) atribuye este texto a San Euquerio en un sermón de *Natura Virginis*), porque la dignidad de aquélla crece en proporción de la excelencia de éste. Otra sentencia parecida se atribuye a **San Gregorio el Grande**: "*¿Deseáis saber cuan excelente es la Virgen? Volved primero los ojos hacia el Hijo: la excelencia del uno os dirá la excelencia de la otra*". Y en esto, si bien lo pensamos, se compendian los magníficos encarecimientos de la maternidad divina, expuestos en el capítulo precedente; por esto María ve todas las cosas por debajo de ella, excepto Dios; por esto la distancia entre ella y los servidores de Dios es, digámoslo así, infinita; por esto "*todas las criaturas de Dios, aunque fuesen mil veces más nobles que lo son, si compareciesen todas juntas en presencia de la Madre de Dios, habrían de inclinarse respetuosamente delante de ella*" (S. Bonav., in I. d. 44, dub. 3, in exposit. text), después de haberse prosternado delante de la majesta de Dios.

"Sólo decir de María que es Madre de Dios, es afirmar de ella una grandeza que sobrepuja todo lo que no es Dios. Ved por qué el bienaventurado Tomás de Aquino, no vacila en atribuirle una dignidad en cierto modo infinita. Y es de justicia, porque si la dignidad de la Madre crece en proporción de la excelencia del hijo, ¿quién puede dudar que, siendo el hijo infinito, el honor de la madre y su dignidad son también en su manera infinitas? Es honroso

el ser madre de un simple ciudadano; lo es más haber dado a luz a un caballero, a un rey; si los espíritus angélicos tuviesen madre, aún sería mayor la honra de tener por hijo a un ángel, a un arcángel, a un serafín. Por consiguiente, ser la Madre de Dios es gloria que excede a todas estas glorias maternales tanto cuanto la altura de Dios se eleva sobre todas las criaturas. ¡Oh Virgen admirable. Madre de su Creador! ¡Oh dignidad que debería llenarnos de estupor! ¡Una mujer que tiene juntamente con Dios Padre un Hijo, el mismo Hijo, y al cual los dos dicen al mismo tiempo y con igual verdad: Tú eres mi hijo: una mujer, una Virgen, Madre de aquel mismo cuyo Padre es Dios! El Hijo, a la derecha del Padre; la Madre, a la derecha del Hijo, y este Padre y esta Madre, fijando una mirada de inefable complacencia sobre este Unigénito. El Padre diciendo al Hijo: *Yo te he engendrado de mi seno antes de la estrella de la mañana (ante Luciferum),* y la Madre diciendo a su vez al mismo Hijo: *Tú has sido formado en mi seno virginal; tú eres el fruto bendito de mis entrañas*. Ella misma se espanta de tanta gloria y es impotente para concebir este inefable exceso de elevación, porque por esto mismo que ella es la Madre del Creador, ha venido a ser también justamente la Reina y Señora de todas las criaturas. Verdaderamente, oh María, aquel que es poderoso ha obrado en ti grandes cosas, haciéndote su Madre. (Santo Tomás de Villanueva, In fest. Nativ. B. V. M.. n. 9. Concion. II, 292 (Mediolani, 1760)).

Aquí es de prever una dificultad que naturalmente se ofrece al lector. ¿Es cierto que la dignidad de una madre ha de medirse con la grandeza del hijo? ¿Cuántos hombres ha habido, ilustres, renombrados por su poder, por sus hazañas, por sus obras geniales, cuya madre ha quedado en la obscuridad de la sombra? A esta dificultad no daremos más respuesta que la siguiente: Esos hombres no nacieron de sus madres tal como hoy aparecen ante la admiración del mundo; llegaron a ser ilustres con su trabajo por el concurso feliz de las circunstancias o por otra causa ajena a su nacimiento. Para todos, esclavos o hijos de reyes, hay la misma puerta para entrar en la vida (*Sap. VII, 5, 6*). Pero otra es la condición del Hijo nacido de María. Él no ha llegado a ser Hijo de Dios, Dios como su Padre, después de no haberlo sido. Lo fué desde el primer instante de su existencia en el seno maternal que lo concibió, como lo fue durante todo el curso de su vida mortal y como lo fue en las alturas de los cielos. Es verdad que no recibió de María la naturaleza divina; pero no es menos verdad que el fruto de sus entrañas, si bien es hombre, siempre fue el Verbo de Dios, y no es menos verdad que el nacimiento que nos dio Dios hecho hombre no dependió solamente del concurso físico y maternal de la Virgen, sino también de su libre voluntad y de su libre consentimiento, y, además, de las admirables virtudes por las que María, concibiendo al Verbo en su corazón antes de concebirlo en sus entrañas, mereció el honor y la dicha de ser su madre. Lo cual basta para reducir a la nada la objeción sacada de la semejanza con las otras mujeres.

Si deseáis un ejemplo que os sirva para entender cuan grande es y cuan noble la maternidad divina, comparadla con la paternidad de Dios y no con la maternidad de las otras mujeres, y cuando leáis que el Hijo del Padre es "*el esplendor de su gloria y la imagen de su substancia*" *(Hebr., I. 3.),* juzgad si la paternidad divina puede ser glorificada por modo tan excelente en este Unigénito sin que la maternidad reciba un resplandor, no igual a éste, pero sí superior a toda gloria. La madre libremente revistió a este Hijo de su humanidad; en retorno, ¿de qué la revestirá él sino de sí mismo? Y como él es la luz increada, ¿qué veremos en María sino a aquella mujer del Apocalipsis "*toda resplandeciente del sol que la envuelve como un vestido?*" *(Apoc, XII, 1).*

**II.—** Tal es la relación fundamental de la Virgen con su Hijo y tal la grandeza inconmensurable que de aquella relación recibe. Con esta relación fundamental se entrelaza otra que se deriva inmediatamente de la primera. La llamaríamos, a falta de otra palabra, la relación de ama y señora, porque, en efecto, la bienaventurda Virgen María tenía y ejercía sobre Jesús la autoridad de una madre sobre su hijo. ¿Quién no entiende la sublimidad encerrada en la potestad de tal Madre y cuan admirable sea la obediencia de tal Hijo? Aquel a quien pertenece todo poder y de quien procede toda autoridad en la tierra y en los cielos, el Verbo de Dios en quien todas las cosas descansan y cuya voluntad es la regla de todas las voluntades, depende de una mujer, y esta mujer recibe de él el homenaje de la obediencia. "*Él les estaba sometido*", dice el Evangelio: misterio que sumía a San Bernardo en extático arrobamiento. "*Les estaba sometido* —repite el Santo—. ¿Quién estaba sometido y a quién? Dios estaba sometido a hombres; Dios, en cuyo acatamiento se postran los ángeles, a quien los principados y las potestades obedecen, estaba sometido a María, y no solamente a María, sino a José por razón de María. ¿Qué admiráis más aquí: la bondad y la condescendencia del Hijo o la sobreeminente dignidad de la Madre? Por ambos lados hay un prodigio que llena de estupor. Dios obedecer a una mujer, humildad sin ejemplo; una mujer mandar en Dios, elevación sin igual. En elogio de las vírgenes cantamos que su privilegio es seguir al Cordero por doquiera; pues ¿qué alabanza merecerá aquella que lo precede? *(San Bernardo, hom. I Super Missue est, n. 7. P. L. CLXXXIII, 60).*

Entre los teólogos se ha disputado vivamente si Jesucristo recibió de su Padre verdadero mandato de aceptar la muerte por nuestra salvación; también se propusieron los teólogos la cuestión si puede darse a Jesucristo, *en sentido propio*, el nombre de siervo del Padre con que en las Sagradas Escrituras es designado muchas veces. Algunos pensaron que, siendo Jesucristo persona divina, no podía ser ligado con un mandato propiamente dicho. No es éste el lugar de discutir largamente estas dos cuestiones; así que nos limitaremos a examinar el aspecto en que se relacionan con el punto que tratamos.

¿Es verdad cierto que el Hijo de Dios, por ser persona divina, no podía obedecer con toda propiedad? Como preámbulo de la solución notaremos que los derechos y los deberes pertenecen a las personas, pero por razón de su *naturaleza*, ya considerada en general, ya en sus caracteres individuales. De esto se deduce que las tres personas divinas, como tienen las tres las misma e idéntica naturaleza, tienen también las tres el mismo idéntico derecho, y como quiera que esta naturaleza, la misma e idéntica, es el *Ser* por esencia, sigúese manifiestamente que las tres divinas personas tienen como atributo esencial la independencia absolutísima con relación a todos los seres fuera de Dios. Otra consecuencia es que los hombres, por razón de la unidad de su naturaleza específica, viven en igualdad perfecta de derechos los unos con relación a los otros, mientras las condiciones individuales no modifiquen y determinen en ellos la naturaleza común, dándoles nuevos derechos y nuevos deberes. Así, por ejemplo, el padre y el hijo, considerados únicamente en cuanto a su naturaleza específica, es decir, en cuanto son hombres, tienen absolutamente los mismos derechos y los mismos deberes esenciales. Pero si tomamos en consideración las condiciones individuales con que en ellos se reviste la naturaleza humana, condiciones que hacen de ella en el uno la naturaleza de Padre y en el otro la naturaleza de Hijo, la igualdad desaparece, dejando lugar en el padre a derechos y en el hijo a deberes, fundados los unos y los otros en relación que la cualidad respec-

tiva de padre y de hijo establece entre ellos. Por tanto, se ha de concluir que derechos y deberes pertenecen a la persona, pero dependientemente de su naturaleza.

Mirad ahora a Jesucristo en su doble condición de hombre y de Hijo de María. Es igual al Padre como persona divina; pero le debe sumisión de la voluntad en su naturaleza humana, porque la naturaleza humana toda entera está bajo el dominio de la naturaleza divina. Con esta misma naturaleza, en cuanto tuvo origen en el seno de la Virgen, es decir, en cuanto está como individualizada en el Hijo de esta Madre incomparable, Jesucristo se somete a María en todas aquellas cosas en las que el niño está sometido al régimen materno. Mas quizá digáis: a Dios corresponde la independencia soberana, la cual no puede abdicar sin negarse a sí mismo. De acuerdo, si no es más que Dios; pero aunque no pueda someter su voluntad divina a una voluntad humana, hay en él, por razón de su naturaleza humana, otra voluntad a la que es posible la dependencia; conviene a saber, su voluntad humana, su voluntad de Hijo del hombre. De la misma manera Jesucristo es inmortal por razón de su naturaleza divina, y, eso no obstante, pudo padecer y morir por razón de su naturaleza humana. Porque la inmortalidad de una naturaleza y la mortalidad de la otra pertenecen igualmente a la persona que subsiste en las dos naturalezas Ved, pues, cómo Jesucristo, por ser verdaderamente hombre e hijo del hombre, podía obedecer a María, su Madre.

"*Oh Virgen* —decía a María **Dionisio Cartujano**—, *en virtud del derecho y del privilegio de tu divina maternidad, tienes poder de mandar en el cielo y en la tierra sobre todas las criaturas. ¿Qué digo sobre todas las criaturas? ¿No estáis investida de autoridad sobre el mismo Dios, no ciertamente en cuanto es Dios, sino por razón de naturaleza humana que de ti recibió al nacer de ti; por razón, digo, de aquella naturaleza según la cual te estaba sometido en Nazaret? Y aun ahora, si no te obedece ya, todavía te respeta como la más noble, la más fiel y la más digna de honor de todas las madres*" *(De Laudibus vitae solit. L. un., a. 29.).*

Reconocemos que no hay igualdad absoluta entre la sumisión de Jesucristo y la obediencia de los otros niños para con sus madres, antes hay grandes diferencias. En primer lugar, podríamos decir que no hay comparación posible entre la obediencia de Jesucristo a su Madre y la sumisión de los otros niños a sus madres, en cuanto a la perfección: tan pronta era la obediencia de Jesucristo, tan dulce, tan entera, tan amorosa; tan claramente veía la voluntad del Padre en las menores órdenes y aun en los deseos de María. Pero no es de esto de lo que principalmente se trata. Hablamos de las diferencias que nacían de las mismas personas. El niño ordinario no se ha puesto él mismo bajo la dependencia de su madre. El hecho que le obliga a la sumisión es un hecho natural anterior a todo ejercicio de su libertad. Tampoco cae bajo su poder electivo el substraerse a la obediencia con que está ligado hacia el autor de su naturaleza. La condición del Hijo de Dios es muy diferente con relación a su Madre. Si le está sometido con su relación de hombre, es porque con su voluntad de Dios quiso abajarse libremente, no sólo hasta revestirse de nuestra naturaleza, sino hasta recibirla como nosotros mismos la recibimos; fue, como nosotros, niño; como nosotros, necesitado de cuidados, del gobierno maternal del amor, de la abnegación de una madre, y todo esto, elegido por él ubérrimamente para asemejarse a nosotros en todo, menos en el pecado.

Con esta diferencia esencial se une otra, que no es menos digna de consideración. Jesucristo, aun en los tiempos de su infancia y primera adolescencia, no se sometía a María en todo aquello en que los otros niños deben a sus madres entera dependencia. En los actos que se referían directamente y de manera inmediata a su misión, ***ea quae Patris erant***, obraba, di-

gámoslo así, por su propia cuenta, substrayéndose por su propia autoridad del gobierno de María, así como del de San José. En esta parte se conducía solamente por el Espíritu del Padre, que lo es también suyo. Conforme a lo cual, a la edad de doce años se quedó solo en el Templo después de la fiesta de la Pascua, sin haber obtenido ni pedido el consentimiento de sus padres. Su voluntad divina prevalecía sobre todo mandato humano, cuando se trataba de la obra que su Padre le había encomendado. Y ésta es la razón por la que en algunas circunstancias le vemos hacer, en apariencia al menos, tan poco caso de los deseos de su Madre. En las bodas de Cana pide ella un milagro, no directamente, sino por vía de insinuación, y le dice: "*No tienen vino*". El le responde: "*Mujer, y ¿qué nos va en ello a ti y a mí?*" (Joan., II. 4. Después volveremos a tratar de este texto y de toda la escena evangélica de las bodas de Cana. Por ahora contentémonos con trascribir un fragmento de las notas insertas por M. F. Vigouroux en la traducción del Evangelio de San Juan, del abate J.-B. Glaire: "**Mujer**. Este nombre no encerraba entre los hebreos una idea de menosprecio, como en francés. Jesucristo, clavado en la cruz, se sirve de esta palabra para recomendar de la manera más tierna a su Madre al discípulo amado. Los romanos y los griegos daban el título de mujer a princesas y a reinas, cuando les dirigían la palabra. Varios traducen, siguiendo el texto latino: ¿Qué nos importa ni a ti ni a mí? Pero la mayor parte entienden estas palabras de otro modo: ¿Qué tenemos que hacer o concertar juntos? Déjame la libertad que pide mi ministerio. Este segundo sentido parece que se armoniza mejor con el significado de estas palabras *(Quid mihi et tibí est?)* en la Biblia y con el espíritu del cuarto Evangelio... Un milagro, parece decir Jesús a su Madre, es una obra del todo divina. La carne y la sangre no deben tener parte en ella. Hijo tuyo soy en cuanto hombre; más en este momento debo obrar en cuanto a Dios... Por lo demás, en estas palabras no hay el menor reproche ni censura para María, que comparte los sentimientos de su Hijo y penetra en su pensamiento juzgando como él. Para los que oían y principalmente para los apóstoles, hubo una instrucción muy importante: que el Salvador no tiene con su Madre las mismas relaciones que los demás hijos con sus madres y que los ministros de Dios, en el ejercicio de su ministerio, no deben proceder por motivos humanos de carne y sangre" (L. Bacuez). Si tradujéramos con un exégeta protestante. M. Reus : "*Déjame hacer, madre mía*", se significaría que Nuestro Señor, comenzada ya la misión oficial, debía obrar, más que como hijo de María, como hijo de Dios, y que, en cuanto a sus obras mesiánicas, era independiente de su Madre. De hecho, así lo entendió la Virgen, pues sintió que su petición había sido escuchada, como en efecto lo fue). Como si Nuestro Señor hubiese querido dar a entender, no tanto por su madre como por los demás, que en este orden de hechos relacionado con su oficio de Dios Salvador su voluntad humana no miraba sino al querer divino.

Tampoco se ha de creer que Jesucristo rinde todavía y rendirá por siempre en lo sucesivo a María la misma obediencia. Un rey que no está bajo tutela gobierna según su arbitrio y voluntad, aunque le viva la madre. Los padres no pierden nunca el derecho al respeto y amor de sus hijos; mas los vínculos de la autoridad en los unos y de la sumisión en los otros se afloja a medida que los hijos van dejando de ser niños y van haciéndose hombres, porque la razón de ser de estos vínculos estriba en la obra de la formación física y moral de los hijos. Jesucristo ya no está en la infancia ni en período de formación; es ya hombre *perfecto*, hombre en la plenitud del desarrollo de todas las facultades humanas, la Cabeza de la Humanidad regenerada, el Rey universal en el ejercicio actual y jamás interrumpido de su eterna soberanía. Pero si ya no obedece a su Madre, no deja de ser verdad que hubo un tiempo en que María mandaba en Dios, como las otras madres mandan en sus hijos (*Deo obediente voci hominis. Jos., X,*

*14*. Lo que no era más que una metáfora hablando de Josué, es verdad ciertísima entendido de la Madre de Dios, Jesús la obedecía, pues sometía la dirección de su voluntad a la voluntad de su Madre); y no menos cierto es que lo deseos de María son aún para Jesucristo como órdenes y que él, en el cielo, cumple siempre la voluntad de su madre.

**III.—Tercera** relación de Jesús con la Santísima Virgen. Cristo Salvador es el esposo y María la esposa, la más amante y la más amada de todas. Como quiera que no es cosa ordinaria presentar a Jesús y María de este punto de vista, es conveniente recurrir a los testimonios. Tomaremos solamente algunos, ya de los escritos de los antiguos doctores, ya de los monumentos de la Sagrada Liturgia. Ved primeramente en qué términos hace **San Efrén** que hable la Virgen a su Hijo recién nacido: "*Sí; yo soy tu hermana, porque los dos tenemos a David por abuelo; soy también tu Madre, porque yo te he concebido; soy, por fin, tu* ***esposa****, por el don que me has concedido de la santidad*" (Opp. 2, (syriace lat.), 429. Serm. In Nativ. D.). **Juan el Geómetra**, teólogo y poeta de la Iglesia griega, invoca a María con el mismo título: "*Salve, oh tú, que penetras en los misterios más escondidos; salve, tú, a quien el privilegio de esposa introduce en el santuario más secreto del esposo" (Hymn. 2 in B. Virg. P. G. CVI, 858).* Una expresión singular usada por **Modesto** de Jerusalén nos lleva a unir su testimonio al de los otros orientales. Hablando de la dichosísima Asunción de la Virgen, dice: "*Entró en la cámara nupcial de los cielos, ella, que es la gloriosísima* ***esposa de la unión hipostática*** *de las dos naturalezas de Cristo, es decir, del verdadero esposo celestial cuya hermosura es en el cielo la admiración de las Virtudes y de las Potestades*" (*Encom. in Dormit. Deip., n. 3. P. G. XCVI, 3288*. Creemos que la razón por la que este autor emplea semejante manera de hablar es para afirmar con más energía su fe en la unidad de persona y en la dualidad de naturaleza de Jesucristo).

Si pasamos de la Iglesia griega a la Iglesia latina, veremos que por doquiera se da el mismo título a la Madre de Dios.

"*Siendo, como somos, miserables y pequeños* —exclama **San Fulberto de Chartres**, *¿cómo podremos alabar a aquélla a quien nadie, aunque todos sus miembros se convirtieran en lenguas, alabará dignamente? Ella es más alta que el cielo, más profunda que el abismo. Ella sola mereció ser a la vez* ***esposa y madre****. Por ella comenzó la reparación de la primera madre; por ella nos ha venido la Redención*" (Orat. *In Deip. Assumpt*. Biblioth. Conc. Combefis. VII, p. 660). El mismo título fue cantado por nuestros Padres en los antiguos himnos en honor de María: "*Te suplicamos, oh Santa Madre de Dios, esposa del Rey eterno, que nos protejas en todas partes y siempre. Tú eres la brillante esposa de Cristo, la Reina ilustre del cielo..., la Madre inmaculada de Dios*" (Adalb. Daniel, *Thesaur. Hymnol*., I, p. 246. Lipsiae, 1846). Añadamos el último testimonio: "*Veamos quién es esta Virgen tan santa que el Espíritu Santo se dignó descender sobre ella, tan hermosa que el Señor la escogió por* ***esposa suya***" (Serm. 12 in apéndice *Ad Opp. S. Maximi Taurin.* P. L. LVII, 887).

Dios Salvador es el esposo y María la esposa; más aún: la esposa **única**. ¿Cómo el Salvador es el esposo siendo el Hijo y cómo María, esposa de su Hijo, es la única esposa? He aquí dos cuestiones a las que vamos a responder con las mismas explicaciones; la una y la otra contribuirán a la glorificación de la maternidad divina.

¿No se excluyen mutuamente en un mismo sujeto con referencia a la misma persona las relaciones de Hijo y de esposo, de Madre y de esposa? Sí, ciertamente; cuando los términos de esposa, Madre e Hijo, se toman en un significado propio y riguroso. Mas ha de tenerse en cuenta que los dos primeros, esposo y esposa, se aplican en el caso presente sólo por ana-

logía. Ahora bien; para dar el título de esposa a la Santísima Virgen con relación a su Hijo, el Verbo encarnado, se descubren tres razones, y las tres, por cierto, están indicadas más o menos claramente en los textos que acabamos de citar.

María es la esposa del Verbo encarnado ***propter sanctitatem*** por razón de su admirable santidad, como nos lo enseña **San Efrén**. En la dulce y sublime alegoría del Cantar de los Cantares, el título de esposa no se atribuye sólo a la Iglesia. En la legión de intérpretes eminentes y de santos místicos que desde **Orígenes** hasta nuestros tiempos han comentado este libro, quizá no hay uno que no haya visto a la Esposa, además de la Iglesia, en todas y a cada una de las almas santas (*La esposa es el alma que ama*. *Sponsae nomine cesetur anima qude ama*t. S. Bernard., *In Cantic*, serm. VII, n. 2. P. L. CLXXXVIII, 807). Y nada más natural que este consorcio entre la Iglesia y las almas santas en la unidad del mismo simbolismo, porque estas almas son la mejor parte de la Iglesia y porque, además, reunidas en la unidad de una misma fe, de un mismo deseo, de una misma intención y de un mismo corazón, forman la **paloma única**, una sola Reina, como dice **San Agustín** (*Enarrat, in psalm*. 44, n. 23 P. L. XXXVI, 509), hablando de las iglesias particulares.

Aunque todas las almas justas sean esposas del Rey Jesucristo, la Sagrada Liturgia nos enseña que las vírgenes consagradas a Dios mediante la profesión religiosa tienen derecho, con un título especial, al hermoso nombre de esposas.

"*Yo te desposo con Jesucristo, el Hijo del Padre supremo*", dice el Pontífice cuando les da el anillo, arra y símbolo de la fidelidad que deben guardar "*a aquél que es a la vez el esposo y el hijo de la perpetua virginidad*" (Pontif. Roman, *De consecrat. Vírg*.). Por cima de esta unión de las vírgenes, la Teología mística nos muestra en la vida de los santos otros desposorios, otro **matrimonio espiritual**, todavía más íntimo, entre Cristo y ciertas almas privilegiadas, como fueron Santa Teresa de Jesús, Santa Catalina de Sena y otras más. Esta unión es todavía la unión común, basada en la gracia y en la santidad, pero con manifestaciones más sensibles y en grado más elevado. ¿Será necesario entrar en largas explicaciones para entender cómo la Santísima Virgen es por todos estos títulos, más que todas las demás criaturas, esposa de Nuestro Señor Jesucristo? ¿Quién, en efecto, ha poseío como ella todos los privilegios de gracia sobre los que se funda esta divina unión?

De ahí que la Iglesia se goza en reconocer en la esposa del Cantar de los Cantares no sólo a sí misma y a las almas de sus hijos, sino muy singularmente a la bienaventurada Virgen María. No hay capítulo del poema donde la Iglesia no lea, de un lado, las infinitas ternezas de Cristo, el esposo regio, hacia su paloma, su amiga, su toda hermosa, su hermana, su **esposa**, y del otro, la correspondencia amorosísima de la Sulamítis amadísima hacia aquél que juntamente quiere su esposo y su hijo. En todas las fiestas que celebramos en memoria de María, al Cantar de los Cantares va la Iglesia a buscar su inspiración, y allí coge las flores para coronarla y los perfumes con que rocía sus altares. De ello dan testimonio todos los *Oficios* de la Iglesia oriental y de la Iglesia occidental, desde el oficio de la Inmaculada Concepción, en el que se nos presenta "*como la toda hermosa en la que no se ve la menor mancha*" (Cant., IV, 7), hasta el oficio de la gloriosa Asunción, que nos representa "*a la Amada subiendo a los cielos apoyada en su Amado*" (Cant., VII, 5).

Aun suponiendo que la Iglesia aplique a la Virgen Santísima estos textos, no en sentido literal, sino por acumulación, todavía será cierto que la Iglesia, iluminada por Dios, canta y

predica de María lo que el Cantar de los Cantares dice de la Esposa. María, pues, es esposa de Jesucristo, y no podemos dudar que este título le conviene.

El Cantar de los Cantares es una alegoría cuyo sentido literal y primario se refiere a la santa unión de Cristo y de su Iglesia. Pero como los fieles y particularmente las almas de los justos, pertenecen a la Iglesia, se deduce que, en sentido "*secundario y consiguiente*", como dicen muchos sabios intérpretes y teólogos, o en sentido "*integrante*", como dicen otros, y acaso con más exactitud, están también comprendidos en la letra del inspirado canto. Por consiguiente, en el mismo sentido la bienaventurada Virgen tiene gran parte en el Cantar, parte que es proporcional a la santidad que la coloca en el primer puesto entre los miembros vivos de la Iglesia de Cristo. Luego estudiaremos otros títulos por los cuales corresponde a Maria el nombre de esposa, y ese estudio será nueva y más sensible prueba de que la Virgen Santísima es la esposa de los Cantares, no sólo en sentido *acomodaticio*, sino en sentido literal, con mayor razón que las almas unidas a Jesucristo con los vínculos del amor divino.

Los antiguos Padres, San Gregorio de Nisa, San Epifanio, San Ambrosio, San Ildefonso y muchos otros interpretaron frecuentemente de María pasajes aislados del Cantar de los Cantares. La ven figurada en el *jardín cerrado*, en la *fuente sellada*, etc. Pero es necesario llegar al siglo XII para hallar obras en las que el libro entero sea interpretado de María, Madre de Dios. Desde entonces las interpretaciones de este género son frecuentes. Se las llalla aún entre los escritores de la Iglesia griega, por ejemplo, la de Mateo Cantacuzeno, en el siglo XIV *(P. G. CLV, 997, sq.).* He aquí el pensamiento de Dionisio el Cartujano (siglo XV) : "*Communiter* fertur quod triplex sit sponsa Christi: videlicet, tota universalis Ecclesia militans quae vocatur sponsa D.N.J.C. *generalis*; et quaelibet anima fidelis et amorosa quae dicitur sponsa Christi *particularis*; itemque Beatissima Virgo María Christifera quae Christi sponsa *singulariter*dicítur." Dionys. Carth., *In Prooem. Cant. Cantic*.

Mas no es bastante lo dicho: María es la esposa única. ¿Pero cómo es posible que sea la única, siendo así que la gracia de Dios da esta dignidad a tantas almas? Es que María lo es en un orden superior que responde a su maternidad; es que su santidad, su virginidad, la intimidad de su unión con el esposo celestial de las almas no tienen igual.

"*Dios* —dice **Santo Tomás**— *tiene siempre consigo los ángeles y las almas santas. Sin embargo, si no se diese en Dios pluralidad de personas, estaría solo y solitario. Porque la soledad es compatible con la presentación de otros seres de diversa naturaleza. Un hombre está solo en un desierto, aunque allí hay gran número de plantas y de animales alrededor de él*" (1 p., q. 81, a 3, ad 1). Pues bien; en un sentido análogo, la Santísima Virgen es la esposa única: única, porque solamente a María compete el estar en pie a la derecha del Esposo con su vestido de gloria; única, porque las otras vírgenes esposas no se acercan al Rey sino después de María, detrás de María y por mediación de María: *Astitit regina a dextris tuis in vestitu deaurato... Adducentur regi virgines post cam* (*Ps. XLIV, 10, 15.*); única, en una palabra, porque su gracia excede a toda virginidad, y las santas caricias y confidencias que hay entre ella y su esposo dejan atrás a todos los favores concedidos a los santos, aun a aquellos que fueron más queridos del corazón de Dios. Los nombres de esposo y de esposa, empleados para caracterizar las relaciones de las almas santas con Dios, expresan más especialmente el amor recíproco, la donación mutua de los bienes, la conformidad de juicios, de voluntades, de gustos, de intereses, la unidad de los corazones. Después de lo cual, ¿puede dudar alguno que María es esposa y que su maternidad no sólo

no es obstáculo, antes bien ha de considerarse como la razón primera de aquel inefable privilegio?

Además, es esposa por un título que de ella sola es propio, en cuanto por ella y en ella se obró la unión de la naturaleza humana con el Verbo de Dios. Y esto es, si no nos engañamos, lo que quiso significar **Modesto** de Jerusalén cuando llamaba a María "*gloriosísima esposa de la unión hipostática*". María, en esta unión, hizo oficio de esposa al mismo tiempo que el de Madre. Entonces fue cuando se concluyó y consumó el desposorio por siempre bendito que había de levantarnos de la caída original y elevarnos hasta Dios. El Verbo, al tomar nuestra carne, se desposó con toda la naturaleza humana en la naturaleza individual con la que se unió personalmente. Mas es ley de la conducta de Dios, en sus relaciones con el hombre, respetar su libertad. Era, pues, necesario que el linaje humano diese su consentimiento para la unión que había de salvarlo. Ahora bien; Dios no podía pedir este consentimiento a la naturaleza particular que él hizo suya, porque no preexistía antes de la unión. ¿Quién, pues, prestaría el consentimiento sino la Virgen María, puesto que en su carne y de su carne el Verbo recibiría a su desposada, y puesto que en María la naturaleza humana sería pura y digna de entrar en sociedad con el Verbo?

Entendámoslo bien: se requiere un consentimiento, y María lo da; hay una esposa, y esta esposa en quien se recapitula todo el género humano fue la substancia de María. ¿No es esto bastante para que María, viniendo a ser Madre, adquiera también el carácter de esposa? En vano objetaréis que no hubo matrimonio, porque podrían aducirse millares de textos en los que los Santos Padres presentan la *Encarnación* bajo esta figura. No digáis tampoco que María hace sólo oficio de intermediaria. **San Pedro Crisólogo** os responderá: "*He aquí que Dios envía un mensajero alado a la Virgen y le confía las arras, es decir, la gracia como dote... El divino intérprete parte con vuelo rápido y va, no a quitarle a José su prometida, sino a reivindicar para Cristo la esposa que le fue prometida en el seno de su madre en el momento mismo en que fue formada. Así Cristo toma de nuevo a su esposa y no se la quita a otro; no se divorcia de ninguna manera ni de nada cuando une a sí mismo toda su criatura en la unidad de su cuerpo*", Así, la prometida viene a ser esposa el día de la *Anunciación*, y el Verbo, al tomar su carne en ella y por ella, se desposa con todo el linaje humano. ¿No hay, pues, motivo para repetir que María es la esposa única del Verbo humanado? ¿Hay algún alma con la que el Verbo haya pactado alianza semejante? Aquello que decía Adán al salir de su misterioso sueño: "*Esta es carne de mi carne y hueso de mi hueso*", ¿no puede María repetirlo refiriéndose a Jesucristo, su adorable esposo? Y si el esposo debe amar a la esposa como a su carne, ¿no es así como conviene que el Hijo de Dios ame a aquella de quien tomó su substancia corporal y visible? *(Ephes., V, 28, sq.)*

Quédanos por decir la tercera razón, no menos propia y personal, por la que la Virgen Madre es esposa. La indicaremos con muy pocas palabras, pues constituirá la materia de la segunda parte de esta obra, en su casi totalidad: María es la nueva Eva del nuevo Adán; es una *ayuda semejante a él* (Gen., II, 18) para la generación de los hijos adoptivos de Dios, como la primera Eva fue *la ayuda del primer hombre* para la producción natural de la estirpe humana. Jesucristo dará la vida a los hijos de la Nueva Alianza entre inefables dolores el día de su Pasión, y María, en pie junto a la cruz en que su Hijo agoniza, participará doblemente, como Madre, en este nacimiento misterioso con su *compasión*.

A estas tres razones pudiera quizá añadirse otra: siendo quizá la Iglesia esposa, debe convenir este título también a María, pues María es, como unánimemente lo enseñan los San-

tos Padres, tipo de la Iglesia; en otras palabras, porque la Iglesia fue hecha a imagen de María. Mas, por una parte, debemos dejar la exposición de esta idea de María *tipo* de la Iglesia para la segunda Parte de esta obra, en la que la desarrollaremos plenamente al hablar de María como Madre de los hombres; por otra parte, esta razón está implícitamente contenida en los precedentes, y, sobre todo, en las dos últimas. Baste, pues, haberla indicado sólo de paso.

Y ahora, ¿quién podrá comprender hasta qué punto levanta la grandeza y el nombre de María esta cualidad de esposa del Rey Jesucristo, que María posee con tan altos títulos? Y al mismo tiempo, ¿quién no ve en esta grandeza un prodigioso acrecentamiento de gloria para su divina maternidad? Porque es cosa manifiesta que si la Virgen es, por todos los títulos expuestos, la esposa por excelencia, la esposa única en su orden, es que es Madre de Dios.

## CAPITULO 4

### El fundamento de las grandezas de la Madre de Dios (B). Sus relaciones con el Padre a quien estuvo asociada en la generación del Verbo hecho carne, y la Hija.

No es posible conocer en toda su amplitud la grandeza de la Madre de Dios si no se pasa del estudio de sus relaciones con la persona del Hijo. Y aun estas mismas relaciones con el Hijo no pueden brillar con todo su esplendor si no se las considera conjuntamente con las relaciones que la maternidad divina establece entre la Santísima Virgen y las otras dos divinas personas.

**I.—** Hablemos en primer lugar de las relaciones con el Padre. La principal y más gloriosa para María es que "*habiendo juzgado Dios con admirable consejo ser conveniente que la Virgen engendrase en el tiempo a aquél que él había engendrado perpetuamente en la eternidad, por este medio la asoció de cierta manera a la generación eterna. Porque asociarla fué a la generación eterna hacerla Madre de su propio Hijo... Después de esto, oh María, aunque yo tuviese el espíritu de un ángel y aunque fuese éste de la más sublime jerarquía, muy desmedradas serían las concepciones de mi mente para comprender la unión perfectísima que tiene contigo el Padre. Tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Unigénito* (Joan., III, 6*). Y, en efecto, dándonos a su Hijo, ¿no nos dio en él toda suerte de bienes? (Rom., VIII, 32). Porque si el Padre nos mostró afecto tan sincero al darnos a Jesucristo como Salvador y Maestro, el amor inefable que nos tenía le hizo también concebir muchos otros designios en favor nuestro. Y ordenó que nos perteneciese con el mismo carácter que le pertenece a él; y para establecer contigo una sociedad eterna quiso que tú fueses la madre de su Hijo único y ser el Padre del vuestro. ¡Oh prodigio! ¡Oh abismo de caridad! ¿Qué espíritu no se perderá en la consideración de las inefables complacencias que el padre ha tenido contigo desde que tan cerca estás de él por mediación de este común Hijo, nudo inviolable de vuestra santa alianza, prenda de vuestras mutuas afecciones, que os habéis dado amorosamente el uno a el otro: él, lleno de una divinidad impasible; tú, revestida de carne mortal para obedecerle?" (Bossuet, sermón para el viernes de la semana de Pasión acerca de la Compasión de la S. V. Punto I).*

Después de estas palabras tan elocuentes y de tanta fuerza de expresión, no hay más que callar, porque nada hay que añadir. Más, con todo eso, fuerza es confesar que no expresan la sublimidad de este misterioso enlace que en Jesucristo une a la Virgen Madre con el Padre de su propio Hijo. Pues ¿qué motivo de admiración puede haber mayor ni qué digni-

dad más inefable para María que el compartir con Dios la generación de su Hijo? ¿Habremos de buscar aún entre las criaturas a esa mujer a quien Jesucristo, Dios hecho hombre, llama "*Madre mía*", con la misma boca, con la misma verdad que llama a Dios "*Padre mío*"? ¿A esa mujer que por la más inenarrable de las maravillas engendró a aquél que está en el seno del Padre, al mismo tiempo que el Padre lo engendraba en el seno virginal de ella?

Permítasenos aducir aquí la interpretación dada por algunos Padres a estos dos versos de los Salmos: "*El Señor me dijo:* ***Tú eres mi hijo; yo te he engendrado hoy***" *(Psalm. II. 7). Yo te engendrado antes de la estrella de la mañana" (Psalm. CIX. 3. Este texto es leído diversamente. Seguimos la lección de la Vulcata, perqué a ella se refieren las interpretacions de que hemos de hablar).* San Hilario, San Ambrosio, Tertuliano, San Cirilo, Orígenes y San Atanasio aplican los dos textos, o uno de los dos por lo menos, al nacimiento temporal del Verbo de Dios. El adverbio ***hodie*** no es el eterno ***hoy***, sino el ***hoy*** del tiempo, ni el seno en el que el Verbo es engendrado el seno del Padre, sino el de la bienaventurada Virgen. No nos atreveríamos a decir que la interpretación responde puntualmente a la significación del texto *(Los mismos Padres, en otros lugares, siguieron la interpretación que entiende estos pasajes de la generación eterna. Véase, por ejemplo a Tertuliano, C. Praxeam, c. 7 y 11);* lo que si afirmamos es que dicha interpretación encierra una verdad y expresa cuan íntima es la alianza entre Dios, Padre del Salvador, y María su Madre.

Si; el padre engendraba a su hijo en el momento mismo en que este se revestía de nuestra naturaleza y lo engendraba en el seno de la Virgen; y, en un sentido muy verdadero, a partir de este momento, el término de su generación paterna no es solamente Dios, sino un hombre, el Hijo de María. Porque ¿qué es necesario para realizar la verdad de estas expresiones? Dos cosas: que el Padre engendre siempre a su Verbo y que el Verbo que hasta entonces no era más que Dios sea desde entonces y en el seno de María Dios-hombre. Ahora bien, una y otra condición son dogmas de fe.

Evidentemente lo es la segunda. Negar la primera sería olvidar que la generación divina es cosa muy diversa de la generación humana. En ésta, el acto que produce el nuevo ser es un acto sucesivo, y cesa de ser una vez que su término está formado. Mas no es así el acto generador del Padre. Este engendrar no admite sucesión, porque es perfecto eternamente, y no conoce fin, porque en Dios nada pasa. Y ved por qué, para el Verbo de Dios, la concepción y el nacimiento es todo uno; ved por qué este Hijo amadísimo del Padre, si bien es distinto del Padre y perfecto como él, jamás sale del seno del Padre *('Verbum Dei simul concipitur, papturitur et adest (Patri)"*, dice Santo Tomás explicando este misterio, C. Gcnt., 1. IV, c. II, versículo final.7). Por consiguiente, el Padre engendra a su Hijo, cuando éste viene a ser el Hijo de la Virgen, y lo engendra en el seno de la Virgen, pues lo engendra dondequiera que están presentes el Padre y su Verbo.

Pero, ¿por qué los Santos Padres han hecho del seno de María como el santuario en el que se obra la generación paterna, siendo así que ésta no admite límites de espacio ni de tiempo? La razón ya está indicada: es que el misterio que se obra en las entrañas de María hace que el Padre, engendrando eternamente un Dios, engendre ahora y por la vez primera, si es lícito hablar así, a un hombre-Dios.

Recordamos haber leído en una obra, recomendable por muchos títulos, que la bienaventurada Virgen, asociada a Dios Padre para engendrar a su Verbo en la Encarnación, no

cesa desde aquel momento de estarle unida, como auxiliar y como esposa, para la generación del Verbo mismo. Este lenguaje es equívoco y necesita ser interpretado con sana interpretación, pues de lo contrario, en vez de honrar a María, falsearíamos las verdaderas nociones que son fundamento de su gloria. La verdad es ésta: que desde el instante de la Encarnación el Padre engendra un hijo que es hombre; pero él no lo engendra en ***cuanto hombre***; quiere decir que este Hijo no se hace hombre por virtud de la fecundidad paterna. María, en la misma Encarnación del Verbo, concibe temporalmente un Hijo, que es Dios; pero ella no lo concibe en ***cuanto Dios***; en otros términos, ella no concurre de ninguna manera a título de madre para comunicarle la naturaleza divina. Hay, pues, dos actos de engendrar absolutamente distintos: uno, del Padre, que es siempre actual, en virtud del cual Jesucristo es Dios de Dios; otro, de la Virgen, que es transitorio, en virtud del cual Jesucristo es hombre.

De donde se deduce que si desde la Encarnación Dios Padre es padre del hombre y María es Madre de Dios, esto no quiere decir que el Padre, en cuanto Padre, dé a su Verbo el ser de hombre, ni que la Virgen, en cuanto Madre, dé al Verbo el ser de Dios; la verdad exacta es que aquél que engendran el Padre en su naturaleza divina y María en su naturaleza humana es a la vez Dios y hombre, sin división ni confusión. Uno mismo es el fruto de los dos, Dios hombre para el uno y para el otro; pero es Dios, porque procede por generación de Dios, y es hombre, porque procede por generación humana, es decir, de María.

Puede decirse con el cardenal de Bérulle que la Virgen es la madre ***por indiviso*** de aquel que eternamente tiene a Dios por Padre y que los dos tienen un solo Hijo; pero lo que excluye la distinción en la persona engendrada la deja en pie enteramente en los principios y en los términos formales de la generación. Digamos, pues, que la maternidad es no sólo una participación de la paternidad de Dios, sino que le está estrechamente asociada, porque es necesaria esencialmente la unión de entrambos para que pueda nacer, no un Dios, no un hombre, sino Jesucristo, el Hombre-Dios, a la vez Hijo del hombre e Hijo de Dios. Esta asociación de la maternidad de María con la paternidad de Dios realza la dignidad de esta Madre divina por cima de todas las débiles concepciones de nuestro entendimiento.

**II.—**Junto con esta afinidad tan honrosa para María se da otra relación muy grata a su corazón: el ser hija del Padre, el ser hija, de Dios.

La bienaventurada Virgen es la hija del Padre, su ***hija*** primogénita, su hija única, como Jesús es su Hijo único: ***unigénitas, unigénitas***. Y estos títulos no han sido dados a la Santísima Virgen de paso, en raras ocasiones, y por tal cual autor de poca autoridad. No; esos títulos se dan a María por doquiera, en todas las épocas y en todas las regiones. Entre los griegos principalmente se repite con tanta insistencia que el nombre de hija de Dios parece ser para ellos uno de los nombres propios y distintivos de María, del mismo modo que el nombre de la santísima o el de la siempre virgen. Mas es necesario aducir ejemplos y alegar la razón de esta apelación.

María es la hija de Dios. "*Cuando la Virgen Inmaculada, la hija de Dios* —dice San Tarasio—, *nació de los dos justos Joaquín y Ana*, ésta exclamó: "*Levantaos, oh vírgenes que lleváis lámparas; id delante de la Virgen Inmaculada, la hija de Dios, que entra en el Templo" (S. Taras., hom. In SS. Deip. Praesentat., n. 7. P. G. XCVIII, 1488).* El monje Jacobo, en su discurso acerca de la natividad de la Madre de Dios, da a María el mismo título. "*De la misma manera que la niña recién nacida sobrepuja a todo lo existente, por alto que fuere, exceptuado el Creador, así el padre y la madre*

*de quienes esta niña ha recibido la vida, por razón de su hija sobrepujan a todos los otros padres. Y por esto Ana, después de haber dado a luz a la hija de Dios, convoca a las tribus: Venid* —les dice— *y participad de mi alegría..." (Jacob. Monac. Orat. In Nativit. SS. Deip.. n. 4 sq. P. G. CXXVII, 573. Estas palabras son una alusión a las circunstancias de la Natividad de María contada por los apócrifos).* ¿Qué es la Virgen? responde el Damasceno: "*Una hija querida de Dios, una hija digna de Dios" (S. J. Damasc., hom. I, In Neivit. B. V. M., n. 7, P. G. XCVI, 672).* **Sofrenio** de Jerusalén pide una lengua más elocuente que todas las lenguas humanas para celebrar las alabanzas de la Virgen: "Porque ninguna lengua humana, hija *de Dios, es capaz de cantar dignamente tu nacimiento" (Anacreont., I, In Deip. Annunt., vers. 5-9, apud Mai, Spicil. Román., IV, p. 49).* Por último, para no multiplicar excesivamente los textos, recordemos que este título de "*hija de la vida*" fue dado en la carta contra Pablo de Samosata "*a la Madre del Verbo viviente hecho criatura" (V. L. C. I, 1, p. 6. Léase el P. Passaglia en su obra De Immaculato Deip. V. Conceptu y se verá el uso Que hacen los priegos de esta expresión en sus discursos y en sus libros litúrgicos. Cf. Sect. 6. a 5, n. 1334, sq., y n. 1342. 1343).*

Pues este nombre no era ni menos conocido ni menos celebrado en la Iglesia latina. Basta para convercerse leer las colecciones de los himnos de la Edad Media *(Mone., **Hymni latini Medi** aevi, I, páginas 57-59, 62, 66, 249, etc. En estos himnos se ve que la Santísima Virgen algunas veces es llamada madre e hija de su hijo. "**Tu virga Jesse** —mater esse— **meruisti Regis et filia**", II. n. 365, de fí. M. V.)*, en las que se lee a cada paso y en todas las formas (*Este título pasó también a los antiguos cantares de Francia. Así se lee en el Libro de Horas escrito para el uso de Langres:*

*Mario, Dame toute belle*

*En qui toute gräce abonde.*
*Filie de Dieu, Mere et ancelle,*
*Reine du ciel. Dame du monde.*
*Tu es le ruissenu d'oü partí l'onde*
*Qui le peché de Adam lava.*
*Je te salue puré et monde,*
*En disant: Ave maria.*

*(Adalhert. Daniel, **Thesaurus Hymmol**, III, p. 181. Lipsiae, 1846.)*).

María es, no una hija, sino la hija de Dios, la digna hija de Dios, la hija queridísima entre todas. Y ya por este título no admite comparación con los demás hijos adoptivos de Dios.

Mas la Santa Iglesia no se contenta con darle este título; la llama, además, la sola hija de Dios, como la llama la sola esposa de Jesucristo, la sola Virgen, la sola inmaculada, la hija única, la primogénita del Padre.

La hija única: "*Tú eres bendita entre todas las mujeres, bendita como la hija única, tú que has dado a luz al Único"(Antipater Bostrens., **In Luc**, I, n. 14. P. G. LXXXV, 1785. S. Joseph. uno de los himnógrafos más célebres de Oriente, la llama en el mismo sentido "**la sola** hija de Dios". Anthol., die 15 aug. Od. 9).* Así habla uno de los Padres de Calcedonia. **San Juan Damasceno**, al que siempre es necesario recurrir cuando se quiere glorificar a María, cantaba después en uno de sus himnos: "*Cristo, a título de Hijo de la hija única, recibió en los cielos el tesoro inestimable de la virginidad maternal*" (*Damasc., apud. Nicod.. **In Heortodrumt**.. p. 661 (ex Passaglia)*).

La primogénita. El mismo santo había escrito antes que en la concepción de María la naturaleza no se atrevió a adelantarse a la gracia, "*porque el germen que había de formarse era la primogénita del Padre, aquella de quien nacería el primogénito de las criaturas, sobre quien todo reposa" (S. J. Damasc, hom. I, **In Nativit. B. V. M**.. n. 2. P. G. XCVI. Cf. Georg. Nicomed., or 2, **In Concept S Annae**, apud Combef. Auctar. I p. 1308).*

Meditemos estos títulos tan magníficos. Ser hija de Dios por adopción es para la criatura una grandeza que excede a toda grandeza humana. Porque esta filiación, aunque esté infinitamente por debajo de la filiación natural del Verbo, envuelve para quien la posee una participación real de la naturaleza divina. Por ella un alma es transformada hasta lo más profundo de su ser, es rehecha a imagen de Dios, divinizada *( Sería necesario un libro entero para describir, siquiera sea imperfectamente, la excelencia de la adopción divina. Véanse nuestros dos volúmenes acerca de La Gráce et la Gloire)*. Por eso el Papa San León el Grande no vaciló en escribir estas líneas: "*El don que excede a todos los dones es que Dios llame al hombre hijo suyo y que el hombre llame a Dios su padre" ( S. Leo, serm. 26, **In Nativ. Dom**. 6, 4. P. L. LIV, 214)*. Pero ¡cuánto aventaja a todos los otros hijos adoptivos la bienaventurada Virgen, gracias a su título de Madre!

Las mismas expresiones con que nuestros Libros Santos distinguen la filiación del Hijo de Dios según la naturaleza de la filiación de adopción y de gracia, esas mismas emplean los Padres y Doctores para significar la filiación de María. Es el Hijo de Dios por excelencia: ella es la hija de Dios. Es el solo Hijo, el Hijo único, ***solus Filius Unigenitus***; ella la sola hija, la hija única, ***sola filia, unigénita***. Él es el Hijo eterno del Padre; ella es la hija perpetua de Dios *(Perpetua, porque desde toda la eternidad Dios se complació en ella como en su hija: pero se llama hija perpetua de Dios principalmente porque gracias a su concepción sin mancha, fue siempre hija de Dios).* Es el primogénito, ***primogenitus***; ella es, después de él, al primogénita, ***primogénita***. ¿Quiere esto decir que los Padres y los Doctores colocan en la misma línea a María y al Hijo eterno de Dios y que pretenden otorgarle aquel atributo incomunicable que abre un abismo entre los hijos de adopción y el Hijo por naturaleza? Decir esto fuera blasfemia y locura; todo lo que ella es, lo es, no por naturaleza, sino por privilegio soberanamente gratuito.

Mas si la filiación de María descansa, como la nuestra, sobre el fundamento común de la gracia, todavía tiene prerrogativas peculiares que la distinguen y elevan a un orden superior. Ya tendremos ocasión de estudiarla prolijamente en el curso de esta obra; por ahora contentémonos con indicarlas en pocas palabras, para que se entienda mejor hasta qué punto se enlazan con la maternidad divina y ponen de relieve su excelencia. La gracia de María, es decir, la participación de la naturaleza divina, base y principio de su filiación adoptiva, aventaja a todas las gracias de las demás criaturas, no sólo en cuanto al grado, sino también en cuanto a la duración, porque la gracia de María fue original. Si todas las almas santas son hijas de Dios, porque el Hijo las hizo esposas suyas, menester es que María sea hija por modo excelentísimo, pues ella es la esposa de Jesucristo que más estrechamente e indisolublemente le está unida. Y esto es lo que legitima los títulos de hija única, de sola hija de Dios.

Es también María la primogénita, porque ella es la que primero se ofreció a la mente de Dios, cuando en sus consejos eternos decidió formarse hijos de adopción según el modelo de su Verbo encarnado; ella es también la que en el tiempo ejerce con los hijos de adopción los oficios propios del hijo mayor; ella, por fin, la que fue enriquecida por el padre liberalmente con todos los privilegios que según las Divinas Escrituras corresponden al primogénito de la familia. Ahora bien; todas estas gracias y todas estas prerrogativas pertenecen a María porque

es Madre de Dios. Por consiguiente, las relaciones de la bienaventurada Virgen con el Padre son la más insigne glorificación de su divina maternidad. Y no diremos menos de sus relaciones con el Espíritu Santo, por escaso que fuere el conocimiento que de las mismas tengamos.

## CAPITULO 5

**Cap. 5 - El fundamento de las grandezas de la Madre de Dios (C). Sus relaciones con el Espíritu Santo, de quien ella engendró el principio y del que es la cooperadora y el santuario.—Ultimas consideraciones sobre las relaciones de la Bienaventurada Virgen con las tres personas divinas.**

I.—En la materia que vamos a tratar en este capítulo, como siempre, en la base y primer fundamento hállase la divina maternidad. La relación de Madre e Hijo que une indisolublemente a la Virgen con el Verbo de Dios pide una afinidad muy íntima entre la Madre Virgen y el Espíritu Santo, afinidad que puede ser considerada desde dos puntos de vista.

Desde el primero, María se nos presenta como Madre de un Hijo que conjuntamente con el Padre es el principio de donde procede el Divino Espíritu. Ella puede decir al Padre: Yo soy con toda verdad la madre de tu Hijo, y al Verbo encarnado: Tú eres mi Hijo tan realmente como eres Hijo del Padre, y yo, como él, te he engendrado. Y asimismo, con igual seguridad, puede decir al Espíritu de Dios: Aquel de quien tú recibes eternamente la naturaleza por la que eres Dios es Hijo mío, y yo soy su Madre.

Guardémonos, sin embargo, de ciertas exageraciones. Aunque la Santísima Virgen engendra un mismo Hijo con el Padre, sólo del Padre y no de ella, recibe Jesucristo la dilección fecunda que hace de él en unión con el Padre el principio del Amor personal, del Espíritu Santo. La humanidad del Salvador no entra para nada en la procesión del Espíritu Santo. Si Jesucristo es principio del Espíritu Santo, no es en cuanto hombre ni por un acto de su naturaleza humana, sino en cuanto según la naturaleza divina es uno con el Padre y con un acto común de amor eterno. Es falso, por consiguiente, que la santa humanidad del Salvador está asociada, sea de la forma que fuere, al acto por el que el Espíritu Santo procede del Verbo, como no lo está al acto de la creación ni a la conservación de los mundos. Lo que, a lo sumo, puede decirse, si se quiere emplear este término, ***"asociación"***, es que la naturaleza humana de Cristo está asociada en unidad de persona al Verbo, con quien Dios Padre es el principio del Divino Espíritu.

Pero si bien la humanidad de Cristo, Hijo de María, no participa por título alguno de la gloria incomunicable de ser principio del Espíritu de Dios, todavía al Divino Espíritu debe su existencia y su unión personal con el Verbo de Dios. Y éste es el segundo punto de vista desde el que podemos contemplar las relaciones de la Virgen Madre con la tercera persona de la Trinidad.

II.—Aunque la acción por la que Dios produce la humanidad del Verbo encarnado en el seno de la Virgen y la unión hipostáticamente al mismo Verbo sea común a las tres personas, la ley de las apropiaciones la atribuye especialmente a la tercera. Ya vimos por qué razones y dentro de cuáles límites las Sagradas Escrituras y toda la tradición católica han distribuido los oficios entre las divinas personas aun en aquello mismo en que nada las distingue.

Y ¿con qué nombre designaremos la nueva relación que se establece entre la divina Virgen y el Espíritu Santo? Es cosa corriente entre los autores más modernos considerarla como unión de esposo con esposa. Y esta analogía no carece de fundamento, porque la Virgen concibió al Hijo de Dios por la operación del Espíritu Santo. "*Concebido del Espíritu Santo, nacido de la Virgen María*", leemos en el Símbolo. Sin embargo, es necesario confesar que, por frecuente que sea hoy la denominación de esposa del Espíritu Santo atribuida a la bienaventurada Virgen, en la antigüedad fué casi desconocida. Con gran trabajo la hemos hallado sólo dos veces en el espacio de muchos siglos *(Una vez en los latinos. "Virgo, Dei Filio specialiter consecrata, specialiter Sancto conjugata Spiritui." Serm. 40, In Assumptione, inter opera S. Petri Damiani. P. L. CXLIV, 719. Otra, en los griegos):* tanto era el cuidado con que la reservaban para completar la expresión de la relación entre el Hijo y su Madre.

¿Por qué esta circunspección? Creemos que pueden asignarse dos causas. La primera, porque, siendo ya este título prerrogativa especial del Hijo, importaba mucho no transferirlo al Espíritu Santo, porque la mezcla de los nombres no engendrase confusión en las ideas. Por eso no se llama tampoco a la Virgen esposa del Padre, aunque los dos engendren un mismo Hijo, el Verbo hecho hombre (No reconocemos más que un texto que le dé este título. Cf. *Paraclet. Graecor* página 286, c. I. Frecuentemente se la llama esposa de Dios: pero el contexto prueba que se ha de entender de Dios Hijo).

La segunda razón nos parece de más peso. Nunca dijo nadie en la Iglesia que el Espíritu Santo sea padre del Verbo encarnado, no sólo en sentido propio, pero ni en sentido analógico. Pues bien; la apelación de esposo de la Virgen tendría naturalmente por correlativa en el Espíritu Santo la denominación de padre del Salvador, porque no sería esposo de la Virgen sino por haber formado a Cristo en las entrañas de la Virgen María. Y no es que condenemos una expresión que si, todo bien considerado, puede traducir una idea exacta. Y como quiera que ya ha adquirido derecho de ciudadanía en las obras dedicadas a celebrar las excelencias de la Virgen, nada obliga a desterrarlas del uso, con tal que se le dé la significación que le corresponde.

III.—El título generalmente usado para expresar la última relación entre la Virgen y el Espíritu Santo es el de templo o santuario. Esforcémonos en penetrar la significación profunda que encierran palabras tan sencillas. María es el santuario del Espíritu Santo, porque él descendió sobre ella, porque él tomó posesión de su cuerpo virginal y formó en su carne y de su carne la carne de Dios hecho hombre. Todas las almas justas son para el Espíritu Santo un santuario; más aún, un tabernáculo sagrado. "*¿Qué es, en verdad, el alma de los Santos?* —pregunta **San Cirilo** de Alejandría— *Un vaso lleno del Espíritu Santo*". Y este privilegio pertenece no sólo al alma, sino también al cuerpo. "*¿No sabéis que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo que está en vosotros?*"(I Cor., VI, 19). Y ¿qué viene a hacer en nosotros este Divino Espíritu? Formar, conservar, perfeccionar a Jesucristo.

Si la presencia del Espíritu Santo formando hijos adoptivos a imagen del Hijo por naturaleza basta para hacer de nosotros su templo y su santuario, ¿cómo no ha de ser el templo y santuario privilegiado del Espíritu Santo aquélla sobre quien descendió para dar al Unigénito del Padre el ser y la vida que le hacen hombre? Aún más: si el Espíritu Santo habita en nosotros como en su templo, es porque antes de descender sobre nosotros descendió sobre la Virgen Santísima, pues nuestro nacimiento a la gracia depende del parto virginal de María,

como el efecto depende de su causa. La operación que nos transforma en hijos de Dios no es más que prolongación de aquella que formó a Jesús, autor de la gracia, en el seno de María.

No objetéis que es ésa una operación transitoria que no exige morada permanente del Hacedor divino, ya que la producción de la obra tiene límites muy estrechos en cuanto a la duración. Discurrir así sería no entender el misterio encerrado en obra tan grande y tan santa. El Espíritu Santo descenderá sobre ti, dijo el arcángel San Gabriel a María. Esta palabra "*sobrevenir*", nos indica con cuánta plenitud recibió entonces María la efusión del Espíritu Santo; pero además significa que el Espíritu Santo, cuando descendió para formar corporalmente la humanidad del Salvador, había ya descendido sobre la bienaventurada Virgen. Por esto el mensajero celeste, ya en las primeras palabras de la embajada, le dijo: "*El Señor es contigo*", antes de decirle que sobrevendría a ella el Espíritu Santo.

Frecuentemente leemos en los Santos Padres que la divina Virgen, antes de concebir a Jesucristo en su cuerpo, lo había concebido en su corazón, que lo dio a luz antes con la fe que con la carne. Quizá nunca hemos meditado suficientemente estas expresiones y otras semejantes. Todo lo más que hemos leído en ellas ha sido el consentimiento y la fe que el ángel reclamó de la Santísima Virgen como condición necesaria para la encarnación del Verbo en sus castísimas entrañas. Ciertamente es verdadero este sentido; pero las palabras de los Santos Padres encierran significación más extensa y profunda. No las repetirían con tanta insistencia y con tanta unanimidad si no pretendieran enseñarnos un gran misterio. El Verbo de Dios es el Santo por esencia, principio de toda virtud, fuente de toda santidad, pues juntamente con el Padre es el principio y fuente del Espíritu Santo, la Santidad substancial y la Virtud santificante. Por tanto, para engendrarle era necesaria a María una reparación sin igual de virtud y santidad. El *Santo* debía ser concebido *santamente*.

Nos enseña la doctrina católica que para recibir dignamente el cuerpo del Señor es necesario que el alma esté adornada con la gracia santificante, que sea santuario viviente o trono de la caridad divina. *Sancta sanctis*. Si no poseéis en vosotros este amor y todas las virtudes que forman su inseparable cortejo, retiraos de la Sagrada Mesa; no sois dignos de comer el cuerpo del Señor. Para comer a Cristo en el Sacramento es necesario ser ya miembro de Cristo y llevar ya en el alma a aquél que nos disponemos a comer. Comparad, pues, ahora estos dos misterios: el misterio del cristiano, que va a recibir en sí el cuerpo de Cristo para nutrirse de él, y el misterio de la Virgen, que va no sólo a llevar en su seno el cuerpo de Cristo, sino a formarlo con su propia carne y a comunicarle su propia vida. Si el primer misterio pide tanta santidad, decidme, ¿qué abundancia tan inefable de gracias no pedirá el segundo?

Por tanto, oh Virgen benditísima, no podías concebir el cuerpo de tu Dios sin haberlo antes concebido en tu corazón, y esto es precisamente la santidad. Y como pertenece al Espíritu Santo obrar en nosotros la efusión de la gracia y el alumbramiento espiritual que nos hace otros Cristos, fue necesario que este Divino Espíritu estuviese en ti con la plenitud de sus dones antes de descender sobre ti para formar a Cristo según la carne. Y esto es lo que los Santos Padres quieren significar cuando afirman que tú engendraste al Verbo en tu corazón antes de engendrarlo en tu cuerpo virginal. Ahora bien; si el Espíritu Santo está en ti con la plenitud de sus dones, tú eres su templo y su santuario. Más aún: eres su templo *único*, su santuario *único*, como eres su hija *única*, su esposa única; un santuario tan hermoso y tan rico por los dones y por la presencia del Divino Espíritu, que todos los otros son como si no fueran delante de él.

¿Es éste el único fundamento de que la bienaventura Virgen sea el santuario del Divino Espíritu? No; María es, además santuario del Espíritu Santo porque llevó corporalmente al Hijo de Dios en sus entrañas. En efecto, este misterio no pedía solamente la entrada del Espíritu de Dios para la formación de la humanidad del Salvador en las entrañas de María. En virtud de la inmanencia íntima de cada una de las tres divinas personas en las otras dos, el Hijo de Dios no podía habitar tan singularmente el cuerpo maternal sin que el Espíritu Santo tuviese también particularísima morada en el cuerpo de la Santísima Virgen.

Por último, para no omitir cosa alguna, no olvidemos que María habrá de engendrar en su día con Jesús y por Jesús los hijos de adopción. Y como quiera que esta nueva generación tiene al Espíritu Santo por principio (Joan., III. 5.8), menester es que el Espíritu del Hijo esté en la Madre para darle la fecundidad espiritual, como le dio la virtud de engendrar al Verbo hecho carne.

¡Cuántos títulos tiene María para llevar el nombre de templo, tabernáculo, santuario del Espíritu de Dios, y, a la vez, cuántos derechos tiene a nuestra veneración y a nuestra admiración!

IV.—Un pasaje de **Dionisio el Cartujano** resume admirablemente todas las consideraciones acerca de las relaciones de la bienaventurada Virgen con la Santísima Trinidad. Lo tomamos del libro titulado *Elogio de la vida solitaria*. El artículo 29 está todo él dedicado a María mediadora. "*Ved, pues, a esta Única que el Padre eterno preparó como verdaderísima y eminentísima madre a su unigénito y dulcísimo Hijo, en todo igual consubstancial y coeterno con él; aquélla que el* ***más que liberalísimo*** *Espíritu Santo Uenó con exuberancia de gracia, con perfección de pureza, santidad, sabiduría, tal como debía ser colmada superabundantemente la Madre de aquél, de quien procede eternamente, verdaderamente, el Espíritu Santo; aquélla a quien el* ***más que hermosísimo, más que sapientísimo, más que nobilísimo*** *Hijo de Dios escogió por Madre desde toda la eternidad, ¡Oh gloriosísima Señora, Virgen purísima, Madre más que dignísima, dulcísima María, a qué excelsitud, a qué bienaventuranza, a qué gloria has sido elevada!*

¡Oh, la más dichosa entre todas las criaturas, la más ilustre, la más admirable; he aquí que has sido asociada a la paternidad del Padre eterno, comparentalis, porque con él tienes un solo e idéntico Hijo. Sí; tú eres la excelentísima Madre del Hijo único de Dios; tú eres el singularísimo tabernáculo del adorable Paráclito, la Madre de aquel de quien éste dimana. ¿Qué más? Tú eres la amiga íntima de la **sobreesencial** y **sobrefelicísima**Trinidad, la la suprema depositaría de sus más íntimos secretos; tan elevada estás, que te admite y entras a la parte de su imperio y de su gloria. Y si el Soberano artífice, Dios, el Hacedor supremo, te hizo tan grande, tan llena de amabilidad y de perfección, fué porque él mismo estaba enamorado de tus encantos y de tu bondad... (Psalm. XLIV, 12). Sí; ciertamente, sin género de duda, él te adornó con tantos privilegios, te enriqueció con tan inestimable beneficios, dándote la preferencia entre todos los escogidos, porque convenía soberanamente que tal Madre, tal esposa, tal reina, fuese bella, grande y rica por cima de todos sus servidores.

"*En verdad, oh Señora, más que amabilísima y venerabilísima, por esto mismo, que participando de la maternidad divina del Padre, viniste a ser la Madre de Dios, tu dignidad es en cierto modo infinita, es* ***quodammodo infinitae dignitatis****. Por derecho y privilegio de esta divina maternidad tienes poder y mando sobre todas las criaturas... ¿Qué digo sobre todas las criaturas? ¿No parece que tienes cierta autoridad aun sobre el mismo Dios, nacido de tu seno bendito, si lo considero en su natu-*

*raleza humana que recibió de ti, en cuanto a aquella naturaleza en la que te estuvo sometido en otro tiempo y por la que todavía eternamente te reconoce como Madre suya fidelísima, esplendorísima y amadísima? Tu dignidad, tu santidad, tu gloria, oh Señora y Soberana nuestra, excede nuestra comprensión; no somos ni dignos de contemplarte ni capaces de ofrecerte un homenaje que iguale tus merecimientos*.

"*Si en esta vida mortal queremos formarnos alguna idea de Dios, aunque sea débilísima, no es necesario buscar todo lo hermoso, todo lo grande y todo lo bueno que se da en las criaturas para atribuirlo supereminentemente a Dios, después de haberlo limpiado de toda imperfección. Así también para concebirte, oh dulcísima María, consideramos todas las perfecciones, todas las excelencias, toda la santidad que hay en las otras mujeres, y lo afirmamos todo de ti, pero en un grado muy superior y cercenando todas las imperfecciones, todas las bajezas, todos los defectos*".

El lector habrá notado, sin duda, cómo **Dionisio el Cartujano** se complace en el uso de expresiones hiperbólicas que no es posible traducir literalmente en nuestra lengua. Tales son las palabras: ***superamabilissima, superamantissima, superdignissima, praevenerandissima*** y otras del mismo género. Las tomó de su homónimo Dionisio el Areopagita, al que profesaba un culto singular de imitación. Quizá el procedimiento no es literario; pero prueba cuan altos eran los pensamientos que este ilustre teólogo y excelso místico había concebido de la excelencia y de las prerrogativas de la Madre de Dios.

Más adelante volveremos sobre estas ideas últimamente expuestas pero no podíamos callarlas totalmente al hablar de las relaciones de la Virgen con las tres divinas personas, porque hubiéramos tenido que separar cosas que están naturalmente tan unidas.

Antes de cerrar este capítulo fijemos la atención en dos consecuencias que se infieren de lo dicho. Primera consecuencia: la maternidad divina pertenece no solamente al orden común de la gracia, sino al orden hipostático, porque tiene puesto de preferencia indispensable en la constitución misma del misterio de Dios hecho hombre. El orden de la unión hipostática es la naturaleza divina y la naturaleza humana, unidas substancialmente la una con la otra en la persona del Verbo. Pues bien: hemos visto cómo María concurre a esta unión y cuan grande intimidad de relaciones hay entre ella y el Hijo eterno de Dios Padre. "*Cristo, aun sólo en cuanto hombre, sobrepuja a todo el orden de la naturaleza creada... Ahora bien; la categoría de la madre debe ser proporcional a la dignidad del Hijo, porque entre la maternidad divina y la obra de la Encarnación hay un nexo tan estrecho que ésta no puede darse sin aquélla*" (S. Bernard. Sen., serm. 3, De Glorioso nom. Mariac, a. 2. c. I. Opp. IV, p. 82).

Segunda consecuencia: los más excelsos privilegios de María proceden de su maternidad como de su fuente, porque todas las relaciones con las personas divinas que tanto la enaltecen y engrandecen, de su maternidad se derivan, conforme acabamos de ver y veremos aún con mayor claridad en las páginas siguientes.

## LIBRO III

## CAPITULO 1

### Centro de los Privilegios de María I - todo en la maternidad divina

**La maternidad divina es para la Virgen María el principio, el centro y la clave de sus privilegios de naturaleza, de gracia y de gloria. —Cómo todos estos privilegios están, "*virtualmente*" al menos, contenidos en el título de Madre de Dios.**

**I.—**Todos los privilegios de la bienaventurada Virgen se refieren a su maternidad como los rayos de luz al foco de donde proceden. Entre todas las consideraciones, ésta es la que realza más la grandeza sin límites de esta maternidad divina. Quien no la mire a esta luz sólo podrá formar una idea incompletísima de la misma. "*En verdad*—dice un ilustre teólogo—, *todo lo que merece nuestras alabanzas y nuestra admiración en la bienaventurada Madre de Dios, todos los dones de la gracia, todos los esplendores de la gloria por los que es la más perfecta de las criaturas, todo esto, repito, se lo debe a su maternidad. De ésta, como de fuente inagotable, dimanan las asombrosas prerrogativas esparcidas en ella y sobre ella con liberalidad sin igual*" (Petav., *De Incarn*., L. XIV, 8, n. 2).Efectivamente, todo esto es la maternidad divina en lo que directamente a ella pertenece y en lo que de ella depende; todo esto es la maternidad divina en sus preludios, en sus propiedades, en su desarrollo.

Pregúntase a veces cuál es el más hermoso de los privilegios de María, cuál el que ella más estima, cuál aquel por el que nosotros sus hijos más debemos darle parabienes y más alegrarnos y regocijarnos con ella. Y ocurre que acerca de esta cuestión son muy varios los pareceres. Para unos, el principal privilegio de María es su virginidad sin mancha; para otros, su concepción inmaculada; quién, juzga que nada hay comparable a su incomparable pureza de corazón; quién, estima que por cima de todos está el privilegio de su humildad. No es maravilla que anden tan divididas las opiniones. Los dones concedidos por la divina bondad a la Virgen muéstranse todos en un grado de perfección tan elevado, que cuando consideramos aisladamente cada uno de ellos, parece que no es posible imaginar nada más excelente. Todos, pues, tienen razón al decir que cada uno de los privilegios excede a todas las alabanzas y a toda nuestra admiración; pero todos igualmente se engañarían si pretendiesen que no hay en María cosa que sobrepuje al privilegio particular que cada cual tiene por más alto y glorioso. Porque en la cumbre de todos sus privilegios se alza su divina maternidad. ¿Por qué? Porque la maternidad divina es la razón última de todos los privilegios de María. Infinitas son las prerrogativas que admiramos en nuestro Salvador: santidad perfecta, impecabilidad, tal ciencia de las cosas divinas, que es única por su amplitud y profundidad, después de la de Dios. Por su humanidad, el Verbo reconcilió al mundo con su Padre; por ella la majestad divina recibió de la criatura una gloria infinita. Pero por cima de todo hay que colocar el honor que tiene de pertenecer a la persona del Verbo de Dios, de formar su naturaleza humana; en una palabra, el honor de ser el cuerpo y el alma, no de un hombre como nosotros, sino del mismo Dios. Y es muy puesto en razón que así pensemos, porque si por un momento esta humanidad, este cuerpo y esta alma del Hijo único de Dios, en vez de ser de él, fuesen la naturaleza, el cuerpo y el alma de una persona creada, todo aquel inefable conjunto de per-

fecciones se desvanecería; se habría secado el manantial, porque es la unión hipostática la que reclama aquellas perfecciones y las hace, como si dijéramos, naturales en Cristo.

"*La gracia de Cristo* —dice Santo Tomás— *no es natural en el sentido de que proceda en él los principios constitutivos de su humanidad; pero se la puede llamar natural en cuanto que tiene por causa la naturaleza divina unida en la persona de Cristo a la naturaleza humana*" (S. Thom., 3 p., q. 2, a. 12). Y más adelante escribe el mismo santo Doctor: "*La gracia es producida en el hombre por la presencia de la divinidad, como la luz es producida en el aire por la presencia del sol*. Por esto se dice en **Ezequiel**: "*La gloria de Dios de Israel entraba por el camino de Oriente y resplandecía la tierra con su majestad*" (Ezechiel, XLIII. 2). Ahora bien; la presencia de Dios en Cristo no es otra cosa que la unión de la naturaleza humana a la persona divina; por consiguiente, la gracia habitual de Cristo sigue a esta unión como el resplandor nace del sol (S. Thom., 3 p., q. 7, a. 13).

Tal es el ejemplar según el cual debemos formar la noción exacta de la relación que hay entre la maternidad divina y los otros privilegios de la bienaventurada Virgen. Estos son respecto de aquélla lo que la gracia de Cristo es respecto de la unión hipostática y lo que respecto del sol es la luz que nos circunda. Lo que el Doctor Angélico aplicaba a la humanidad de Cristo ha de repetirse proporcionalmente con su divina Madre: la gloria de Dios de Israel entraba por el camino del Oriente... y la tierra (esta tierra virgen de la que fué sacado el cuerpo de Jesús)resplandecía con su majestad.

Podemos ver prefigurada a María en aquella reina del salmo XLIV, vestida con vestiduras enriquecidas con oro y preciosísimos bordados, símbolo y reflejo de su gloria interior. Es ella; no podemos engañarnos, porque ella es la hija de Dios por excelencia, la esposa cuya hermosura virginal enamoró el corazón del esposo. ¿De dónde le viene todo el esplendor que la rodea y la penetra? Es que, oh, Señor, está a tu derecha, en el lugar que sólo a tu Madre corresponde; y tú, luz increada, al encarnarte en ella, la transformaste en "*la mujer vestida del sol*"*:* ésta es la razón de toda su grandeza. Por ventura ¿no era necesario que, después de tu humanidad sacratísima, ella fuese la más iluminada con tus divinas claridades, la más abrasada en tu amor, la más enriquecida con tus bienes, siendo así que tú en cierto modo te encontraste en ella con todas tus gracias y con todas tus perfecciones?

Hemos oído al ángel que la saludaba llamándola llena de gracia y bendita entre todas las mujeres. Y al mismo tiempo hemos sabido por Santa Isabel de dónde le viene a María tan inefable abundancia de gracias celestiales:"*Y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús*". De manera que la bendición del Hijo redundó sobre la Madre. Todos los privilegios que María recibió son pago de la hospitalidad que le dio y precio de la púrpura con que le revistió en sus entrañas. Y María, aun siendo su humildad tan profunda como lo es, no sólo no rehusa las alabanzas de su prima, mas antes las confirma, y, por decirlo así, las amplifica. En efecto, es manifiesta la relación entre la salutación de Isabel y los primeros acentos del cántico virginal. Eres bienaventurada por haber creído, le dice Isabel, y María responde: "*Todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque aquél que es poderoso ha hecho en mí cosas grandes*". Y ¿qué cosas grandes obró en María el Todopoderoso? Ante todo, constituirla Madre Virgen y Madre de Dios.

Esta es, por consiguiente, la fuente de donde manan todas las bendiciones, todas las venturas, todas las prerrogativas de María: su maternidad divina. María puede más aún; debe

reconocerlo sin daño de su humildad, porque este reconocimiento va encaminado no a la propia exaltación, sino a la glorificación de Dios.

Mas siendo esto así, ¿no parece que la plenitud de María debió de comenzar en la Encarnación, pues solamente entonces se obró la unión por la que es Madre de Dios? Cierto. María no fue Madre desde el primer instante de su vida; pero lo que no era en el orden de los hechos lo era en el orden de las preordenaciones divinas. Un palacio real no es morada actual del príncipe en el momento en que se echan sus fundamentos ni cuando se le adorna con estatuas y pinturas; mas la razón por la que se le da traza tan majestuosa y se le decora tan maravillosamente, es porque un día será morada del rey para quien únicamente se destina. Así hay que juzgar de la bienaventurada Virgen María.

Más adelante tendremos ocasión de examinar hasta qué punto puede conducirnos esta consideración; pero bien será recordar ya desde ahora que la futura maternidad divina de la Virgen presidió y reguló el origen de la Madre de Dios. María debe a su maternidad divina el haber venido a este mundo, pues, como ya dejamos dicho, el prodigio de su concepción, por el que nació de una madre estéril, tienen su explicación en la maternidad divina futura, y sólo por medio de ella se explica satisfactoriamente.

Tampoco aleguéis que María no llevó a Jesús en sus entrañas sino un tiempo limitado. Si el hecho que la constituyó Madre fue transitorio, la maternidad es permanente, y como quiera que la maternidad sea lo que pide, o como preparación o como consecuencia, aquella abundancia de privilegios, dedúcese que es necesario que éstos duren cuanto aquélla durare, esto es, eternamente. ¿Es que ahora no la llama Jesucristo en el cielo Madre con la misma verdad con que lo hacía cuando aquí en la tierra le mecía sobre sus rodillas? ¿Es que ella no puede siempre decirle: Tú eres mi hijo, en quien yo tengo todas mis complacencias?

Ni habría tampoco más sólido fundamento para objetar que, pues los dones sobrenaturales de la humanidad del Salvador no procedieron, mas ante siguieron a la unión que la hizo tan grande y tan santa, la misma ley debe regular los privilegios concedidos a la Virgen en atención a su maternidad (Los privilegios de la humanidad de Cristo siguieron a la unión hipostática; pero adviértase bien que esto no quiere decir que entre la unión hipostática y la infusión de los dones transcurriese algún tiempo, ni aun el más corto que se pueda imaginar o pensar). Semejante comparación, en vez de atenuar la fuerza de nuestros razonamientos, los confirma. Cierto que todas las prerrogativas con que fue enriquecida físicamente la humanidad de Cristo, Hijo de María, presuponen su unión substancial con la persona divina; pero, ¿por qué? Porque esta humanidad ni debía ni podía preexistir separada del Verbo, como no fuese ella por sí sola una persona humana, porque el honor de pertenecer a la persona del Verbo como su naturaleza propia es de tal manera infinito, que ninguna perfección creada podía, no ya merecerlo, pero ni siquiera ser disposición para llegar a él. Por el contrario, aquella mujer que había de ser Madre de Dios debía, por una parte, ser anterior a su maternidad, si es que había de pertenecer a la familia humana y participar de nuestra sangre, y, por otra parte, su dignidad de Madre, aunque sea don tan prodigiosamente excelso, no excede como la unión hipostática, toda proporción con los dones creados de la gracia.

Dijimos que la comparación confirma nuestros razonamientos. Porque ¿no hay razón para decir que el Verbo de Dios no esperó la plenitud de los tiempos para glorificar su santa humanidad en la forma que podía ser glorificada? ¿A qué se encaminaban, desde los prime-

ros días del mundo y durante una larga serie de siglos, tantas promesas, tantos oráculos, tantas figuras, tantos sacrificios, tantas ceremonias sagradas, sino a anunciar representar y glorificar por anticipado ***al que había de venir en carne***? ¿Por qué separó Dios un pueblo escogido y lo rodeó de una providencia particular y veló sobre él con cuidado celosísimo, constituyéndole en pueblo de su predilección, sino porque en él veía la raíz de la que había de brotar la vara y la flor de José? Y si la Trinidad entera, después de crear todos los seres de la creación con una sola palabra, pone, digámoslo así, diligencia sin igual en formar al hombre, fue, como dice **Tertuliano**, porque la Trinidad Santísima tenía el pensamiento puesto en Cristo, en el hombre por excelencia que con el discurso de los siglos había de nacer (*Christus cogitabatur homo futurus*. Tertull., *De Resurr. carnis* c 6 P L II 802).

¿Es sólo esto lo que puede decirse? No. El Apocalipsis nos presenta "*al Cordero de Dios como inmolado desde el origen del mundo*" (Apoc, XIII, 8). La sangre de Jesucristo, que aún no había sido derramada, santificaba ya a los hombres culpables por medio de la fe en el Redentor futuro. Si entre los hombres había hijos de Dios, era porque un día el hombre vendría a ser Dios por la unión de su carne con el Verbo de Dios.

Y así, guardada la debida proporción, la maternidad de la Virgen refluyó, en cierto modo, sobre los ascendientes de la Virgen. Del misterio de la maternidad divina puede decirse que corre parejas con el misterio de la Encarnación. Cristo futuro santificó por anticipado a su Madre. El sol, antes de aparecer en el horizonte, ya deja sentir su presencia por la luz con que dora las alturas. En forma semejante la unión hipostática y la maternidad divina extendieron su influencia, si bien diversamente, sobre los tiempos que les precedieron. Y para terminar el paralelo, así como la luz es menos intensa al pintar el día, y así como la gracia fué esparcida sobre los hombres antes de la Encarnación con menos abundancia que en los tiempos que sucedieron al Verbo humanado, así también las prerrogativas que proceden de la maternidad divina no debían tener antes de la concepción del Hijo de Dios ni la extensión ni la perfección que alcanzaron desde el día de la Encarnación del Verbo en las entrañas purísimas de la bienaventurada Virgen María.

**II.—** Esto que hemos afirmado acerca de las fuentes de las gracias y de las prerrogativas de María, enséñanlo a cada paso los Santos Padres y los Doctores de la Iglesia cuantas veces tienen que estudiarlas y describirlas. Para ellos, la maternidad divina es siempre la causa y la medida de las grandezas de la Virgen. "*Nadie como tú ha sido bienaventurada; nadie como tú ha recibido la plenitud de la santidad; nadie como tú ha sido elevada a la cumbre de la grandeza; nadie como tú ha sido prevenida por la gracia purificante y santificante; nadie como tú ha brillado con luces celestiales; nadie como tú ha sido exaltada por cima de todas las criaturas. Y, con razón, nadie como tú se ha acercado a Dios... El Creador y Señor de todas las cosas no sólo te hizo templo suyo, sino que* ***tomó su carne de tu carne****, y tú lo llevaste en tus entrañas* ***y lo diste a luz de inefable manera***" (*In SS. Deip. Annunt*., n. 25. P. G. LXXXVII, 3248.) Estas palabras que tan enérgicamente ponen de relieve la influencia de la maternidad divina son de **San Sofronio de Jerusalén.**

El mismo Padre, llevado de su encendido fervor, había exclamado antes en el mismo discurso: "*Salve, Virgen purísima antes de tu alumbramiento; salve, espectáculo admirable entre todas las cosas admirables. ¿Quién podrá describir sus esplendores? ¿Quién podrá lisonjearse de expresar con palabras la maravilla que tú eres...? En ti veo el ornamento de la estirpe humana. Tú sobrepujaste los órdenes de los ángeles... Debajo de tus pies están los tronos; el resplandor deslumbrador de los arcángeles es tinieblas comparado contigo, y la alteza de las dominaciones, bajeza. Los serafines con su vuelo no*

*pueden alcanzarte. En una palabra, tú te levantas sobre todas las criaturas hasta perderte de vista, y tu pureza brilla en medio de ellas con claridad que no, tiene semejante, Y todo esto es así, porque tú recibiste en ti al Creador, porque lo llevaste en tu seno, porque, en una palabra, tú sola entre todas las criaturas has llegado a ser la Madre de Dios.* ***Quia sola ex ómnibus creaturis Mater Dei effecta es*** *" (In SS. Deip. Annunt.. n. 18, 3237).*

"*Pues ¿qué perfección de santidad, de justicia, de religión podía faltar a esta Virgen a quien llenó el río de la gracia divina? ¿No oyó ella misma las palabras del ángel: Salve, llena de gracia; el Señor es contigo? De nuevo pregunto: ¿Qué defecto, ya del alma, ya del cuerpo, podía hallarse en quien mereció ser el santuario en que habitase la Augustísima Trinidad?*" (S. Petr. Damián., serm. 46, *In Nativ. B. V.* 3, P. L. CXLIV, 752). Brevemente: "*La maravilla plenitud de dones que admiramos en María, todos los milagros de gracia que Dios obró en ella, bien antes, bien después del nacimiento del Salvador... no tiene nada más que una raíz nobilísima y augustísima: la* ***asunción*** *divina de la naturaleza humana que se obró en las castísimas entrañas de María*" (Joann. Euchait., ep., serm. *De Dormit. B. V. Deip*., n. 17 P. G. CXX, 1093); en otras palabras, su maternidad. "*Nadie fuera de ti, oh Soberana nuestra, está libre de culpa; nadie fuera de ti es sin mancha...,* ***porque tú encerraste en tu seno al Creador***" (S. Sabbas., *Men*, 3 jan., Ode 3, de *S. Gordio*). Por tanto, "*oh Madre de Dios, pues has dado a luz al Creador de todos los seres, excedes a todas las criaturas en gloria, en santidad, en gracia, en todo orden de perfección y de virtud. Por lo cual, todos de rodillas delante de ti, te glorificamos y te engrandecemos*" (Theophan., *Men*., 19 *jan*., Ode 9. Se llaman *Mencos* los oficios mensuales de la Iglesia griega).

Y debe advertirse que todo cuanto los Santos Padres dicen en general de las perfecciones de María, lo repiten y afirman al tratar en particular de cada una de ellas. De aquí que, sean cuales fueren las excelencias que alaban, siempre brota de su pluma el mismo principio, idéntico en cuanto a su substancia, aunque bajo formas variadísimas: "*Sola ella fué escogida para Madre de Dios; sola ella es tabernáculo del Verbo y vaso viviente y dignísimo de reverencial temor, en el que el Padre derramó a su Hijo; vellón misterioso con que el Verbo se tejió la vestidura de nuestra humildad; sola ella mereció llevar a Dios en sus entrañas y cercar con sus costados sacrosantos al Hijo único del Padre*" (Cf. Passael., *De Inmaculato Conceptus*, Sect. 6, n. 1432, sq). Y ésta es también la razón por la que sus privilegios le son propios, bien porque ningún otro los posee, bien porque nadie los posee en la medida incomunicable en que ella los posee: no hay ni puede haber nada más que una Madre de Dios.

**III.—** De la doctrina expuesta, que es, en verdad, incontestable, se puede sacar una consecuencia muy digna de observación: que no tienen razón para lamentarse ciertas almas piadosas que, por el mismo amor que profesan a la Santísima Virgen, se extrañan y casi se escandalizan de ver la sobriedad con que el Evangelio nos da noticias de la vida de esta Madre admirable. Mirad, dicen, cómo matadores de hombres, cuales Alejandro y César, monstruos cuales Tiberio y Nerón, tuvieron historiadores que nos contasen sus hechos y sus hazañas. Y, en otro orden, casi no hay persona cuya santidad pase un tanto de la medida ordinaria, y sus virtudes, combates y triunfos no se nos refieran puntualmente. Y cuando se trata de la Madre de Dios, de nuestra Madre, de la que ponemos por cima de todos los hombres eminentes, por cima de todos los santos de la tierra y del cielo, ¿qué tenemos? Cuatro frases esparcidas por Los Santos Evangelios.

Hablan, es cierto, de María los Evangelios poco y de tarde en tarde. Su nacimiento, su educación, sus progresos en la santidad, la época y circunstancias de su unión virginal con

San José, la fecha, el lugar y los pormenores de su muerte, todo queda en la sombra. Hay, en verdad, algunas tradiciones respetables acerca de sus primeros años; pero estas tradiciones no son historia evangélica y si pretendiéramos en esta materia atenernos únicamente a lo que tiene sólido fundamento, ¡qué pocas cosas nos quedarían entre las manos! San Juan, a quien Jesucristo, al morir, la dio por Madre, sólo dos veces la menciona, y por cierto sin decir siquiera cuál era su nombre. En las epístolas del discípulo amado, ni una palabra de María. Escribió una especie de esquela (su tercera epístola) a Gayo; otra, a una piadosa dama llamada ***Electa,*** si es que se trata de una mujer particular y no de alguna iglesia místicamente designada con tal nombre (La de Efeso, por ejemplo, o la de Roma, que San Pedro llama *Coelecta* (I Petr., V, 13); mas para la Madre de Jesús, ni una línea con la que satisfaciese nuestra filial curiosidad. Y que en todo esto hay lamentables lagunas parecen probarlo las historias apócrifas, imaginadas unas por los herejes y otras por cristianos indiscretos deseosos de llenar esas lagunas.

¿Debemos unir nuestros lamentos a estos lamentos? Líbrenos Dios de pensar que libros escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo puedan ofrecer motivo de justa crítica. ¿Qué deberemos, pues decir para justificar la Providencia, quitar el escándalo, salvar la gloria del Hijo al mismo tiempo que la de la Madre? Diremos que el silencio de que esas almas se lamentan es más aparente que real. No, no es verdad que Dios nos haya dejado en ignorancia que pueda racionalmente provocar y legitimar las quejas a que nos referimos. No se descuidó Dios dejando de consignar en su Evangelio todo lo que es posible decir y pensar para gloria de su bienaventurada Madre, y cuanto nosotros podemos desear conocer acerca de sus perfecciones y virtudes. Nunca fue compuesto acerca de la Santísima Virgen panegírico más espléndido. Nunca se escribió vida más llena, más acabada.

Prueba de esta afirmación es el carácter mismo de los libros Santos. No los consideremos como si fuesen obras salidas de la mano de meros hombres. La forma es, más o menos, del escritor sagrado; pero el autor es el mismo Dios. Ved por qué es una blasfemia pretender señalar en los mismos el menor error. De ahí que el Evangelio, sobre todo cuando se trata de asuntos de capital importancia, ha de reflejar más el estilo de Dios que la manera peculiar del hombre. Ahora bien, el estilo de Dios es poderoso, profundo, substancioso. Las palabras de Dios no son como las nuestras, tan vacías, tan débiles, que es necesario multiplicarlas para expresar muchas ideas. Cuando Dios habla consigo mismo, con una sola Palabra, con su único Verbo, se dice infinitas verdades, se dice toda la verdad.

Claro que al tratar con nosotros ha de acomodarse a nuestra flaqueza. Sin embargo, ved qué sentido tan amplio y tan profundo sabe encerrar en sus menores expresiones. Cuando quiere definir la potestad de aquel que pone al frente de su Iglesia para que la gobierne, le bastan dos frases: "*Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y yo te daré las llaves del reino de los cielos*" (Matth., XVI, 18, 19). Y en estas palabras encierra todo el primado de Pedro, la inviolable estabilidad de su cátedra apostólica, la soberana amplitud de su autoridad; todo, repetimos, hasta tal punto, que los Concilios no han definido nada, ni los teólogos han escrito nada sobre estos extremos de la doctrina católica que no lo hayan sacado de esta sentencia de Cristo. Pues tan corta y tan substanciosa como la anterior es la carta magna de la vida religiosa: "*Si tú quieres ser perfecto, vende lo que tienes y dalo a los pobres... Después, ven y sigúeme*"(Matth., XIX, 21).

Y lo mismo acontece con la doctrina de Cristo sobre el camino de la perfección: "*Si alguno quiere venir en pos de Mí, niegúese a sí mismo, tome su cruz y sígame*" (Luc, IX, 23). Los maestros más esclarecidos e ilustres de la vida espiritual en esta fuente han bebido todas sus enseñanzas, y los más grandes santos la regla de sus heroicas virtudes.

De igual modo, cuando Dios se digna favorecer con sus hablas íntimas a sus amigos predilectos, no les dice en el fondo del corazón sino pocas, muy pocas palabras; pero tanto más eficaces cuanto menos numerosas. La vida de Santa Teresa, para no hablar más que de esta santa, nos ofrece de esto ejemplos abundantes. Además, observemos que esta concisión y brevedad es uno de los signos, y no el de menos valor, para discernir las revelaciones verdaderas de las falsas; la multitud de palabras, la verbosidad no es propia de Dios. Aparte, por tanto, si Dios en la Sagrada Escritura quiso darnos un conocimiento perfecto de su Divina Madre, no esperemos prolijos discursos. No sería éste su estilo. Le bastarán pocas palabras, pero serán palabras llenas de luz, de fuerza y de substancia, tales que los sencillos puedan retenerlas sin trabajo y los ingenios hallen en ellas materia inagotable de meditación.

Y estas palabras, ¿las ha dicho Dios? Sí. Las dijo cuando llamó a María ***Madre de Jesús, Aquella de quien nació Jesús.*** ¿Qué más deseáis? ***Tomad y leed: tolle, lege;*** pero leed con el corazón y con la mirada de la inteligencia fija en la inconmensurable grandeza y en la no menos inconmensurable bondad del Hijo de Dios, que es también Hijo de María. Leed y ahondad para sacar las consecuencias encerradas en principio tan fecundo. Dios, cuando Moisés le preguntó su nombre, le contestó: "*Yo soy el que soy, **ego sum qui sum**. Di a los hijos de Israel: "El que es me envía a vosotros*" (Exod., III, 14). Con otros términos: Dios es el Ser, el Ser subsistente, el Ser por esencia, el Ser que no es más que ser. Y ved aquí de dónde los filósofos y los teólogos, los verdaderamente filósofos y verdaderamente teólogos, han deducido todas las perfecciones divinas a que la razón humana puede alcanzar. Pero no; no hablemos de deducciones propiamente dichas; digamos, antes bien, una *explicación*, un *desarrollo* de la idea primordial, présentado en forma más explícita lo contenido en ella formalmente, pero de una manera implícita.

Así como la ***Teología*** natural brota de esta definición de Dios dada por Dios mismo, así también, guardada la debida proporción, la ***Mariología***, si es lícito usar de este término, emana del dogma de la maternidad divina. Amontonad todas las glorias, todas las grandezas, todos los privilegios sobrenaturales, todos los méritos y todas las virtudes; con toda esta suma no llegáis a los que encierran estos dos títulos, o, mejor, este único título, expresado en dos formas: Madre de Jesús, Madre de Dios. Tanto es así, que la Iglesia y los Santos Padres a él recurren cuantas veces tienen que celebrar a María. Vimos en uno de los capítulos precedentes cómo la alianza entre la Virgen y su Hijo, nuestro Salvador, es tan estrecha que María no aparece nunca en los Libros Sagrados separada de Jesús, porque Ella no es sino por Jesús y para Jesús (Cf. L. II, c. I, p. 137). Pues por razón semejante no separemos las perfecciones de María de su maternidad: ésta es el principio, la luz, la medida de aquéllas.

Y esto que decimos no es invención nuestra. Lo hemos hallado en los más ilustres siervos y panegiristas de María. Tenga primeramente la palabra **Santo Tomás de Villanueva**, teólogo tan renombrado en su Orden (El Orden de los eremitas de San Agustín), predicador de tanta valía, que fue llamado "*el nuevo apóstol de España*". "*No quiero que os fatiguéis* —decía— *en describirme con términos pomposos cada una de las virtudes, cada una de las gracias, cada*

*una de las excelencias particulares de la Virgen. Trátese de la grandeza que se tratare, trátese de la prerrogativa que fuere, basta y sobra con decir: María, de la que nació Jesús, que se llama Cristo"* (Matt., I, 16). Elogio muy corto, es verdad, pero que, dentro de su brevedad, lo encierra todo, y basta plenamente para hacer la historia de María. No; no os detengáis en exponerme en detalle los pormenores de cada una de sus perfecciones. Hay una cosa que nos dice lo que es la Virgen y la pone de manifiesto y la glorifica mejor que millares de libros. ¿Sabéis cuál? ***"De qua natus est Jesús**: aquélla de la que nació Jesús*". Y ¿quién es Jesús? El Hijo de Dios, el esplendor del Padre, la irradiación de la luz eterna (Hebr.. I, 3. Sap., VII, 26), el ornamento y la gloria del mundo, aquel cuyo rostro desean los ángeles contemplar (I Petr., I, 12). Es inútil escribir una historia más extensa; ésta es suficiente para exaltar a la Virgen Santísima y elevarla por cima de todas las criaturas. Ved por qué el Evangelio habla de ella raras veces: esto bastaba para declararnos su mérito. En efecto, ¿qué deseáis entender o qué deseáis decir de esta Virgen benditísima: que es humilde, pura, santa, llena de gracias y de virtudes? Pero, ¿es que la Madre de Dios podía ser soberbia, colérica, impura? Además, ¿qué gloria, qué esplendor de belleza, qué candor, qué modestia virginal; en una palabra, qué gracia y qué virtud no corresponde a la Madre de Dios? El ***hombre*** nació en ella y el Altísimo la fundó (Psalm. LXXXVI, 5). ¿Qué hubiese hecho con ella este gran Hacedor después de haberla elegido para nacer de ella si no la hubiese hecho partícipe de todas sus cualidades...? Así, pues, formad la imagen de una virgen la más hermosa, la más pura, la más humilde, la más santa, la más perfecta; que sea una virgen acabada por todos conceptos: esa es la Madre de Dios; mejor dicho, esta Madre divina es más grande que todo lo que podéis imaginar... Y es que la gracia que se da a las otras vírgenes por partes, María la recibió en toda su plenitud. ¿Osaré decirlo? Todo lo que puede recibir una pura criatura, todo lo recibió la gloriosísima Virgen María (S. Thom. a Villanova, *In festo Nativit. B.M.V*. Conc. 3, n. 5, Concionum II, 400. 401 (Mediol. 1760).

No es éste el único lugar en que Santo Tomás de Villanueva desarrolla estos pensamientos en los que tan dulcemente se deleita. Permítasenos traducir otro pasaje que tomamos del sermón segundo para la Natividad de la bienaventurada Virgen María (ídem, ib id., *In eodem festo Nativit*. Conc. n. 8, 9, 391, 392; col. conc. 4 part. poster., n. 2, c. 333). "*Yo me he preguntado: ¿por qué los evangelistas, que tan extensamente hablaron de Juan el Bautista y de los apóstoles, escribieron tan compendiosamente la historia de la bienaventurada Virgen María, siendo así que ella excede casi infinitamente, por su excelencia y por sus virtudes, al Bautista y a los apóstoles? ¿Por qué, me decía, no nos contaron nada de su nacimiento, de su educación, de sus costumbres, de su vida íntima con su Hijo, de las relaciones que tuvo con los apóstoles después de la Ascensión del Señor? Eran éstas cosas grandes, nobles, soberanamente dignas de memoria. ¡Con qué delicia serían leídas por los fieles y abrazadas por los pueblos! Oh, santos evangelistas, ¿por qué callar pormenores tan agradables a nuestros corazones y tan en consonancia con nuestros deseos? No puede ponerse en duda que el nacimiento y los primeros años de la Virgen estuvieron sellados con muchas maravillas y que esta niña venturosa fué, desde los primeros años, desde la edad más tierna, un prodigio de virtudes. Y eso no obstante, en los libros canónicos, ni una palabra se dice de todo esto. Hay un librito que trata de estas cosas y que San Jerónimo tradujo del hebreo; pero según nos dice el Santo Doctor, su autoridad es dudosa* (Hállase este opúsculo entre las obras falsamente atribuidas a San Jeronimo, y su título es: *Del nacimiento de Santa María.* T. V. (edic. P. Martian., París, 1705), p. 445, sq). *Por tanto, de nuevo pregunto: ¿por qué no tenemos el libro de los **Hechos de la Virgen** como tenemos el libro de los Hechos de San Pablo? Sólo se me ocurre una explicación probable. No cabe hablar de negligencia de los evangelistas; sólo pensarlo sería temerario e impío. ¿Cuál es, pues, esa explicación? La providencia del*

*Espíritu Santo. La gloria de Virgen, como se lee en el libro de los Salmos, es toda interior y es más fácil concebirla que describirla. Y es bastante para su historia que se haya escrito que de María nació Jesús. ¿Qué más queréis y qué más podéis preguntar? A María le basta con ser la Madre de Dios. Decidme qué hermosura, qué virtud, qué perfección, qué gracia y qué gloria no son llamadas y exigidas por la divina maternidad. Por tanto, soltad las riendas a vuestros pensamientos, extended los pliegues de vuestra inteligencia; formad en vosotros mismos un retrato de la virgen la más pura, la más prudente, la más hermosa, la más devota, la más dulce; de una virgen en la que sobreabunden todas las gracias, que posea toda la santidad, enriquecida con todas las virtudes, adornada con todos los privilegios; de una virgen, finalmente, que sea la más agradable entre todas a la divina majestad. No temáis llegar hasta el límite de vuestro poder,* ***quantum potes, tantum aude; quantum vales, tantum adde.*** *La Virgen quedará siempre, por su grandeza, por su excelencia, por su sublimidad, por cima de todos vuestros pensamientos. Si el Espíritu Santo no la ha pintado en las sagradas Letras y si ha dejado para vosotros el trabajo de formar su imagen, así lo ha hecho para daros a entender que en ella no falta ninguna de las gracias, ninguna de las perfecciones, ninguna de las glorias que el espíritu humano puede concebir en una pura criatura; más aún, que la realidad en María excede a cuanto la fantasía y el entendimiento pueden imaginar o discurrir. Así, pues, dicho el todo, era inútil describir las partes, cuanto más que hubiéramos podido creer que lo que no había sido escrito no estaba en María. Si Dios, todopoderoso, tan maravillosamente ha adornado con dones y virtudes a los ministros y servidores de su casa, ¿qué habrá hecho, os pregunto yo, en favor de su Madre, esposa única, escogida entre todas las mujeres y amada incomparablemente más que todas... ? De donde se sigue que todo lo que deseáis saber de la Virgen, todo lo hallaréis contenido en estas breves palabras: De la que nació Jesús. Esta es su historia, historia muy larga y muy llena,* ***haec longa et plenissima ejus historia est****."*

A estos textos de Santo Tomás de Villanueva añadamos un fragmento de un discurso, pronunciado por el canciller **Gersón** delante de los Padres del Concilio de Constanza, acerca de la Natividad de la bienaventurada Virgen María. Para insertarlo aquí tenemos dos motivos muy dignos de consideración. El primer motivo es que en este pasaje Gersón da la medida justa a ciertas reglas que trazó en otro lugar, donde parece que disminuye demasiado el valor de las razones sacadas de la conveniencia. El otro motivo es que extiende a San José los razonamientos en los que basa los elogios de su virginal esposa. Gersón tomó como texto aquellas palabras del Evangelio: "*Jacob engendró a José, esposo de María, de la que nació Jesús, que se llama Cristo*" (Matth. I, 16), y ved en qué forma las comenta:

"*Estas palabras del evangelista San Mateo ponen delante de nuestros ojos dos principios de nuestra fe. Primer principio: de María nació Jesús, el Cristo, y, por consiguiente, es Madre de Dios, porque Cristo es Dios. Segundo principio: José fue esposo de María, y por consecuencia, cabeza,* ***caput****, de María, porque el esposo es cabeza de la esposa. Ahora bien; de estos dos principios se deducen dos conclusiones. La primera es que convenía, según el testimonio de* ***San Anselmo****, que María brillase con una pureza tan singular que fuese imposible imaginar otra mayor después de la de Dios. La segunda conclusión es que convenía también que San José tuviese las prerrogativas en tal medida que lo conformasen y adaptasen como esposo a la gloria de su esposa, la Madre de Cristo Dios. Por tanto, como la gloria de María es la gloria de Cristo, Hijo de Dios e Hijo suyo, así también las alabanzas dadas a San José suben a Jesús y a María, al Hijo y a la Madre... Y esto ofrece una respuesta a aquellos que preguntan por qué las Sagradas Escrituras se extendieron tan poco en las alabanzas, dignidad, virtudes, excelencias, hechos y trabajos de María y José, siendo así que el mundo entero no bastaría para contener los libros en que se escribiesen. En efecto, de estos cuatro principios, como de amplísimo y fecundísimo plantel de elogios, el alma contemplativa puede sacar alabanzas sin fin para María, la esposa, y para*

*José, su bienaventurado esposo. Puede, digo con toda verdad, apoyándose en los indicados principios, donde se contienen, por lo menos virtual-mente, atribuirles las prerrogativas que admira en las otras criaturas, aun en las angélicas. Porque es ley del orden jerárquico, ley formulada por San Dionisio, que las virtudes inferiores se hallan en forma eminente en las virtudes superiores; y así, la sabiduría es más perfecta en los serafines que en los querubines. Ahora bien; la Virgen está, en cuanto a la gracia y a la gloria, situada por cima de todos los coros de los ángeles. ¿Ha de admitirse algo así también respecto de San José? Yo no me atrevo ni a negarlo ni tampoco a afirmarlo. Por consiguiente, a los dos, pero sobre todo a María, podéis atribuir en forma más elevada las perfecciones de todas las otras criaturas racionales o no, incluso las perfecciones que son patrimonio de los ángeles, Ved qué campo tan dilatado, inmensamente dilatado, de dones, de bienandanzas, de frutos del Espíritu Santo y de otros semejantes privilegios se abre delante de los ojos que saben mirar y considerar las cosas para gloria de María y para honor de José*" (Gersón., serm. *De Nativit. B. M. V*. Opp. III, 136 (Antverp., 1709).

Gersón, aplicando los principios establecidos, deduce de ellos la Concepción inmaculada de María (Gersón., serm.*De Nativit. B. M. V*. Opp. III. 1349). María, por una ley particular y de privilegio, fue de tal manera prevenida, que no contrajo el común pecado de origen. Porque se podía hacer y era conveniente que se hiciera, *hoc et potuit et decuit fieri,* para que el Salvador perfectísimo ejerciese en favor de su Madre el modo de salvación más perfecto; es decir, que impidiese, por la infusión de su gracia, la caída que la amenazaba y que hiciese que María aplastase la cabeza de la serpiente antes que sufriese sus mortales acometidas.

Un teólogo muy conocido de la Edad Media había hecho ya antes aplicación de estos mismos principios a la santificación de la Madre de Dios. "*La razón por la cual la Sagrada Escritura no testifica expresamente que la Virgen fuese santificada en el seno de su madre es muy sencilla: quiso darnos a entender que es tanta la excelencia del título de Madre de Dios, que, una vez atestiguado este título por la Escritura divina, no podría nadie que estuviese en su seso dudar de la santificación de María antes de su nacimiento*" (Ricardo de Mediavilla. ¡n III, D. 3, a. 1, q. 1).

Por último, para que nadie pueda creer que estas ideas son propias de los escritores occidentales, citemos el testimonio de uno de los Padres más antiguos de la Iglesia griega, **San Anfiloquio**, contemporáneo y amigo de los santos Basilio y Gregorio Nacianceno. Mirad en qué términos hace hablar al anciano Simeón con la Virgen el día de la Purificación: "*Os basta, oh Virgen, ser llamada Madre de Dios; es bastante para vos haber sido nodriza de aquél que nutre el mundo*" (S. Amphiloch., *Orat. in occurs*. Domin., n. 8. P. G. XXXIX, 56). "*Ved por qué* —dirá más tarde otro obispo de Oriente— *las alabanzas de la Virgen Madre de Dios deben tomar su carrera y tener su origen en aquello mismo por lo que es y por lo que es llamada madre, y Madre de Dios*" (Basil. Seleuc. or. 29, *In Annuntiat*., n. 2. P. G. LXXXV, 429). De manera que, resumiendo en pocas palabras todo lo dicho, la maternidad es para María el centro de donde confluyen todos sus privilegios y el manantial de donde manan todas sus gracias. Plega a Dios darnos a sentir y gustar la maternidad divina, y así, cuanto la Iglesia y los Santos dijeren de sus grandezas, todo nos parecerá natural, porque nada es demasiado para la que es Madre de Dios.

De lo que precede sacó Suárez esta conclusión: la dignidad de Madre de Dios es, en orden a las otras perfecciones creadas con que la Virgen fué tan liberalmente enriquecida, lo que es la forma específica de un ser en orden a las propiedades del mismo ser, y, recíprocamente, las otras gracias guardan con la gracia de la maternidad la proporción que las disposiciones con la forma. Lo cual se declarará mejor con un ejemplo. El alma humana es la forma del ser humano; por ella somos substancias vivientes y racionales. Esta forma es principio de

numerosas propiedades: inteligencia, voluntad, sensibilidad, libertad, todo esto procede del alma. Pero para que el alma haga su oficio en la constitución del hombre o, en otras palabras, para que se una a la materia y forme con ella un nuevo ser, es necesario que la materia tenga una disposición especial, porque no todo cuerpo, no cualquier materia son aptas para unirse con el alma humana en unidad de substancias. No es éste el lugar de investigar qué grado de organización ni qué medida de preparación se requiere; pero lo que no puede ponerse en duda es que el alma, una vez unida substancialmente a la materia, tiene un influjo importantísimo en la conservación de las disposiciones por las que se mantiene la unión entre los principios constitutivos de nuestro ser. Por aquí, analógicamente, podemos formarnos idea de lo que es la maternidad divina en relación con los otros principios de la bienaventurada Virgen y cuál sea la dependencia que éstos tienen de aquélla. "*Por tanto* —añade en el mismo lugar el citado teólogo—, *la dignidad de Madre aventaja a todas las demás en excelencia, como la forma de un ser es más perfecta que las disposiciones y que las propiedades de las que es raíz. Si. no fuese así, los santos discurrirían falsamente, pues deducirían de una dignidad menor otra dignidad mucho más grande y más excelente*".

De muy buen grado concedemos que el Evangelio, con decirnos que María es la Madre de Dios, agota con estas solas palabras, si llegamos a entenderlas bien, todo cuanto se puede decir en gloria de María. Con esas solas palabras el Evangelio la coloca a la altura que excede a todos los homenajes del Universo. También concedemos de buen grado que todas las grandezas y todos los privilegios que podemos imaginar en María están encerrados en germen en esta palabra, ***Deipara***, Madre de Dios, que leemos equivalentemente en el Evangelio. Y si de esto no estuviéramos convencidos, nuestra ignorancia se referirá más a Jesús que a su Madre.

Mas, sea como quiera, por hermoso, por lleno, por completo que sea el panegírico, ¿por qué no plugo al Señor, siendo tan grande su amor hacia su Madre, declararnos expresamente en el Evangelio todo lo que, más o menos implícitamente, se presupone por la divina maternidad o en ella se encierra? Cierto, pudo hacerlo, y aun lo hizo, por lo que toca a algunos de sus privilegios, por ejemplo, la virginidad. Pero no olvidemos el carácter especial del lenguaje divino, según lo que dejamos dicho. No olvidemos tampoco que la Sagrada Escritura no es la única fuente de la revelación, sino que junto a ella existe la tradición divina. Por último, recordemos la gran ley de la evolución en el orden de la doctrina y en el orden del culto, evolución cuyo agente principal, vivo y perpetuo es la Santa Iglesia bajo la mirada y dirección del Espíritu Santo. ¿No os parece que hubiera sido privar a los hijos de María de una ocupación gratísima para su inteligencia y para su corazón el no dejar nada por adivinar, nada por descubrir en el tesoro evangélico de lo que cede en alabanza de su madre?

El piadoso autor del *Espejo de la Bienaventurada Virgen* (No es de San Buenaventura, sino más probablemente de Conrado de Sajonia. También se han de excluir del número de los opúsculos del Santo Doctor los que tienen por título *Laus B. Virginis y Psalterium minus*, etc.) parece que fue el primero que interpretó de la Santísima Virgen el texto tan conocido del Eclesiastés: "*Los ríos entran en el mar y el mar no se desborda*" (40) Eccl., I, 7). Este océano, según él, no es otro nue la divina maternidad; los ríos que en él desaguan sin forzarlo a traspasar sus riberas son los torrentes de gracia y de privilegios concedidos liberalmente a la Madre de Dios. Sí; tan grande es esta dignidad, tan incomparablemente superior a toda otra grandeza fuera de la de Dios, que ninguna gracia, ninguna prerrogativa, ninguna gloria es sobreabundante para ella. Imaginad todo lo grande, todo lo hermoso, todo lo excelente que queráis en el

orden sobrenatural de la gracia, y nunca podréis decir: esto es demasiado, ni siquiera: esto es bastante para la Madre de Dios.

Estas verdades tan sencillas y tan claras nos servirán en el capítulo siguiente para responder a dos cuestiones relativas a la excelencia incomparable de la divina maternidad.

## CAPITULO 2

### Centro de los Privilegios de María (II) - la maternidad divina supera incomparablemente en excelencia a la dignidad de hijos adoptivos y a la de los sacerdotes de la nueva alianza.

**I.—** Por señalados que sean los testimonios con que hemos demostrado la excelencia de la maternidad divina y por poderosos que parezcan los motivos por los cuales exaltamos sobre toda dignidad creada, todavía parece que deba ceder ante la dignidad de la filiación adoptiva o, lo que es lo mismo, como lo veremos después, ante la dignidad de la maternidad espiritual. En prueba de ello podrían alegarse tres razones: los admirables privilegios encerrados en la gracia de adopción, la autoridad del mismo Jesucristo, el sentir de los Santos.

En **primer lugar**, los privilegios encerrados en la adopción divina, "*don de todos los dones*", como lo llamó San León el Magno. ¿Qué es, si no, la gracia de la adopción según la doctrina católica? Una participación perfectísima de la naturaleza increada, la imagen de la divina esencia impresa en nuestras almas, el lazo misterioso que nos une estrechísimamente con la substancia misma de Dios. Por ella la Trinidad toda entera. Padre, Hijo y Espíritu Santo, habita en el hombre como en santuario viviente; por ella somos verdaderamente de la familia de Dios, coherederos de Jesucristo; por ella vivimos no sólo con vida de naturaleza, sino con una vida calcada en la vida misma de Dios, vida sobrenatural y divina; por ella, en fin, nos hacemos hijos de Dios y aun dioses.

Ahora bien; la maternidad divina, por estrecho que sea el parentesco que establece entre Jesús y María, no incluye formalmente en sí misma y por sí misma tan altas y gloriosas prerrogativas. No imprime la imagen de Dios en el alma, no transforma físicamente la naturaleza, no es un principio de vida superior a toda vida natural. Si despojaseis a la Madre de Dios de todos sus privilegios de gracia, dejándole sólo su maternidad, jamás con ésta sola podría contemplar cara a cara la gloria de Dios, como la contemplan en el cielo los hijos adoptivos, porque la maternidad, por su esencia, no es más que una relación, la relación de la Madre al fruto de sus entrañas. De donde parece seguirse que la comparación de los privilegios encerrados en la adopción divina y la dignidad de la maternidad divina nos obliga a preferir la dignidad de hijos adoptivos a la dignidad de la Madre de Dios.

En **segundo lugar**, parece confirmar esta preferencia la autoridad de Jesucristo mismo. Evangelizaba el Salvador a las turbas de Judea. Mientras la muchedumbre, que le seguía presurosa y llena de entusiasmo, le escuchaba con admiración, los escribas y los fariseos, envidiosos, se esforzaban en tenderle lazos para desacreditarlo ante el pueblo. "*Y aconteció* —nos refiere el Evangelio— *que cuando así hablaba, una mujer, levantando la voz en medio de la gente, le dijo: Bienaventurado el vientre que te llevó y bienaventurados los pechos que te amamantaron. A lo cual respondió Jesús: Antes bienaventurados que oyen la palabra de Dios y la guardan*" (Luc, XI, 27, sq.1). Oír la palabra de Dios y guardarla es ser hijos de adopción, porque es ser amados del

Padre y del Hijo y tenerlos como moradores dentro de nosotros como en un santuario que les está consagrado (Joan., XIV, 23). Hemos traducido la palabra latina *quinimo* con la palabra antes. Otros traducen de esta otra manera: al contrario, como si Nuestro Señor dijera: "*No, no hay que proclamar bienaventurada a mi Madre, sino que esto ha de reservarse para aquel que oye y guarda la palabra de Dios, la ley divina*". Sea como fuere, si es difícil ver qué es lo que puede significar en el texto evangélico semejante oposición, parece que no se puede poner en duda hacia qué lado se inclinan las preferencias del Salvador.

Y así han interpretado los Santos Padres esta escena evangélica. Para convencernos baste leer a **San Agustín**: "*Lo que el Señor glorificó en su Madre fué el cumplimiento de la divina voluntad, no el alumbramiento corporal por el que él tenía carne humana. Y así, cuando el Señor provocaba la admiración de las turbas y mostraba con muchos milagros lo que encerraba en su carne, como algunas almas exclamaran, Bienaventurado el seno que te llevó, respondió él: Mucho más bienaventurado aquel que oye la palabra de Dios y la guarda, es decir: Mi Madre, a quien vosotros proclamáis bienaventurada, lo es en efecto, porque guarda la palabra de Dios. Es bienaventurada, no porque el Verbo se haya hecho carne en ella para habitar entre nosotros, sino porque guarda al Verbo de Dios por quien fué hecha y que se hizo carne en ella. Por tanto, no se gloríen los hombres de una posteridad temporal, sino sea su alegría de estar unidos a Dios por el espíritu*" (S. August., Tract. X in Joan., n. 3. P. L. XXXV, 1468).

Y no se crea que el Santo Doctor sacó estas conclusiones tras estudio superficial y sin madura reflexión, pues insiste en ellas y de nuevo las confirma, comentando otro pasaje del Evangelio. Un día, según refiere San Mateo, Jesús estaba hablando a las muchedumbres y se le acercó uno y le dijo: "*Tu Madre y tus hermanos están allá fuera y te buscan*". Y Jesús le contestó: "*¿Quién es mi Madre y quiénes son mis hermanos?*" Y entonces, extendiendo la mano hacia sus discípulos, añadió: "*Estos son mi Madre y mis hermanos. Porque quien hiciere la voluntad de mi Padre que está en ios cielos, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre*" (S. Matth., XII, 47, sq. ; S. Luc, VIII, 20, 21). Otra vez se ve aquí el parentesco según el espíritu puesto en parangón con el parentesco según la carne, y parece claro que aquél es el preferido del Señor, y así lo entendió San Agustín:

"*¿Qué lección,* pregunta, *quiso darnos el Señor en esto? Esta y no otra: que el parentesco según la carne cede ante el parentesco según el espíritu, de tal manera, que lo que hace felices a los hombres no es el estar unidos a los hombres justos y santos con los vínculos de la sangre, sino el seguir su doctrina y el imitarlos en su obediencia a los divinos preceptos. Por tanto, para María es dicha mayor el haber recibido la fe de Cristo que el haber concebido la carne de Cristo... En cuanto a sus hermanos, quiere decir en cuanto a sus allegados según la carne, ¿de qué les sirvió el ser parientes de Cristo, por lo menos a aquellos que no creyeron en él? De la misma manera, el parentesco maternal con Cristo de nada hubiera servido a María si no lo hubiera concebido con mayor dicha con el corazón que con el cuerpo*" (S. August., L. de Virginit., n. 3, P. L. XL, 397, 30S.). Textos tan terminantes del gran Doctor nos dispensan de alegar otros, mayormente cuando a ellos no se opone ninguno de los Santos Padres, ni aun de los más graves y de los que más se aventajaron en la devoción a la Madre de Dios.

**II. —** ¿Será, pues, menester confesar que exageraron los Padres, los Doctores y los Santos al ensalzar la maternidad divina de María? ¿Quién osará decir esto y quién se atreverá a rebajar lo que ellos enaltecieron tan maravillosamente? Para resolver cuestión, al parecer, tan compleja y conciliar afirmaciones que parecen opuestas entre sí bastará una observación muy

sencilla. La maternidad divina puede ser considerada desde dos puntos de vista. Podemos considerarla primeramente en sí misma en cuanto a aquello que formalmente la constituye, es decir, en cuanto es puramente maternidad de sangre, relación de Madre a Hijo, haciendo abstracción de todo aquello que supone como disposición necesaria y de todo aquello que reclama como su natural complemento. Después la podemos considerar, no ya en sí misma y despojarla de todo lo que presupone y de todo lo que de ella se sigue, sino con el cortejo de gracias y de prerrogativas de las que es centro, raíz, medida y fin; en otros términos, como dice Suárez, "*en cuanto encierra todo lo que por la naturaleza de las cosas y según el orden de la divina sabiduría en una u otra forma le es debido*" (Suárez, De Myster. vitae Christi, D. I, sec. 2).

Si consideramos solamente la maternidad de sangre, debemos conceder que, aun siendo divina, no puede sostener, por varias razones, el paralelo con la gracia de adopción. Seguramente una virgen de cuya carne toma carne el Hijo de Dios es por esto sólo la Madre Admirable, porque la obra de la que ella es, después de Dios, causa principal, causa única, es la obra de las obras. Mas, por otra parte, la filiación adoptiva tiene sus privilegios peculiares. Si comparamos la dignidad del Soberano Pontífice, separada de la consagración sacerdotal, con la dignidad de los sacerdotes del Nuevo Testamento, aquélla, aun siendo el grado más elevado de la jerarquía, cede en poder a la segunda, porque no encierra en sí ni la potestad de consagrar el cuerpo del Señor ni la de absolver a los pecadores en el Sacramento de la Penitencia.

Aduzcamos aún otro ejemplo de un orden más elevado. Es un honor incomparable para la santa humanidad de Cristo, Salvador nuestro, el estar asociada en unidad de persona a la naturaleza divina; y, con todo esta unión, por sí misma, no puede dar aquello cuyo primer principio es la gracia santificante en los hijos de adopción: la fuerza de ejecutar actos absolutamente sobrenaturales y de ver a Dios cara a cara (Hemos dicho: Esta unión no puede dar por sí misma. Es verdad que exige estos dones creados, pero no los suple. He aquí la doctrina de Santo Tomas acerca de este punto. Con ella se esclarecerá lo expuesto acerca de la divina maternidad. Quiere probar el santo que en Cristo debió haber una gracia habitual semejante a la que se da a los hijos de adopción aunque más excelente y perfecta. Sabemos que, absolutamente hablando, sin la Gracia y las virtudes serían suficientes auxilios transitorios para la visión de Dios, como son suficientes para que los pecadores pongan los actos preparatorios de su justificación: pero sin contar que esta manera de pensar sería harto imperfecta, como lo advierte Santo Tomás, siempre quedaría en pie que la unión hipostática por sí soia no es suficiente). ¿Acaso se infiere de estas consideraciones que la dignidad pontificia no es superior a la sacerdotal o que la unión hipostática no sobrepuja infinitamente a la unión de los hijos adoptivos con Dios su Padre? Lejos de nosotros cosa semejante. La clave de la solución en que la dignidad de Soberano Pontífice exige connaturalmente toda la potestad de orden que se confiere en la ordenación sacerdotal y en la consagración episcopal, y asimismo, la humanidad de Salvador, unida personalmente al Verbo de vida, requiere como dote propia todos los dones de la gracia y de la gloria.

Con lo cual fácil cosa es ver cómo la maternidad divina excede inmensamente a las prerrogativas por las cuales somos hijos de Dios. Por su propia excelencia, la maternidad divina las implica como virtualmente en sí misma de tal manera, que no tiene todo el desarrollo de su ser hasta que haya sido revestida con todas ellas. Sería más fácil imaginar una madre de rey arrastrando en la corte misma de su hijo, en vez de vestiduras reales, harapos andrajosos, que a la Madre de Dios sin el ornato de la santidad. Y ésta es la razón por la cual los Santos

Padres no separan en María los dos títulos de Madre de Dios y de hija de Dios, como pronto tendremos ocasión de ver.

Tal es la solución que hace tiempo dieron a esta cuestión nuestros teólogos.

Antes expuse el sentir de Suárez; pero ya se le había adelantado Alberto el Magno, el cual, preguntándose a sí mismo si la criatura puede recibir una gracia mayor que aquella por la que sería Madre de Dios, respondió negativamente: "*Porque entre dos bienes debe ser preferido aquel que encierra en sí mismo su bondad propia y además la bondad del otro. Ahora bien; la maternidad divina implica necesariamente en sí mismo la filiación, basada en la adopción divina*". Puede uno ser hijo adoptivo de Dios sin concurrir a darle su carne; pero ser la Madre de Dios y no participar de los tesoros de los hijos adoptivos tan copiosamente cuanto es posible sería evidente contrasentido.

Algunos años después otro teólogo, muy digno de ser considerado y estimado entre los escolásticos, planteaba de nuevo el mismo problema y lo resolvía en idéntica forma. La maternidad divina, decía, es con relación a la gracia lo que es el vivir respecto del ser. "*Si alguno preguntara qué vale más, vivir o ser, necesariamente se le debería responder que vivir, porque el vivir implica el ser, mientras que el ser no encierra la vida. Y esto es lo que acontece en la cuestión presente*" *(Aegid. Rom., Quodl. 6, q. 18).*

**III.—** La respuesta que dio Nuestro Señor a la mujer que bendecía a su Madre por haberle llevado en sus entrañas no se opone en modo alguno a esta doctrina, antes con ella se explica fácilmente. Nada tenemos que decir a los que en las palabras de Nuestro Señor ven la maternidad divina despreciada y rebajada por Jesucristo; si no, que vuelvan a leer el Evangelio, y si lo tienen, como lo tenemos nosotros, por la palabra infalible de Dios, dígannos cómo es posible que Nuestro Señor niegue que su Madre es bienaventurada por haberle concebido, cuando el Espíritu de Dios, por boca de la misma Virgen Santísima, ya antes la había proclamado bienaventurada por esta misma maravillosa concepción. Porque si todas las generaciones deben llamar bienaventurada a la Santísima Virgen, ¿no es la causa, como ella misma lo cantó, que el Señor miró la humildad de su sirva y obró en ella grandes cosas, es decir, la escogió para Madre suya? ¿Hay uno solo entre los cristianos que por espacio de tantos siglos le dan este gloriosísimo título, que lo entienda en otro sentido?

Y no sólo no despreció Jesucristo ni rebajó el título de Madre de Dios, sino que, si penetramos bien el sentido de su respuesta, veremos que con ella lo exalta por modo extraordinario. La mujer del Evangelio quería expresar la admiración que le habían causado las obras, la enseñanza y la persona de Cristo. Por esto llama bienaventurada a su Madre, porque ella le ha llevado en sus entrañas y le ha alimentado con la leche de sus purísimos pechos. Por consiguiente, no glorifica en María sino la maternidad física, sin mirar a ninguna otra consideración. Además, esta maternidad no es a sus ojos más que una estrechísima alianza con un gran profeta, con un taumaturgo, con el más ilustre de los enviados de Dios, pues nada nos prueba que en aquella ocasión lo reconociese por el Unigénito del Padre y que lo haya confesado como Dios. Nuestro Señor no contradice esta alabanza dirigida más a él que a su Madre. ¿Qué hace, pues? Aprovecha la ocasión para dar a los que le escuchan la lección más importante y necesaria de todas, aquella que había venido a predicar y persuadir al mundo con sus enseñanzas, y sobre todo con su ejemplo, conviene a saber: el cumplimiento de la voluntad de Dios santísima.

Este es el verdadero sentido de su respuesta: Que mi Madre sea bienaventurada por haberme dado mi carne y mi sangre, no lo niego; pero hay una dicha aún mayor, que es la de oír mis enseñanzas y servir a mi Padre. Y esto para la Virgen María es el más hermoso de los panegíricos y alabanza que está sobre toda alabanza. Porque María es no sólo la Madre de un profeta, de un enviado de Dios, del Hijo del mismo Dios, sino que es por excelencia la siervo, del Señor: *Ecce Ancilla Domini*. Y así como en cuanto primer privilegio ni tiene ni tendrá jamás igual, así tampoco ninguna criatura guardó ni guardará jamás la voluntad de Dios como la Santísima Virgen. Las cuales consideraciones nos muestran que la maternidad divina se engrandece más allá de toda medida, porque la plenitud de su fidelidad a la voluntad de Dios deriva de la maternidad divina como de su fuente primera y a la misma se refiere.

Estas explicaciones nos dispensan de insistir más largamente en la exposición del otro pasaje del Evangelio en el que se inculcan las mismas enseñanzas. "*No* —dice un autor antiguo—; *el Señor no quiere aquí despojar a su Madre del honor que le merece, sino que quiere enseñarnos cuál sea la maternidad que la hace sobre todo bienaventurada, pues si el fiel que oye y guarda la palabra de Dios viene a ser como hermano y hermana y madre de Dios, como quiera que su Madre hace lo uno y lo otro, proclámala asimismo bienaventurada por razón de la maternidad según el espíritu" (Pseudo-Justin., Quaest. el resp. ad Orthod., q. 130. 1'. G. VI, 1389).*

Por tanto, cuando los Santos y los Doctores, en sus comentarios sobre los dos textos evangélicos de que tratamos, comparando entre sí las dos bienaventuranzas y las dos maternidades, dan la preferencia ora a la bienaventuranza de los servidores de Dios, ora a la maternidad espiritual, no sólo no contradicen los elogios que ellos mismos tributan a la maternidad de la Virgen, mas antes los confirman y los explican. "*María* —dice el abad Guerrico— *era la Madre de Jesús según la carne, y he aquí que el Salvador muestra que también en otro orden es su Madre de una excelente, porque ella se sometió en todo y de tal manera al beneplácito divino del Padre celestial, que de ella dijo el profeta: Vosotros os llamaréis mi voluntad* (Isai., LXII, 4). Así, pues, aun allí donde parece que su Hijo hace poco caso de ella, allí la enaltece más, pues le duplica el honor que encierra la palabra madre, porque el mismo Hijo que ella llevó en sus entrañas encarnado llévalo formado por el Espíritu Santo en su corazón: *eumdem filium, quem in alvo gestaverat, incarnatum, etiam animo gestabat inspiratum*" (Guerric, *In Ássumpt. B. M. V*., serm. 4, n. 2. P. L. CXCV. 198. El mismo autor, en otro sermón, nos ofrece consideraciones muy consoladoras acerca de la maternidad espiritual. "La concepción de Cristo por la Virgen, es, no sólo mística, sino también moral. Es el sacramento de la redención y es también un ejemplo que imitar, de suerte que hacéis inútil para vosotros la trracia del misterio si no imitáis la virtud del ejemplo. Aquélla que concibió a Dios por la fe os es prenda sefrura de que si tenéis fe como ella, participaréis de su privilegio. En otros términos: que si aceptáis fielmente la palabra del enviado celestial, concibiréis, como ella, al Dios que el universo no puede contener. Lo podéis concebir con el corazón, y aun pudiera decirse con el cuerpo, si bien no de una manera corporal, porque el apóstol nos oidena que llevemos y glorifiquemos a Dios en nuestro cuerpo *(I Cor., VI, 20).* Por consiguiente, prestad oído atento, pues la fe viene del oído, y el oído, de la palabra de Dios *(Rom., X, 17).* Y esta palabra de Dios es la que evanireliza el Antíel de Dios con toda verdail, cuando un predicador fiel os habla del temor y del amor de Dios...

Cuan bienaventurados son los que pueden decir: Por vuestro temor, Oh Señor, hemos concebido y dado a luz el espíritu de salud (Isai., XXVI, 17, sq.) ; este espíritu no es otro que el espíritu del Salvador y la verdad de Cristo Jesús. Ved la inefable bondad y juntamente la in-

comprensible virtud del misterio. Aquél que os creó, es creado en vosotros y cómo si fuese poco teneros por hermanos, quiere que seáis su madre: Quien hiciere, dice, la voluntad de mi Padre, ése será mi hermano, mi hermana y mi madre*(Matt., XII, 50)*. Alma fiel, ensancha tu pecho, dilata tu corazón, no estreches tus entrañas y concibe a aquel a quien la creación no puede contener en sí misma. Abre el oído al Verbo de Dios. Este es el camino por donde entra en los corazones para ser espiritualmente concebido...

Gracias a ti, oh Espíritu Santo, que soplas donde quieres, vemos por tu don no una sola alma fiel, sino millares llenas con este germen generoso; custodia vuestra obra y no permitas que estas almas echen fuera informe o muerto este fruto divino. Y vosotras, madres de un retoño tan glorioso y tan hermoso, velad vosotras mismas hasta que Cristo esté formado en vosotras... *(Gal., IV, 19)*.Cuidad mucho de vosotras mismas, o mejor, cuidad mucho del Hijo de Dios en vosotras. Temblad ante el peligro de apagar en vuestro seno la semilla de Dios . .. Habéis concebido el espíritu de salud, pero todavía no lo habéis dado a luz..." Guerric. Abb., De Annunt. B. M. V., nn. 4 et 5. Ibíd., 122, 123).

Para resumir en pocas palabras las soluciones dadas, dos cosas deben notarse: primera, cuál era el fin que intentaba Nuestro Señor; segunda, los términos de la comparación. El fin de Nuestro Señor no era en aquella ocasión exaltar directamente a su Madre (ya lo había hecho y se reservaba el volverlo a hacer, colmándola de gracias maravillosas), sino el llevar a los hombres al cumplimiento de la voluntad de Dios. Los términos de la comparación no eran ni para él ni para los Santos, intérpretes de su palabra, de un lado, la maternidad divina, adecuadamente considerada, y de otro lado, la observancia de la ley de Dios, sino la maternidad meramente corporal con relación a la obediencia perfecta, principio de la filiación adoptiva y de la maternidad espiritual. En este sentido, ya lo dijimos, de más precio era para María el título de esclava del Señor que el de Madre de Dios. Pero tomad la maternidad divina tal cual es realmente, tal cual nos la han mostrado los teólogos y los Santos Padres, es decir, como centro en que desembocan y manantial de donde nacen todas las perfecciones de María, y así considerada, nada la sobrepuja, nada la iguala, porque aquello mismo que se pretendiera preferir a ella es en sumo grado su natural y propia prerrogativa.

Haremos una postrera advertencia. La maternidad corporal y la maternidad según el espíritu, que es como decir la filiación adoptiva, son dos dignidades de orden diferente. Si las consideramos en orden a la bienaventuranza eterna, la segunda, sin contradicción posible, es preferible a la primera, exclusivamente considerada; y he aquí por qué Nuestro Señor dijo: "*Antes dichoso aquel que hace la voluntad del Padre*". Mas en otro aspecto la maternidad divina, aun prescindiendo de los privilegios que lleva consigo y aun del derecho, latamente entendido, de recibirlos en toda su plenitud, es algo más grande y más sublime en el orden de la dignidad.

Una comparación que traen varios teólogos nos declarará mejor este pensamiento. Poned en parangón un niño que sale de las aguas del Bautismo, con todo el esplendor de su renovación espiritual, y el Pontífice sumo de los cristianos, Vicario de Jesucristo en la tierra: la bienaventuranza del niño excede a la del Pontífice, si no miramos más que a la función sagrada de éste. Pero, ¿quién no ve que la dignidad del Pontífice tiene derecho a homenajes y merece una veneración respetuosa que no tributamos a los noveles hijos adoptivos de Dios? El mayor en la Iglesia de Dios no es el justo, sino el Pastor de los pastores, sea cual fuere el grado

de perfección espiritual y de santidad que tenga delante de Dios. Y, así, guardada la debida proporción, se ha de juzgar de la maternidad física de María en relación con su maternidad según el espíritu, que es de la que hablaba Nuestro Señor.

**IV.—**No es cosa rara ver poner en parangón la dignidad sacerdotal con la maternidad divina y aun preferir, bajo varios aspectos, la primera a la segunda. Y, en efecto, parece que el poder de consagrar el cuerpo y la sangre de Jesucristo es igual y aun superior al privilegio de dar a luz su carne. María no pudo concebir al Hijo de Dios sino una vez; más el sacerdote, en virtud del orden presbiteral, puede darle vida sacramental tantas veces cuantas quiera celebrar los divinos misterios. Si la Santísima Virgen lo llevó en sus brazos, ¿no tiene el sacerdote idéntico derecho? Si María lo dio al mundo, ¿no es función del sacerdote distribuirlo como alimento a los fieles tantas veces cuantas ellos quieran recibirlo de su mano? Y este mismo sacerdote, antes de darlo como alimento a los fieles, lo inmola sobre nuestros altares.

Lejos de nosotros el pensamiento de rebajar la grandeza de los sacerdotes del Nuevo Testamento, la cual es tan elevada que ningún hombre puede admirarla cuanto ella merece. Pero guardémonos de atribuirle una preeminencia a la que no tiene derecho. La dignidad de Madre de Dios sobrepuja de una manera excelsa a la dignidad de los sacerdotes en aquello mismo que parece dar pie para proclamar a ésta superior a aquélla. Jesucristo recibió su ser humano de la Virgen, y no lo recibe de los sacerdotes, pues, hablando con propiedad, la consagración no da la existencia a la Hostia sin mancilla. El Verbo encarnado no tiene otro ser substancial que el que en cuanto Dios recibió de su Padre y el que en cuanto hombre recibió de su Madre. El ser que llamamos sacramental no añade nada intrínseco a Jesucristo, pues no presupone ni mudanza ni perfeccionamiento real en su humanidad santísima. El cambio se obra únicamente en los elementos transubstanciados; el perfeccionamiento corresponde a las especies sacramentales, que ya después de la consagración no hacen sensible un pan común, sino al pan de vida, que es el cuerpo de Cristo. Así, pues, en este orden, la maternidad divina excede en dignidad al sacerdocio por razón del efecto producido.

Y también le aventaja por la manera con que produce su efecto, María en la concepción y alumbramiento del Hijo de Dios es, como las demás madres, causa principal: es madre por su propia virtud, si bien no concibe sin la operación del Espíritu Santo. Al contrario, la causalidad del sacerdote es puramente ministerial; el sacerdote está supeditado como un instrumento a aquél que por la boca del ministro pronuncia las misteriosas palabras: Este es mi cuerpo; esta es mi sangre, el cuerpo y la sangre del Soberano Sacerdote, Jesucristo Nuestro Señor.

La consideración del sacrificio suministra un nuevo testimonio en favor de la preeminencia de la maternidad sobre el sacerdocio. ¿No es, en efecto, cosa más grande y más noble producir de su propia carne y con su propia operación al Pontífice y a la Víctima de la Nueva Alianza que el prestar su ministerio a Jesucristo para que aparezca en nuestros altares en estado sensible y místico de Hostia?

Es cierto que al sacerdote pertenece el distribuir la santa víctima a los fieles de Cristo; pero, ¿podrían hacer esta distribución si María no la hubiese hecho antes en forma admirable, por su condición de Madre, cuando formó en su seno a aquél que había de ser inmolado por nosotros y dársenos por alimento y bebida?

No imitemos nada que, de una u otra manera, pueda dar al sacerdote la preeminencia sobre la maternidad. Si es prerrogativa del sacerdote llevar a los hombres la palabra evangélica, no olvidemos que el honor de traer al mundo en forma visible el Verbo mismo de Dios, la Luz eternamente escondida en el seno del Padre, fué oficio propio y peculiar de la maternidad de María. Por último, lo que mejor demuestra hasta qué punto la maternidad divina excede en dignidad a la dignidad sacerdotal es la comparación entre los privilegios de gracia inherentes a la una y a la otra. Dios, como es bien sabido, proporciona estos privilegios a la sublimidad de las funciones, en atención a las cuales los concede. ¿Quién se atreverá a decir que Dios prepara a sus sacerdotes con la plenitud de dones que derramó sobre su Madre? Claro está que el espíritu Santo desciende sobre los sacerdotes el día de su ordenación para hacerlos dignos ministros de sus misericordias; pero, por grandes que sean las efusiones de este Divino Espíritu, nadie, sin hacer injuria a la liberalidad del Hijo para con su Madre y sin contradecir toda la tradición católica, nadie podrá igualar con la plenitud que sobreabunda en la Madre las gracias singularísimas que se otorgan a los ministros de la Nueva Ley.

Erraría quien creyera que ya está dicho, por lo menos, todo lo más substancial acerca de la preeminencia de la maternidad sobre el sacerdocio cristiano. Para mostrar que no es así bastará recordar el estado de la cuestión. No es éste el lugar de comparar el efecto total de la bienaventurada Virgen María con el oficio ministerial del sacerdote y de la Iglesia. Haremos este estudio comparativo en la segunda parte de esta obra. En el punto a que hemos llegado sólo era caso de demostrar que la maternidad divina en sí misma, y como separada de todos los dones que la preceden y la siguen y de las funciones de las que debe ser, por decirlo así, natural sostén y fundamento, excede por modo inefable a la dignidad sacerdotal que Jesucristo, el Sacerdote Sumo, confiere a sus ministros; en una palabra, que la maternidad divina, aun desde este punto de vista limitado, es de un orden incontestablemente más elevado y más divino.

## CAPITULO 3

**Primera razón que hace de la maternidad de María el centro y la clave de sus privilegios. Ella los reclama a título de *"disposiciones"*.**

**I.—**¿De dónde viene a la maternidad de María el privilegio de ser el centro hacia el cual convergen tantas gracias, el manantial, de donde derivan, el principio del que son como corolarios? A decir verdad, ya hemos respondido a esta pregunta, o, mejor dicho, respondieron por nosotros los Santos Padres. Mas es de tanta importancia, que debemos ahondar aún más en ella. A esto se enderezan este capítulo y los siguientes. Pero en esta materia, como en todas las demás, no queremos caminar solos, sino apoyándonos en autoridades de todo en todo recomendables, pues ¿por qué hemos de hablar por cuenta propia, cuando por doquier abundan testimonios de gran peso?

**Santo Tomás de Aquino** propone una razón tan perentoria, que por sí sola basta para esclarecer la cuestión. Tiene además esta ventaja: que demuestra más directamente las prerrogativas de la Virgen anteriores a la concepción del Verbo encarnado. "*Cuando Dios* —dice— *escoge por sí mismo a algunas de sus criaturas para una función especial, la dispone de antemano y la*

*prepara para que cumpla dignamente el ministerio al que la ha destinado*" (3 p., q. 27, a. 4). Principio brevísimo, sencillísimo, pero de una certeza y de una fecundidad maravillosas. El Doctor Angélico lo aplica particularmente a la pureza sin mancha de María, y con él prueba que María nunca tuvo la menor mácula. Mas como quiera que el principio es universal, inmediatamente después usa de él para demostrar que María recibió la plenitud de la gracia. "*A cada uno da Dios la gracia según la elección que ha hecho de él. Y como Cristo, en cuanto hombre, había sido predestinado para ser el Hijo de Dios, santificador del mundo, recibió en propiedad una plenitud de gracias tan abundante que bastase para enriquecer a todos los hombres, según que lo dijo San Juan: Y de su plenitud todos hemos recibido* (Juan I, 16). *Ahora bien; la bienaventurada Virgen María obtuvo plenitud tan grande de gracia, que ninguna criatura ha estado tan cerca como ella del autor de la gracia, porque ella recibió en sí mismo a aquél que está lleno de toda gracia y por su parto derramó en cierto modo la gracia sobre todo el linaje humano*" (3 p., q. 27, a. 5, ad I). Hemos transcripto este texto íntegramente porque nos recuerda las dos destinaciones de María, o, hablando con más propiedad, su destinación total: **ser Madre de Dios hecho hombre** y concurrir con él, como Madre, a la salvación del mundo, en el modo y medida que después explicaremos.

Esta es, pues, la norma y la regla conforme a la cual debemos juzgar de las prerrogativas concedidas a María. Que tal norma sea sólida y que tal regla sea segura nos lo testifica la conducta de la Divina Providencia en el Gobierno de los Santos. Reparemos en el Bautista, el Precursor del Verbo encarnado. No se satisface Jesús con santificarlo como a los demás niños de Israel: va él mismo, personalmente, llevando en el seno de su Madre, y sale al encuentro a este niño tan especialmente predestinado. Aún no ha visto Juan la luz del día, cuando ya su alma, iluminada por la visita de Jesús, resplandece con claridades de gracia. Ya es lo que más adelante, cuando preceda al ángel del Testamento para anunciar la venida tantas veces deseada, mostrará ser: una lámpara ardiente y brillante (Malach., III, 1; Joan., V, 35).

Reparemos también en los apóstoles. "*Cristo nos ha hecho idóneos para el ministerio de la Nueva Alianza*", escribía el apóstol a los Corintios ( II Cor., III, 6). ¡Qué preparación! Tres años de noviciado con el Salvador como maestro visible; después, una efusión del Espíritu Santo, como el mundo nunca había conocido, sobre sus cabezas y sobre sus corazones.

Elevémonos hasta llegar al orden de la unión hipostática. Nunca naturaleza creada fue ordenada a un fin tan sublime como la santa humanidad de Cristo, ni criatura alguna recibió de Dios abundancia semejante de privilegios y de gracias. Si no hubiese sido así, la Eterna Sabiduría no dispondría todas las cosas con peso, número y medida.

Por consiguiente, Dios hubiese obrado contra las leyes más constantes de su Providencia si antes de elevar a María a la dignidad de Madre suya y asociarla con este carácter de Madre a la grande obra de la redención del mundo, no hubiera derramado sobre ella a torrentes todos los dones que pedía tan alta dignidad, la primera después de la de Jesucristo en el orden de la salvación (Admirablemente desarrolló estas ideas Alberto Magno; *Super Missus est, q. 46, Opp. XX, p. 46*).

Mas para profundizar en esta divina economía se ha de considerar cuánta diferencia va de la elección hecha por Dios a las elecciones humanas. El hombre, cuando elige a otro hombre para que ocupe un puesto, ha de informarse primeramente de si es capaz y digno de llenarlo; su elección presupone el mérito, no lo da. Muy de otra manera elige Dios. Hace aptos para los cargos a aquellos a quienes escoge para los mismos. Si no, ved lo que pasa en el or-

den de la naturaleza, con qué providencial solicitud dotó a cada uno de los seres que forman el universo de aquellas facultades e instintos que les son necesarios para llegar a su destino. ¿Podríamos ni aun sospechar que Dios sea menos liberal, que sea, digámoslo con su palabra propia, menos sabio y prudente en el orden sobrenatural de la gracia? Así se explica cómo, queriendo transformar el mundo escogió a pobres, a sencillos, a hombres de ningún valor; su elección los hizo capaces de dar cabo a una obra que superaba totalmente sus fuerzas y sus aptitudes nativas.

Por esta misma razón, las elecciones divinas nunca defraudan ni las previsiones de Dios, ni sus esperanzas. Si hay un traidor entre los apóstoles elegidos personalmente por Jesucristo, es porque la elección de Judas no fue absoluta. El Señor, cuando le llamó para que le siguiera, sabía que Judas le sería traidor; pero esto mismo entraba en los designios de su misericordia, pues la salvación del mundo pedía que Jesucristo fuese entregado a sus enemigos (Cf. S. Thom. a Villanova. *In Fest. Nativit. B. V. M.*, conc. 3, n. 2. Conciones, II, 397).

Oh, María, no te eligió a ti el Ungénito de Dios entre todas las hijas de Israel ni te colmó de bendición sobre todas las mujeres para permitir un día que fueses infiel a tu misión. Por eso no sólo te preparó él mismo para la dignidad que te dio, sino que, como esta dignidad excede casi infinitamente a toda otra dignidad que no sea la de tu Hijo, los privilegios que te dio exceden también toda medida. El orden de la providencia pedía no sólo que fueses preparada, sino que la preparación correspondiese a la grandeza de la misión que divinamente te había sido confiada.

**II.—**No es posible decir con cuánto amor y con cuánta riqueza de estilo han desarrollado los Santos Padres este punto de doctrina para honor del Hijo y de la Madre. Baste recordar lo que más de una vez hemos dicho acerca de este particular en los libros precedentes. Mas no se crea que dejamos agotada la materia. En ésta, más que en otras cuestiones, rivalizan entre sí los cristianos de todas las regiones, de todos los ritos y de todas las lenguas, para ver quién habla con más deslumbradora magnificencia sobre la preparación de la Santísima Virgen para ser Madre de Dios. Hízose la traza y el modelo antes de todos los tiempos, allá en las profundidades de la eternidad, y cuando llegó la plenitud de los tiempos, dijérase que la Santísima Trinidad, toda entera, Padre, Hijo y Espíritu Santo, no tenían sabiduría ni poder ni bondad sino para acabar y rematar obra tan hermosa.

"*Todos estaban destinados a la muerte; pero Dios, movido de misericordia, no quiso que el hombre, criatura de sus manos, volviese a la nada, de donde había salido. Así, creó un cielo nuevo y una tierra nueva, donde, descendiendo por un consejo de bondad para reformar la familia humana, habitase él, a quien nada puede contener. Este cielo y esta tierra es la bienaventurada y mil veces bendita Virgen María... ¡Oh, cuan espléndido es el palacio real preparado por el Rey universal...! ¡Cuan magnífico es este mundo! ¡Oh, qué plantas de maravillosa virtud adornan esta asombrosa creación...! Digna es, ciertamente de servir de morada a Dios, que viene a vivir en medio de los hombres... Afirme Job, aquel antiguo patriarca, que el cielo no es puro ni las estrellas irreprochables delante de Dios; pero en verdad, ¿puede concebirse nada más puro, nada más irreprochable que la Virgen? ¿Y no es esto maravilla? Dios, luz soberana y purísima, la amó tanto que por la operación del Espíritu Santo, que descendió sobre ella, se mezcló con ella substancialmente y salió de sus entrañas hecho hombre perfecto... No se ruborizó de ser llamado Hijo de su propia criatura, y, llevado del amor de esta Virgen, más hermosa que todas las cosas creadas, juzgó que era digna de sus abrazos aquélla que sobrepuja en excelencia a las virtudes mismas del cielo*" (S. Joan. Damasc, Orat. 2, *In Deip Nativit*. n. 4 P. G. XCVI, 684).

"*Calle, pues, el sabio Salomón; no diga ya que no hay nada nuevo en la tierra. Oh Virgen, que de todo tu ser destilas gracias divinas, ¿no eres tú el templo santo que el Salomón* ***espiritual*** (Es decir, aquel de quien el primero fué tipo y figura), *el príncipe de la paz, se edificó a sí mismo para habitar en él; templo en el que no veo oro, sino al mismo Espíritu Santo con sus esplendores?*" (Id., ibíd., Orat. *In Deip Nativit*., n. 10, 677. El mismo pensamiento, y expresado casi con las mismas palabras, encuéntrase en Modesto de Jerusalén, *Encom. in Deip*., n. 4).

Si **San Juan Damasceno** no resumiese fielmente el sentir de los griegos, añadiríamos este otro pasaje de una carta de Teodoro de Jerusalén, leída ante los Padres del segundo Concilio de Niceo, y aprobada por ellos: "*María es verdaderamente Madre de Dios, Virgen antes y Virgen después del parto,* ***creada*** *por Dios, más sublime en santidad y gloria que todas las criaturas inteligibles y sensibles*" (Conc. Nic. 2, act. 3, apud. Mansi, XXII, 1139). Oigamos ahora a los Coptos los cuales cantan en su Liturgia, "*El Padre te hizo con increíble solicitud y el Espíritu Santo descendió sobre ti*" (Theotoc. p. 100. E. (texto tomado de Passaglia)). Los Maronitas cantan también así: "*Bendito sea aquél que la escogió y la formó en el seno materno, para que fuese su propia Madre. Bienaventurada eres, oh María, tú, que* ***mereciste*** *dar a luz, por manera inefable, al Hijo del Altísimo, Virgen y Madre del eterno Creador de Adán y Eva*" (In Offic. ad I, fer. 6. Apud Asseman, In *Codic liturg*., I, p. 406).

El mismo lenguaje oiremos en Occidente. Aquello que se lee en el libro tercero de los Reyes: "*No se ha hecho en todos los reinos de la tierra obra semejante*" (III Reg., X, 20), aplícalo **San Pedro Damiano** a la Madre de Dios. "*Nada más verdadero, nada más sublime, nada más dulce para nuestra mísera modalidad. Aunque Dios haya hecho en el mundo muchas cosas grandes, nada ha fabricado tan excelente y magnífico como esta Virgen bendita*" (Serm. 44, *ln Nativit. B. V*. Serm. 1. P. L. 144, 739, 740)

Y no es extraño, "*porque la eterna sabiduría, que toca de un extremo al otro con fortaleza y que dispone todas las cosas con suavidad, la formó tal que fuese digna de recibir en sí a la misma Sabiduría y revestirla de una carne inmaculada*" (Id., serm. 45. *In Nativit. B. V*. Serm. 2. Ibíd. 741).

"*Digamos, pues, con alegría a la Santísima Virgen María, Madre de Nuestro Señor Jesucristo, digámosle con osadía: Amamanta Oh Madre, a Cristo Nuestro Señor y manjar delicioso de las almas. Nutre con tu leche el pan que nos ha venido del cielo, ese pan que fue depositado en el pesebre para que fuese alimento de los animales racionales... Amamanta a aquél que te hizo lo que era necesario que fueses para que él mismo fuese hecho de ti; aquél que, concebido por ti, te hizo fecunda y que, naciendo de ti, te conservó el honor de la virginidad; aquél que antes de nacer escogió él mismo el seno y el pueblo y el día en,que nacería y que por sí mismo hizo todo aquello que había escogido. Y esto es lo que antes, mucho antes, había predicho (*Psalm. LXXXVI, 5*): "¿No se dirá de Sión: un hombre y un hombre ha nacido en ella, y el Altísimo la fundó?" (*In append. Serm. S. August., serm. 128, *In Nativ. Dom*., n. 2. P. L. XXXIX, 1998. Es muy dudoso que este sermón sea de San Agustín: pero todos reconocen que en gran parte, está formado con fragmentos tomados de las obras del santo gran doctor de la Iglesia y que los pensamientos son del santo. Si estas palabras, un hombre y un hombre, se interpretan como significativas de una multitud de hombres, no por eso el texto es menos adaptable a María, madre universal de los hijos de Dios).

Hasta ahora apenas hemos parado la consideración más que en María como Madre de Dios; pero ya desde el principio nos advierte **Santo Tomás** que cuando se trata de los privilegios que le fueron concedidos en razón de su misión es preciso también considerarla como

cooperadora de la obra de Redención. "*María* —dice en otro lugar— *es llena de gracia en cuanto que de ella refluyen sobre todos los hombres. Es en efecto, cosa grande que cada uno de los santos tenga tantas gracias cuantas serían menester para proveer a la salvación de muchos. Pero maravilla mayor sería que tuviese para dar abasto a la salvación de todos los hombres del mundo, y esto es lo que vemos en Cristo y en la bienaventurada Virgen*" (Opusc. *Super Salut, angelic*, ad verba: *Gratía plena*). No es éste lugar oportuno para deternernos más largamente en este punto particular; volveremos a tratarle en más de una ocasión, o mejor dicho, nos llevarán de la mano los Santos Padres cuando llegue la hora de contemplar a María como medianera y como Madre de los hombres.

Por ahora contentémonos con recoger un pensamiento, en verdad exquisito, de **San Bernardo**, acerca de la preparación de gracia requerida por la maternidad divina. "*El Salvador de los hombres, queriendo hacerse hombre y nacer de hombre, tuvo que elegir entre todas las mujeres; mejor dicho, tuvo que formar para sí mismo una Madre tal que él sabía Inmaculada, que venía a purificarnos de todas nuestras suciedades. La quiso humilde, él, que es el humilde y dulce de corazón, que había de darnos en su persona el necesario y saludabilísimo ejemplo de estas virtudes. Le dio un alumbramiento virginal, después que hiciera ella, bajo su inspiración, voto de virginidad y de este modo recibiera por su gracia el mérito de la humildad. Y la Virgen regia, adornada con estas virtudes como con otras tantas joyas, resplandeciente con el más puro de los resplandores en el cuerpo y en el alma, conocida hasta de los cielos por su incomparable hermosura, atrajo la mirada de los habitantes del cielo, hasta el punto de inclinar hacia sí el Corazón del mismo Rey, comprometiéndolo para enviarle un mensajero de las alturas. Y esto es lo que nos enseña el evangelista cuando nos muestra al Ángel enviado por Dios a la Virgen, es decir, por la Grandeza a la bajeza, por el Señor a la esclava, por el Creador a la criatura. ¡Oh condescendencia de Dios! ¡Oh excelencia de la Virgen!*" (hom. 2, *Super Missus est*. n. 1 et 2. P. L. CLXXXIII, 61, 62).

Concluyamos con estas hermosas palabras de **Bossuet**: *¿De qué serviría a María tener un Hijo que va delante de ella y que es el autor de su nacimiento si no la hubiera hecho **digna de él**? Teniendo que hacer para sí mismo una Madre, la perfección de una obra tan grande no podía ni ser retrasada en demasía, ni ser comenzada demasiado presto, y si sabemos concebir cuan augusta es la dignidad a la que es llamada, fácilmente reconoceremos que no fue demasiada preparación el disponerla para tal dignidad desde el primer momento de su vida*" (I serm. acerca de la Natividad de la Santísima Virgen, al final del punto segundo). Y con decir esto, no hace Bossuet más que repetir lo que había leído en los Santos Padres. En efecto, ¿no es esto lo que les oímos cuando en tantas formas y en tantas y tan varias circunstancias nos presentan a Dios formando, produciendo, creando en María a su Madre y haciéndola ya desde el principio tal que pudiese nacer y habitar en su seno virginal como en un templo digno de él?

## CAPITULO 4

### Segunda razón que hace de la maternidad de María el centro y la clave de sus perfecciones: "Su unión", la más estrecha de todas, con el principio de la gracia.

**I.—** A la primera razón por la que la maternidad divina es centro y manantial de tantos y tan inefables privilegios, el Doctor Angélico añade una segunda en la tercera parte de la Suma Teológica. Hela aquí, traducida literalmente del latín: "*Cuando un ser se acerca más a su principio, en cualquier orden, tanto más participa de la influencia de ese mismo principio.* Por esto

dijo el bienaventurado **Dionisio**, en el capítulo cuarto de la **Jerarquía celeste**, que los ángeles, que entre todas las criaturas son las que están más cerca de Dios, participan más abundantemente que los hombres de los tesoros de las perfecciones divinas. Ahora bien; Cristo es el principio de la gracia, según la divinidad como autor principal, y según la humanidad como instrumento. Por lo cual dijo San Juan en su Evangelio: "*La gracia y la verdad han venido por Jesucristo*" (Joan I, 17). La bienaventurada Virgen María fue la más allegada a Cristo según la humanidad, pues de ella recibió él la naturaleza humana; por consiguiente, también ella debió recibir de Cristo la mayor plenitud de gracia (Thom., 3 p., d. 27, a. 5).

Y ¿cuál será la medida de esta plenitud? No cabe duda: aquella misma que responde a la perfección de su causa, es decir, a la intimidad de la unión de la Virgen con Jesucristo, principio de todas las gracias y de todos los dones sobrenaturales. En conformidad con esta misma doctrina el Ángel de las Escuelas había anteriormente establecido la existencia y la perfección de la gracia con que fue enriquecida la humanidad del Salvador; por tan sólida y verdadera tenía esta doctrina.

**Bossuet** se aprovechó maravillosamente de esta idea para explicar las riquezas de gracia que tuvo María al nacer. "*Cuando se quiere representar esta plenitud de gracias el espíritu se confunde en este pensamiento y no se sabe dónde fijar la mirada. Por tanto, hermanos míos, no acometamos la empresa de describir minuciosamente las perfecciones de María: equivaldría esto a sondear un abismo; contentémonos hoy con juzgar de su extensión considerando el principio que las produjo. El gran* ***Santo Tomás*** *nos enseña que el principio de las gracias en la Santísima Virgen fué la unión estrechísima con Jesucristo; y para que comprendáis, por las Escrituras divinas, el efecto de esta unión de tanto provecho notad una verdad importante, y que es fundamento de todo el Evangelio, a saber: el manantial de todas las gracias que han adornado la naturaleza humana es nuestra unión con Jesucristo. Porque esta unión abrió un comercio entre el cielo y la tierra que ha enriquecido a los hombres infinitamente, y sin duda, por esta razón, la Iglesia, inspirada por Dios, llama a la Encarnación un comercio:* ***O admirabile commercium!****. .. Esta alianza es, pues, la que nos enriquece, y por este comercio admirable abundan en nosotros todos los bienes. Por esto San Pablo nos certifica que, desde que Jesucristo es nuestro, nosotros no podemos ser ya pobres. Quien nos da su propio Hijo, ¿qué nos podrá negar? ¿No nos da en él todas las cosas?* ***Quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit?*** *(*Rom., VIII, 32*). Y después de haberse, por decirlo así, desbordado con esta inestimable liberalidad, ¿no es consecuencia que los otros dones, por esta abertura, salgan impetuosamente?*" (Bossuet, I serm. para La Nativ. de la Santísima Virgen, punt. 2).

Tú eres hombre, tú eres de la familia de Adán: he aquí el primer nudo de la alianza: Si no pertenecieses al género humano, si no fueses hermano de Jesucristo según la carne, no te hubiera sido dado el Hijo ni las gracias que manan de su Corazón entreabierto. Pregúntalo a los ángeles caídos, de cuya naturaleza no se revistió; pregúntalo aun a los ángeles fieles que no recibieron de él ni su santidad ni su gloria esencial. ¿Nos será permitido añadir nuestras pobres ideas a las del gran creador, no ciertamente para atenuar su doctrina, sino para confirmarla con nuevos hechos, menos apremiantes, es verdad, pero todavía dignos de ser notados, sobre todo en su conjunto?

Ved a nuestro Salvador en los días de su vida mortal. A todos los hombres se acercó al tomar la naturaleza humana, pero con algunos tuvo trato más íntimo. El Evangelio nos cuenta las visitas familiares con que honró a sus discípulos: visita a Juan Bautista, visita la casa de Lázaro, visita al Centurión, visita a Zaqueo; después de su resurrección visita a Pedro, a la

Magdalena, a las santas mujeres, a los discípulos de Emmaús, a los apóstoles. Ahora bien; lo que decimos de estas visitas hechas por el Salvador ha de entenderse también de las visitas recibidas. Recordad las de los pastores y los Magos, la de Nicodemus, príncipe de los judíos, y la de Magdalena la pecadora. En estas reiteradas visitas el principio de la gracia se acerca a las almas por medio de los cuerpos. Y ¡qué gracias de fe, de arrepentimiento, de conversión, de santidad produjeron estas visitas! Salía de Jesús una virtud purificante y santificante que esclarecía las inteligencias y abrasaba los corazones.

Y ahora oigamos al mismo **Bossuet** aplicar esta doctrina a la Santísima Virgen. "*Y si nuestra unión con Jesucristo nos produce bienes tan considerables, cállate, cállate, en razón humana y no te metas a explicar las prerrogativas de la Virgen Santísima, porque si es merced incomprensible que nos sea dado Jesucristo por Salvador, ¿qué pensar de María, a quien el Padre Eterno lo da, no de una manera común, sino en la forma en que le pertenece a él como hijo como hijo único, que, para no tener que dividir su corazón para recibirlo todo de su Madre y todo deberlo a ella, no quiere tener padre en este mundo? ¿Hay algo que iguale a esta alianza?*".

**II.—** Prevemos una objeción que puede oponerse. La unión santificante se obra por medio del espíritu, pues el nudo de ella es la gracia. Sea la unión del Hijo con su Madre la más íntima después de la del Verbo con su santa humanidad y de la del alma con el cuerpo que anime, iguale a la del fruto que pende del árbol y vive de su vida, siempre será unión de cuerpo con cuerpo, que no llega al espíritu. Estamos de acuerdo, dice Bossuet en el mismo sermón; pero "*os ruego que me permitáis profundizar en este misterio tan grande y explicaros una verdad que no será menos útil para vuestra instrucción que gloriosa para la Santísima Virgen. Esta verdad, cristianos, es que Nuestro Salvador no se unió nunca a nosotros por su cuerpo sino con el designio de unirse más estrechamente en cuanto al espíritu. Sagrada mesa, banquete adorable, y vosotros, santos y sagrados altares, os pongo por testigos de la verdad que he anunciado. Pero sedme testigos vosotros mismos; los que participáis de los santos misterios. Cuando os habéis acercado a esta mesa divina con su propio cuerpo, con su propia sangre; cuando os lo han puesto en la boca, decidme, ¿pensabais que él quería detenerse simplemente en el cuerpo? No permita Dios que lo hayáis creído y que no hayáis recibido sino corporalmente a aquel que corre a vosotros buscando vuestra alma. Aquellos que lo han recibido sólo de esta manera, que no se han unido espiritualmente a aquel cuya carne adorable recibieran, han trastocado sus designios y han ofendido a su amor... Entonces este amor sufre violencia, y no será de extrañar que... en vez de la salud que les llevaba, obre en ellos la condenación; y con esta cólera nos muestra muy suficientemente la verdad que indiqué: que cuando él se une corporalmente quiere que la unión del espíritu sea proporcionada a la del cuerpo.* "*Y si es así, oh Virgen divina, yo concibo de ti algo tan grande que no sólo no puedo decirlo, sino que aun mi espíritu siente dificultad de explicárselo a sí mismo. Porque es tal tu unión con el cuerpo de Jesús, al cual concebiste en tus entrañas, que no es posible imaginar otra más estrecha. Y si la unión del espíritu no correspondiese, el amor de Jesús quedaría frustrado en lo que pretende, padecería violencia en ti. Es, pues, necesario para complacerlo eme le estés tan unida espiritualmente cuanto le tocas de cerca por los vínculos de la naturaleza y de la sangre. Y como quiera que esta unión se obra por medio de la gracia, ¿qué es lo que uno puede pensar y qué es lo uno puede decir? ¿Dónde deben detenerse nuestras concepciones para no hacer agravio a tanta grandeza? Y cuando hubiéremos amontonado todos los dones esparcidos en las criaturas, todo reunido, todo en conjunto, ¿podría igualar vuestra plenitud?*".

Volvamos a las hermosas consideraciones sacadas de la Eucaristía, tanto para demostrar que no bastan para dar a entender todo lo que la bienaventurada Virgen podría esperar

de su unión corporal con su hijo, como para resolver una dificultad que podría debilitar la fuerza de aquellas consideraciones.

Hemos dicho lo primero que este ejemplo no basta para dar a entender todo lo que María debe a su unión con Jesús. Y esto nace primeramente de que es infinitamente más estrecha la unión entre la Madre y el fruto llevado en sus entrañas que la unión entre la carne de Cristo y el fiel cristiano que la come al comulgar. Las ligaduras que unen al hijo con su Madre son más íntimas. Ella no lo tiene en sí únicamente bajo especies extrañas y, por consiguiente, sin contacto físico entre los dos. El Hijo de la bienaventurada Virgen está en su Madre como los demás niños, adherido al seno materno, tocándolo con su misma substancia y como injertado en su madre, respirando con un mismo aliento y palpitando con un mismo corazón. María no sólo tiene a Jesús en sí, sino que Jesús es de ella y crece de ella. Es en su origen la propia carne de María y se desarrolla y se nutre con la carne y la sangre de María. Y esta uñón, así como es más íntima, así es también más duradera. Los instantes, mil veces preciosos, durante los que habita corporalmente el cuerpo de Jesucristo en el que lo recibe, son brevísimos. Desde el momento en que las especies sacramentales pierden sus propiedades bajo la acción disolvente de las fuerzas orgánicas, el cuerpo del Señor cesa de existir en el pecho donde se ha operado la transmutación de las especies sacramentales. No es que el cuerpo de Nuestro Señor por sí mismo se retire o que padezca alguna alteración, no; la causa única es el cambio de las especies sacramentales, a las que la palabra del consagrante lo retenía unido. En vez de una unión tan efímera, la Santísima Virgen llevó durante nueve meses a Jesús, principio de la gracia, en sus entrañas benditísimas, tabernáculo viviente donde moraba Jesús esperando para salir la hora determinada por la naturaleza y por los designios del Eterno Padre.

Cierto que, transcurridas las horas, o mejor, los minutos de la posesión sacramental, queda cierta unión del cuerpo eucarístico de Jesús con el comulgante. No dura ya el disfrute, pero permanece el derecho. Sin embargo, esta unión, por santa y feliz que sea, ¿qué es, comparada con la unión permanente que siguió al parto virginal de la Madre de Dios? ¡Cuántas veces, después, se adhirió Jesús al pecho de María para nutrirse con su purísima leche! ¡Cuántas veces les vieron los ángeles del cielo dulcemente abrazados, los labios del uno en los labios del otro, y sus corazones íntimamente compenetrados! Era el amado entre lirios y azucenas (Cant., II, 16); el Amado que, como un ramillete de mirra, descansaba sobre el pecho de la Amada (Cant.. I, 12). Y la dichosísima Madre, arrobada, se decía en su corazón: "*Mi amado es para mí y yo para mi Amado*" (Cant., II, 16), y Jesús era siempre la flor pendiente del tallo de José.

Si la unión de los cuerpos en el Sacramento produce tan maravillosos efectos, ¿quién podrá decir los torrentes de gracia que cayeron del corazón de Jesús al corazón de su Madre entre estos abrazos tan tiernos y que tanto duraron? Juan, el discípulo predilecto, descansó sobre el pecho del Señor sólo breves instantes, y en tan corto espacio de tiempo bebió en aquella divina fuente tantas luces, que bastaron para esclarecer al mundo y abrasarlo. Y de nuevo preguntamos: ¿qué diremos de la Madre divina, que por tanto tiempo tuvo sus labios en las fuentes del Salvador? Leernos en la historia de los santos los efectos extraordinarios que la Santa Eucaristía produce algunas veces, no sólo en lo íntimo de las almas, sino en los miembros corporales, y sobre todo en el corazón. Pues ¿no sería hacer agravio al Hijo pensar que no produjo efectos mil veces más divinos en su Madre en medio de aquellas mutuas y virginales caricias?

Resolvamos ya la dificultad. Para que la unión de cuerpo con cuerpo, que obra en la Eucaristía, produzca sus frutos de gracia, es necesaria la institución divina. No todos los que en los tiempos de la vida mortal de Nuestro Señor tocaron su cuerpo fueron santificados por su contacto. Además, es necesario un conjunto de circunstancias que, cierto, no producen la gracia, pero son condición para que sea producida y son también medida de la misma. Por último, la carne de Jesucristo, según una opinión probable, no obra nada más que en el acto de la recepción sacramental, mas no durante todo el tiempo que permanece en el cuerpo del que comulga.

Todas estas dificultades, bien consideradas, se resuelven fácilmente y sirven para confirmar la eficacia santificante de la unión maternal de la Virgen con la humanidad de su divino Hijo. Decís que la carne de Jesucristo no produce sus frutos de gracia sino por virtud de la institución divina: ¿quién niega esto? Pero ¿para qué tomó el Verbo divino carne en el seno de la Virgen? Y, por consiguiente, ¿para qué esta unión tan perfecta entre el Verbo y su cuerpo, entre el cuerpo del Verbo y María? ¿No hemos visto que tiene por fin una obra de santificación? Y si éste es el único fin de la Encarnación del Verbo, ¿por dónde comenzará esta obra? ¿Dónde se ejecutará con mayor eficacia que en María y en favor de María? Poco importa que ella no reciba entonces el cuerpo de Jesús debajo de las especies sacramentales. ¿Era entonces menos vivo y menos vivificante el cuerpo de la vida por esencia? Antes bien, ¿no ejercería entonces, como ya lo hemos demostrado, su influencia santificante tanto más naturalmente cuanto estaba más unido, más inmediatamente unido a la Virgen divina?

Decís que el contacto de la vida de Jesucristo para ser santificante presupone ciertas disposiciones en quien lo recibe. Mas ¿qué corazón tuvo jamás las disposiciones de que estuvo adornado el de María? Meditad la salutación del Arcángel y veréis que, aun antes de concebir al Salvador, ya estaba María llena de gracia; el Señor estaba con ella, y todas las bendiciones celestes descendieron sobre ella como rocío bienhechor. Aún más: el Espíritu de santidad, el Espíritu de amor, el don de Dios, principio y manantial de todos los dones, desciende sobre ella y la virtud del Altísimo la cubre con su sombra. Y María corresponde a estas divinas influencias con virtudes que, como ella misma, no han tenido igual en ninguna otra criatura, con una fe por la que fué proclamada bienaventurada (Luc, I, 45), con una humildad que la abisma tanto cuanto Dios la exalta (Luc, I, 48), con una pureza tan virginal, que en cierto modo enamoró al corazón del mismo Dios. "*No juzguéis, pues, de la Santísima Virgen como de las otras madres. No ignoro que también éstas se unen a sus hijo con el espíritu. ¿Quién no lo ve? Pero yo digo que la unión empieza en la carne y se anuda con la sangre; por el contrario, en la Santísima Virgen el primer abrazo comienza en el corazón; su alianza con su hijo tiene origen en el espíritu, porque lo concibió por la fe*" (Bossuet, loc. cit.).

Y así resulta que la concepción de María responde de algún modo a la concepción del Padre. El Eterno Padre concibió desde toda la eternidad a su Hijo en su inteligencia como una generación espiritual, antes de darlo a luz incorporado en carne humana. Y, guardada la debida proporción, algo así aconteció en la Santísima Virgen. El Unigénito fué no solamente fruto de su cuerpo, sino ante todo de su corazón, de su humildad, de su virginidad, de todas las virtudes, tan amables y tan poderosas, que hacían de María la Madre del amor hermoso. *Mater pulchrae dilectionis* (Eccli., XXIV, 26).

**III.—** Quedan por resolver dos dificultades, que son las más capitales y las más especiosas.

Primera dificultad: la unión tan íntima de la Santísima Virgen con el principio de la gracia duró sólo un tiempo determinado. Jesucristo no estuvo siempre en las entrañas virginales de María ni siempre sobre su corazón y entre sus brazos. Sin hablar de otras causas de separación, por lo menos momentáneas, más de una vez se separó de ella para esparcir la buena nueva antes de la separación más prolongada, que empieza el día de la Ascensión.

Apoyarse en lo que acabamos de exponer para negar o para atenuar la influencia preponderante de la unión del Hijo con la Madre sobre los privilegios de María es desconocer el principio asentado por el Angélico o la aplicación que del mismo se hace a la Santísima Virgen. Porque, ¿acaso los vínculos de la maternidad se relajan con la ausencia? ¿Una madre es menos madre y un hijo es menos hijo sólo porque el uno no está junto al otro? Es verdad que su unión comienza por una estrechísima aproximación de los cuerpos: esto es necesario para que la una sea madre y el otro hijo. Pero, una vez consumada la unión corporal de madre con hijo, ya ni la ausencia, ni la distancia, ni el tiempo, ni el espacio pueden destruirla. Por consiguiente, la carne del Salvador es siempre carne de María; la sangre de Jesús es siempre aquella misma cuyo manantial primero fué el corazón de María. Por tanto, esta Madre admirable conserva siempre sus títulos a las especialísimas efusiones del principio de la gloria.

Así cae por tierra la primera dificultad. La segunda nace de que la unión maternal de la bienaventurada Virgen con el principio de todas las gracias no se remonta a los orígenes de la Santísima Virgen. De donde parece inferirse que aquella unión no pudo santificar una gran parte de la vida mortal de María. Creemos que esta dificultad quedó ya resuelta. Prueba ciertamente que los favores, por lo menos en principio, debieron de ser otorgados con más prodigiosa abundancia a la Virgen cuando fué Madre que en los tiempos anteriores; acerca de esto no cabe duda. Pero, como quiera que sea, la unión que todavía no era un hecho era ya un designio eterno de Dios. El Verbo veía en la carne de María su carne futura, y si la Encarnación del Verbo de Dios refluyó, para santificarlos, sobre los hombres que vivieron antes que el hijo de Dios se encarnase, ¿cómo es posible que no causase efectos más abundantes en aquella que un día había de ser santuario del Verbo humanado?

Añadid una consideración tomada de la Sagrada Eucaristía. Opinó **San Agustín** que nadie puede entrar en la vida si no ha comido la carne y bebido la sangre de Cristo. Y, sin embargo, el Santo Doctor no cierra la puerta del banquete de la vida gloriosa a los bautizados que mueren antes de haber tomado corporalmente este alimento divino. Es que San Agustín veía en el Bautismo una comunión inicial, porque el Bautismo no nos une con sólo el espíritu con Jesucristo, sino que nos incorpora a su cuerpo místico y nos ordena a aquella alimentación, en la que el mismo Cristo es el manjar divino de los hijos de Dios y de la Iglesia. Y en este sentido puede decirse que María, desde su primer origen, estuvo unida con el fruto bendito de su virginidad. En el momento inicial de su vida lo concibió en su corazón y fué ordenada toda entera a poseerlo, un día, corporalmente en sus entrañas, porque, como ya tenemos visto, para esto y sólo para esto vino al mundo la Santísima Virgen y fué sacada de la nada (Aquí debe constar una advertencia necesaria. No hemos dicho ni hemos querido decir que la continuidad de la unión reclamase por si sola una infusión continua de gracia santificante. No basta, en general, ver en esa continuidad un título permanente a las divinas larguezas y princi-

palmente a las efusiones do luces y nociones sobrenaturales. Por lo demás, ya llegará la ocasión de exponer las circunstancias en que la gracia santificante de María pudo crecer, aparte de sus actos meritorios, ex opere operato).

## CAPITULO 5

### Tercera razón que hace de la maternidad de María el centro y la clave de sus privilegios: el "amor" de la madre al hijo y el del hijo a la madre.

**I.—**La medida de los dones celestiales es la medida: del amor que la criatura tiene a su Dios, del amor que Dios tiene a su criatura. Estas dos verdades son tan manifiestas, que parece superfluo el demostrarlas. Y, hablando primeramente del amor que Dios tiene a su criatura, se ha de notar una diferencia esencial entre el amor que el Creador nos tiene y el amor que nosotros nos tenemos. Lo que mueve la voluntad del hombre es el bien que preexiste en las personas o en las cosas, de donde se sigue que el amor humano, el amor creado, no causa la bondad del objeto amado, sino que la presupone o en parte o quizá totalmente. Al revés, el amor de Dios produce en su término el bien que lo hace digno de sus complacencias. Lo que ama Dios en el objeto de su amor no es lo que en él se halla, sino lo que él mismo lleva y le da. Amar para Dios, es querer y hacer bien. Cuando decimos de Dios que tiene más o menos amor, el más y el menos no debe entenderse de una mayor o menor intensidad en el acto con que ama, porque Dios ama a todas las cosas y a sí mismo con un solo acto, simplicísimo, inmutable, que no es sino la misma esencia divina. El más y el menos se refieren a los bienes que confiere a quien ama, y así decimos que Dios ama más a quien da más, y menos, a aquel a quien otorga menos favores.

Si el amor de Dios hacia el hombre es principio y medida de los dones que le concede, el amor del hombre hacia Dios, aun siendo una gracia grande, llama tras de sí otras gracias, de las cuales es a su vez regla y medida. Más adelante diremos cuál sea el oficio de la caridad en el mérito de las obras y cómo es el alma y la vida de las mismas. Por ahora baste recordar que de todos nuestros actos, el más meritorio de suyo es el acto de caridad divina. Añadamos que cuanto más un alma se esfuerza en vivir sus obras haciéndolas por un motivo de amor, esto es, haciéndolas para agradar y glorificar a Dios, tanto más esta alma ensancha su corazón para recibir las efusiones de la liberalidad divina.

He aquí dos principios incontestables sobre los cuales vamos a apoyar los admirables privilegios de la Madre de Dios: el amor inefable que ella tiene al Hijo de Dios, que es su Hijo, y el amor aún más grande del mismo Hijo a su Madre.

**II.—**Digamos primeramente del amor de María. En tiempo es el segundo, pues si ella ama es porque antes es amada; pero es el que más se acerca al nuestro. **Santo Tomás de Villanueva**, considerando este amor, después de recordar que la Virgen es Madre de Dios, no sólo en sentido lato, porque guarda la palabra de Dios, sino en la más estricta significación, porque lo ha dado a luz y concebido de su carne, añade estas hermosas palabras: "*Es no solamente un nombre de excelencia soberana, sino también de perfección sin rival. Porque la perfección suprema de la criatura humana en esta vida consiste totalmente en el amor de Dios.* ***Summa humanae creaturae perfectio vitae hujus tota in amore Dei est*"** (S. Thom. a Villan., Con. *In fest. Nativ.*

*B. V. M.*, I. n. 11, Opp. II, 394). Ved por qué nunca meditaremos bastante el amor de María hacia Jesús, su Hijo y su Dios.

Es amor de madre. Privilegio singular de esta Virgen es que para ella lo mismo es amar a su Hijo que amar a Dios. ¡Qué amor tan grande supone y encierra ya por sí sola esta cualidad de madre! ¿Conocéis cosa más tierna, más dulce, más desinteresada que el amor de una madre para con su hijo? Y no es maravilla, porque este amor brota de las entrañas mismas de la naturaleza; de suerte que este amor sigue a la maternidad dondequiera que ésta se halle, hasta en los seres irracionales, y es tanto más perfecto cuanto sea más perfecta la maternidad. Una madre tiene que esforzarse no para amar, sino para dejar de amar, porque para esto tendría que ir contra la naturaleza, tendría que **desnaturalizarse** (Santo Tomás de Villanueva, tratando esta materia, escribe: "*Solent matres etiam deformes fiiios tam ardenter amare, ut etiam severite matronae, dum lanetentibus in premio ifantilms garriunt. videantur sonsum amisisse prae amore. Quid non dicut, quod non faciunt? aut quis scurra levior est quam mater ad infantulum. .* ." In *fest Nativ. V. M. V*. Conc. 2, n. II. Opp. II, 394. Dice también : "*Nulla enim sine insania mater in filum*." In *fest Assumpt*. Conc. 4, n. 3. Ibid.. 334). Y si le preguntáis la causa de su amor: Ah, es mi Hijo, os responderá; mi carne, mi sangre, otro yo. ¿Por ventura, es posible no amar su propia sangre y su propia carne a sí mismo? ¡Disposición admirable de la Providencia que depositó este amor en el corazón de las madres para que puedan soportar no sólo con paciencia y resignación, sino aun con alegría, el duro trabajo de formar hombres.

Pues si esto es verdad de todas las madres, ¿qué diremos de María? ¿Podría decirse que no ama con todo su corazón y con todas las fuerzas de su ser a Jesús, fruto bendito de sus entrañas, ella, en quien nada embaraza, nada detiene, nada desvía el movimiento de una naturaleza excelentemente delicada y recta; ella, que a todas las madres aventaja en que fué creada únicamente para ser Madre?

Pero sería muy poco medir el amor de María con la medida del amor de las otras madres. ¡ Hay tantas razones para que el amor de María sobrepuje al amor de las otras madres en ternura, en abnegación, en vivacidad! El amor de María es un amor que no se divide. Su hijo es suyo, totalmente suyo, exclusivamente suyo: **sola solí**(*"Sicut est unicus único Patri, ita est unicae Matri." Ricard a S. Laur., De Laudibus B V., L. III, 38. ínter, op. Albert. M.. XX:).* Fuera de María, el amor se divide. Al lado del amor maternal está el amor paternal, y los dos permanecen distintos, aunque completándose: aquél, más tierno; éste, más fuerte. De ahí que "*cuando el uno de los dos ha sido suprimido por la muerte, el otro se siente obligado por un sentimiento natural a redoblar su afecto*" (Bossuet Aloc. Para la Vigilia de la Asunción en el Colegio de Navarra, 1650, punto primero. Lebarcq., *Oeuvres orat*. de. Bossuet, I). Tratándose de María no hay esta división entre el Padre y la Madre: todo el amor se concentra en el corazón de la Madre, en el corazón de María, porque María es Virgen y Jesucristo no tiene por autor de sus días sobre la tierra más que a la Santísima Virgen (De Tertuliano es esta hermosa sentencia: "*Nadie es tan padre como Dios, Nemo tam pater nisi Deus.*" De María podría decirse también: Nadie es tan Madre como María, porque ella no es compañera de ninguna otra criatura en la formación primero del Niño Dios).

Y tampoco se divide el amor de la Santísima Virgen entre varios hijos: **solus soli**. Este primogénito es Hijo único, no accidentalmente, sino por designio absoluto de Dios, con toda certeza conocido por María. No queremos decir que los hijos sean menos amados cuando son

muchos en el hogar materno; pero es innegable que para el hijo único hay naturalmente más cuidados y afectuosas atenciones. Sólo el corazón de Dios es suficientemente grande para que el sitio de uno no estreche el sitio de otro, pues este corazón es inmenso como el mismo Dios. Mi amado es para mí, únicamente para mí, y yo a mi vez soy únicamente para él ("*Dilectus meus mihi, et ergo illi.*"Cant., II. 16); y esto mismo puede decir la Virgen María mirando a Jesús.

Con todo esto podemos formarnos altísima idea del amor maternal de la Santísima Virgen. Pero hay otras circunstancias que lo subliman hasta lo infinito. Jacob amaba a todos sus hijos; pero sentía amor especial hacia José, porque lo había tenido de Raquel, la más amada de sus esposas. Isaac era más amado de Abrahán que los demás hijos, porque era "*el hijo de la promesa*" (Rom., IX, 9), objeto de prolongados deseos y nacido contra toda esperanza. Aunque una madre lleve en su corazón a tocios sus hijos, aun a aquellos que se lo han desgarrado con una conducta indigna de su nacimiento, sin embargo con más ternura descansa sobre aquel que por sus condiciones y por sus virtudes responde mejor a los desvelos y abnegaciones de su madre.

¡Oh María, cuántos nuevos motivos se descubren en todas estas consideraciones para inflamar más y más tu amor de madre! Jesús era el fruto de tus entrañas, no estériles, sino vírgenes. ¿Podías tú esperar que brotase de la vara de José sin robarle su verdor y que fuese fruto virginal de tu virginidad conservada, qué digo conservada, consagrada por el mismo alumbramiento? No fuiste su madre por una gracia, como esas concedidas a otras mujeres antes que a ti, sino por la operación del Espíritu Santo. El Amor eterno, el amor personal, te dio tal hijo a ti, Madre del amor hermoso. Y este Hijo, nacido del amor y en el amor, es tan perfecto que no necesitas recurrir a ficciones mentirosas para que te parezca soberanamente amable y digno de tu afecto maternal. David, su antepasado, esclarecido con luz profética, lo vio allá en las lejanías de las edades y lo vio como el más hermoso entre los hijos de los hombres. En sus labios se derramaba la gracia. Y se adelantaba, potente y victorioso, con todo el esplendor de su divina hermosura (Psalm., XLIV, 3-6).

Mas ¿para qué hablar de David? Tú misma lo contemplaste lleno de gracia y de verdad (Joan., I, 14). En tu misma casa, a tu vista, creció en sabiduría y en gracia delante de Dios y de los hombres conforme iba creciendo en edad: dechado de toda pureza, de toda humildad, de toda amabilidad, de toda perfección, es decir, en una palabra, de todo lo que tú amas. ¿Cómo tu corazón no se fundió de ternura? A esta pregunta dirigida a la esposa del Cantar de los Cantares: "*¿Cómo es tu amado, oh tú, la más hermosa de las mujeres?*", tú hubieras podido mil veces contestar: "*Mi amado es blanco y rojo, escogido entre millares. Su cabeza es oro purísimo. Sus cabellos son como los ramos de las palmeras, negros como los cuervos. Sus ojos, como de palomas inclinadas sobre las aguas... y bañadas en leche... Sus mejillas, como un perfume de aromas... Sus labios son lirios; destilan mirra purísima... Su voz es suavísima y toda deseable. Así es mi amado y es* ***mi amigo****, oh hijas de Jerusalén*" (Cant., V, 9-17). Sí, es su amigo, porque es todo amable y es todo amante; más aún, es el bienhechor por excelencia. Ella sabe que vino del cielo a la tierra por ella, para darse a ella, para santificarla, para deificarla. Los misterios, los trabajos, las oraciones, los padecimientos de este Hijo queridísimo serán el precio de la salvación del mundo; pero este precio es para ella antes que para todos los demás; el precio de privilegios que le son exclusivamente propios, precio de su virginidad fecunda, de su pureza más que angélica, en una palabra, de todo lo que ella es y de todo lo que tiene por la gracia del Salvador. Medid, si podéis, los ímpetus de amor que semejante certeza debía imprimir en el corazón de María.

A tantos estímulos del amor uníanse, finalmente, la siguiente circunstancia. Es una idea frecuentemente expuesta por los Santos Padres que el terreno más a propósito para el árbol del amor es el corazón de las vírgenes, y se confirma esta idea con la doctrina del apóstol San Pablo, de la que los Santos Padres bebieron aquella idea (I Cor., VII, 34). Así, leemos en San Bernardo que "*no había en el corazón virginal de María ni una partícula vacía de amor y que esta Virgen era verdaderamente la Madre del amor*" (S. Bernard., serm. 29, *In Cant*., n. 8. P. L. CLXXXIII, 933).Dícese comúnmente que es necesario tener corazón de madre para saber lo que es el amor maternal. ¡ Pues cuanto más necesario será tener el corazón de María para formarse idea de su amor a Jesús, su amante y amable Hijo!

Y, sin embargo, hasta aquí no hemos hecho nada más que abordar esta materia tan hermosa. Y, aun así, lo dicho bastaría si Jesucristo no fuese nada más que hombre, el más perfecto de los hijos de los hombres. Pero es Dios, y la Virgen su Madre, instruida por el Espíritu Santo creía con todas las fuerzas de su inteligencia y de su corazón que aquel niño, nacido de sus entrañas, era el Hijo eterno de Dios, Dios como su Padre y consubstancial con él (Luc, I, 32, 45). Por consiguiente, su amor maternal no se detenía en el hombre; no podía separar lo que estaba indisolublemente unido. En su Hijo veía y amaba a Dios. Una madre ama todo lo que pertenece a la persona de su hijo y con el orden de dignidad que entre sí tienen las partes: el cuerpo y el alma, pero al alma más que al cuerpo. Pues así, oh María, amabas tú a Jesús. Ciertamente amabas su humanidad, porque es para todos, y para tí más que para todos los demás, soberanamente amable; pero amabas mucho más su divinidad, porque por la divinidad él es fuente infinitamente fecunda de toda bondad, de toda grandeza y de toda hermosura. Y amando así, modelabas tu amor en el del Padre. El Padre no separó al hombre de Dios, la humanidad de la divinidad, en su amor al Hijo. Cuando él decía: "*Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias*", ¿de quién hablaba? De Jesucristo todo entero, de Dios revestido de carne, que aparecía transfigurado y resplandeciente a los ojos de los apóstoles (Matth., III, 17; XVII, 5). Y así sucede también con el amor maternal de María.

Cuanto más que este amor es una derivación del amor del Padre. Cuando, por un consejo admirable, quiso Dios asociar a la bienaventurada Virgen a su eterna generación e introducir en su seno virginal a aquél que vive eternamente en el seno del Padre, menester fué que de su corazón paterno comunicase al de María alguna centella del amor infinito en que se abrasa para con su Unigénito. De manera que el amor que María tiene a Jesús le viene de la misma fuente de la que ella recibió la fecundidad. En los designios de Dios todo se armoniza, todo está concatenado. Nosotros podemos, sí, por ser tan grande como es nuestra miseria, faltar a las más necesarias conveniencias; Dios no podría hacerlo sin faltarse a sí mismo, y Dios a sí mismo no puede faltarse, porque no lo permite su infinita perfección. Por consiguiente, en María el amor maternal llegó hasta los últimos límites de la naturaleza y de la gracia, pues ella ama en su Hijo a un Hombre-Dios.

Este es el pensamiento que desarrolló en una homilía sobre el *Martirologio de la Virgen* el bienaventurado Amadeo de Lausana. "*Este Hijo era su Dios, y aquí tenéis de dónde su amor tomaba fuerzas para crecer por manera increíble. Porque en toda la sucesión de los siglos sólo María ha merecido tener en una sola persona a su Hijo y a su Dios. Por tanto, como un abismo llama a otro abismo, dos amores se fundieron en María en un solo amor: la Virgen Madre amando a Dios en su Hijo y amando a su Hijo en su Dios. Y así, continúa el bienaventurado, cuanto más grande fue su amor,*

*tanto mayor fue su dolor, pues la inmensidad de este amor aumentaba casi infinitamente las torturas de su alma*" (B. Amed. episc. Lausan., hom. 5, *De Martyr*. B. V. P. L, CLXXXVIII, 1329).

En la misma homilía hállase otra reflexión que, bien meditada, nos da a entender mejor el amor de María hacia su Hijo y hacia su Dios. "*Y es que este Hijo, a diferencia de los demás, no había sido concebido, digámoslo así, por acaso en las entrañas maternales. El mismo, el Unigénito del Padre, con piadosa elección y con bondad completamente gratuita, escogió a María por Madre, y voluntariamente y con plena libertad se aposentó en su seno. Y ved por qué ella lo amaba aún más*" (ídem, ¡bíd.).

Insistamos en estas mismas consideraciones desde otro punto de vista. La afección común de las madres para con sus hijos no es, por su naturaleza, ese amor perfecto de caridad al cual San Pablo llamó **vínculo de la perfección**. Estos dos amores son distintos y separables, y con mucha frecuencia no se hallan juntos en un mismo corazón. ¡Cuántas madres hay que no aman a sus hijos porque Dios está en ellos o para que Dios esté en ellos! Fuera de la Virgen Santísima, otros amaron a Jesús, tal era su gracia infantil, la pureza que irradiaba su frente, su candor y su amabilidad, que verle y amarle era todo uno. Prueba de ello es la escena contada por San Lucas (Luc, II, 47) cuando Cristo Niño se presentó en el templo y, sentado en medio de los doctores, los maravilló con su prudencia y con sus respuestas. Pero éstos no veían en él más que al hombre, y aquéllas, las madres, no tienen por hijos más que a simples criaturas; pero María veía en su Hijo a Dios hecho hombre, y el amor que la naturaleza da a las madres para con sus hijos la llevaba al amor que la gracia da para que amemos al mismo Dios.

Nosotros, en conformidad con la ley que regula nuestra vida terrestre, para subir a las cosas invisibles tenemos que apoyarnos en las cosas visibles. Por esta causa el Verbo se encarnó, "*para que Dios, visiblemente conocido, nos arrebatase con el amor de las hermosuras invisibles*" (Prefacio de Navidad). "*Cristo hecho hombre nos conduce a Cristo Dios; el Verbo hecho carne, al Verbo que desde el principio era Dios en Dios*" (S. Agust., *In Joan*., tract. 13, n. 4. P. L. XXXV, 1494). Quienquiera que hubiere meditado el misterio de nuestra naturaleza entenderá bien esta economía de la salvación, y digámoslo de camino, hallará la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, mirada a esta luz, soberanamente apta para lograr el fin de su institución, es decir, el acrecentamiento del amor divino. Mas veamos las consecuencias de estas verdades por lo que toca a la Virgen, Madre de Jesús. Este tránsito de lo visible a lo invisible, tan necesario aun a los mismos Santos, que Santa Teresa de Jesús derramó mucho tiempo lágrimas amargas por haberlo descuidado, engañada de una dirección espiritual mal entendida; este tránsito, repetimos, había llegado a ser para María como una necesidad de su naturaleza; pues, digámoslo una vez más, el Hijo que había engendrado como hombre era al mismo tiempo su Hijo y su Dios. Las otras madres, cuando son verdaderamente cristianas, aman a sus hijos en Dios; mas la bienaventurada Virgen amaba a Dios en su Hijo.

Otra consideración que puede poner de relieve la intensidad de su amor, y es que la contemplación, en la que se enciende y se aviva el amor divino, era para ella como una dulcísima necesidad. En Nazaret, ¿no tenía siempre ante sus ojos, si ya no le tenía entre sus brazos, al objeto amabilísimo de sus amores? El mismo Evangelio nos la representa concentrando en él todos sus pensamientos, toda su vida. *Maria autem conservabat omniá verba haec, conferens in corde suo* (Luc, II, 19, 51). Santos ha habido para quienes apartar el pensamiento de Dios era martirio intolerable. Pues ¿cómo la divina Virgen hubiera podido, ni por un instante, olvidar-

lo y cómo el incendio de amor que en ella ardía podía dejar de activarse todos los días y de hacerse cada vez más intenso a medida que la Santísima Virgen conocía mejor aquel tesoro escondido?

No podemos resistirnos al placer de copiar aquí una página de encantadora sencillez del discípulo de **San Anselmo**, el monje Eadmer: "*Cuando María veía a aquel Niño, que había hecho en ella cosas tan admirables, apretarse entre sus brazos y pegarse a su seno para de él beber una leche virginal; cuando oía los vagidos infantiles provocados por las pequeñas molestias de su cuerpecito delicado, ¡con qué piadosa emoción palpitaba su corazón!, ¡con qué tierna solicitud evitaba todo aquello que pudiera molestarle! Oh Dios, Hijo de esta bienaventurada Madre, tú que eres la Virtud y la Sabiduría del Padre, te suplicamos por esta misma misericordia que te hizo hombre por nosotros que te dignes hacernos sentir íntimamente cuáles eran los afectos y los pensamientos de tu suavísima Madre, cuando, rebosando su corazón santa alegría y gozo santo, te tenía a ti, Niño pequeñito, sobre sus rodillas, respondiendo a tus inocentes caricias con repetidos y dulcísimos besos, o bien cuando te consolaba en tu llanto con las amabilísimas invenciones de su amor, o cuando, por fin, según las varias circunstancias de la vida, usaba contigo de todos los medios con que sabe industriarse y que puede sugerir la piedad maternal. Enséñanos, digo, a concebir alguna idea de los sentimientos que llenaban su corazón, para que, si nuestros pecados nos hacen indignos de tener un conocimiento pleno, podamos, al menos respirar en nuestras penas, gracias a lo poco que percibamos de aquellos sentimientos. No es, en verdad, cosa baladí sentir en sí mismo, aunque sea de manera imperfecta, el amor que una Madre sentía hacia tal Hijo. Persuadido estoy de que todo el que haya merecido la inteligencia de este amor no podrá vivir alejado de sus dulzuras. Ahora bien, participar de las suavidades de la dilección maternal de María es tener asegurado que llegará un día en que participaremos de la recompensa que le ha pagado... Mas, por mucho amor que nosotros concibiéramos hacia Jesús, aunque con la imaginación lo multipliquemos casi hasta el infinito, fuera locura compararlo con el de esta piadosísima Señora y Madre. Y no es maravilla, porque el Espíritu de Dios, el amor del Padre y de su Hijo, aquel por quien y en quien es amado todo lo que es santamente amado, él mismo, digo, descendió substancialmente sobre ella; por una gracia singular que a nadie más ha sido concedida ni en la tierra ni en el cielo, el Espíritu Santo descansó en ella como en la Reina y Emperatriz de todas las criaturas... Por tanto, por cima de todos los amores de las cosas creadas está la grandeza del amor de esta Virgen hacia su Hijo; por cima de todas las dulzuras, la inmensidad de la dulzura en que se liquida su alma a la vista de su amado, su Señor y su Dios*"(Eadmer. L. de Excell. Virg., c. 4. P. L. CLIX, 564, 565).

**III.—**Del amor de la Madre al Hijo pasemos al amor del Hijo para con la Madre. No es posible formarnos idea suficientemente clara del primero sin haber meditado el segundo, que es el principio y la fuente de él. Muy bien había entendido esto el autor del **Espejo de la bienaventurada Virgen**, cuando escribía: "*¿Qué maravilla es que ella ame más que todas las otras, cuando ella es más amada que todas las demás? Quid mirum si prae ómnibus diligat. quae prae ómnibus est dilecta?*" (*Specul. B. M. V.*, lect. 6. inter Opp. S. Bonav., XIV. p. 251 (edic. Vives, 1868).

Si es imposible medir la grandeza del amor de María hacia Jesús, ¿quién podrá gloriarse de expresar bien el amor de Jesús a María? Porque cuanto Nuestro Señor excede a la divina Virgen en todas las perfecciones, otro tanto es él mejor hijo que María buena Madre. Así habla Bossuet del amor de Jesús, y de Bossuet vamos nosotros a tomar las más de las consideraciones con que vamos a poner de relieve la grandeza de este amor. Advierte él que Nuestro Señor, según el testimonio de las Sagradas Escrituras, muéstrase como amante apasionado de la naturaleza humana. Descendió de los cielos para sanarla y levantarla, y no desdeñó nada de lo que es del hombre. El apóstol nos lo presenta hecho semejante a sus hermanos en todas

las cosas, **per omnia**(Hebr., II, 17, 18: IV, 15). Y tomando sobre sí todo lo que nos es propio, no solamente el cuerpo y el alma y las facultades del uno y de la otra, sino también nuestras miserias, nuestras flaquezas, nuestras tristezas y nuestras turbaciones y hasta la muerte; todo, en una palabra, menos el pecado.

Y después de haberse así revestido aun de lo que parecía indigno de su persona, hasta el punto de ser escándalo a los judíos y locura a los gentiles; después de haber hecho suyos los sentimientos de nuestra naturaleza, compatibles con la santidad de su ser y de su misión, ¿cómo era posible que no tuviese en su corazón el amor filial, pues es cosa tan natural, tan justa, tan necesaria? Comprenderíase, rigurosamente hablando, que hubiese cerrado la puerta de su alma al temor, a la tristeza, a las angustias mortales que padeció por nuestra salvación el día de su Pasión; pero tener Madre y no amarla como se debe amar a una madre fuera cosa tan indigna de Jesucristo, que es increíble. Quien se aventajó en todo lo demás, como corresponde al arquetipo de toda perfección, ¿dejaría que otros le aventajasen en esta virttud, de la que su Padre ha dado un precepto tan grave, y no sería en ella nuestro supremo ejemplar? ¿Es posible admitir esto? Por tanto, oh Jesús, aunque el Evangelio callase y aunque no te hubiéramos oído en el Calvario, en medio de sus tormentos sin número y sin nombre, enseñarnos con un ejemplo final el amor y la solicitud que un hijo debe a su madre, sabríamos lo que fuiste para tu Madre.

Y este amor, fruto natural del más tierno y del más amante de los corazones, halla en María mil razones para amarla, que no se ven en las otras madres. No fué acontecimiento fortuito el que de ella naciera el Hijo de Dios; desde toda la eternidad él la tenía predestinada entre todas las mujeres para que fuese su Madre, y ¿quién no sabe que las predestinaciones divinas proceden del amor y tienden al amor y en él terminan? Jesucristo ama, hasta dar su sangre por él, a todo hombre que viene a este mundo, aun a aquellos que le han ultrajado ignominiosamente con los demás horrendos pecados. Pero todavía tiene sus preferencias, y la historia de San Juan Evangelista es prueba de ello, preferencias por la inocencia conservada; preferencias por las vírgenes, cuyo Esposo se precia de ser, y a quienes este Cordero de Dios quiere tener en el cielo más cerca de sí, caminando luego detrás de él (Apoc. XIV, 4). Si Jesucristo tan ardientemente ama a un corazón sin mancha, ¿cuál será su terneza para con aquella cuya inocencia no tiene superior fuera de la pureza de Jesucristo? Y si ha puesto en la virginidad sus complancencias más íntimas, ¿cómo no va a tener un amor incomparable hacia la Virgen por excelencia, Reina y modelo de todas las Vírgenes?

Nos enseña Jesucristo en su Evangelio que un vaso de agua dado en su nombre al más pequeño de los que creen en él no quedará sin recompensa (Matth., X, 42). Quiere esto decir que ese vaso de agua provocará de parte de él más beneficios y más amor. Pues cuando recordamos que no es un vaso de agua fresca, sino su naturaleza humana toda entera, es decir, aquello por lo que es hombre, glorificador y glorificado de Dios en su carne, lo que Jesús recibió de María; si añadimos que ella no lo engendró como las demás madres a sus hijos, pues María fué madre en la plenitud de su libertad y además ella sola lo produjo de su propia sustancia; si, por último, consideramos los ardores de amor que precedieron, acompañaron y siguieron a este divino alumbramiento, ¿no sería temeridad querer expresar la terneza amorosísima de Jesús para con tal Madre?

Ahora bien; esta ternura de Jesús no es sólo ternura de un hombre. No hay separación en el amor del Salvador, como no lo hay en su persona. Lo que ama con su corazón de hombre lo ama también con su corazón de Dios. Verdad mucho más cierta cuando se trata de María, porque lo que ella ama es la persona del Verbo, y a la persona del Verbo es a quien comunicó libremente su carne para que fuese carne de Dios hecho hombre. Entre el Padre y el Hijo no hay diferencia de amor. Una misma naturaleza, una misma voluntad, un solo e idéntico amor: tal es la ley de; su esencia. Por consiguiente, cuando el amor de Dios, se desborda sobre esta bienaventurada Virgen, es, con el amor del Hijo, el amor del Padre y el amor inseparable del Espíritu Santo; tres amores que no son más un solo amor, fuente y principio de todos los favores divinos y de todos los bienes. Lo cual presupuesto, harto se entiende que los Santos Padres y la Iglesia confiesen su impotencia para proclamar los privilegios de María, cuando la Trinidad toda entera la rodea con tan inefables complacencias.

Y pues la mayor parte de estas consideraciones están tomadas, por lo menos en cuanto a la substancia, las resumiremos copiando una página del mismo autor: "*Dichosa mil y mil veces* (esta Virgen) *por amar tanto al Salvador y por ser del Salvador tan amada. Amar al Hijo de Dios es una gracia que los hombres no reciben sino de él; y porque María es su Madre, y una madre ama naturalmente a sus hijos, lo que es gracia para las otras madres, para ella ha venido a ser como naturaleza. Por otro lado, ser uno amado del Hijo de Dios es pura liberalidad con la que él se digna honrar a los hombres; y pues él es hijo de María y todo hijo está obligado a querer a su madre, lo que es liberalidad para los otros respecto de la Virgen se convierte en obligación. Si él a ella sola ama de esta suerte tendrá por necesidad que hacerle mercedes, y se las hará en la medida de su amor. Y qué otra cosa podrá darle sino sus propios bienes. Los bienes del Hijo de Dios son las virtudes, las gracias, su sangre inocente, que hace que inunden a los hombres, y ¿a quién pensáis que dará mayor participación en su sangre sino a aquella de quien se la tomó?*" (Bossuet, serm. tercero para la Nativ. de la Santísima Virgen, punto primero).

**IV.—** Antes de cerrar este capítulo es necesario responder a una objeción que ya nos salió al paso en la exposición del segundo principio. Este amor tan grande de la Madre al Hijo y del Hijo a la Madre parece que no procedió a la Encarnación, de la cual es consecuencia. Por tanto, ni la unión, ni la ternura, ni la munificencia pueden glorificar el origen y los primeros años de María.

Lejos de nosotros tal manera de concebir las cosas de Dios, y, para comenzar por el Hijo, se olvide que si es hombre y en cuanto hombre posterior a la Virgen, es también Dios, y, en cuanto Unigénito del Padre, su existencia es anterior a su Madre y anterior a todos los siglos (Joan., VIII, 58). Por tanto, desde el primer instante en que la Santísima Virgen entra en este mundo, la mira verdaderamente como a madre suya, pues lo es en los decretos eternos. En la carne de María Él ve su carne y en la sangre virginal de María su propia sangre, porque los consejos de Dios son inmutables y lo que una vez resolvió es como si ya estuviese ejecutado. Así, dice Bossuet, "*su alianza con María comienza en la concepción de esta princesa, y con la alianza el amor, y con el amor la munificencia*" (Bossuet, 1. c.).

Lo que en esta materia ofusca nuestra mirada es que no sabemos prescindir suficientemente de nuestra manera ordinaria de ver. Levantemos nuestros pensamientos y consideremos que el hijo que dio a luz la Virgen Santísima es el Eterno, ante quien todos los siglos son como un solo día, y que nada puede cambiar el orden de sus determinaciones. Para el Hijo de Dios, el nacimiento de María es el nacimiento de su Madre; verdad en tal manera cier-

ta que María no recibe de Él la existencia sino para darle a Él la naturaleza humana. Por consiguiente, desde entonces la tiene por su Madre y como a tal la debe tratar. Un esposo humano ama a la que ha ha elegido para esposa, aun antes que el sacramento de la Iglesia la haya hecho suya indisolublemente, y si desde el momento en que resolvió tomarla por compañera tuviera la certeza de su unión futura y el poder de obrar todo el bien que le desea, desde aquel instante la haría la más hermosa, la más rica, la más virtuosa de todas las mujeres. Y el Hijo de Dios, todopoderoso e infinitamente bueno, ¿no hará por su Madre lo que una criatura haría por otra criatura? ¿De nada servirá a María el ser Madre de un Hijo que ya existía cuando ella nació y que es el autor de su nacimiento?

Pero si la dificultad se desvanece por sí sola cuando se trata del amor filial de Jesús, ¿no queda en pie toda entera cuando se trata del amor maternal de la Virgen? Porque ella no preveía que un día había de nacer en su seno el Hijo de Dios. Cierto que aguardaba al Mesías prometido, y sabía sin duda que era llegado el tiempo de su venida; pero, sintiendo de sí misma tan humildemente como sentía, nunca sospechó que pudiera ser la Madre del Emmanuel. Algunas leyendas nos la representan conversando con los ángeles y recibiendo de ellos la revelación de su dignidad futura; pero son relatos indignos de ser creídos, y están desmentidos por la misma Santísima Virgen en sus respuestas al arcángel San Gabriel. Sin creernos obligados a empeñar nuestra fe, nos complacemos en recordar la revelación que se dice haber tenido Santa Isabel, en la que María aparece deseando y pidiendo ser humilde sierva de la mujer predestinada para ser la Madre del Salvador (He aquí la quinta de las siete peticiones que, según la revelación a que nos referimos, la Santísima Virgen dirigía a Dios todos los días. "*Yo lo conjuraba para que me diese a ver el tiempo en que aparecía esta bienaventurada Virgen que daría a luz al Hijo de Dios ; que conservara mis ojos para poderla contemplar: mi boca para cantar sus alabanzas; mis manos para servirla; mis pies para obedecer a su voluntad; mis rodillas para poder adorar al Hijo de Dios en sus brazos.*" *Medit. de la vida de Cristo*, inserta entre las obras de San Buenaventura, c. III). Ahí reconócese su humildad y el amor que ya tenía a Dios hecho hombre.

Sin embargo, María, aun ignorando sus destinos, amaba a Jesús con todo el ardor de su alma, y no vacilamos en añadir que su amor era ya, en su manera, maternal. Se preguntará: pero, ¿cómo era posible esto? Responden los Santos Padres: María había ya concebido a Jesús en su corazón; era Madre de Cristo, porque guardaba en todo la voluntad de Dios (Matth., XII, 50).

Osaremos exponer aquí una idea que nos parece muy al caso, y que, a nuestro ver, no carece de sólido fundamento. Cuando Dios creó a la mujer, como la destinada para madre de los hombres, púsole en el corazón el germen del amor maternal. La mujer, en cuanto a sus principios esenciales, no es de distinta constitución que el hombre; pero en ella y no en el hombre brota naturalmente esta ternura de sentimiento, que es la nota característica de la maternidad. ¿De dónde proviene que el amor a los niños sea tan universal y tan espontáneo en las madres sino de que la semilla depositada desde el principio en el fondo de ellas mismas despierta y se desarrolla en el tiempo señalado por la Providencia, sin que sean menester esfuerzo ni cultivo? Háceseles novedad a algunos el ver cómo las vírgenes consagradas a Dios se dedican con amor, abnegación y solicitud de madres al cuidado de la infancia, sobre todo de la más miserable y desamparada. La explicación es obvia: nace esto del germen maternal primitivo, que se desarrolla más puro y más fecundo bajo la acción del sol de la gracia. La naturaleza ha esbozado en sus corazones la ternura maternal; la gracia perfecciona lo que la

naturaleza había incoado. Son madres por amor, después de haber renunciado por amor a las alegrías y gozos de la maternidad común.

La Santísima Virgen fue creada para ser en verdad la Madre del Hijo de Dios: éste era su destino, ésta la razón última de su existencia terrestre. ¿Y no habrá hecho Dios con ella lo que hace con las demás madres? Y si lo hizo más completamente, como no podemos dudarlo, ¿por qué no diremos que su amor hacia el Redentor futuro tuvo desde el principio, sin que ella lo advirtiese, algo maternal? Llega la hora en que los designios de Dios se realizan; el germen depositado en su corazón se corona, por decirlo así, naturalmente, de afecciones en armonía con su misión divina; sin duda entonces el Espíritu Santo desciende sobre ella como torrente de fuego; pero esto es solamente para dar a su amor una intensidad nueva, un carácter mejor definido, porque ya en su primera descensión había encendido este fuego divino en las entrañas virginales de María.

La conclusión que nace de estas consideraciones acerca del mutuo amor de la Madre y el Hijo no es ya dudosa. Tantos méritos de una parte y tantos motivos de la otra para manifestar, por impulso natural, la más filial ternura, no podrían comprenderse si el omnipotente y amantísimo Hijo de María no la hubiese enriquecido sin tasa con los bienes sobrenaturales cuyo manantial es él (Pueden leerse con fruto acerca de esta materia, en primer lugar, los sermones de Bossuet para las fiestas de la Compasión y de la Natividad de la Virgen, los de Santo Tomás de Villanueva (II Conc. *In fes Nativit.B.M.V.*, conc. 2) : Endmer, De excell. Virg., c. 5, 1, c.; San Francisco de Sales, **Tratado del amor de Dios,** L. VII. 13, etc. También sería útil tener presente el preámbulo que San Ignacio puso a la cabeza de su contemplación para alcanzar el amor de Dios, después de la cuarta semana de los Ejercicios Espirituales. "*Empecemos reconociendo dos verdades: la primera, que el amor consiste más en obras que en palabras (I Joan., VIII, 18) : segundo, que el amor reside en la comunicación mutua de los bienes...*" ).

No será apartarnos de nuestro asunto el transcribir, para terminar, la conmovedora súplica que inspiró a San Anselmo la meditación del mutuo amor de Jesús y de María.

"*Oh Jesús, Hijo de Dios, y tú, María, su Madre, es vuestra voluntad justísima que todo lo que vosotros amáis lo amemos también nosotros con vosotros. Por tanto, oh, el mejor de los Hijos, yo te conjuro, por el amor que tienes a tu Madre, que, así como tú la amas verdaderamente y deseas que sea amada por todos, me concedas que yo la ame a ejemplo tuyo muy de verdad. Y tú, Madre buena, por el amor que tienes a tu Hijo, alcánzame que yo le ame de verdad, como tú de verdad le amas y como ansias que sea de todo corazón amado. Mira que lo que te pido es según tu voluntad. ¿Por qué, pues, mis pecados han de ser obstáculo, estando como está en tu poder el concederme esta gracia? Tú, amante lleno de misericordia para con los hombres, que te dignaste amarnos a nosotros, que somos tan pecadores, y nos amaste hasta la muerte, ¿podrás desechar nuestras peticiones, en las que pedimos el amarte a ti y a tu madre? Madre de este amador de los hombres, que mereciste llevarlo en tus entrañas purísimas y amamantarlo con la leche de tus pechos, ¿por ventura te faltará poder o voluntad de obtenernos su amor y el tuyo, cuando os lo pedimos de rodillas? Pídoos, pues, que mi alma os honre como vosotros merecéis; que mi corazón os ame como es justo hacerlo; que mi espíritu os quiera como a él mismo le conviene; que mi carne os sirva como debe y que en esto se consuma mi vida, para que con todo mi ser yo os cante por toda la eternidad: Bendito sea eternamente el Señor. Así sea, así sea*" (S. Anselm., orat. 52 (olim. 51). P. L. CLVIII, 959*)*.

## CAPITULO 6

**Dos reglas muy útiles para determinar las prerrogativas particulares que pertenecen a la maternidad divina. (1)**

**Primera regla**: Todos los dones de gracia concedidos a los Santos, la Madre de Dios los ha recibido en su forma propia, o de manera más eminente y más digna de ella.

**Sentido** de la regla y cuál fué siempre su uso.

La primera regla para determinar en particular cada una de las prerrogativas concedidas por Nuestro Señor a su divina Madre es la palabra de Dios, palabra escrita y palabra transmitida por la tradición. Mas cuando ni la Sagrada Escritura ni la tradición sean suficientemente claras y explícitas, ¿a qué reglas acudiremos? Y cuando deduzcamos aquellos privilegios de la palabra de Dios, ¿de qué medios nos valdremos para ilustrar y confirmar nuestras deducciones? A la resolución de esta cuestión se enderezan este capítulo y el siguiente.

**I.—** He aquí la primera regla y, si es lícito usar de esta palabra, el primer criterio. Todos los privilegios de gracia que hallaréis en los siervos de Dios, todos, sin vacilación, se deben atribuir, y en grado superior, a la Madre de Dios. Esta es, repetimos, la primera regla con que podemos determinar en particular las perfecciones sobrenaturales que se derivan de la maternidad divina. Mas para fundarla sobre base sólida es necesario puntualizar su significación y su alcance. Ahora bien, en los autores que más particularmente han formulado esta regla hállanse tres restricciones principales.

*Primera restricción*: Para que los privilegios a que nos referimos puedan afirmarse de la bienaventurada Virgen es necesario que no sean incompatibles ni con su estado presente, como sería la posesión estable de la visión beatífica mientras fue **viadora**; ni con la perfección de la inocencia y santidad, como serían la gracia de la penitencia y las lágrimas del arrepentimiento; ni con la condición de mujer, como lo sería el sacerdocio y, en general, cualquier ministerio sagrado en cuanto a sus funciones propias. Que esta restricción sea razonable es cosa harta clara. Pero todavía es necesario admitir que, exceptuando las gracias reservadas para el **término**, la bienaventurada Virgen poseyó **eminentemente** todas las otras que por su perfección o por su condición no podía recibir con el carácter formal y específico de las mismas. Y en esta forma pudo tener de la penitencia el odio del pecado y el amor de Dios, que para el pecador son la medida y la fuente de ella. Así también pudo ejercer de modo excelentísimo las funciones del sacerdocio, pues de ella y por ella recibimos el Verbo encarnado, nuestro Pontífice y nuestra Víctima, el Maestro y la Luz del mundo, pues que ella tuvo en el sacrificio del Calvario y en la institución de los Sacramentos de la Iglesia y de la Iglesia misma, una parte propia y peculiar de ella junto a su Hijo, nuestro Salvador.

*Segunda restricción*: Tampoco pretendemos atribuir a María todos y cada uno de los favores particulares de la divina bondad, de que nos hablan las vidas de los Santos. Hubo siervos de Dios que fueron alimentados milagrosamente y otros a los que los ángeles administraron la Sagrada Comunión. Erradamente se pretendería deducir de estos hechos que los ángeles también debieron alimentar a la Santísima Virgen con el pan material o con el pan de la Eucaristía, alimento celestial de las almas. Si alguna vez la Virgen Santísima hubiera tenido necesidad de ser asistida por los ángeles en cuanto a la alimentación de su cuerpo o de su al-

ma, es indudable que los ángeles se hubiesen apresurado a atenderla y asistirla, como a su Reina que es. Pero nada nos obliga a afirmar el **hecho particular** en virtud de la regla establecida. Por la misma razón, del hecho particular que se dice verificado en el niño que después fue San Ambrosio de Milán, esto es, que un enjambre de abejas se posó en sus labios, o de otros hechos particulares análogos que anunciaron proféticamente el destino de algunos santos, no se debe concluir que también en la Virgen se realizaron idénticos o semejantes prodigios. Esto no lo pide ni la perfección de su alma ni el cumplimiento de su divina misión. Mas, a falta de estos favores particulares, gozó de otros que los incluyen y los exceden. Así, por ejemplo, tuvo una asistencia angélica más universal y más eficaz que desde el principio del mundo hasta los tiempos más próximos al Mesías prometido; gran número de profecías y figuras anunciaron al mundo a esta Virgen y sus privilegios.

Tercera restricción: La regla se refiere a los dones que tienen por fin propio la santificación del alma y tienden a promover y perfeccionar la unión sobrenatural con Dios. Algunos teólogos (Por ejemplo, el P. Ben Plazas, *Causa Inmac. Concept*., pág. 131, sq.1) vacilan en darle más extensión. A nosotros nos parece que son excesivamente tímidos. Indudablemente, esta regla se refiere, ante todo, a los dones santificantes. Pero el acuerdo unánime de los que la establecieron va más allá. Estiman, como lo veremos en seguida, que la regla comprende otras gracias que, sin ser por sí mismas santificantes para la persona que las recibe, le son dadas para cooperar dentro de los límites de su misión, a la perfección de los demás. Tales son en particular los dones sobrenaturales llamados **gracias gratuitamente dadas** (Cf. S. Thom., 1-2, q. III, a. I.2). Por lo demás, aun aquellos mismos que ponen esta tercera restricción, frecuentemente la olvidan cuando llega el momento de aplicarla. Parece, pues, preferible atenerse a las dos primeras restricciones, y de ello estamos tanto más persuadidos cuanto apenas conocemos autor que prácticamente respete la tercera restricción. Mas no olvidemos que si la regla pide que se afirmen de María todos los privilegios de gracia concedidos liberalmente a los otros santos, la misma regla exige que sea en grado más excelente y con medida más amplia. La maternidad divina es un título al que ninguno otro iguala, y, por consiguiente, nada puede igualar tampoco a los dones que son inherentes a la maternidad o que ella reclama.

**II.—** Esta regla, tan gloriosa para María, está expresamente formulada por los teólogos escolásticos más ilustres, los cuales la recibieron de sus antepasados y de los Santos Padres, cuyo eco fiel se muestran. Detengámonos en algunos pasajes. Veamos primeramente la tesis asentada por **Suárez**: "*Ningún don de gracia ha sido jamás conferido a una pura criatura que la Virgen no haya poseído, o de una manera semejante o de una manera más perfecta*" (*De Myster*, *vitae Christi*, D. 4. S. 1, § *Tertio, abdo*). **Santo Tomás de Aquino** formula una regla equivalente: "*Con razón se cree que aquélla que engendró al Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad, debió recibir, más que todos los demás, los más grandes privilegios de gracias... Ahora bien; sabido es que el privilegio de ser santificados antes de nacer fué concedido a algunos otros*", a Jeremías, al Bautista. "*Es, pues, razonable el creer, **rationabiliter creditur**, que la bienaventurada Virgen fué santificada antes de salir del seno maternal*" (3 p., q. 27, a. 1). ¿No es esto consagrar nuestro principio? En otro lugar, el mismo Santo Doctor resuelve una objeción contra este privilegio particular. Dice el adversario, real o ficticio: ¿Cómo puede afirmarse este privilegio, cuando nada dicen de él ni el Antiguo ni el Nuevo Testamento? "*Es verdad; la Escritura no habla de esta santificación de la bienaventurada Virgen expresamente; sin embargo, la podemos tener por cierta, considerando lo que nuestros Libros Santos nos enseñan de Jeremías y de Juan Bautista. Porque si éstos fueron santificados*

*en el vientre de sus madres por haber anunciado a Cristo, ¿cuánto más excelentemente debió serlo esta Virgen, que engendró a Cristo?"* (in III, D. 3, q. 1, a. 2, sol. 3, ad. 3 *et in corp*. Idéntico raciocinio, con expresión formal de la regla, hállase en San Buenaventura in III, D. 1, q. 3).

De esto mismo estaba persuadido **Teófilo Raynaud**, que, en sus **Dípticos de María**, escribe: "*Me preguntáis si entre la multitud de dones que se refieren a la más excelsa pureza del alma, a la unión la más perfecta con Dios, hay alguno que María no haya recibido y que se halle en los otros santos.*" Responde: "*Es necesario tener por absolutamente cierto que la Virgen, como quiera que recibió la plenitud de la gracia, debe por el mismo caso tener en sí todos los privilegios de aquel género concedidos por la divina liberalidad a cualquier santo, sea el que fuere. Esto se infiere de la doctrina de los Santos y de una conveniencia manifiesta*" (*Diptych. Marian*, cant. 3, VIII. pp. 14, 15).

Idéntica doctrina enseña **San Antonio de Florencia**: "*De la misma manera que San Agustín estableció como regla que donde se tratare de pecado de ningún modo puede haber cuestión acerca de la bienaventurada Virgen, sino que es necesario sostener que ella no cometió pecado alguno, así el Beato Alberto (en sus Cuestiones sobre el**Missus est**) dijo con verdad: Cuantas veces habléis de bien, tened por regla y por principio evidente (**per se noto**)que todo bien, hecho o recibido por una pura criatura, se halla en la Madre de Dios, regla y principio del cual no se puede dudar, teniendo en consideración que María, como dijo San Juan Damasceno, en nada puede ser superada por ninguno de las Santos, ni aun por los más esclarecidos*" (*Sum*. P. 4, tit. 15, c. 10, *De triplici genere grat*. 2).

En todo el decurso de los siglos hallamos esta regla, no solamente formulada, sino constantemente aplicada. La profesa **San Lorenzo Justiniano**: "*En María se halla todo honor, toda dignidad, todo mérito, toda gracia y toda gloria*" (*De Casto Connub. animac et Verbi*, c. 9). Es también de San Bernardo, en su célebre carta a los canónigos de Lyon: "*Aun aquello que han recibido de Dios muy pocos mortales, no puede faltar en una Virgen tan grande, por la que toda mortalidad sube del sepulcro a la vida*". También la tiene el piadoso y sabio **Raimundo Jordán**: "*Oh María, eres toda hermosa en tu alma, porque tienes por ornamento la plenitud de todas las prerrogativas celestes y de todas las virtudes. Toda hermosa en tu concepción, porque fuiste hecha únicamente para ser templo de Dios Altísimo... Todas las hermosuras, todas las virtudes, todas las gracias concedidas por tu Hijo bendito y más que bendito a una pura criatura, todas te las concedió a ti, y en grado muy superior. En todo esto no has tenido semejante antes de ti ni lo tendrás después de ti... En resumen, no hay género de belleza sobrenatural con el que no resplandezcas, oh Virgen más que bienaventurada. Ni un don siquiera hay concedido a un santo, sea el que fuere, que a ti haya sido negado. Todos los privilegios de los santos los has reunido en ti. Nadie te iguala; sólo Dios está por cima de ti... Por tanto, oh gloriosísima Virgen, eres toda hermosa, no en parte, sino totalmente. En ti ninguna mancha de pecado, ni mortal, ni venial, ni original, ni en lo pasado, ni en lo presente ni en lo venidero. Tuyas son todas las gracias en bienes naturales, en prerrogativas sobrenaturales, en dones celestiales...*" ( "*Idiota*",*Praelec. seu contempl*. de B. V. P. 2, contempl. 3).

También la consigna el autor anónimo del célebre **Tratado de la Concepción de la Virgen**: "*No hay ningún privilegio concedido por tu Hijo a una criatura, fuera de su propia persona, que haya podido él, sin incurrir en inconsecuencia, negarte a ti, oh, la más dichosa de las mujeres, porque quiso hacerte su Madre*" *(Tract. De Concept. B. Mar.* P. L. CL1X, 305*)*. Es de un piadoso y sabio benedictino del siblo XII, que la utiliza como argumento victorioso para demostrar la Asunción corporal de la bienaventurada Virgen: "*¿Diré que fue transportada al cielo con su cuerpo o sin él? Respondo: Con su cuerpo. Si me engaño, mi error no puede desagradarme; hallaré excusa ante la Madre de la misericordia, en la fuente de toda piedad ¿Podría yo confesar que el Hijo de Dios haya ne-*

*gado a su Madre un privilegio alguna vez concedido a alguno de sus servidores? Elias sube al cielo en carro de fuego, ¿y la Madre de Dios se pudrirá en el sepulcro? Si la tierra guardó su cuerpo sagrado mientras su alma volaba a Dios, deberíamos confesar también que el Hijo privó a su Madre de un culto de honor con el que glorifica a los confesores y a los mártires. La cabeza de Juan, las reliquias de una muchadumbre de otros santos bienaventurados reciben nuestros homenajes, ¿y el cuerpo de la gloriosa Virgen no será venerado ni en la tierra ni en el cielo?*" (Absalón, abbas Sprinckirsbac, Serm. 44, *In Assumpt*. P. L. CCXI, 255, sq. Serm. 45. ibíd., 257).

Por lo demás, no solamente la Asunción, sino muchísimos otros privilegios, han deducido de los mismos principios los Santos Padres y los más recomendables autores. Más adelante lo veremos plenamente comprobado al explicar las principales mercedes concedidas a la Madre de Dios. Algunas veces esta regla es el motivo principal, por no decir único, para atribuírselos. Lo veremos, por ejemplo, cuando tratemos de si María, en el curso de su vida mortal, recibió la gracia de una visión transitoria y momentánea de la esencia divina y de sus perfecciones.

Y como el Occidente, así piensa y así habla el Oriente. Ved, si no, lo que dice **Basilio de Seleucia:** "*Si Dios colma de tantas gracias a sus buenos servidores, ¿qué dones habrá otorgado a su Madre? ¿No excederán incomparablemente a los favores concedidos a todos los demás? Es evidente. Si Pedro fué proclamado bienaventurado, ¿no llamaremos nosotros singularmente bienaventurada entre todos los bienaventurados a la Virgen que engendró a aquél a quien Pedro confesó por Hijo de Dios vivo? Si Pablo es llamado vaso de elección, porque llevó el nombre de Cristo por toda la tierra, ¿qué vaso será la Madre de Dios... ? Oh, Virgen Santísima, sean cuales fueren las prerrogativas y sea cual fuere la gloria que mi piedad te atribuya, jamás me apartaré de la verdad, sino que siempre quedaré por debajo de ella*" (or. 39, *In Deip. Assump*. P. G. LXXXV, 448.).

¿Deseáis una expresión más enérgica y más clara y manifiesta de nuestro axioma? La hallamos en esta fórmula mil veces repetida por los Santos Padres y por todos los labios cristianos: "*A los demás, la gracia ha sido dada por partes; a María, en toda su plenitud*" (S. Petr. Chrysol., Serm. 143, De Anunciat. V. P. L. LII, 683). Por consiguiente, todo lo que los demás han recibido lo posee María, y en medida incomunicable; todo, decimos, sin excepción: ¿qué excepción cabe en la plenitud?

Podríasenos responder que en este texto y en otros semejantes la plenitud de la gracia es el mismo Autor de la gracia, Jesucristo, el Hijo de María. Es verdad; pero esto mismo prueba dos cosas que vienen de una manera manifiesta a confirmar nuestro principio. La primera, a cuyo desarrollo dedicaremos largo espacio en la segunda parte de esta obra, es que todos los dones de Dios nos vienen por medio de María; la segunda, que el Autor de todas las gracias no pudo tomar carne de ella sin darle en retorno y con toda su plenitud todas las gracias que él distribuiría entre los redimidos. Sería necesario estar muy en ayunas de la lectura de los Santos y de los Santos Padres para no haber aprendido de ellos estas dos consecuencias. "*La santificación de María fué el canal por donde la fuente de la divina gracia se derramó sobre la universalidad del género humano*", había escrito Raimundo Jordán algunas páginas antes de la que poco ha transcribimos.

Poco ha también oíamos a **San Bernardo** afirmar en términos expresos este mismo principio que vamos desarrollando. El santo nos representa a María toda inundada de gracias sobreabundantes y sirviendo a su Hijo de acueducto para difundirlas en las almas. Y ¿qué

prueba aduce para justificar tan inefables privilegios? El título incomunicable de Madre de Dios. "*¿A cuál de los ángeles ha sido dicho: El Espíritu de Dios descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por esto el Santo que nacerá de ti se llamará el Hijo de Dios... ? Mucho es para un ángel ser ministro del Señor. María mereció algo que es infinitamente más sublime. ¿Qué? Ser la Madre de Dios. Y así, por un privilegio singular, fué hecha tanto más excelente que los ángeles cuanto el título de Madre excede en dignidad al título de ministro*" (Serm. *De Aquaed, In Nativit. B. M. V.*, n. 12. P. L. CI.XXXIII, 444). Y con esto volvemos a la base de nuestro principio y queda más y más demostrada su solidez. Es que la condición de Madre de Dios encierra eminentemente todos los otros títulos que tiene María a los favores divinos. La maternidad divina atrae a María todo lo que la divina liberalidad ha derramado en las demás criaturas en cuanto a bienes sobrenaturales se refiere. Vacilar en admitir en María perfecciones que admiramos en otras criaturas seria poner en duda o el valor universal de su título o la sabiduría del Repartidor de la divina gracia y negar la plenitud afirmada por el cielo mismo, que, por mediación del ángel, le dijo: *Ave gratia plena.*

Terminemos este capítulo con un hermosísimo texto de **Santo Tomás de Villanueva**: "*De los dones, de las gracias, de las virtudes de María, ¿qué podemos decir sino que recibió todo aquello de que es capaz una pura criatura? Por tanto, así como en la creación del mundo todas las criaturas fueron encerradas en el hombre, que por esta causa se llama mundo pequeño, microcosmos, así en la reformación del mundo todas las perfecciones de la Iglesia y de los Santos fueron encerradas en la Virgen, y por esta razón podría llamársela el mundo pequeño de la Iglesia microcosmos* ***Ecclesiae***. *Todo lo ilustre que hay en los santos, todo lo grande, está en ella... En ella la pureza de las vírgenes, la fuerza de los mártires, la devoción de los confesores, la sabiduría de los doctores, el desprecio del mundo de los anacoretas; en ella está el don de sabiduría, el de ciencia, el de inteligencia, el de consejo, el don de piedad, el don de fortaleza y todas las gracias gratis dadas, que enumeró el apóstol*" (*In festo Nativit. B. V. M.* Conc. 3, n. 8. Opp. II, 404).

¿Sería María, como realmente lo es, la Reina de todos los santos y de todos los órdenes de santos si uno entre ellos pudiera gloriarse de poseer una prerrogativa de gracia que no se diese en María, o si se diese, mas no, en un grado más excelente que se da en los santos? ¿Sería tipo y ejemplar de la Iglesia de Dios, como la llaman los Santos Padres, si hubiese en la Iglesia y en los miembros de la Iglesia una sola perfección que, ya en su propia forma, ya con un carácter superior y más divino, no fuese parte de la dote de la Santísima Virgen?

Después de todo lo dicho, vengan ciertos espíritus mezquinos diciendo que no hacemos bien al enaltecer tanto los privilegios de María, Madre de Dios; les contestaremos remitiéndolos a los santos más ilustres, a los sabios más graves; y si, después de haberlos leído y entendido, aun tienen que recriminarnos de algo, será, como decía Basilio de Seleucia, de habernos quedado muy por debajo de la verdad.

## CAPITULO 7

**Reglas para determinar las prerrogativas particulares que pertenecen a la maternidad divina. (2) - Segunda regla: la conveniencia.— Sentido y uso de esta regla.**

**I.—** Debemos atribuir a la bienaventurada Virgen todas las perfecciones, que, todo bien considerado, se ve convienen a su dignidad de Madre de Dios, con la siguiente condición: que no sean incompatibles ni con su condición de criatura y de mujer, ni con su estado, ni con la doctrina de la Iglesia y la palabra de Dios.

Importa mucho puntualizar los límites de esta regla, pues por no haberlo hecho así algunos autores, dieron lugar a justas críticas y provocaron suspicacias aun en almas buenas. Pues bien; al hablar de perfecciones *convenientes*, intentamos significar, no solamente aquéllas cuya privación sería indecorosa, inconveniente (Indecente, en el sentido que tiene en latin esta palabra, "*indecens*"), sino también aquéllas cuyos contrarios serían en realidad (no sólo en la imaginación) *menos* convenientes en la Madre de Dios. La regla comprende dos partes.

**Primera parte**: Si hay una perfección, un privilegio especial de gracia, que se armonice con la maternidad divina y tienda por su naturaleza a hacer a María más santa, más pura, más digna del Verbo humanado, más apta para el cumplimiento de su misión, no es temeridad, sino prudencia y justicia el afirmarla de la Madre de Dios. Esto es lo que nos enseña la autoridad de los santos y de los doctores que están mejor informados, si es lícito usar esta palabra, acerca de las grandezas de María. La dificultad no está en comprender el sentido de la proposición, sino en juzgar cuáles privilegios de gracia y cuáles perfecciones responden mejor a la dignidad de Madre de Dios y a sus funciones propias. Respecto de este punto hemos de confesar que son posibles la incertidumbre y el error, como consta suficientemente por la experiencia. Para prevenir falsas interpretaciones se ha añadido de intento lo demás de la regla.

**Segunda parte:** Con todo, es necesario que las prerrogativas atribuidas a la Virgen no estén en desacuerdo ni con su condición de criatura y de mujer, ni con su estado presente, ni con las verdades contenidas en la revelación divina y enseñadas por la Iglesia. Como fácilmente se ve, estas restricciones son poco más o menos las mismas que se pusieron a la primera regla. Es verdad que a la Madre de Dios conviene el ser iluminada por los esplendores de la visión beatífica; pero no podemos deducir que la gozase en los días de su vida mortal de una manera habitual; nuestro estado presente, el *estado de vía*, no admite la visión beatífica habitual en una pura criatura. Otro ejemplo: si la primera Madre de los hombres salió de las manos del Creador tan hermosa y tan pura que la gracia no halló en ella sombra de mancha, no sólo que borrar, sino que *prevenir*, ¿quién dirá que semejante prerrogativa no convenía a la futura Madre de Dios? Mas como ella era hija de Adán, como nosotros; nacida en una unión natural, como nosotros, su gracia, aunque excediese en excelencia a la de Eva, debía ser una gracia de *preservación* al mismo tiempo que una gracia de santificación. También parecería muy puesto en razón que el poder de consagrar el cuerpo del Señor y de darle su ser místico en la Eucaristía convenía más que a cualquiera otra persona a la Santísima Virgen, que es a quien debemos el tener a Jesucristo en carne; y, sin embargo, no es así, porque en el reino de Jesucristo la potestad de orden es, por suprema conveniencia, patrimonio del varón, con exclusión de la mujer, y éste es un dogma de nuestra fe.

Inmaculada en su origen, inmaculada en toda su vida, siempre hija de Dios, Madre de la Vida, parece que María no debía morir; pero si recordamos que su Hijo murió y que ella mereció ser su cooperadora y su asociada en la gran obra de la Redención, veremos que no hay real y verdadera conveniencia en que fuese exceptuada de los dolores y de la muerte. Por último, para aducir un ejemplo con que terminar la serie, siendo la maternidad divina de tanta excelencia, ¿no sería *conveniente* que la gracia inicial de María fuese, no sólo equivalente, sino superior dos, tres, cuatro veces a la que poseyeron y poseerán todos los ángeles y todos los santos *juntos* en el término de su santidad? ¿Por qué poner límites más restrictivos? Respuesta: Sí; esto sería más conveniente si el título que da entonces a María su condición de *futura* Madre de Dios excediese hasta ese grado al mérito final de todos los otros santos. Mas como no hay nadie que presuma afirmar una preeminencia tan extraordinaria, la condición de la Virgen en su origen, comparada con la de los santos en su término, no permite que se tenga por conveniente una medida de gracia tan superior a toda otra medida.

Esto basta, no sólo para determinar con exactitud la significación de la regla, sino también para descartar casi todas las objeciones que ha podido suscitar.

**II.—** Comunísimo es el uso que hacen de esta regla los más graves autores, y, a la verdad, con muy sólido fundamento. Valiéndose de esta regla (No decimos que valiéndose solamente de esta refría, porque solas razones de conveniencia, aunque tuviesen fuerza para engendrar certeza, no bastarían para fundamentar una definición en la que la verdad fuese propuesta romo revelada), probaron la Concepción Inmaculada de María. Testifícalo este pasaje de Salmerón en sus comentarios sobre la *Historia evangélica*. Habla el ilustre exégeta del modo tan sublime de redención con que fue preservada la Virgen del pecado original. "*Dios* —dice— ***podía*** *hacerle esta gracia;* ***convenía*** *además que se la hiciera; por tanto, sin duda, se la hizo*" (Alphons. Salmer., Comment. in Histor. Evangel., tract. XII, III, p. 110 (col. Agripp).

Otro testigo en la misma materia es este texto de otro grave teólogo de la Edad Media. Hacíase esta pregunta: si "*la Virgen, eternamente elegida por Dios para engendrar al Hijo de Dios, había sido concebido en pecado original*". Encierra su respuesta en dos conclusiones, en cuanto a la substancia, idénticas a las de Salmerón. Dios pudo preservarla; *convenía* que la preservase; por consiguiente, debió preservarla, y, por tanto, la Virgen fue inmaculada desde el primer instante de su existencia (Thom. de Argent., Ord. Eremit. S. Agustín., in III, D. 3, q. 1, a. 1).

Testigo de la misma verdad es también Suárez, a propósito de la Concepción de la Madre de Dios. "*En duodécimo lugar podemos razonar así: los teólogos no emplean argumentos más eficaces para demostrar otras perfecciones de la bienaventurada Virgen que los que se apoyan en la* ***conveniencia de las cosas (in decentia rei)****, y la razón por la que los estiman tan fuertes es que esta bienaventurada Virgen debía ser digna Madre de Dios. ¿Por qué, pues, hemos de negarles la misma eficacia, por no decir una mayor todavía, en la materia de que tratamos?*" (Suarez. *De Myster, vitae Christi, D. 3, s. 5, párrafo duodécimo, etc.).* En estas palabras vese que el gran teólogo no se contenta con recurrir a la conveniencia, sino que además tiene este género de argumento por muy legítimo y fundado en el uso común de los doctores.

Escoto es tenido generalmente por uno de los primeros, si no el primero, que entre los teólogos de la Escolástica combatió en favor del glorioso privilegio de María. Pues bien; después de haber propuesto tres hipótesis, según él, posibles: "*la bienaventurada Virgen pudo no estar ni un instante sin el pecado original; pudo estar un solo instante; pudo permanecer en él durante*

*algún tiempo*", concluye con estas palabras: "*De estas tres hipótesis posibles, la que se realizó Dios lo sabe. Con tal que la autoridad de la Iglesia y la de la Sagrada Escritura no se opongan, me parece probable (es decir, cosa digna de aprobación) que es necesario atribuir a María aquello que sea más excelente*" (Scot.. In III Sent.. d. 3, q. 1, n. 9. En los números siguientes, 14-16, indica extraordinaria sagacidad la forma con que deben ser resueltas las dificultades sacadas de las Sagradas Escrituras y de los Santos en las que se afirma la universalidad del pecado original. Si ninguno está exceptuado, es sólo en este sentido que "*todos tienen al menos, en virtud de su origen, el **debitumcontrahendi**, contraherentque nisi ex privilegio eximerentur, esto es, todos deben contraer, y de hecho contraerían, sin un privilegio que los preservara*". En otro lugar, el Doctor Sutil es más afirmativo, pues dice expresamente (Dist. 18, qu. unic, n. 12) que "*la bienaventurada Madre de Dios no fue nunca su enemiga, ni por razón del pecado actual ni por ratón del pecado original, pero lo hubiera sido si no hubiera sido preservada*". Es de notar la hermosa observación que hace en la tercera distinción: la Virgen tuvo mayor necesidad de redención que cualquier otro descendiente de Adán, porque ella fue más **perfectamente y más plenamente**rescatada), es decir, la exención del pecado de origen (A propósito de los ataques contra la *piadosa opinión* según la que todas las gracias no son dispensadas por mediación de María, ved las reflexiones que hace San Alfonso de Ligorio en su explicación de la Salve (Glorias de María, primera parte, cap. 5), las cuales confirman admirablemente la doctrina de este capítulo. "*Cuando una opinión es de alguna manera honrosa para la Santísima Virgen y además no está desprovista de fundamento ni, por otra parte, repugna a la fe ni a los decretos de la Iglesia ni a la verdad, no seguirla o contradecirla con pretexto de que la opinión contraria puede ser verdadera, es mostrar poca devoción a la Madre de Dios. Yo no quiero ser de estos devotos tan reservados ni tampoco quisiera que, mi lector lo fuese. Prefiero ser de aquéllos que creen plena y firmemente todo lo que sin error se puede creer de las grandezas de María, y en efecto tengo la misma manera do pensar que el abad Ruperto, que coloca entre los homenajes más gratos a la Reina del rielo tina creencia firme en todo aquello que realza la gloria de la Señora. Además, aunque no tuviésemos más que la autoridad de San Agustín para quitarnos el temor de ir demasiado lejos en las alabanzas de la Santísima Virgen, sería muy suficiente. Pues bien; según este Santo Padre, todo lo que podamos decir en honra de María será poco comparado con lo que merece la Madre de Dios: pensamiento que la Iglesia hace suyo cuando canta en su Liturg:a : Tú eres feliz, oh sagrada Virgen María, y dignísima de toda alabanza, poique de ti ha salido el Sol de justicia, Cristo nuestro Dios*" (Missa votiv. Nativit., Resp. I.) Hay que notar que el sermón citado por San Alfonso no es de San Agustín, sino de Fulberto de Chartres o de Ambrosio Autbert. Hállase en la P. L. XXXIX. serm. 208 in append. serm. S. August. Por lo demás, nada se contiene en dicho sermón que cien veces no pueda leerse en los Santos Padres).

"*Ciertamente* —dice también uno de los maestros más piadosos y más sabios— *era por extremo conveniente que Dios, Creador, queriendo unir a su persona una naturaleza creada, la enriqueciese, con medida incomparable, con los privilegios de la gracia y de la gloria, con todas las virtudes perfectas y con todos los dones del Espíritu Santo. También fue conveniente por extremo que a esta Virgen que él escogía para Madre suya preparase con mayor abundancia y con mayor excelencia que a cualquiera otra criatura las mismas prerrogativas de gracia y de gloria. Y la razón de esta conveniencia es que todas las otras criaturas son siervas y María es Madre. A la humanidad que él hizo su naturaleza era necesario revestir con adornos y hermosuras sin par para que fuese digna de él; a la persona humana a quien hacía su Madre era necesaria una belleza, una perfección que únicamente cediese a la de la naturaleza humana de Cristo*" (Dionys. Carthus., *De Laudibus Virginis*, L. I).

He aquí la conveniencia que regula los dones concedidos por el Verbo divino a su Madre y el juicio que nosotros debemos formar sobre los mismos. Es el *quantum potes, tantum aude*, en su acepción más amplia. Si una cosa cede en honra de María; si ésta, al poseerla, es más santa, más pura y más grande a los ojos de Dios y de sus ángeles, esto basta para afirmarla mientras no lo prohiba el mismo Dios o con las disposiciones de su providencia o con la autoridad de su palabra.

Al mismo principio de conveniencia recurría el monje Nicolás de Santo-Albano, en una controversia sostenida con Pedro, entonces abad de Celle y más tarde obispo de Chartres. Discutíase entre ellos si la **integridad** de la Virgen, en el tiempo que procedió a su maternidad, fue tan perfecta como lo fue después de la concepción virginal del Salvador. Es hoy muy difícil ver cuál era el punto preciso en que Pedro y Nicolás estaban en desacuerdo. Pero no es ésta la cuestión que ahora tenemos que dilucidar. Lo que ahora importa es señalar el género de argumento utilizado por el monje inglés para sostener la tesis de la total y perpetua inmunidad de María. **Pedro de Celle**había declarado que él se atenía a la autoridad de la Iglesia y de las Santas Escrituras. "*Pues en cuanto a mí* —responde su antagonista— *si algo he escrito de la Virgen que no he leído en los libros canónicos, es cosa que conviene para alabanza de la Virgen, para alabanza del Hijo de la Virgen. Acerca de la Virgen se presumen (se presuponen) muchas cosas que no se leen en ninguna parte, y, con todo, es necesario atenerse a estas presunciones hasta tanto que lo contrario sea demostrado*" (Epístola 172, ínter, P. L. CCII, 926).

Otra cuestión que se resuelve no más que con usar de argumentos de conveniencia es la de la aparición de Nuestro Señor a su divina Madre inmediatamente después de su resurrección gloriosa. A los que, apoyándose en el silencio del Evangelio y de los antiguos Padres, negaban que la Santísima Virgen hubiese sido la primera en contemplar a su Hijo resucitado, los partidarios del privilegio de María contestan que no todo está escrito en el Evangelio; el cual, por otra parte, es natural que hable de aquellas manifestaciones que, atendida la condición del testimonio, podían ser de más peso para aquellos a quienes se pretendía persuadir y convencer. Y si los antiguos Padres imitaron el silencio del Evangelio, débese a que explicaban sólo la letra del Evangelio y, además, a que la cuestión todavía no había sido suscitada. Mas, añadían, por lo mismo que la Sagrada Escritura y la tradición no van contra aquella sentencia, su silencio nos da derecho a afirmar lo que ellos callan. Primero, apareció a la Virgen María, lo cual, aunque no se diga en la Escritura, se tiene por dicho en decir que apareció a tantos otros, porque la Escritura supone que tenemos entendimiento, como está escrito: "*¿También vosotros estáis sin entedimiento?*" Así habla **San Ignacio** en la exposición de los misterios gloriosos (Ejercicios Espirituales, de la Resurrección de Cristo Nuestro Señor y de la primera aparición suya). ¿No sería cosa indigna que el Salvador que viene a consolar el corazón afligido de sus discípulos y hacerles partícipes de su gozo inefable, no consolase y llenase de alegría antes que a todos los demás a su Madre divina, a aquella Madre que había participado más abundantemente que todos los demás de las angustias de su Hijo, la más amada de su corazón, la más amante, la más unida y la más una con él, la más digna, en una palabra, de contemplarla en la gloria de su resurrección?

Y esta es la razón por que los más ilustres intérpretes de las Sagradas Escrituras, por ejemplo, Toledo y Maldonado (Maldon.. *Comment, in IV Evang*., ad c. 28 Matth. : Toled.. *Comment.. in Joan*., c. 20); sabios como Baronio y Suárez (Barón., *Ann. eccles*., ad. an. 34, § 183: Suar.. *De Myter. vitae Christi*. D. 49, sect. I); antiguos y piadosos escritores, cuales fueron

el abad Ruperto y Bartolomé de Trento (Rupert.. L. VII, *De div offic*., c. 25. P. L. CLXX, 306; Barth., *Vitae et actus SS*., c. 56, in fest. Resurrect.); santos y bienaventurados, entre los que se pueden citar Amadeo de Lausana y Bernardino de Sena (B. Amed. Lnusan., Hom., *De B. V.*, hom. 6: S. Bcrnadin. Sem., Quadrages. I, Dom. in Resurrect., serm. 52, a 3, c. 3, II Opp. (edit. Lugd.), p. 310 sq.), admitieron esta aparición. Del sentimiento íntimo de esta absoluta conveniencia brotó la persuasión más que secular en que están comúnmente los pueblos cristianos de que la Virgen Santísima fue la primera que contempló a Jesucristo en su triunfo.

Y esta persuasión vive no sólo en la Iglesia latina, sino que se halla extendida por la Iglesia griega. El obispo **Jorge de Nicomedia** hace asistir a la Santísima Virgen a la resurrección de su Hijo: "*Porque era soberanamente justo que ella fuese entre todos la primera que gozase de un triunfo, que había de ser para todos nosotros fuente de inefables alegrías; ella, María, a quien habían sido confiados los misterios más ocultos; ella, a quien mil espadas habían atravesado en la Pasión: Sí; convenía que, habiendo tenido ella sola parte tan escogida en las angustias de su Hijo, también tuviese la parte principal y primera en todas sus alegrías*" (On. 9, P. G. C, 1500).

Permítasenos otra cita, que será la última, para acabar esta materia sobre la que no hemos de insistir ya en el decurso de esta obra. Tomárnosla del tan conocido opúsculo titulado **De la excelencia de la bienaventurada Virgen**: "*A quien preguntare por qué el piadosísimo Señor, al salir de los brazos de la muerte, no se manifestó primeramente, principalmente, a su dulcísica Madre para consolarla en su dolor, le daremos la respuesta que nosotros recibimos de un varón muy sabio y prudente*. Nos decía: "*Tan grande es la autoridad de los relatos evangélicos, que en ellos no hay nada inútil, nada superfluo. Por esto, si contasen expresamente que el Hijo, a su vuelta de los infiernos del Limbo, se apareció a la Madre del Señor, a la Señora y Soberana del mundo, como lo cuentan de los demás, para informarla de su resurrección, ¿quién no consideraría esto como superfluo? ¿No sería esto poner la Reina del Cielo, de la tierra y de toda la creación en la misma línea que a los demás hombres y mujeres a quienes Cristo visiblemente se manifestó?*" (Eadmer. *De Excellen*. Virg. Mariae, c. 6, P.L., 586).

Recorred con atención los escritos de los Santos y de los Padres y quedaréis maravillados al ver con qué unanimidad se apoyan en el argumento de conveniencia. "*Desde sus más tiernos años, la bienaventurada y gloriosísima Virgen María debía exceder incomparablemente en pureza a todas las vírgenes que vivieron bajo del cielo en todos los tiempos, para recibir decentemente en sí a Dios, que venía en nuestra carne*" (Serm. *De Assumpt*., in Mantisa San Jeronimo, n. 8, P.L. XXX, 129). "***Convenia*** (decebat) *a aquel que es purísimo y Señor de toda pureza salir de un parto perfectamente puro*" (San Cirilo de Jerusalen *Catech*. 12, n. 25. P.G. XXXIII, 757). "***Convenía*** (decebat) *que aquel que entraba en la vida humana para dar a los hombres la integridad y la incorrupción escogiese para tomar su naturaleza mortal una integridad perfecta*" (San Gregorio Niseno *in Christi Nativit*. P.G. XLVI, 1636). Todos, por fin, conocen el magnífico texto de San Anselmo, en el que dice de María: "***Convenía*** *que brillase con la pureza más perfecta que es posible concebir por debajo de Dios esta Virgen, a quien el Padre había de dar a su Hijo unigénito...*"(*De Concept. Virg*., c. 18. P.L. CLVIII, 451).

Vese, pues, que esta **conveniencia** se enlaza en todas partes, y siempre con la maternidad divina, porque tiene por fundamento el honor del Hijo. Ilustra perfectamente esta verdad el antiquísimo autor del libro de la Asunción de la bienaventurada Virgen, al defender este privilegio en una época en que todavía no era universalmente admitido. "*¿Qué diremos de la muerte y de la Asunción de María, pues la Escritura nada nos ha revelado* (por lo menos explícita-

mente*)? Buscaremos y rebuscaremos, con la ayuda de la razón, lo que mejor diga con la verdad, y la verdad para nosotros hará veces de autoridad, cuando más que la autoridad no tiene valor sin la verdad. Mas, ¿cómo la razón nos llevará a la verdad? Tomando por precursor y guía la conveniencia de las cosas*" (*De Assump. B.M.V*. c. 2, inter opp. San Agustín P.L. XL, 1144). Y si le objetáis que esta conveniencia no se da en María, que es una criatura corruptible y mortal, oíd la respuesta: es totalmente para la gloria de Jesucristo, y encierra el fundamento de todos los privilegios de su divina Madre. "*Si este privilegio no* ***conviene*** *a María,* ***conviene*** *al Hijo que ella engendró:* ***Si non Mariae, congruit tamen filio quiera genuit***" (Ib., ibíd.. 3).

¡Cuánto sería de desear que todos los que temen exagerar en las alabanzas de la Santísima Virgen meditasen atentamente estas palabras: *Congruit filio quem genuit*, pues en ellas hallarían la solución de todas sus dudas y de todas sus dificultades! Ser concebida sin pecado original es privilegio que no conviene a María considerada en sí misma; pero conviene al Hijo que ella dio a luz y, por tanto, conviene también a la Madre del Creador. Ser Madre y Virgen juntamente, subir derecha al cielo en cuerpo y alma, sin pasar por la corrupción del sepulcro, todo esto no conviene a María, hija de Adán pecador, *non congruit Mariae*; pero encierra una gran conveniencia para el Hijo que ella engendró, *congruit filio quem genuit* y, por medio de él, a su Madre. Y esta respuesta puede darse, y de hecho la han dado nuestros doctores, cuantas veces ha sido necesario defender o demostrar los privilegios de María, aun los más asombrosos. Mientras la miréis con los mismos ojos con que miráis a los demás santos del cielo, podréis temer el excederos en su alabanza; pero en cuanto volváis los ojos hacia su Hijo, veréis en ella a la Madre de vuestro Dios, y entonces ninguna prerrogativa de gracia o de gloria os parecerá demasiado excelsa para ella, y no le negaréis nada de lo que pueda contribuir a elevarla por cima de todas vuestras concepciones.

**III.—** No se nos oculta que Jesucristo **podía** conceder a su Madre una plenitud de gracias más abundante, porque María recibió los dones de Dios con medida infinita, y si él hubiese sido gustoso de aumentar en favor de su Madre las divinas liberalidades, cierto que esto hubiera sido conveniente. Por tanto, parece que la regla que hemos establecido no es segura. Y tampoco lo sería si se tratase de la humanidad de Jesucristo, pues aunque su gracia creada sea infinita por varios respectos, Dios podía hacerla más excelente en sí misma, si así lo hubiera decidido en los eternos consejos de su sabiduría (S. Thom., 3 p., q. 7, a. 12, ad. 2). A esta dificultad responderemos con dos soluciones. *Primera*: nosotros mismos hemos señalado límites precisos al sentido y alcance de esta regla. *Segunda*: fuera de aquellos límites, no debemos nosotros, por nuestra cuenta, poner limitaciones, como quiera que, por mucho que elevemos nuestras concepciones, nunca llegaremos a la frontera que cierra la expansión de los beneficios de Dios para con su Madre. Osamos decir que nos parecería la divina bondad en exceso avara de sus dones si hubiese negado a esta bienaventurada Madre una perfección que **en verdad le conviniese**.

Por consiguiente, cuando oímos a un autor grave, como el canciller Gersón, declarar falso un raciocinio de este género: "*Cristo pudo y puede hacer esto o aquello, y además, conviene que lo haga; por tanto, lo ha hecho o lo hará*" (Gerson., Tract. *De Suscept. Hum. Christi Verit*. 16 Opp. 1, pp. 452, 453), si se trata de los privilegios de María, nos alzamos contra la generalidad de semejante sentencia, y apelaríamos de Gersón al mismo Gersón, o para obtener la anulación o, por lo menos, para lograr que fuese atenuado el alcance de la misma en conformidad con las restricciones que dejamos expuestas. ¿No fue el mismo Gersón quien, en medio de los

aplausos del Concilio de Constanza, nos dio ejemplo admirable de cómo debemos atribuir a la Madre de Dios todo lo que veamos ser más excelente, es decir, todo lo que es más conveniente? (Cf. L. III. a. I.). Eso mismo hizo él cuando probaba el privilegio de la Concepción Inmaculada por la suprema conveniencia de esta gracia con la maternidad divina ("*María lege privata et privilegiata sic praeventa est ut nequáquam illud genérale (peccatum) contraheret, quoniam hoc potuit et decuit fieri*" Gerson, serm. *De Nativit. B. M. V.*, in, Conc. Constant. Opp. III. 1349). Por otra parte, nos basta pesar sus expresiones para convencernos de que no es tan contrario a nuestra doctrina como parece, aun en aquellas ocasiones en que aparenta rechazarla. En efecto, en el mismo lugar leemos esta otra proposición: "*Lo que no se apoya ni en la autoridad de la Escritura, añadid, ni en una razón probable, debe ser descartado con la misma libertad con que fue afirmado*" (Id. Tract. *De Suscept. Hum. Christi Verit., I.* página 453). ¿Pretendemos acaso otra cosa nosotros y los teólogos y sabios cuyo testimonio hemos invocado? ¿No ponemos por fundamento de todo estos dos dogmas expresamente contenidos en la palabra de Dios: la maternidad de la Virgen y la divinidad de su Hijo? ¿Por ventura no hay razones gravísimas para creer que Dios omnipotente y sumamente bueno supo, en los beneficios con que colmó a su Madre, igualar y sobrepujar todo lo que nuestra pobre inteligencia puede concebir como conveniente a su infinita dignidad? Y si no, ¿por qué los Santos Padres nos dicen y nos repiten a porfía que ninguna alabanza humana puede igualar las prerrogativas de la Madre de Dios? y ¿por qué la misma Santa Iglesia nos prohibe poner límites a su gloria?

Lo que Gersón pretende es que no forjemos de ligero, con el pretexto de conveniencia, mil invenciones vanas y fútiles con las que nada ganaría la dignidad de María; que no propongamos como verdades absolutamente obligatorias doctrinas acerca de las que la Santa Iglesia no ha pronunciado su fallo; que por una conveniencia particular no se quebranten otras de carácter más general y de orden superior; que, en fin, no lleguemos, fascinados por razones especiosas de conveniencia, a sostener en María prerrogativas que no dicen bien con la sana doctrina. Y es que en los tiempos de Gersón hubo ciertos predicadores y panegiristas, más piadosos que ilustrados, que abusaron del argumento de conveniencia (Pueden verse ejemplos curiosísimos de estas fantasías en la obra*Diptycha Mariana*, del padre Teófilo Raynaud. Opp. VII). Y menos aún que en el Occidente se respetaron en el Oriente los justos límites del argumento de conveniencia, al cual se dio con frecuencia alcance mayor del que tiene (Una tradición, nacida de los Evangelios apócrifos, refiere que la bienaventurada Virgen, ofrecida en el Templo a la edad de tres años, era allí alimentada con un alimento celestial que diariamente le servían los ángeles y que para obrar penetraba libremente hasta el *Sancta Sanctorum*. Jorge de Nicomedia, en un discurso sobre la Presentación de María, da por supuesta esta tradición, y ved cómo la justicia con razones de conveniencia: "*Vosotros, que entendéis esta tan admirable y tan nueva manera de vivir de la Virgen en el Templo, no dudéis de ella; mas no examinéis a la luz de la razón lo que excede a toda razón ; no comparéis a ninguna otra cosa lo que es incomparable. Veis una renovación inaudita en la naturaleza, ¿y pondréis en duda lo que yo he contado? Veis al verbo de Dios habitar en el seno de la Virgen, ¿y disputaréis acerca de esta alimentación insólita e inmaterial? El espíritu Santo, por la voluntad del Padre, la cubre con su sombra, ¿y os parecerá cosa extraña que los ángeles sean sus servidores? Nada de lo que toque a esta inocentísima Virgen, por increíble y grande que pareciere, os parezca mal en ella. Era necesario que el Tabernáculo de Dios creciese en esta forma; era necesario que la ovejita inmaculada fuese alimentada y engordada con este divino alimento; era necesario que, no ya el* ***Sancto Sanctorum****, sino el mismo cielo, fuese la morada donde se educase en su primera edad aquella que sobrepuja al* ***Sancto Sanctorum*** *y al mismo cielo por*

*su grandeza y por su pureza; era necesario que, no ya un ángel, sino millones de ángeles, estuviesen dedicados a su servicio.*" Georg. Nicomed., ln SS. Deip ingressum. P. G., C. 1436.). Pero las aplicaciones exageradas de un principio no le quitan su valor, no se lo pueden quitar.

Habiendo sido Gersón principalmente quien dio reglas para el recto uso de este género de argumentación, vamos a transcribir un pasaje importante de sus obras. En uno de sus diálogos entre el Maestro y el discípulo, tan frecuentes en sus tratados sobre el *Magníficat*, el discípulo pregunta si la bienaventurada Virgen recibió el cuerpo y la sangre del Señor en la última Cena. "*Es probable* —contesta el Maestro— *porque ella entonces seguía a su Hijo paso a paso, como decimos nosotros. Y acerca de esta Bienaventurada entre las bienaventuradas hay una multitud de cosas probables que podemos aceptar con piadosa devoción, pero sin considerarnos obligados a creerlas y sin afirmarlas temerariamente, por lo menos, mientras no haya para apoyarlas ni autoridad de la Escritura ni alguna razón convincente.*" Acerca de lo cual insiste el discípulo, con la aprobación tácita del Maestro: "*Con esta cautela resolví yo aceptar vuestros dichos y los de otros doctores en esta materia: de otra suerte sería harto fácil deslizarse por el sendero del error. No me agrada ni me puede agradar la manera tan simple de raciocinar que algunos usan: Dios pudo conferir tal o cual favor a su Madre; luego se lo confirió. ¿No podía él darle el gozo de la Patria desde el instante de su Concepción, y también otras muchas gracias más, que ciertamente no le concedió?*" (Gersón, Tract. 9. *Super Magnificat*. Opp.. III, 391). De donde se deduce que, tanto en este lugar como en otros, Gersón no excluye el argumento basado en una conveniencia seria, sino aquellos que se derivan de una conveniencia incierta o de una pura posibilidad. Por lo demás, para Gersón es una máxima indubitable que cuando se trata de la Madre de Dios no debemos temer excedernos en los elogios, sino quedarnos por debajo de las justas alabanzas (Id. serm. I. *De Concept*., 2 consirerat. Opp., III, 330). Y con este pensamiento del docto canciller cerramos este capítulo.

Después de las consideraciones generales que preceden en los libros anteriores acerca de la maternidad divina de María, ha llegado el tiempo de estudiar los privilegios particulares que con la divina maternidad se relacionan. Pero como dijimos en las primeras páginas de la Introducción, los consideraremos sobre todo en su encadenamiento con la maternidad, que es su centro y su principio. Ilustrar esta dependencia y esta relación íntima será el fin del estudio que vamos a hacer de cada una de las prerrogativas tan liberalmente otorgadas por el Hijo a la Madre. De manera que la segunda mitad de la primera parte de esta obra será continuación natural de la primera mitad. No será, pues, sino desarrollo de ella, porque el conocimiento de la maternidad divina de María, para ser completo, requiere el conocimiento de las gracias singulares cuyo manantial es aquella incomparable prerrogativa.

## LIBRO IV

### CAPITULO 1

### Inmaculada Concepción.—Estudio preliminar acerca del pecado original.

El primero, en el orden del tiempo, entre los privilegios intrínsecos de gracia otorgados a la Santísima Virgen por razón de su maternidad divina, es su Concepción inmaculada. Ex-

pongamos primeramente lo que es en sí misma; después veremos cómo se deriva de la maternidad divina de María, aunque le preceda en el orden del tiempo.

**I.—**Es imposible tener idea precisa de la Concepción inmaculada sin haber estudiado lo que es el pecado original, cuya preservación fué para María lo que llamamos Concepción inmaculada. Ahora bien: entre las varias formas de explicar qué sea en sí mismo el pecado original, conviene a saber, aquel pecado que mancha a todos los hijos de Adán desde el primer momento de su existencia; la más sencilla y la más fácil es, según nuestro parecer, comparable con el pecado habitual; es decir, con aquel estado de desorden moral y de culpabilidad que resulta de una violación grave y personal de la ley divina. El pecado habitual, o, en otros términos, el estado de pecado mortal, según la opinión más probable, porque se aviene mejor con el sentir de los más ilustres doctores y con la doctrina de la Iglesia, encierra dos elementos constitutivos. Primeramente es la privación de la gracia santificante y de los dones sobrenaturales que la acompañan en el alma (Excepto la fe y la esperanza, que pueden subsistir aun en los pecadores), esto es, la pérdida del principio de vida sobrenatural, que nos hace nuevas criaturas e hijos adoptivos de Dios. Ved por qué todos los pecadores, con respecto a la vida de la gracia, son verdaderos muertos: "*Tienes nombre de vivo, pero estás muerto*" (Apoc. III, 1). Lo cual no significa, como es claro, que el hombre en pecado mortal esté privado de la vida natural, sino que la vida superior, de la que brota la facultad de hacer actos meritorios y divinos, está en él extinguida. Este es el primer elemento. Usando de un término escolástico, podríamos llamarle **elemento material**.

Para que la privación dicha sea, no sólo una desgracia, una pena, sino que también tenga en sí misma carácter de pecado, es necesario que con este primer elemento se junte otro, a saber: que la privación sea libre y voluntaria por parte de aquel que la padece. ¿Cómo podría Dios imputarnos a crimen un desorden interior que la voluntad no haya hecho nuestro? O, más claramente: es necesario que la privación de la gracia y de la vida sobrenatural sea resultado de un acto ejecutado libremente, esto es, de un pecado **actual**; y éste es el segundo elemento, al que los teólogos llaman, con razón, elemento **formal**. Por tanto, privación de la gracia santificante y privación **voluntaria en su causa**, y, por consiguiente, imputable y culpable, son lo que constituye el estado de pecado en los enemigos de Dios.

Estos principios constitutivos del pecado **personal** han de hallarse también en el pecado **original**, pues la fe nos manda creer que es verdadero pecado; según toda la propiedad de la palabra. Por tanto, el niño que acaba de nacer viene a la vida privado de la gracia santificante, con la muerte en el alma; esto es, privado de la participación de la naturaleza divina, fundamento y principio de la vida propia de los hijos de Dios. Pero, como ya dijimos, la privación de la gracia, para que tenga carácter de pecado, ha de ser voluntaria. Así, pues, esos hombres de un día, como los llama San Agustín, ¿han ejercido libremente algún acto de rebeldía contra su Creador y Señor? Sería locura creerlo. Mas, si su estado de caída no proviene de su propia voluntad, ¿de qué voluntad depende el que les sea imputable? De la del padre primero y representante común de nuestra naturaleza: de Adán, el violador de la alianza original entre el hombre y Dios.

Ahondemos en la divina economía según la cual fué creado el linaje humano. Así hallaremos la luz que nos muestre con claridad en qué se asemejan y en qué se diferencian los dos géneros, de pecado, en cuanto a sus elementos constitutivos. Este estudio servirá de pre-

paración para formar concepto exacto del singularísimo privilegio de la Concepción inmaculada de la Madre de Dios.

El género humano no tiene nada más que una cuna. Por muy degradadas que parezcan ciertas razas, y por orgullosas que otras estén de su cultura, todas proceden de un solo hombre: de Adán, padre del universo, *pater orbis terrarum,* como se le llama en los libros Santos (Sap., X 3). El **Génesis** refiere su creación, cómo Dios le dio una compañera, sacada de su carne, y cómo de esta primera pareja se derivan todas las naciones esparcidas por el mundo.

Dios, Creador del hombre, al darle la naturaleza humana, le revistió con su gracia, o, mejor dicho, introdujo en la naturaleza humana, además de los principios que constituyen al hombre, la gracia que hace a los hijos de Dios. Y esta naturaleza humana, así **sobrenaturalizada**, divinizada, la recibió nuestro primer padre, no sólo para sí mismo, sino también para toda su posteridad, de suerte que a un tiempo naciese a la vida natural y fuese a la vida sobrenatural de la gracia. Con un mismo acto nacería el hombre y el santo, el hijo del hombre y el hijo de Dios.

Este don, concebido al linaje humano en la persona de su primer representante, quiso Dios, en su infinita sabiduría, que dependiese, en cuanto a su conservación, de un acto de obediencia a su voluntad soberana. Después de poner a todas las criaturas debajo del imperio del hombre, exigió del hombre un homenaje que fuese reconocimiento de la divina soberanía. Si Adán respeta los frutos del árbol misterioso plantado en medio del paraíso, la alianza entre Dios y la raza humana quedará sellada para siempre; si Adán tiene la osadía de no respetarlos, todos los dones de gracia quedarán perdidos para él y para su descendencia.

De todos es sabida la historia de la primera prevaricación. Adán, despreciando la orden divina, arrastró a su posteridad en su propia ruina. La naturaleza que él transmitió y que transmiten los hijos nacidos de su sangre es una naturaleza degradada. Dios ya no ve en ella la gracia con que la adornó al crearla; y la causa de que esta naturaleza fuese despojada de la gracia fué la rebeldía criminal de aquel que era el **manantial primero y el representante universal**.

He aquí, para cada uno de los hombres, los dos elementos esenciales del pecado original: una naturaleza despojada de la gracia que debía poseer en virtud de una ordenación divina, y despojada por libre y culpable voluntad de aquel que encerraba en sí mismo y representaba jurídicamente a toda su posteridad.

Pero aun es necesario comparar más particularmente estos dos elementos con los dos que hemos considerado en el pecado personal, para que mejor se entienda la relación natural que los une, Si consideramos primero el elemento **material**, veremos cómo el acto personal del pecador no le hace perder inmediatamente sino la gracia santificante y los dones que en el presente estado son inseparables de ella. **Inmediatamente**, hemos dicho, porque el pecador pierde también todo derecho a la bienaventuranza futura del cuerpo y del alma, como quiera que la una y la otra serán herencia exclusiva de los hijos adoptivos de Dios.

La gracia primordial de Adán, además de la gracia santificante de las virtudes infusas y de los dones del Espíritu Santo, comprendía también otros privilegios que, en junto, constituían la **justicia original**: exención del dolor y de la muerte, subordinación perfecta del cuerpo al alma y de las facultades inferiores a la razón, como el espíritu estaba sujeto a Dios. Por

consiguiente, ninguna rebeldía de la carne contra el espíritu; ninguna nube de esas que, subiendo de lo más bajo de la naturaleza, obscurecen la inteligencia y velan el rostro, por decirlo así, del alma: dones de integridad, de inmortalidad relativa, de ciencia superior; dote gloriosa del hombre inocente perdida por el hombre culpable, juntamente con la gracia y la amistad de Dios, que son su natural fundamento. Esta pérdida era de suyo irreparable. El primer plan de Dios no incluía, como el plan de reparación con que la divina misericordia substituyó al primero, medios con los que la humanidad pudiese recobrar los tesoros disipados por su cabeza.

La diferencia entre el pecado original y el personal es aún más notable en cuanto al elemento **formal**; de tal manera, que se ofrece esta cuestión: ¿cómo la privación de la gracia puede ser imputable a pecado cuando el sujeto no ha ejecutado ningún acto personal que lo haga indigno de la gracia? Porque una es la voluntad de Adán prevaricador, y otra la del niño descendiente de su estirpe. Algunos autores, para allanar esta dificultad, inventaron hipótesis harto singulares. Unos soñaron yo no sé qué fusión de la voluntad de los hijos de Adán con la de su padre; otros dijeron que el pecado de Adán no es voluntario, porque en la presencia de Dios nosotros habríamos aceptado a Adán, si entonces hubiéramos existido, como a representante nuestro, como a nuestro apoderado... Teorías todas insostenibles. Porque, ¿cómo encerrar en la voluntad de Adán voluntades que aún no existen? ¿Y cómo la previsión divina de un acto que nos sería voluntario, si existiéramos, ha de bastar para que seamos responsables del pecado de Adán? Quede esto bien asentado: no había más que una voluntad, la de Adán; de hecho, solamente él ejecutó libremente el acto de rebelión y sólo él rompió voluntariamente la alianza.

Pero en Adán vemos, de cierta manera, dos personas; y ésta es observación hecha por Santo Tomás al interpretar este misterio del pecado original, Adán es un miembro particular de la familia humana, que tiene su personalidad propia y ejecuta sus actos propios. Cuando obra como persona particular, sus méritos y sus deméritos son personales, y nada tenemos los demás que ver con su rebeldía, ni nada tenemos que recibir en premio de su obediencia. Si Adán no hubiera sido nada más que esto, es decir, un miembro particular de la familia humana, jamás su voluntad hubiera hecho que la privación de la justicia original fuese voluntaria para toda su descendencia.

¿Qué es, pues, además, Adán? Es, físicamente, el principio de la familia humana; en él todos los hombres estábamos contenidos en germen, porque de él somos todos descendientes. Pero no bastaba esta universal paternidad; si así fuera, hubiera podido perdernos también con otros pecados distintos de su desobediencia al precepto **especial** que Dios le había impuesto, y su penitencia nos hubiera aprovechado. Para que su rebeldía nos fuese imputable era necesario que Dios lo hubiera constituido, supuesta su paternidad universal, representante de su descendencia y que, por esto mismo, su acción fuese de alguna manera una acción colectiva. De todos los mandamientos divinos, solamente el de no comer el fruto prohibido, señal de sumisión exigida de su vasallo por el Dueño y Señor de todas las cosas, obligada **solidariamente** con Adán a su posteridad, es decir, a todo el linaje humano. Adán debía guardar la orden de Dios por sí y por todos los demás. Si era fiel en la prueba, todos con él conservarían la **justicia original**, a él conferida para todos; si era infiel, todos merecerían perderla, pues Adán obraba en nombre de todos.

Un ejemplo aducido por Santo Tomás de Aquino puede ayudarnos a entender en qué sentido puede ser colectiva una acción procedente de una sola voluntad, de la voluntad de Adán. El mismo hombre, dice El Santo Doctor, puede ser considerado de dos maneras diferentes: como persona individual, particular, y como miembro y parte de una colección de hombre, o, lo que es lo mismo, de una persona colectiva. En el primer aspecto, este hombre no reconoce por actos suyos más que aquellos que ejecutó él mismo con su libre voluntad, y estos actos son suyos, únicamente suyos. Pero muy distinta es la condición de ese mismo hombre cuando se le considera de la segunda manera antes dicha; porque entonces el acto de uno puede resultar acto de todos: Qué un jefe de Estado ejecute, en cuanto tal, este o el otro acto conforme a sus atribuciones: que contraiga, por ejemplo, una alianza con otra potencia; en este caso, su acción no es ya de un simple particular, sino de toda la sociedad representada por su cabeza, y, por consiguiente, de cada uno de los miembros, en cuanto son parte del cuerpo social. La razón es que esta sociedad de hombres unidos entre sí bajo una misma autoridad se ha de considerar como un solo hombre, cuya cabeza es el príncipe y cuyos miembros son todos los otros.

Por tanto, si el príncipe, en virtud de la autoridad soberana que le constituye representante nato de su pueblo, rompe la alianza, todo el pueblo la rompe en él y por él, aunque muchos de sus miembros no hayan sido consultados acerca de la ruptura; más aún: aunque ni siquiera hubiesen tenido de ella conocimiento. Su voluntad en este acto es la del cuerpo social de la nación. Por consiguiente, la responsabilidad de la ruptura recae sobre el cuerpo entero; y si el enemigo victorioso exige de los vencidos una pesada, pero legítima, indemnización, éstos no tendrán derecho a decir que se comete con ellos una injusticia, pues quisieron la guerra, no con su voluntad **personal**, sino con la voluntad del **jefe** del Estado, con quien y en quien todos son reputados un solo hombre. Y así, no quedan sujetos a la contribución como simples particulares, sino como parte del todo personificado en su jefe. Y es cosa muy digna de notar que lo que en ellos es **voluntario** es la ruptura de la alianza. Que su príncipe ha obrado por interés personal, a impulso de la ira, o de la envidia, o de otra cualquiera pasión desordenada, es cosa que no les afecta, y por tal cosa sería odioso castigarles; porque en este caso, el jefe de la nación no es su representante legítimo, pues estos actos son de aquellos que él ejecuta en nombre propio y por su voluntad puramente privada.

Apliquemos esta doctrina, o, mejor dicho, copiemos fielmente la aplicación que de la misma hace el Doctor Angélico. "*De esta manera* —dice—, *toda la muchedumbre de los hombres que reciban su existencia de Adán ha de considerarse como un solo **colegio**, como el cuerpo único de un hombre único. Y en esta multitud, cada hombre, sin exceptuar al mismo Adán, puede ser considerado como persona individual o como miembro de la multitud que procede de un solo hombre por la vía de la generación natural. Hase de advertir, además, que el primer hombre había recibido de Dios, al ser formado, un don que sobrepujaba a la naturaleza, a saber: la justicia original, que sometía en él la razón a Dios; las fuerzas inferiores, a la razón, y el cuerpo, al alma. Este don no fué concebido solamente al primer hombre como a persona privada, sino como al principio de todo linaje humano, para que los transmitiese, juntamente con la naturaleza, a su posteridad. Ahora bien: este don que Adán había recibido para sí y para sus descendientes lo perdió por su desobediencia libre, siguiendo la condición y la ley de la donación; esto es, lo perdió para sí y para su posteridad. De donde se sigue que esta falta de justicia obligatoria acompaña por doquiera y siempre a la posteridad del culpable, pasando a su descendencia como la naturaleza misma y por el mismo camino. Por tanto, si consideramos al hombre, a quien esta privación de justicia se transmite por razón de su origen; si, repetimos, lo miramos como a una persona*

*particular, la privación no puede tener en él razón de culpa, porque una culpa personal no puede concebirse sin el uso de la libertad. Pero si lo consideramos como realmente es, como miembro de la especie humana, descendiente del primer padre, y que forma parte del hombre colectivo, entonces la misma privación reviste el carácter de culpa, porque es voluntaria en su principio, es decir, en el pecado actual del primer ascendiente y representante de la familia humana*.

Es necesario advertir aquí insistiendo en la comparación del jefe de Estado, que para la naturaleza no hay voluntario nada más que la ruptura de la alianza sobrenatural entre el hombre y Dios; ruptura cuya consecuencia es la ruina de la justicia original. ¿Comió Adán el fruto prohibido llevado de orgullo, o de vana concupiscencia, o de complacencia culpable con su mujer? Nada de hace esto al caso, cuando se trata de su descendencia; a nosotros no nos alcanza la responsabilidad de estos pecados, en cuanto a su malicia específica. ¿Por qué? Porque, en cuanto a esto, no había sido Adán constituido por Dios como cabeza del género humano. Nosotros no hemos nacido caídos y despojados de la justicia original, porque nuestro primer padre fuese orgulloso, o sensual, o porque se dejase seducir voluntariamente de la mujer, sino porque negó a Dios el homenaje que le debía en su nombre propio, en el nuestro, en el de todo género humano; homenaje al que Dios había unido la conservación de su alianza y de los dones anejos a la misma.

Por consiguiente, son muy distintas la responsabilidad de Adán y la de sus hijos, en orden al pecado de origen. Él fué culpable por dos razones, o, con otras palabras, la privación de la gracia tiene en él doble carácter de pecado: carácter de pecado personal y carácter de pecado de naturaleza. Cuanto a nosotros, sólo el segundo de estos dos caracteres nos afecta por razón de nuestro origen. Y esto es lo que significa la fórmula tan célebre que los teólogos tomaron de **San Anselmo de Cantorbery**: "*En nosotros es la naturaleza la que infecta a la persona; en Adán fué la persona la que infectó a la naturaleza*" ( *L. de Conceptu Virginis* c. 24 P. L., CLVIII, 456).

Por lo dicho se entenderá fácilmente por qué, si bien el pecado de Adán nos hizo culpables, su penitencia no nos restableció en la gracia, siendo así que a él le alcanzó el perdón. Adán penitente no representaba a la naturaleza humana. Su penitencia fué personal, y, por tanto, personal fué también el perdón que obtuvo de la divina misericordia. Pero quizá pregunte alguno: ¿por qué Adán no representa a la familia humana al hacer penitencia, como la representaba al cometer el pecado? Porque Dios no lo constituyó cabeza jurídica de la familia humana más que para un acto: el de reconocer o no la soberanía de Dios sobre todos los seres de la creación. Una vez puesto este acto de obediencia o de rebeldía, Adán, aunque sigue siendo cabeza física de la Humanidad, no es ya cabeza **jurídica**, como no lo era antes de la rebeldía respecto de todos los demás actos que libremente quisiera ejecutar.

**II. —** Ya sabemos, por lo menos en cuanto a la substancia, lo que es en nosotros el pecado original y lo que fué en Adán. ¿Cómo se transmite y por qué vía? En el acto y por el acto mismo de la generación. "*Quien nos engendra, nos mata*", dice en cierto lugar **Bossuet**; porque, al comunicarnos la naturaleza humana, nos la comunica privada de la gracia santificante y, por consiguiente, muerta a la vida sobrenatural. Pero, ¿por qué la generación común, esto es, aquella en la que el padre tiene la parte principal, es el canal por donde se transmite el pecado? Porque tal generación nos incorpora a la humanidad, cuyo representante y cabeza es Adán; a la humanidad, que él manchó en su misma fuente; a la humanidad, cuyo germen llevaba él en sí mismo cuando quebrantó la alianza con Dios.

Y, sin embargo, Jesucristo, aunque por su nacimiento pertenece a la familia humana, no podía, aun mirando sólo a su concepción, contraer el pecado original, porque su Madre lo concibió virginalmente, por operación, no del hombre, sino del Espíritu Santo. Jesucristo estaba en Adán, pero no como nosotros. "*Estaba* —dice San Agustín, en un texto— *en cuanto a la substancia material; mas no estaba en cuanto a la razón* ***seminal***" (San Agust., *de Genes, ad litt., L. X. c. 19, 20*. Alberto el Magno dijo después: Corpulentum "*ex quo facta est formatio (corporis Christi) sic oripinaliter fuit ibi; sed virtus formana non est indo orifrinata, sed potius a Epiritu Sancto*", In III Scr.t., D. 3, a. 23).

Procuremos esclarecer esta idea. Todos nosotros estábamos en Adán de esas dos maneras. En cuanto a la **materia** de nuestro cuerpo, porque, si bien los elementos de que primitivamente estuvimos compuestos, no sean ni en todo ni en parte emanación de la substancia de Adán, la aptitud de las madres para preparar los materiales del nuevo ser proviene originariamente de él. En cuanto a la razón **seminal**, porque el principio fecundador y formador de los mismos materiales tiene su primera fuente en el padre de nuestra raza, y a él se remonta a través de generaciones sucesivas, y de él desciente. Así, pues, habiendo sido concebido Nuestro Señor, no por la operación del hombre, sino por la del Espíritu Santo ("*Cum dicitur Christus fuisse in Adam secundum corpulentam substantian, non est intellingendum hoc modo quod corpus Christi in Adam fuerit quadam corpulenta substantia, sed quia... per virtutem generativam Adam et aliorum ab Adam descendentium usque ad beatam Virginem factum est, Ut illa materia praepararetur ad conceptum corporis Christi; non autem fuit materia illa formata in Corpus Christi per virtutem seminmis ab Adam derivatam; et ideo Christus dicitur fuisse in Adam originaliter secundum corpulentam substantiam non autem secundum seminalem rationem.*" (San Thom., 3 p., q. 31, a. 6, ad 1), no recibió la naturaleza humana por la vía que sigue el pecado de origen; y, por consiguiente, el modo sólo de su formación basta para explicar que no naciese ni fuese concebido en pecado. Mas esto no impide que pertenezca a la familia humana descendiente de Adán. Por su madre pertenece, con el mismo título que otro hombre cualquiera, a la descedencia de nuestro común antepasado (San Thom., ibíd., ad 2 et 3).

De esta consideración acerca de la forma con que se propaga el pecado de origen se infiere una conclusión que a primera vista podría parecer singular. Suponed que el padre del género humano hubiese permanecido fiel a su Creador, y que, por tanto, el orden primitivo no hubiera sido alterado. Para tener derecho a la gracia original hubiera sido necesario nacer de él conforme a la ley común. El fruto de una concepción virginal, prescindiendo de un privilegio extraordinario, no hubiera heredado los dones sobrenaturales otorgados a la familia humana en su cabeza, porque tal fruto no lo sería de él en cuanto a la razón **seminal** (Véanse estas ideas en Santo Tomás, 3 p., q. 31, a. 1, ad 3; San Anselmo, OP. et. loc. cit. P. I,. CLVIII, 455).

De todo lo que precede nace una consecuencia muy digna de notar: el pecado original es el mismo para todos, ni mayor en el hijo de un criminal, ni menor en el hijo de un santo; porque no se ha de tener en cuenta a los padres inmediatos, sino al primer ascendiente, quien por medio de aquéllos transmite la naturaleza a su descendencia, por lejana que fuere.

**Concluyamos**: Dios niega a todos el don de la justicia original por la que serían hijos y amigos suyos, y este estado les es imputable, porque todos ellos pertenecen a una naturaleza que con quebrantar la alianza primitiva con el Creador, rechazó sus dones, cuando su cabeza natural y jurídica los rechazó para él y para ella. Para recuperar la gracia así perdida es nece-

sario nacer de nuevo; este segundo nacimiento nos viene por Jesucristo, que es el nuevo Adán. No recibimos ya la gracia en virtud de la primitiva institución, sino en virtud de los méritos del Salvador de los hombres; por lo cual esta gracia se llama gracia de Cristo, mientras que la primera se llama gracia de Dios: ***Gratia Dei, Gratia Christi.***

¿Qué hizo, pues, Dios, en su misericordia infinita, en favor del hombre? Quiso levantar el templo derruido, reparar en nosotros su imagen y traernos de nuevo a su amistad; en una palabra: pactar con el hombre una nueva alianza. Por esto, desde toda la eternidad, previendo la lamentable caída del género humano todo entero, decretó con misterio oculto a los siglos restaurar la primera obra de su bondad por medio de la Encarnación del Verbo. Jesucristo, Dios hecho hombre, será el nuevo Adán, antítesis venturosa del primero. Las gracias y los dones sobrenaturales, perdidos por la rebeldía del uno, serán rescatados por la obediencia del otro; y el segundo lavará con su sangre divina las ofensas inferidas a Dios por el padre de los hombres y por su posteridad. Y, de la misma suerte que naciendo de Adán el pecador contraemos su pecado, así **renaciendo** Cristo Redentor seremos enriquecidos con su gracia: por el uno, hijos de ira, y por el otro, hijos de Dios; pero hijos de ira antes de ser hijos de adopción, porque el nacimiento natural precede al renacimiento que se obra en el Bautismo, porque somos miembros del antiguo Adán antes de ser incorporados al nuevo. Mas. como ya advertimos, la reparación no es, **actualmente**, completa en el Bautismo. Este libra al bautizado del pecado original, en cuanto le confiere la gracia por la que la parte superior del alma entra en unión con Dios; pero no le libra dándole también aquella virtud del alma que había de preservar al cuerpo de la corrupción y precaver a la parte superior de nuestro ser contra todas las rebeldías de las fuerzas inferiores. Es éste, ciertamente, un efecto del renacimiento espiritual; pero un efecto que no se alcanza sino al fin, al entrar plenamente en la vida bienaventurada.

## CAPITULO 2

### La Inmaculada Concepción.—En qué consiste este misterio

**I.—** A la luz de las nociones expuestas acerca del pecado original y del modo con que se transmite, ya es fácil entender de qué privilegio es la cuestión donde se habla de la inmaculada Concepción de la Madre de Dios. María es, como nosotros, hija de Adán; fué concebida según la ley común. **Debía**, pues, **en virtud** de esta concepción, venir a la vida natural, muerta ya a la vida de la gracia y, por tanto, siendo enemiga de Dios y sujeta la servidumbre del pecado y del demonio. Con todo eso, la fe nos enseña que fué **preservada** de esta desgracia en vista de los méritos de Cristo, ***intuiti meritorum Christi***. Y esto es lo que la Iglesia definió solemnemente por boca del inmortal Pío IX. "*La doctrina* —dícese en la Bula dogmática ***Ineffabilis Deus***— *que enseña que la bienaventurada Virgen María, desde el primer instante de su concepción por gracia y privilegio singularísimo de Dios omnipotente, en vista de los méritos de Cristo, Salvador del género humano, fué* ***preservada*** *de toda mancha de pecado original, es doctrina* ***revelada*** *por Dios, y, por consiguiente,* ***debe*** *ser firme y constantemente creída por todos los fieles.*"

Pesemos cada uno de los términos de la definición, pues todos ellos tienen su valor y alcance. Dícese primeramente, **en el primer instante de su concepción**, es decir, en el punto mismo en que su cuerpo y su alma fueron unidos para formar un nuevo ser vivo, fué María

preservada del pecado original. Remontémonos al origen de su existencia; en aquel instante en que todos los hijos de Adán contraen la mancha original la hallaremos pura, inocente, inmaculada. Mas esta gracia es una **gracia singular**, un privilegio admirable, excepción de la ley común, y que por nada pudo merecer María. ¿De dónde, pues, le vino favor tan extraordinario? De la divina bondad, de los **méritos previstos** de Jesucristo; es decir, de aquel que un día sería su hijo según la carne.

Pudiera objetar alguno que los méritos de Jesucristo, como quiera que entonces aún no existían, no bastaban para dar a la Virgen Santísima purificación tan perfecta. Es verdad: los méritos de Jesucristo no existían entonces, pues el Salvador no había nacido; pero, si no existían en sí mismos, existían en las pre-ordenaciones y previsión divinas. Dios podía otorgar por adelantado los beneficios que después serían pagados con los méritos de Jesucristo, porque el pago, bien lo sabía Dios, ni era dudoso ni sería insuficiente, sino muy completo y cabal. Con una mirada, con la que Dios abarca todos los siglos, veía al Hijo de la Virgen pendiente del madero de la cruz, derramando copiosamente de sus miembros traspasados la sangre reparadora; oía a la divina víctima ofrecer su sangre por todos, y singularmente por su Madre; y en vista de esta sangre y en consideración de estos méritos, derramó la gracia en el corazón de María, antes que, según la ley común, ella fuese pecadora.

¿Quién no ve en esta santificación original una preservación, una redención anticipada? Una preservación, porque, volvemos a decirlo, en virtud de su concepción. María debía aparecer en el mundo como las demás hijas de Adán, privada de la gracia, heredera de la caída universal. Por tanto, si entra en la vida santa, pura, resplandeciente de gracia, inmaculada, esto acontece porque Dios, haciendo en favor de su Madre una excepción, detiene ante Ella el torrente de la iniquidad, cuyas aguas fangosas manchan a todos los mortales. La santificación de María fué también una **redención**, no la redención ordinaria que libra a los que ya están cautivos, sino una redención singular, altísima; una redención que impidió que cayese en las cadenas cuando todo la impelía hacia ellas. El Hijo de María es su Redentor, como lo es también nuestro; lo que la distingue de nosotros, en cuanto a este punto, es que Ella fué redimida de un modo más sublime, **sublimiori modo**; es que Jesucristo es más Redentor de Ella que nuestro, conforme enseña Escoto, según ya vimos; porque los méritos de la redención le fueron aplicados, no solamente con sobreabundancia admirable, sino antes que el pecado dominase en Ella, antes que muriese a la vida de la gracia.

**II.—**No vamos a exponer aquí toda la serie de testimonios escriturísticos y tradicionales con que la Teología demuestra la Concepción inmaculada de la Virgen Santísima. Este largo estudio, sobre alargar demasiado esta obra, nos apartaría de nuestro camino. **Bossuet**, a quien tantas veces se ha de recurrir cuando se trata de los privilegios de la Madre de Dios, advierte muy sensatamente: "*Hay proposiciones extrañas y difíciles que, para que uno quede persuadido de ellas, requieren grandes esfuerzos de raciocinio y todas las invenciones de la retórica. Por el contrario, hay otras que desde el primer momento derraman sobre el alma un como esplendor que hace que las amemos aun antes que las conozcamos puntualmente. Estas proposiciones no necesitan pruebas. Basta quitar los obstáculos y aclarar las objeciones, y luego el espíritu se inclina por sí mismo, espontáneamente a creerlas. En esta categoría pongo yo la proposición que voy a demostrar hoy. Que la Concepción de la Madre de Dios tuvo algún privilegio extraordinario; que su Hijo omnipotente la preservó de esta ruina general que corrompe todas nuestras facultades, que inficiona hasta el fondo de nuestras*

*almas, que lleva la muerte hasta las fuentes de nuestra vida, ¿quién no lo creerá? ¿Quién no prestará asentimiento a una opinión tan* ***plausible****?"*.

Estas observaciones son muy verdaderas y están de todo en todo confirmadas por los hechos. Antes de que nacieran las controversias acerca de este misterio, el pueblo cristiano, como guiado de un instinto sobrenatural, tenía a la Madre de Dios por toda santa, toda pura, sin pecado, sin mancha; enteramente, totalmente inmaculada; lo cual manifiestamente implica la exención del pecado original. No podía el pueblo cristiano concebir de otra manera a la Virgen, llena de gracia, de quien el Redentor había de tomar carne.

A este período de fe tranquila sucedió la época de las investigaciones científicas. Se levantaron objeciones que conmovieron e hicieron vacilar la creencia de los sabios en un misterio que hasta entonces no había sido ni explícitamente combatido ni expresamente definido. El pueblo sencillo, que no entiende de discusiones sutiles ni podía apreciar las dificultades engendradas por la comparación de unos dogmas con otros y por su aparente contradicción, no. Para María, ser inmaculada en su Concepción es no haber sido nunca pecadora, no haber sido nunca enemiga de Dios, no haber sido nunca esclava del infierno; es haber sido santa, llena de gracia, desde el primer instante de su vida; ¿cómo, pues, dudar que la Madre de Dios recibiese de su Hijo un privilegio tan conveniente y tan natural? y vióse entonces un prodigio, que más de una vez se ha repetido en la vida de la Iglesia: las almas sencillas, yendo como naturalmente hacia la verdad, mientras teólogos, no solamente doctísimos, sino devotísimos de la Reina del Cielo, vacilan, dudan, se turban y se enredan en sus mismos pensamientos.

A pesar de los esfuerzos hechos para dar a los textos una explicación satisfactoria, parece muy probable, por no decir cierto, que los doctores más insignes del siglo XIII. Alberto Magno, Alejandro de Hales, Santo Tomás, San Buenaventura, Pedro de Tarantasia y Egidio de Roma no tuvieron la Concepción inmaculada de María por novedad contenida en el depósito de la Revelación. La causa de este hecho, verdaderamente extraño, no era falta de piedad filial para con la Madre de Dios, pues todos eran devotos insignes de la Santísima Virgen. Tampoco puede atribuirse tal hecho a dudas sobre la eminencia de su pureza, porque todos a una la exaltan por encima de toda pureza creada. Menos aún puede explicarse el hecho por la ignorancia de los principios sobre que descansa y de los que se deduce el privilegio de la inmaculada Concepción, pues nadie los ha expuesto como ellos los expusieron. ¿Dónde, pues, buscaremos la causa de sus dudas y de sus vacilaciones? Primeramente y sobre todo en la dificultad que se les ofrecía de conciliar este privilegio con otras verdades dogmáticamente ciertas, por ejemplo, con la universalidad de la sentencia dada contra los descendientes de nuestro primer padre, con la necesidad universal de ser rescatados con la sangre de Jesucristo, con la prerrogativa incomunicable en cuya virtud la concepción del Salvador fué una concepción libre de toda mancha. Después se ha de buscar la causa del hecho que pretendemos explicar, en la forma poco satisfactoria y alguna veces errónea, con que muchos partidarios del misterio de la Concepción inmaculada lo exponían, pues algunos decían que la santificación se había obrado en la carne, otros decían que en el alma, antes de la unión de las dos en la unidad de la substancia viviente. Lo que acontecía en el siglo XIII fué repetición de lo acaecido en el siglo XII. pues en este siglo se observa el mismo desacuerdo, con esta diferencia: que en el siglo XII la discusión recae directamente sobre la fiesta de la Concepción de María, defendida por unos y mal acogida por otros, so pretexto de que aun no había sido aprobada por la Iglesia de Roma, madre y maestra de todos las demás.

Los siglos XVII y XVIII fueron testigos de un hecho semejante, a propósito de la devoción del Sagrado Corazón de Jesús. El pueblo fiel la abrazó con amor y sin esfuerzo, apenas le fué predicada. Le pareció cosa naturalísima adorar el amor de Jesucristo bajo el símbolo de su corazón de carne. Mas no sucedió así con muchos de los dedicados al cultivo de las ciencias eclesiásticas. Nadie ignora cuánto trabajo y cuántas luchas costó a los patrocinadores de este culto, que el mismo Jesucristo reveló a Santa Margarita María de Alacoque, conseguir que fuese aprobado por la Iglesia. Verdad es que la oposición procedía principalmente de los partidarios, más o menos manifiestos, de los errores jansenistas; pero, con todo, para muchos la causa fué el infundado temor de que padeciesen menoscabo algunos puntos de la doctrina católica si admitían esta forma nueva del culto al amabilísimo y amantísimo Salvador Señor de los hombres.

Muy interesante será el oír lo que, a propósito de las discusiones acerca del privilegio de que vamos tratando, dijo el docto y piadoso autor del libro **De la Concepción de la Virgen María**. Se lamenta de que en su tiempo, es decir, en el siglo XII, la fiesta de la Concepción de María fuese impugnada por muchos, y en algunos lugares suprimida. "*Cuando quiero buscar la fuente de donde procede la salud del mundo, luego se me ofrece la fiesta de hoy, solemnidad que se celebra en muchos lugares en honor de la Concepción de la bienaventurada Virgen María, Madre de Dios. En los tiempos antiguos se celebraba más universalmente, sobre todo por aquellos en quienes se juntaban una sencillez más inocente y una devoción más humilde hacia Dios. Pero desde que el amor a la ciencia y el afán del examen se apoderaron del espíritu de muchos, se ha suprimido esta fiesta, con menosprecio de la sencillez de los pobres, o bien se la ha reducido casi a nada, con pretexto de que no se apoyaba en ninguna razón de peso. Y el sentir de los tales hombres ha prevalecido con tanta más facilidad, cuanto los que así sentían estaban sobre los demás, o por su dignidad eclesiástica, o por su riqueza. Cuanto a mí, repasando en mi corazón la sencillez de los antiguos y la sublimidad del genio de los modernos, se me ocurrió consultar algunos textos de las divinas Escrituras y en ellos buscar con piadosa consideración a quiénes, si a los antiguos o a los modernos, debemos, yo y los que como yo piensan, dar preferencia. Ahora bien: estos textos me enseñan que Dios se complace en conversar con los sencillos. Por lo contrario, de aquellos en quienes se da mucha ciencia, pero poca claridad, las mismas Escrituras me dicen que su ciencia los hincha en vez de afianzarlos en la posesión del verdadero bien. Por consiguiente, puesto que la conversación familiar de Dios esclarece a los unos y la ciencia es como viento que hincha a los otros, pregunto: ¿cuál de los dos partidos deberemos seguir: aquel que goza del trato íntimo de Dios, o al otro, que se complace más de lo justo en su propia sabiduría?*" (*Tract. de Concep. B. M. V.*, in Praefat. P. L., CLIX, 301 et 302).

Sin duda, en esta invectiva contra los sabios del siglo XII que se oponían a que se celebrase una fiesta en honor de la Concepción de María, hay una buena parte de exageración; cosa tanto más creíble, cuanto uno de los adversarios de la fiesta era San Bernardo, que, por esta razón, fué duramente combatido por un teólogo francés, contemporáneo de Anselmo, Pedro Comestor.(Dícese que este Pedro recibió el sobrenombre de *Comestor*, el *Devorador*, por razón de la cantidad enorme de libros que su ardor por la ciencia le hizo devorar. El sermón de *Conceptione B. V.*, en el que Pedro dicen combatía a San Bernardo, no figura en la Patrología de Migne. Mgr. Malou cita algunos fragmentos en su obra *L'Inmac. Concept..* c. 10, 11, págs. 117 y sig).

Por lo demás, cuando Dios permite que verdades que no han sido todavía definitivamente juzgadas por la Iglesia sean combatidas por varones de tanta virtud, no debemos es-

candalizarnos; antes siguense dos grandes provechos, porque, lo primero, así nos da Dios una lección con que aprendamos cuan débiles son nuestros pensamientos y cuánta necesidad tenemos de la autoridad infalible de su Iglesia, y en segundo lugar toma de ahí ocasión la divina Providencia para que de la lucha y de la controversia salga la verdad mejor definida, mejor explicada, mejor entendida, y, por tanto, su triunfo sea más esplendoroso.

Estudiemos ahora a la luz de la revelación divina y de las enseñanzas de la tradición las razones secretas que indujeron a los fieles de Cristo a proclamar la Concepción inmaculada de su Madre antes que los sabios se concertasen para admitirla, y antes que la Iglesia, guardiana y maestra de nuestra fe, la enseñase expresamente. Una vez más, comprobaremos que todos los bienes le vienen a María de su maternidad divina y que su Concepción sin mancha es, como todos los demás privilegios un corolario, pero un corolario anticipado, de su maternidad.

**III.—** Trasladaremos aquí, primeramente, algunos pasajes de los Santos Padres y de los antiguos escritores eclesiásticos, donde a las claras se muestra esta conexión entre la maternidad divina y la santidad original de María con todo su esplendor.

¿Qué es el pecado de origen? Es la servidumbre inicial bajo el imperio del demonio; es un contagio mortal contraído por todos los hombres al entrar en esta vida; es el pecado corruptor de la inocencia **inviolada**; es, por último, la noche extendida sobre la faz del alma. Pues bien: esto es lo que la antigüedad cristiana no admitió en María, Madre de Dios; esto es lo que la antigüedad cristiana, muchas veces y en todas las formas, rechazó al tratar de la Madre de Dios, **por honor del Hijo**, o, lo que es igual, **por razón de la divina maternidad**.

Nada de servidumbre. "*Hoy, los cielos reciben al paraíso espiritual del nuevo Adán, paraíso en el que fué abrogada nuestra condenación y plantado el árbol de la vida... A este paraíso el* ***demonio no tuvo nunca acceso****... Y es que el Hijo único de Dios, Dios consubstancial con su Padre, se formó a sí mismo, en cuanto hombre de esta tierra pura y virgen*" (San Joan. Damasc, hom. 2, *in Deip. Assumpt*., n. 2, P. G., XCIX, 725).

Nada de contagio ni de mancha. Un Obispo de Oriente, venido de Sicile, Pedro de Argos, hace habla a la **naturaleza humana**, en un sermón sobre la Concepción de la Madre de Dios, de esta manera: "*Hoy mismo, una rosa que brota en el seno de Ana, quiero decir María, hace que se desvanezca la infección que yo había contraído por la corrupción del pecado; al penetrarme con su dulce olor, me hace partícipe de su alegría celestial. Hasta ahora, una mujer me hizo desgraciado; en adelante, por una mujer me viene la dicha*" (hom. *in Concept. S. Annae*, n. 10. P. G., CIV, 1360).

De manera que la Virgen benditísima, no solamente es toda pura en su Concepción, sino que también purifica a la naturaleza; y ya ésta, en aquel momento, "*salta de alegría al ver las prendas y las arras de la reconciliación por tanto tiempo esperada*" (ídem., ibíd., n. 1). "*Si nada es tan puro como María, si ésta es una tierra a la que la espina del pecado jamás desadornó; una tierra sobre la que descansó la bendición del Señor, sin que jamás conociera la antigua maldición, todo esto es así porque de Ella brotó Cristo, fruto bendito de sus entrañas*" (San Thédor, Studit., hom. *in Nativit. B. M.*, n. 4. P. G., XCIX, 685. Esta homilía se halla entre las obras de San Juan Damasceno ; pero lo más probable es que pertenezca a San Teodoro).

Y otro escritor dice así: "*Yo te saludo, oh Virgen Madre, que* ***no participaste de nuestra malicia*** *de ninguna manera... Alégrate, porque el Verbo a quien diste su cuerpo mortal te libró*

*del* ***peso funesto que gravita sobre nuestra naturaleza***" (Joan Geomet., Hym. 5, *in S. Deip*., hym. 2, P. G., CVI. 861).

Por nada fué profanada nunca la inocencia de la Madre de Dios. "*Si una sola mancha, si un defecto cualquiera hubiese alguna vez empañado el alma de la Virgen, sin duda alguna, Dios hubiera elegido para sí otra madre exenta de toda mancha*" (San Joan. Sarug., hom. 3, de S. Virg. Deip., apud Assam., Biblioth. Orient., I. pág. 310).

El Píndaro de los armenios, Gregoiro Naregh, escribió en el mismo sentido: "*Oh María, el Creador del mundo te dio el nombre de Madre, por lo cual siempre y en todas partes fuiste alabada como* ***hija sin pecado*** *de la primera mujer pecadora; libre, por tanto, de la maldición lanzada contra la familia humana*" (950, *de Laudibus B. M. V.* Ed. Venecia. 1827).

Las Iglesias de Oriente llegan casi a poner en la misma línea la pureza de la Madre y la del Hijo: "*Tú, Señor, y Tú, Madre, sois hermosos totalmente, y de todas las maneras:* ***omnino et omni ex parte pulchri****; porque en Ti, Señor, no hay ninguna mancha, y ninguna mancha hay tampoco en tu Madre*" (*Carm. Nisib*. (ed. Bickell), p. 122. Hemos citado los dos últimos textos fiando en otros autores, pues no disponemos de las obras mismas que citamos.).

Por último, nada de tinieblas en María. "*Ella es el globo celeste de la nueva creación sobre el cual el sol de justicia ha lanzado siempre sus rayos, expulsando de su alma toda entera la noche de los pecados*" (San Proclus, hom. 6, *in Laudat, Deip*.. n. 17, P. G., LXV, 757).

A estos testimonios de las Iglesias de Oriente sería cosa muy fácil añadir otros semejantes tomados de las Iglesias de Occidente. Citaremos uno solo, que vale por mil; es de **San Agustín**. El hereje Pelagio enseñaba, siguiendo a los estoicos, que la naturaleza humana conserva su perfección primitiva y que no ha tenido caída alguna; más aún: que puede, sin el socorro de la gracia, practicar la justicia, evitar todos los pecados y llegar con sus fuerzas nativas a su fin postrero, al reino de Cristo. Esta impecancia natural la atribuía también a los justos del Antiguo Testamento, desde Abel hasta San Juan Bautista, y añadía: "*Es necesario y conforme con la piedad confesar que la Madre de nuestro Salvador y Señor no tuvo nunca jamás pecado*" (Cf. *de Natur. et Grat*., c. 36, n. 42. P. L., XLIV, 267.). San Agustín, en la refutación de estos errores, rechaza, en nombre de la fe cristiana, la impecancia absoluta con que la herejía honraba a los santos con el propósito de despreciar la gracia; pero admite la excepción en favor de la Santísima Virgen María, "*de la que no quiere haya cuestión alguna cuando se trata de pecado, y esto por* ***el honor del Señor***". Porque "*sabemos* —continúa el santo Doctor— *que ella recibió una sobreabundancia de gracia tal, que venció en todo y por todo,* ***undequaque****, al pecado, pues mereció concebir y dar a luz a Aquel que manifiestamente no tiene pecado*" (ídem, ibíd).

Notemos bien el alcance del pensamiento de San Agustín. No limita la excepción a los pecados personales, como algunos ha supuesto muy equivocadamente. Los herejes, contra los que combatía, atribuían a los justos, y entre ellos a la Santísima Virgen, una inmunidad total, inmunidad de los pecados personales y del pecado de origen. Por consiguiente, Cuando San Agustín les concede lo que afirman, si se trata de la Madre de Dios, muestra con esto que el pecado acerca del que no quiere mover cuestión, es tanto el pecado original como otro cualquier pecado. Y esto es lo que por otra parte significa la expresión general: ***cum de peccatis agitur***, "*cuando se trata de pecados*", porque nadie como San Agustín ha estigmatizado con el nombre de pecado nuestra caída original.

Muy bien había entendido esto un Abad cisterciense, casi contemporáneo de San Bernardo: el bienaveurado **Oger**, el cual, aludiendo, sin duda, al texto de San Agustín, decía: "*¿Qué hombre, salido de la raíz viciada de nuestro primer padre, ha podido o podrá jamás observar los preceptos inmaculados de Cristo con perfecta caridad y sin cometer, por lo menos, alguna ligera transgresión?... No, no hay entre los hijos de los hombres, ni grande ni pequeño, sea cual fuere la alteza de su santidad y la sublimidad de su gracia, que no haya sido concebido en pecado, con la excepción de la Madre del Inmaculado, que, lejos de cometer pecado, borra los pecados del mundo. Así también yo, cuando se trata de pecado, no admito controversia alguna, discusión alguna que afecte a la Madre de Dios*" (serm. 13, *de Verbis Domini in coena*, n. 1 P.L. CLXXXIV, 941).

## CAPITULO 3

### Nuevo estudio de las razones fundamentales por las que la Madre de Dios debió ser inmaculada en su Concepción. De cómo los argumentos que se oponían contra este privilegio se convierten en razones que lo proclaman.

**I.—** Las razones fundamentales de la santidad original de María se pueden reducir a dos grupos: María es Madre de Dios, María es Madre del Salvador, por tanto, María es inmaculada en su Concepción. Algunas veces, en los monumentos de la tradición, esos dos títulos al privilegio aparecen juntos; otras veces se presentan separadamente; pero, unidos o separados, ambos demuestran la tesis, y para quien los penetre bien redúcense a una sola prueba, con dos aspectos diferentes, pues María es la Madre de nuestro Salvador y su cooperadora en la obra de la reparación, porque es Madre de Dios, y es Madre de Dios para ser, con su Hijo y por su Hijo, la Reparadora del linaje humano, caído.

La maternidad divina implica la exención del pecado original. En el libro anterior hemos dejado firmemente asentado que la infinita grandeza del Hijo pide que todos los privilegios de gracia otorgados por la divina liberalidad a sus criaturas sean también caudal de su Madre. Los ángeles, creados para ser servidores de Dios, recibieron la gracia en el primer instante de su ser, al mismo tiempo que recibieron la naturaleza. ¿Podríamos afirmar que Dios hizo por la que había de ser su Madre menos que por los príncipes de su Corte, ministros y servidores cuya Reina es María? Eva, la primera mujer, creada por Dios para ser madre de los hombres, salió de las manos divinas resplandeciente de gracia. Y la nueva Eva, hecha para ser Madre de Dios, ¿entraría en el mundo enemistada con Dios? ¿Es creíble esto? "Si Juan Bautista, porque había de preceder al Señor en el espíritu y la virtud de Elias, fué lleno, antes de nacer, del Espíritu Santo, ¿quién se atreverá a decir que María, propiciatorio único del universo, lecho suavísimo en que descansó el Hijo de Dios omnipotente, careció, en su Concepción, de la luz santificante del divino Espíritu? (Tract. de Concept. P. L., CLIX, 305). ¿No era razón que la Madre fuese más favorecida que el precursor? Y ¿cómo lo hubiera sido sin ser inmaculada en su Concepción? Decid, si a tanto os atrevéis, que su dignidad y que su ministerio cerca de su Hijo, el Hijo eterno de Dios, no sobrepujaban a la dignidad, a la excelencia y al oficio de Juan Bautista, y entonces nos explicaremos vuestras vacilaciones en admitir que María fué inmaculada en su Concepción. Pero si la verdad os fuerza a confesar que la Madre del Hijo de Dios excede incomparablemente en excelencia al precursor de su Hijo, entonces habéis de

confesar también que su santidad excede sin comparación a la del Bautista y, por tanto, llega más arriba y se remonta al primer instante de su existencia en el seno materno.

La maternidad divina, según dejamos ya asentado, no es un accidente en la vida de la Santísima Virgen; antes de ser hija del Adán terrestre era, en los designios de Dios, Madre de Adán Celeste (María no pasó de hija de Adán a Madre de Jesús, sino, antes por el contrario, para ser Madre de Jesús, nació de Adán. Por consiguiente, en María la maternidad divina prevalece sobre la filiación natural. Como hija de Adán era fuerza que contrajese la mancha común del género humano: como Madre de Jesús debía ser exceptuada. Dos condiciones que están en oposición y en lucha: ¿Quién vencerá? ¿El viejo Adán o el Nuevo? Vencerá el Hijo de Dios, que hizo a María para ser hecho de Ella y que, por consiguiente, debió hacerlo como Él quería ser hecho de Ella, esto es, sin mancha. Si el nacimiento de María exige el pecado, su futura maternidad es inconciliable con el pecado, el medio para armonizarlo todo era que María fuese preservada por los méritos de Aquel que la hizo para ser hecho de Ella. Preservada decimos: luego debía contraer la culpa original; preservada: luego no la contrajo). Lo que Dios intentó, al formarla, no fue solamente hacer una criatura humana capaz de conocerlo, amarlo y servirlo. Este es el fin común de todos los hombres. Ante todo y por cima de todo, se preparaba una Madre. ¿Qué haces, Señor, al volver milagrosamente fecunda a esta mujer, que por ley natural había quedado estéril? Estoy haciendo a mi Madre, os responde; el templo animado que de aquí a poco habitaré yo mismo, en carne mortal; un cuerpo del que yo tomaré mi cuerpo. Esta es mi intención principal; de tal manera principal, que si éste no fuese el blanco de mi operación, dejaría la naturaleza en su esterilidad. Cuando Dios creó al primer hombre puso en él todas las propiedades y todas las perfecciones necesarias para la consecución del fin para que lo creaba. Y ¿es posible que, cuando se inclinó sobre el seno de Santa Ana para formar a su propia Madre, no diese a ésta aquello que sobre todo lo demás se requiere en la Madre de Dios, conviene a saber: la gracia y la inocencia? Si así no hubiera sido, no podríamos decirle: Pero, Señor, ¿pretender formar a tu Madre y edificar un templo reservado para morada tuya únicamente, y haces una madre que es tu enemiga y un templo que desde el principio está manchado con la presencia de Satanás? ¿Dónde está tu sabiduría? ¿Dónde está tu poder? ¿Se engañaron, pues, tus Santos cuando llamaron a María "*templo santo de Dios que el Salomón espiritual edificó para sí mismo; templo todo resplandeciente, no por el oro material, sino por la luz del Espíritu Santo*" (San Joan. Damasc., hom. de Nativit. Deip., n. 10. P. G. XCVI 617);tabernáculo sagrado que el Verbo, nuevo Beseleel, fabricó con sus manos divinas (San Epherem., III (*graece*), p. 529);santuario donde el pecado no entró, y propiciatorio divino que el mismo Dios fundó (Modest. Hier., *Encom. Deip*., n. 10. P. G., LXXXVI); paraíso plantado por la Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y edén espiritual más santo y más augusto que el primero (Pueden verse estos testimonios y otros mucho mas, incontables, en la obra de *Passaglia de Inmaculato Conceptu, n. 1301, sqq. et alibi passim*). Por consiguiente, ¿se engañaban, pues, cuando en la fiesta de la Concepción de la Virgen hablaban a los fieles "*del palacio real construido hoy mismo por el Señor del mundo*", y cuando decían que este día vence, por los esplendores de la gracia, a todas las claridades del cielo? (Jacob Monach., *Orat. in SS. Deip. Concept*., n. 1-4 P. G. CXXVII 544 aqq., etc.).

Entiéndese la fuerza invencible de estas pruebas. María, en el orden de la naturaleza, fue concebida como los demás, porque la asistencia divina que remedió la esterilidad materna no produjo otro efecto que despertar y activar la virtud generadora infusa por la misma natu-

raleza. Por tanto, si las tres personas de la Trinidad concurren para hacer una obra digna de ellas, su acción especial y singularmente propia pertenece al orden de la gracia. Lo que la Trinidad produjo no fue la materia para el templo futuro, una materia que sea necesaria separar por la masa informe y manchada, purificarla, tallarla para que una la morada de Dios; no, en el primer instante el santuario sale del amor y del poder divino purificado, enriquecido, consagrado. Porque, repitámoslo, en conformidad con los textos citados. lo que Dios quería hacer, al producir a María, era, ante todo y sobre todo, a su Madre; a su Madre, decimos y no solo a una mujer a quien después elija para nacer de ella. La eleción está hecha desde toda le eternidad, y esta elección impera y regula la formación de María; más aún: impera y regula la existencia misma de María.

¿Se desea otra consideración? Contemplemos el seno del Padre, donde eternamente fue concebido Aquel que es al mismo tiempo Hijo del Padre y de la Virgen. Aquel seno es no solamente puro, sino la misma pureza; es, no solamente santo, sino la misma santidad. Y ¿podríais admitir que este Hijo eternamente concebido y eternamente nacido en aquel abismo sin fondo, de santidad y pureza, fuese concebido en el tiempo y nacido de un seno que fuese originariamente manchado? ¿No hubiese considerado el Padre como una afrenta hecha a su generación santísima semejante nacimiento? Y siendo esto así, ¿hubiera consentido ese nacimiento?

Oigamos a San Anselmo, el cual nos dice: "*Era conveniente que brillase con pureza sin igual, después de la de Dios (qua major sub Deo nequit intelligi), esta Virgen, a la que Dios Padre iba a dar su Hijo único, Hijo nacido de su corazón, igual al mismo, de tal manera que el Hijo del Padre y el hijo de la Virgen fuesen naturalmente un solo e idéntico Hijo*" (San Anselm., *L. de Conceptu Virg*., c. 18. P. L., CLVIII, 451). Y, a pesar de esta altísima conveniencia, ¿había de ser impuro el origen de María, como el nuestro? ¿Redundaría esto en gloria del Padre y de su amor hacia su Hijo? Podremos juzgar viendo lo que sucede acá, entre nostros, en los matrimonios. Si un hombre, aunque sea insigne en mérito y en virtud, tiene una mancha de origen, esta mancha será bastante para estorbarle la entrada en una familia de limpio abolengo: no habrá padre ni madre que lo reciban, por marido de su hija.

**II.—**Si consideramos a María como Madre de Dios Salvador y Reparador de la naturaleza caída, el privilegio de su Concepción inmaculada resalta con la misma certeza y con la misma claridad. En efecto, en cuanto Madre del Salvador, le está asociada en la gran obra de reparación, como nueva Eva junto al nuevo Adán. Cuando Dios creó al primer hombre, lo creó para que fuera padre de una posteridad, que según su designio primordial, había de recibir la vida de la gracia, recibiendo la de la naturaleza, de tal suerte que los hombres, en el mismo momento, empezasen a ser hijos del hombre o hijos adoptivos de Dios. Por esto Dios le dió desde el primer momento de su creación la doble vida que había de ser herencia de toda criatura humana al hacer su entrada en el mundo. Y como quiera que la mujer había de propagar, juntamente con Adán, la familia humana, así santificada en su principio, Dios la formó de la carne del primer hombre y la dotó, como a él, de la doble vida de la naturaleza y de la gracia. ¿No era razón que el origen de nuestros primeros padres fuese tan santo como el de su posteridad?

Por tanto, aunque no supiésemos que el nuevo Adán es Hijo de Dios, no nos causaría extrañeza el oír cómo el Apóstol enseña que fué santo, puro, inmaculado, separado de los pe-

cadores, lleno de gracia y de verdad ya en el mismo instante en que se revistió de nuestra naturaleza (Hebr., VII, 26; Joan., I, 14). Lo que debería maravillarnos sería que la nueva Eva, la Madre de los vivientes, hubiera sido concebida en la muerte y que desde el primer instante de su existencia no saliera, por anticipación viva y pura, del costado de Jesús dormido en la Cruz. El orden de la reparación no estaría en consonancia con el de la primera institución; y la compañera del Hombre-Dios estaría, en cuanto a esto, menos preparada para su ministerio que la compañera de nuestro primer padre.

Nuestros antiguos Doctores, especialmente los de Oriente, celebraron en la Concepción de la bienaventurada Virgen la prenda y las arras de nuestra futura liberación (Sus discursos sobre este misterio frecuentemente tienen este título:*De la Concepción de Santa Ana*, porque con esta locución querían significar la concepción activa); se les presentaba como la aurora del hermoso día en que, reconciliándose el cielo con la tierra, la cólera daba lugar a la gracia, y la muerte, a la vida. Esta niña que viene a la vida es para ellos el rescate magnífico y glorioso de Eva; es la nueva masa de la segunda creación, las primicias de una descendencia santísima. ¿Hubieran tenido tales pensamientos si la Concepción de María no hubiese sido sin mancha? ¿Los hubieran tenido si en el día de la Concepción de María no hubiera entrado en el mundo sino una niña hija de ira como las demás, y como las demás privada de la gracia y de la amistad de Dios? Hubiera sido, en verdad, singular preparación de la Cooperadora del Verbo encarnado en sus triunfos sobre el enemigo del género humano, si antes de ser llamada a participar de los trabajos y del honor de la victoria, ella misma hubiera llevado el yugo de su adversario y hubiera estado incluida en el número de los vencidos.

Nos saldríamos de nuestro plan si quisiéramos declarar exactamente aquel anuncio profético del Libertador, incluido en la maldición lanzada por Dios contra la serpiente infernal: "*Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya, y ésta quebrantará tu cabeza*" (*Gen., III, 15*). Mas sí nos será permitido mostrar en pocas palabras, cómo este vaticinio confirma lo que hemos expuesto en las páginas precedentes. Que la mujer mencionada en ese oráculo divino sea María, es cosa que no ofrece duda para el pueblo cristiano, el cual con mucha frecuencia ha visto imágenes en que está representada magullando la serpiente bajo su planta virginal. Presuponemos, pues, como verdadera esta interpretación, que más adelante probaremos con toda solidez. Nuestro razonamiento es el siguiente:

Según el sagrado texto, la enemistad entre la mujer y la serpiente es una enemistad sin restricción, absoluta, que el mismo Dios ha puesto; una enemistad singularmente propia de esta mujer, por razón de la unión íntima que la liga con su fruto; una enemistad que coloca a la misma mujer en oposición con la serpiente infernal, causante del pecado de *naturaleza*; una enemistad que contrasta eficazmente con la amistad de Eva, es decir, con una amistad cuyo término es para Eva y para su descendencia privación de la gracia original; una enemistad semejante, o, mejor dicho, idéntica a la que debe haber entre el hijo de la mujer y el demonio, representado por la serpiente; una enemistad, por fin, que, en definitiva, se endereza al aplastamiento de la serpiente infernal bajo el pie del hijo de la mujer.

Supongamos ahora que la Virgen, Madre de Dios, fue concebida en pecado como nosotros; su enemistad con Satanás no sería la que acabamos de describir. No sería enemistad absoluta, singularmente propia de la mujer, pues para Ella, como para nosotros, sería una enemistad que sucedía a la amistad; no sería apoco una enemistad que pusiese a esta mujer en

oposición con el autor mismo del pecado original y que la separase de Eva la pecadora, pues la segunda Eva habría contraído el mismo pecado que esclavizó a la primera y la despojó de las riquezas de la gracia; no sería la enemistad que admiramos en el Hijo, porque éste no perteneció nunca a la sociedad del demonio; finalmente, la mujer no quebrantaría con su hijo y por su hijo la cabeza del monstruo, causa principal de nuestra ruina, pues ella hubiera sido primero su víctima y su esclava.

Y no se objete que todos los Santos, por el hecho mismo de ser miembros vivos de Cristo vivo, forman parte de la descendencia de la mujer, y que esto no implica que hayan sido exceptuados de contraer el pecado original. La respuesta es fácil. Si fueron pecadores, fue porque todavía no eran descendencia de la mujer por su incorporación con Cristo. Hecha esta dichosa unión, y mientras dure, es decir, en tanto que pertenezcan a la descendencia de la **mujer**, son enemigos del demonio. "*Quienquiera que es nacido de Dios, no comete pecado*" (I Joan., III, 9).

El mismo Cristo, que por su naturaleza humana es descendencia la mujer, siempre estuvo, en conformidad con el oráculo que comentamos, absolutamente separado del demonio. Por tanto María, que desde su Concepción fue la mujer por excelencia, la mujer que tiene por descendencia Cristo Salvador, sigue la misma suerte de su Hijo; de donde se deduce que siempre hubo emistad entre Ella y el diablo; luego, aun en el primer instante su existencia, estuvo adornada de la gracia y fue limpia de la mancha y de todo pecado (Véase sobre este razonamiento, lo que dice el R. P. Billot en su tratado *de Verbo incarnato*. D. 341. sqq.).

Y ahora, ¿quién no ve cómo ya en este primer oráculo la eternidad divina aparece como fuente y raíz de la inmaculada Concepción? Porque quien primeramente quebranta la cabeza de la serpiente con su pie victorioso es la semilla principal de la mujer, esto es, Cristo Redentor, y el triunfo del Hijo es la victoria y la salvación de la Madre: *Ipsum conteret caput tuum* (Es cosa sabida que el texto de la Vulgata dice: Ipsa conteret; sin embargo, aceptamos la lección generalmente admitida como más conforme con el texto origina). Y ved de nuevo, cualquiera que sea el privilegio que admiremos en María, cómo venimos a parar siempre a su divina maternidad.

**III.—** Cosa admirable: las dificultades que se proponían contra el privilegio de la Concepción inmaculada de María, bien examinados, se convierten en argumentos para probarlo o para confirmarlo.

Decíase que este privilegio es demasiado **extraordinario**. Y esto mismo nos induce a admitirlo. Este privilegio es extraordinario. Luego, inferimos, María lo recibió. Si lo suprimís, la Concepción de María no tendría nada que fuese singularmente propio de la Virgen. Entraría en la serie de las concepciones humanas, como una de tantas; porque hasta el milagro de haber sido concebida en entrañas estériles se obró en otras ocasiones, aun antes que María recibiese tal merced, directamente otorgada a Santa Ana. Y esto es precisamente lo que no podemos admitir cuando consideramos bien la vida de la Santísima Virgen. Tropezando a cada paso con privilegios, viéndola en todas las otras circunstancias fuera de la ley común, no se puede entender que en el momento de la concepción quedase en la misma categoría que los demás hijos de los hombres y que, como ellos, fuese concebida en la iniquidad.

"*Si, por el contrario, observamos en ella una dispensa casi general de todas las leyes; si, conforme a la fe ortodoxa, o, por lo menos, conforme al sentir común de los más graves doctores, vemos en*

*Ella un alumbramiento sin dolor, una carne sin fragilidad, sentidos sin rebelión, vida sin mancha, muerte sin padecimiento; si su esposo no es más que su custodio; su matrimonio, el velo sagrado que cubre y protege su virginidad; su Hijo, amadísimo, una flor que ha brotado de su integridad; si cuando Ella lo concibió, la naturaleza, asombrada y confusa, creyó que todas sus leyes iban a ser abolidas para siempre; si el Espíritu Santo hizo las veces de la naturaleza, y las delicias de la virginidad llenaróh el lugar que de ordinario ocupa la concupiscencia ¿quién podrá creer que no hubo nada sobrenatural en la Concepción de esta Princesa, y que este instante sea el único de su vida que no esté señalado por un milagro insigne?"* (Bossuet, serm. prim. sobre La Concep. de la Sma. Virgen, punt. prim.*).*

Por tanto, no hay razón para oponer contra la Concepción inmaculada lo extraordinario de este privilegio; porque responderemos que para la Madre de Dios lo extraordinario es lo ordinario, porque vemos cómo Dios doquiera y siempre la **singulariza** colocándola por cima de las leyes comunes, en un orden aparte, únicamente reservado para Ella.

Aún más: la exención de la culpa original y la santidad primitiva no solamente se hermanan con los otros privilegios reclamados por la maternidad de María, sino que, además, son base o complemento de ella, de suerte que tales privilegios no se explicarían bien si desapareciera la exención de la culpa original y la santidad primitiva. Ya dijimos de la plenitud de gracias con que fue enriquecida esta Madre admirable, después volveremos a tratar de este mismo asunto, pero no dejaremos de notar aquí que, según el sentir de los Santos Padres, de los intérpretes de las Sagradas Escrituras y de los Santos, la plenitud de gracia en María es una plenitud que no cede más que a la plenitud de gracia en Cristo; tanto excede a todas demás, que no podemos concebir su grandeza. Pues suponed ahora una concepción sin la gracia, una concepción sometida a la maldición que pesa sobre toda la descendencia del primer hombre; en una palabra, una concepción en pecado: ¿en qué viene a parar la plenitud de gracia tan maravillosamente exaltada y ponderada? Seríanos cosa muy fácil ver los límites de semejante plenitud y concebir otra más excelente sin remontarnos a la de Jesucristo. Por consiguiente, la exención de la culpa original aparece como parte integrante del océano de gracias que forma la santidad de la Madre de Dios.

Este privilegio de la Concepción inmaculada se enlaza con otros privilegios de María, con muchos aún más visibles, si no más estrechos. Es privilegio de la Madre de Dios el haber sido preservada de todos los efectos deshonrosos del pecado original, es decir, de todas las consecuencias que su Hijo no quiere sobrellevar. En María, ningún aguijón ni desorden de la concupiscencia; no conoció la fragilidad que inevitablemente nos arrastra a pecados por lo menos veniales; su maternidad fue sin dolor, y su sepulcro devolvió su cuerpo sin que lo hubiese tocado la corrupción; finalmente, para coronar esta enumeración de prerrogativas magníficas, María fue madre sin perder la flor de su virginal pureza. No es del caso demostrar aquí la verdad de estos privilegios; lo que intentamos hacer notar, y es cosa que no tiene duda, es que todos hincan sus raíces en la Concepción inmaculada de María, o por lo menos la requieren como indispensable complemento. Como quiera que la insubordinación de los sentidos, la fragilidad común, los dolores de la maternidad, la descomposición que sigue a la muerte, son consecuencias del pecado original, y en María no se dan, ¿no es razonable concluir que la misma bondad de Dios que preservó a María de las consecuencias la preservase también de la causa de donde emanan? Nada, en efecto, más natural y más puesto en razón que esta consecuencia.

La virginidad de la Madre de Dios no se deriva necesariamente de una concepción sin mancha, pero la encierra. Porque esta virginidad no es sólo la virginidad de la carne, sino principalmente la del alma. Los Santos Padres no se engañaron acerca de esto. Siguiendo a San Ambrosio y a San Juan Damasceno, enseñan unánimemente que María, para ser digna de engendrar al Salvador, había de ser virgen de alma y de cuerpo. Esta Virgen es la *Siempre Virgen*. Decía el Oriente, por boca de Dídimo, en la aurora del siglo IV; *Semper-Virgo*, respondía la Iglesia latina, con perfecta consonancia. Y este nombre de Siempre Virgen se halla desde entonces en las Liturgias, en las actas de los Concilios y en las obras de los Santos Padres; en una palabra, dondequiera se hable de la Bienaventurada Madre de Dios (Cf. Mingarelli, *Not in I, Dydimi de S. Trinit.* L. I., 27.). Ahora bien: la virginidad del alma, cuando es perfecta, implica la exención de toda mancha y de toda sombra de pecado ("*Non satis est ut virgo sancta sit corpore, verum etiam spiritu. Hoc enim vera est virginitas animae, nimirum puritas*", dice Teofilacto en su Comentario a la Epíst. I a los Corintios, c. 7. P. G., CXXIV, 1038. Y esta es la explicación de por qué la Santísima Trinidad, por ser la santidad por esencia y la fuente de toda pureza, recibió de San Gregorio Nacianceno el nombre de La Virgen Primera "*Prima Virgo est pura Trinitas*". Carmín. Theol., s. I; carm I in Laúd. Virg. P. G. XXXVII, 523.).

Si, pues, María es verdaderamente la Virgen por excelencia y la siempre Virgen, menester es confesar que por este título se libra totalmente de la caída original. ¿Y no es esto también lo que la razón misma, sencilla y recta, por sí misma, nos dice y enseña? ¿Quién puede concebir que Dios derogase las leyes más generales de la naturaleza para que su Madre conservase intacto el tesoro de su virginidad corporal, y que no se cuidase de suspender las leyes de su justicia para que otro tesoro, incomparable más precioso para ella y más glorioso para él, no le fuese arrebatado? (Así lo proclamó San Buenaventura: "*Era de altísima conveniencia que Aquella en quien el Altísimo se complació hasta el punto de hacerla su Esposa, y Madre de su Unigénito, fuese inmaculada en su espíritu, como lo era en su carne.*"(In IV Sent.. D. 3, a. 2, q. 1) La conclusión que no dedujo San Buenaventura, la dedujo otro teólogo de la misma Orden, Francisco de Mairón, llamado el Doctor Iluminado, en su segundo sermón acerca de la Concepción de la Santísima Virgen. Desde entonces la Orden Seráfica fue uno de los campeones más fervientes de este privilegio de María). Tanto más, que la virginidad del cuerpo tenía por principio y salvaguardia la virginidad del alma ("*Duplicis virginitatis navem servaverat incolumen. Maria enim non minus animam quam corpus servaverat virginem: linde etiam conservnbatur corpori virginitas.*" San Joan. Damasc., hom. I in Dormit. B. V. M,, n. 7. P. G.. XXVI, 709).

Y asimismo se ensalza la Concepción inmaculada de María con el privilegio de su impecabilidad con muy apretados nudos, conforme lo notó Bossuet: "*Está escrito* —dice— *de los hombres en general que todos pecan y en muchas cosas faltan*" (Jac., III, 2). Estas palabras, que nos enseñan que todos los hombres caen en pecados actuales, por lo menos en aquellos pecados, hijos de la fragilidad, que se llaman veniales, no son ni menos expresivas ni menos generales que aquellas otras en que se nos dice que todos, por necesidad, incurrimos en el pecado original. Por esto San Agustín, gran maestro de los teólogos en esta materia, habla de la una y de la otra necesidad con los mismos términos generales, hasta tal punto, que en el libro V contra Juliano dice que todos los que han contraído el pecado original, todos también caen, consiguientemente, en pecados actuales" (Bossuet, serm. sobre *La Concep*., 2* parte. (8 dic. 1668.) Obras oratorias. Lebarcq., V. p. 393). De donde se deduce que, no habiendo cometido María ninguna falta actual, tuvo que ser inmaculada en su Concepción. Esta es la conclusión que por

ahora se impone, hasta tanto que expliquemos cómo la preservación del pecado original, y sola ella, puede conducir, por la exención de la concupiscencia y de las inconsideraciones de la mente, al privilegio de no pecar nunca.

Se ha dicho también que el privilegio de la concepción sin mancha parece **excesivo**. Y, cierto, lo sería para los demás; pero de ninguna manera para la Santísima Virgen. Dios, escogiéndola para Madre suya, ¿no la elevó infinitamente por cima de todas las demás criaturas? La inmaculada Concepción no la eleva más que por cima de los hombres pecadores, pero la divina maternidad la eleva sobre los mismos ángeles. Porque ¿cuál es el ángel que puede decir a Dios: Tú eres mi Hijo; yo te he engendrado hoy? Y ¿cómo es posibe que, exaltando Dios a esta Virgen por cima de la naturaleza angélica, por razón de su maternidad, no la elevase, mediante una Concepción inmaculada, por cima de la humanidad caída? El primer exceso ¿no llama al segundo como un abismo llama a otro abismo? Otra cosa sería más de temer: la indiferencia del Hijo para con su Madre; éste si que sería un exceso. ¿Dónde estaría el amor que él le tiene tantas veces demostrado, si cuidando de su nacimiento, formándola él mismo y pudiendo dotarla con un privilegio que por tantos títulos le conviene, no se lo hubiera querido otorgar? Por muy flojo y tibio tendríamos el amor de un hijo que, pudiendo, sin detrimento de su gloria, antes con ventaja de sus intereses, preservar a su madre de la vergüenza e ignominia moral, la dejase, mas que sólo fuese por un momento, en tan triste y lamentable estado.

Se ha dicho también que es privilegio incomunicable de Jesucristo el haber sido concebido sin pecado, y que, por tanto, María no podía participar de tal privilegio, igualándose con su Hijo. Concedido: hay en la Concepción de Jesucristo dos títulos, que le son propios y que reclaman la exclusión de toda mancha, de todo pecado original. Sólo Él nació de una Virgen, sólo Él es Dios en carne humana. Este es el privilegio incomunicable de Jesucristo. Lejos de nosotros el atribuírselo a su Madre. La inocencia de Cristo es la de un Dios Redentor, no la de una criatura redimida. Pero por debajo de esta inocencia original se concibe otra: la de una hija de Adán que, ni por su condición de pura criatura, ni por el orden de su nacimiento, quedaría a salvo del contagio común y que, para ser exceptuada, hubo de ser preservada por gracia y rescatada de la servidumbre antes de caer en ella.

Ahora bien: el privilegio de Jesucristo, singularísimo privilegio, en verdad, no sólo no es incompatible con la indicada inocencia de su Madre, sino que mediante ella se pone de relieve por manera excelentísima. No es incompatible, porque lo que Jesucristo tiene por derecho propio se le concede a su Madre por gracia. Más aún, el privilegio de María depende de la santidad de su Hijo, como el efecto depende de su causa. Hemos dicho, además, que el privilegio de María pone de relieve de una manera excelentísima el de Jesucristo, porque ¿no se encarece incomparablemente la pureza del Hijo cuando se la muestra tan perfecta que no pueda tolerar ni la menor mancha en su Madre, y tan excelsa que supere, no sólo la inocencia reparada de los que han sido pecadores, sino también la inocencia de una criatura inmaculada? De esta suerte, todo se hermana y concierta, la concepción de la Virgen queda por debajo de la concepción de su Hijo, porque María es pura criatura, y en virtutd de su nacimiento debió quedar incluida entre los pecadores; pero, a la vez, esta misma concepción sobrepuja a las concepciones comunes y ordinarias, porque es la concepción de la Madre de Dios encarnado, Reparador universal del humano linaje.

Resta otra dificultad, que, como las anteriores, nos llevará a la misma conclusión: la Concepción sin mancha de la Santísima Virgen es soberanamente necesaria, porque es soberanamente conveniente. El Hijo único del Padre descendió del cielo para rescatar y salvar al mundo. "*Le llamarás* —dijo el Angel a María— *Jesús; le llamarás Jesús —dijo poco después el Angel a José*" (Luc., I. 3; Matth., I, 21)—, es decir, Salvador. Este es el nombre propio de Dios humanado, el nombre que determina y explica su misión. El Hijo de María es el Salvador, y, por tanto, el que quita los pecados del mundo, el que nos justifica, nos rescata, nos lava; el que reconcilia la tierra con el cielo. Mas todas estas cosas, ¿cómo las obra? Por su sangre (Rom., V, 9; Ephes., I, 7; Col., I, 14; Hebr., IX, 13, 14: I, Petr., I, 2, 19, Apoc., I. 6; V, 9.). Por consiguiente, decían los adversarios de la inmaculada Concepción, María fue concebida en pecado, porque Ella, como todos los hijos de Adán, tuvo que ser salvada, rescatada, reconciliada, lavada y purificada en la sangre de Jesucristo.

De lo cual nosotros, con mejor derecho que los adversarios de la Concepción inmaculada, deducimos que María no contrajo la mancha original. Persuádenos de esta conclusión el origen mismo de esta sangre redentora; en otras palabras, la maternidad de María. Sí, es cierto, certísimo: María fue rescatada, pero de una manera más eminente, más divina. ¿No convenía que la sangre de Jesucristo remontase hasta su fuente para purificarla, preservándola de toda mancha, y que el río de las gracias que se extiende por todas las almas para santificarlas tuviese en el alma de María una eficacia que no tiene en las demás? Ahora bien: la primera fuente de la sangre de Jesucristo brota en la concepción de su Madre divina, y su eficacia singular no se explica debidamente si María, en el principio de su vida, no tuvo otra santificación que la que tienen las demás mujeres, y si no fue tan perfectamente rescatada que ni un instante fuese sierva de pecado. Contemplad a María en el Calvario, en pie, más cerca de la Cruz que ningún otro: ¿no es esto como un símbolo de la eficacia singularísima de la sangre de Cristo en el alma de María?

Y lo que la sangre de Jesucristo debía a su propio origen, lo debía también a su propia gloria. La gloria de la sangre divina es destruir en todos los lugares la obra del demonio y llegar con su eficacia adondequiera que el espíritu del mal haya llegado con sus perniciosos efectos: para esto recibió Jesucristo su sangre de la Virgen Santísima y la derramó en el Calvario. Veamos ahora cómo Jesucristo, en su vida mortal y después de su muerte, demostró ahincadamente, con hechos, la múltiple virtud de su preciosa sangre. El mal ha manchado las almas. Él las purifica: testigos: la Magdalena y tantas otras sacadas del fango y blanqueadas con la sangre del Cordero. El mal nos había privado de todo derecho a la visión divina, pues apenas ha sido derramada la sangre divina, cuando ya se abre el Cielo para recibir el alma de un criminal insigne, pero arrepentido. El mal había introducido la muerte en el mundo, y de ahí que los méritos de la sangre de Cristo nos adquieren la inmortalidad gloriosa, y que la Santísima Virgen la posee ya en compañía de Jesús resucitado. El mal trajo, con la muerte, un cortejo tristísimo de enfermedades y dolores, y por la virtud de la sangre de Cristo somos sanados de cierto modo, por la esperanza que tenemos de serlo en realidad; y, además, ¡cuántas curaciones son de hecho concedidas como preludio de la liberación futura definitiva y total de toda enfermedad y de todo padecimiento!

¿Qué más es necesario para la demostración palpable de la omnipotencia salvífica y purificadora de la sangre de Jesucristo? Que esta sangre penetre hasta el seno de las madres para santificar su fruto, aun antes de que esté plenamente formado; más aún: que llegue hasta

los orígenes mismos de la vida para dar en una concepción inmaculada el testimonio decisivo de su eficacia universal. Pues bien, esta concepción inmaculada, tan necesaria para la gloria de la sangre de Jesucristo, ¿para quién será, si María, la Virgen Madre, es concebida en pecado? Por tanto, como quiera que consideremos la maternidad de la Santísima Virgen, siempre veremos en ella el título y la razón de su Concepción inmaculada.

## CAPITULO 4

**Medida de la gracia inicial. La gracia de santificación recibida por la Madre de Dios en su Concepción, es decir, en el primer instante de su existencia, supera a la gracia consumada de todas las criaturas.**

**I. —** La inmaculada Concepción implica para María la exención de la mancha original; entre todos los hijos de los hombres, sola esta Virgen bendita entró en el mundo limpia de todo pecado, libre de la universal esclavitud. Mas éste es sólo, por decirlo así, el aspecto *negativo* del privilegio. El privilegio tiene también su aspecto *positivo*, al que los fieles no suelen atender suficientemente, y este aspecto consiste en que María, en el primer instante de su existencia, al mismo tiempo que se ofrece a la vista de Dios y de sus ángeles revestida de inocencia y sin mancha ninguna, ofrécese también enriquecida con todos los dones de la gracia. Si hemos entendido bien la naturaleza del pecado original, fácilmente entenderemos también que, si fue inmaculada en su Concepción, lo fue porque fue concebida en gracia. Supongamos que viene a la vida sin la gracia santificante, que es aquella que, depositada en el fondo de las almas en unión de sus anejos inseparables las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo, nos transforman en imágenes sobrenaturales de Dios; en esta hipótesis, María, hija de Adán, no sería en su primer instante la amiga de Dios, sino su enemiga; concebida sin la gracia, tendría en sí misma, como todos los demás miembros de la familia humana, la culpa y la mancha original; sería hija de ira, antes de ser hija de Dios.

Más, lejos de nosotros pensar que entre esta gracia inicial de la Santísima Virgen y la gracia que purifica a los bautizados cuando renacen en Cristo, no hay otra diferencia que la del tiempo de su respectiva infusión. Porque, si nos preguntaren cuál fue la perfección de la gracia en María cuando salió esplendorosa de las manos, mejor dicho, del corazón de Dios, he aquí una primera respuesta indubitable: nunca criatura alguna recibió gracia igual en su primera santificación. Proposición es ésta que apenas necesita que nos detengamos en demostrarla: tan claramente se colige de lo que hemos dicho ya mil veces. Recordemos aquel gran principio: todos los dones de gracia que la liberalidad divina haya concedido a cualquier criatura, sea la que fuere, los recibió María en igual medida o superior. Por tanto, siendo la perfección de la gracia inicial, sin controversia alguna, un beneficio sobrenatural de Dios, cosa llana es que María goza de este privilegio en grado eminente.

Además, la intensidad de la gracia se manifiesta por sus efectos. Ahora bien: uno de los efectos de la primera gracia en María fue preservarla para siempre de toda propensión al mal y confirmarla absolutamente en el bien. Así, pues, también, por este título María aventaja a todos los hombres y a todos los ángeles, en cuanto a la primera gracia, porque ni en los unos ni en los otros tuvo la santificación inicial esos dos efectos en el grado en que los tuvo la de

María. Por último, es norma de la Sabiduría Eterna dar a cada cosa naturaleza y propiedades en consonancia con la excelencia de sus fines. Ahora bien: en el orden superior, del cual únicamente hablamos aquí, la gracia es como una segunda naturaleza, y las virtudes hacen las veces de propiedades. Por otro lado, destino de María en la tierra fue, no sólo ser una sierva de Dios, como las demás criaturas racionales, sino, además, ser su Madre. Luego también por este título la gracia inicial de María debió sobrepujar a toda otra gracia.

¿Decís que bastaba que tuviera esta sombreeminencia cuando llegase el momento de ser Madre de Dios? Decir esto fuera olvidar que el término debe responder al principio, y viceversa, y que el fundamento debe ser proporcionado al edificio que ha de sustentar. En el orden de la Providencia todo está perfectamente dispuesto y ajustado, como no sea que la acción de la criatura intervenga para perturbar la concatenación y la economía admirable de la acción de Dios. Mas no insisteremos en esta primera proposición, porque brilla con tal evidencia, que huelga detenerse en ella por más tiempo.

**II.-** La segunda proposición fue así formulada por Suárez: "*Es piadoso creer, y es verosímil, que la gracia recibida por la Bienaventurada Virgen en su primera santificación fué más intensa y más perfecta que la gracia consumada de los ángeles y de los hombres*" (Suár., *de Myster. vitae Ciristi*. D. 4, sect. I, "*Quarto addo*..."). Puede decirse que esta proposición del ilustre teólogo es común entre los autores de los últimos siglos, que son los únicos que de intento han tratado de esta materia. Las pruebas de la misma, como las de la proposición anterior, se deducen de los principios ya asentados en el curso de esta obra. En efecto, ya desde el primer instante de su existencia, la Santísima Virgen era más amada de Dios que el más excelso y glorioso de los Serafines, porque veía en Ella a su Madre. Ahora bien: la gracia que Dios da a las almas corresponde al amor que les tiene, como quiera que, para Dios, amar es dar (San Laurent. Justin., serm. de *Nativit. Virg. Mar.*). Además, desde entonces tenía la Santísima Virgen una unión más íntima con Dios que los mismos bienaventurados.

Contra lo expuesto podría objetarse que la unión del Hijo con la Madre no era todavía actual, y que, aunque fuera una unión consumada, no igualaba a la que hay en la gloria entre la esencia divina y el *comprehensor*.

La primera parte de la dificultad demuestra, sí, que la gracia inicial de la Santísima Virgen no igualó a la santidad con que fue enriquecida después, cuando ya fue Madre de Dios en acto; pero esto no desvirtúa la fuerza de nuestro razonamiento, como se verá mejor en la respuesta a la segunda parte de la objeción presentada. Concedemos que la unión del alma con Dios en la gloria es, en cierto sentido, más estrecha y más íntima que la unión de la Madre del Salvador con su Hijo. Pero es de un orden menos elevado. Por tanto, no exige como principio una intensidad de gracia comparable, ni de lejos, a la intensidad de gracia que reclama la divina maternidad. Así, pues, es muy natural que la medida de gracia que prepara a la Virgen para la maternidad exceda en perfección a la gracia ordinaria, aun en su apogeo. Prueba de ello es que el Angel saludó a la Santísima Virgen llamándola llena de gracia cuando aún no era Madre de Dios; y nótese que, según el sentir de todos los Santos, la plenitud que el Angel atribuye entonces a María no tiene, igual ni en la tierra ni en los cielos. Una sola plenitud la excede: la de Dios hecho hombre. Y es que María, antes de recibir a Jesús en sus entrañas, ya le pertenecía como Madre, en virtud de la preordenación divina.

Ved por qué la Santa Iglesia, en la Sagrada Liturgia, aplica a la Santísima Virgen este versículo de los Salmos: "*Sus fundamentos descansan sobre las cimas de los montes santos, fundamenta ejus in montibus sanctis* (Psalm. LXXXVI, 1), como si la santidad de la Bienaventurada Virgen empezase a la altura en que acaba la santidad de los Santos más encumbrados. En el versículo siguiente leemos: "*Dios ama las puertas de Sión más que todas las tiendas de Jacob*"; y, por tanto, la ciudad santa, "*la ciudad de Dios, de la que han dicho cosas tan gloriosas*",excede, desde su **entrada**, significada por las puertas, a todos los tabernáculos en que Dios habite; es decir, excede en santidad a todas las criaturas que por la gracia de Dios son templo suyo. Y no es cosa ésta increíble, "*porque el hombre por excelencia ha nacido de ella, y el Altísimo, con su propia mano, ha puesto los fundamentos*" (Psalm. 2, 3, 5. La expresión "*homo et homo natus est in ea*", significa literalmente "*una muchedumbre de hombres*". Si le damos un sentido diferente es para conservar la acomodación que en el texto se propone). No entramos en la cuestión de si tal sentido es literal o sólo espiritual y místico; lo que decimos es que la acomodación que de estos versículos hace la Iglesia católica en su Liturgia, y con la Iglesia muchos autores, prueba, por lo menos, que la Santa Iglesia y los autores a que nos referimos juzgan como nosotros de la gracia inicial de María. Esto mismo se significa al aplicar a María aquel oráculo del Profeta: "*Habrá una montaña preparada para el Señor en lo más alto de las montañas*" (Is., II. 2. Cf. San. Greg. Magn., in I Reg., L. I, c. I, n. 5. P. L. LXXIX, 25); de tal manera, que lo que es para los demás término es para María principio.

**III. —** ¿Podemos encarecer aún más la perfección de la gracia inicial de María? He aquí cómo se expresan algunos autores: La santísima Virgen, en el primer instante de su existencia, recibió más gracias que todos los Santos del cielo y de la tierra en todo tiempo, aun considerados todos juntos. Como se ve, hay gran diferencia de esta afirmación a la que dejamos demostrada. Allí era caso de cada Santo en particular; aquí, de todos los Santos juntos. Por eso, en favor de esta segunda proposición no puede alegarse la autoridad de Suárez, como alguna vez se ha hecho, como quiera que éste no comparó la gracia inicial de María con la gracia de todos los Santos considerados en conjunto, sino con la de cada uno de ellos.

Pero, aunque esta tercera proposición no tenga en su favor la autoridad de un teólogo de tanto valor como el Doctor Eximio todavía tiene defensores muy convencidos y muy señalados por la gravedad de su juicio; entre los cuales merece ser citado en primera línea San Alfonso María de Ligorio. Después de enseñar que la Santísima Virgen, al final de su vida terrestre, poseía una gracia superior a la de todos los ángeles y todos los Santos juntos, añade (San Alfonso de Liguori, *Glorias de María*, p. II, disc. segundo sobre la *Nativ. de María*): "*Ahora bien: si ésta es opinión común y cierta, también es muy probable que esta gracia, superior a la de todos los Santos y ángeles juntos, la recibió María en el instante mismo de su concepción inmaculada. El P. Suárez defiende con gran ahinco esta opinión* (Esta afirmación, como ya hemos dicho, es inexacta. Suárez, en el lugar citado, es decir, de *Misteriis vitae Christi*, D. IV, s. 1, dice solamente esto: "*Quarto addo, pium virisimile esse credere gratiam Virginis in prima sanctificatione intensiorem fuisse quam supremam gratiam in qua consummantur angeli et homines*". Más adelante,(1..1,1 'ir de la gracia final, dice: "*Dico secundo, probabiliter credi potest R. V. consecutam esse plures fradus gratiae et charitatis quam sunt in ómnibus sanctis et angelis etiam collective auinptia.*" (Ibíd-, D. XVIII, s. 4.)), *y los PP. Spinelli* (Spinelli es del mismo parecer que Suárez. Cf. *Maria Deip. Thronus Dei*, c. 4, II. 3; c. 6, n. 11.), *Recupito* (No hemos podido comprobar el testimonio de Recupito, de *Laudibus Virginis*) *y De la Colombiére* (El P. de la Colombiére sostie-

ne expresamente la opinión de San Alfonso y aun pretende apoyarla la autoridad de San Vicente Ferrer. *Serm. seg. para la fiesta de la Inmaculada Concepción*, punto segundo) *la han adoptado.*" A los testimonios invocados por San Alfonso, otros autores añaden los testimonios de los PP. Gregorio de Valencia, De Rhodes, Barradas, Cotenson, Billuarl y Vega. Con todo, distan mucho de ser todos igualmente ciertos; en este particular, como en otros, sorprende la facilidad con que hartas veces se invoca la autoridad de los textos, sin haberse tomado el trabajo de acudir a las fuentes (Barradas (Concord. Evangel., L. VI, 10) no hace más que seguir a Suárez. Lo mismo hay que decir de Gregorio de Valencia (in 3 p., q. 27, a. 5) ; pero con esta diferencia: que este autor estima que la gracia de Maria fue superior a la de la universalidad de los ángeles y los Santos, no en el momento en que Ella fue concebida, sino en el instante en que concibió el Verbo de Dios por obra del Espíritu Santo. Quedan, pues, en la segunda lista solamente el P. de Rhodes (Theol. Schol.. tract. VIII, D. un. de Deip. V. M., q. 4, I. 3, § I), Vega (Theol. Minian., Palaestra 16, cert. 3), y Contensor. (Theol. mentía et cordis, L. X, d. 6, c. I, spec. 2. Primo). El último, presupuesto que ha de haber proporción entre las disposiciones y la *forma*, arguye asi: la forma, es decir, la maternidad divina es una dignidad que excede inmensamente a la de todas las criaturas juntas: por consiguiente, también las disposiciones de gracia en María deben sobrepujar en la misma proporción y medida a las gracias conferidas a la universalidad de los servidores de Dios. Contra este raciocinio se opone con razón, que la gracia inicial de María no fue disposición *próxima* para la maternidad divina. Por tanto, si algo prueba tal raciocinio es la verdad de la opinión de Gregorio de Valencia. Nada hemos dicho de Billuart, porque no tenemos a la vista todas sus obras, y en su *Teología*, si no nos engañamos, no toca la presente cuestión).

No debemos ocultar que la opinión abrazada por San Alfonso de Ligorio ha tenido más de un contradictor, aun entre autores devotísimos de María y defensores de sus glorias (Por ejemplo, Teófilo Raynaud, *Diptych. Mariam*., p. II, punct. 7, n. 14, Sq.). Además, los mismos que la han sostenido se contentan con señalarla como probable. Elija, pues, el lector la sentencia que mejor le pareciere. Nosotros, por el amor que tenemos a la Santísima Madre de Dios y Madre nuestra, abrazaríamos con gran contento de nuestro corazón la sentencia que más realza sus privilegios, si pudiéramos afianzarla con razones y autoridades que no fuesen tan discutibles como son las que se alegan.

Las autoridades, como hemos visto, se contrapesan, y aun generalmente podemos decir que se inclinan hacia la parte negativa. Por lo que hace a las otras razones que pudieran alegarse, sería necesario contrastarlas con las dos reglas anteriormente establecidas en el libro III de esta obra. Ahora bien: ni la una ni la otra parecen suficientes para probar sólidamente la preeminencia inicial de gracia de que aquí tratamos.

Si alguno dijere que hay que reconocer en María todos los favores otorgados en el orden sobrenatural a los demás amigos de Dios, responderemos que eso es cosa clara, si se trata de cada Santo en particular, pues de cierto ninguno de ellos poseyó jamás un privilegio de gracia que no haya sido concedido también a María. Pero, ¿llega la sobredicha regla, en la intención de los que la han establecido, hasta el punto de reivindicar para la Santísima Virgen, en cada una de las fases de su vida, y en el momento mismo de empezar a existir, todos los dones de gracia que se han dado y se darán en todos los Santos juntos? Cuando menos, es cosa dudosa.

Y si alguno también dijera que la Virgen Santísima, en el momento inicial de su existencia, poseía toda la medida de la gracia que convenía a su futura maternidad, nosotros concedemos que así fue; mas para determinar lo que esta conveniencia pedía, se ha de considerar de María se hallaba en estado de vía, es decir, en estado de progreso en la santidad. Por tanto, no parece lo más conveniente atribuir a la Santísima Virgen, en el primer instante de su ser, el grado supremo de perfección que todos de buena gana le reconocen, sino en el tiempo de su maternidad, por lo menos al final de su carrera.

Sea lo que fuere de la solución que deba tener esta controversia, tan honrosa para la Madre de Dios, una cosa resulta completamente cierta, y es que la Santísima Virgen, en el primer instante de su existencia, recibió de su Hijo un conjunto de gracias proporcionado a su futura dignidad y al amor de tal Hijo hacia su Madre. Por mucho que hayan brillado al mediodía los más ilustres y esplendorosos entre los hijos de Dios, más resplandeció en su aurora misma la Santísima Virgen. Y esta gracia de la Virgen Inmaculada tuvo ya desde entonces por cortejo todas las virtudes infusas y todos los dones del Espíritu Santo con la plenitud que correspondía a su propia plenitud. Ahora bien, como quiera que las virtudes y los dones sobrenaturales se ajustan a la medida de la gracia con la que se relacionan como las propiedades de un ser con su naturaleza, no es menester hacer aquí un estudio especial para determinar la perfección de las virtudes y de los dones en María al ser concebida; sería repetir, en otra forma, lo que dejamos dicho de la perfección de la gracia misma. Y también por lo dicho se entiende cómo la Virgen Santísima, desde su Concepción, estuvo llena del Espíritu Santo, pues la habitación de éste en las almas es aneja y proporcional a la gracia con que están enriquecidas.

# LIBRO V

## CAPITULO 1

### Dones de inteligencia y voluntad. Ciencia infusa inicial

**Ciencia sobrenatural de la Madre de Dios.—Relaciones entre la ciencia del hombre inocente y la de la Santísima Virgen.—La Madre de Dios, desde el primer instante de su ser, tuvo constantemente conocimiento actual de las cosas divinas; de donde se sigue el privilegio de haber sido santificada con el libre concurso de su propia voluntad, como los adultos.**

**I.** Entre los efectos más desastrosos del pecado original, débese contar la **ignorancia**, es decir, la dificultad de conocer y la facilidad de errar. Para tener un concepto más claro y preciso de esta herida causada a la naturaleza humana **(1)** conviene considerar, siquiera sea sumariamente, la condición primitiva del hombre, en lo tocante al conocimiento.

Adán —nos dice el Angel de las Escuelas, y con él la mayor parte de los teólogos— no fue creado solamente en estado de gracia, llevando, por consiguiente, en su alma la imagen de Dios, su Autor y su Padre, sino que, además, a título de padre de la familia humana, recibió desde el principio, y como acompañamiento de la gracia, una ciencia infusa perfectísima: la ciencia de las cosas de la naturaleza, y la ciencia de las cosas de Dios, en la medida que convenía para el gobierno de su propia vida y de la vida de su futura descendencia. Estos co-

nocimientos, salvo en lo tocante a su origen, eran substancialmente del mismo género que los nuestros. La inteligencia en Adán, como en nosotros, requería el concurso de la imaginación para entrar en acto, y sus pensamientos presuponían representaciones sensibles, en las que, por decirlo así, se encarnaba su objeto **(2)**

**(1)** Es necesario proceder con cautela al hablar de las heridas causadas por el pecado original a la naturaleza humana. Nuestra naturaleza no fue herida propiamente ni en sus principios constitutivos, que después del pecado siguen siendo los mismos absolutamente, ni en sus facultades nativas; la naturaleza humana no perdió ni su esencia ni las cualidades que de su esencia se derivan naturalmente. Lo que perdió fueron las perfecciones sobreañadidas a la naturaleza; la gracia original, la integridad, la exención de la muerte y de las enfermedades que la preparan. Este despojo privó al hombre, no sólo de los dones sobrenaturales que lo elevaban a un orden superior de ser y de actividad, sino que lo hizo menos hombre al arrebatarle cierta rectitud interior y aquel concierto de todas sus potencias que dimanaba de los privilegios gratuitos y que su naturaleza por sí sola no podía darle. Esto y no otra cosa es lo que nosotros queremos significar cuando decimos que la naturaleza humana fué herida por el pecado.

**(2)** "*Secundum statum viae anima ad suum actum phantasmatibus indiget non solum ut ab eis scientiam accipiat secundum motum qui est a sensibus ad animam, sed etiam ut habitum cognitionis quam habet circa species phantasmatum, ponat secundum motum fui est ab anima ad sensus, et sic inspiciat in actu quod per habitum cognitionis tenet in mente.*" San Thom., in II. D. 20, q. 2, a. 2. ad 3.

Sin embargo, la ciencia natural de nuestro primer padre superaba a la nuestra en tres cosas muy importantes. Primeramente, el elemento sensible no fue para Adán, como lo es para nosotros, medio necesario para llegar a la adquisición del conocimiento, pues el mismo Dios había impreso en su alma, al crearla, la plenitud de ciencia adecuada al fin que había de cumplir. Esto no obstante, aunque las imágenes no fueron necesarias para la primera formación de los conocimientos intelectuales, tenían que acompañarlos inseparablemente para sostenerlos después; de suerte que la ley formulada por Aristóteles y por toda verdadera filosofía se cumplía también en Adán: el alma no entiende ni piensa nada sin convertirse a las imágenes sensibles.

Aventajaba también a nuestra ciencia en extensión. ¿Cómo dudar de esto, si recordamos que Dios se la había dado como a educador del mundo?

En tercer lugar, la ciencia natural de Adán era más excelente que la nuestra por su claridad. Gloria grande nuestra es poder conocer a Dios; pero la mirada intelectual de nuestro primer padre penetraba y ahondaba más en las perfecciones divinas. Dos grandes doctores, **Santo Tomás y San Buenaventura,** nos dirán la razón de esto. Adán, en el estado de inocencia, ¿veía intuitivamente la cara de Dios? Ambos de acuerdo, responden negativamente. Estaba en el **camino**, en la carrera de la prueba: Dios no se le revelaba inmediatamente. Mas si Adán tenía que elevarse de las perfecciones creadas a la bondad increada, esta elevación era muy diferente de la nuestra. Nosotros, como lo nota San Pablo, conocemos a Dios en el espejo de las criaturas, y además en *enigma*: *per speculum in aenigmate* (I Cor., XIII, 12). Adán también lo conocía en este espejo de las criaturas, pero sin enigma, es decir, como interpreta San Agus-

tín (San August., *de Trinit*., L. XV, c. 9. n. 16), sin esfuerzo, no entre sombras espesas, como nosotros.

La razón de esto era, por una parte, que la imagen de Dios resplandecía en Adán con más perfección que en nosotros, y por otra parte, que, como la rectitud original llevaba consigo la subordinación total de las fuerzas inferiores a las facultades superiores, éstas no eran ni retardadas ni perturbadas en sus operaciones por aquéllas. Adán contemplaba, a la vez, el espejo y la faz de Dios reflejada en el espejo; mas nosotros primero contemplamos el espejo, y para subir de la contemplación del espejo a la contemplación de la imagen divina; es decir, para ascender de los efectos a la causa primera, de las perfecciones de la criatura a las perfecciones del Creador, nos es necesario, en grado mayor o menor, el auxilio del raciocinio.

Cierto que el conocimiento de las cosas inteligibles tenía también para Adán cierto carácter enigmático, porque ninguna perfección creada, ningún efecto salido de las manos de Dios, ninguna imagen impresa en el alma puede representar la bondad infinita como ella es en sí misma: toda criatura es obscuridad, cuando se la compara con las claridades divinas. Mas la neblina esparcida sobre el espíritu humano a consecuencia del pecado original, es decir, la influencia predominante de los objetos sensibles y la tiranía de la imaginación desordenada no se interponían entre la inteligencia de Adán y la suprema verdad, como acontece en la naturaleza caída (San Thom., I p. q. 94, a. I, in corp. et ad 8). El cuerpo de corrupción, usando el lenguaje de la Escritura Divina, no pesaba sobre el alma para encorvarla hacia las cosas de aquí abajo (Sap., IX. 15). Sin esfuerzo, sin fatiga, el alma ascendía, con un movimiento, digámoslo así, natural y espontáneo, hacia la región de la luz, esto es, hacia la región de las cosas inteligibles **(3).** Estado inestimable, del que nos derribó la culpa original. Por lo cual, los Santos Padres ven en esta caída uno de los motivos principales por los que era tan deseable la Encarnación.

**(3)** Para poner de relieve la diferencia entre estos dos estados de conocimiento sera muy útil recordar las respuestas de los antiguos doctores a esta cuestión: ¿Tuvo Adán la fe y fue justificado por la fe? No, responden Hugo de San Víctor y San Buenaventura. Es verdad que nuestro primer padre, dice el Doctor Seráfico, no tuvo ni pudo tener aquí abajo aquel modo de conocimiento intuitivo que es privilegio del estado de la gloria. Así, en el estado de naturaleza inocente como en el estado de naturaleza caída, se ve a Dios, si no medianamente, por medio del espejo, *mediante speculo*. Con todo, va mucha diferencia de un estado a otro. En el primero. Dios era conocido mediante un espejo clarísimo: las nieblas del pecado no habían velado aún la faz del alma. En el segundo, por el contrario, el espejo en que nosotros conocemos a Dios está obscurecido por el pecado del primer hombre. Y esta es la razón por la que conocemos *per speculum in aenigmate*, es decir, mediante una representación obscura.

"Advertir —añade— que hay cuatro maneras de conocer a Dios: por la fe, por la contemplación, por la aparición y por la visión clara. Hay *fe* cuando mi conocimiento me viene de otro, a quien Dios está presente: así, yo creo la Trinidad porque me la ha revelado el Hijo que está en el seno del Padre. Hay *contemplación* cuando se me manifiesta Dios mediante efectos que le son propios *(in efectu proprio),* y esta contemplación es tanto más elevada cuanto con más fuerza sienta yo en mí los efectos de la divina gracia, o cuanto yo pueda con más perfección considerar a Dios en las criaturas. Hay aparición cuando Dios se digna en hacerse presente en un signo sensible exterior, apropiado para revelarlo, como lo vemos en las teofanías

del Antiguo Testamento. Por último, hay visión cara a cara cuando Dios se muestra inmediatamente en su propia luz. Ni el primer modo, esto es, el de la fe, ni el último, el de la visión facial, convenían al estado de inocencia; éste, porque la perfección suprema no es de esta tierra; aquél, porque es un conocimiento obscuro, enigmático, y además un conocimiento que de ordinario viene por el odio *(fides ex auditu).* Los otros dos modos intermedios pueden convenir a dos estados, principalmente el de contemplación; sin embargo, cuadraban mejor al estado de inocencia, por razón de la pureza del alma y de la sumisión le la carne y de las fuerzas inferiores a la razón; dos cosas que de ordinario faltan en el estado de naturaleza caída." (San Bonav . . . in II, d. 23. a. 2, q. 3.)

La doctrina del Doctor Angélico parece, a primera vista, contraria a la expuesta por lo menos en lo que respecta a la fe. El hombre y el ángel, enseña expresamente, tuvieron la fe desde su primer origen; porque ya en aquel momento pudieron acercarse a Dios. Ahora bien, según el Apóstol, "*es imposible agradar a Dios sin la fe*" (Hebr., XI. 6). Sin embargo, la oposición entre los dos grandes Doctores está más en las palabras que en las ideas. Porgue también Santo Tomás afirma que antes de la caída original "*la contemplación era más alta que la nuestra; que por consiguiente, entonces el hombre podía llegarse a Dios más que nosotros y conocer sus operaciones de naturaleza y gracia más claramente que ahora nos es dable a nosotros. Así que ni el ángel ni el hombre tenían aquella fe que busca a Dios ausente, como ha de buscarlo el hombre después de la caída. Dios estaba muy presente al hombre, por virtud de una luz más excelente de la divina sabiduría; si bien no le estaba presente como lo está por la luz de la gloria*". (San Thom., 2-2 q. 5. a. I. ad. 1.) Así, pues, es cosa manifiesta que tanto el ángel como el hombre tenían entonces fe; porque de una parte, sólo es compatible con la fe aquel conocimiento de las cosas divinas que consiste en la intuición de la verdad primera, objeto principal de la fe, y, por otra, si el hombre no recibía entonces de fuera la verdad por el oído de carne, la oía dentro por la inspiración de Dios, como en otro tiempo la oían los profetas. (Ibíd. in corp. et ad 3.) Donde se ve que la fe que Santo Tomás atribuye tanto al hombre inocente como a los ángeles antes de su bienaventuranza, apenas difiere de la contemplación de que habla San Buenaventura, pues ambas son un conocimiento medio entre la fe presente y la clara visión de Dios y sus misterios.

Así era el conocimiento de Adán cuando salió de las manos de Dios. Sus hijos hubieran participado del mismo privilegio, si la rebeldía de su padre no les despojara de aquella prerrogativa, como la perdió el mismo Adán. Mas esto no quiere decir que los hijos de Adán hubieran tenido como él la ciencia infusa desde el primer momento de su existencia. Como ya hemos notado varias veces, la ciencia de Adán era de la misma naturaleza que la nuestra, si bien superior en perfección; era, por tanto, dependiente del concurso de las imágenes y representaciones sensibles. Ahora bien; semejante concurso supone cierta perfección en los órganos, la cual depende a su vez del progreso de la edad, y de la que el hombre, en el primer período de su vida, no posee nada sino los gérmenes. Por esto "*los niños, en el estado de inocencia, no hubieran nacido con una ciencia perfecta; pero con el tiempo la habrían adquirido sin esfuerzo, ya con sus propias meditaciones, ya con la enseñanza exterior, y con mayor plenitud que nosotros podemos adquirirla naturalmente en el presente estado de la humanidad*" **(4).** No nos atreveríamos a afirmar que esta doctrina de nuestros grandes maestros acerca de la ciencia y de las condiciones del saber humano en el estado de inocencia sea absolutamente cierta en todos sus pormenores. Lo que la tradición católica no nos permite poner en duda es que la **ignorancia** es una de las mayores heridas que la caída original infirió al linaje humano.

**(4)** San Thom., 1 p., q. 101, a. 1 y 2. Observemos todavía que, como los hijos de Adán habían de recibir al nacer la naturaleza enriquecida con la gracia, hubieran recibido al mismo tiempo la fe infusa en cuanto a su *principio*, mas no en cuanto a su *acto*.

Ahora ya podemos volver a la Santísima Virgen. Inmaculada en su Concepción, no fue despojada de la justicia original. Por consiguiente, su inteligencia no fue herida como la nuestra, porque estas heridas tienen como principio la pérdida de la gracia. Por tanto, María es, por lo menos, lo que hubiera sido otro hijo de adán, si el orden primitivo no hubiera sido alterado. En Ella, las fuerzas inferiores conservaron aquella subordinación perfecta que las convertía en siervas dóciles de la inteligencia y les impedía que fueran estorbo a ésta en sus vuelos hacia las regiones inteligibles. Nunca la abatían; antes ella las elevaba. En verdad, era éste un gran privilegio, tanto más estimable, cuanto esta armonía entre las fuerzas naturales del hombre lo hacía mucho más apto para recibir las comunicaciones divinas. Ahora bien; esta concertada subordinación de las fuerzas del alma se unió desde el principio a las perfecciones sobrenaturales de la inteligencia, por lo menos a aquellas que no exceden los límites del estado de **vía**, es decir, a la virtud de la fe en el grado más eminente, a los dones de sabiduría, de inteligencia, de ciencia, de consejo, en una medida igual a la de la gracia santificante y de las virtudes que se infunden con ella. Aunque no pudiéramos pasar de aquí, ciertamente sería para la Santísima Virgen una superioridad admirable el haber poseído ya en su primer origen dones tan admirables, tan perfectos, y no haber participado ni de la debilidad ni de las imperfecciones actuales de la ciencia humana.

**II.** Mas si consideramos que la Santísima Virgen es la Madre de Dios, bien podemos esperar que, además de los dichos dones de inteligencia, tuviese otros aun más excelentes. Guardada la debida proporción, débese juzgar de la Madre como del Hijo, y "*en Ella todo está lleno de misterios, todo lleno de maravillas*" ("*Omnia in illo plena sacramentis, plena mysteriis*", dice San León.). Y ¿qué otros privilegios pudo tener su inteligencia? ¿El de la ciencia infusa del padre común de todos los hombres? Pero éste, según vimos, suponía, en cuanto a los actos, un organismo ya formado, pues dependía de la imaginación como de su natural complemento. Y, sin embargo, todo induce a creer que la Santísima Virgen, por razón de su maternidad, desde el primer instante de su existencia, en el momento mismo en que el Espíritu Santo descendió por primera vez sobre Ella, fue iluminada con un esplendor admirable, y que este ejercicio anticipado de la inteligencia continuó libre y sin interrupción aun durante aquel tiempo en que todo duerme, así los sentidos como el espíritu, en los otros niños. Ante todo, dejemos asentado el hecho, y después estudiaremos su forma y sus consecuencias.

¿Gozó la Santísima Virgen María del uso de la razón desde su entrada en esta vida, es decir, desde el momento mismo en que el Espíritu Santo descendió sobre Ella para preservarla de la degradación común y santificarla en el seno de su madre? Si alguna vez hubo criatura que gozó de semejante privilegio, no hay duda que también debió tenerlo la Santísima Virgen. Y no es menester probar esta conclusión, pues es natural consecuencia de un principio universalmente admitido por los más autorizados doctores, como ya se ha demostrado en el decurso de esta obra. Ahora bien; los ángeles del cielo y los primeros padres de la familia humana, santificados, según la opinión común en el instante mismo de su creación, lo fueron, los unos y los otros, en el pleno ejercicio de su inteligencia. Al mismo tiempo que Dios les daba la naturaleza y la gracia, su pensamiento y su corazón se elevaban hacia Aquel que tan liberalmente los colmaba de beneficios.

Acaso se diga que estos ejemplos no prueban que lo mismo sucediese en María. La santificación de los ángeles y del primer padre del linaje humano suponía en ellos el desarrollo completo de su ser de naturaleza, mientras que la Santísima Virgen, en aquel momento primero de su existencia, no estaba sino en el primer grado de su formación; era sólo como un esbozo de criatura humana, incapaz, por tanto, de operaciones intelectuales y sensibles. Cierto que con la gracia santificante recibió la luz de la fe; pero la tenía solamente en principio, no en acto.

Concedemos de buen grado que la comparación entre los ángeles y el primer hombre, de un lado, y la Santísima Virgen, de otro, no es completa. Pero hase de reconocer que, si era conveniente que los servidores de Dios le adorasen al entrar en esta vida, más conveniente era que la Madre del Señor no viviese días, meses y años sin conocerle y amarle, sumida, digámoslo así, en un sueño absoluto de sus más nobles facultades.

A mayor abundamiento, el Evangelio nos ofrece un hecho contra el que no pueden hacerse los susodichos reparos: el alborozo que experimentó Juan Bautista cuando María, llevando en sus entrañas a Jesús, visitó a la madre del Precursor, su prima Santa Isabel. Abramos el Evangelio de San Lucas: "*Por aquellos días, María fue de prisa a las montañas, a una ciudad de Judá, y entró en la casa de Zacarías y saludó a Isabel. Y aconteció que como oyó Isabel la salutación de María, el niño brincó de gozo en su seno, y luego Isabel, llena del Espíritu Santo, alzó su voz y exclamó: Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre... Porque como la voz de tu saludo llegó a mis oídos, el infante saltó de gozo en mi seno*" (Luc. I, 39-44).

Meditemos estos versículos. Es sentir unánime de la Iglesia de Dios que el encuentro del Precursor y del Mesías, de Juan y de Jesús, el uno y el otro encerrados en las entrañas maternas, es el momento en que Juan Bautista fue purificado del pecado de origen y santificado por los méritos del Salvador. Más adelante veremos la parte que cupo a María en este misterio; por ahora baste dejar asentado que el Precursor fue santificado y que acogió con saltos de gozo la visita y la cooperación santificante de Jesús. Ahora bien; observan comúnmente los Padres y los intérpretes que este alborozo, *exultavit in gaudio*, presupone **la inteligencia actual** y el conocimiento de la presencia y de la acción de Jesús. No ignoramos que algunos intérpretes no han visto en este alborozo del Precursor más que un hecho puramente orgánico, análogo al que se experimentaría con un sentimiento de alegría. Por tanto, según el sentir de los intérpretes a que nos referimos, Juan saltó, no porque realmente experimentase un gozo propio de una criatura inteligente, sino porque Dios quiso mostrar de esta manera con cuánta razón se alegraría si supiera lo que había obrado en él la visita de Jesús y de su Madre.

Pero preguntamos a estos hombres tímidos, que así interpretan el sagrado texto, por qué razón y con qué derecho quitan a las palabras su natural significación. No leemos sencillamente: "*saltó*", ni tampoco leemos: "*saltó como si fuera de gozo*"; lo que leemos es: "*saltó de gozo*", sin restricción: ***in gaudio***, expresiones todas que de suyo significan no sólo ostensión de alegría, sino un gozo *espiritual*, un gozo que procede del conocimiento y se manifiesta con su natural efecto en un ser compuesto, como nosotros, de alma y cuerpo. El mismo Juan confirmará la verdad de esta interpretación en una alusión muy delicada que nos ha conservado el Santo Evangelio: "*El amigo del Esposo, al oír su voz, se alegra con alegría grande, porque oye la voz del Esposo. Y esta alegría me ha sido dada plenamente*" (Joan., III, 29). El Esposo es manifiestamente Jesucristo, y el amigo del Esposo, Juan el Precursor; la alegría de oír la voz del Esposo (del

cual fue el salto de Juan en el seno de Santa Isabel presentimiento y, a la vez, posesión, digámoslo así, inicial) fue plenamente gustada cuando el Bautista oyó con sus oídos y vió con sus ojos de carne al Mesías en la actuación de su vida pública. Pero, ¿cómo pudo, desde el seno de su madre, oír la voz del Esposo? Mediante los oídos de Isabel, como Jesús hablaba con la lengua de María ("*Christus locutus est per os Matris; Joannes audivit per aures matris.*" "*Audiebat verba Domini per os Virginis personantis.*" San Hier., ep. 107 ad Laetam, n. 3. P. L., XXII, 870). Los dos niños se comunicaban por medio de sus madres, y esta comunicación exterior era como sacramento sensible de una comunicación interior íntima, de espíritu a espíritu, de corazón a corazón.

A quienes estas reflexiones sobre el texto evangélico no convencieren, les propondremos el sentir de los más ilustres entre los Santos Padres, los cuales, en el alborozo del Bautista han visto un acto de profeta, del mayor de los profetas. "*Juan, el futuro Precursor de Cristo, recibió el espíritu de profecía en las entrañas de su Madre, y este niño, aun antes de ver la luz del día, manifestó con sus saltos a la Madre del Salvador*" (San Leo., serm. 30, in Nativit. Domini. 10, n. c. 4. P. L. LIV, 232).

Mucho antes de San León, el gran Obispo de Lyón, **San Ireneo**, a propósito de las manifestaciones que de sí mismo hizo Jesucristo en los primeros días de su existencia mortal, escribía: "*Juan mismo, cuando todavía estaba en las entrañas de su madre, y Jesús en las de María, **reconoció** al Señor y le saludó con alegría*" (*San Iren., c. Haetes.*, L. III. c. 16. 11. 4. P. G., XII, 923). **Tertuliano** nos presenta en las entrañas de Isabel "*un profeta que ya entonces tenía **pleno conocimiento** de la presencia del Señor*" ("*Elisabeth prophetam portans jam Domini sui conscium infantem.*" Tertull., *de Carne Christi, c. 21. P. L., II, 788).* Según **Orígenes**, Juan, encerrado en el seno de su madre, sabía ya como por experiencia lo que ignoraba Israel, y por esto saltó, y no de cualquier manera, sino de alegría, como quien conoció que el Señor venía para santificar a su ministro (Orig., in Luc., hom. 7. P. G., XIII, 1818). "*Entonces Jesús empezó a hacer de Juan su profeta, comunicándole interiormente la revelación del gran misterio*" (Idem, *Schol., in Luc*., I, 36. P. G., XVII, 319).

Más explícito aún, si cabe, es **San Ambrosio**: "*¿Qué diré de Juan, quien, según el testimonio de su religiosa madre, conoció en espíritu, estando en el seno materno, la presencia del Señor y la atestiguó saltando de gozo... ¿Profetizaba o no? Ciertamente, profetizaba, pues adoraba a su Autor y hablaba en su madre*" (San Ambros., *de Fide*, L. XIV, n. 113; *col. Expos. in Luc*., L. II, n. 23, P. L. XV, 1560). Citemos, por último, el testimonio de **San Cirilo de Jerusalén**: "*Juan* —dice—, *todavía prisionero en el seno de Isabel, fue santificado por el Espíritu Santo; de una manera semejante fué santificado Jeremías; pero Jeremías no projetizó en el seno materno. Juan, solo en aquella viviente prisión, saltó de alegría, y no viendo aún al Señor con los ojos del cuerpo, lo reconoció con el espíritu* (San Cyrill. Hier., *Catech. 3, de Baptismo*, n. 6. P. G., XXXIII, 436). Podríamos multiplicar los testimonios y demostrar cómo la Iglesia ha reconocido la misma verdad en sus himnos ***(5)**;* mas lo dicho baste para el fin que intentamos.

***(5)*** "*Ventris obstruse recubans cubili*
*Senseras Regem thalamo manentem.*
*Hinc parens, nati meritis, uterque*
*Abditapandit.*"

(In Nativit. S. Joan. Baptist., himn. ad. I Ve.)

Muy difícil es, en verdad, no rendirse a este conjunto de autoridades. Ahora bien; todos estos testimonios hablan, y es cosa ésta digna de nota, de un conocimiento y de una alegría espiritual; los términos usados por los Santos Padres son explícitos y no dejan lugar a duda alguna. Además, el oficio mismo de profeta, del mayor entre los profetas, que los citados textos atribuyen a San Juan en esta ocasión, es por sí solo una prueba decisiva de que, según el modo de ver de los Santos Padres, el Precursor tuvo en aquel momento el ejercicio de las facultades intelectuales; porque solamente es en verdad profeta aquel cuyo espíritu es divinamente iluminado para juzgar de las cosas escondidas **(6)**.

**(6)** "*Non est talis censendus propheta, nisi illuminetur ejus mens ad judicandum.*" (San Thom., 2-2, q. 173, a. 2.) No es menester, después de aducidos tantos testimonios, recurrir a la autoridad de autores más modernos. "*Communiter tenent doctores quod per omnipotentiam Dei acceleratus est usus rationis in Joanne nondum progenite*", decía ya en su tiempo Dionisio el Cartujano. In. Evang. Luc. enarrat., a. 3, ad c. 1.

Presupuesto este hecho, volvamos al gran principio en virtud del cual todos los privilegios de gracia concedidos a los Santos deben atribuirse también, y en un grado superior, a la Santísima Virgen María. De ese principio inferimos que, pues San Juan gozó del ejercicio anticipado de la razón **(7),** con mayor razón ha de atribuirse este privilegio a la Santísima Virgen; y como quiera que este ejercicio se remonta a la santificación del Precursor, por la misma razón y con el mismo título debe remontarse a la primera santificación de María, es decir, al momento de su Concepción.

**(7)** A los testimonios alegados suele oponerse el de San Agustín en su epístola a Dardanus acerca de la *Presencia de Dios*. A decir verdad, el insigne doctor no manifiesta su parecer acerca de esta cuestión, que no intentaba resolver en aquella ocasión. Lo que él quiere demostrar es que los niños, para ser santificados por el bautismo y así llegar a ser templos de Dios, no necesitan prepararse, como los adultos, con actos personales de conocimiento y voluntad. Y como se le objetara que San Juan saltó de alegría cuando Jesucristo, su Santificador, llegó a su casa, da dos respuestas muy sencillamente. Primera, que esta exultación maravillosa no suponía un acto de inteligencia en el niño: "*Exultatio... jacta est divinitus in infante, non humanitus ab infante.*" La segunda respuesta es que, aun concedido que el saltar fuese en el Precursor prueba de conocimiento actual, no podría inferirse de aquí una consecuencia general respecto de los demás niños: ''*Quamquam etiamsi usque adeo est in illo puero acceleratus usus rationis et voluntatis ut intra viscera materna jam possent agnoscere, credere, consentiré, quod in aliis parvulis eaetas exspectabatur ut possent; etiam hoc in miraculis habendum divinae potentiae, non ad humanae trahendum exemplar nature.*" (San August., epis. 187 ad Dardan,, c. 7, nn. 23-25. P. L., XXXIII, 840, 841.) En otro lugar, el mismo Santo Doctor no vacila en afirmar que Juan se manifestó como profeta en las entrañas de su madre y que saludó a Jesús presente mediante el brinco de su cuerpo, por no poderlo hacer todavía con la voz. (Idem, serm. 291, n. 1 ; 292, n. 1 ; 293. n. 2. P. L., XXXVIII, 1.316, sqq.

Algunos autores, concediendo el privilegio de Juan Bautista, estimaron, según parece, que el principio en cuya virtud se afirma de María el mismo privilegio no tiene legítima aplicación en tal caso. Dicen que dicho principio vale solamente cuando se trata de dones inmediatamente relacionados con la santificación del alma. Ahora bien; añaden, el que el uso de la

razón se anticipe más o menos es cosa que no entra en la categoría de semejantes prerrogativas.

Admitamos por un memento la restricción, si bien es más que discutible. Siempre quedará en pie que la conclusión de estos autores ni está demostrada ni es plausible. En efecto, dice Suárez, aunque el uso anticipado de la razón no sea santificante por sí mismo, por su naturaleza, todavía puede ayudar, y en gran medida, a la perfección de la justificación, cuando tiene por efecto inmediato el disponer el alma por medio de la fe, la esperanza y el amor, para recibir más abundantemente el don de Dios (Suár., *de Myster. vitae Christi*, d. 4, s. 7, dico primo). Ved por qué la justificación de los adultos, según el parecer de todos, sobrepuja a la de los niños. Segados por la muerte antes de aquella edad en que con sus actos propios hubieran embellecido la corona de su inocencia, serán siempre los más pequeños en el reino de los cielos.

De aquí que los teólogos, al tratar de la gracia conferida así al padre del linaje humano, como a la humanidad (San Thom., 1 p. q. 95, a. 1, ad 5, cum. II. parall) del Salvador en el momento de su unión personal con el Verbo, enseñan unánimemente que ni Adán ni Jesucristo recibieron la primera efusión de la gracia sin cooperar con sus propias disposiciones. De ambas partes, movimiento de amor; de ambas partes, conocimiento sobrenatural: de fe, en Adán; de ciencia superior y divinamente infusa, en Jesucristo. San Pablo no deja lugar a la menor duda acerca de los actos de Dios humanado: "*Al entrar en el mundo, dijo, no habéis querido ni hostia ni oblación; pero me habéis formado un cuerpo... Entonces dije yo: Heme aquí que vengo, según que está escrito de mí a la cabeza del libro, para hacer, oh, Dios, tu voluntad*" (Hebr., X, 6-7). ¿No tenemos aquí un acto infinitamente meritorio? Y ¿quién dirá que no salió del corazón de Jesús en el momento mismo en que comenzaba a latir?

Y ahora oigamos a **Santo Tomás de Aquino**, comentando y razonando estas enseñanzas del Apóstol: '*Cristo* —dice— *fue santificado* (en su naturaleza humana) *en el primer instante de su concepción. Mas hay dos formas de santificación: la de los adultos, que se obra en conformidad con los actos propios del justificado, y la de los infantes, que son justificados, no por su acto personal de fe, sino por la fe de sus padres o de la Iglesia. De estas dos maneras de santificación, la primera es tanto más perfecta, cuanto el acto es más excelente que el hábito, y aquello que es por sí sobrepuja a aquello que viene de fuera solamente. Ahora bien; la santificación de Cristo debía ser soberanamente perfecta, pues fue santificado para que santificase a los demás. De donde claramente se infiere que debió recibir la gracia de la santidad mediante un actual y libre movimiento de su voluntad hacia Dios. Y comoquiera que tal movimiento del libre albedrío es meritorio, hase de concluir que Cristo mereció desde el primer instante de su concepción*" (San Thom., 3 p. q. 34, a. 3).

Para entender bien esta doctrina son necesarias dos observaciones. **Primera**: el Doctor Angélico no dice que Cristo mereció con este primer ímpetu de su corazón la plenitud sobreabundante de gracia que lo santificó entonces en su naturaleza humana; al contrario, tiene esto por imposible. Tampoco dice que los actos con que se volvió hacia Dios, en su concepción en el seno de María, fuesen meritorios por sí mismos, sin el auxilio de la gracia santificante cuya efusión acompañaron. Lo que afirma el Angélico es que estos actos, producidos en el instante mismo en que el Espíritu Santo derramaba en Jesucristo la gracia santificante con las virtudes y los dones que son su inseparable cortejo, fueron meritorios con el mismo título y de los mismos bienes que las otras acciones de su vida mortal.

**Segunda** observación: nada impedía que el alma de Jesucristo se volviese hacia su Padre, en la forma indicada, en el preciso momento en que Dios la unió a su carne mortal y la santificó, porque las operaciones del espíritu, a diferencia de las acciones en que el cuerpo y el organismo tienen parte, no requieren tiempo determinado para su producción; son de suyo y por naturaleza instantáneas ("*Disendum quod, cum motus voluntatia non sit continuue, nihil prohibet etiam in primo instanti suae creationis, primum hominem gratiae consensisse.*" (San Thom., 1 p., q. 95, a. 1, ad 5 ; cf. 3., q. 34. in corp. y ad 1 et 2). Por tanto, el mismo momento indivisible vió la unión del alma de Jesús con su cuerpo, la unión del cuerpo y del alma con la divinidad del Verbo, la infusión de los dones sobrenaturales de la gracia y las primeras operaciones de la inteligencia y de la voluntad de Dios hecho hombre. Si hubo orden entre estos diferentes hechos, fué orden de naturaleza, y no orden de sucesión en la duración.

Estas consideraciones, tan poderosas cuando se recuerda el privilegio singular del Precursor, reciben nueva fuerza de un título que los Santos Padres dieron constantemente a la Santísima Virgen: el título de *Esposa de Dios*, de la sola *Esposa de Dios*.

Presupuesta la verdad de este título, preguntamos: ¿qué es la justificación por la gracia? La celebración de nupcias espirituales entre el alma y Dios. Y ves aquí la causa por qué, excepto los niños, nadie es justificado sin una disposición conveniente a tal acto, es decir, sin el legítimo consentimiento dado por el alma para la unión. Y siendo esto así, preguntamos nuevamente: ¿No es, en verdad, justo, justísimo que la Esposa, la más excelente y la más amada de todas, no contraiga de manera puramente pasiva tan glorioso matrimonio? ¿Diremos que esposas de Cristo que, comparadas con María, apenas merecen ser llamadas esposas, no son admitidas a la unión con Cristo sin que les haga el honor de esperar su libre consentimiento, y, en cambio, el alma de la Santísima Virgen no habría tenido ni aun conocimiento de la gracia que recibía? ¿Nos la imaginaremos sepultada en un adormecimiento absoluto, sin tener, digámoslo así, ni voluntad para salir al encuentro de su Amado, ni sentimiento para agradecerle el haberla escogido entre todas las criaturas para ser su Madre? ¿Es creíble esto? Y si consideramos que otras han tenido este privilegio, ¿cómo podremos persuadirnos de que Jesucristo se lo negó a su Madre? ¿Cómo es posible que Dios, que no quiso tomarla por Madre sin pedirle antes su consentimiento, prescindiese de la libre voluntad de María cuando la tomó por su Esposa?

Por lo cual, una vez que esta cuestión fué propuesta explícitamente, fueron muchos los Doctores y Santos que profesaron esta doctrina que nosotros proponemos. **San Alfonso de Ligorio,** en estos últimos tiempos, transcribió, aprobándolas, estas líneas del venerable Padre De la Colombiére: "*No es una simple opinión, sino opinión del mundo entero, que cuando María recibió en el seno de Santa Ana la gracia santificante, recibió en el mismo instante el uso de la razón con una gran luz correspondiente a la gracia con que había sido enriquecida*" **(8)**. Y por tan cierta tiene esta doctrina el Santo Doctor, que no vacila en tomarla como fundamento para explicar el admirable crecimiento de María en la gracia.

**(8)** San Alfonso de Ligorio, Glorias de María, 11 p.t discursos sobre la Nativ. de María, p. 2. El texto del P. De la Colombiére, aunque sustancialmente idéntico, está un tanto alterado en la cifra que hace el Santo. Tal como se lee al principio de la segunda parte del sermón segundo para el día de la Concepción, dice así: "*La santificación de María no fue el único privilegio con que Dios la honró en el momento en que fue concebida; para que nada faltase a su dicha era necesa-*

*rio que pudiera conocerla; por esto desde entonces recibió juntamente con la gracia el uso perfecto de la razón, y su espíritu fue adornado con todas las luces de la sabiduría, con todos los conocimientos, ora naturales, ora morales. Esta opinión... fue adoptada en tiempos de nuestros padres por los más sabios teólogos, y toda la Escuela está hoy de acuerdo en defenderla.*"

Este fue también el sentir de otro Doctor de la Iglesia, **San Francisco de Sales**: "*Cierto* —dice, hablando de la Santísima Virgen—; *no hay Santo ni Santa que pueda comparársele... Ella aventaja grandemente a todos los bienaventurados, pues ninguno como Ella se dió y totalmente se dedicó al servicio de Dios desde el instante de su concepción, pues* ***no hay duda alguna*** *de que fue pura y gozó del uso de la razón desde que su alma fue infundida en aquel cuerpecito formado en las entrañas de Santa Ana*" (San Franc. de Sal., serm. 38 para la fiesta de la Presentación (edic. de Annecy, 1897), IX, p. 384 : col. serm. 26, p. 233 ; serm. 16. p. 226).

**San Bernardino de Sena** había predicado la misma doctrina, al exponer las prerrogativas recibidas por la Virgen en su Concepción: "En su primera santificación, la Virgen fue iluminada en su inteligencia con una claridad sin igual ni semejante, que el Espíritu Santo difundió en Ella. De aquí su nombre de María, es decir, la Iluminada... Por tanto, la Bienaventurada Virgen, estando todavía en el seno de su madre, tuvo el uso de su libre albedrío y de la razón. Y, según el parecer de muchos, ya entonces alcanzó un estado de contemplación tan sublime, que ninguna otra criatura se le igualó en la madurez de la edad. Ahora bien; aunque Ella dormía en las entrañas maternas, como los demás niños, este sueño, que en nosotros es obstáculo que impide los actos libres y consiguientemente el mérito, en Ella no tenía, según creo yo, este efecto; su alma, con un movimiento libre y meritorio, se dirigía hacia Dios Nuestro Señor... Por lo cual Ella misma dice de sí, en el **Cantar de los Cantares**: "*Yo duermo; pero mi corazón vela*" (Cant., V, 2). Confieso, sin embargo, que, según otros, este estado de contemplación tan perfecta que por nada era turbado ni debilitado, fue consecuencia de la segunda santificación, y quizá su opinión es más verdadera **(9).** Por lo demás, no debe maravillarnos que la Madre de Dios, mucho antes de la edad fijada por la naturaleza, recibiera de Dios esta abundancia de luces, junta con un libérrimo ejercicio de su voluntad, pues tantos otros Santos, en edad muy tierna, ya nos ofrecen tan admirables ejemplos de virtud, de gracia y de inteligencia" (San Bernardino Sen., *de Concept. B. M.*, serm. 4, a. 1, c. 3, t. IV, p. 80. (Lugo-duni, 1650).

**(9)** San Bernardino con las palabras "*otros*", se refiere a aquellos que opinaban con Santo Tomás de Aquino que el privilegio de la integridad perfecta fue diferido hasta la segunda santificación de María, es decir, hasta la Encarnación ; opinión que el mismo San Bernardino juzgaba más probable.

A la autoridad de los Santos se une la de la Teología, que habla por boca de sus más ilustres representantes (Cf. Suár., *de Myster. vitae Christi*, D. 4, s. 7. "*Dico ergo primo*"; Salmerón, t. III, tract. 12; Vázquez, in 3 P., D. 119, c. 3, donde caracteriza esta doctrina "*como verdadera y común **uti veram et communem**"*, n. 22). Es cierto que suele oponerse el testimonio de Santo Tomás de Aquino, según el cual, "*María no tuvo el uso de la razón mientras estuvo en el seno de su madre, porque éste fue el privilegio particular de Cristo*" (San Thom., 3 p., q. 27, a. 3). No discutamos ahora la opinión del gran Doctor, y contentémonos con decir que el más autorizado de sus intérpretes entiende esta negación, no del momento preciso en que la Virgen fue santificada, sino de todo el espacio de tiempo que precedió a su nacimiento (Cajetan., in h. 1). Sea como fuere, el recurso al privilegio especial de Cristo no parece demostrativo contra el privi-

legio de su Madre. Porque, aun concediendo que todo el tiempo que permaneció en las entrañas de Santa Ana gozara de este privilegio, todavía subsistiría la diferencia entre el privilegio del Hijo y el de la Madre. En efecto, fuera de que todos los privilegios de María dimanaban de los méritos de Jesús, María no gozaba, como su Hijo, del acto perpetuo de la visión beatífica; ni este conocimiento que nosotros le suponemos tenía la perfección y la amplitud de la ciencia infusa de Cristo. Es ésta una observación muy sensata que hace Suárez.

¿Será posible, retrocediendo a las pasadas edades, hallar testimonios en favor de nuestra piadosa creencia? Ya dijimos anteriormente que, no habiendo sido propuesta implícitamente la cuestión, no son de esperar ni afirmaciones ni negaciones explícitas. Sin embargo, no faltan indicios que nos permiten creer que, si se hubiese suscitado la cuestión, entre las varias opiniones hubiera prevalecido la que sostiene este privilegio de María.

Y así, hacia la mitad del siglo XI, un teólogo griego, que parece fue Obispo, **Jacobo el Monje**, hace a María hablar de esta manera: "*El amor de Dios ha seguido el crecimiento de mi cuerpo; ha crecido conmigo; nacida con él, **cum hoc congenita**, mi alma, oh, Dios, sin descanso te ha tejido alabanzas*" (in V. Deip. Virit., n. 14. P. G. CXXVII, 676). Un amor de Dios que nunca descansa, un amor cuyo principio se confunde con el origen del alma, ¿no supone el uso de la inteligencia en el comienzo mismo de la vida?

Bien conocida es la tradición, cuyos vestigios se pueden seguir hasta los primeros siglos de la Iglesia, según la cual, la Santísima Virgen fue presentada en el Templo a la edad de tres años, para vivir allí entre las jóvenes consagradas al culto del Señor. Sin pretender aquilatar el valor de esta antigua tradición, respetable por la aquiescencia de innumerables cristianos y porque la misma Iglesia ha fundamentado sobre ella una de las fiestas de María, vamos a hacer una sencilla observación encaminada directamente al punto de que tratamos. Los Santos Padres, al celebrar tan temprano ofrecimiento de la Santísima Virgen, unánimemente predicen que María se ofreció Ella misma, de su propio movimiento, con la plenitud de una virtud consumada. Conocía el misterio de su Presentación; desde mucho antes anhelaba que llegase, y, por consiguiente, mucho antes que la naturaleza permita a los otros niños el libre uso de la inteligencia, María, suspendida del pecho de su madre, conocía a su Dios, su dominio soberano y la dicha de vivir únicamente para Él **(10).**

**(10)** Este ofrecimiento de la Virgen al Templo, hacia los tres años de su edad, se refiere ya en el más antiguo de los Evangelios apócrifos: en el llamado de Santiago. He aquí el juicio emitido por Benedicto XIV: "*Ut ab incertis certa secernamus, negamus de **praesentatione** dubitari quidquam pose. Ea vero quae velut adjuncta ejus a noannullis narrantur, fatemur multas rationes suppetere quamobrem in dubium revocentur.*" (De festis B. M. V., c. 14, n. 4.) El Pontífice, en la última parte del texto, se refiere a las minuciosas circunstancias referidas por los apócrifos acerca de los trabajos de la Santísima Virgen en el Templo, de su comunicación cotidiana con los ángeles de cómo recibía de ellos un alimento celestiaal, de cómo tenía entrada libre en el*Sancta Sanctorum* para allí orar ante el Señor, etc., etc. De lo que dice el Pontífice que no puede dudarse es de la substancia del hecho; y en verdad no se ve razón alguna de diferir la consagración de María para una edad más avanzada. Sabemos, en efecto, por las Sagradas Escrituras (Psalm LXVII, 26; II Mach., III, 19; col. Reg., 1, 22) que en el Templo había jóvenes consagradas al servicio divino; por otro lado, el libro primero de los Reyes (I, 22) nos enseña, con el ejemplo de Samuel, que la oblación de los niños podía hacerse desde que se les había destetado.

Ahora bien, la duración de la lactancia para las mujeres de Israel era, aproximadamente, de tres años. (II Mach., VII, 27.)

"*Oh, alma pura y radiante que en un cuerpo lleno de vigor muestra dones muy superiores a la razón humana; alma bienaventurada, en la que la falta de edad y las debilidades de la infancia no impidieron ni la perfección de la virtud, ni la unión más íntima con Dios*" (*in SS. Deip. ingressum*. P. G. C. 1434). Así habla **Jorge, Obispo de Nicodemia**. En una homilía acerca de la Presentación, **Santiago el Monje**, después de contar los sentimientos con que el padre de la Santísima Virgen la ofreció a Dios en su Templo, nos convida a contemplar a María: "*Avanzaba* —dice— *purificando con sus inmaculados pies el suelo que pisaba y llenando el aire con el olor suavísimo de su santidad. Ninguna afectación mundana en su vestido; nada de alhajas de oro, ni de piedras preciosas cuyo esplendor pudiera realzar su hermosura; por adorno de su persona, el manto espléndido de una pureza sin mancha, y por todo ornamento, un candor de alma más rico incomparablemente que el oro y que todas las piedras preciosas*" **(11).**

**(11)** Jacob. Mon., *orat. in praesentat. Deip*., n. 6. P. G., CXXVII, 604. Lo que había dicho de María niña, lo repite a propósito de la Visitación. "*Era necesario ver a esta Virgen inmaculada pasando de Nazaret a la casa de Isabel su prima y en su andar ligero embalsamar con su pureza la tierra donde ponía el pie. ¡Oh suelo bienaventurado que recibió las huellas de sus purísimos pies ! ¿Quién me concederá la dicha de besar esta tierra donde fueron impresas las huellas de la Virgen sin mancha; de cogerla con mis manos, aplicarla sobre mis ojos, sobre mis labios, y con ella santificar todos mis sentidos?*"(Orat. *de Visit*., n. 16, Ibíden, 676.)

Estos últimos textos, es verdad, no se refieren al tiempo en que la Santísima Virgen aún no había nacido; pero, si plugo a Dios adelantar milagrosamente la hora de su desarrollo intelectual, ¿por qué no lo había adelantado hasta el momento de su concepción? Una vez más advertimos que está muy lejos de nuestro intento el colocar esta doctrina, tan gloriosa para la Madre de Nuestro Salvador, entre aquellas que no pueden ser negadas sin pecado; pero fuerza es confesar que las razones por las cuales algunos creyeron que se la debía rechazar son muy débiles, comparadas con las que militan en su favor y que nos impelen a admitirla.

Sólo dos adversarios de este privilegio conocemos: **Muratori** y **Juan Gerson**. La autoridad del primero, cuando se trata de prerrogativas de la Madre de Dios, no es para tomada en consideración. Sabida cosa es que se ocultó bajo el seudónimo de "*Ant. Lampridius*" para, con más libertad, censurar la devoción de los fieles sencillos hacia la Santísima Virgen, y que el libro *De superstitione vitanda*, que escribió para el logro de aquel fin, mereció ser refutado por todos los verdaderos católicos (En el capítulo XXIII de la obra citada manifiéstase Muratori contra la doctrina común en el particular de que ahora tratamos).

Más extraño es que **Gerson**, uno de los devotos más fervientes de la Santísima Virgen, sea contrario a la misma doctrina. "*Cristo* —dice— *no comunicó a su Madre desde el instante de su concepción o de su nacimiento el uso perfecto de razón, aunque hubiera podido hacerlo, y aunque, si lo hubiera hecho, hubiera sido cosa conveniente. Afirmar lo contrario, ya sea en el púlpito, ya en los libros, sería temeridad; como sería también temerario decir que María no se daba nunca al sueño, o que durante el sueño estaba en un acto permanente de contemplación.*" ¿Sobre qué motivos descansa juicio tan severo? Ya lo indicamos más arriba, en el capítulo en que tratamos de la regla de **conveniencia**: "*Lo que no se apoya ni en la autoridad de la Escritura, ni sobre una* ***razón probable,*** *puede ser rechazado con la misma facilidad con que otros lo afirman*" **(12).**

**(12)** Gerson, *Tract. de suscept. humanit. Christi verit*., 20, t. I, p. 453. Como Gerson, entre las reglas que da para dirigirse en el estudio de los privilegios de la Virgen, habla de piadosa creencia, veamos qué intenta significar con esta expresión. "*Plácenos recordar aquí qué cosa sea creer piadosamente y qué proposiciones deben ser calificadas de creencias piadosas. Son todas aquellas que no se siguen claramente del contenido de !a Sagrada Escritura y tampoco le son evidentemente opuestas; y que, por otra parte, sirven para la edificación de la caridad y de !a devoción en los corazones, con condición de que en ellas nada se afirme temerariamente. Tales son, por ejemplo, las narraciones de los Santos Padres, las devotas contemplaciones sobre Cristo y su divina Madre, en las que se considera cómo muchas cosas que no se relatan en el Evangelio pudieron acontecer; por ejemplo, cuál fue la manera de vivir de Jesús, María y José desde el principio de su unión hasta la muerte de San José, etc.*" (24° veritas, ibídem, n. 453.) Entre los objetos de la piadosa creencia, Gerson cuenta, además, dos privilegios de San José, a saber: que fue santificado, como el Bautista, antes de su nacimiento —mas no en el primer instante de su vida, como algunos inconsideradamente le hacen decir— y que la concupiscencia en él estuvo ligada, por lo menos a partir del momento de su alianza con la B. Virgen. (Serm. de Nativit. B. V., t. 3, cons. 2 y 3, p. 1.349-50.) Todo lo cual demuestra una vez más que no se ha de tomar a la letra lo que con demasiada dureza dice en sus Reglas el docto y piadoso canciller de la Universidad de París.

Ahora bien; presupuesto lo que dejamos demostrado, adviértese que el principio formulado por Gerson no contradice a la doctrina que él rechaza. En efecto, no puede decirse que esta doctrina no se apoya en ninguna razón probable, ni tampoco que carece en absoluto de base escrituraria, pues tiene en su favor la autoridad de grandes Santos y se infiere de un hecho claramente enunciado en el Evangelio, conviene, a saber: del estremecimiento profético de Juan Bautista ("*Puer infans adhuc in útero sextum mensem agens sic illustratus est ex rationali virtute, ut praesentiam noviter concepti Salvatoris agnosceret.. . Joannes hunc et talem puerum non corporali visíone sed illustratione prophetali cognovit, salutavit et adoravit.*" (Gerson, tract. 4, *super Magníficat*, et lect. 2 super Marc. IV, pp. 286 et 211); y, por último, es doctrina que responde a la regla, admitida también por Gerson, según la cual, débese atribuir a Maria cualquier privilegio de gracia que se dé en los demás Santos.

**III.** ¿Tuvo la Sacratísima Virgen el libre uso de su facultad intelectiva y volitiva sólo para el fugaz instante en que cooperó, con su fe y con su amor, a la recepción de la gracia por la que fue constituida Esposa e Hija de Dios, templo animado del Espíritu Santo, o bien podemos creer que la luz de la inteligencia, una vez encendida en su alma, ya no se apagó nunca? El Doctor Angélico, por lo menos según la interpretación de Cayetano, sostiene la primera hipótesis; Suárez no la juzga del todo improbable; pero él se adhiere a la segunda. Nosotros seguimos a Suárez; a ello nos inducen las autoridades de teólogos y de Santos que ha poco invocábamos. Es verosímil, por lo que atañe a Santiago el Monje y a Jorge de Nicomedia, y cosa cierta por lo que se refiere a los Santos. En efecto, San Alfonso de Ligorio no hubiera considerado este ejercicio prematuro de la razón como principio de progreso **continuo** en la santidad, si no hubiese sido más que un resplandor pasajero que se eclipsó un momento después de nacer.

Según **San Francisco de Sales**, ocurrió en la Madre lo que debía ocurrir en el Hijo. El uno y la otra, "*habiendo tenido el uso de la razón desde el vientre de su madre, fueron, por consiguiente, dotados de mucha ciencia; mas la ocultaron bajo las leyes de un silencio profundo; porque, pudiendo hablar al nacer, no quisieron hacerlo, sujetándose a no hablar sino a su tiempo. Fue un acto de sencillez*

*admirable este de la gloriosa niña que, pegada al pecho de su madre, no por eso deja de conversar con la divina Majestad*" (de Sal., serm 16, para la Present., t. IX, pp. 126-27).

Palabras son éstas que no dejan lugar a la menor duda acerca del sentir del dulcísimo Doctor. Vuélvase a leer el texto de San Bernardino de Sena, y se verá que también este Santo es de la misma opinión. La vacilación que en él y en los autores a que aludo se observa, no afecta a la substancia del hecho de la continuación del privilegio inicial, sino únicamente a la permanencia de una contemplación siempre actual y nunca interrumpida ni turbada.

Es ésta una conclusión naturalísima, una vez que se admita el uso de la razón en la forma que lo hemos demostrado. En efecto, argumenta **Suárez**, los dones de Dios son sin arrepentimiento (Rom., XI, 29). Lo cual quiere decir que aquello que Dios hubiere concedido liberalmente para la santificación del alma no lo retira ya, sin que se le fuerce a ello de alguna manera, con infidelidades por las que el alma sea culpable y merecedora de tal privación y castigo. Ahora bien; la fe nos enseña que en María no se dió ninguna infidelidad. Por consiguiente, María no vió ni apagarse esta luz que brilló sobre ella en el primer momento de su ser, ni el fuego de la caridad, que antes de cualquier otro fuego ardió en su corazón. De suerte que en María se realizó en forma completa aquello del Salmo: "*De la boca de los pequeñuelos, de la boca de aquellos que aún son amamantados, habéis recibido la alabanza perfecta*" (Psalm. VIII,3).

Reconoceremos, si se quiere, que Juan Bautista, aunque fue milagrosamente esclarecido por el Espíritu Santo cuando recibió la visita del Señor, llevado en las entrañas de su Madre, no gozó de semejante favor sino un instante. Tal es, según creemos, la opinión más común. Pero, con todo, tiene contra sí más de una razón de peso.

Razón de autoridad: **San Ambrosio**, queriendo justificar la estancia prolongada de María en casa de su prima Santa Isabel, siguiendo a Orígenes, da esta explicación: "*No fué sólo por caridad de pariente por lo que la Virgen moró allí tan largo tiempo, sino, principalmente, por interés en favor del gran profeta. Porque si ya la llegada de María le procuró tantas bendiciones celestiales, que saltó de gozo, ¿qué progreso no reportaría de la prolongación de su presencia?... Juan Bautista, durante estos tres meses, estaba en el seno de Isabel como un atleta que se ejercita y se fortalece para la lucha, pues su virtud se preparaba para un gran combate*" (San Ambros., in Luc., L. II, n. 29, P. L., XIII, 1.B62. Cf. Origen, in Luc., hom. 9, P. G., XV, 1822). Todo lo cual supone en Juan Bautista el uso permanente de la inteligencia.

Razón tomada de la naturaleza de las cosas. En efecto, si la presencia del Salvador y de su Madre alcanzó este privilegio al Precursor, "*¿por qué* —pregunta el **Cardenal Francisco de Toledo**— *no había de conservarlo mientras gozó de esta presencia, es decir, hasta su nacimiento? Ahora bien; no es verosímil que perdiese al nacer lo que tenía en el seno de su madre*" (*Comment. in Luc*., c. I, a. 118). Pero, además de esta respuesta, hay otra menos problemática. La condición de Precursor y Madre de Dios son muy diferentes. Juan, profeta, hizo entonces un acto de profeta. Ahora bien; en conformidad con la doctrina de Santo Tomás, la luz profética no es, por su naturaleza, una luz permanente, ni un don permanente en el alma del profeta: aparece en las horas de Dios como los resplandores del relámpago en medio de la nube, sin que esté en poder de la voluntad humana el prolongar o el provocar la acción profética **(13).**

**(13)** San Thom., 2-2. q. 171, a. 2. "*Nec sequitur, si anticipatus in Joanne fuit rationis usu, eudem in eo postea permanere debuisse, quia cum ad demonstrandum tantum Christum ei datus esset, necesso non erat ut, eo demostrato maneret; quemadmodum in prophetis, postquam ea praedixerant*

*quae Deus volebat, non semper manebat spiritus prophetiae"*, dice Maldonado, *Comment. in Luc*., c. I de Exclamat. Elisabeth.

El título de Madre futura de Dios no pasa y, por consiguiente, aquello que Dios da en atención a este título debe tener un carácter de estabilidad, como lo tiene el mismo título que lo reclama. Además, ¿no es justo que allí donde hay comunidad de privilegios entre la Madre de Dios y los otros Santos, María se distinga, cuando menos, por la forma más perfecta con que los posea?

Para terminar, citemos un testimonio que, por su origen, demuestra hasta qué punto esta piadosa creencia se funda en la alta idea que los fieles tienen de la Madre de Dios. Es cosa muy cierta que nunca fueron acusados los hombres de Port-Royal de haberse excedido en reconocer privilegios de gracia en María. Pues bien; he aquí cómo uno de ellos, muy ponderado como director espiritual, escribió sobre esta materia: "*Dios elevó a esta divina criatura a una dignidad tan eminente, que con toda verdad puede decirse en su honor que, no sólo cuando llegó a ser la Madre de su Hijo, sino también cuando acababa de nacer, el Señor hizo en ella grandes cosas, y que en su pequeñez misma encerró una infinidad de maravillas... Pues si algunos Padres creyeron que San Juan tuvo uso de razón desde su nacimiento..., ¿cuánto más debemos nosotros decir de la Santa Virgen, que se aventajó tanto a San Juan en la gracia, cuanto la cualidad de Madre del Salvador se eleva incomparablemente por cima de la de su Precursor? De manera que la Virgen era niña de cuerpo, y en este estado estaba por debajo de los hombres de madura edad; pero en cuanto al alma era inteligente y, además, toda llena del amor de Dios, y elevada ya desde entonces sobre todos los Santos. Por lo cual, aquello que la Iglesia canta en honor de Santa Inés, que, siendo muy jovencita y cuando parecía una niña, padeció martirio, se puede decir con mucha más verdad de la Virgen en este estado: Era sólo una niña, según el tiempo de su nacimiento; pero ya tenía la gravedad de la ancianidad por la disciplina de su espíritu*" (51).

No se olvide que el autor habla así de María en cuanto al tiempo de su nacimiento. Nosotros, que profesamos su Concepción inmaculada, ¿por qué no hemos de trasladar al primer instante de su existencia un privilegio tan inexplicable por las fuerzas de la naturaleza en el primer tiempo como en el segundo? Por lo demás, no es menester hacer notar que este privilegio, como todos los demás de María, se funda en su divina maternidad, y que ésta, después de Dios, es la última razón de todos ellos. *(Instructions chertienneg-sur les Mysteres de N. S. J. C., et. 7e. instr. pour la Nativit. de la S. V., I p. T. V., pp. 411-412.* (París, Pralard, 1673.) *La obra, publicada sin el nombre de autor, es de M. Singlin).*

## CAPITULO 2

### Dones de inteligencia y voluntad. Naturaleza de la ciencia Infusa inicial

**Era "*infusa*" en el sentido propio de la palabra.—Consecuencias que se derivan de tan singular privilegio. No era necesario que repercutiese "*en el hombre exterior*".**

**I.** Asentado ya el **hecho** de la ciencia inicial de la Santísima Virgen, pasemos al estudio del **modo**.

¿Cuál puede ser la naturaleza de un conocimiento tan diferente de aquel que conviene a nuestra humana flaqueza, y cómo es posible que se den tan altos pensamientos allí donde los sentidos mismos no son aún aptos para llenar sus funciones? Recordemos que es ley de nuestra naturaleza que la inteligencia no entre en ejercicio hasta que el organismo esté debidamente formado. Para pensar, reflexionar, juzgar, es necesario previamente un desarrollo normal de las facultades inferiores; y como este desarrollo no se ha obrado, o, por lo menos, no está terminado en el primer período de la vida humana, sigúese que en ese tiempo el alma espiritual está como paralizada y es incapaz de ejercer las operaciones cuyo principio lleva en sí misma. Tan evidente es esta verdad, que la falsa ciencia se ha servido de ella para confundir los dos órdenes de conocimiento, reduciéndolo todo a funciones orgánicas, como si el organismo fuese el principio común y único del sentir y del pensar, de las sensaciones y del pensamiento propiamente dicho.

Hemos de confesar que no es cosa fácil dar una solución clara y precisa a este problema. Pero añadimos que lo que parece tan difícil no es absolutamente imposible. El ejemplo de **San Juan Bautista**; el ejemplo, aún más significativo y cierto, de la santa humanidad del Salvador demuestran que la omnipotencia de Dios no se detiene ante la ley común de nuestro conocimiento. Dios puede hacer mucho más de lo que nosotros podemos explicar o comprender. Cierto que la génesis normal de nuestras ideas supone los materiales suministrados por la percepción sensible; cierto también que, naturalmente, nuestra inteligencia no podría pensar, ni nuestra razón juzgar, sin el concurso de representaciones elaboradas en nuestra imaginación. Suprimid todas estas imágenes, o haced que escapen totalmente a la dirección del espíritu, y con sólo esto paráis el trabajo de la inteligencia o introducís en él el desorden y la perturbación. La experiencia cotidiana lo prueba con toda evidencia. Pero Dios, autor y señor de la naturaleza, puede obrar y hacer obrar fuera de las reglas ordinarias. El que pudo formar a su Cristo en el seno virginal de María sin el concurso natural del hombre, puede muy bien, si le place, hacer fecunda una inteligencia humana sin la cooperación de las imágenes sensibles.

Adán (prescindamos de los espíritus angélicos) salió de las manos del Creador lleno de ciencia y de verdad con un tesoro de ideas impresas en él por el mismo Dios, sin ejercicio alguno preparatorio de las facultades orgánicas. Su ciencia era de hecho ciencia infusa, no ciencia **adquirida** (*De hecho,* decimos, porque Dios mismo la había impreso en su inteligencia al crearla; mas no *de derecho*, porque para usar de su ciencia le era necesario el concurso de los órganos, del mismo modo que para el uso de la ciencia adquirida. Era lo que suele llamarse ciencia infusa *per accidens*). Es verdad que para usar de esta ciencia necesitaba el concurso de la imaginación: como nosotros, Adán no pensaba sin representaciones sensibles. Mas, como también acontece a nuestras almas, la de Adán, al separarse de su cuerpo mortal, no perdió el tesoro de conocimientos que poseía; separada de todo organismo, pensaba con entera independencia de aquellas imágenes que suponen el concurso de las fuerzas corporales y son como la vestidura material de nuestras ideas. De donde se deduce que la condición de nuestro entender actual, por natural que sea el espíritu humano, no le es esencial. Por consiguiente, Dios, aun en el estado presente, puede libertar al alma humana de tal condición y darle el privilegio de pensar como los espíritus puros.

Y esto es lo que hizo en favor de su Cristo. Jesús, viviendo entre lo hombres, tenía, además de la ciencia beata con que contemplaba cara a cara la verdad infinita, aquella otra

ciencia que la Teología llama ciencia infusa, inferior a la intuición divina, pero superior a todo conocimiento que dependa de las fuerzas orgánicas.

Y este fue también, si no nos equivocamos, el privilegio con que dotó a su divina Madre; y he aquí por qué, aun en las tinieblas del seno materno, a pesar de la impotencia en que todavía estaban las facultades orgánicas, podía conocer a Dios y las cosas de Dios, y corresponder con un amor inmenso al amor de la bondad divina hacia ella. Repitámoslo: la Iglesia nada ha definido acerca de este particular; pero, de todas las hipótesis que pueden imaginarse para explicar este uso anticipado de la razón en la Santísima Virgen, aquella que le concede una ciencia infusa propiamente dicha, es decir, una *ciencia impresa por Dios mismo, una ciencia independiente, en su origen y en su ejercicio, de toda cooperación del organismo, es la más sencilla*, la más natural, por no decir la única posible. Sabemos muy bien que esta manera de conocer está fuera de las leyes que rigen nuestra naturaleza en el estado de mortalidad; pero, como quiera que difiere esencialmente de la visión beatífica, y, por tanto, no se sale de la condición propia de la *ciencia de la vida*, nada se opone a que el Hijo de Dios se la diese a su Madre. Los Santos, en sublimes éxtasis, algunas veces contemplaron las perfecciones divinas sin concurso alguno y en el silencio más profundo de las facultades inferiores (Una prueba, entre otras, de que en estas comunicaciones extraordinarias del alma con Dios hay un modo de conocer más elevado, más libre de todo elemento sensible, Que al modo connatural a nuestro estado de mortalidad, es la impotencia de expresar claramente lo que en esos arrebatos sublimes del espíritu se ha visto u oído. ¡Cuántas veces habla Santa Teresa de esta imposibilidad! Multiplica hermosamente las comparaciones, las imágenes; pero al fin tiene que confesar siempre que nada le satisface. San Pablo, arrebatado al tercer cielo, ¿no oyó palabras misteriosas que al hombre no es permitido repetir? (II Cor., XII, 4)). ¿Qué tiene, pues, de extraño que la Madre de Dios recibiese de manera permanente aquello de que los servidores de Dios, como Santa Teresa y otros Santos, gozaron pasajeramente?

**II. Consecuencias de las conclusiones precedentes**. — La primera consecuencia es que este conocimiento maravilloso de María no tenía resonancia alguna fuera de Ella. Toda la gloria de la Hija del Rey estaba en su interior ("*Omnis gloria, ejus filiae regia ab intus*." (Psalm. XLIV, 24.)), oculta en el santuario secretísimo de su alma. Se entenderá claramente con sólo recordar cómo la ciencia infusa es independiente del ejercicio de los órganos. Nuestro Señor Jesucristo, en el pesebre no aparecía de condición distinta de los demás niños de su edad. No hablaba ni hacía cosa alguna demostrativa de inteligencia. Más adelante, su lengua se soltó conforme a la ley común; en él, como en los demás, se pudo seguir paso a paso el progreso de la razón, sin duda más rápido, pero semejante al de los otros niños. En Jesucristo, las acciones externas, es decir, las de la vida común, respondían, no a la ciencia divinamente infusa, sino al conocimiento **adquirido**, es decir, a ese conocimiento que supone como fundamento y principio el ejercicio normal de las facultades sensibles (Es indudable que la ciencia infusa no era extraña a la conducta externa del Salvador; pero Él proporcionaba sus manifestaciones al progreso de la ciencia adquirida; y era esto sabia disposición de su providencia, porque una sabiduría sensiblemente consumada en tan tierna edad hubiera hecho sospechosa la realidad de su naturaleza humana). Por consiguiente, no sería discreto decir, como algunas veces se ha dicho, ¿cómo creer que hay tantas luces en el fondo del alifra, cuando nada las revela a los ojos del observador? Esto sería olvidar la condición misma del conocimiento que se pretende poner en duda.

Y también olvidaría la condición connatural de la ciencia infusa (y esta es la segunda consecuencia) quien hablase de distracciones provenientes de entorpecimientos exteriores, de suspensiones en el pensamiento o eclipses en el raciocinio o descansos en el ejercicio de la inteligencia, causados por adormecimiento, turbación orgánica o sueño. ¿Cómo una ciencia que no necesita para nada el uso de los sentidos puede ser estorbada en su ejercicio porque los sentidos aceleren o retarden su acción?

La vida de los Santos y la Teología mística nos ofrecen más de un fenómeno que nos inducen a sospechar este privilegio en Jesús y en su Madre. Hanse visto siervos de Dios a quienes nada podía distraer de su presencia; testigos, **San Luis Gonzaga y San Alfonso Rodríguez**, obligados ambos por la obediencia a luchar contra Dios y vencidos en esta lucha, a pesar de sus laboriosos esfuerzos. Hanse visto otros a quienes el sueño mismo no podía sustraer de los asaltos del amor divino y que podían con verdad decir, como la Esposa de los Cantares: "*Yo duermo, pero mi corazón vela*" (Cant., V, 2.). Así fue, por ejemplo, el gran Apóstol de las Indias, **Francisco Javier**, que con el corazón y con la boca repetía en medio del sueño ardientes invocaciones a la Santísima Trinidad; así también San Alfonso Rodríguez, ya citado, cuyo descanso era, en cierto modo, una plegaria no interrumpida ("Le acaeció muchas veces durante el sueño que continuaba la oración comenzada durante la vigilia; una noche, cuando dormía, como él mismo refiere, hallóse todo abrasado en amor divino, y en este estado, semejante al reposo misterioso de la Esposa de los Cantares, permaneció una hora." *Vie du bienhcureux Alphonse Rodríguez*, L. I., p. 69. (Edit. Douniel.)). Y no hablemos de aquellos niños de quienes nuestros antiguos autores guardan memoria, y a los cuales nos los presentan cantando la gloria de Dios cuando su lengua era aún impotente para balbucir ni una palabra.

Y no se objete la fatiga que produciría esta atención continua a las cosas de Dios. El ejercicio de la inteligencia, de suyo, no engendra ni lleva consigo fatiga alguna. Si hay trabajo y cansancio, no tienen asiento en el espíritu, sino en el organismo: y la causa de ellos no es, ni el pensamiento ni la contemplación, por vivos y continuados que sean, sino la cooperación de las facultades inferiores, condición natural de nuestros conocimientos, aun de los más elevados, en el presente estado de nuestra naturaleza.

Anotemos otra consecuencia al resolver esta dificultad que espontáneamente se ofrece. He aquí la objeción. Esta unión del alma con Dios, esta absorción continua en Dios, si fuera en verdad como hemos dicho, hubieran paralizado por entero la vida exterior y hubieran impedido a la Santísima Virgen ocuparse de todo lo que fuese extraño al objeto de sus contemplaciones. ¿No es un hecho comprobado por la experiencia que cuando el entendimiento está embargado por una idea, el cuerpo queda como insensible a cualquiera impresión o excitación de fuera? Quien así tiene embargada su atención, no ve ni oye, como si fuese ciego, como si fuese sordo. Mil hechos naturales lo atestiguan, y los fenómenos sobrenaturales de éxtasis y raptos que se refieren en las vidas de los Santos de tal suerte lo confirman que no queda lugar a la menor duda para los creyentes.

¿Qué responder a esta objeción? La respuesta se halla en la misma naturaleza de la ciencia infusa. Esta ciencia, como ya hemos dicho, era independiente del organismo. Se asentaba en las alturas del alma, adonde no tiene acceso la sensibilidad. Por consiguiente, del mismo modo que no recibía auxiio de las potencias inferiores del ser, así tampoco les ponía obstáculo alguno en su funcionamiento. Porque si los fenómenos a que antes aludimos tienen por

efecto el inmovilizar, en mayor o menor grado, las fuerzas del alma, esto nace de que la región en que se producen está relacionada, más o menos estrechamente, con el campo de la sensibilidad. Pero a medida que el conocimiento sobrenatural se eleva en la región de la inteligencia, a medida que los puntos de contacto entre la inteligencia y la sensibilidad van disminuyendo, la influencia mutua decrece y, al fin, viene a extinguirse.

Quizá parezcan estas consideraciones obscuras y poco decisivas. Vamos a esclarecerlas con ejemplos indudables. Sea el primero el del Verbo encarnado. Es absolutamente cierto que Jesucristo, en la parte superior de su alma, estuvo constantemente iluminado con los esplendores de la visión divina. Si algunos teólogos, para explicar los dolores de la Pasión, creyeron que era necesario admitir un eclipse **momentáneo** (No hablamos de otra opinión, expuesta en nuestros días, según la cual Jesucristo estuvo privado de la vista de Dios cuando fué tentado por el diablo en el desierto, para que de esta suerte pudiese libremente elegir entre la obediencia a su Padre celestial y el mal que le sugería el tentador. En esta opinión hay algo más que temeridad en la doctrina: hay ignorancia de que Nuestro Salvador era absolutamente impecable y de que el principio de esta impecabilidad era no sólo la visión beatífica, sino también la unión personal de la humanidad con el Verbo de Dios.), el sentir contrario ha prevalecido. Por otra parte, sería negar el Evangelio y trastornar toda la economía de nuestra fe el negar a Dios hecho hombre las funciones de la vida sensitiva. Por tanto, la experiencia prueba que no hay incompatibilidad radical entre el libre uso de los sentidos y la contemplación más alta, es decir, la más independiente de las fuerzas inferiores.

Otro ejemplo no menos demostrativo es el de los escogidos, después de su gloriosa resurrección. Grande, en efecto, es el error de los que se figuran el estado de los bienaventurados **comprensores** como un éxtasis inmóvil, en el que todas las fuerzas del cuerpo quedan en suspenso. No; el cielo será para el hombre exterior, del mismo modo que para el hombre interior, la vida pura, libre, llena; el ejercicio sin trabajo, sin dificultades, sin fatiga, soberanamente perfecto y soberanamente deleitable, de todas las actividades espirituales y sensibles.

A quien desease ejemplos más recientes le recordaríamos algunos hechos que se narran en las obras de los místicos, los cuales demuestran que la perfección de la vida contemplativa no corre pareja con los éxtasis y arrobamientos. A medida que las almas privilegiadas de Dios se acercan a la unión bienaventurada en que consistirá su gloria en la eternidad, más raro es aquel género de fenómenos sobrenaturales y mayor y más libre la facilidad de entregarse a las ocupaciones que se ordenan al servicio de Dios. Esto es lo que vemos en las vidas de los Santos y lo que Santa Teresa de Jesús hace constar muchas veces en el decurso de sus obras.

"*Pareceros ha que, según esto, no andará en sí, sino tan embebida, que no pueda entender en nada. Mucho más que antes, en todo lo que es servicio de Dios...*" (Moradas, Séptimas, c. I). Y dice además la Santa, por haberlo experimentado: "*...en llegando aquí el alma, todos los arrobamientos se le quitan* (el quitar se llama aquí cuanto a perder los sentidos), *si no es alguna vez, y ésta no con aquellos arrobamientos y vuelos de espíritu...*" (Ibídem, c. III). Y, ¿de dónde procede esto? En gran parte, de la sublimidad del modo del conocimiento, porque "*aparécese el Señor en este centro del alma sin visión imaginaria, sino intelectual, aunque más delicada que las dichas*" (Ibídem, c. II).

Tenemos de la misma Virgen Santísima el último ejemplo. Si en alma humana hubo alguna vez contemplación perfecta, fue en la de la Santísima Virgen, cuando Jesucristo, nacido

de su seno apareció por vez primera delante de sus ojos arrobados. Y, con todo, esta Virgen benditísima, toda inundada en luz, lámpara brillante y ardiente con todos los fuegos de amor divino, quedó libre y expedita para las funciones de Marta. Mirad cómo coge al Niño Jesús con sus manos virginales, cómo lo envuelve en los pañales, cómo lo acuesta en el pesebre y, en una palabra, hace todo lo que cualquiera otra madre haría con el hijo de sus entrañas (Nicole ha escrito, en sus Pensamientos morales acerca de los **Misterios de Jesucristo**, §2: "*No se ven en la Santísima Virgen raptos ni éxtasis. Estados son éstos en los que Dios pone a ciertas almas que aun tienen algo que sujetar y domar; pero en la Santísima Virgen nada resistía a Dios, a la impresión de Dios. Obraba según que Él la movía, sin dar un paso más.*" *Continuat. de reflexions morales*, t. XIII, p. 341. (París, 1741.) El *Magníficat* es el más sublime de los éxtasis; pero es un éxtasis espiritual que no paralizó los sentidos).

Últimas consecuencias. Cuando los Santos y los Doctores hablan del progreso de María en la santidad, del crecimiento continuo de sus méritos, siéntese uno tentado a creer que exageran en las cosas tan maravillosas que dicen. Pero, ¿cómo no creerles?; más aún, ¿cómo no persuadirse de que estas aparentes exageraciones se quedan por debajo de la verdad después de haber meditado el misterio de esta contemplación siempre en acto y siempre avivando el fuego de santo amor? Ya tendremos ocasión de hablar de este mismo asunto más de propósito cuando tratemos de la santidad final de la Madre de Dios.

Por último, esta teoría acerca de la ciencia de la gloriosa Virgen María nos explica mejor que otra cualquiera la feliz impotencia de María para cometer el menor pecado, conforme veremos en su lugar (Véase, sobre este asunto, al P. Fernando de Salazar, *Pro immac. Deiparae V. conceptione Defensio,* c. 132, n. 42-44; de Rhodes, de *lncarnat*., t. 8, q. 4, s. 6, § 3 ; Suár., de *Myster. vitae Christi*, d. 19. S. 3, Dico primo).

## CAPITULO 3

### Cualidades de la ciencia de Maria

**Prosigue el estudio de la ciencia de la Madre de Dios: su extensión; su crecimiento; cómo estuvo libre de todo error y de toda ignorancia propiamente dichos.**

La Santísima Virgen tuvo desde el principio de su existencia un conocimiento de las cosas de Dios actual y perfectísimo. Esta doctrina, conforme queda demostrado, es sólidamente probable, y aun pudiéramos decir que es moralmente cierta: tantas y tan persuasivas son las razones que hay para admitirlas. Además, esta ciencia no puede ser sino la **ciencia infusa** propiamente tal, porque de ninguna manera pudo depender, ni en su origen ni en su ejercicio, del concurso de las facultades sensibles (Más que la ciencia infusa no requiera el concurso de los sentidos no se puede legítimamente concluir que los sentidos sean inútiles:"*Licet anima Christi potuerit intelligere non convertendo se ad phantasmata, poterat tamen intelligére se ad phantasmata convertendo; et ideo sensus non fuerunt frustra in ipsa; praesertim cum sensus non dentur homini solum ad scientiam intellectivam, sed etiam ad necessitatem vitae animalis.*" (San Thom., 3 p. q. 11, a. 2.)). Esta ciencia, pues, no era la fe *común*. Tampoco era la intuición plena de los misterios; por lo cual, en este orden, se acerca a la fe que Dios infunde en las almas de los niños el día de su Bautismo, pero con notables diferencias. La fe en los bautiza-

dos no es más que una fuerza latente, mientras sus facultades naturales no hayan despertado; el conocimiento de la ciencia infusa en María era un conocimiento en acto, aunque los sentidos y la imaginación dormían, o, más exactamente, no habían sido formados aún en la Santísima Virgen. Además, la mirada de la ciencia infusa no supone, como la de la fe, una enseñanza venida de fuera que le presente el objeto; en aquel primer momento, la Virgen Inmaculada no tuvo más que un maestro, el Espíritu Santo, que obraba en Ella. De la misma manera que Ella después, sin el concurso del hombre, concebirá al Verbo de Dios hecho hombre, así también concibió los primeros actos de su inteligencia sin asistencia alguna creada. La virtud del Altísimo la cubrió con su sombra, y esto bastó para la una y para la otra concepción. En tercer lugar, la ciencia infusa de María aventaja a la fe por su claridad, porque en razón de ciencia infusa es de un orden absolutamente superior al del conocimiento humano.

Pero meditemos más despacio en la ciencia de esta Madre divina, para sondear todas las perfecciones que encierra. Primero veamos cuáles fueron su extensión y crecimiento, y después veremos cómo estuvo exenta de las dos mayores imperfecciones de la ciencia humana; a saber: de la ignorancia y del error.

**I.** Hablemos **primero** de la extensión. Ante todo, es necesario recordar el principio fundamental tantas veces invocado: todos los privilegios de gracia otorgados por Dios a sus criaturas fueron concedidos a la Madre de Dios en un grado, no solamente igual, sino superior. Por tanto, como quiera que los ángeles y el padre primero del linaje humano, desde su origen tuvieron un conocimiento, aunque obscuro, muy explícito de las perfecciones divinas y de la Trinidad de Personas, fuerza es atribuir a María el mismo conocimiento. En **segundo** lugar, como quiera que el Bautista, cuando fue santificado en el seno de Santa Isabel, reconoció y saludó al Verbo encarnado, que le llevaba la gracia y el perdón, también la Madre de Dios debió conocer el gran misterio de donde le provenía el privilegio único de su Concepción inmaculada. Lo que no podemos puntualizar es hasta dónde se extendían estas dos series de conocimientos. Mas, siendo la Santísima Virgen, en aquel primer instante de su vida, más santa, más amada de Dios, más favorecida con su gracia que todas las demás criaturas, ¿no era justo que aventajase también en la perfección de sus luces sobrenaturales a todas las criaturas que aún anden por el camino de la vida terrena?

No ignoramos que conocer a Dios no es lo mismo que amarlo, y que el amor no siempre corre parejas con el conocimiento. Sin embargo, cosa cierta es que el amor procede del conocimiento y que, donde reina orden perfecto, el conocimiento es la medida del amor. En el Cielo aman más los elegidos que ven más, y el Amor Infinito, que es el Espíritu Santo, es el soplo de un Verbo infinito. Si, pues, la Virgen Santísima, en la aurora de su vida mortal, es la más amada de Dios y la más amante de Dios, era de altísima conveniencia que participase en un grado sin igual de la luz divina.

Guardémonos, sin embargo, de toda exageración, y no lleguemos, con pretexto de honrarla, a atribuir a la Santísima Virgen alabanzas que Ella misma sería la primera en rechazar. Autores ha habido que han extendido desmesuradamente el campo de esta ciencia infusa de la Madre de Dios. Según ellos, la ciencia de María abarcaba todos los dominios del humano saber, de tal suerte que ni el mundo de la naturaleza ni el mundo de la gracia tenían secretos para Ella. Tal era la ciencia de la Santísima Virgen, según los aludidos autores, que María penetraba en las profundidades más misteriosas de las cosas naturales y sobrenaturales, con-

templándolas, excepto a Dios, tal cual son en sí mismas, sin intermediarios y sin velos, con sobreabundancia de certeza y de claridad. Pero no hay razón que demuestre ni la verdad ni la verosimilitud de semejantes afirmaciones, no ya en cuanto a la ciencia inicial de María, pero ni aun respecto de la que divinamente le fué otorgada en el discurso de su vida mortal. Ni los Santos han dicho nada acerca de esto, ni se ve qué utilidad podría reportar esa ciencia a la Madre de Dios, ni menos se explica cómo podría hermanarse tal cúmulo de ciencia con el puro estado de viadora en el que se hallaba la Santísima Virgen (Cf. Suár., *de Myster. vitae Christi*, D. 19, S. 3, *Dico terti*o, cum antec).

Nada es cosa de maravilla que la Santísima Virgen, desde el principio de su existencia, tuviera sobreabundancia de conocimientos sobrenaturales, porque estos conocimientos tenían por fin el perfeccionarla en el orden de la gracia y convenían a su futuro oficio de Madre de Dios. Si Adán, porque había de ser padre y educador de la estirpe humana, fue enriquecido desde su creación con un maravilloso tesoro de conocimientos, cuando Dios preparaba a la Santísima Virgen para el oficio de Madre de los hombres, ¿podía mostrarse avaro para con Ella al darle la ciencia conveniente a su futura dignidad? Asimismo, que María recibiera por infusión el conocimiento de las cosas naturales y morales que podían servirle para penetrar el sentido más profundo de las Sagradas Escrituras, o para entender mejor los misterios de la Fe, o para regular todas sus acciones en el curso ordinario de la vida, es cosa que se puede y se debe admitir como verosímil, sin pretender, claro está, definir la medida exacta y el tiempo preciso en que el conjunto de estos conocimientos le fue otorgado (El último género de conocimientos depende naturalmente del organismo y no se ve necesidad alguna de hacerlo remontar a los primeros tiempos de María, cuando su organismo no estaba todavía desarrollado). Nada impide, en efecto, que la divina sabiduría regulase la disposición de estos conocimientos según las circunstancias en que podía hallarse la Santísima Virgen. Pero, ¿de qué le sirviera una ciencia puramente humana que no hubiera tenido otro fin que adornar el espíritu o satisfacer una curiosidad natural? No se nutría Ella con el alimento de las cosas profanas en sus meditaciones. Más arriba, más alto se eleva el curso de sus pensamientos. ¿Podéis imaginaros a esta Virgen, tan humilde y tan sencilla, embebida en los problemas de la física, o de la química, o de las matemáticas, o de otros asuntos y materias semejantes? Cierto que le era menester, juntamente con el conocimiento de las más sublimes verdades del mundo sobrenatural, la ciencia y, en grado no común, de las cosas creadas; pero, ¿qué ciencia? Aquella que percibe las cosas creadas como vestigios e imágenes, como rayos esparcidos de la divina hermosura; aquella que da a gustar, a ver, a sentir por doquiera la presencia, la bondad, la providencia y la operación de Dios, su primer principio y fin último de todas las criaturas; aquella, en fin, que contempla las obras de Dios para mejor conocer a Dios y mejor glorificarle y mejor amarle. Mas la perfección en las ciencias profanas no es ni necesaria ni por extremo útil para alcanzar ese fin.

Otra exageración sería imaginar que en María, desde el principio de su vida, se diera tal plenitud de ciencia infusa, que todo progreso le fuese imposible. Este fue privilegio singular de Jesucristo: el no crecer más, interiormente, en sabiduría, como tampoco en gracia. Pero de este privilegio no podía participar María, porque, con diferencia grande de su Hijo, Ella estaba totalmente in vía, es decir, en estado de cambiar y de crecer. El Evangelio mismo nos la presenta adquiriendo el conocimiento de cosas que hasta entonces ignoraba. Para citar un ejemplo, no más, ¿no es manifiesto, por la turbación que sintió en la Anunciación y por la cu-

estión que propuso al Arcángel, que su participación personal en el misterio de la Encarnación del Verbo le era hasta aquel momento cosa desconocida? No han faltado espíritus, por demás sutiles, que lo han negado; pero estas licencias de interpretación en ningún modo pueden justificarse. El Hijo de Dios no reveló desde el principio a la que había elegido por Madre, ni la elección que había hecho de la misma, ni todas las circunstancias y efectos de la Encarnación. La ciencia de María, como su gracia, tuvo aurora, y la aurora no brilla con los esplendores del mediodía (Santo Tomás enseña que aun los mismos ángeles, en posesión de la luz de la gloria, no conocieron desde el principio las condiciones especiales de este misterio, aunque el conocimiento que tuvieron excedía en mucho las revelaciones hechas a los profetas. (I p., q. 5, a. 5, ad 1 ed 3).

**II.** Dios proveyó a su Madre de medios seguros para adquirir los conocimientos apropiados a las diferentes etapas de su vida mortal. Aunque nos sea imposible puntualizar cuándo y cómo la Santísima Virgen recibió de Dios el crecimiento progresivo de sus luces intelectuales, todavía podemos señalar a grandes rasgos las fuentes y las ocasiones principales. Dícese en el Evangelio que el Señor "*abrió el sentido* (a dos de sus discípulos) *para que entendiesen las Escrituras*" (Luc. XXIV, 45). Lo que hizo con estos discípulos y ha hecho después con tantos otros, ¿no podemos, no debemos creer que lo hizo con su Madre, y en grado mucho más excelente? Ved aquí el primer manantial de progreso en el conocimiento de las cosas divinas: la lectura y meditación de los Libros Santos, hechas la una y la otra bajo los esplendores de la luz de Dios.

Dice también el Evangelio, hablando de los misterios de la infancia del Salvador, que María "*conservaba todas estas cosas, repasándolas en su corazón*" (Luc., II, 19, 51). Y si los misterios de la santa infancia le fueron tan dulce entretenimiento, ¿no hallaría inagotable materia de meditación en tantos otros misterios en que Ella misma fue parte activa o, cuando menos, testigo? En ellos, sin duda, su corazón se fundía, se liquidaba de amor; pero al mismo tiempo, ¡con qué claridades se iluminaba su inteligencia!

¿Será necesario recordar aquellas conversaciones íntimas, de corazón a corazón, con Jesucristo, la Luz eterna, durante los largos años de la vida de Nazareth, y los secretos divinos que el Hijo derramaría en el alma de su Madre? Si ninguno de los Evangelistas habló, como Juan, el discípulo amado, de la naturaleza divina del Verbo encarnado, fue —dice **San Agustín**— "*porque, habiendo en la Cena reposado su cabeza sobre el pecho de Jesús, bebió más abundantemente y más familiarmente de este manantial el misterio de su divinidad*" (San August., de Consensu Evang., L. I, c. 4, n. 7. P. L., XXXIV, 1.045). Y por aquí rastreemos los tesoros de inteligencia con que una comunicación mil veces más íntima y continuada debió de enriquecer a la Madre de Jesús.

A estas causas de adelanto en la divina sabiduría hase de añadir otra, la de las revelaciones propiamente dichas, que descienden del Cielo por ministerio exterior de los ángeles o por la acción interior e inmediata del mismo Espíritu Santo.

Hemos dicho, en primer lugar, por ministerio exterior de los ángeles (Santo Tomás se propone a sí mismo esta dificultad: la Anunciación no debió hacerse por medio de un ángel porque, cuando se trata de los ángeles más elevados, Dios mismo inmediatamente les revela sus designios, según las doctrinas del Areopagita. Ahora bien; la Santísima Virgen está por cima de todos los coros de los ángeles. He aquí la solución que da el Angélico a esta dificul-

tad: "*Conviene advertir que la Madre de Dios era superior a los ángeles en cuanto a la dignidad para la que había sido elegida por Dios : pero en cuanto al estado de la vida presente les era inferior. Cristo mismo, por razón de su vida pasible. fué rebajado un poco por debajo de los ángeles* (Hebr., II, 7). *Mas como era simultáneamente viador y comprensor, en cuanto al conocimiento divino no tenía necesidad de ser instruido por los ángeles. Pero la bienaventurada Virgen no estaba aún en el estado de los comprensores, y por esto fué necesario que la encarnación del Verbo le fuese significada por un ángel.*" (San Thom., 3 p„ q. 30, a. 2, ad. I.)). El Evangelio nos da a conocer la más esplendorosa de estas revelaciones angélicas en el relato de la Anunciación. Mas todo induce a creer que otras la siguieron y la precedieron. Hay —dicen los Santos Padres— un parentesco muy allegado entre los ángeles y las vírgenes. Y, ¿cómo es posible que la Virgen por excelencia y Reina de los ángeles no fuera favorecida con visitas angélicas? Según algunos Santos Padres, por ejemplo, San Jerónimo y San Ambrosio, aun antes de la Concepción del Hijo de Dios, no fueron raras las visitas de los ángeles a la Santísima Virgen. "*Gabriel* —dice el segundo— *la halló sola en el lugar donde solía encontrarla*" (San Ambros., *de Virginit*., L. II, n. 11, c. 2. P. L„ XVI, 210).

Hemos dicho, además: por la acción inmediata del Espíritu de Dios. Cuantos han recorrido las vidas de los Santos, de aquellos principalmente que se han señalado por una pureza más insigne y por una contemplación más asidua de las cosas celestiales, saben con cuánta familiaridad les revelaba Dios Nuestro Señor, en sus misteriosas comunicaciones, sus más íntimos y altos secretos. Baste recordar a Santa Teresa, Santa Catalina de Sena, Santo Tomás de Aquino, San Ignacio, San Juan de la Cruz y otros muchos más, cuyos nombres son conocidos de todo el mundo. Y no eran estas comunicaciones gracias estériles, aptas sólo para esclarecer el espíritu: a la vez que daban luz infundían amor, un amor activo, un amor pronto a todos los sacrificios para glorificar a Dios y salvar las almas. Negar a María ilustraciones tan liberalmente concedidas a los siervos de Dios, sería desconocer lo que Ella fué para Jesús y lo que Jesús fué para Ella (Cf. Suárez, 1. c. S. 2 y 3).

Con lo dicho no hemos indicado aún todos los caminos por donde pudo venir a María el progreso en las ciencias de las cosas divinas. Sería necesario aún recordar la parte principalísima que le correspondió en la efusión de luz y de amor del día de Pentecostés, cuando el espíritu de Dios descendió en forma de lenguas de fuego sobre la Iglesia naciente, y aquella otra efusión que fue privilegio suyo incomunicable, cuando el mismo Espíritu descendió sobre Ella y quedaron convertidos su cuerpo y su alma en asiento de la sabiduría eterna. Y, ¿no es también soberanamente probable que Dios, su primer Maestro, le infundiera luces más abundantes y más vivas en aquellas circunstancias memorables que la hicieron participar más de cerca en los misterios de la Redención?

Autores graves no vacilan en afirmar que más de una vez se dignó Dios elevarla hasta la contemplación intuitiva, si bien transitoria, de sú esencia, es decir, de la verdad suprema (Más adelante diremos sobre qué fundamentos apoyan su afirmación). Y ¿podemos creer que tal visión, aunque sólo durase un instante, no fuese un manantial de luces permanentes para María?

Mas, al llegar a este punto, no hemos de disimular una dificultad que es necesario resolver antes de proseguir. Pregúntase cómo pueden concillarse estos aumentos de ciencia sucesivos de que venimos hablando, con la perfección de la ciencia impresa, desde el momento de la Concepción, en el alma de la Virgen Inmaculada. ¿Cómo era posible que hubiese recibi-

do la ciencia infusa de las Escrituras divinas, siendo así que Ella se instruía en las mismas Escrituras mediante su lectura y meditación? ¿De qué le servía aquella plenitud de luz sobrenatural con que fue llena en el momento de su Concepción, si le era preciso, después, beber en tantas fuentes la inteligencia de los divinos misterios? La mejor respuesta a estas cuestiones será comparar la ciencia infusa de la Madre y la ciencia infusa del Hijo. Esta última no tuvo nunca crecimiento. Su plenitud inicial fue la misma plenitud final. Y, con todo eso, de Jesús, niño, está escrito que "*crecía en sabiduría*" (Luc., II, 52); no sólo —advierten los teólogos, con Santo Tomás— porque la plenitud de sabiduría que inmutablemente existía en Él desde el instante de su bienaventurada Encarnación se manifestaba por operaciones cada vez más perfectas, sino también porque tenía, además de la ciencia sobrenatural, otra ciencia naturalmente adquirida, que podía, como la nuestra, admitir verdadero crecimiento (San Thom., 3 p., q. 12, a. 2).

María, formada a imagen de la santa humanidad del Salvador, tenía también estos dos órdenes de conocimientos. Por tanto, a imitación de Jesucristo, podía progresar en el segundo orden de ciencia, ya por la lectura de los Libros Santos, ya con sus propias meditaciones, ya por el conocimiento íntimo de los misterios que se obraban en su alma y en su cuerpo (Suár., op. cit., D. 19, s. 2. *Tertio dicendum*, etc.). Fuera de esto, a diferencia del Hombre-Dios, su ciencia infusa no era ciencia propia del término, y, por lo mismo, pedía aumentos proporcionados a los estados sucesivos de esta divina Madre; y he aquí cómo en ciertas épocas, cuyo número Dios sabe, podían obrarse en María nuevas efusiones de luz, una expansión creciente de la ciencia que en un principio fue impresa en su entendimiento. Y, por último, nada impide que aquello mismo que fue causa de progreso en los conocimientos adquiridos, como lo fueron las conversaciones íntimas de la Madre con el Hijo, fuese también ocasión providencialmente dispuesta para acrecentar los conocimientos infusos; porque es orden de la divina sabiduría el entrelazar sus dones interiores con los hechos exteriores; sus gracias de conversión, por ejemplo, con la lectura o audición de la divina palabra.

A quien pretendiere conocer la medida exacta a que llegó finalmente la ciencia sagrada de María le responderemos confesando humildemente nuestra ignorancia. Pero de todo corazón suscribimos las siguientes palabras de **Eadmer**, el discípulo de **San Anselmo**: "*Aunque los Apóstoles recibieran del Espíritu Santo, por revelación, toda verdad, María, gracias al mismo Espíritu, penetraba con mirada incomparablemente más ancha, más profunda y más clara en los abismos de la verdad divina*" (Eadmer, *de Excellent. B. V. M*,, c. 1. P. L. CLIX, 571).Diremos también, con un teólogo a quien nunca se ha tildado de exageración: "*La Bienaventurada Virgen tuvo, acerca de los misterios de la Fe, luces más excelentes que todos los Profetas, que todos los Apóstoles y que todos los Evangelistas juntos*" (B. Medina, Comment. tn 3 p. Summ., q. 27, a. 5). Así como su dignidad sobrepuja a toda dignidad, y su santidad a toda santidad creada, excepto la del Salvador, así también nada iguala, ni igualará jamás en esta vida mortal, los esplendores de la antorcha que brillaba en el firmamento de su inteligencia. Una ciencia más dilatada y más alta de los divinos misterios no es de esta tierra, sino del Cielo (Suár., Op. et D. cit., s. S.).Con toda verdad, un doctor de la Iglesia griega la llamó "*maestra y augusta cima de los teólogos*" (Joannes Euchait., episc., serm. in *S. Disp. Dormit*., n. 24, P. G., CXX, 1.101). Y, para terminar, ¿no nos convida la misma Iglesia a invocar con el título de "*Reina de los Doctores*", enseñándonos de esta manera que en María, aun en el tiempo de su mortalidad, se encerraban tesoros incomparables de ciencia divina?

**III.** ¿Excluía la ciencia de la Santísima Virgen todo error y toda ignorancia? Antes de dar respuesta a esta pregunta es necesario definir bien los términos de ella. La ignorancia no es otra cosa que defecto de ciencia. Cuando las cosas que no sabe uno son de aquellas que por razón de su estado, posición, funciones de su persona, debería saber, el defecto de ciencia se convierte en falta, en privación, en ignorancia propiamente dicha. Pero si son de aquellas que, en las mismas condiciones, no importa saber, entonces es simple ignorancia, inherente, en mayor o menor grado, a la condición de toda criatura. El error consiste en juzgar verdadero lo que es falso, o viceversa. Añade, pues, algo de la ignorancia, porque se puede ignorar sin juzgar de lo que se ignora; todo error es ignorancia, mas no toda ignorancia es error (San Thom., *de Malo*, q. 3. a. 7).

Establecidas estas nociones, volvamos a las cuestiones propuestas. La ciencia de la Virgen Santísima, ¿era ciencia sin error? Sí —responden generalmente los teólogos—. **Suárez** estima tan cierta esta conclusión, que tiene el sentir contrario por ofensivo de los oídos piadosos. He aquí las razones con que apoya su conclusión. Todas, de cerca o de lejos, se relacionan con la divina maternidad.

En primer lugar, es doctrina común que el estado de inocencia no sufría error ("*Approbare falsa pro veris ut erret invitus... nos est natura instituti hominis, sed pena peccati.*" (*San August*., de Líber, arbitr., L. III, c. 18, n. 53.) P. L. XXXIII, 1296).Ahora bien; como la Santísima Virgen no contrajo el pecado de origen ni, por tanto, tuvo parte alguna en la caída universal, debió poseer todas las perfecciones del estado de inocencia, exceptuadas solamente aquellas que no se avenían con la posibilidad de padecer y de morir; cuanto más, que estas perfecciones eran por extremo convenientes a una Madre de Dios. ¿Qué es el error sino una herida inferida a la humana inteligencia por el pecado? (San Thom., 1-2, q. 85, a. 3). Por consiguiente, como quiera que María, en virtud de un privilegio único, no contrajo la culpa, tampoco debía padecer las penas, y mucho menos aquella que, como el error, tienen carácter de imperfección moral. ¿No es esto mismo lo que nos obliga a alejar absolutamente de María aquella otra herida que llamamos concupiscencia? El error y la concupiscencia son dos desórdenes que traen origen de la misma fuente, y, por tanto, ni el uno ni el otro pueden darse allí donde su manantial nunca se abrió.

Añadamos, como razón última, el dominio perfecto que la Santísima Virgen poseía de todas sus potencias, con exclusión de todo movimiento desordenado, dominio que le permitía no formar juicio definitivo con noticias inciertas. ¿Qué podía, pues, hacer cuando le faltaba luz suficiente para juzgar? Suspender el juicio o bien no formar nada más que conjeturas acomodadas a la verosimilitud de las cosas y al grado de probabilidad respectiva. Así es cómo los mismos bienaventurados del Cielo tienen que regular el ejercicio de su inteligencia acerca de aquellos objetos cuya verdad no les es ciertamente conocida ni por la visión divina ni por revelaciones especiales. ¿Es creíble que la Santísima Virgen no les imitase en esta moderación intelectual, siendo así que esta imitación le era sobremanera fácil y tan bien decía con su estado de perfección? (Suár., *de Myster. vitae Christi*, d. 19, s. 6, *Dicendum est primo*).

Hechas estas advertencias, ya no es difícil interpretar algunos textos de la Sagrada Escritura que podrían sugerir la tentación de suponer algún error en María. El más conocido de todos es el pasaje de San Lucas que nos presenta a José y María "*creyendo que Jesús estaba en su compañía y buscándole entre sus parientes y conocidos*", cuando estaba en Jerusalén (Luc., II, 44).

No diremos, como lo han hecho algunos intérpretes, por ejemplo, el Abad **Ruperto**, que sólo San José ignoraba dónde estaba el Niño Jesús, y que si el Evangelista parece afirmar que el error era común a San José y a la Virgen, es porque usa aquella misma manera de hablar empleada en otro pasaje del Santo Evangelio, donde se atribuye a los dos ladrones crucificados con Jesucristo blasfemias que sólo uno de ellos vomitó (Matth., XXVII, 44; col. Luc., XXIII, 39, sqq.). No son necesarias tales sutilezas, aunque demuestran cuán alta idea tenían sus inventores de la perfección del conocimiento de María. ¿Por qué José y María buscaban a Jesús primeramente entre sus compañeros de viaje? ¿Por qué estaban convencidos de que se hallaba entre ellos? De ningún modo. Bastábales que tal cosa fuese verosímil. Mas en este juicio nada había que fuese falso, pues era verosímil que entre los compañeros de viaje se hallase el Niño Jesús: las circunstancias ordinarias de semejantes viajes daban fundamento a tal interpretación.

Pero se objetará, además: las punzantes inquietudes de María, ¿no suponen en Ella otro error? Si no estaba engañada acerca de la naturaleza y misión de su Hijo, ¿cómo podía temer? Es Dios; en cuanto a la inteligencia, es hombre perfecto; es el Salvador que infaliblemente debe cumplir la salvación del mundo. Y siendo esto así, ¿qué peligros podía correr y cómo podía perderse entre la muchedumbre, cual si fuese un niño vulgar? Conocía María todas estas cualidades de su Hijo, y nunca dudó de ellas; pero también sabía, por experiencia, que Jesucristo, en esta primera fase de su vida terrestre, no quería distinguirse de los demás hombres. Lo había visto mudo en la cuna, expresándose sólo con gestos infantiles; lo había visto ensayando sus primeros pasos, todavía inseguros, bajo su maternal vigilancia; lo había visto aprender junto a Ella a balbucear las primeras palabras; lo había visto necesitado, como los demás niños, de ser sostenido, alimentado con leche de los purísimos pechos de su Madre; lo había visto en las cosas de la vida ordinaria guiarse con las luces del conocimiento adquirido, a imitación de los otros niños de su edad; en una palabra, lo había visto sometido de su libre voluntad y querer a las flaquezas comunes de la humana naturaleza. ¿No bastaba todo esto para que la Santísima Virgen pudiese decirse a sí misma, sin error: Mi Jesús, verosímilmente se ha perdido entre el torbellino de la gente y, verosímilmente, ahora andará vagando por Jerusalén, hambriento, agotado por la fatiga, suspirando por su madre y llorando de pena al verse separado de ella? Esto es lo que se diría María. Presentarla tranquila, sin inquietud ni pesar, sería atribuirle una ligereza de juicio; porque nada, en la conducta anterior de Jesús, inducía a pensar que se hubiera quedado en Jerusalén por un designio de caso pensado para cumplir algún acto especial relacionado con su misión.

**IV.** Pero si no se puede descubrir en la Santísima Virgen ni un solo error positivo, ¿no se halla en Ella, cuando menos, más de un indicio de ignorancia? Si se habla de esa ignorancia, impropiamente dicha, que consiste en no saberlo todo, locura sería pretender exceptuar a la Madre de Dios. Pero no es ésta la cuestión. Trátase de la ignorancia en el sentido estricto de la palabra; en otros términos, de la ignorancia que versa acerca de cosas que el sujeto debe conocer, por razón de su dignidad, de su posición, de su oficio o de su categoría ("*Ignorantia... nihil aliud est quam carere scientia quam quis natus este habere*", dice Santo Tomás, *de Malo*, q. 8, a. 7). Ahora bien; el enunciado mismo de la cuestión, reducida a sus justos términos, encierra la solución; porque, si hay una verdad constante, es que la Virgen Santísima recibió de Dios todos los privilegios y todas las gracias que pedían su oficio y dignidad de Madre de Dios. Además, todas las pruebas aducidas hasta aquí para demostrar su inmunidad del error, de-

muestran también su inmunidad de la ignorancia, porque entrambos son una herida y un desorden nacido del pecado original. Mas, como hay algunos casos particulares que, al parecer, atenúan la fuerza de las pruebas aducidas, conviene examinarlas de propósito.

Tres textos de la Sagrada Escritura ofrecen especial dificultad. Los dos primeros se leen en el mismo pasaje en que San Lucas nos cuenta la pérdida del Niño Jesús después de la Pascua. Primeramente, San Lucas nos refiere la extrañeza y asombro de María y José cuando lo hallaron sentado en medio de los Doctores, preguntando y respondiendo. Ahora bien; la admiración y el asombro proceden de la ignorancia. Después, el mismo Evangelista, referida la respuesta que dió Jesús a las quejas maternales de María: "*¿Por qué me buscábais? ¿No sabíais que es necesario que yo me ocupe de los asuntos de mi Padre?*". Añade. "*Y ellos no comprendieron esta palabra que Él les decía*" (Luc., II, 48). El tercer texto se lee también en el Evangelio de San Lucas: "*¿Cómo sucederá esto* —preguntó María, cuando el Angel le habló de su futura maternidad—*, puesto que yo no conozco varón?*" (Luc., I, 35). Así, pues, la Santísima Virgen ignoraba la elección que el Señor había hecho de Ella y el modo virginal con que sería concebido el Salvador.

Examinemos cada uno de estos tres textos, empezando por el segundo: "*Y ellos no entendieron lo que les decía.*" "*No sutilicemos importunamente, a propósito del texto del Evangelio. Se dice no sólo de José, sino también de María, que no entendieron lo que Jesús quería decir*" (Bossuet, Elev. sur l'Evang., 20 sem., 7 elev.). Así descarta Bossuet ciertas sutilezas inventadas para salvar en esta ocasión la ciencia de María. Pero, ¿qué es lo que María no entendió en las palabras de su Hijo? ¿Acaso el que su Hijo tenía a Dios por Padre? O ¿quizá el que su Hijo había sido enviado a cumplir los designios de Dios para la salvación de los hombres? Mas, ¿cómo era posible que la Santísima Virgen ignorase misterios que había aprendido de la boca misma de Dios por mediación del Arcángel? Pero, si esto no es lo que María ignoraba, ¿qué era entonces? Volvamos a leer el Sagrado texto: "*¿No sabíais que yo debo ocuparme en las cosas de mi Padre?*" Cierto que lo sabían, y María principalmente. Lo que Ella no entendió claramente fue la relación que podía tener con la misión de Jesucristo un hecho acaecido en circunstancias tan extrañas. Más adelante, cuando Jesús deje a Nazareth para dedicarse a la predicación pública, no se extrañará de ello María; entonces Jesús estará en la edad varonil y madura y habrá llegado el tiempo de salir de su voluntaria obscuridad. Pero que, para ocuparse de las cosas de su Padre celestial, se haya sustraído clandestinamente, en edad tan tierna, de la tutela materna; que por un instante haya descorrido el velo con que estaba cubierto en la soledad de Nazareth, esto es lo que constituye un misterio para María, un misterio que Ella guardará en su corazón para meditar sus secretos; porque sabe muy bien que los actos y las palabras de su Hijo tienen un sentido muy profundo, digno, no sólo de un hombre por excelencia sabio, sino también del Verbo de Dios, la Sabiduría encarnada. María conserva estas cosas en su corazón para meditarlas, dándoles vueltas y más vueltas con amorosa contemplación, hasta que Dios quiera, en tiempo oportuno, dárselas a entender. Y si decís que esto es señal de verdadera ignorancia, habréis de demostrar que importaba a María el conocer en aquel momento las razones de tal conducta de su Hijo; mas esto no se demostrará.

También se ha de reconocer que ni José ni María esperaban hallar a Jesús entre los Doctores de Israel oyéndoles, preguntándoles y llenando de admiración a cuantos lo escuchaban. Nada, en la conducta ordinaria de Jesús, les había preparado para esta revelación parcial que ahora iba a hacer de sí mismo. Pero, ¿convenía a su oficio que fueran advertidos de antema-

no?, o, por el contrario, ¿no era esta ignorancia del designio de Jesús condición necesaria para la debida ejecución del mismo? La voluntad del Padre era que su Hijo diese entonces alguna muestra de la sabiduría cuya plenitud tenía "*y, a la vez, de la superioridad con que debía mirar a sus padres mortales, sin seguir a la carne y a la sangre; por derecho, señor de ellos; a ellos sometido por dispensación*" (Bossuet, ibíd., 6 elev.). ¿Y hubiera ejecutado este designio si de antemano revelara a José y a María su propósito e intención? (Para nuestro Señor había dos órdenes de operaciones. Unas, eran las operaciones de la vida común; las otras se referían directamente a su misión. En cuanto a las primeras, estaba sometido, como los demás niños, a la dirección de su padre adoptivo y de su madre; en cuanto a las segundas, no dependía sino de su Padre celestial. Por consiguiente, no hay que extrañarse ni escandalizarse de que deje a José y a María sin haber obtenido su consentimiento y exponiéndolos al dolor más profundo. La voluntad del Padre, que está por cima de toda otra voluntad, lo exigía así. La obra que Jesús iba a ejecutar no caía debajo de la Jurisdicción de sus padres. No ignoraba María esta economía misteriosa: mas, sin una revelación que no convenía que Dios hiciese anticipadamente, no podía saber que la separación de su Jesús se refería a este segundo orden de operaciones). Así, pues, la inteligencia actual del misterio no era necesaria a la Virgen, y, por tanto, no hubo ignorancia propiamente dicha.

Y tampoco fue verdadera ignorancia la causa de que preguntara al Arcángel: "*¿Cómo será esto, si yo no conozco varón?*" **San Ambrosio**, explicando este texto (San Ambros., in Luc., L. II, n. IB. P. L„ XV, 1558), estima que María entendió desde el principio que se trataba de una concepción y de un alumbramiento virginales. Porque el conocimiento que tenía de las Sagradas Escrituras no le permitía ignorar que el Salvador anunciado era el Mesías, ni que el Mesías había de nacer de una Virgen. Mas entonces, ¿por qué pregunta al Arcángel? El santo Obispo responde: "*Ella había leído en la Escritura:* ***"He aquí que una virgen concebirá"****; pero no había leído cómo sucedería esto, porque ni al mismo gran Profeta Isaías le había sido revelado*" (Isa., VII, 14). Por tanto, cuando María pregunta, lo hace para aprender lo que a Ella toca obrar y cómo, permaneciendo virgen, podrá ser la Madre del Emmanuel. Si se acepta esta interpretación, contra la cual nada se puede alegar, y que se recomienda por su sencillez, ya no habrá razón alguna para hablar de ignorancia en María (La solución dada por San Ambrosio se halla también en una homilía posterior, atribuida, aunque sin fundamento sólido, a un cierto Eusebio, obispo galicano).

Mas como quiera que hay autores graves, y aun Padres que exponen el dicho texto diversamente, conviene aducir otras interpretaciones. He aquí una que, después de otras varias, trae Suárez (Suár., *de Myster. vitae Christi*, D. 1, s. 2, *versus med*.): María —dice—, antes de proponer su cuestión, había entendido ya que se trataba de concebir virginalmente al Mesías. Con todo, aún pregunta, como si no hubiera entendido el misterio, ya para mejor manifestar su inmutable resolución de permanecer virgen, ya también para recibir de Gabriel, que hablaba en nombre de Dios, la seguridad explícita y personal de que la maternidad que se le ofrecía era compatible con su virginidad. Quizá parezca esta interpretación harto sutil; mas, aunque sea menos sencilla que la primera, basta para desvanecer cualquier idea de ignorancia.

La tercera forma de interpretar la pregunta de María sería decir que conocía el misterio anunciado por el profeta Isaías en su célebre profecía de la virgen madre, pero sin comprender, por lo menos de una manera cierta, que el Emmanuel anunciado por el Profeta sería el

Hijo que Ella iba a concebir. De aquí su pregunta: *¿Cómo será esto, pues yo no conozco varón?* Esta interpretación, como las dos precedentes, no supone ignorancia u olvido del oráculo el Profeta Isaías; a lo sumo supone cierta duda de María sobre que en Ella haya de cumplirse el vaticinio, y esta hesitación de un instante no está en desacuerdo con la dignidad de Madre,de Dios, porque sirvió para que brillase con más vivos esplendores su fe erfecta y su incomparable amor a la virginidad.

## CAPITULO 4

**Ausencia de todo pecado en la Madre de Dios. Enseñanza de la Fe. Explicaciones dadas por los teólogos.**

En cuanto al fondo, los principales maestros están de acuerdo en la interpretación de este privilegio.

**I.** Si plugo a Dios obrar la maravilla de que María entrase inmaculada en este mundo, cuando es así que el contagio del pecado mancha a todos los hijos de Adán al entrar en la vida, de cierto no lo hizo para dejar que después se manchase con alguna falta personal pecaminosa. En María nunca hubo pecado. He aquí un privilegio especialísimo suyo (Conc. Trident., sess. 6, can. 23).Cuando todos los Santos y Santas, si fueran preguntados durante su vida mortal si tenían pecado o no, deberían responder unánimemente: "*Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañaríamos y la verdad no estaría en nosotros*" (I Joaq., I. 8). María con ser tanta su humildad, no hubiera podido unirse a esta confesión universal. "*Es que Ella, cuando es cuestión de pecado, constituye una excepción necesaria,* ***y esto por el honor de su Hijo***"(San August., de Natura et Gratia, o. 86, n. 42. P. L. XLIV, 267).

Sería inútil y enojoso trasladar aquí todos los testimonios emitidos es favor de esta incomparable pureza del alma de María, como quiera que la Iglesia toda nunca tuvo más que una voz para proclamarla. Y si se presentase un innovador tan temerario que, con loca osadía, se atreviese a imputar a la Santísima Virgen la más pequeña mancha, de nuevo se levantaría para protestar con la voz de los Santos Padres, de las Liturgias, de los Santos y de todo el pueblo fiel contra semejante imputación, como contra la más horrible de las blasfemias, y el autor eclesiástico que mereció que sus obras se atribuyesen, en pasados tiempos, al gran Obispo de Hipona, repetiría lo mismo que respondió a los maniqueos cuando pretendían que el Verbo no pudo nacer, sin mancharse, de una mujer: "*Oye, maniqueo, oye lo que te dice Dios, Creador del hombre e Hijo del hombre: Esta madre de la que yo nací, hícela yo mismo; este camino por donde pasé para venir al mundo, yo mismo lo preparé. Maniqueo, la que tú rebajas es mi Madre, y yo la hice con mi propia mano*" *(*Tract. advers. haeres. quinqué, c. 7, en otro tiempo atribuida a San Agustín P. L., XLII, 1.107).

Los teólogos, resumiendo el pensamiento de la Iglesia y de los Santos Padres, han dado hermosísimas y muy sólidas razones para explicar esta pureza singular, que nunca fue empañada ni por sombra de pecado. Ninguna de estas razones deja de referirse a la maternidad divina. Las más de ellas quedaron ya expuestas al hablar de la Concepción inmaculada de María y al asentar los principios y reglas con que debemos juzgar de sus prerrogativas.

Al exponer la primera regla decíamos que es privilegio incontestable de la Madre de Dios el poseer todos los dones de gracia otorgados por la divina liberalidad a los hijos de Dios. A la luz de este primer principio levantamos nuestros ojos hacia el Cielo y, viendo delante de Dios, tres veces Santo, millones de espíritus angélicos que jamás pecaron, resueltamente afirmamos que así fue también la inocencia de la Madre de Dios.

Cuando Dios llama a una criatura a un señalado oficio en su reino, la enriquece con las cualidades necesarias para que lo desempeñe dignamente, y si es cuestión de la Madre de Dios, una segunda regla nos advierte que debemos considerar como necesario todo don que sea verdaderamente **conveniente** a su maternidad. "*Ahora bien* —concluye Santo Tomás—; *María no hubiera sido nunca digna Madre de Dios si hubiese cometido un solo pecado. Lo primero, porque, de la misma manera que el honor de los padres redunda en los hijos, según se lee en el libro de los Proverbios* (XVII. 6), *así también redunda en los hijos la afrenta de la madre. Lo segundo, porque habiendo Cristo recibido de Ella su carne, entre los dos se formó el más estrecho parentesco y una singularísima alianza.* Pero, como está escrito en el capítulo VI de la Epístola a los corintios, "*¿qué unión puede haber entre Cristo y Belial?*" Por último, Cristo, Hijo de Dios, hizo en María particularísima estancia, residiendo no sólo en su alma, sino también en su seno virginal. Ahora bien; en el capítulo primero de la Sabiduría, se lee: "*La Sabiduría no entrará en el alma perversa y no habitará en el cuerpo sujeto al pecado*" (Sap., I, 4). Ved por qué se ha de decir simplemente que la Bienaventurada Virgen María no cometió ningún pecado actual, ni mortal ni venial, para que en Ella se cumpliese esta sentencia del *Cantar de los Cantares* (Cant., IV, 7): "*Eres toda hermosa, amada mía, y no hay mancha en ti*" (San Thom., 3 p. q. 27 a. 4).

El Doctor Angélico se contenta con indicar brevemente estas tres razones, pues no acostumbra a extenderse en largas consideraciones. Nosotros le imitaremos en esta ocasión; cuanto más, que ya otras veces hemos expuesto ideas semejantes.

**II.** María, pues, vivió sin pecado (Podría preguntarse si era cosa conveniente, dada la perfección de su inocencia, que la Santísima Virgen recitase las palabras de la Oración Dominical: "*Perdónanos nuestras deudas...*" La respuesta debería ser negativa si esta oración se enderezase únicamente al bien de quien la reza. Pero el mismo texto nos advierte que la súplica se extiende a nuestro prójimo. No decimos "*Padre mío*", sino "*Padre nuestro*"; no decimos "*Dame*", sino "*Danos*", y es que el Señor y Maestro de la unidad no quiso que orásemos cada uno por sí solo, sino cada uno por sí y por todos, porque él mismo nos llevó a todos en su unidad. (San Cyprian., L. de Orat. Dominic., n. 8. P. T.. 524). Como consecuencia del mismo pensamiento, el opúsculo acerca de la Oración Dominical, inserto entre las obras de Santo Tomás de Aquino, permite que aquel que todavía no ha perdonado a su enemigo pueda decir: "*Como nosotros perdonamos...*" "*No miente*—dice el autor—*porque no tanto ora en su nombre cuanto en el de la Iglesia, como quiera que la petición se hace en plural.*"). Así lo pedía su condición de Madre de Dios. Fue la Santísima Virgen confirmada en gracia; mas no sólo con una confirmación común, es decir, con aquella que excluye toda falta grave, y aun toda falta plenamente deliberada, sino con una confirmación total, es decir, con aquella que no admita absolutamente falta alguna. Hasta aquí, todos los maestros de la Teología están de acuerdo; todos atribuyen a María el privilegio de la impecancia (Los teólogos expresan con esta palabra el hecho de no pecar nunca). Cuando comienza alguna divergencia de ideas, más aparente que real, es cuando se trata de explicar distintamente la diferencia, generalmente admitida por

todos, entre la impecancia que la Virgen tuvo antes de ser Madre de Dios y la que tuvo siendo ya Madre de Dios; entre otros términos: entre la primera santificación y la segunda.

No hay controversia respecto del tiempo que precedió a la Encarnación del Verbo. Antes de concebir, María no pecó; pero, en alguna manera, podía pecar. Según el sentir general de los teólogos, tres cosas concurrían a guardarla pura y limpia de todo pecado y de toda imperfección estrictamente dicha: la sobre abundancia de la gracia interior, que la inclinaba poderosamente hacia el bien; la ausencia absoluta de toda concupiscencia actual, es decir, de todo impulso desordenado hacia las cosas sensibles, y, por último, la asistencia exterior con que la rodeaba el poder y el amor de aquel que había de ser su Hijo (San Thom., in III, D. 3, q. 1, a. 2, sol. 2 ; 8 p., q. 25, a. 4, ad 1 ; a. 5, ad. 2). Si consideramos que la mayor parte de nuestras faltas tienen su primera fuente en los incentivos de nuestras facultades sensibles y de nuestras pasiones más o menos rebeldes; si, además, meditamos cuán grande barrera opone a cualquiera violación de la ley divina la unión perfectísima y continua de un alma con su Dios, con facilidad entenderemos que las avenidas por donde el pecado podía tener acceso al corazón de la Santísima Virgen estaban todas cerradas.

Sin embargo, el ejemplo de los ángeles del cielo, que aunque desde su creación estaban enriquecidos con una gracia perfectísima, y aunque les era desconocida experimentalmente la rebeldía de la carne y de los sentidos contra la ley del espíritu, cayeron; este ejemplo, repetimos, nos enseña que ni la plenitud de la gracia inicial, ni la ausencia, más aún, ni imposibilidad de la lucha entre un ser inferior y la razón, esclarecida con los esplendores de la fe, eran bastante para salvaguardar en absoluto a María contra todo peligro de pecar y contra todo desfallecimiento moral. Hay otras tentaciones, fuera de aquellas que provienen de los sentidos, y allí donde los atractivos de las cosas bajas no tienen fuerzas, el orgullo y los vicios que ello engendra pueden acometer a las almas y separarlas de Dios. De aquí la necesidad de una asistencia exterior que completase los principios de resistencia depositados de manera permanente en el alma de María; asistencia que se manifestaba, ora por el alejamiento providencial de los peligros de fuera, ora por la abundancia de gracias actuales, iluminaciones de la inteligencia, piadosas y saludables nociones de la voluntad. De manera que María vivía, bajo la acción del Espíritu Santo, como sumergida en una atmósfera de pureza y santidad, inmaculada en su crecimiento como lo había sido en su primer origen (Cf. Suárez, *de Myster. vitae Christi*. D. 4, s. 4).

**III.** Como ya advertimos, hasta aquí no hay desacuerdo entre los teólogos. Y todos también unánimemente confiesan que desde la concepción del Hijo de Dios, la Bienaventurada Virgen fue aún más **incapaz** de cometer la menor falta; la controversia versa acerca de la **calificación** de esta creciente incapacidad. Los teólogos del siglo XIII, Santo Tomás, San Buenaventura, Alejandro de Hales y sus discípulos, estiman que desde aquel momento la **impecancia** se convirtió en verdadera **impecabilidad** (Este sentir hállase ya expresado desde el siglo XII, como lo testifica este pasaje de Ricardo de San Víctor. "*Ab útero egressa nec mortale unquam nec veníale commisit. Et ante concentionem quidem Filii Dei pritis per gratiam custodita est a pecatis; post hanc vero ita confirmata est ex virtute Altisi, obrumbrata et roborata, ut peccatum omnino committere non potuerit. Ex quo templum Dei facta est, ita prívilegiata est ut nullatenus aliqua macula poluerit deturpari.*" (Richard, a S. Vict.. in Cantic. c. 26. P. L., CXCVI, 482). Hasta aquel momento, María, por más santa, pura e inocente que fuese, **podía** pecar; desde aquel momento no tuvo ya este **poder**. Sin embargo, esta impecabilidad no era aún la imposibilidad

radical de pecar de que gozan los Santos del Cielo por la visión intuitiva de la soberana bondad y hermosura. ¿Qué era, pues? Una imposibilidad moral, como intermedia entre la **impecancia** antecedente de la Virgen y la impecabilidad propia de los **comprensores** (Signifícase con este nombre a los santos que ya gozan de la vista de Dios), porque ésta es absoluta.

Dejemos hablar a **Santo Tomás de Aquino**: "*El poder de pecar puede perderse de dos maneras: o bien porque el libre albedrío se une inmediatamente a su fin último, el cual de tal modo llena su capacidad, que ningún defecto pueda ya darse en él, y esto es lo que pasa en la gloria..., o bien porque la gracia entre en el alma con tal sobreabundancia, que excluya de ello todo defecto. Y esto fue lo que acaeció en la Bienaventurada Virgen cuando concibió al Verbo de Dios, aunque quedó aun en estado de vía*" (San Thom., III Sent., D. 3., q. 1, a. 2, col. 3, ad 2 et in corp).

Casi en los mismos términos se expresa **San Buenaventura**: "*Que la impotencia de pecar sea privilegio de los comprensores, nada tan verdadero, si se atiende a la ley común. Pero nada impide que Dios conceda a alguna criatura la gracia espiritual que de ordinario reserva para la Patria, sobre todo a aquella criatura que, aun viviendo en la tierra, era ya la Reina de aquellos que triunfan en los cielos*" (in III Sent., D. 3, p. 1, a. 2, q. 3, ad 4). Y en otro lugar: "*La gloriosísima Virgen, al concebir al Hijo de Dios, quedó impotente para pecar; no porque en aquel momento perdiese potencia alguna, sino porque, de una parte, su poder quedó inmovilizado en el bien, y por otra parte, fue suprimido todo defecto*" (Idem, ibíd., p. 1, a. 1, q. 3). "*La Bienaventurada Virgen* —había escrito antes Alejandro de Hales, maestro de San Buenaventura—, *de tal manera fue despojada, en su segunda santificación, del poder de pecar, que desde entonces fue para su libre albedrío una necesidad el no cometer ningún pecado*" (Alex. Halens., 3 p., q. 9, m. 3, a. 2).

Quisiéramos poder decir con certeza y claridad de dónde provino a María, según estos ilustres doctores, un alejamiento tan grande del pecado, que vino a convertirse en imposibilidad de cometerlo. En sus escritos sólo aparecen dos razones principales: en primer lugar, la extinción total del fuego de la concupiscencia o, en otras palabras, el don de la integridad, que Nuestro Señor comunicó por vez primera a María cuando fue constituida actualmente Madre de Dios. Hasta aquel momento, María no sentía los efectos de la concupiscencia; pero las facultades inferiores no estaban aún totalmente subordinadas en Ella al imperio del espíritu. El enemigo estaba encadenado, postrado en tierra, de manera que no podía dañar; pero no había sido exterminado. Explícase, pues, perfectamente que Jesucristo, destruyendo radicalmente en su Madre, al ser engendrado por Ella, la causa más general de nuestras faltas, disminúyese en la misma proporción el poder que Ella tenía de pecar.

Añádase a esto la inefable sobreabundancia de gracias que debió de recibir María a la entrada de Aquel que venía a Ella lleno de gracia y de verdad (San Thom., 3 p. q. 27, a.5, ad 2); añádase, asimismo, que desde entonces el Espíritu Santo y santificador moró más íntimamente en su alma y en su cuerpo, y se entenderá mejor cómo esta Bienaventurada Madre fue desde aquel punto constituida, por estos tres títulos, en un cierto estado de impecabilidad, sin que fuese necesaria toda aquella asistencia exterior que se requería antes de la concepción del Hijo de Dios. Este es, a lo que se nos alcanza, el parecer de los antiguos maestros de la doctrina teológica.

Los teólogos más cercanos a nosotros, y nos referimos a los que profesaban la Concepción inmaculada de María, no admiten la impecabilidad, ni siquiera después que María con-

cibió por obra del Espíritu Santo. *Si no miramos más que a sus perfecciones intrínsecas* —escribe Suárez, el más ilustre de estos teólogos—, *María podía pecar después de su segunda santificación, del mismo modo que después de la primera*. Así que, prescindiendo de la asistencia divina que perpetuamente la mantenía dentro de la regla, aunque sin violentar su libertad, María tenía el poder de pecar; pero un poder que, de hecho, no pudo en ningún tiempo y por ninguna causa pasar al acto, por razón de los auxilios eficacísimos con que esta divina Madre estaba, por dentro y por fuera, constantemente prevenida y rodeada.

¿De manera que ni la presencia del Verbo encarnado en su seno, ni la admirable efusión del Espíritu Santo que descendió sobre Ella, sirvieron nada para aumentar la incompatibilidad de la Virgen con el pecado? El sabio teólogo no se aviene a admitirlo. Disminuyó la necesidad de los auxilios exteriores, aumentando la plenitud de los dones interiores, y, sobre todo, acrecentó y robusteció los títulos al privilegio extraordinario que la confirmaba irrevocablemente en el bien. En efecto, antes de concebir a Dios hecho hombre, estos títulos se fundaban en la preordinación que la llamaba y la preparaba para que fuese su Madre: después que lo hubo concebido en sus castas entrañas, María llevaba en sí misma, con Él, la dignidad singular a la que este privilegio se debía, por decirlo así, por la naturaleza misma de las cosas, *veluti ex natura rei*.

Propongamos un ejemplo que podrá esclarecer este último pensamiento de Suárez. Dios, que había creado a María para que fuese Madre de su Hijo, pero una Madre Virgen, como él, no podía permitir que su integridad virginal padeciese menoscabo. Era una desposada celestial, sobre la que velaba el Todopoderoso con cuidado celosísimo. De ahí que los Santos Padres atestiguan, en competencia, que el alumbramiento de Cristo Jesús hizo la virginidad de María más firme, más **inviolable**, más **sagrada**. **San Buenaventura**, después de recordar esta hermosa doctrina, al hablar de la **imposibilidad**, de que María, ya Madre, cayese en cualquier falta, añade inmediatamente: "*Por tanto, así como era imposible, por la honra de su Hijo, que tuviese jamás otro hijo, así también era imposible que conociese desde entonces la más ligera falta. Así como era de todo en todo imposible que la virginidad de la carne en la que había habitado el Verbo de Dios padeciese la menor mancha, así también era imposible que la santidad de su alma fuese empañada con la sombra de un pecado*" (in III, D. 3, p. 1, a. 2, q. 3).

**IV.** Si bien consideramos estas últimas ideas, llegaremos, con Suárez, a preguntarnos si la explicación de los antiguos teólogos y la de los modernos no difiere más en la expresión del pensamiento que en el pensamiento mismo. Y esta conclusión nos parecerá aún más probable si atendemos a la doctrina general del Doctor Angélico sobre la confirmación del libre albedrío en el bien durante el estado de vía. Vamos a citar casi entero el texto de Santo Tomás, porque en él trata extensamente y *ex profeso* esta grave cuestión:

"*De dos maneras* —dice— *puede uno ser confirmado en el bien. Puede serlo sencillamente simpliciter, y esto acontece cuando* ***posee en sí mismo*** *un principio suficiente de su firmeza, de tal manera, que no pueda pecar de ningún modo. De esta suerte, los bienaventurados están confirmados en el bien por la visión inmediata que tienen de la soberana bondad. Puede serlo también, en un grado menos perfecto, si ha recibido algún don singular de la gracia que de tal forma lo incline hacia el bien, que difícilmente pueda apartarse de él. Mas esto no basta para preservarlo de mal hasta el punto que ya no pueda pecar, como no sea que la divina Providencia le socorra y ayude con una protección especialísima. Y así, Adán era inmortal, no porque tuviese en sí mismo, como los resucitados, un principio intrínseco de preservación contra todos los accidentes exteriores aptos para dar la muerte, sino porque la providencia*

*de Dios los apartaba infaliblemente de él. De esta segunda manera, y no de la otra, es como uno puede estar confirmado en el bien en el estado de vía*. Y la razón de esto es la siguiente:

"Para alcanzar la impecabilidad es necesario que la fuente del pecado quede enteramente seca. Ahora bien; el pecado nace en nosotros, o de un error de la razón, que se engaña acerca de la naturaleza particular del bien final y acerca de los medios que han de conducirnos al fin, o de los impedimentos suscitados por las pasiones al libre y recto ejercicio de la misma razón. Dios, por los dones de sabiduría y consejo, puede preservarnos de todo error especulativo o práctico acerca del bien final y acerca de la elección de los medios con los que podamos conseguirlo. Mas que el juicio de la razón no sea jamás turbado ni impedido en su ejercicio, es cosa que no pertenece al **estado** de vía, y esto, por dos causas. La primera y principal es que no puede la razón estar constantemente en acto de recta contemplación, de suerte que Dios sea la regla actual de todas sus obras. La segunda es que, en el estado de vía. las potencias inferiores no están nunca tan perfectamente sujetas al espíritu que no pongan algún obstáculo a sus actos...

"Eso no obstante, el hombre, por la gracia de la **vía**, puede estar tan aficionado y sujeto al bien, que no pueda pecar sino muy difícilmente, lo cual sucede, ya porque las virtudes infusas sirven de freno a las energías inferiores del ser y con gran fuerza inclinar la voluntad hacia Dios, que es el bien supremo, ya también porque, perfeccionándose la razón con la contemplación de la verdad divina, esta contemplación cada vez má continua, gracias al fervor del amor, aparta al hombre del pecado. Y lo que pudiera faltar para la plena confirmación del alma en el bien, Dios lo suple con la protección vigilante de su providencia, haciendo que en todas las ocasiones de pecar el espíritu de los confirmados sea eficazmente excitado por la gracia para la resistencia" (S. Thom., *de Veritate*, q. 24, a. 9; col. a. 8).

Este texto es notable y aptísimo para dar a entender la sobreeminente excelencia de la confirmación de María en gracia, y cómo, en lo substancial, están de acuerdo las teorías modernas y las antiguas respecto de este punto doctrinal.

Hemos dicho la sobreeminente excelencia de la confirmación de María en el bien. En efecto, de las tres cosas que, según el Doctor Angélico, constituyen la confirmación común a los Santos privilegiados de Dios, es decir, los dones interiores que mantienen las fuerzas inferiores bajo la obediencia del espíritu, la contemplación continua de las cosas divinas que conduce al amor y se nutre del amor, y, por último, la acción de la Providencia que cubre al alma con un escudo siempre interpuesto entre ella y las acometidas del mal. De estas tres cosas, repetimos, ninguna faltó a la Santísima Virgen; antes poseyó las tres con medida eminentemente propia.

Sola Ella tuvo, por razón del don de **integridad**, imperio absoluto sobre los movimientos del apetito inferior, de la imaginación y de las pasiones. Sola Ella, gracias a la ciencia divinamente infusa, pudo constantemente, sin distracción, sin error, contemplar las cosas divinas y juzgar de todo a la luz de Dios. Sola Ella, por consiguiente, pudo constantemente, sin interrupción ni cansancio, amar a Dios siempre en acto, y, según los teólogos y los Santos cuyos testimonios hemos aducido, éste es el privilegio incomunicable de María. Ahora bien; un alma cuya mirada está fija actualmente en la suprema bondad, un alma que vive en el éxtasis del amor, no puede ser infiel a Dios. Para que llegase a ser culpable de alguna infidelidad, sería menester que el movimiento de su contemplación y de su amor se detuviese. Esto es lo

que enseña el Angel de las Escuelas en el artículo de la *Suma Teológica*, donde se pregunta si es posible perder la caridad, una vez que ha entrado en el corazón.

"*Es verdad* —dice— *que la caridad por sí misma excluye todo motivo de pecar; pero ocurre que la caridad no está siempre en acto, y entonces puede actuar algún motivo o causa de pecado, y si hay consentimiento, se pierde la caridad*" (San Thom., 2-2, q. 24, a. 11, ad 4 ut in corp.). Por consiguiente, concedida la perseverancia interrumpida en la contemplación más perfecta que puede darse después de la visión beatífica y en el amor que corresponde a aquella contemplación, no queda entrada libre para la culpa en el alma de María.

Diréis quizá que esta perseverancia, si bien no halla ningún obstáculo en el alma de la Virgen Santísima, todavía depende de su libertad; que, por consiguiente, María, al revés de lo que sucede en los bienaventurados del Cielo, podía apartar su mirada y suspender el ímpetu de su amor hacia Dios. Concedemos que en absoluto podía hacer eso la Santísima Virgen si no miramos más que a los dones habituales de la gracia infusa; pero tocaba a la Providencia, que velaba sobre Ella, el no permitir una interrupción que pudiera ser ocasión de la falta más ligera, y en esto la Santísima Virgen tiene sobre los demás confirmados una preeminencia incomparable, porque lo que para los otros era pura gracia, para Ella era como un derecho por razón de la divina maternidad.

Decimos que estos toques del Espíritu Santo en el entendimiento y en el corazón de María, toques a la vez dulces y potentes, que la preservan de flaquezas y cansancio en su unión por medio del conocimiento y el amor con la divina bondad, eran, en cierto modo, un derecho que tenía particularmente desde el día de la Encarnación del Verbo divino en sus entrañas. Disputan los teólogos, no si la humanidad de Nuestro Señor era impecable, o si la visión beatífica de que gozó perpetuamente, aun en estado de viador, bastaba para asegurarle este privilegio, sino si además de esta causa, que es plenamente suficiente, se daba en la humanidad del Salvador algún otro título que, aun sin intuición divina, fuese bastante para preservarla infaliblemente de todo pecado. La respuesta que comúnmente dan a esta cuestión es afirmativa. Por el caso mismo de pertenecer esta humanidad a la persona del Verbo, tenía derecho a socorros providenciales de luz y de fuerza con que evitara hasta la falta más pequeña, o, por mejor decir, el Verbo de Dios se debía a sí mismo el dar a su humanidad aquellos socorros con sobreabundante plenitud, porque las manchas de la naturaleza humana de Cristo hubieran redundado en la persona misma de que aquélla forma parte.

Pues por una razón semejante, la maternidad divina requería una asistencia perpetua del Espíritu Santo, capaz de completar y perfeccionar eficazmente la incompatibilidad de su alma purísima con la ofensa de Dios. Por tanto, la Madre de Dios, ya miremos a la extensión de su confirmación en el bien, ya consideremos las causas mismas de esta confirmación, aventaja de manera excelentísima a la confirmación de todos los demás elegidos de Dios durante el tiempo de la **vía**.

Y he aquí, si no nos engañamos, cómo se manifiesta el acuerdo **substancial** entre las antiguas teorías y las modernas explicaciones; porque aquéllas y éstas reconocen en María las tres cosas que constituyen, como acabamos de ver, una oposición radical entre esta Virgen Santísima y el pecado; aquéllas y éstas profesan, con el Doctor Angélico, que "*la plenitud de confirmación en el bien convenía a María, porque era la Madre de la divina Sabiduría, en quien nada manchado puede entrar*" (San Thom., *de Verit*., q. 24, a. 9, ad 2); aquéllas y éstas, por último,

concuerdan en ver en la concepción del Hijo de Dios el coronamiento de este privilegio, ya porque disminuyó la necesidad de los socorros exteriores, con una más abundante efusión de dones interiores, ya porque revistió a María de la dignidad singular a la que era debida esta gracia de confirmación perfecta como connaturalmente, *veluti ex natura rei*, según la expresión de Suárez.

En cuanto a las divergencias, son de poca monta. Si los primeros teólogos hablan de impecabilidad, de impotencia para pecar, no es porque creyeran que la potencia para pecar estaba intrínsecamente suprimida en María, como queda suprimida por la visión de Dios cara a cara. Sólo querían expresar, con estas palabras, cuánto va de la confirmación de María a la confirmación que la Iglesia reconoce en los Apóstoles y en otros Santos. Por otro lado, si los teólogos más recientes rechazan la expresión de los antiguos, retienen la realidad que en ella se encierra, porque también éstos profesan una impotencia moral, tan universal por su extensión y amplitud, tan firmemente establecida sobre el título incomunicable de Madre de Dios, que ninguna criatura, durante su carrera mortal, la tuvo semejante. Por último, cuando los primeros reservan el término de impecabilidad para la época en que María fue Madre, apenas se separan de los segundos. Cierto que éstos, por lo común, sostienen que la concupiscencia fué, no sólo ligada, sino arrancada, desde la Concepción de la Bienaventurada Virgen; pero, como ya advertimos, coinciden con sus antecesores en saludar en la maternidad **presente** un título más firme, más inviolable que en la maternidad simplemente futura.

Presupuestas estas explicaciones, fácil será, según creemos, responder a aquellos que preguntan si la impotencia de pecar, que todos reconocen en María, debe ser tomada en sentido estricto, en cuanto significa la imposibilidad absoluta, o sólo en sentido lato, de suerte que denote solamente gran dificultad. Si consideramos simplemente en la Santísima Virgen los principios interiores que la preservan del mal, es decir, la extinción de la concupiscencia, o, mejor dicho, el don completo de la integridad, la ciencia infusa de las cosas divinas a la que ningún obstáculo proveniente de los sentidos puede impedir que se termine en el amor, y, por último, la perfección de la gracia y de sus anejos los dones del Espíritu Santo y las virtudes, es una impotencia en sentido lato, pero tal, que es y será siempre privilegio incomunicable de María para el tiempo de la prueba.

Si a estos principios interiores se añade la protección, cuya constancia y eficacia nos confirma la fe, la impotencia de pecar, aunque compatible con la libertad, es absoluta, porque ya no sólo es difícil, sino imposible, que el pecado entre en un alma tan bien asegurada contra sus acometidas. Y esta impotencia, aunque se extendió a toda la vida mortal de María, fué más radical desde el día de su maternidad, porque desde aquel momento, en que el Verbo de Dios se encarnó en las entrañas de María, tanto las perfecciones de dentro como la protección de fuera adquirieron un título más eficaz y, con éste, un desarrollo más completo (**San Bernardino de Sena**, en la enumeración de las causas que preservaron a la Santísima Virgen de todo pecado, señala una do la que sólo él ha hablado. Fué ésta, dice, el sentimiento y gusto íntimo de su maternidad a partir de la Encarnación. "*Tertio, fuit sensus maternitatis. Habuit nernpe actualem et experimentaiem sensum filiationis Dei, intime cogitando et saporando quanti fillii erat mater, et quentum ei obligata erat, quia illam prae caeteris elegisset sibi matrem.*" (Serm. 4, de Concept. B. M. V., a. 3, c. 2, t. IV, p. 91). Todo esto nos lleva a la siguiente conclusión, que es, a la vez, creencia común: si María fue por maravillosa manera preservada de toda mancha y de

toda imperfección moral, ha de buscarse el origen de este privilegio en la misma fuente de que manaron todos los demás, conviene a saber: en la maternidad divina.

## LIBRO VI

## CAPITULO 1

### De la integridad perfecta de la Madre de Dios

**Excepción de toda concupiscencia.—Consonancia de esta prerrogativa con la preservación de toda falta, así original como personal.—Las diversas opiniones de los teólogos pueden concordarse en una explicación más completa de este misterio.—Solución de algunas dificultades.**

I. María fue inmaculada en su concepción. El honor del Hijo no permitía que aquella que había de ser su Madre fuese, ni siquiera por un instante, esclava del pecado. Entró en el mundo pura, santa, coronada de inocencia y de gracia: un lirio entre espinas. Y lo que fue en el primer instante, eso fue en todos los de su vida; entre Ella y el pecado jamás hubo alianza alguna. Pero, ¿no se extiende más allá de estos dos privilegios la incomparable pureza de María? Tener por ociosa esta cuestión sería desconocer o no haber meditado bien los desórdenes que llevamos dentro de nosotros mismos.

Quienquiera que entre dentro de sí mismo podrá comprobar un hecho tan humillante como doloroso: el imperio se escapa de las manos de aquel que debiera tener el cetro. La razón y la voluntad, reinas por derecho, con harta frecuencia se convierten en esclavas de las facultades inferiores. En todo caso, sus órdenes son más o menos discutidas, y su dirección, más o menos desacatada. ¿Qué hombre es tan dueño de su imaginación que pueda reprimir todos sus extravíos; tan señor de los apetitos sensuales, que no tenga que luchar contra sus atracciones violenta? y que a menudo no tenga que avergonzarse de sus rebeldías? El desorden no consiste en que la parte sensible de nuestro ser apetezca los bienes sensibles, ni tampoco en que tengamos afecciones vivas y pasiones: antes, todo esto pertenece a la perfección del ser humano. El desorden consiste en que estas afecciones y pasiones, que deberían ser siervas, sacuden su natural dependencia, y en vez de esperar las órdenes de la razón para seguirlas, se les adelantan o las contradicen, y aun a veces arrastran a la razón hacia objetos y deleites que el deber prohibe.

Y es tan grande nuestro mal, que ni la santidad, aun la consumada, basta para restablecer la subordinación perfecta que sería nuestra gloria y nuestra seguridad. Se puede, con el divino auxilio, resistir a estas deplorables indicaciones, y hasta reconquistar el imperio perdido; pero la carne sigue siendo carne de pecado, un enemigo contra el que hemos de estar alerta, si no queremos ser víctimas de sus seducciones o de sus arrebatos. Nunca es **San Pablo** tan elocuente como cuando habla de estas luchas entre el espíritu y la carne: "*Según el hombre interior, me complazco en la ley de Dios; pero siento en mis miembros otra ley que combate contra la ley del espíritu...*" Y en otro lugar: "*La carne apetece contra el espíritu, y el espíritu contra la carne; y estas*

*cosas se oponen la una a la otra, de manera que no podéis hacer lo que quisierais*" (Rom., VII, 22. sqq., Gal. V, 17).

La Teología, para expresar con una sola palabra este desorden interior, ha tomado del Apóstol los nombres de concupiscencia o codicia. ¿Qué debe entenderse, propiamente, con estas denominaciones? La parte inferior de nosotros mismos, en cuanto escapa del dominio de la razón y en cuanto es el manantial de donde brotan y la hoguera donde se encienden las afecciones desordenadas: inclinación hacia las cosas bajas, movimientos súbitos de cólera, de aversión, de odio.

Las Sagradas Escrituras dan a la concupiscencia el nombre de pecado (Rom., VII. 20), no porque sus inclinaciones sean verdaderamente pecado cuando se las resiste, cuando se las reprueba, cuando se da el *sentir*, pero sin el *consentir*, sino, como dice el Concilio de **Trento**, porque viene del pecado e inclina al pecado (Conc. Trident., Sess. V, can. 5). Viene del pecado, porque, si la imaginación no está por entero sometida al espíritu, las pasiones a la voluntad, la carne al alma, es porque, por la culpa original, pedimos el privilegio gratuito que suplía las imperfecciones de la naturaleza y ponía orden en todo nuestro ser. Lo que admiramos en el segundo Adán, Jesucristo, Señor Nuestro, habíalo dado Dios, como dote transmisible a sus hijos, al primer Adán, padre del linaje humano: el espíritu sometido al gobierno de Dios por la gracia original, y las potencias inferiores sujetas al gobierno del espíritu por el don *sobrenatural de la integridad*. La rebeldía del hombre contra Dios, su Señor y su Dueño, trajo como consecuencia la pérdida de la gracia para el alma, y para el hombre todo entero el desorden de que se lamentaba el Apóstol.

La concupiscencia procede del pecado e inclina, además, al pecado. ¿Cómo puede ser esto? Con sus atractivos, sus seducciones, sus resistencias y sus asechanzas. Por esto se la llama frecuentemente foco, estímulo, cebo del pecado: *fomes peccati*. Y adviértase que la parte sensible del hombre ha venido a ser concupiscencia, no por *adición*, sino por *substracción*. Con razón se la ha comparado a un caballo fogoso que se ha desembarazado del freno que lo guiaba, dirigía su ardor ciego y contenía sus ímpetus.

La cuestión presente no versa acerca de si la Bienaventurada Virgen se dejó llevar voluntariamente de los movimientos desordenados del apetito sensible. ¿Pudo tal cosa acontecer sin que en el punto mismo dejase de ser la perfectamente inocente? Mas a una Madre de Dios no le basta el *no consentir*. Los Doctores y los Santos Padres, con voz unánime, afirman que la Santísima Virgen no supo por experiencia propia qué cosa sea movimiento desordenado, por débil que fuere. Como quiera que la concupiscencia lleva el nombre de pecado, aun cuando no sea el hombre culpable por sentir, sin consentir, sus movimientos desordenados, la tradición toda entera no hubiera dado los títulos magníficos de pura, purísima, más que pura, más que purísima; pura, en fin, en todos los órdenes, a aquella a quien la concupiscencia hubiera tocado, de cualquier manera, con su contacto ignominioso.

El Oriente profesa expresamente este privilegio de la Madre de Dios. "*¿Por qué, cuando hablamos de Ti, pensar en el placer sensual, del cual tu virginidad no sintió nunca el más ligero deseo ni conoció el menor aguijón? ¡Tan fuerte y tan victorioso era en Ti el imperio del espíritu sobre un cuerpo juntamente tan delicado y tan hermoso!*" (Joan. Geometr., serm. in SS. Deip. Annunt., n. 35. P. G.. CVI, 844). Esta Virgen es "*la fuente sellada donde ni el ojo de Dios ni el de los ángeles hallaron nunca el menor vestigio ni de turbación ni de cieno: jardín cerrado al que no tuvo acceso ningún pen-*

*samiento vicioso*" (Irem, ibíd., n. 8. c. 817: Jacob. Monach., Or. *in praesent*., n. 4. P. G., CXXVII, 604 ; Georg. Nicomed., *Orat. in SS. Deip. ingresa*. P. G.. CXVI, 1428). "*En Ella, ninguna imaginación vana o que pudiera dañar al alma; un espíritu gobernado únicamente por Dios; todos los efectos enderezados hacia bienes verdaderamente dignos de amor; cólera e indignación solamente contra el pecado y contra el demonio, su padre*": he aquí lo que siempre fue María (San Juan Damasc., hom. 1 *in Nativit. B. M. V*.. n. 9. P. G., CXVI, 576). Hemos querido citar estos textos de Doctores del Oriente, porque su doctrina acerca de este punto es quizá menos conocida.

Dos controversias dieron ocasión al Occidente para testificar en forma más explícita su fe en este privilegio. Diremos ahora de la primera y más antigua. De la segunda hablaremos cuando llegue el momento de explicar hasta dónde se extiende la integridad de la Santísima Virgen.

Durante el siglo XII, la fiesta de la Concepción dió lugar a muchas discusiones en la Iglesia latina. Esforzábanse unos en propagarla; otros, y eran éstos los de más relieve, como San Bernardo, querían, o suprimirla, o, por lo menos, diferir su celebración hasta que la Sede Apostólica la sancionase con su aprobación. En un cambio de cartas sobre este asunto entre un monje inglés del Monasterio de San Albano, llamado Nicolás, y Pedro de Celle, campeón de San Bernardo, el segundo fue acusado por su antagonista de negar a María la prerrogativa de que tratamos. Pedro, indignado por la acusación lanzada contra él, protesta reiteradamente de su fe en la integridad perfecta de María: "*Yo confieso* —dice— *y creo que María, por la operación preventiva de Dios,* ***Deo praeoperante****, no sintió jamás el fuego de la concupiscencia*" (Petr. Cellens., epist. 171. P. L. CCII, 618). "*El Verbo de Dios, semejante al fuego que funde y purifica la plata, la purificó desde el principio. No quería que Ella sintiese jamás la mordedura de los gusanos de nuestra común podredumbre; Ella, que había de engendrar a Jesús; a Jesús, a quien la corrupción no tocó ni en el vientre de su Madre ni en el sepulcro*" (Idem, serm. 69 de *Assumpt. B. M. V*. ibíd., 856). Y en otro lugar: "*La virginidad de María, toda hermosa y toda pura, nunca conoció el aguijón de la carne ni sus incentivos*" (Idem, serm. 28 *de Assumpt*.; ibíd., 723). Si María tuvo que sostener asometidas, no pasaron de lo exterior, como en Jesucristo. "*Huerto cerrado donde no se oyó nunca ni el soplo ni el silbido del corruptor de todo bien, y que no se abrió sino al Rey de los siglos*" (Petr. Cellens., serm. 75; ibíd, 871). Así pensaba aquel gran monje, a quien se acusaba de ser poco favorable a la integridad de la Madre de Dios. Y esto es prueba manifiesta de que toda la Iglesia estaba de acuerdo en reconocer esta prerrogativa como dote necesaria de la divina maternidad.

Esto mismo testifica, también por aquella misma época, el comentario de **Ricardo de San Víctor** sobre estas palabras del Salmista: *Venid y ved las obras del Señor y los prodigios que ha hecho en la tierra, aniquilando la guerra hasta las extremidades del mundo* (Ps. XLV, 10). "*¿Cuál es* —pregunta— *esta tierra de donde todas las guerras han sido por entero desterradas, sino aquella de la que el mismo Profeta cantó: la verdad se levantó de la tierra, y la justicia miró desde lo alto de los cielos?* (Ps. LXXXIV, 12).

"*En esta tierra, ningún combate; antes, la plenitud de la paz* (Ricard. a San Víctor, *de Emann*., L II, c. 29. P. L. CCXXVI, 663).

"*Para los otros Santos es cosa grande el no poder ser vencidos de los vicios; la maravilla que se ve en la gloriosa Virgen es no poder ser ni atacada. A los otros Santos les está mandado que no dejen que el pecado domine en su cuerpo mortal; a la Virgen sola le fue concedido singularmente que el peca-*

*do no habitase en su carne*". "*No reine ya el pecado en vuestro cuerpo mortal*", escribe el Apóstol a los romanos (Rom. VI, 12). Veis que el Apóstol ordena que el pecado no reine; pero, ¿ordena también que el pecado no habite en la carne? Oíd lo que dice después: "*Si yo obro el mal que yo no quiero, no soy yo quien lo obra, sino el pecado que habita en mí*" (Rom., VII, 20). La exterminación total del pecado que se obró en la Santísima Virgen espéranla los otros Santos para lo venidero, no ciertamente en este cuerpo mortal, sino en el mismo cuerpo revestido de inmortalidad... Lo soberanamente admirable de la Virgen Santísima, el don singular con que fue Ella, y ningún otro, enriquecida, es que en Ella se den juntas tanta corruptibilidad y tanta incorruptibilidad: corruptibilidad, en las cosas que tocan al dolor y al trabajo; incorruptibilidad, en las que tocan al pecado" (Ricard. a S. Víct., ibíd., c. 31, col. 664).

Sabido es con cuán vigilante cuidado procuró el canciller Gerson no decir cosa exagerada acerca de las prerrogativas de la Santísima Virgen. Pues véase cómo habla de esta prerrogativa de que vamos tratando: "*La conversación de nuestra Bienaventurada era ya en los cielos; ya poseía como un esbozo de las cualidades del cuerpo glorioso, gracias a la perfección de sus virtudes y al dominio que su espíritu ejercía sobre el alma y sobre las facultades orgánicas... En particular, su cuerpo no tenía la* ***posibilidad*** *por la que el nuestro cede a los primeros movimientos... El espíritu iba delante de todas las impresiones interiores que no se sustraen absolutamente al gobierno de la razón, para así regularlas. Fue madre sin haber experimentado ninguno de los padecimientos comunes a todas las otras madres; nunca conoció por experiencia propia la tiranía de la concupiscencia; libre de toda rebeldía en su carne virginal, apaciguaba con su mirada y con su voz las turbaciones de los sentidos de aquellos que la veían y oían*" (Gerson, Trart. 4 *super Magníficat*, t. IV (Edic. Ant.), p. 285).

**II.** Este privilegio de la integridad perfecta no fue un hecho aislado en la vida de la Santísima Virgen. Va unido, indiscutiblemente, con las otras prerrogativas: con la Concepción inmaculada como un efecto con su causa; con la impecancia absoluta como una causa con su efecto, y, mediante la Concepción inmaculada y la impecancia absoluta, con la maternidad divina.

Decimos, en primer lugar, que va unido con la Concepción inmaculada como un efecto con su causa. ¿De dónde, si no, provienen la concupiscencia y, en general, la insumisión de nuestras facultades inferiores, imaginación, apetito sensible, respecto de la razón? La respuesta es bien conocida: del pecado de origen. La concupiscencia entra en nosotros como parte de la herencia que nos corresponde por el pecado. Es llana, pues, la consecuencia: Como la Santísima Virgen fue absolutamente preservada del pecado original, por el caso mismo debió ser plenamente exenta de la concupiscencia y de sus anejos.

En vano se argüiría, para eludir esta conclusión, que el Bautismo nos libra del pecado de origen y, sin embargo, nos deja la concupiscencia como campo de combate y de victoria; de donde parece que podría inferirse que la exención de pecado no implica la exención de la concupiscencia en María.

Cierto que la concupiscencia permanece en los bautizados; pero esto no destruye la conclusión que hemos deducido respecto de la Santísima Virgen. He aquí la razón conveniente. El Bautismo no es para nosotros un obstáculo que impida la invasión del pecado. No reserva: sólo borra. Por tanto, la concupiscencia entra junta con el pecado; pero no es necesario que salga en el instante mismo en que Dios nos libra del pecado, pues es separable de él. Muy distinto era el caso de María. El privilegio de preservación que cerró la entrada de su alma al

pecado, la cerró también a la concupiscencia, porque ésta viene en pos del pecado, como efecto que es de la privación de la gracia original, de la misma manera que la integridad hubiera acompañado en el hombre inocente a la gracia original y con ella hubiese sido transmitida. Con esto se entenderá bien todo el alcance de las palabras de la Bula *Ineffabilis*, en la que el dogma de la Concepción inmaculada fue promulgado por Pío IX. Dícese en dicho documento que María fue redimida de una manera más *sublime*, no solamente porque la virtud de la sangre de Jesucristo la preservó del pecado que, en virtud de su origen, hubiera debido contraer, como los demás hijos de Adán, sino también porque fue exenta totalmente de nuestra nativa propensión al mal, triste fruto del pecado.

Que este privilegio de la inmunidad vaya íntimamente unido con el de la impecabilidad de María como la causa con su efecto parecerá cosa indudable a quien haya meditado la doctrina contenida en el capítulo anterior. En efecto, aunque los movimientos de la concupiscencia no son de suyo culpables, causan en quien los padece una *necesidad moral* de caer algunas veces en faltas veniales; faltas, si no plenamente deliberadas, por lo menos semideliberadas. ¿Por qué? Porque como el apetito inferior, por su naturaleza, tiende hacia los bienes sensibles que los sentidos y la imaginación le presentan, sin pasar por la censura de la razón, forzoso es que nazcan en el alma movimientos más o menos desordenados. Por otra parte, aunque la voluntad tienda hacia Dios, no puede ejercer una vigilancia sobre sí misma, un esfuerzo de atención tan constante, que nunca se deje conmover ni sorprender, hasta el punto de dar algún consentimiento, por lo menos, imperfecto.

Cierto que siempre es posible evitar cada una de estas faltas aisladamente, pues si así no fuera, no serían faltas morales. La imposibilidad recae sobre el conjunto y sobre la continuidad. Y así podemos, por ejemplo, si nos hacemos violencia, evitar muchas distracciones; pero no tener ninguna es cosa que excede a nuestras fuerzas. ¿Quién no ve la diferencia que hay entre el esfuerzo de algunos instantes y el esfuerzo perseverante que ha de durar toda la vida? (San Thom., *de Veritat*.. q. 24. a. 12). Por consiguiente, si plugo a Dios conservar a su Madre pura, limpia de toda falta y de toda imperfección, debió preservarla de las seducciones y de los asaltos de la concupiscencia. En Ella, pues, por singular privilegio de la divina misericordia, no se dió ni el *consentir*, ni tampoco el *sentir* de la concupiscencia.

Hemos dicho, por último, que este privilegio se relaciona, por medio de la Concepción inmaculada y por medio de la impecancia, con la maternidad divina. Y es cosa evidente; porque María fue preservada del pecado original y del pecado actual, precisamente porque Dios la destinaba para la dignidad de Madre suya.

**III.** En lo que va dicho, todos los maestros de la Teología están de acuerdo. Y de acuerdo están también cuando tratan de María ya Madre de Dios: no sólo impedía la divina Providencia que la concupiscencia pase de la potencia al acto, sino que, desde que María fue Madre de Dios, ni aun la potencia de sentir los efectos de la concupiscencia existió en Ella; la nube bienhechora que le trajo al Verbo apagó para siempre el fuego del mal. El desacuerdo entre los doctores se refiere al tiempo que precedió a la Concepción del Hijo de Dios.

Los maestros más antiguos de la Escolástica, es decir, en general, aquellos que todavía no se atrevían a confesar la Concepción inmaculada de María, establecían una diferencia entre las dos épocas. En la primera santificación(Los teólogos llaman primera santificación de María aquella en la que su alma recibió por vez primera la gracia santificante, y segunda santifi-

cación a la ofusión sobreabundante de gracia que se obró en ella en el momento de ser elevada a la maternidad divina), el estímulo del pecado, el *fomes peccati*, quedó solamente amortiguado; en la segunda, apagado; en otros términos: la primera santificación suprimió sólo los actos de concupiscencia; la segunda suprimió de raíz la concupiscencia misma. Mientras María no fue Madre de Dios *pudo* experimentar los atractivos y las tendencias contrarias a la regla de la recta razón, aunque de hecho la protección divina, cerniéndose siempre sobre Ella, siempre la preservase de tales tendencias y atracciones. Mas, una vez que concibió al Verbo encarnado, la imaginación, el apetito sensible, todas las fuerzas inferiores del ser fueron totalmente restablecidas en su orden primordial por el don de la integridad. "*Y esto es* —dice el Doctor Angélico— *lo que está indicado en el texto de Ezequiel: He aquí que la gloria del Dios de Israel entraba por la puerta oriental, es decir, por la Bienaventurada Virgen; y la tierra, es decir, la carne virginal de María, resplandecía con su majestad, es decir, con la majestad de Cristo*" (San Thom., 3 p., q. 27, a. 3). Así opinan, con el Angel de las Escuelas y San Buenaventura, la mayor parte de los antiguos doctores: Alberto Magno, Ricardo de San Víctor, Pedro de Tarantasia y muchos otros (San Bernardino de Sena, aunque era partidario convencido de la Concepción inmaculada, parece que se inclina a la opinión de estos doctores citados. (Serm. 4 *pro Concept. immaculat*., a. 1, c. 4, t. IV, p. 87. Lugd., 1650.) Así sentía también Pedro de Poitiers, uno de los escolásticos más antiguos:"*Nec tamtum mundata fuit caro Christi in conceptione, sed etiam reliquia caro Virginis in qua omnino est extinctus fomes peccati, ut postea non potuerit peccare.*" (Sent., L. IV, c. 7. P. L. CCXI, 1165)).

Según fue preponderando en las escuelas la doctrina de la Concepción sin mancha, de María, fue cesando también la distinción que hacían estos doctores entre los dos estados de la concupiscencia. En la primera santificación de la Santísima Virgen, la concupiscencia quedó, no sólo adormecida, sino totalmente apagada por una gracia verdaderamente maravillosa. No era sólo un enemigo tan bien encadenado que no podía hacer daño, sino un enemigo reducido a la impotencia y a la muerte. Tal es, en particular, el sentir de Suárez (Suár., *de Myster. vitae Christi*, D. 4, S. 5) que, si no nos engañamos, ha venido a ser común entre los teólogos.

Por nuestra parte, no vemos cómo, una vez establecido el dogma de la Concepción inmaculada de la Santísima Virgen, pueda ponerse en tela de juicio esta doctrina. Porque si María no contrajo el pecado común de nuestra naturaleza y sí, por consiguiente, no fue *privada*, como nosotros, de la justicia original, ¿por qué no había de recibir desde el principio lo que es natural cortejo de la justicia original, es decir, el don de la integridad que en el primer hombre establecía la más concertada subordinación del hombre exterior al hombre interior, de la carne al espiritu? (Despide a tu sierva con su hijo, decía Sara refiriéndose a Agar; y la Sagrada Escritura nos dice que Abraham despidió al uno y al otro. El hijo, Ismael, es la concupiscencia, y la madre, Agar, es la privación de la gracia original. Era, pues, necesario que la exclusión de ésta llevase consigo la exclusión total de aquélla. (Gén., XXII, 10, sqq.)). Por otra parte, si Dios, queriendo prepararse una Madre hermoseada con inmaculada pureza, preservó a María de todos esos movimientos desordenados que son nuestras tentaciones y nuestra prueba, ¿no pedía la suave conducta de su providencia que fuese suprimida la causa misma de aquellos movimientos? Así vemos cómo Dios infunde a sus hijos de adopción las virtudes sobrenaturales, principios inmanentes y permanentes de los actos que responden al nuevo

ser, aunque estos mismos actos pudieran muy bien producirse mediante auxilios de gracia extrínsecos y transitorios.

Cosa singular: los antiguos doctores, que generalmente ponían al privilegio de María restricciones que los posteriores no admiten, parece que le reconocen una *integridad* más perfecta desde el momento en que fue Madre de Dios. En efecto, si preguntamos a Suárez y a otros teólogos que siguen su opinión cómo se ha de entender la extinción de la concupiscencia, responden alegando estas dos causas: primera, la gracia sobreabundante y las virtudes heroicas que desde el principio fueron infundidas en el alma de María; segunda, la protección especialísima y constante de Dios, con la que estaba como circundada y envuelta. Ahora bien: esto es lo mismo que Santo Tomás y San Buenaventura y sus contemporáneos llaman concupiscencia adormecida.

Según estos doctores, una vez *extinguida* la concupiscencia, ya no serían necesarios los socorros exteriores ni la gracia excitante o preveniente para impedir que produzca sus frutos. Las facultades sensibles estarían totalmente sometidas al imperio de la razón; tan sometidas, que no podrían obrar sin su dirección y consentimiento (San Thom., 3 p., q. 27, a. 4, ad 1).

Esta es, repetimos, la doctrina del Angel de las Escuelas; éste también el sentir del Doctor Seráfico. "*En la primera santificación de la Virgen* —escribe éste—, *el **fomes** del pecado quedó como adormecido; en la segunda, extinguido y detruído. Este **fomes** tiene su principio en la carne, y de la carne sube al alma. Ahora bien: en su primera santificación, la Bienaventurada Virgen recibió una perfección de gracia bastante para que refluyese sobre los sentidos y contuviese el estímulo del pecado, hasta el punto de paralizar todos sus efectos. Pero en la segunda santificación, cuando el Espíritu Santo descendió, no sólo sobre el alma, sino también sobre la carne de María para obrar en ella y formar de ella el cuerpo inmaculado de Cristo, hizo a esta carne inmaculada, porque extirpó de ella el aguijón de mal, toda concupiscencia*" (San Bonav., in III Sent., D. 3, p. 1, a. 1, q. 2, *ín corp*. et ad. 4). Por tanto, la extinción de la concupiscencia supone, además de la sobreabundancia de gracia, una adaptación singular de las facultades inferiores al gobierno del espíritu; adaptación que no procede de la naturaleza, sino de un principio interior puramente gratuito, *ex abundantia gratiae*, como dicen los antiguos doctores.

No ahondaremos más en la explicación de una subordinación de la carne al espíritu, tan absoluta y tan sorprendente. Bástenos saber que será privilegio de los gloriosos habitantes del Cielo, después de la resurrección de la carne; pues no creemos que entonces, para que el alma sea señora totalmente de sus potencias sensibles, necesite ninguna asistencia exterior. Y, ¿cómo, siendo posible el Cielo esta subordinación total, había de ser imposible en la Tierra, en la Madre de Dios?.

Para que resalte más esta diferencia que hay entre la doctrina de los antiguos teólogos y los más recientes, compararemos las ideas de los unos y de los otros acerca del don de la integridad, privilegio del hombre antes de su caída. Según Suárez, el hombre, en virtud de este privilegio, no podía experimentar ningún movimiento desordenado del apetito inferior, ninguna tendencia capaz de poner obstáculo a la recta razón, ora adelantándose a sus órdenes, ora oponiéndose a ellas después de dadas: "*Ut sentire non posset preavenientes motus inferioris appetitus rectae rationi adversos, multoque minus subsequentes rationi jam imperanti adversantes.*" (*De opere sex dierum*. L. III, c. 12, n. 4.) Por donde se ve que en el estado de inocencia no todos los movimientos de las fuerzas sensibles estaban sujetos al imperio de la recta razón,

sino sólo aquellos que podían, embarazarla en el ejercicio de sus operaciones propias. (Cf. ibíd., c. 13, n. 20.) Por consiguiente, la subordinación no era completa. Para Santo Tomás, por el contrario, "*el estado de inocencia del apetito inferior estaba totalmente, **totaliter**, sometido a la razón*"; de tal manera, que no tenía ninguna inclinación, ninguna acción que no estuviese bajo la dirección de las facultades superiores. (San Thom., 1 p., q. 05, a. 2; col. *de Veritate*, q. 26, a. 8.) Y de aquí procede la divergencia que hemos observado, cuando se trata de la Santísima Virgen.

Como consecuencia de la doctrina de Suárez acerca del estado primitivo del hombre, puédense admitir en María actos de apetito sensitivo y de la imaginación que escapasen, en parte al menos, al gobierno de la voluntad; pero a condición de que no sean actos desordenados, es decir, actos que por su naturaleza conduzcan al mal y estorben el libre vuelo de la voluntad hacia el verdadero bien. Santo Tomás también admite estos movimientos, pero sólo para aquel tiempo en que la concupiscencia, *fomes peccati*, estaba ligada o adormecida, no apagada o destruida en María. "*Fuit in Beata Virgine appetitus sensitivus rationi subjectus per virtutem gratiae ipsam sanctificantis, quod nunquam **contra rationem** movebatur, sed secundum ordinem rationis. Poterat tamen **habere aliquos motus súbitos** non ordinatos ratione*. (In Domino autem Jesu-Christo aliquid amplius fuit; sic enim inferior appetitus in eo rationi subjiciebatur ut ad nihil moveretur nisi secundum ordinem rationis, secundum scilicet quod ratio ordinabat vel permittebat appetitum moveri propio motu..... Sed quia in Beata Virgine non erant inferiores vires totaliter rationi sujectae ut scilicet nullum motum haberent a ratione non praeordinatum; et tamen sic cohibebantur per virtutem gratiae, ut nullto modo contra rationem moverentur; propter hoc solet dici quod un beata Virgine post (primam) sanctificationem remansit quidem *fomes peccati* secunmum substantiam, sed ligatus." (San Thom., Compend. theolog., c. 224.)

De manera que, según Santo Tomás, "quantum ad hoc (id est, ad carentiam fomitis) gratia (primae) sanctifications in Virgine non habuit vim originalis justitia... sed remansit (fomes ligatus) per abundantiam gratiae quam in sanctificatione recepit et etiam perfectuis per divinam providentiam, sensualitatem ejus ab ommi inordinato motu prohibentem ; postmodum autem in ipsa conceptione carnis Christi in qua primo debuit refulgere peccati inmunitas, credendum est quod ex prole redundaverit in matrem, totaliter fomise substracto", como ya lo había dicho el mismo santo doctor en el mismo artículo. "Hoc modo quod praestitum fuerit beatae Virgini, ex abundantia gratiae descendentis in ipsam, ut talis esset dispositio virium animae in ipsa, quod inferiores nunquam moverentur sine arbitrio rationis." (3 p., q. 27, a. 3.)

Por consiguiente, para concluir, si queremos abrazar la sentencia más verosímil, es preciso tomar los elementos de ella de cada una de las opiniones que dejamos expuestas. Con Suárez y sus seguidores, diremos que la concupiscencia estuvo *apagada* en María desde el primer instante de su existencia mortal, y, con Santo Tomás y los antiguos doctores, añadiremos que la *extinción* de la concupiscencia no dejó subsistir los principios de la misma, y que, por tanto, los dones interiores bastan para explicar el don de la integridad, sin que sea manester recurrir a la asistencia de socorros exteriores.

Para los Santos es cosa ardua llegar, a fuerza de luchas y de victorias, a reprimir las rebeldías de la sensualidad. Para María no hubo sino victoria, nunca lucha, porque la rebeldía era imposible. Como su divino Hijo, pudo ser tentada con tentación externa; pero con tentaci-

ón interna, jamás; porque dentro de Ella no había lugar para el cómplice del tentador ("*Tentari per suggestionem potuit, sed ejus mentem peccati delectatio non momordit. Atque ideo omnis diabólica tentatio foris, non intus, fuit.*" Esto dice San Gregorio de la tentación de Nuestro Señor, y esto habría de repetirse de su divina Madre si el demonio la tentó como a su Hijo. (San Greg. M. hom. in Evan., hom. 16, n. 1, P. L. LXXXVI, 1135.)).

**IV.** Aclaremos y completemos esta doctrina acerca de la integridad de la Inmaculada Virgen, resolviendo algunas objeciones principales relacionadas con los diferentes puntos expuestos.

En primer lugar, parece que fuera más ventajoso y más glorioso para la Santísima Virgen haber tenido que luchar con la concupiscencia y haberla vencido. Más ventajoso, porque a San Pablo, que "*tres veces pidió al Señor que le librase del aguijón de la carne, fuéle respondido: Te basta mi gracia, pues la virtud se perfecciona en la debilidad*" (II Cor., XII, 8, 9). Más glorioso, porque Jesucristo más victoriosamente caminó sobre las olas levantadas por la tempestad que sobre las ondas tranquilas del mar (Matth., XIV, 25; cum parall.).

A esta dificultad pudiérase responder, en primer lugar, siguiendo a muchos santos Padres y graves intérpretes, que en el primer texto no es cuestión ni de concupiscencia ni del perfeccionamiento de las virtudes. El aguijón de la carne era un mal físico que padecía el Apóstol y que le impedía trabajar en su ministerio. La gracia le bastaba, porque el poder divino brilla mejor en la flaqueza del hombre. Sin embargo, si aceptamos la interpretación más corriente y vulgar, diremos, con el Doctor Angélico: "*La flaqueza de la carne es, en verdad, **ocasión** de adquirir la virtud perfecta, pero no **causa** sin la que sea imposible obtenerla. No era necesario que la Virgen tuviese todas las ocasiones posibles de perfección. La abundancia de la gracia bastaba para hacerla excelentemente perfecta*"(San Thom., 3 p., q. 27, a. 3, ad 2). Así responde el Angélico al primer miembro de la dificultad.

Veamos ahora cómo resuelve la segunda parte de la dificultad, hablando de Nuestro Señor Jesucristo: "*El espíritu manifiesta su fuerza por la resistencia que opone a las rebeldías de la concupiscencia; pero la manifiesta también y más gloriosamente cuando la carne está tan del todo comprimida por su virtud, que la carne no puede ni recalcitrar contra él. Y como en Cristo el espíritu había alcanzado el supremo grado de fuerza, gozó del privilegio de no tener nunca que reprimir una insurrección de la concupiscencia*".

Idem, ibíd., q. 5, a. 3, ad 3. Como el Angel de las Escuelas sentía también San Agustín. En un elocuente apóstrofe, dirigido contra los pelagianos, en el que afirmaba y deploraba la lucha de la carne contra el espíritu, exclamaba el gran Obispo:"*¡Cómo! ¿No queréis que la concupiscencia que resiste a la razón cese de existir en vosotros? Bien miserables son vuestros deseos si es que no suspiráis por veros libres de semejante adversario. Por lo que a mí toca, todo lo que se rebela en mí contra el espíritu, todas las delectaciones que me agitan y me trastornan, todo esto, repito, quisiera exterminarlo. Y, aunque con el socorro de Dios yo no consentiré, mejor fuera no tener con quien combatir. Infinitamente más deseable me es no tener enemigo a quien vencer.*" Serm. 30, n. 4. P. L., XXXVIII, 189.)

La segunda dificultad va especialmente contra una de las pruebas con que hemos demostrado la integridad perfecta y primordial de María. El *fomes* del pecado, en el hombre caído, no tiene otra causa que la pasibilidad del cuerpo, es decir, la pérdida total de la justicia original que sometía las fuerzas inferiores al espíritu, y el cuerpo al alma. Por tanto, si María,

por su exención del pecado original, no estuvo libre ni de los padecimientos ni de la muerte, por la misma razón tampoco lo estuvo de los posibles desórdenes de la sensualidad.

Respuesta: la muerte, el dolor y las otras penalidades del mismo género no inclinan de suyo al pecado como lo hace la concupiscencia. Esta participa del mal moral; aquéllas son males puramente físicos. Por esto el mismo Jesucristo, que tomó sobre sí nuestras flaquezas corporales, repudió de su naturaleza humana hasta la sombra de concupiscencia. La conformidad de la Madre con el Hijo pedía que María participace de los padecimientos de Cristo, pero no de nuestras flaquezas morales (San Thom., 3 p" q. 27, a. 3, ad 1). Leed las Sagradas escrituras y veréis cómo la concupiscencia es estigmatizada con el nombre de pecado; mas los padecimientos son propuestos como precio de la redención del mundo y como segurísimo medio de participar de la redención.

La opinión, que tenemos por mucho más probable, según la cual el don de la integridad se remonta a la primera santificación de María, da lugar a otras dos cuestiones. Lo primero puede uno preguntarse cómo la *turbación* en que cayó la Virgen al recibir el mensaje del Arcángel puede concillarse con el imperio que nosotros suponemos que ejercía sobre *todos* los movimientos de sus facultades sensibles. Pero, a poco que reflexionemos sobre el texto de San Lucas, veráse que en esta turbación no hay cosa que sea incompatible con un dominio perfecto sobre las impresiones y las pasiones del alma. "*Llegándose el Angel a Ella, le dijo: Yo te saludo, llena de gracia; el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres. Y habiendo oído esto María,* ***se turbó*** *de estas palabras y pensó qué sería aquella salutación. Mas el Angel le dijo: No temas, María, etc.*" (Luc., I, 28-30). En efecto, la turbación en sí misma no supone la menor insubordinación en las facultades inferiores de que se origina, pues Nuestro Señor, tan dueño de sus pasiones, experimentó movimientos semejantes. Se turbó delante del sepulcro de Lázaro; se turbó en vísperas de su Pasión; se turbó ante la próxima y prevista traición de Judas(Joan., XI, 33; XII, 27; XIII, 21). Tampoco es, ni por las causas ni por las circunstancias, imperfecta la turbación de María. Por sus causas fué muy conforme a la recta razón. ¿Qué fue lo que turbó a la Santísima Virgen? El sagrado texto lo dice formalmente. No se turbó por lo que veía, sino por lo que oía: *turbata est in sermone ejus*. De aquí que Ella se preguntase: pero, ¿qué saludo es éste? María, humilde, retirada, tan pequeña a sus propios ojos, no pudo nunca pensar que un ángel se rebajase delante de Ella para saludar y, sobre todo, para saludarla con palabras tan enaltecedoras. Le turbaba su humildad, quizá también sospechaba que era caso de un misterio en el que peligraba su estimadísima virginidad. Como quiera que fuese, ya la turbación naciese de la humildad, ya del amor de la virginidad, ni la razón ni la fe pueden condenarla, porque en el uno y en el otro caso, refléjase una virtud admirable.

Dos fueron las causas de la turbación de María: las palabras tan laudatorias de Gabriel y la forma tan respetuosa con que la saludó. No cabe maravilla en que el Arcángel se humille así delante de esta jovencita, porque en ella ve a la Madre de su Dios, a su Reina. Pero sí había razón para que se maravillase y suspendiese una hija de los hombres, pues hasta entonces habían sido los ángeles quienes recibían los homenajes de los mortales. Hermoso pensamiento que el Angel de las Escuelas declaró extensamente al principio de su opúsculo sobre la Salutación angélica: "*Et ergo circa primum considerandum quod antiquitus erat valde magnum quod Angelí apparerent hominibus; vel quod homines facerent eis reverentiam, habebant pro maxima laude. Unde et ad laudem Abrahae scribitur, quod recipit Angelos hospitio et uod exhibuit eis reverentiam.* (Gén., XVIII, 2.)*Quod autem ángelus faceret homini reverentiam, numquam fuit auditum, nisi*

*postquam salutavit Virginem, reverenter dicens, Ave. Quod autem antiquitus non reverebatur hominem ángelus, sed homo Angelum, ratio est quia Angelus erat major homine; et hoc quantum ad tria. Primo, quantum ad dignitatem. Ratio est, nam Angelus est naturae spiritualis.. . Homo vero est naturae corruptibilis. .. Secundo, quautum ad familiaritatem ad Deum. Nam Angelus est Deo familiaris, utpote assistens... Homo vero est quasi extraveus et elongatus a Deo per peccatum... Tertio, praceminebat propter plenitudinem splen-doris gratiae divinae... Non ergo decens erat ut homini reverentiam exhiberet, quosque aliquis inveniretur in humana natura qui in his tribus excederet Angelos, et haec fuit beata Virgo. Et ideo ad designandum quod in his tribus excedebat aum, voluit ei Angelus revenrentiam exhibere; unde dixit Ave, etc.*"

Irreprochable la turbación de María en sus causas, fuélo también en su forma y en sus circunstancias. Baste compararla con la turbación de Zacarías (Luc., I, 12, sqq.). "*Al aparecer el Angel* —dice el Evangelista—, *Zacarías se turbó, y el temor cayó sobre él, **irruit super eum"**;* y esta turbación y este temor concurrieron para hacerle incrédulo al mensaje del enviado celestial. Signos son éstos, sin duda alguna, de una pasión que se adelanta a las órdenes de la voluntad racional y la turba en su acción. Al revés, en María la turbación fué apacible, no alteró la serenidad de su alma, pues *reflexionó* sobre las palabras de Gabriel, sin sombra alguna de precipitación o de incredulidad. Así, pues, en la turbación de María, así por lo que hace a sus causas como por lo que mira a sus circunstancias, no hubo cosa que no fuese perfectamente conforme con la sana razón, y, por tanto, perfectamente compatible con la total y perfecta soberanía de las facultades superiores. Lo que probaría imperfección en la parte superior del alma o en su imperio sobre la sensibilidad hubiera sido la falta de turbación ante la salutación angélica, tan laudatoria y tan inesperada.

Pero si, desde el principio, el privilegio de la integridad encerró este dominio tan pleno sobre los movimientos y las afecciones del alma, ¿qué perfeccionamiento podía recibir de la entrada de Jesús en el casto seno de María? Ahora bien: es parecer de **San Juan Damasceno** que en aquel momento se obró en María una purificación más completa. Y, ¿cuál podía ser esta purificación, si suponemos que la concupiscencia estaba ya, no sólo adormecida o amortiguada, sino extinguida y muerta?

Pudiéramos responder, en primer lugar, que la opinión de San Juan Damasceno, dado que tenga la significación que se le atribuye, no basta para contrarrestar las sólidas pruebas sobre que hemos apoyado la doctrina que hoy es común entre los doctores. Pero, además, ¿no puede decirse con verdad que la purificación original sino a ser más perfecta que el caso mismo de tener ya por título la divina maternidad, no sólo en las preordinaciones divinas, sino en la realidad de los hechos? Lo que los Santos Padres afirman de la virginidad de María, conviene a saber, que la concepción y alumbramiento del Salvador fué para Ella una consagración más santa y un antemural más inviolable, ¿por qué no hemos de aplicarlo al privilegio de su integridad?

Dionisio de Areopagita nos habla de una purificación que se obra en los ángeles del Cielo al contacto, por decirlo así, de las jerarquías superiores (Dionys. Areop., *de Coelest. Hierareh.*, c. 7, P. G., III, 209). ¿No puede concebirse algo semejante en la Santísima Virgen, en el momento en que el Hijo de Dios se encarnó en su seno: un redoblamiento de silencio interior, una efusión de claridades celestes, una concentración más profunda de todas las facultades, de todo el ser, en la contemplación y en el amor de su Dios? ¿No es este el efecto que debió de producir en Ella, bajo la acción del Espíritu Santo, el incomparable privilegio y la persuasión

de ser actualmente el santuario y como la primera cuna de su Amado? (Cf. San Thom., 3 p., q. 27, a. 3, ad 3). De manera que en este privilegio, como en todos los demás, se cumple el principio según el cual la maternidad divina es el centro y la razón fundamental de todo lo grande, de todo lo bueno, de todo lo hermoso y sublime que hay en María.

Antes de cerrar este capítulo oigamos cómo **Bossuet** resume en pocas frases todo el misterio de la integridad de María. Queriendo probar, por inefable pureza de la Santísima Virgen, que "*su cuerpo sagrado, el órgano del Espíritu Santo y el trono de la virtud del Altísimo no pudo quedar en el sepulcro*", nos convida a meditar la sobreeminente perfección de aquella pureza virginal: "*Para que nos formemos alguna idea de ella, asentemos primeramente este principio: estando unido Jesucristo, nuestro Salvador, tan íntimamente, según la carne, con la Santísima Virgen, esta unión tan particular forzosamente hubo de ir acompañada de una entera conformidad... Y esto presupuesto, ya se entiende que no se ha de pensar nada común y vulgar cuando se trata de la pureza de María. No, jamás os formaréis una idea exacta de la misma; jamás comprenderéis la perfección que tiene, hasta que hayáis entendido que obró en la Virgen Madre una perfecta integridad de espíritu y de cuerpo. Y esto es lo que ha hecho a los teólogos decir que una gracia extraordinaria derramó sobre ella con abundancia un rocío celestial que no sólo templó, como en los demás elegidos, sino que apagó totalmente el fuego de la concupiscencia; es decir, no sólo las malas obras que son como el incendio que ella excita; no sólo los malos deseos, que son como la llama que ella despide, y las malas inclinaciones, que son como el ardor que ella mantiene, sino también la hoguera misma, como habla la Teología: el fornes peccati; esto es, según su lenguaje propio, la raíz más profunda y la causa más íntima del mal*" (Bossuet, I serm. para la Asunción, punt. 2).

## CAPITULO 2

**Hermosura de la Madre de Dios. Hermosura arrobadora y purificadora de su cuerpo. Hermosura natural y sobrenatural de su alma.**

Los principios expuestos en los anteriores capítulos nos han hecho presentir la inefable hermosura con que el Verbo encarnado adornó el alma de la mujer que había escogido para Madre suya. Jamás criatura alguna mereció ser llamada con tanta razón por el Esposo de las almas "*la más hermosa de las mujeres*" y "*la toda hermosa*", en la que la mirada misma de Dios no puede descubrir defecto ni mancha. ¿Podremos, fundándonos en esos mismos principios, atribuir al cuerpo de la Santísima Virgen una hermosura en consonancia con la de su alma? Hablamos del tiempo que precedió a su resurrección gloriosa, cuando aún no se había asentado, adornada como Reina y Madre, al eterno festín del Cordero. Esta es la cuestión que vamos a estudiar en el presente capítulo.

**I.** Si la antigüedad nos hubiera conservado el retrato verdadero de la Santísima Virgen, sería cosa fácil resolver la presente cuestión. Por desgracia para nuestra piedad filial, no se conserva tal retrato auténtico. Ni la imagen comúnmente atribuida a San Lucas, ni las minuciosas descripciones que nos dejaron los historiadores griegos de fecha posterior, como Jorge Cedrenus y Nicéforo Calixto, ofrecen noticias bastantes para juzgar con seguridad de cómo era la Virgen Santísima. Mas, a falta de datos positivos, tenemos lo que pudiéramos llamar acuerdo unánime de los cristianos. Todos, salvo algunas voces discordantes que apenas se oyen en medio del universal concierto, convienen en afirmar de María cuanto la hermosura

humana tiene de más puro, de más armonioso, de más perfecto, de más acabado. Preguntad al pueblo sencillo, a los simples fieles, y tened por seguro que no hallaréis ni uno que, por poco que conozca y ame a la Madre de Dios, admita en Ella la más pequeña imperfección corporal.

Las descripciones y representaciones son diversísimas. Pero ¿por qué? Porque las obras escritas o las obras de arte no se refieren al mismo misterio; sobre todo porque, como el ideal de la belleza no es el mismo para todos, la diversidad de tipos lleva consigo la diversidad de representaciones. Pero esta misma variedad denota con más fuerza una idea común: atribuir a María todo lo que más se aproxima al tipo de perfección soñada por el artista.

Y este acuerdo como instintivo de los fieles, se realza por el testimonio de los Santos Padres, de los teólogos y de los Santos.

El desconocido autor que se atribuyó el nombre y el oficio de Dionisio el Areopagita afirma haber contemplado a María tan majestuosa, tan resplandeciente, tan bella, que él la hubiera tomado por una divinidad, si no hubiera sabido, por las enseñanzas de San Pablo, que Dios no puede ser visto con los ojos de la carne (Carta supuesta del Pseudo-Areopagita dirigida a San Pablo, citada por *Dionisio el Cartujano*, *in 1 Sent*., D. 16, q. 2.1). Pero deduzcamos testimonios menos problemáticos. Para **San Andrés de Jerusalén**, "*María, en su cuerpo, es la joya más pura de la virginidad, un cielo espléndido, una imagen viva de la hermosura suprema, una estatua viviente que Dios mismo esculpió*"(San Andr. Hier., serm. *I de Dormit. SS. Deip*. P. G., XCVII, 1068, 1092.). Para otros, María es a la vez la obra maestra de la naturaleza y de la gracia (San Joan. Damasc., serm. *I de Nativit. V. Deip*., n. 7); una Virgen cuya deslumbradora hermosura no tiene igual (Tragoed., *de Christo patiente*, Ínter opp. San Greg. Nac., P. G. XXXVIII, 147, 4); toda hermosura de cuerpo, más hermosa de espíritu y de corazón; angélica en su carne y más angélica en su alma (Ricard. a S. Víct., *in Cantic*., c. 26. P. L-, CXCVI, 482, sqq.).

Son incontables las veces, sobre todo en la Edad Media, que los comentadores y los autores místicos se valieron de las descripciones poéticas del libro del *Cantar de los Cantares* para expresar la idea que se había forjado de la hermosura perfecta de la Madre de Dios.

San Antonino, arzobispo de Florencia, propone esta cuestión. ¿Por qué los evangelistas no hablan de la "*hermosura temporal*"de la bienaventurada Virgen? Y he aquí la segunda de las razones que aduce para explicar su silencio: "*Quia, cum quidquid bonitatis et pulchritudinis fuit in aliis in ipsa plenius fuerit, tacendo de aliquo particulari* (privilegio) *de ea, ut de pulchritudine et hujusmodi, magis eam laudat tacite supponendo quam explicando; sicut et angelí summi, quia donis melioribus denominantur et laudantus, non tamen ab inferioribus bonis quae etiam in eis sunt perfectius quam in inferioribus ordinibus, excluduntur.*" (IV P. Summ. Theol., Tít. 15, c. 10, p. 977. Veronae, 1740.) También prueba esta prerrogativa de María por qué las mujeres que la prefiguraron en la Antigua Alianza fueron todas célebres por su hermosura. Ahora bien —añade el santo arzobispo—; la verdad debe sobrepujar a la figura y la realidad a la sombra. Por tanto, la hermosura de aquellas mujeres es sin brillo comparada con la de la Santísima Virgen. (Idem, ibíd.)

**Gerson**, en su sermón acerca de la Concepción de María, queriendo pintar la perfección exterior de esta Madre divina, presenta una ficción muy en consonancia con el gusto literario de su época. Imagina que comparece en presencia del Todopoderoso la *Naturaleza* acompañada de todas sus siervas, es decir, de todas las influencias y causas na-

turales. Preséntase a ofrecerle sus humildes servicios para formar a la Princesa real que ha de dar a luz al Dios Salvador. La Naturaleza no tiene poder alguno sobre el alma; pero, por lo que se refiere al cuerpo, dice, nosotras nos obligamos con juramento a derramar sobre él, en la medida de nuestro poder, todos los dones capaces de darle justa preeminencia sobre todas las criaturas pasadas, presentes y venideras. Yo derramaré en su faz cierto esplendor de hermosura llena de modestia, sencillez, dignidad y bondad; yo compondré de tal manera su mirada, sus palabras, sus andares, sus maneras, sus ademanes, que Ella servirá de modelo a todos los que la vieren. Será como un espejo perfecto de distinción, de nobleza, de honestidad... Además, nadie podrá verla, aunque sea un envidioso de su perfección, sin decir en su corazón: esta mujer merece verdaderamente ser la Emperatriz del mundo, la Reina triunfante de los cielos. Trabajo costará creer que una criatura tan arrebatadora sea hija de los hombres; como quiera que sea, habrá que tenerla por hija amadísima de Dios, porque excederá a todas las otras criaturas en perfección, como ha de excederlas por la elevación de su dignidad (Gerson, serm. *de Concept. B. V.* Opp. (edie. Antwerp.), T. III, p. 1.318, saq.).

Y no termina aquí la ficción del piadoso canciller. "*Hablando estaba aún la Naturaleza* —continúa—, *cuando de la parte del Cielo vino otra dama, cuyo aire, talle y porte eran de reina. Era su rostro más radiante que el sol, señal incontestable de origen más divino que humano. Su nombre era Amor de Caridad, la primera hija del verdadero amor de Dios, la reina de todas las virtudes, la señora y soberana de la misma Naturaleza. Llámase también la gracia. Hermoso sin comparación es su cortejo; todas las virtudes van en pos de ella. Ha venido para ofrecerse, con sus compañeras, a perfeccionar la obra maestra esbozada por la Naturaleza, y la Sabiduría, su hermana, habla en su nombre para alcanzar de Dios un favor tan ardientemente deseado. De esta suerte, la Naturaleza y la Gracia van desplegando en competencia todo su arte y todas sus riquezas para embellecer a María. ¿Cómo, pues, no ha de ser hermosa sobre todo lo que puede ser admirado, excepto Dios; hermosa con todas las hermosuras naturales y sobrenaturales, hasta llegar a ser una maravilla capaz de arrebatar el corazón mismo del Verbo?* (Gerson, serm. *de Concept. B. V.* Opp. (edic. Antwerp.), T. III, p. 1.318, sqq.).

Y otro antiguo autor dice: "*Desde los pies a la cabeza, no hay mancha alguna en María, ni en su cuerpo, ni en su alma... Todo su ser fue trabajado por la Sabiduría divina con extremada diligencia. Y necesario era que así fuese. Porque, de la misma manera que convenía que la humanidad de Cristo fuese enriquecida con todos los dones de naturaleza y gracia, por razón de su unión personal con la divinidad, así también convenía que la Madre de Dios fuese en todos los órdenes hermosa y perfecta; porque, fuera de la unión hipostática, no hay unión entre la criatura y el Creador tan íntima como la que hay entre Jesús y María, entre la Madre y su Hijo*" (*Dionys. Carthus., de Laúd. B. V.*, L. I, a. 35. Cf. Ricard. a S. Laurent., de Laúd. B. V., L. V. 2, Ínter opp. Alberti M., t. XX. "*Quid aliud illius membra erant nisi quaedam spirituales linguae quas Spiritus Sanctus sui plectro temperans modulaminis, suae praesentia majestatis movebat in harmoniam angelicae similitudinis ?*" (L. c., p. 160.)).

Añadamos a tantas autoridades una consideración que les dará nueva fuerza. Es cosa muy usual en los escritos que tratan de la gloriosa Virgen el mostrar sus perfecciones proféticamente figuradas en las mujeres más ilustres del Antiguo Testamento, particularmente en aquellas que, por diferentes títulos, concurrieron con más eficacia al crecimiento del pueblo hebreo o a su conservación. Considéraselas como tipos de aquella que había de ser, juntamente con su Hijo, libertadora del linaje humano.

Arduo negocio es saber si estas mujeres fueron realmente, en el pensamiento de Dios, figuras anticipadas de María, como lo fueron de Jesucristo Abel, Isaac, David y Salomón. No

sería cosa de maravilla que lo fuesen, mayormente si se considera la unión entre el Hijo y la Madre, unión cuyo origen se pierde en las profundidades de la eternidad. ¿No era la Antigua Alianza imagen de la Nueva? San Pablo nos dice expresamente que todas aquellas cosas acontecían a los hebreos en figura (I Cor., X, 6, 11). De aquí aquel pensamiento tan profundo, atribuido a **San Agustín**: "*El Nuevo Testamento está oculto en el Antiguo, y el Antiguo se revela en el Nuevo*"("Novum Testamentum in veteri latet, et vetus in novo patet."). No es éste el lugar de resolver este problema, que, según nuestra humilde opinión, ha de ser resuelto en sentido afirmativo. Sea como fuere, muchos Santos y Doctores vieron a la Santísima Virgen representada en Sara, en Rebeca, en Raquel, en Abigail, en Judith, en Esther y en otras varias. Sus cualidades, sus grandes obras eran para ellos como lineamentos con que el Verbo divino iba dibujando de antemano la grande y celestial imagen de su Madre.

Pues bien; a ninguna de estas heroínas deja de atribuir la Sagrada Escritura expresamente, como propiedad distintiva, una belleza singular. Hermosa entre todas, excelentemente hermosa, de gracia y hermosura y elegancia increíbles, tales son los calificativos con que designa a cada una de ellas (Sara, "*pulchra nimis*" (Gen., XII, 14); Rebeca, "*pulcherrima*" (Gén., XXIV, 16) ; Raquel, "*virgo decora facie et venusto aspectu*" (Gén., XXIX, 17); Abigail, "*mulier produentissima et speciosa*" (I Reg., XXV, 3) ; Judith, "*eleganti aspectu nimis*" (Judith, VIII, 7); Esther, "*fermosa valde et ineredibili pulchritudine*" (Esth., II, 15)). No podemos persuadirnos de que la Sagrada Escritura haya puesto tan constantemente este rasgo de la hermosura en el retrato de aquellas insignes mujeres de la Antigua Alianza sin un designio misterioso, y si, como nosotros creemos, prefiguraban a María, ¿no era ésta una revelación profética de su angelical y suprema hermosura? En todo caso, si Dios quiso realzar con la hermosura y con otros dones exteriores la misión que les había confiado, ¿no era sobremanera conveniente que también tuviera idéntico designio respecto de su Madre, a la que honró con la misión más excelsa de todas? Por lo cual la Iglesia la saluda en sus himnos como a la toda hermosa y hermosa sobre todas: *valde decora, super ommes speciosa.*

Podemos, pues, concluir con **Suárez**: "*En cuanto a la perfección natural de la Virgen, se ha de afirmar que, por lo que se refiere a su cuerpo, fue completa en todos los órdenes, en la medida y proporciones convenientes a su sexo. Así lo enseñaron los Padres que escribieron acerca de este particular, y sería negarlo, porque ni la autoridad ni la razón son contrarias, fuera de que esta perfección se hermana maravillosamente con el misterio de la Encarnación*" (Suár., de *Myster. vitae Christi*, D. 2, s. 2).

**II.** Las últimas palabras del célebre teólogo nos indican dónde hemos de buscar las razones del acuerdo tan perseverante y tan general que hemos comprobado entre los fieles; el estudio de esas razones demostrará cuán fundado es este acuerdo.

En efecto, veremos que tales razones arrancan de la consideración del misterio de la Encarnación o, lo que es lo mismo, de la maternidad divina de María, a la que es necesario recurrir para explicar la virginal hermosura de la Madre de Dios.

Para ilustrar esta doctrina mostremos primeramente cómo María, por razón de su maternidad, debía asemejarse a su Hijo. Es ley de la naturaleza que los hijos se parezcan a su madre; además es un hecho, que con más facilidad se comprueba que se explica, que los hijos varones son los que principalmente reproducen la imagen de la madre. *Filii matrizant*, dice un proverbio antiguo. La carne, la sangre, la leche con que la Santísima Virgen formó y nutrió a

Jesucristo debieron producir en Él lo que vemos producen en otros casos, a saber: cierta semejanza de temperamento, de complexión, de carácter y de fisonomía; ese no sé qué hace decir de una mujer que es madre de tal niño, y de tal niño que es hijo de tal madre. La regla, bien lo sabemos, no es rigurosamente exacta y tiene muchas excepciones; pero son motivadas por causas que no se dieron en María.

Lo primero, porque María fue Madre Virgen. En los niños nacidos de una unión ordinaria, la influencia se divide entre el padre y la madre. Y ocurrirá que un niño tomará más del padre y otro tomará más de la madre, y en un tercero quizá el influjo se distribuya de suerte que no pueda decirse cuál de los dos predomina. María es virgen; por tanto, hay que descartar toda influencia extraña que comparta o modifique la suya. Este fruto es de Ella sola; esa flor germinó y creció en la vara de José con el fecundante calor del Espíritu de Dios. Así, pues, por esta panela semejanza entre la Santísima Virgen y Jesucristo hubo de ser más perfecta que suele serlo entre las demás madres y sus hijos.

Además, y esto merece ser bien considerado, la Virgen fue Madre, en medio de la calma más profunda de su ser y de su naturaleza inmaculada; en Ella no hubo turbación de la sensibilidad, ninguno de esos desvarios de la imaginación que se escapar, del dominio del libre albedrío, ningún soplo de fuera vino a mezclarse en la virginal transmisión de su naturaleza ni a alterar su carácter.

Levantemos aún más el vuelo del pensamiento y, para formarnos idea más noble de esta semejanza de la Virgen Madre con su Hijo, consideremos la generación eterna del Verbo de Dios. Nacido de un Padre virgen, es su imagen adecuada: "*espejo sin mancha de la majestad paterna, representación perfecta de la divina bondad*" (*Sap*., VII, 26). Así, pues, cuando el Apóstol Felipe dijo a nuestro Salvador: "*Señor, muéstranos al Padre, y esto nos bastará*". Nuestro Señor le dió esta respuesta: "*Felipe, quien me ve a mí ve a mi Padre*" (Joan., XIV, 8, 9); tanta es la semejanza que hay entre el Hijo y el Padre. Pues siendo la maternidad de María una participación de la divina paternidad, en ésta tenemos un ejemplar de lo que es Jesucristo, en cuanto a su humanidad, con relación a la Virgen, su Madre. María es de la estirpe humana, y como Ella, Jesucristo, tomando "*la forma de esclavo, vino a ser semejante a los hombres*", con todo lo exterior del hombre (*Philipp*., II, 7). Esta es la conveniencia específica. Jesucristo hecho hombre es, por su humanidad, como una copia y traslado de su Madre, así como el mismo Jesús, en cuanto Dios, es el retrato consubstancial y viviente de su Padre. Pero, del mismo modo que la comunión de esencia no basta al Verbo de Dics para ser Hijo, así, guardada la debida proporción, María no sería Madre perfecta si rasgos particulares de semejanza no viniesen a completar la semejanza entre Ella y Jesucristo.

A estas dos causas añaden los autores una tercera. Ningún amor creado, según ya vimos, igualó nunca al amor recíproco de Jesús y de María. Ahora bien; el amor nace de la semejanza y tiende a perfeccionar la semejanza entre aquellos que ligó con les vínculos del afecto: semejanza en los modales, en los gustos, en las costumbres y hasta en las perfecciones del cuerpo. Presupuestas estas dos leyes conocidas, la conclusión que se deduce es evidente. Puesto que Jesucristo amó, en cuanto a Dios, a su Madre con un amor eterno; puesto que Él la amó con su amor de hombre más que a todas las criaturas, y recibir de Ella un amor correspondiente al suyo, debió también procurar entre Él y su Madre esa semejanza perfecta de la cual son un elemento la conformación de los miembros y de las facciones.

Sin extrañeza alguna hemos leído, entre las innumerables salutaciones que San Juan Damasceno dirige a la Santísima Virgen, la siguiente: "*Ave, flos prae cunctis tinctorum coloribus varium omni virtute condimentum, ex qua flos flori similis, matrem exacte referens, eonsurgit.*" (Hom. 2 *in Nativit. B. M. V*., n. 7. P. G., XCVI, 692.)

Tomemos de **Bossuet** otra consideración que encaja aquí muy bien. El gran orador comienza su primer discurso acerca de la Natividad de la Virgen "*con una hermosa meditación de Tertuliano en el libro que escribió sobre la resurrección de la carne*" (Tertull., *de Resurrect. carnis*, c. 6. P. L., II, 802). Y ¿cuál es el asunto de esta meditación? Dios, recogiendo la carne humana del polvo húmedo, endureciéndola y puliéndola con afecto sin igual. Y si preguntáis por qué tanta solicitud y tanto afecto, cuando se había contentado con una palabra para hacer todos los demás seres, la respuesta es que entonces Dios quería hacer al hombre a su imagen y semejanza, y, sobre todo, que al formar al primer hombre recreábase de antemano haciendo como un esbozo de Jesucristo, que había de nacer de la estirpe del primer hombre. "*En aquel barro que amasa y modela* —dice **Tertuliano**—, *Dios piensa darnos una imagen viva de su Hijo, que ha de hacerse hombre. **Quodcumque limus exprimebatur, Christus cogitabatur homo futurus***." Y prosigue Bossuet: "*Si desde el origen del mundo, Dios, al crear al primer hombre, pensaba esbozar en él al segundo; si, mirando al Salvador Jesús, Dios formó con tanto cuidado a nuestro primer padre, porque de él había de salir su Hijo al cabo de una serie tan larga de siglos y de generaciones intermedias, hoy, que vemos nacer a la dichosa María que ha de llevarlo en sus entrañas, ¿no tenemos más razón para concluir que Dios, al crear esta divina niña, tenía su pensamiento en Jesucristo y que no trabajaba sino para Él? **Christus cogitabatur**. Así, pues, cristianos, no os maravilléis de que la formase con tanto cuidado, ni de que la adornase con tanta gracia: es que la formaba teniendo la vista fija en el Salvador. Para hacerla digna de su Hijo, la modeló conforme a su mismo Hijo, y habiendo de darnos muy pronto a su Verbo encarnado, nos da anticipadamente un Jesucristo esbozado, si así podemos hablar; un Jesucristo comenzado por una expresión viva y natural de sus perfecciones infinitas: **Christus cogitabatur homo futurus"*** (Bossuet. Exordio del serm. 19 sobre la Nativ. de María).

Esta doctrina es gloriosísima para la Santísima Virgen. Mas, por ahora, no queremos considerar en la misma sino lo que puede darnos a conocer la hermosura virginal de la Madre de Dios, aunque más se relaciona con las perfecciones de alma que con las del cuerpo. ¿Cómo era, en cuanto a las cualidades del cuerpo, Jesús, a quien María debía comunicar su semejanza al comunicarle el ser; el Verbo encarnado, del que María era, en el plan divino, esbozo y copia? El dechado de la hermosura humana, cuanto podía serle dentro de las condiciones del estado de vía en que se dignó nacer de María. *Speciosus forma prae filiis hominum*, el más hermoso de los hijos de los hombres, nos dice el Profeta Rey, en el Salmo XLII. en que se cantan sus combates, sus glorias y sus triunfos. Es verdad que Isaías lo retrató muy de otra manera: "*En él, ninguna hermosura; lo hemos visto y no lo hemos reconocido. Pareció como un objeto de desprecio, el último de los hombres, un varón de dolores ... Lo hemos considerado como un leproso, un hombre herido de Dios y humillado*" (Is., LIII, 2-4). Pero este Jesús de Isaías es el Jesús cargado con los pecados del mundo, encorvado debajo del peso de la cólera divina; desfigurado, triturado por los padecimientos; aquel que ni aun es hombre, sino un gusano a quien se aplasta. Los autores que negaron a Jesucristo la perfección de su rostro, de su continente, de toda su persona exterior, confundieron lo que fué accidentalmente en el día de su Pasión con lo que era en sí mismo en el orden regular de su vida.

Ved a nuestro Salvador tal cual lo formó su Madre, no la sinagoga, madrastra inhumana, que le deformó durante algún tiempo; vedlo cual lo formó su verdadera Madre, la Virgen amantísima y santísima. Y si deseáis saber por qué los Doctores y los Santos tan unánimemente concuerdan en reconocer a Jesucristo como modelo y ejemplar acabado de toda hermosura, considerad su origen divino y su origen humano.

**Su origen divino**: La fuente infinita de donde fluye sobre todos los seres creados toda la hermosura, como todas las demás perfecciones que descienden sobre ellos, ya sean de la naturaleza, ya del arte, ¿no es Dios? ("*Égo, Deus meus et decus meum, etiam hinc dico tibi hymnum, et sacrifico laudem sanctificatori meo; quoniam pulchra trajecta per animas in manus artificiosas ab illa pulchritudine veniunt, quae super animas est, cui suspirat anima mea die ac nocte.*" (San August., Confess., L. X, n. 53. P. L., XXXIII, 801.) "*Omnium pulchritudo quodam modo vox eorum est confitentium Deo.*" (Ibíd., *Enarrat. in ps. 148*, n. 15. T.). Por eso el Verbo eterno es la hermosura por esencia, porque recibió la divinidad en su plenitud, en virtud de su generación eterna. Por consiguiente, cuanto un ser creado participa más de cerca del principio de la soberana hermosura, con más abundancia recibe sus efusiones. Júzguese, pues, a la luz de esta doctrina, lo que debe ser la humanidad de nuestro Salvador, unida, en unidad de persona, con la naturaleza del mismo Dios.

**Su origen humano:** Jesucristo fue formado por la operación del Espíritu Santo, y aun sólo considerando la manera de su concepción y el modo con que nació, debía estar libre de la caída original: dos causas por las que convenía que apareciese ante el mundo perfecto, así en cuanto al cuerpo como en cuanto al alma. Las obras que Dios hace inmediatamente por sí mismo están exentas de los defectos cuya causa suele ser la imperfección de los agentes secundarios. Además, si nos remontamos al manantial primero de los vicios de conformación que afean a nuestra naturaleza, la hallaremos en el pecado original, del cual estas imperfecciones son como naturales consecuencias. Si la naturaleza no hubiere caído miserablemente de su estado primitivo, el hombre, al nacer, por el mero hecho de nacer, tendría todas las perfecciones, así naturales como sobrenaturales, que el Creador puso en Adán para que las transmitiese a toda su descendencia.

Y no se objete que Jesucristo quiso tomar sobre sí mismo todas nuestras flaquezas y miserias. Lo concedemos de buen grado, porque es punto de nuestra fe; pero es cuando se trata de aquellas imperfecciones, miserias y flaquezas que pueden concurrir a la obra de la redención (S. Thom., 3 p., q. 14, a. 1 et 4). Mas lo que no puede concederse es que tomase nuestras deformidades, porque era necesario que el esplendor y la santidad de su alma irradiase de dentro afuera, y que el hombre exterior expresase y pusiese delante de los ojos la perfección del hombre interior, y esto, lejos de dañar a la eficacia de su misión, cooperaba a su buen éxito.

Por tanto, si María, en el *orden de la ejecución*, había de ser la criatura privilegiada que imprimiese su semejanza a Jesús; si el Verbo eterno, *en el orden de la intención*, la moldeó, en cierta manera, en el molde y diseño de su futura humanidad, ¿cómo no entender de Ella lo que el Esposo del *Cantar de los Cantares* dice a la Esposa y de la Esposa: "*Eres toda hermosa, amada mía, y no hay mancha en ti?*" Cuanto más, que las razones por que Jesucristo es el más hermoso de los hijos de los hombres: unión íntima de su naturaleza humana con el manantial de toda hermosura, influencia del Espíritu Santo en la primera formación de su organismo,

exención de todo pecado, aun del original, se aplican a María en grado tal, que, después de su Hijo, sólo a Ella conviene.

Hay, por fin, otra consideración, que se endereza casi tan directamente como las anteriores a nuestra conclusión. ¿Qué es María, en sus relaciones con Jesús? El templo vivo en que había de habitar corporalmente el Verbo encarnado. Ahora bien; lo primero que a la morada de Dios conviene es la santidad (*Psalm*. XCII, 8). Pero el Salmista se complace también en el esplendor externo de la casa de Dios (*Psalm*. XXV, 8). Y el mismo Dios, cuando se trata de santuarios consagrados a su gloria, aprueba la piadosa magnificencia con que se decoran y, a veces, aun la exige. Así aconteció con el templo que Salomón le edificó en Jerusalén, y con el Arca y con el Tabernáculo que fueron construidos en el desierto, conforme refiere Moisés en el libro del Éxodo (Exod., XXV, 10, 11; XXXV, 19). Y siendo esto así, Dios, principal y supremo arquitecto del Santuario animado en que su Hijo había de habitar corporalmente en medio de los hombres, ¿había de descuidar lo que Él manda a los demás? ¿Había de desdeñar, para adornar este divino palacio, todas las preciosidades y todas las hermosuras que existen en la naturaleza y en el mundo de la gracia?

Así, pues, cuando oímos a Gabriel decir a la Virgen, en nombre de Dios: "*Yo te saludo, **llena de gracia***", no restrinjamos la significación de la palabra **gracia**, pues que este vocablo, aunque en boca del Ángel y en el lenguaje de la Iglesia, expresa principalmente los dones interiores sobrenaturales, también puede significar el encanto exterior que nace de la verdadera hermosura (*Judith*., X, 10, 11; *Psalm*. XLIV, 3; *Eccli*., XL, 22, etc.), tomémoslo en toda su amplitud.

Mas, para tener idea de la hermosura celeste de la Madre de Dios, no basta haberla considerado en sus causas exteriores; dábase en Ella una causa más próxima y eficacísima, a saber: la incomparable hermosura de su alma. Es ley, que se cumple aun en nuestra vida terrestre, que el cuerpo sea como espejo del alma, y que ésta, moldeándolo más o menos a su imagen, se manifieste por medio de él. ¡Qué transformaciones ofrece a veces bajo la acción de emociones generosas y puras! Y, por el contrario, ¡qué estigmas imprimen ciertos vicios a algunos desdichados que, por otra parte, están bien conformados! ¡ Cuántas veces una santidad heroica extendió sobre rostros consumidos por el ayuno, ajados por la enfermedad, un inefable esplendor de hermosura que arrebataba a los dichosos mortales que podían presenciar tales maravillas! Y ¿podremos dudar que el alma de la Madre de Dios, alma tan pura, tan recta, tan santa, pusiese en el cuerpo virginal de María el sello de su propia perfección? Lo hubiera hecho, aunque esta carne hubiera sido pura y simplemente en su origen carne de pecado; carne que hubiera estado, por consiguiente, sujeta, como la nuestra, a las desgracias que el pecado trae en pos de sí (27).

La carne de Jesucristo no fue en manera alguna carne de pecado, porque la concupiscencia no tuvo parte en su formación, ni por parte del principio ni por parte del término. En todas las demás generaciones, por santos que sean los padres, la concupiscencia tiene su influjo, transmitiendo la naturaleza y el pecado y siendo transmitida con la una y con el otro. De aquí viene que nuestra carne sea, en virtud de su origen, carne de pecado pura y simplemente. La carne de María participa de la índole de la carne de Cristo y de nuestra carne. De la nuestra, porque la concupiscencia intervino en su formación; de la carne de Cristo, porque un privilegio sin par la hizo por preservación lo que la carne de su Hijo fue por derecho. Y esto

es lo que se quiere significar cuando se dice que la carne de la Santísima Virgen no es ni pura ni simplemente carne de pecado.

Con más poderosa razón lo hizo uniéndose con un cuerpo en el que el pecado no tuvo imperio alguno.

He aquí, acerca del mismo tema, un texto de *Dionisio el Cartujano* (alias Dionisyus Richelius, Dionisio Rickell), que merece ser transcrito íntegramente. El piadoso autor recuerda, en primer lugar, que, según el sentir de muchos, la Santísima Virgen estaba como envuelta por un esplendor divino y que salía de su persona como un perfume sobrenatural; por lo menos desde que concibió al que es Luz eterna y llevó en su seno y nutrió al que es principio de toda dulzura. Después prosigue en estos términos: "*Es cosa creíble y aun cierta que la plenitud de gracia en María sé desbordaba de su alma sobre su cuerpo y se reflejaba muy particularmente en el rostro. ¿No vemos todos los días cómo las malas pasiones imprimen sensiblemente sus tristes estigmas sobre sus víctimas? ¿Por qué, pues, la limpidez, la serenísima y gozosísima conciencia de la Virgen no había de manifestarse al exterior por una celestial hermosura? Se lee de muchos Santos que en sus rostros, ya marchitados por la ancianidad, llevaban un no sé qué de angelical, indicio y prueba de la gracia que adornaba sus almas de manera excelentísima. ¿No había de darse algo mucho más sublime en la Madre de la Santidad, en la Madre del Santo de los Santos? ¿Qué, pues? Una graciosísima y divina serenidad, que se pintaba en toda su persona, pero sobre todo en sus facciones. Y así, todo en Ella era perfectamente casto; tanto, que nunca fue ocasión de emoción malsana; la pureza de su corazón irradiaba sobre su rostro y tenía la virtud de apagar en cuantos la miraban cualquier pensamiento o sentimiento carnal, esta gracia del cuerpo de la Virgen no hay duda que recibió como nuevo acrecentamiento después de la glorificación del Salvador; de suerte que María tuvo en esta vida como un esbozo de la gloria consumada en su Hijo. Por lo cual es de creer que la sola vista de María tocaba el corazón de los Gentiles y de los Judíos y los convertía.*" (L. II, de Laudibus B. V., a. 40.)

**III.** Aquí pudiéramos terminar este capítulo; antes tenemos que resolver una dificultad y notar una cualidad admirable de la hermosura de María. La objeción se toma del libro de los **Proverbios**: "*Engañosa es la gracia y vana la hermosura; lo que merece alabanza en la mujer es el temor y el amor de Dios*" (*Prov*., XXXI, 30). No permita Dios que estemos, ni una vez, en desacuerdo con la palabra de Dios. Lo que el Sabio condena en el lugar citado no son los dones exteriores, y mucho menos aquellos que son efecto y reflejo de las perfecciones del alma. El sagrado texto en cuestión sólo intenta enseñarnos que no debemos igualar los dones exteriores a los interiores, y que debemos tener por dañosa la hermosura que no tiene la virtud por compañera, por señora y por guardiana.

Mas no fue de esta manera la hermosura de la Santísima Virgen. Y aquí es donde resplandece el más admirable de sus privilegios. No; la hermosura de María no era como esas otras hermosuras cuya vista, lejos de elevar las almas hacia Dios, principio y centro de toda hermosura perfecta, las deprime, despertando en ellas los instintos bajos de la naturaleza. Ver a María era sentir elevado el corazón. Leemos de muchos Santos, por ejemplo, del joven **Estanislao de Kostka,** que bastaba mirarles para sentir pensamientos castos y santos. Así, y más purificadora aún, era la hermosura virginal de la Madre de Dios.

En las Meditaciones que compuso el angelical religioso **San Juan Berchmans**, y que tituló *Corona de las doce estrellas de la bienaventurada Virgen María*, en la octava se lee: "*En tercer lugar, la bienaventurada Virgen ahuyentaba los pensamientos impuros con sola su presencia; pidele*

*que tu trato derrame en torno de ti el amor de la castidad.*" (Cepari, *Vita del B. Giov. Berckmans* d. C. d. G., p. 346. Roma, 1865) Esta plegaria fue escuchada. El santo el pudo escribir el último año de su vida:"*Circa castitatem nihil sensi... beneficio beatissimae Virginis*". El mismo santo traducia estas palabras al autor de su *Vida*, al P. Virgili Cepari, de esta manera: "*Ni de noche ni de día, ni durante la vigilia, ni durante el sueño, he tenido nunca ni pensamientos en el espíritu, ni representaciones en la imaginación, ni turbaciones en el cuerpo que fuesen contrarias a la castidad.*" (Ibíd., P. 11, § 8, p. 88.) Además, sabemos, por testimonios incontestables, que quienquiera le mirase no podía concebir ni imaginar cosa que no fuera santa y casta. Lo cual hizo decir entre lágrimas al B. Cardenal Belarmino: "*Privilegio fue éste de la Madre de Dios; ¿qué mucho que se lo comunicase a un tal servidor e hijo suyo?*" (Ibídem, pp. 92-93) Conocidos son también los testimonios que dieron en favor de Juana de Arco, en cuanto a su pureza, hombres de guerra. Nunca acerca de ella se levantó en sus almas pensamiento o deseo culpable contra la castidad.

**Santo Tomás**, hablando de la primera santificación de María, enseña que, "*según la persuasión común, no tuvo solamente por efecto el prevenir en Ella todo movimiento, por poco desordenado que fuese, sino también el impedir que su hermosura, más humana, fuese para alguien incentivo de pecado*" (s. Thom., in III, D. 8, q. 1, a. 2, sol. 1, ad 4). La misma afirmación hace **San Buenaventura** (*in III*, D. 3, p. I, a. 2, q. 3). Este último pudo recibir esta doctrina de labios de su ilustre maestro **Alejandro de Hales**, que expresamente dice que "*la Bienaventurada Virgen, con sólo su aspecto apagaba en quienes sobre Ella ponían los ojos toda impresión de concupiscencia*" (3 p., q. m. 2, a. 5). Si quisiéramos recoger todos los testimonios, sería menester citar a toda la Escolástica. De acuerdo con ella, decía el Sabio Idiota a la Virgen: "*Tu vida toda entera fue un ejemplo admirable, y tal era el esplendor de tus virtudes, que tu sola presencia bastaba para apartar de los pecadores los pensamientos perversos*" (Raim. Jordán., *Contempl. de B. V. M.* P. 9, cont. 10, n. 1) Y antes de los escolásticos, los griegos y los latinos habían enseñado lo mismo. Recordemos, en primer lugar, al **Monje Santiago**, que nos muestra a la Santísima Virgen al presentarse en el Templo: "*La tierra que pisa es **purificada** por sus pasos, y de su castísimo cuerpo emana un perfume de virtud con que el aire queda embalsamado.*" "*Pero, ¿qué mucho es que aquella que fue llena de resplandor del Padre brillase con tan puros esplendores, que aquella que llevó en su seno a la Luz eterna recibiese de ella esta perfección hasta en su mismo cuerpo? No es posible dudarlo: el fuego del amor divino que ardía en María se reflejaba en todo su ser exterior, de suerte que, poseyendo la pureza de los ángeles, tenía también un rostro angelical.*" Así se expresaba **Ricardo de San Víctor** (*in Cant*., c. 25. P. L., CXCVI, 483). Ya a fines del siglo IV, **San Ambrosio** hizo mención de este privilegio de María: "*Tan grande era su gracia, que no sólo por ella conservó la flor de su virginidad, sino que, además, a quien se le llegaba le inspiraba el amor de la castidad. Visitó a San Juan Bautista, y no es maravilla que éste quedase puro en su cuerpo, pues la Madre de Dios lo embalsamó, por discurso de tres meses, con el óleo de su presencia y con el aroma de su propia integridad*" (San Ambros., *L. de Instituí. Virg*., c. 7, n. 50. P. L. XVI, 319).

Si la hermosura de María arrebataba los corazones, era para llevarlos a Dios. Muéstralo el ejemplo del Precursor, citado por San Ambrosio. El esposo de esta Virgen benditísima, el justo José, es aún más claro argumento. Nadie en el mundo, excepto Jesucristo, vivió con María en tan íntima familiaridad; nadie tampoco imitó con tanta perfección la pureza angelical de la Madre de Dios. Y es que Ella lo envolvía como en una atmósfera de modestia, de pudor, de recogimiento, de castidad virginal, de suerte que aunque él, por su parte, no hubiera reci-

bido con medida tan prodigiosa una pureza digna de María, ni el pensamiento del mal podía deslizarse y llegar hasta él.

¿Y ¿de dónde le venía a la hermosura exterior de la Virgen esta insigne prerrogativa? De que era reflejo purísimo de la hermosura inmaculada de su alma; aún más: de la hermosura del mismo Dios; la una y la otra atravesaban la envoltura corporal de María, como el sol ilumina la nube ligera que lo oculta y vela a nuestra mirada. ¿Qué podía nacer de tales fuentes, sino una influencia purificadora y santificadora? La carne de nuestro Salvador, porque es la carne de Dios; es carne no solamente viva, sino también vivificante, instrumento de vida para los cuerpos y para las almas: *Virtus de illo exibat et sanabat omnes* (Luc., VI, 19).

Y ¿Por qué ha de extrañarnos que la carne de María, tan íntimamente unida con la de Jesús, participase en alguna manera de privilegio tan glorioso? "*Bien creo* —dice un piadoso y sabio obispo francés— *que de los ojos de la Virgen se escapaba una irradiación de la divinidad escondida en Ella, y de sus labios, como un vapor divino*". Petr. Collens., serm. 75, *de B. Virg*. P. L., CCII, 871. Que es lo mismo que los Santos Padres habían escrito de Nuestro Señor:"*In ejus humana facie fulgor et divina gestas et quiddam sidereum ita refulgebat, quod ex primo aspectu videntes ad se trahere poterat*", dice San Jerónimo en su comentario de San Mateo, 1. I, c. 9. P. L., XXVI, 56.

Una triste experiencia enseña que no es lo más peligroso en la hermosura humana la perfección de las facciones, sino yo no sé qué seducción, cuya causa ha de buscarse en el desorden de nuestra naturaleza. Cuanto la naturaleza está más purificada de los atractivos engañadores, menos fuerza tiene para perder a las almas (Por esto no hemos podido leer sin disgusto aquel pasaje de la *Dolorosa Pasión de Nuestro Señor* (§23) en el que Catalina Emmerich presenta criaturas innobles acercándose al Salvador atado a la columna de la flagelación, para mirarle con miradas que causan gnancia, mientras los soldados ríen burlonamente. Esto es un ultraje, aunque involuntario, a la pureza de nuestro divino Maestro). Ni el Paraíso terrestre, ni el Cielo, después de la resurrección, conocen esta clase de tentación, porque de uno y otro lugar está desterrada la concupiscencia. Ahora bien; no lo olvidemos: la carne de la Virgen era, como su alma, inmaculada. En ella no se daba la concupiscencia, *extinctus fomes;* era una carne virginal, una carne **angelizada** (*Angelificata caro*, como dijo Tertuliano, con su enérgico lenguaje, en su obra *De Resurrect. carn.*, c. 26, P. L., II, 832). ¿Podía, pues, encender o avivar en los demás una llama que en Ella estaba totalmente extinguida?

Oigamos otra vez a **San Ambrosio**, que dibuja el retrato de María, no como lo pintaron ciertas tradiciones más que dudosas, sino tal cual lo sugieren las consideraciones hasta aquí expuestas. El santo Doctor no se detiene en las facciones puramente exteriores: esto fuera cumplir muy imperfectamente el oficio que se impuso. Cierto que la delicadeza de los rangos, la finura de las formas, la feliz proporción de los miembros, un armonioso colorido con elementos de la belleza física; pero la belleza de la Madre de Dios pide otra cosa más esencial, y ésta es la que principalmente estudia San Ambrosio.

"*Nada* —dice— *sombrío ni duro en la mirada; nada inmoderado en las palabras o en el tono de la voz; nada libre en las acciones; nada chocante en los gestos; nada muelle ni afeminado en los andares: tanto era el exterior de esta Virgen, la imagen de su alma y la figura misma de sus virtudes. Porque una casa buena debe conocerse desde el vestíbulo, y ya desde la entrada ha de mostrar que su interior no es tenebroso ni desordenado... De manera que ninguna guardiana mejor para hacerse respetar que ella misma; y en su porte tenía un algo tan de allá arriba, que al andar no tanto parecía que se apoyaba en la*

*tierra, cuanto que con cada paso subía un nuevo grado por la escala de la perfección*". San Ambros., *de Virgin.*, L. II, c. 11, § 2, n. 7 et 9. P. L., XVI, 209. El santo, en este capítulo, describe magníficamente no sólo la persona exterior, sino la persona interior de María, para proponerla como modelo perfecto a las vírgenes cristianas. (Cf. San Joan. Damasc., hom. 1 *in Nativit. B. V. M.*, n. 9. P. G., XCVI, 676.)

¿Qué habrá de hacer, pues, el artista que con piedad filial intente expresar esa obra maestra de gracia, de modestia virginal, de candor inocente, de bondad, de hermosura celestial? Lo primero, elevar su pensamiento, persuadido de que no va a pintar una mujer vulgar, por renombrada que fuere por su hermosura. Es caso de pintar a la Mujer y a la Virgen por excelencia, a la Madre de su Dios; ésta es la que tiene que copiar en el mármol o en el lienzo: mujer, virgen, madre, hermosa por la simetría de sus miembros, pero aún más hermosa por la perfecta armonía de sus potencias inferiores; hermosa por la justa proporción de rasgos y de colores, pero aún más hermosa por la reunión y el esplendor de todas las virtudes; hermosa por todos los dones que puede conceder la naturaleza, pero aún más hermosa por todas las perfecciones con que la plenitud de la gracia puede enriquecer a una criatura de Dios. No olvide el artista que la hermosura de esta Reina se acomodó a todos los períodos de su vida mortal: graciosa en su infancia, más grave y noble en su ancianidad; pero siempre la misma pureza, la misma inocencia, la misma benignidad.

Si tal fue la perfección de María durante su destierro, ¿quién podrá declarar cuál es hoy en la tierra de los vivientes? Si la Naturaleza y la Gracia, trabajando de concierto, produjeron obra tan perfecta, ¿qué tal será la obra producida por la Gloria? Y si el esbozo tiene tantas excelencias, ¿cómo estimar en su justo valor la obra ya en el término y ápice de su perfección? Parécenos oír a los ángeles de Dios que desde lo alto de los cielos le envían este mensaje del **Cantar de los Cantares**: "*Ven, ven, oh, Sulamitis, para que también nosotros gocemos de tu vista. Muéstranos tu rostro..., que es de gracia incomparable*" (*Cant.*, VI, 12; II, 14); y al mismo Jesucristo, admirado y suspenso ante la obra más insigne de su amor, repetirle, con el Esposo del mismo **Cantar de los Cantares**: "*¡Qué hermosa eres y qué arrebatadora, oh, Amada mía, entre delicias!*" (*Cant.*, VI, 6).

No intentaremos describir esta perfección final, porque sobrepuja por modo incomparable a cuanto nuestros ojos pueden contemplar y nuestra imaginación soñar. Así que, aunque nos complace el sentimiento que lo inspiró, no nos atrevemos a suscribir este pensamiento de un antiguo escritor: "*Algunos de ellos llegan a decir que cuando su cuerpo se reunió con su alma para ser colocado en el Cielo, fue hallado tan hermoso y tan bien proporcionado, que no hubo necesidad de corregirlo o reformarlo, como a los otros; por manera que fue juzgado capaz de recibir, tal como estaba, las dotes de la Gloria y de ser revestido con la vestidura de la inmortalidad*" (P. Poiré, *La triple couronne*, I traité, c. 9, § 2, n. 1).

**IV.** No es menester alargarnos en decir de la hermosura del alma de la Santísima Virgen, como quiera que casi todo lo que pudiéramos decir está ya dicho.

La primera y suprema hermosura del alma virginal de María es la belleza sobrenatural que le viene de la gracia, es decir, de su semejanza con la Naturaleza divina, arquetipo y fuente de toda perfección. Ahora bien: ya sabemos cuán grande y cuán intensa fue en María esta gracia, y pronto se ofrecerá ocasión de meditar acerca de este mismo tema. Por tanto, aquí sólo habríamos de tratar de las perfecciones naturales del alma de María. Pero, ¿no es verdad

que los principios de donde se deduce la perfección corporal de la Santísima Virgen demuestran con plena certeza las perfecciones de naturaleza con que fue adornada su alma santísima? Si convenía que en lo exterior se asemejase en el más alto grado posible al hombre perfecto, que era su Hijo, ¿no convenía, por el mismo título, y aun con mayor razón, que se le asemejase en cuanto al alma? Negarlo sería inconsecuencia. Si fué voluntad de Jesucristo que su Madre fuese retrato vivo de su propia naturaleza humana, justo era que moldease el alma de su Madre en su propia alma antes de imprimir en ella lo rasgos de su envoltura corporal.

Y confírmase esto con la consideración del origen de las fealdades. Ya dijimos que las imperfecciones que afean al cuerpo humano proceden, como de primera causa, del pecado. Y, ¿no es también en el pecado donde hemos de buscar la razón última de los defectos que vemos en las almas? "*¿No sucedía así al principió?*" (Matth., XIX, 8).El hombre entero "*fue creado recto por su Autor*" (*Eccli*., VII, 30). Si, pues, María no tuvo nunca que ver con el pecado, ni en su origen, ni en el discurso de su vida, nada impidió que llevase en su alma la perfección, que era privilegio del hombre antes de su caída. Por tanto, no sufrió en ninguna de sus facultades las deformaciones que el pecado de origen causó en la nuestra; deformaciones que ya hemos explicado y que son heridas aún sangrantes del pobre linaje humano.

Añadamos otra consideración, la última, que es no menos decisiva. Todas las almas humanas son iguales, en cuanto a la esencia. No hay, ni puede haber entre ellas diferencia específica. ¿De dónde, pues, procede el que se manifiesten tan diferentes en cuanto a su perfección natural? De la constitución de los cuerpos orgánicos a que están unidas substancialmente. De aquí infiere el Doctor Angélico las razones que explican las desproporciones que se dan, aún antes de cultivarlas, entre las inteligencias (S. Thom., 1 p. q. 85, a. 7). La más sencilla experiencia basta para comprobar la influencia del cuerpo sobre las facultades superiores del hombre. ¿Es, por ventura, caso raro ver espíritus de gran capacidad intelectual reducidos a impotencia por trastornos sobrevenidos al organismo, y voluntades fuertes y varoniles que quedan como aniquiladas bajo las ruinas del cuerpo? El hombre no es, como los ángeles, espíritu puro. Estando compuesto de dos elementos, uno espiritual y otro corporal, no llega a las cosas espirituales e inteligibles sino partiendo de las cosas sensibles; en otros términos: para que las facultades superiores entren en acto han de apoyarse en las facultades orgánicas imaginación y sentidos. Esta dependencia es ley de nuestra naturaleza (Declaramos más ampliamente estas ideas en nuestra obra *Le dévotion au Sacre Coeur de Jesús,* L. II, c. 3). Por consiguiente, aunque todo lo demás sea igual, cuanto más perfecto y mejor concertado esté el organismo, tanto será para el alma racional instrumento y cooperador más eficaz, y tanto más el alma podrá ejercitar su actividad.

Esta doctrina basta por sí sola para dar razón de la desigualdad que se da en las almas, pues se manifiesta en el ejercicio de su actividad. Pero esta misma doctrina basta para explicarnos la perfección natural del alma de la Santísima Virgen, pues, según dejamos demostrado, nada faltaba a la perfección de su organismo, como quiera que estaba formado conforme al modelo del organismo de su divino Hijo.

**V.** Decíamos al principio de este capítulo que algunos escritores habían intentado hacer el retrato auténtico de María. Para terminar, permítasenos citar otro retrato más fiel, en el que se describen las bellezas espirituales de esta Madre divina. Es de **San Juan Damasceno**: "*Alégrate, bienaventurada Ana, de haber dado a luz una hija, porque esta hija será Madre de Dios,*

*puerta de la luz, fuente de la vida; por Ella será aniquilado el crimen de las mujeres. Todos los ricos de la tierra se postrarán delante de Ella* (*Psalm*. XLIV, 13), *y todos los reyes de las naciones le ofrecerán el homenaje de sus presentes* (*Psalm*. LXVII, 30). *Tú ofrecerás esta mujer a Dios, Rey de todas las criaturas; la ofrecerás, repito, engalanada con las más hermosas virtudes, como con otras tantas franjas de oro, y coronada con la gracia del Espíritu Santo. Su gloria será toda interior* (*Psalm*. XLIX, 14). *La gloria de las demás mujeres les viene de fuera, es decir, del hombre su esposo; pero la gloria de la Madre de Dios le viene de dentro, del fruto de sus entrañas.*

"*¡Oh, mujer amabilísima y tres veces dichosa! Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tus entrañas. ¡Oh, mujer, hija del Rey David y Madre de Dios, del Rey universal! Estatua divina y viviente; Dios, tu creador, se complació en tu hermosura, porque Él gobierna tu corazón, y Tú a nadie estás adherida sino a Él. Todos los movimientos de tu alma se enderezan únicamente hacia aquellos bienes que son dignos de ser amados; y no tienes ira sino contra el mal y contra el primer padre del pecado. Tú tendrás una vida superior a la naturaleza; pero no la tendrás para ti misma, porque no has nacido para ti. La tendrás para Dios, porque para Dios has entrado en el mundo, para cooperar a la salud del mundo, y para que por ti se cumpla el antiguo designio de Dios, el de la Encarnación del Verbo y de nuestra deificación. Alimentada con la divina palabra, crecerás como un olivo fecundo en la casa de Dios, como árbol plantado junto a la corriente de las aguas del Espíritu Santo (Psalm*., I, 3*); como el árbol de la vida, que a su tiempo da frutos de vida, es decir, al Verbo encarnado, que es vida de todas las cosas. Tus pensamientos no tendrán otro blanco que aquello que sea de provecho para el alma, y cualquier idea, no sólo perniciosa, sino inútil, la rechazarás, aun antes de haberla gustado. Tus ojos estarán siempre vueltos hacia el Señor, contemplando la eterna e inaccesible luz. Tus oídos se abrirán para escuchar la palabra divina y el laúd del Espíritu Santo, cuya deliciosa armonía hizo que en Ti penetrase, para tomar de Ti carne, al Verbo eterno de Dios. Con el olfato gozarás de los perfumes del Esposo; perfumes sagrados cuya efusión espontánea penetra, embalsamándola, a la humanidad que Él recibió de Ti (*Cant, I, 2*). Tus labios, pegados a los de Dios, no sabrán más que cantar sus alabanzas.*

"*¿Qué más diré de esta Virgen? Con su lengua discurrirá la palabra del Señor y la gustará deliciosamente. Corazón puro y sin mancha, verá a Dios, soberanamente puro, y arderá en su único amor. En sus entrañas encerrará al que ningún lugar puede contener; con la leche de su pecho amamantará al mismo Dios hecho niño... Sus manos sostendrán al Eterno, y sus rodillas serán un trono más sublime que los querubines; manos benditas y rodillas sagradas, gracias a las cuales las manos débiles y las rodillas que desfallecen hallarán fuerza nueva. Para sus pies, la ley de Dios será como una antorcha: iluminados por ella, ni aflojarán en su carrera, ni se apartarán del camino hasta que hayan conducido a la Amante hasta su Amado. Toda Ella será tálamo nupcial del Espíritu Santo; toda entera, ciudad del Dios vivo, que se alegra con la impetuosidad de las aguas del río, es decir, con los raudales de la gracia derramados por el Espíritu Santo. Toda hermosa, toda vecina de Dios; por cima de los querubines, más alta que los serafines, muy cercana del Dios mismo.*

"*¡Oh, María, dulcísima hija de Ana, he aquí que mi amor me trae de nuevo a Ti! ¿Cómo describir tus andares, llenos de santa gravedad, la hermosura de tu rostro y la prudencia propia de los ancianos, en un cuerpo tan tierno? Todo es modestia en tus vestidos; nada de lujo, ni de molicie. Paso moderado, sin precipitación; nada de afeminación, ni de indolencia. Un no sé qué de austero y serio, pero templado con una dulce alegría... El alma, humilde en medio de las más sublimes contemplaciones. La conversación, afable, pues fluía de un corazón totalmente lleno de bondad suavísima. ¿Qué eras Tú, sino una morada digna de Dios? Con razón todas las generaciones te proclaman Bienaventurada, pues eres el ornamento y la flor privilegiada del género humano*" (S. Joan. Damasc., hom. *I in Nativit. M. V. M*,, n. 9 et 11. P. G., XCIV, 673, sqq.).

## CAPITULO 3

### La virginidad perpetua de la Madre de Dios

**En edad temprana se consagró a Dios por medio del voto de castidad.—Idea que debemos tener de esta consagración.—Sentir de los Santos Padres sobre la última conexión que hay entre la virginidad de María y la divinidad del Verbo hecho carne en sus entrañas.**

María es Madre de Dios: he ahí uno de los dogmas fundamentales de nuestra Fe. Pero hay otro que no es menos caro al corazón de los fieles: el de la virginidad perpetua de la Madre de Dios. Cuando el impío **Nestorio** impugnó el primero, levantóse en el pueblo cristiano una protesta como instintiva contra el blasfemador, protesta cuyas tumultuosas manifestaciones nos refieren los antiguos historiadores. Protestas de indignación no menos vivas ni menos numerosas se suscitaron siempre que un hereje intentó empañar la pureza virginal de María. Es que todos se percataban de cuán unidos están estos dos privilegios, y que la virginidad de María es inseparable de su divina maternidad. Nuestro propósito, en este capítulo, es: primeramente, probar la certeza y declarar la naturaleza del dogma; en segundo lugar, demostrar que la virginidad tiene íntima conexión con la maternidad divina, y, por último, deduciremos algunas consecuencias de mucha gloria para la Santísima Virgen.

**I.** Hemos dicho que el dogma de la virginidad perpetua de María nunca fué impugnado sin que se levantase la indignación de los Pastores y del pueblo cristiano, y ahora añadimos: sin que al punto cayese sobre el error naciente el rayo de la condenación doctrinal. Así nos lo enseñan los Anales Eclesiásticos. Entre los herejes, unos, como Carpócrates, Cerinto y los Ebionistas, negaban la Concepción virginal de Cristo. Según estos herejes, la formación de Jesucristo en el seno de la Santísima Virgen fué como la de los demás niños. Tales herejes no tenían de cristianos más que el nombre, pue para ello Jesucristo no era más que un hombre. El mismo rayo que hirió a los despreciadores del Verbo hecho hombre, hirió a los que en esta forma negaban la virginidad de su Madre. Otros herejes, como Joviniano, a quien San Jerónimo tan duramente fustigó en sus escritos, afirmaban que María, virgen en la Concepción del Salvador, cesó de serlo en su alumbramiento. Otros, en fin, por la misma época, esto es, en el siglo IV, sin negar directamente la virginidad de María, ni en la concepción ni en el alumbramiento del Salvador, tuvieron la osadía de afirmar que esta virginidad, tan admirablemente conservada, la Madre de Dios no supo guardarla intacta en el resto de su vida. Así Helvidio y un desgraciado obispo de Iliria, conocido con el nombre de Bonoso.

Quisiéramos poder presentar ante nuestros lectores todas las condenaciones y refutaciones que este error, principalmente en las dos últimas formas expuestas, suscitó en la Iglesia de Dios. El Papa **Siricio**, en un Concilio celebrado en Roma, lanzó anatema contra **Jovianiano** y su doctrina, y después envió las actas a otro Concilio reunido en Milán bajo la presidencia de San Ambrosio. Este Concilio respondió: "*Dicen* (los herejes), *en su perversidad: concibió virgen, pero no engendró quedando virgen... Si no creen en las enseñanzas de los Obispos, crean en los oráculos de Cristo, en el testimonio de los ángeles...; crean en el símbolo de los Apóstoles, que la Iglesia romana ha conservado y conserva siempre inmaculado*" (*Inter opp. S. Ambros., ep.* 42, 11. 4, 5. P. L., XVI, 1125). Por lo que toca a la herejía de **Helvidio** y de **Bonoso**, "*es una perfidia renovada de los judíos*" (El Papa Siricio, en la carta que escribió a los Obispos de Iliria para que juzgasen a Bonoso. (*Conc. Collect., Mansi*, t. III, p. 675.)); es el más digno de condenación,

entre todos los sacrilegios (*S. Ambros., de Inatitud. Virgin*., c. 5-9. P. L., XVI, 314, sqq.); "*un crimen abominable, una blasfemia, un furor ciego y digno de execración*" (*S. Hieron., adv. Helvid*., n. 13 y 15. P. L., XXIII, 195);"*una acusación blasfema contra Santa María, siempre virgen*". Y de aquí este apostrofe valiente de San Jerónimo contra Helvidio: "*Tú, tú has sido el profanador del santuario del Espíritu Santo*" (Idem, ibíd.); y estas otras palabras de **San Epifanio**: "*Pues, ¿quién osó nunca pronunciar el nombre de María sin añadir, cuando se la nombra, la apelación de Virgen?*" (S. *Epiphan*., *Haeres*, 78, n. 6. P. G., XLII, 705, sqq.). En los textos precedentes quedan indicados los fundamentos en que se apoyaban estos Padres y Concilios para afirmar la perpetua virginidad de María.

**Los símbolos**.— Desde el de los Apóstoles, en sus diversas formas, hasta las profesiones de fe, más explícitas, de Nicea, de Constantinopla, de Efeso y de Calcedonia, no hay uno solo en el que María no sea proclamada Virgen y en el que no se afirme que Jesucristo, no sólo fué concebido, sino que nació de la Virgen y del Espíritu Santo.

**Predicación de los Obispos**.— Bajo este epígrafe se comprende, en general, la predicación y enseñanza de los Obispos y de los Doctores. Desde la más remota antigüedad, comenzando desde los tiempos apostólicos, los Santos Padres dan a María los nombres de Virgen, de siempre Virgen, de Virgen Madre y de Madre Virgen (Cf. e. gr. *S. Ignat., ad Smyrn*., n. 1 ; *ad Ephes*., n. 19; P. G. V, 708, 660. "*¿Es que no podría yo oponer contra ti* —dice San Jerónimo a Helvidio— *toda la serie de los ancianos de la Iglesia: a Ignacio, a Policarpo, a Ireneo, a Justino el Mártir y a otros muchos más varones apostólicos renombrados por su saber?*" (*Contra Helvid*.. n. 17. P. L., XXIII, 201.)). No contentos con afirmar este glorioso privilegio, buscan su demostración contra los judíos en los libros del Antiguo Testamento, y singularmente en la profecía de Isaías: "*He aquí que una virgen, o, mejor, **la Virgen concebirá y dará a luz** un hijo, y se llamará Emmanuel*" (Is., VII, 14. Hubiéramos querido dar aquí la exposición cabal de este vaticinio; pero como ello nos llevaría muy lejos, remitimos al lector a los buenos comentaristas). Así lo hicieron Ireneo (San Iren., c. *Haeres*, L. III, c. 21, n. 9; col. c. 19, n. 3 et c. 20, tot.), Tertuliano (*Tertull*., *ad Tud*., c. 9. P. L., II, 618) y San Justino (San Just., *Dial*, *cum Triph*., n. 66, P. G., VI, 628), para no mencionar sino los más antiguos.

**Testimonio de los Ángeles**.— Es decir, el testimonio de San Gabriel y, más en general, el de la Sagrada Escritura. Clarísima es, en efecto, la afirmación de la virginidad de María, así sea en el Antiguo Testamento, como en el Nuevo. Además del texto clásico de Isaías, cuyo sentido tradicional nos garantiza el mismo San Mateo en su Evangelio *(Matth., I, 20-23),* Dios mismo emplea en el Génesis (*Gen*., III, 15) una expresión muy digna de notar. Al Mesías futuro le llama "*semilla de la mujer, **semen mulieris***". ¿No hace ya esto presentir el modo virginal de su concepción y de su nacimiento? Verdad es también que Jesucristo se llama a sí mismo el hijo del hombre, *filius hominis*; pero esta palabra, "*hombre*", en latín "*homo*", puede significar tanto al varón como a la mujer (Cuando, por ejemplo, hablamos del fin del hombre, o cuando decimos que el hombre es un animal racional, ciertamente nos referimos a los dos sexos). Y, ¿qué razón podía haber para hablar así del origen del Mesías, si no había de proceder inmediatamente de una mujer virgen y de una mujer que permaneciese virgen al ser madre?

Pero donde brilla con incomparable resplandor la virginidad de María en el Nuevo Testamento. Si se trata de la Concepción virginal del Salvador, parece imposible poder afirmarla con mayor claridad. Exclúyese expresamente todo influjo paterno: "*Cuando María, su*

*Madre, húbose desposado con José, antes que se uniesen se halló haber concebido del Espíritu Santo" (Matth., I, 18).* Sabida es la turbación de José cuando advirtió en su casta esposa un hecho cuyo misterio ignoraba, y sabido es asimismo que el Angel del Señor vino a tranquilizarle: "*Lo que en Ella ha nacido es del Espíritu Santo*".

Esta turbación del Santo Patriarca ha dado mucho que pensar a la piedad de los intérpretes. Algunos creyeron que San José entendió desde el principio el misterio de la concepción virginal de su esposa y que el sentimiento de su indignidad fué el único motivo que le indujo a separarse de su esposa. Estimamos que esta opinión no se ajusta a la ciencia ni a la verdad. Si San José conocía el misterio, ¿para qué enviar un ángel que se lo revelase e impidiese que despidiera a la Santísima Virgen? Otros creyeron que San José no pudo menos de juzgarla culpable, y algunos sermonarios griegos de la antigüedad no vacilan en decirnos los duros reproches que le hizo. Nada hay en el sagrado texto que autorice el juicio tan desfavorable de San José contra la Virgen inmaculada, cuya pureza sin mácula él había admirado siempre. **San Francisco de Sales** dió, a nuestro ver, la verdadera solución. José no juzga; queda suspenso; pero se calla. A propósito de los juicios temerarios expone el santo doctor este texto evangélico, y dice: "*Si una acción tiene cien caras, es necesario mirarla por la más hermosa. Nuestra Señora estaba encinta; San José lo veía claramente; pero como, por otro lado, la veía toda santa, toda pura, toda angélica, no podía creer que hubiese faltado a su deber; de manera que se resolvió a dejarla y a dejar a Dios el juicio de aquel suceso. Muy violenta presunción había para que concibiese mala opinión de la Virgen; mas él no quiso juzgarla. ¿Por qué? Porque, dice el Espíritu de Dios, era justo. El hombre justo, cuando no puede excusar ni el hecho ni la intención de aquel a quien por otra parte conoce como hombre de bien, se abstiene de juzgar, aparta esto de su mente y lo deja al juicio de Dios*. (San Francisco de Sales, Introd. a la vida devota, 3 p., c. 28.) **San Pedro Crisólogo** había antes predicado algo semejante, y ésta puede decirse que es la interpretación más común. "*Joseph, ille, maritus solo nomine, conscientia sponsus, praegnantem sponsam fluctuams et anxius intuetur, quia ñeque accusare innocentem ñeque praegnantem poterat excusare; tacere tutum non erat, erat loqui periculum . . . Erat ipse testimonium castitatis, erat custos pudoris; aliud noverat, aliud intuebatur; confundebat visus, quem non confundebat virginis fides. Actus et vita in bivio; mens justa et sanctus animus ancipite cogitatione torquetur; sentit, sed tamen non potest penetrare sacramentum, qui nec accusare poterat, et defensare penes homines non valebat. Mérito mox occurrit ángelus, mérito responsum subvenit mox divinum cui, humano deficiente consilio, justitia non déficit.*" (Serm. 175. P. L., LII, 657 sp. ; col. serm. 145 ibíd., 588.) Puede también creerse que San José no ignoraba ni las divinas revelaciones ni la tradición judía sobre el nacimiento virginal del Salvador, ni la proximidad del acontecimiento mesiánico, y que pudo sospechar que quizá la Virgen Madre anunciada por los profetas era su esposa María; pero ni esto era suficiente para sacarlo de su incertidumbre.

"*Y José no la conoció hasta que Ella dió a luz a su Primogénito*" (Ibídem). María es fecunda y es Madre únicamente por la operación del Espíritu Santo. "*El Espíritu Santo descenderá sobre Ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra*" (Luc., I, 34, 35).

María no solamente era virgen cuando recibió el mensaje divino, sino que fue la primera, entre todas las mujeres, que consagró a Dios su virginidad con promesa absoluta; digámoslo con términos propios: por medio de un voto expreso. Esto significa claramente la respuesta que dió al Angel: "*He aquí* —la dijo el celestial mensajero— *que concebirás y darás a luz un hijo, al que darás el nombre de Jesús...*" A lo cual respondió María: "*¿Cómo puede ser esto, pue*

*no conozco varón?" (Luc., I, 31, 34).* Respuesta ininteligible y sin sentido, si María no estaba ligada, es decir, si ningún compromiso sagrado le impedía tener las relaciones comunes entre esposos.

Así lo entendieron los Santos Padres: "*No respondiera Ella así* —dice **San Agustín**—, *si no hubiera ofrecido antes a Dios su virginidad:* ***quod profecto non diceret si Deo virginen se ante non vovisset***" (S. *August*., L. de S. Vip., c. et n. 4. P. L., XL, 398, Cf. Tolet., in Luc., annot III, pp. 105, 106; San Thom., 3 p., q. 38, a. 4; *San Bernard*., hom. 4 super Missus est, n. 3 et de Praerogativ. B. M. V., n. 9. P. L. CLXXXIII, 180 y 434 ; *Bossuet*, Elevat. sur les myst., 12 sem., 3 elev.). En efecto, leemos en un sermón que se halla entre las obras de **San Gregorio Niseno**: "*Si la Virgen y San José estaban unidos en las condiciones ordinarias, ¿de dónde nació el asombro de María cuando oyó el anuncio angélico, siendo así que por ley de la naturaleza hubiera tenido derecho de esperar la maternidad? Pero, como debía conservar pura de todo contacto una carne de antemano consagrada a Dios, dijo:* ***"Aunque tú seas Angel y aunque vengas del Cielo; aunque todo aquí me parezca exceder a la inteligencia humana, sin embargo, me es imposible conocer a un hombre. ¿Y cómo seré yo madre sin el concurso de un hombre? Yo conozco a José por esposo, mas no lo conozco por marido"*** (S. Gres:. Nyss., *Orat de die nat. Dom*. (Ínter dubia). P. G., XLVI, 1.140, spp. Cf. Petav. de *Incarnat*., L. XIV, c. 4.).

Es este un punto doctrinal frecuentemente consignado en los escritos de los griegos: "*¿Cómo se obrará esto en mí? Porque la religión* ***del voto que me consagra a Dios*** *me prohibe conocer a un hombre.*" Y al decir esto —nota Juan el Geómetra— "*hablaba también de José...* ***Ofrenda dedicada a Dios****; por consiguiente, ofrenda que era criminal tocar, porque Ella había resuelto evitar, no sólo de presente, sino para siempre, toda relación con hombre. Y su respuesta confirma plenamente la tradición recibida de nuestros Padres, según la cual la Bienaventurada Virgen, lejos de prestarse al deber común de los esposos, jamás tuvo de ello el menor deseo... ¡Tan singularmente estaba por cima de su sexo; tan incomparablemente resplandecía en Ella la castidad!*" (Joan. Geom., serm. in SS. *Deip. Annunt*., n. 15. P. G., CVI, 824. Cf. Jacob. Mon., *in Deip Annunt*., n. 14, sqq.; S. Sophron., *in Deip. Annunt*., nn. 32, 36).

¿Qué era, pues, para María el justo y Santo Patriarca José? Testigo y custodio de su virginidad (S. Petr. Chrys., 11, cc. "*Poseph puritatis Mariae testis domesticus, sponsus vitae custos.*" (Pseudo-Basil., hom. in S. Christi generat., n. 3. P. G., XXXI, 1.464.)). ¿Qué más? Un velo a cuya sombra había de cumplirse secretamente el más sagrado de los misterios.

No ignoramos que estos textos del Evangelio sólo demuestran **directamente** la concepción virginal del Salvador. Pero la alusión tan precisa hecha por San Mateo al texto de Isaías encierra mucho más, porque el Profeta habló de una **virgen** que concibe y de una **virgen** que da a luz; y el Evangelista aplica la profecía tanto a la concepción como al nacimiento del Hijo de Dios. El Profeta —nos dice el Concilio de Milán— habló, no solamente de la virgen que concebirá, sino también de la virgen que dará a luz: *Non enim concepturam tantummodo Virginem, sed et parituram Virginem dixit" (Inter epp. S. Ambros.. ep. 42, n. 5. P. L., XVI, 1.125).*

Los Santos Padres aluden también con frecuencia a la visión de Ezequiel. En la puerta del templo, por la que ningún hombre podría pasar, y que, aun después de haber pasado por ella el Señor (Ezech., XLIV, 2), permanece cerrada, ven figurado el seno bendito de la divina Madre. ¿Interpretan el texto en sentido literal, o, llevados de su piedad hacia la Santísima Virgen, lo exponen en sentido acomodaticio? Sea como fuere, lo cierto es que en él ven siem-

pre expresada simbólicamente la virginidad **perpetua** de María. Por lo demás, la consagración de María, expresada en su respuesta al Angel, es para ellos un argumento sin réplica, que por sí solo demuestra la perpetuidad de la pureza de la Santísima Virgen.

**II.** Y no se contentan los Santos Padres con afirmar, apoyados en la autoridad de Dios, la virginidad perpetua de María, sino que estudian **su naturaleza**. Por lo que se refiere a la virginidad en la concepción del Verbo, basta con la explicación dada por el Arcángel a la misma Virgen purísima. Si es cuestión de la virginidad después del alumbramiento, casi no hacen más que refutar las objeciones tomadas por los herejes de algunos pasajes del Evangelio. Todo su esfuerzo puede decirse que se reconcentra en la explicación del **alumbramiento** virginal, porque quizá este aspecto del misterio es el que más repugna al sentido humano (Así lo hace notar Juan el Geómetra. Después de admirar el prodigio por el cual el Verbo de Dios entró en el seno de la Virgen para en él tomar carne humana, sin violar el sello de la virginidad, añade, "*Non adeo tamen admirandum illud est, quemadmodum quod cum assumpto quoque crasso corpore egressus, portam uti prius obsignatam reliquerit, velut ac minquam transiiset.*" (In SS. Dcip. Annunt., n. 24. P. G., CVI, 836.)).

Para explicarlo mejor y hacerlo más creíble recurren a hechos análogos en la vida del Salvador. Jesucristo sale del sepulcro sin apartar la piedra que lo cubre; entra en el cenáculo, cerradas las puertas. Pues de la misma manera hemos de creer que apareció en el mundo sin privar al seno de su Madre del honor de la virginidad (S. August., ep. 137 *ad Volusian*., n. 8; *de Civit. Dei*, L. XXII, c. 8; serm. 191, *in Nativit. Dom*., n. 2 ; S. Gaudent. Brix, serm. 9. P. L., XX, 900, etc.).

A continuación de los ejemplos vienen las comparaciones y las figuras. El seno de María es para Jesús el cristal purísimo, que el rayo de luz atraviesa sin producir en él la menor alteración.

S. Ildephens., serm 43, *in diem S. Mariae*. (dub.). P. L., CXCVI, 282. La misma comparación se lee en una secuencia de la Edad Media:

Auris et mens pervia
Deo sunt ingressus;
Non patent vestigia
Quibus est egressus.
Sicut vitrum radio
Solis penetratur.
In tamen laesio
Nulla vitro datur.
Sic, imo subtilius,
Matre non corrupta
Deus Dei Filius
Sua prodit nupta.

(*Mone, Hymni lat. Medii Aev*i, t. II, p. 63.)

¿Y qué mucho que así fuese? Aquel que sale, ¿no es la Luz eterna, la salud y la vida? ("*Lumen aeternum mundo effudit.*" Praefet. B. M. V. "*Mérito igitur virgineae integritati nihil corruptionis intulit partus Salutis; quia custodia fuit puderis editio Veritatis.*" Asi dice San León,

Serm. 21, *in Nativit. Dom*., 1 c. 2. P. L., LIV, 192). María es, además, la vida en flor que exhala su perfume (Guerric., Abb., serm. I *de Nativit*. S. M.. n. 2, sqq. P. L. CLXXXV, 201); el espíritu del hombre, cuya palabra se revela al exterior bajo una envoltura sensible, sin perjuicio alguno de su principio; la Iglesia, que engendra a los miembros de Cristo; virgen, siempre virgen, lo mismo antes que después del alumbramiento (S. August., serm. 213, n. 7. P. L., XXXVIII, 1064). Elevaos hasta el seno mismo de Dios, donde el Verbo, eternamente concebido, eternamente nace, sin desgarramiento ni corrupción alguna, y en este ejemplar perfecto contemplad el nacimiento del mismo Verbo hecho hombre (Homilía *in Nativit*. Dom. (Inter opp. S. Joan. Chrys.) Esta homilía fue citada contra Nestorio por San Cirilo en el Concilio de Efeso). Y, ¿qué es Jesucristo? El trigo que brota de una tierra donde ningún mortal sembró; el fruto que se forma y se desprende de la rama sin que la flor se marchite (San Bernard., hom. I *de Circunc*., n. 2. P. L., CLXXXIII, 133. Leed, además, esta imagen, propuesta por San Cirilo de Alejandría: "*Divinus fructus ex virgino prodit, nec in conceptum solvens virgineam zonam, nec in nativitate disrumpens.*" (De Incarn. Dom., n. 23. I).

Por último, los Santos Padres llegan a llamar al nacimiento del Salvador un origen, un alumbramiento **espiritual** ("*Neque Virga corruptionem passa est pariendo:* ***spiritaliter*** *enim peperit.*" (Auctor homil. *in Nativit. Dom*. jam citatae.)). Ya porque es el ejemplar y dechado de nuestro renacimiento en el Bautismo, ya porque el cuerpo del Señor y el de su divina Madre participaron entonces, transitoriamente, de la condición de los cuerpos espiritualizados que seguirá a la resurrección.

Sin duda, este misterio exige un milagro, un milagro grande. Mas —dicen aún los Padres , ¿no es Dios omnipotente? ¿Y cuando hará uso de este poder, si no lo hace para conservar a su Madre, la joya más pura y más rica de los tesoros de su gracia?

No vayamos más allá en el estudio de este privilegio. La virginidad misma de María nos manda no levantar todos los velos. Con razón reprendía Pedro Celense al Monje Nicolás de San Albano de haber usado excesiva libertad de lenguaje en esta materia: "*La Virgen* —le decía— *gusta de que, hablando de Ella, no se digan más que palabras virginales y cubiertas con un velo sagrado*" ("*Virgo certe virgineis verbis et sancte velamine consecratis delectatur afari.*" (Petr. Cellens epist. 173. P. L„ CCII. 641) Y esta misma advertencia hace Petavio al tratar de este glorioso privilegio de María.*De Incarr* L. XIV. c. 5, n. 3.).

**III.** Hora es ya de tocar más directamente el fin principal de nuestro estudio, que es el demostrar el encadenamiento de la pureza de la Madre del Salvador con su maternidad. Algo hemos dicho ya de esta materia; pero merece un estudio más completo. Si preguntamos a los Santos Padres, todos unánimemente responden: Dios no podía nacer sino de una Virgen, y una Virgen, al concebir y dar a luz, no podía concebir y dar a luz sino a Dios. De manera que la virginidad de la Madre da testimonio de la divinidad del Hijo, y, viceversa, la divinidad del Hijo da testimonio de la virginidad de la Madre. Los teólogos, en general, no hacen hincapié en esta idea. Sin embargo, está muy bien fundada y puede comprobarse con la autoridad de los antiguos Doctores y de los Santos. Es cosa bien hacedera aportar múltiples testimonios, tanto más valiosos cuanto se presentan en todos los tiempos y en todos los lugares. Permítasenos trasladarlos aquí, pues, por lo común, son muy poco conocidos:

"*Dios, clementísimo, no se avergonzó de nacer de una mujer, porque con este nacimiento quería devolvernos la vida. No, no contrajo ninguna mancha en las entrañas de su Madre, como tampoco su*

*gloria padeció menoscabo en valerse de ellas. Si esta Madre no hubiese quedado virgen, el Hijo que nació de Ella no sería más que hombre, y en su alumbramiento no habría nada de admirable. Pero si conservó su corona virginal, aun después de haberlo dado a luz, ¿cómo es posible que su Hijo no sea Dios, y cómo el nacimiento de este Hijo no ha de ser un misterio inefable?*" (San Proclo. orat. I *de laudibus S. Mariae*. n. 2. P. L., LXV, 684. Y algo más abajo, en el mismo sermón: "*Emmanuel naturae quidem portas aperuiti* (*esset aperturas*) *ut homo; virírinitatis claustra non violavit ut Deus; quia ita ex útero est egressus, sicut per aurem est ingressus.*" (N. 10.)). Este texto es de San Proclo, el primer adversario de Nestorio y el campeón ilustre de la maternidad divina de María.

Las mismas ideas hallamos en Teodoto de Ancyra, que fue uno de los Padres del Concilio de Efeso. No deja de notar la apretada unión que hay entre la virginidad de la Madre y la divinidad del Hijo; quizá entre los Santos Padres no hay ninguno que haya presentado este punto con tanta frecuencia y en forma tan elocuente. Prueba de lo que decimos es este pasaje de una homilía que predicó, según se cree, en presencia del Concilio congregado para juzgar a Nestorio y condenar su impiedad: "*Habéis contemplado* —exclama— *una maravilla de la naturaleza, una obra que sólo la virtud de Dios podía hacer: cómo el Verbo nació de manera incomprensible para nuestra débil razón. Que aquel que nació de María sea el Verbo de Dios es cosa manifiesta, porque al nacer no marchitó la virginidad de su Madre. La mujer que da a luz a un hombre cesa de ser virgen; pero, como el que nació en la carne de esta Mujer es el Verbo de Dios, conservó íntegra a su Madre la virginidad. Nuestro verbo no corrompe al espíritu que lo concibe; así Dios, el Verbo subsistente y substancial, no pudo marchitar la virginidad que le dió a luz" (Theodor. Ancyr., hom. in die Nativit. Dom., n. 1 y 2. P. G. LXXVII, 1.349).*

**San Cirilo** de Alejandría no teme acusar de inconsecuencia a Nestorio y a sus secuaces, porque, de una parte, confesaban la virginidad de la Madre y, por otra, no veían en el Hijo sino una criatura un mero hombre. "*El que por naturaleza es el Verbo de Dios, se hizo carne, pero nació divinamente, es decir, de la manera que conviene a Dios. Sólo Él fue concebido de una Madre virgen; sólo Él, al nacer, conservó la virginidad de su Madre. Maravillóme de que retrocedan ante la confesión de la maternidad divina, sabiendo, como saben, que el Hijo de la Virgen nació de una manera digna de Dios. No corresponde a un hombre como nosotros el nacer como Dios*" (*Apol. pro XII cap.*, Anath, 1. P. G., LXXVI, 321).

Sigamos oyendo a los más ilustres y santos doctores de la Iglesia griega: "*Cosa admirable* —dice **Teodoro Studita**—: *esta Madre que da a luz es una Virgen exenta de toda corrupción,* ***porque su fruto es Dios***" (or. 6. in*SS. Deip. Dormit*., n. 2. P. O., XCIX, 720). Y del mismo modo pensaba **San Atanasio**: "*¿Quién, pues, entre los hombres se formó un cuerpo de una madre virgen?... Jesús lo hizo, y con esto dió una prueba clarísima de su divinidad; porque cosa evidente es que, para hacer así su propio cuerpo, menester es que sea el Hacedor de todos los cuerpos*" (or. *de Incarnat. Verbi*, n. 19 et 18. P. G., XXV 181 et 28). Y en un sermón que se le atribuye, pero que no consta que sea suyo, se lee: "*¿Quién es este Hijo de la Virgen? El Señor de la naturaleza. Aunque vosotros os callarais, la Naturaleza lo proclamaría por su Rey... Si hubiese nacido, como nosotros, de un matrimonio ordenado, hubiera sido tenido por la mayor parte de los hombres por un dios mentiroso. Así, pues, naciendo de una virgen y conservando con su nacimiento la virginidad de su Madre, con este modo extraordinario de nacer da a mi fe una prueba inconmovible. Cuando, pues, un judío o un gentil me pregunte si Cristo se hizo hombre conforme a la naturaleza o contra sus leyes, yo le daré por respuesta el sello inviolado de la Virgen; así es cómo el Dios de la naturaleza venció al orden de la naturaleza*" (serm. *in Nativit. Dom.* (dubius), n. 1. P. G., XXVIII, 901).

Hemos citado ya a Teodoto de Ancyra; pero, como insiste tantas veces probar la divinidad del Hijo por la virginidad de la Madre, solido y convincente le parecía, no vacilamos en insistir nosotros tambien en su argumentación. Resúmese ésta en pocas palabras: Jesús nació de una mujer; luego es hombre. Jesús nació de una Virgen; luego es Dios.

"*Hoy, Dios se manifestó por medio de una Virgen, y esta Virgen fue Madre sin perder el honor de su virginidad. Quien da la incorruptibilidad, ¿podía corromper algo en su misma Madre? Fotino pretende que el que nació de María es un puro hombre, una persona distinta del Hijo eterno de Dios. Pues explíquenos cómo y por qué este hombre pudo dejar el seno materno sin abrir sus misteriosas salidas. ¿Dónde está el hombre cuya madre haya quedado virgen?... Si Jesucristo hubiera nacido como nosotros, no sería más que hombre; pero si conservó sin detrimento alguno la virginidad de su Madre, es insensatez no reconocerlo por Dios*" (Theodot. Ancyr., *in die Nativit. Dom*., conc. 2, n. 3. P. G., LXXXVII, 1.377). Y en otro discurso, que es el sexto acerca del mismo tema: "*La Virgen nos muestra al que acaba de nacer como hombre y como Verbo de Dios. Como hombre, pues que Ella es su Madre; como Verbo de Dios, pues con ser madre sigue siendo lo que era: virgen, perfectamente virgen. Seguir siendo lo que era, es decir, virgen, y llegar a ser lo que no era, esto es, madre, no son dos cosas que mutuamente en Ella se excluyan, porque aquel a quien engendra se hace hombre y no cesa de ser Dios*".

Esperamos será grato a nuestros lectores el que traslademos aquí el paralelo que hace este mismo escritor entre nuestro verbo y el Verbo de Dios. Estas líneas podrán también enderezar las ideas de aquellos que creen que los Padres griegos entendían de distinta manera que los latinos el título de Verbo, que las Sagradas Escrituras dan al Hijo de Dios. (El Unico nació del Padre, según la naturaleza divina, y nació de la Virgen, para la economía de la Redención, según la naturaleza humana; allí, como Dios; aquí, como hombre. Vuestro verbo es un producto y, por decirlo así, el hijo de vuestra inteligencia. Pero cuando, después de haberlo engendrado interiormente, os place expresarlo con palabras y escribirlo sobre el papel, vuestra mano traza letras, y así de nuevo lo dais a la luz por medio de la mano. No es que el verbo empiece a existir cuando vuestra mano forma los signos que lo representan, porque ya antes había nacido en vuestro espíritu; pero recibe de ella el modo de ser que lo hace visible. Comparemos ahora el prototipo con su imagen. En lugar de vuestro espíritu, al Padre; en lugar del verbo creado que procede de vuestra inteligencia, contemplad al Verbo esencial y subsistente que nace eternamente de Dios; donde veis la mano que engendra de cierta manera a vuestro verbo al hacerle visible por medio de letras, considerad a la Virgen que da a luz al Verbo hecho carne. No es, repetimos, que sti nacimiento sea principio de existencia para la divinidad —Dios nos libre de tal error—, sino que hace visible a las miradas humanas a Dios Verbo, revisténdolo con nuestra humanidad." (Theodct. Ancyr., in feste Nativit. Dom.. conc. 2. n. 7. P. G., LXXVII, 1.377.)

**San Cirilo** de Jerusalén había dicho antes, con mayor concisión: "*Muchos son, amadísimos míos, los testimonios en favor del Cristo de Dios: testimonio del Padre, que le llama su Hijo muy amado; testimonio del Espíritu Santo, que, en forma de paloma, desciende corporalmente sobre Él...; testimonio de la* ***Virgen Madre***' (Catech. 10, n. 19. P. G., XXXIII, 486).

Cierre **San Juan Damasceno** la serie de los orientales. Empieza por glorificar a los padres de quienes María nació: "*¡Oh, bienaventurada pareja Joaquín y Ana, pareja verdaderamente inmaculada! Os reconocemos por el fruto de vuestras entrañas, conforme a las palabras del Señor: Los conoceréis por su fruto* (Matth., VII, 16). *Habéis ordenado vuestra vida como justamente lo pedían la*

*voluntad de Dios y la excelencia de aquella que había de honrar vuestra unión. Por vuestra casta y santa manera de vivir habéis merecido dar al mundo la joya de la virginidad, aquella que habrá de ser virgen antes de su alumbramiento, virgen en su alumbramiento, virgen después de su alumbramiento; a aquella que, sola entre todas las mujeres, por su incomunicable privilegio, había de guardar la virginidad; virgen en cuanto al espíritu, virgen en cuanto al alma, virgen en cuanto al cuerpo; siempre virgen. Cierto; era necesario que si la castidad virginal llegaba a ser madre, revistiese de una substancia corporal a la Luz increada, al Unigénito del Padre, mediante el beneplácito de aquel que incorporalmente lo había engendrado; aquella Luz, repito, que ella no engendra, porque es propiedad suya personal el ser eternamente engendrada*" (hom. *in Nativit. B. V. M*.. n. 5. P. G.. XCVI, 668).

Los testimonios acerca de la conexión de la virginidad de la Madre y la divinidad del Hijo no son menos unánimes en Occidente. Liturgias y Doctores nos lo suministran a porfía.

"*¡Oh, Madre santísima y esclava del Verbo!, eres Virgen, y lo prueba tu divino alumbramiento; eres Madre, y tu virginidad lo demuestra*" (Breviar. Gothic., or. *in Laudib. fest. Annunt*. P. L., LXXXVI. 1.300). En un antiguo Sacramentarlo de Verona se lee, en el Prefacio de Navidad: "*En la solemnidad de hoy se obra un doble misterio, entrambos igualmente inefables, igualmente convenientes; porque una Madre Virgen no podía tener más que un brote divino, y un Dios hecho hombre no podía nacer decorosamente sino de una Virgen Madre*" (Apud Assemani, *Codic. Liturg*. Eccl. univ., t. IV, p. 3. p. 172.). "*María* —dice San Zenón de Verona— *da a luz, no sólo sin dolores, sino también con alegría. Y prueba de que es el Hijo de Dios aquel que nace de Ella, es que Ella permanece virgen después del alumbramiento, como lo fue después de la concepción*" (Tract. 9, *de Nativit.. Dom*., P. L., XI, 416). Y este mismo es el sentir de otro autor eclesiástico que, según parece, vivió a principios del siglo V: "*Vosotros decís que no es Dios, porque nació como todos los hombres, aunque naciese de una Virgen. Y aquí tenéis precisamente el por qué yo lo reconozco, no sólo por hombre, sino por Dios; semejante a nosotros, por una parte, y desemejante, por otra, guardó el orden de nuestro nacimiento, y, al nacer, no hirió en su integridad al cuerpo de su Madre" (Ex Zachaei, Christ. Consultat., L. 1, c. 11. P. L., XX, 1.079).*

Hacía la misma época, **San Gaudencio de Brescia** predicaba la misma verdad: "*Esta omnipotencia del Hijo de Dios hecho hombre esta atestiguada por la Virgen, su Madre; porque, después de haberlo concebido del Espiritu Santo y de haberlo llevado nueve meses en su casto seno, lo dió a laz de una manera tan maravillosa que su integridad lejos de padecer injuria alguna, resplandeció con nueva gloria después de aquel divino alumbramiento. He dicho **"divino alumbramiento"**..., porque, después de tomar la carne de nuestra fragilidad el Hijo de Dios, Él mismo, y no otro, es el hijo del hombre. En efecto, aquél mismo nació de Maria, que, insinuándose en cierta manera por el oído materno, habia llenado el seno de la Virgen... Bienaventurada Virgen, que, por haber dado a luz al Incorruptible, es juntamente Madre y Virgen*" (serm. 12, *in Natal. Dom*. P. L., XX, 934).

**San Agustín**, que en sus escritos ha desentrañado tan a fondo los privilegios de María, no podía olvidar este misterio: "*Una virgen concibe, una virgen lleva un fruto, una virgen da a luz y permanece perpetuamente virgen... ¿Se os hace esto maravilla? Pero, ¿**no era necesario** que así naciese, si se dignaba hacerse hombre?... Él mismo se fabricó a su Madre cuando aún estaba en el seno del Padre; y, al nacer de Ella, en el seno del Padre continuó. ¿Cómo era posible que dejase de ser Dios, porque se hiciese hombre, aquel por quien su Madre permaneció virgen en su propio alumbramiento?*" (serm. 186, *in Nativit. Dom*. 3, n. 1, P. L. XXXIX, 999).

En otro sermón, que se le atribuye a San Agustín, pero que es del mismo **Máximo**, se lee también: "*Hoy, por el parto virginal de María, nos ha nacido el Hijo de Dios; nos ha nacido, for-*

*mado de nuestra carne y en nuestra carne, para otorgar al hombre, su criatura, la piadosa ternura de un padre y la afección de un hermano. Y ha nacido de una mujer pura de todo contacto para que el modo humano, de su origen testifique que es hombre, y la eterna virginidad de su Madre pruebe que es Dios. De la misma suerte que la carne no podía nacer más que de la carne, así la carne de Dios no podía ser formada sino virginalmente en el seno de una mujer"* (Opp. S. August., *in Append.*, serm. 222, *in Nativit, Dom*. 6. nn. 1 et 2 P. L., XXXIX. 1.989).

Y ahora oigamos al insigne **San Ambrosio**: "*Hallaréis en Cristo muchas cosas según la naturaleza y muchas por cima de la naturaleza. Según la condición de la naturaleza, fue formado en el seno de una mujer, y por una mujer amamantado; por cima de la condición de la naturaleza, una Virgen le concibió, una Virgen le engendró, para que vuestra fe crea en Él, así a Dios, que renueva la naturaleza, como al hombre, que según la naturaleza desciende de una mujer*" (Lib. *de Incarnat*., c. 6, n. 54, P. L. XVI, 832). Si, la virginidad de la Madre es demostración de la divinidad del Hijo. "*Porque aquel que entra y sale, y no deja ningún vestigio, ni de su entrada ni de su salida, este tal no es un huésped humano, sino divino; aquel cuya concepción y nacimiento dejan intacta la virginidad de su Madre, no es de la tierra, sino del cielo" (S. Petr. Chrysol., serm. 142. P. L., LII, 180).*

Resumamos todos estos textos con el siguiente, que es de **San Bernardo**. Hablando del cántico que cantan las vírgenes en pos del Cordero, recréase el Santo pensando cómo en este concierto virginal la Virgen Reina tendrá parte principalísima. A Ella sola será dado el alegrar a toda la ciudad celestial con los acordes más dulces y armoniosos. "*Y será esto cosa muy justa, porque Ella sola, entre las vírgenes, puede gloriarse de un alumbramiento, y de un alumbramiento divino. Sí, se gloria de ser Madre, no en sí misma, sino en aquel que dió a luz; porque es Dios el Hijo de su virginidad. Habla El de coronarla un día en el Cielo con gloria sin igual, y cólmala aquí abajo con una gracia singularísima; la gracia de concebir inefablemente intacta, y de dar a luz sin corrupción. El único nacimiento que convenía a Dios era el nacer de una Virgen; el parto que convenía a una Virgen era el engendrar a Dios.* ***Deo hujusmodi decebat nativitas, qua nonnisi de virgine nasceretur; talis congruebat et virgini partus, ut non pareret nisi Deum*** (hom. I *super Missus est*, n 1. P. L., CLXXXIII, 61. Su amigo piadoso abad Guerrico, expresó el mismo pensamiento con estas palabras: "*Una Madre virgen en el parto es signo manifiesto de la divinidad del hijo así concebido y dado a luz*" (Serm. a *de Annuntiat*., n. 4 P. L" CLXXXV, 126.))

De manera que la Madre Virgen corresponde al Hombre-Dios. Entrambos se reclaman y se suponen mutuamente.

**Bourdaloue**, con su elocuencia robusta y sólida, tradujo muy bien estos pensamientos de los Santos Padres: "*El más augusto de los signos que había prometido* (Dios) *al mundo para señalar el c umplimiento del gran misterio de nuestra Redención era, según el vaticinio de Isaías, que una virgen, permaneciendo virgen, concebiría un hijo, y que este hijo sería Dios; no un Dios separado de nosotros, ni elevado como Dios por cima de nosotros, sino un Dios abajado hasta nosotros y que, aunque Dios, mantuviese comercio íntimo con nosotros. Porque esto, como añade el Kvanrelc.ia, es lo que significa el nombre augusto de Emmanuel* (Luc. I. 26). *Este prodigio, lo confieso, excedía todas las leyes de la naturaleza; pero, en definitiva, no dejaba de ser, en cierto sentido,* ***perfectamente natural.*** *Porque, como discurre San Bernardo, si Dios, haciéndose hombre, había de tener madre, pedía su dignidad, y por eso mismo era como una especie de necesidad que tal madre fuese virgen, y si una virgen, por milagro inaudito, sin dejar de ser virgen, había de tener un hijo, le era de altísima conveniencia que este hijo fuese Dios. Convenía que el Verbo de Dios, por un exceso de su amor y de su caridad, saliese del seno de Dios y, si es lícito decirlo así, fuera de si mismo, para ponerse en condición de ser*

*concebido según la carne; pero supuesta esta salida, que es lo que llamamos propiamente Encarnación, el Verbo de Dios no podía ser concebido según la carne sino por el camino milagroso de la virginidad. ¿Por qué? Porque cualquiera otra manera de concepción hubiera obscurecido el esplendor y la gloria de su divinidad. Es sublime este pensamiento de San Bernardo, y, por poca amplitud que se le dé, llenará vuestras almas de las ideas más altas de la Religión*.

**Bourdaloue** serm. sobre la Anunciac. de la S. V. M., segunda parte Guillermo el Pequeño, que, probablemente, fué abad del Bec a fines del siglo XIII. dejó un comentario lleno de unción sobre el *Cantar de los Cantares;* comentario que Cornelio a Lapide y Martín del Río, sobre todo el segundo, citan con frecuencia en sus interpretaciones sobre el mismo Sagrado libro. He aquí las palabras que Guillermo, con ocasión de interpretar el versículo 15 del capítulo primero de dicho libro, pone en labios de la Sma. Virgen: E*go non tantum mater. sed et virgo; quia aeternae divinitati tuae corporaliter accessit humanitas, et meae virginitati acessit, non successit, foecunditas. Sicut enim purus homo virginem matrem habere non potest, ita Deus homo matrem nisi virginem habere non potest.*"

## CAPITULO 4

### De la virginidad de la Madre de Dios. Consecuencias de este privilegio.—Matrimonio de San José y de Maria

I. Ahondemos en esta materia, siguiendo las huellas de Santo Tomás, intérprete de los Santos Padres fidelísimo; mostremos más por menudo cómo y por qué la maternidad divina de María requería la virginidad perfecta en la Madre de Dios.

Lo primero era necesario que la Madre de Dios fuese virgen, perfectamente virgen, antes del parto y, por consiguiente, en la concepción misma del Verbo. La primera razón puede tomarse de la dignidad del Padre. "Cristo —dice el Angel de las Escuelas— es el verdadero y natural Hijo de Dios; no era, pues, conveniente que tuviese en la tierra otro Padre sino Dios, para que su incomunicable dignidad no viniese a ser privilegio de un hombre mortal" (S. Thom., 3 p., q. 28, a. 1. Es la misma idea que Bossuet traduce de esta suerte en su inimitable lenguaje: "Dios mismo, dice, dirigiéndose a María, hará contigo las veces de esposo; se unirá a tu cuerpo; mas para esto es necesario que tu cuerpo sea más puro que los rayos del sol. Él, que es purísimo, no se une más que a la pureza; Él sólo concibe a su Hijo en su seno paterno, sin compartir su concepción con otro; y tampoco quiere, cuando hace que nazca en el tiempo, compartirla con otro más que con una virgen, ni sufrir que tenga dos padres." (Elev. sur les Myst., 12 Sem., 3 elev.).

La segunda razón se deduce de una propiedad personal del Hijo. "En efecto, este Hijo, el Enviado del Padre, es personalmente el Verbo de Dios. Ahora bien; el verbo no altera en nada la integridad del corazón que lo concibe, y mucho menos un corazón, un espíritu cuya integridad no fuese perfecta podría concebir un verbo perfecto. Por tanto, puesto que la divina Madre es, con. respecto a Dios hecho hombre, lo que nuestra inteligencia es con relación a nuestro verbo, justo era que lo concibiese sin sombra de alteración en su pureza virginal" (S. Thom., 3 p., q. 28, a. 1).

La majestad del Espíritu Santo, de quien procedía este misterio de amor y de gracia, nos ofrece la tercera razón: porque no convenía que, fuera del influjo materno, la operación natural de una criatura tuviese parte con el Divino Espíritu soberanamente puro en la producción de una obra tan grande y tan santa.

Añadid una cuarta razón, basada en la santidad de Cristo. Ninguna concepción común, por puros y santos que sean los autores de la misma, se libra del contagio del pecado, porque, por medio de esta concepción, se transmite el pecado original, con todas sus consecuencias, a toda la posteridad del primer padre. ¿Y puede admitirse que Jesús, el Santo de los Santos, que venía a purificar todas las cosas, entrase en el mundo por un camino por el que naturalmente ruedan tantas suciedades? (Cf. Bossuet, Elev. sur les Myst., 12 Sem., 3 elev.).

Por último, el fin de la Encarnación pedía también que ésta fuese obra de la virginidad. Si Cristo se hace hombre para que los hombres puedan renacer como hijos de Dios, no, en verdad, por voluntad de la carne, ni por voluntad del hombre (Joan., I, 12, 13), sino por la virtud misma de Dios, ¿no era necesario que en la concepción de Cristo tuviésemos el ejemplar y dechado de aquel tan excelso renacimiento? (S. Thom., ibid.). "Ante todo —escribe Tertuliano—, importa demostrar cuán conveniente era que el Hijo de Dios naciese de una Virgen Madre. Justo era que naciese de una manera nueva, pues venía para consagrar un nuevo nacimiento" ("Nove nasci debebat novae nativitatis dedieator." (Tertull., de Carne Christi, c. 17. P. L., II, 781)). Y ¿cuál es esta nueva manera de nacer? "Aquella que hará que el hombre nazca en Dios; el hombre, en quien Dios mismo nació, tomando la carne de la antigua semilla sin la semilla antigua para reformarla con una semilla nueva, es decir, espiritualmente purificada de las antiguas manchas" (Idem, ibíd.).

Ciertamente, estas consideraciones, para quien sabe entenderlas, son de gran peso. Sin embargo, quizá sea más hermosa todavía, si no más conveniente, otra consideración, cuyo principio está tomado de los Santos Padres. Recuérdese, primeramente, cómo los arríanos, y después Apolinar y sus partidarios, alteraban el dogma del Verbo encarnado. Según los arrianos, el alma de Jesucristo era el mismo Verbo; según los apolinaristas, aunque Jesucristo tenía alma sensible, no tenía un alma intelectiva creada, sino que la suplía el Verbo. A estos dos aspectos de un mismo error oponía San Agustín la fórmula siguiente, usual entre los Santos Padres de los siglos IV y V: "La Verdad, es decir, el Verbo, unió a sí el alma humana por el espíritu, y el cuerpo por el alma" (S. August.. de Agone Christi, c. 18. P. L., XL, 300; col. op. 137, ad Volus, n. 8. "Per intermediam mentem Verbum cum carne conjunctum est", dice San Gregorio Nacianceno, Or. 29, n. 19. P. G., XXXVI, 100. Ruffin., in Symbol., n. 13. P. L„ XXI, 352 ; S. Greg. M., Moral., L. XVIII, c. 20. P. L„ LXXVI, 55, etc.), lo que no quiere decir que la unión se obrase con el espíritu antes que con el alma o antes que con el cuerpo ni que sea menos inmediata la unión del Verbo con el cuerpo o con el alma que con el espíritu. Con estas fórmulas y con otras semejantes, los Santos Padres intentaban significar solamente que la razón próxima por la que nuestra carne pudo entrar en la persona de Cristo ha de buscarse en la unión de la carne con el alma espiritual. Un cuerpo que no estuviera vivificado por una alma racional no sería apto para ser el cuerpo del Verbo. Si el Verbo descendió hasta la carne fué por medio del alma espiritual (Thom., 3 p., q. 6, a. 1, et 2).

Presupuesta esta doctrina, fácil cosa es deducir la conveniencia perfecta de que la Madre de Dios hecho hombre fuese virgen. ¿Qué es, en efecto, la virginidad para estos grandes

doctores? Una imitación de la vida de los ángeles. Las vírgenes, según el sentir de San Agustín, tienen en la carne algo que no es de la carne y, por consiguiente, algo que es más del ángel que del hombre: Habent aliquid jarn non carnis in carne (S. August., L. de S. Virgin., n. 12. P. L„ XL, c. 402). La virginidad es, pues, como intermedia entre los espíritus puros y los cuerpos y, respetando nuestra naturaleza humana, nos acerca a la naturaleza de los ángeles. De aquí proviene que, en el lenguaje del pueblo cristiano, las vírgenes lleven el nombre de ángeles, porque la virginidad, elevando a los hombres sobre los cuerpos mediante el menosprecio de sus placeres, de tal manera ensalza a la carne que, en algún modo, la iguala a la pureza de los espíritus.

San Jerónimo, o, por mejor decir, el autor del sermón de la Asunción publicado entre sus obras, participa de estas ideas, cuando dice: "Convenía que un ángel fuese despachado a la Virgen María para anunciarle el misterio, porque siempre hubo un linaje de parentesco íntimo entre las naturalezas angélicas y la virginidad. En verdad, vivir en la carne como quien no está en la carne, no es vida de la tierra, sino del Cielo. Por lo cual es mayor mérito llevar en la carne la vida de los ángeles que poseer su naturaleza. Ser ángel es una felicidad; pero es una virtud ser virgen, cuando la virgen se esfuerza en obtener por gracia lo que el ángel posee por esencia" (Serm. de Assumpt., in Mantissa S. Hier., ep. 9, n. 6. P. L., XXX, 126, sp.).

Hermosos son, en verdad, estos pensamientos del piadoso autor. Quizá los tomó, en gran parte, de San Pedro Crisólogo. Mas, sea de esto lo que fuere, he aquí el comentario de este gran doctor sobre las siguientes palabras del Evangelio: "El ángel Gabriel fué enviado a una Virgen" (Luc., I, 27, sq.). "La virginidad fué siempre la aliada (cognata) de los ángeles. Y es que vivir en carne como si no se tuviese carne, no es vida de la tierra, sino del Cielo. Y si queréis creerme, más vale adquirir la gloria de los ángeles que poseerla. Ser ángel es una dicha; ser virgen es virtud. Porque la virginidad obtiene con su esfuerzo lo que el ángel tiene por naturaleza. Por lo demás, los ángeles y las vírgenes cumplen un oficio no humano, sino divino" ("Semper est angelis cognata virginitas. In carne praeter carnem vivere non terrena vita est, sed coelestis. Et si vultis scire, angelicam gloriam adquirere, majus est quam ha-bere; esse angelum felicitatis est, virginem esse, virtutis. Virginitas enim hoc obtinet viribus quod habet ángelus ex natura. Angelus ergo et virgo divinum agunt officium, non humanum." (S. Petr. Chrysol., Serm. 173, de Annunt. 2, P. L., LII, 683.)).

Después de lo dicho, ¿quién no ve la parte que corresponde a la virginidad en la Encarnación del Verbo hecho hombre? Muy bien ilustra esta materia San Gregorio Niseno en su tratado sobre la Virginidad (S. Gregor. Nyssen., de S. Virginit., c. 2. P. L., XLVI, 321, sq.). Después de habernos mostrado la virginidad como una de las más admirables perfecciones de Dios: el Padre, virgen, pues que engendra sin corrupción; el Hijo y el Espíritu Santo, vírgenes, porque, son la pureza por esencia, y la pureza y la virginidad corren pareja: el santo Doctor, prosiguiendo su elogio de la virginidad, añade: "Aunque la virginidad sea atributo principal de la naturaleza incorpórea y divina, Dios, en su inmensa benignidad para con los hombres formados de carne y sangre, quiso que la virginidad les tendiese la mano, es decir, los hiciese partícipes de su pureza, para levantarlos de su abyección y conducirlos a la contemplación de las cosas celestiales. Ved por qué Jesucristo Nuestro Señor, de quien toda castidad se deriva y fluye como de su manantial, entró en el mundo fuera de las leyes comunes para que el modo de su origen fuese la prueba sensible y viviente de tan alto misterio, pues sola la virginidad era capaz de demostrar el advenimiento de Dios entre nosotros... Tal es, pues, la virtud de la

virginidad: mora en los cielos en el Padre de los espíritus, alegra a los espíritus celestiales, trae a los hombres la salvación. Por ella, Dios entra en comunión de vida con los hombres y da a los hombres alas para volar y remontarse a los cielos; ella es el vínculo sagrado de la conversación familiar del hombre con Dios, y mediante ella se conciertan y hermanan cosas tan alejadas por su naturaleza" (Pues que la ocasión es propicia, no callaremos otra consecuencia que se deduce de la misma doctrina. Más de una vez hemos recordado esta otra fórmula de los Santos Padres. María concibió el Verbo en su mente antes de concebirlo en su cuerpo. Prius mente quam carne concepit. ¿Quién no ve cómo esta fórmula se deduce del principio que domina en toda la economía de la Encarnación? A la carne por el espíritu, tal es el orden del descendimiento del Verbo. En cuanto a nosotros, a la carne de Cristo pertenece el elevarnos hasta el Espíritu, es decir, hasta la divinidad. Estas mismas ideas sugirieron al Angel de las Escuelas una de las razones del mensaje angélico: "Cura mens Deo vicinior sit tuam Corpus non decebat ut Dei sapientia ejus umuum inhabitaret, cujus mens cognitione Verbi incarnati non resplenderet, et ideo non decuit eam ignorare quod in ea fiebat, sed oportuit hoc sibi annunciari." (In III Sent., D. 3, q. 13, a. 1.)).

De manera que la virginidad hace, en su manera, el oficio del espíritu en el venturosísimo misterio de la Encarnación, porque se interpone, en cierta forma, entre el Verbo, espíritu soberanamente puro, y la carne, para adaptar el uno al otro. Y ésta es la razón porque la humanidad de Cristo debía permanecer virgen; y ved también por qué la Madre de Dios, que le suministró su substancia, habrá de aventajarse a todas las vírgenes en esta celestial virtud. Le era necesaria una carne espiritualizada, angelizada, "angelificata caro", según la expresión ya citada de Tertuliano.

Y era también necesario que María permaneciese virgen, siempre virgen, después de su parto. Así lo pedía —dice Santo Tomás-la gloria del Padre, gloria que hubiera sido indignamente ultrajada si el Hijo, que basta para saciar las infinitas complacencias de Dios, no bastara para complacer plenamente a la criatura. Y lo piden también la gloria del Hijo y del Espíritu Santo. La gloria del Hijo, porque su perfección es tanta, que por ella es el Unigénito del Padre; y ¿cómo no ha de ser, por la misma, el Unigénito de su Madre? La gloria del Espíritu Santo, porque, ¡qué profanación si el templo que él mismo se escogió, si el tabernáculo que él mismo fabricó para realizar el más grande y sagrado de los misterios, hubiera padecido algún contacto vergonzoso!...

Pedían la virginidad de María, después de su alumbramiento, su propia gloria y la de San José: su gloria, porque no hubiera podido, sin incurrir en sacrilega ingratitud, entregar una virginidad tan milagrosamente conservada y tan divinamente honrada; la de San José, pues hubiera sido criminal presunción empañar, aunque fuera sólo con un pensamiento, el resplandor purísimo de una virginidad cuyo custodio había sido constituido y cuya causa y cuyo valor conocía muy bien (S. Thom., 3 p. q. 28 a. 3; Petav., de Incarnat., L. XIV, c. 3. n. 11.).

Y así vemos que todo se reduce, como a su centro, a la divina maternidad; todo converge en ella, así los privilegios del cuerpo como los del alma.

Pero no basta decir que la divina maternidad le valió a María la prerrogativa de la virginidad perpetua. Los Santos Padres unánimemente atestiguan que, por la maternidad divina, la virginidad se hizo más santa, más inviolable, más perfecta, más sagrada. Y si os costare trabajo el creerlo, oíd a San Pedro Crisólogo, que habla así a María: "En la Concepción de tu

Hijo, y por su nacimiento, tu castidad creció, tu integridad se fortificó, tu virginidad se consolidó" ("in tuo conceptu, in tuo partu, aucta est castitas, integritas roborata est, et solidata virginitas" (San Petr. Chrysol., serm. 142, in Annunc. B. V. M. P. L., LII, 581). "Cristo, con su Concepción y con su nacimiento, selló más fuertemente el seno bendito de su Madre, porque el que se hizo carne en Ella es el Verbo de Dios" (Hesych., hom. 5, de S. M. Deip., P. G., XCIII, 1461; col. Joan. Euchait. ep., de Dormit. Deip., n. 10. P. G., CXX, 1085).

Aduciremos aun otros dos textos en que la misma doctrina se expone con singular velocuencia. El primero se atribuye a san Epifanio, aunque, más probablemente, es de un orador griego a quien se dió el nombre de aquel santo Padre, según ya antes advertimos: "Santísima Virgen —le dice a María—, dígnate enseñarnos cómo produjiste este divino brote; cómo, recibiendo en Ti al Verbo Eterno, mostraste a la tierra, en tu persona, una Madre de Dios. Yo —responde María— engendré al Emmanuel en mi seno, fui convertida en templo del Verbo, permaneciendo pura y sin mancha, como un trono de querubín... No conocí a hombre alguno y engendré a Cristo, Dios e Hijo de Dios. Aun soy virgen y más pura que lo era antes de mi feliz alumbramiento... La naturaleza humana no concibe este misterio; sólo Dios lo comprende, Dios, que habita en mí" (Existimatus Epiphanius, or. de Laudie. S. M. Deip. P. G., XLII, 497).

El segundo texto lo tomamos de una obra que citamos, que, por su valor, fué atribuido a San Jerónimo: "María —dice el autor— es, por gracia y por mérito, y no por naturaleza, más que virgen y más que criatura humana. Pueden las otras vírgenes seguirla hasta la abstención de toda obra de carne. Pero, desde el mensaje angélico, todo lo que en Ella se obra es divino... Hasta aquel momento, el seno de la Virgen era puro, inmaculado, sin mancha ni impureza; pero le quedaba algo de la bajeza (vilitatis) de la humanidad. Era como una lana de una blancura admirable, pero que tenía todavía su color nativo. Que la sangre del murex la penetre y la lana se tornará púrpura real. Pues así, desde que el Espíritu Santo descendió sobre María, volvióse púrpura divinamente apta para revestir al Rey supremo de todas las cosas. Desde entonces es una mujer que Dios se reserva únicamente para Él. Hasta entonces excedía incomparablemente a todas las vírgenes de la tierra...; pero, una vez que fué llena de gracias, inundada por el Espíritu Santo, envuelta toda entera por la virtud del Altísimo, fué inmensamente más rica, más gloriosa en méritos, más eminente en pureza; de tal suerte que, repitámoslo de nuevo, ya no tuvo aptitud sino para usos divinos" (Serm. de Assumpt., in Mantissa S. Hier., ep. 9, n. 8. P. L-. XXX, 129).

Expresiones aún más vigorosas hallamos en San Ildefonso: "A esta mujer —dice—, la Concepción del Hijo de Dios la hizo Virgen, y su parto la conservó Virgen.. ., de tal manera, que es la eternidad de la virginidad" (S. Ildephons. Tolet., 1. de Virginit. perp. S. M. P. L., CVI, 95. "Porro, cum ad divinam hane (Filii Dei) generationem etiam condigna mater requirebatur, ecce magnum illud donum, eximiusque fructus hujusce nostri generis, communis ista naturae gloriatio, singulare hoc in hominibus portentum, omnium quae in mundo sunt, pulcherrium, quae tuno quidem virgo erat pura et ¡Ilibata, deinde vero mulier multo purior, quippe cpuie puritatem suam per ipsurn partum puritate incomparabiliter splendidiori exornavit." (Joan Euchait., ep., serm. in S. S. Deip. Dormit.. n. 10. P. G., CXX, 1.085.)). Por tanto, con razón la Iglesia, en sus oraciones litúrgicas, afirma del Hijo de María que, "nacido de una Virgen, no disminuyó la integridad de su Madre, sino que la consagró" ("Natus de Virgine, Matris integritatem non minuit, sed sacravit." (Missa de Purit. B. M. V.)).

Y ¿por qué estas expresiones de tanta fuerza? Para que entendamos cuán necesario era que María permaneciese virgen después de haber concebido al Hijo eterno del eterno Padre: hasta qué punto el poder y el corazón de Dios velaban para preservarla de toda impureza y de toda mancha. Un vaso en el que se ha consagrado la Sangre del Señor, ¿no es, por esto mismo, más santo y menos apto para usos profanos?

II. La primera consecuencia que ha de inferirse de lo dicho es que María fué tanto más virgen cuanto fué más madre, y tanto más madre cuanto fué más virgen.

Otra consecuencia es que María, aun dejada aparte la Concepción inmaculada, que la libró de la común maldición contra la mujer (Gen., III, 16), había de ser exceptuada de los dolores con que las otras madres pagan el honor y la alegría de serlo. Y nótese bien que no es esta doctrina una de esas opiniones que entre los católicos pueden discutirse libremente: la tradición es unánime, y unánime también el sentir de todas las Iglesias cristianas, sea cual fuere su nombre particular. Latinos, griegos, armenios, sirios, coptos, todos con una sola voz, desde los tiempos más remotos, afirman, por medio de sus doctores (Para demostrar cuán unánime ha sido sobre este punto la autoridad de los Santos Padres, citemus algunos de los que explícitamente enseñan este privilegio de María: S. Zenón, serm. de Nativit. 2, P. L., XI, 403; S. Ambros., in Psalm. 47, n. 11, P. L. XIV, 1150; S. Greg. de Nac., in carmine de Christe patiente, v. 63, 64, 70, P. G., XXXVIII, 142; S. Greg. de Nis., or I. de Resurrect., P. G., XLVI, 604; S. Joan. Damasc., de Fide Orthod., L. IV. c. 14. P. G., XCIV, 1160; Venant. Fort., Miscell., L. VIII, c. 7. P. L., LXXXVIII, 282; S. Petr. Dam., serm. 3 de Nativit. M., P. L., CXLIV, 760; Rupert., 1. XIII, in Joan., ad 19, 25, P. L. CLXIX, 189, etc.) y de la Sagrada Liturgia (Testigo es este responsorio del Breviario Romano: "Nesciens mater virgo virum, peperit sine dolore". (Post lect. 8, in circuncis. Dom.)), que la gestación virginal de la Madre de Dios estuvo exenta de trabajo, y su parto, de todo dolor.

La primera y principal causa de este privilegio hállanla en la excelencia misma del fruto bendito de esta Madre divina. ¿Qué turbaciones ni qué dolores podía producir en la carne de María aquel que es la Luz y que salió del seno materno como el rayo de sol que atraviesa el más puro cristal? La seguda causa, la que con más frecuencia aparece en los textos, es el modo virginal con que fué conncebido nuestro Salvador. "La Virgen —dice San Agustín— no Concibió en medio de los ardores de la concupiscencia, sino en medio del fervor de una fe llena de caridad" ("Non concupiscentia carnis urente. . . sed fidei charitate fervente." (Serm 214, n. 6, P. L., XXXVIII, 1069). Estas palabras fueron repetidas por un antiguo autor, casi textualmente, en un tratado contra los judíos ("Virgo concipiet non ex ardore carnis, sed ex amore divino... et quia non erit vitium in conceptu, nec difficultas in partu; quia virgo concipiet et virgo pariet." (Trac. Judaeos, n. 74, apud Marten. Anecdot., t. V, p. 1565.) Pueden verse multitud de textos semejantes en el P. Pansaglia, de Inmac. Deip. Conceptu, n. 1492 et sqq.), y de las misma saca la consecuencia que nosotros queremos poner de relieve.

San Bernardo, por no hablar de otros muchos, celebró con grande elocuencia este privilegio de la Virgen Madre: "Gran cosa es ser virgen; pero es cosa mucho más excelsa ser juntamente virgen y madre. Ahora bien; era justo que sola Aquélla no sintiese los desfallecimientos que sufren todas las mujeres, que sola concibió sin delectación sensual. Ved por qué, en los principios de su admirable embarazo, cuando las otras madres son duramente probadas, María fuése alegremente a la montaña para asistir a su prima Isabel. Y cuando era ya inmi-

nente la hora de su parto, fuése a Belén, llevando su precioso depósito, llevándolo como carga ligera; llevando a Aquel que a Ella misma la llevaba, portans a quo portabatur.. . Sola entre las hijas de Adán exenta de la maldición que pesa sobre toda mujer que da un hombre al mundo" (San Bernard., de 12 Praerogat. B. V. M., n. 9. P. L., CLXXXIII, 434. "Virginitatis primiceria, sine corruptione fecunda, sine gravamine gravida, sine dolore puerpera."). "Yo he parido sin parir —hace decir a María el autor de la Tragedia de Cristo paciente—; es decir, yo he sido libertada del trabajo, de la corrupción, del dolor, del mismo modo que desconocí el deleite, neque voluptatem novi" (Christus patiens, vers. 63-65. Esta tragedia, publicada entre las obras de San Gregorio Nacianceno, según algunos es de Gregorio de Antioco. P. G., XXXVIII, 141).

Así, pues, no fué María de quien dijo el Señor: "Cuando una mujer da a luz, está triste porque ha llegado su hora" (Joan., XI, 21). ¿Por qué había de estar triste esta mujer, por siempre y para siempre bendita? Las otras madres dan la vida a delincuentes que llevan el pecado en sus entrañas, hijos de ira, enemigos de Dios. Mas Ella trae a la tierra al Santo de los Santos, al Hijo amado de Dios, al que es remedio de todas las miserias y fuente universal de todas las dichas en el tiempo y en la eternidad. Y por esto, el nacimiento del Salvador fué anunciado por los ángeles como causa de alegría para el cielo y para la tierra: Annuncio vobis gaudium magnum (Luc., II, 10, sq.). ¿Era posible que, dando María al mundo al que es principio de todas las alegrías y de todos los gozos, no participase Ella, la primera y con medida inefable, de la alegría y del gozo de toda la creación?

Tercera consecuencia: No sin razón los Santos Padres saludaron a María como a la sola Virgen, después de haberla saludado como a la sola Hija y sola Esposa de Dios. "¡Oh, Tú, la Virgen única, que engendraste en la carne al Cordero y al Señor!", cantan los griegos en su Menologios (Men. Graec., 7 nov., od. 7; 24 april., od. 3; etc.). No porque no haya otras vírgenes: las hay, y son como flores numerosas que crecen en el jardín del Esposo, sino que María es Virgen de una manera singular y en un grado al que ninguna otra podrá llegar jamás. Sola Virgen; por tanto, Ella es la Virgen por excelencia, la Virgen sin restricción, como su Hijo es el Santo, el Maestro y el Señor. Ella es la "Virgen más sublime que toda virginidad" (S. Ephrem, orat. ad Deip., III (graece), 537). La Reina de las vírgenes, la Virgen de las vírgenes, el arquetipo y el modelo de la virginidad (Cf. Passaglia.. de Inmacul. Deip. Conceptu, sect. 6, n. 1.534, sqq.); la Virgen a quien las otras vírgenes se unen y adhieren como las ramas al árbol que las sustenta (S. Athan.. Fragmen. in Luc., P. G., XXVII, 1394. "Primiceria et ductrix virginum". dice Fulberto de Chartres, serm. ad popul. 6, in Ortu Almae Virg., P. L., CXLI, 330).

Estos títulos, por excesivos que sean, no bastan a la Iglesia. ¿Qué hará para encarecer y ponderar aún más la idea que expresan? Lo que nosotros hacemos cuando se trata de Dios, cuando decimos de Él que no sólo es bueno, santo, sabio, sino que es la misma bondad, la misma santidad, la sabiduría misma. Juan fué virgen, el Precursor fué virgen, y ¡cuántas vírgenes, después de ellos! Pero María es la virginidad. El Pontifical Romano, en el Prefacio que canta el Obispo en la Consagración de las vírgenes, llama a Jesucristo "el Esposo y el Hijo de la virginidad perpetua". "Santa e inmaculada virginidad —canta también la Iglesia—: yo no sé con qué alabanzas ensalzarte; porque Aquel a quien los cielos no podían contener, Tú lo tuviste encerrado en tu seno" ("Sancta et inmaculata virginitas... quem coeli capere non poterant tuo gremio contulisti."). Y no son de fecha reciente estas expresiones. Remontando el curso de los siglos, las hallamos en San Juan Damasceno, que glorifica a Santa Ana por haber dado a luz a la virginidad personificada (San Joan. Damasc., in Nativit. B. V. M. n. 5. P. G. CXVI, 668),

y aun antes, en los escritos de San Efrén y en algún otro monumento eclesiástico (S. Ephrem., de Nativ. Dom., serm. 5. Opp. II (syriace), p. 49. Cf. Thesaur. hymnol., I, p. 2. A los títulos citados se pueden añadir estos otros: "Virgo primitiva, Virginum vexilliffera, Virginitatis magistra, Virginitatis primiceria, Virginitatis primipila, Virginitatis typus et forma, Virginitatis corona, etc." Cf. Contensoni, Theolog. Mentis et Cordis, II, Mariologia, specul. 3, p. 193).

Ya dejamos advertido, al hablar de la inmaculada Concepción, cuál es el significado de estos títulos y cómo son testimonio de la pureza absoluta de alma, y tanto más aún que de la Santa Virgen. Por esto María es llamada, no sólo la siempre Virgen, sino la siempre Santísima Virgen.

Así, pues, Reina de las vírgenes, la Virgen por excelencia, la toda y siempre Virgen, la Santísima Virgen, la Virgen de las vírgenes, la Virginidad misma: tales son los títulos que se dan a María en la Iglesia de Dios. Y son tan grandes y tan llenos, que vamos a resumir en pocas palabras lo que encierran en su significación.

Y lo primero es que María es virgen de cuerpo, virgen de alma y de corazón, como no lo fué ni lo será jamás ninguna otra criatura. Otras mujeres se conservan limpias de toda mancha corporal; pero solamente María dejó de sentir el aguijón de la carne, porque sola Ella dominaba como Reina sobre todos los movimientos de los sentidos; además, sola María juntó con la virginidad corporal la virginidad perpetua del alma; en una palabra: sola María fué tan pura, que jamás se viese en Ella mínima falta.

Lo segundo es que María fué juntamente Virgen y Madre; que dió a luz en la virginidad al Esposo, Virgen de las vírgenes; prodigio tanto más inconcebible cuanto que su maternidad, lejos de marchitar la virginidad, la consagró, la confirmó, la hizo, en una palabra, lo que realmente fué: una virginidad no sólo inviolada, sino también inviolable.

Otro significado de los dichos títulos: María fué la primera que levantó el estandarte sagrado de la virginidad ("Egregia igitur Maria quae signum sacrae virginitatis extulit, et intemperatae integritatis pium Christo vexillum erexit", dijo San Ambrosio, L. de Instituí. Virg., c. 5, n. 35 P. L. XVI, 314). Otras, antes que Ella, habían sido castas: otras habían despreciado el placer de los sentidos; ninguna había amado la virginidad hasta el punto de escogerla desde su tierna edad para compañera inseparable de toda la vida; ninguna, sobre todo, había sellado su elección con el sello de un compromiso sagrado y perpetuo.

En cuarto lugar, aquellos títulos tienen este sentido: María, la más excelente de las vírgenes, ha sido, después de Jesucristo, semilla y fermento de la virginidad en la tierra. Y así vemos cómo desde los primeros tiempos de la Nueva Alianza las vírgenes, formando muchedumbres, se apresuran a seguir los pasos de su Rey Jesucristo, corriendo tras el olor de sus perfumes. La Iglesia, que es otra Madre Virgen de Cristo en sus miembros, en todas las épocas de su historia nos presenta, como una de sus glorias, vírgenes innumerables. Pero las conduce a Jesucristo, llevándolas tras las huellas de la Santísima Virgen: Adducentur Regi virgines post eam (Psalm. XLIV, 15). Mas no sólo la siguen, sino que Ella es quien las guía; Ella quien las atrae con su ejemplo, con su hechizo, con las luces y santas impresiones que les alcanza de su Hijo, de tal suerte, que allí donde Ella no es conocida ni amada, no vive la virginidad o sólo se da una sombra de virginidad (Albert. M., Quaest. in Missus est, q. 143. Opp., XX, 95).

Por último, esta Madre Virgen es el modelo conforme al cual han de formarse las vírgenes cristianas. Cosas admirables han escrito los Santos Padres acerca de esta materia. No hay un solo tratado sobre la virginidad, y son muchos los que escribieron, en el que María no aparezca como dechado y ejemplar de esta virtud. Citemos, por decirlo así, al azar a San Ambrosio (L. II de Virgin., c. 2. P. L., XVI, 208, sqq.). La carta a Paula y Eustochium sobre la Asunción de la Bienaventurada Virgen María (S. Hieron., Mantissa, ep. 9, n. 16, sqq. P. L., XXX.); San Agustín (S. Augustin., 1. u. de S. Virginit.), etc.

Piadosísima y tiernísima es esta página que a Santo Tomás de Villanueva inspiró su amor hacia la Santísima Virgen: "¿Cómo se hará esto, pues yo no conozco varón?, pregunta Ella. ¡Oh, solicitud admirable de su pudor! ¡Oh, amor inestimable de la castidad! Un ángel la proclama Madre de Dios, y Ella se inquieta por su virginidad; va a recibir a Dios por Hijo, y se preocupa por su integridad... ¡Tan grande era su amor a la santa pureza! Pero ¿de dónde le viene este culto religioso, tan nuevo en el mundo? ¡Oh, María!, ¿quién te ha enseñado que el pudor virginal agrada tanto a Dios? ¿En qué escuela has aprendido a poner por cima de todo la gloria de permanecer virgen, de tal manera, que no consientas en ser Madre de Dios sino con la condición de ser Virgen Madre? La Ley no te había dado esta lección; la antigüedad tampoco te había dado este ejemplo... ¿Dónde, pues, leíste o aprendiste que la virginidad agrada tanto al corazón de Dios? ¡ Ah!, es que el Omnipotente Verbo de Dios fué tu Maestro antes de ser tu Hijo; te tuvo por discípula antes de tenerte por Madre; había llenado tu espíritu antes de que le recibieras en tus entrañas.

"Tuya es, Virgen Regia, la primacía entre las vírgenes; Tú eres su guía y su maestra primera. Forma de la virginidad, institutriz de la virginidad, Tú fuiste quien fundó esta sagrada religión. ¡Oh, vírgenes, qué maestra tenéis! No es ni de Agustín, ni de Benito, ni de Francisco, ni de Domingo, ni de ningún otro Santo Padre el honor de haber instruido esta forma de vida tan divina. La Sacratísima Virgen, la Madre de Dios, fué la primera que entró por este camino, la que lo dió a conocer a los hijos de Adan. Ella fué la primera que enseñó a los hombres a guardar celibato perfecto, a llevar en la carne una vida enteramente angélica, a competir en pureza con los espíritus celestiales. Ella, la primera que ofreció a Dios su virginidad, y con su ejemplo incitó a los demás a hacer la misma ofrenda... ¡Virgen pura, Virgen única, Virgen singular!, verdaderamente singular y verdaderamente unica; porque, en comparación de Ella, ninguna otra es virgen; en comparación de su virginidad, toda otra virginidad es mancha. ..

"En efecto, ¿cuándo hubo otra virgen que nunca sintiese las imaginaciones perturbadoras ni los fastidios de la carne? Para las demás no es poco el vencer, no es poco el no sucumbir. María, toda entera y totalmente es Virgen: virgen en su carne y en su espíritu, virgen en su mirada y en su contacto, virgen en sus pensamientos y en sus afectos, virgen en sus palabras y en sus obras...; virgen, plenamente virgen, plenamente pura, inmaculada; de tal manera virgen, que virginizaba, si es lícito hablar así, a los que la contemplaban. En Ella había una virginidad que, según expresión de un profeta, hacía germinar vírgenes: virgines germinans (Zach., IX, 17). ¡Cosa prodigiosa, gracia admirable! Aunque Ella fué la más hermosa de las mujeres, su hermosura no hería las almas, sino que las santificaba. En fin, para decir en una palabra todo lo que yo siento de esta Virgen, su cuerpo no era tanto un cuerpo de carne como un purísimo cristal: tan desterradas de María y de su cuerpo estaban la menor mancha, la menor impureza. Tal es la pureza de María, tal su virginidad, y por esto agradó tanto al Altí-

simo, que fué más amada que todas las demás criaturas, y fué escogida para ser la Madre de Dios" (S. Thom. de Villan., in festo Annunc., conc. 1, n. 5 et 6. Concien., II, 182 sqq.).

III. Antes de pasar a tratar de otros privilegios, digamos algunas palabras acerca del matrimonio de la Santísima Virgen, y mostremos cómo se pudo conciliar con el voto de virginidad que tenía hecho. Que hubo entre María y José matrimonio, en el sentido estricto de la palabra, es una verdad que resalta del texto mismo del Evangelio, y que no es lícito ni negar ni poner en duda. La maternidad de María lo pedía: era menester que ninguna sospecha pudiera empañar, ni aun ligeramente, el honor del Hijo o el de la Madre; era necesario que, si alguna vez el honor se ponía en litigio, hubiese un testigo, el menos sospechoso y el más autorizado, que pudiese testificar de la integridad; era necesario también que los dos, Jesús y María, hallasen una ayuda en su flaqueza. Y ¿qué ayuda más conveniente para María que la de su esposo, y qué ayuda más conveniente para Jesús que la que le viniese de un padre putativo?

Cierto que Dios podía, si quisiera, proveer a esas necesidades en otra forma, pues nada le es imposible. Mas como sabemos, dice bien a la sabiduría de Dios el usar los medios más sencillos y suaves antes de recurrir a los extraordinarios; y esto era lo que pedía el orden de los designios de Dios cerca de su Hijo. En efecto, había decretado que, antes que se revelara al mundo como Mesías prometido, como Dios Salvador, viviese largos años en la obscuridad de una vida común y escondida. Los libros apócrifos nos presentan al Niño Jesús entretenido desde su infancia en hacer milagros, como jugando a obrar maravillas (Sobre todo el Evangelio de la Infancia, falsamente atribuido a Santo Tomás apóstol, libro que fué muy estimado de los Maniqueos); pero el Santo Evangelio nos lo muestra como hijo obediente y humilde trabajador. Por consiguiente, no era necesario el esplendor de los prodigios para poner a la Virgen y a su Hijo a cubierto de suposiciones injuriosas. Revelando la virginidad de María hubiera manifestado antes de sazón la grandeza de Jesús. Qué se necesitaba, pues, para conseguir juntamente estos tres fines? Obscuridad para Jesús, reputación sin mancha para su Madre, asistencia amorosa y abnegada para los dos: el velo de un matrimonio puro y santo, la unión de un esposo virgen con una Madre Virgen.

Esta es la razón; ésta la naturaleza de este matrimonio único. Matrimonio verdaderamente celestial, nupcias espirituales que la tierra no había conocido y que, sin embargo, encierran todos los caracteres de una verdadera y legítima unión conyugal.

Bossuet, en su primer panegírico sobre San José, trató maravillosamente esta materia, siguiendo a San Agustín. El uno y el otro están de acuerdo en reconocer en la unión de José y María los tres vínculos que constituyen la perfección del matrimonio. "Este sabio Obispo (habla Bossuet de San Agustín) advierte, ante lodo, que en el matrimonio hay tres vínculos: primeramente, el contrato sagrado por el que aquellos a quienes une se entregan enteramente el uno al otro y viceversa; en segundo lugar, se da el amor conyugal, por el cual se ofrecen mutuamente el corazón, que ya no puede dividirse y ni arder con otras llamas; por último, se da el vínculo de los hijos, que son la tercera ligadura, porque, viniendo el amor de los padres a reunirse, en cierto modo, en los que son fruto común de su matrimonio, queda el amor ligado con una atadura más fuerte. San Agustín descubre estas tres cosas en matrimonio de San José, y nos muestra que todo concurría a guardar la virginidad" (primer paneg. de San José, primer punto; San August., c. Julián., 1. c. 12, n. 45. P L. 810 XI.IV. 810.).

Remitiendo al lector a las explicaciones del elocuente panegirista, nos limitaremos a considerar el primer vínculo, es decir, el contrato, pues en éste consiste la esencia del matrimonio. ¿Cómo José y María pudieron entregarse el uno al otro, con esa entrega propia de los verdaderos esposos, si el voto de virginidad les imponia obligación estricta de conservar sus corazones y sus cuerpos limpios de toda voluntad y de todo contacto que desdijese de la santidad de sus promesas?

Se desvanecería por sí misma la dificultad si supusiéramos, como algunos lo han hecho, que el voto de virginidad perpetua, tanto en San José como en la Santísima Virgen, fué posterior a su Matrimonio. Mas no parece admisible tal suposición, por lo menos en lo que toca a María. Los teólogos escolásticos, por no hablar ahora de los autores ascéticos, estiman, y muy justamente, que María tenia hecho este voto desde su más tierna infancia, con voluntad plena. ¿Es posible admitir que la Reina de las vírgenes, superior en todo lo demás, no lo sea en este punto a tantas otras vírgenes, guiadas del Espíritu Santo, consagraron a Dios la flor de sus años? Es creíble que el Espíritu Santo se descuidase preparar desde entonces a María para el altísimo honor de ser su esposa, mediante el compromiso irrevocable de permanecer virgen?

Los Santos Padres no trataron de intento esta cuestión; pero, entre todos los que escribienro del voto de virginidad hecho por la Madre de Dios, ni uno sólo lo refiere al tiempo que siguió al matrimonio con San José. Por el contrario, sea cual fuere la época de su vida en la que la contemplen, siempre ven en esta Virgen una ofrenda consagrada a Dios: donarium Deo consecratum (Pueden leerse sus discursos acerca de la Presentación de María en el Templo. Al mismo tiempo que sus padres la ofrecen, Ella se ofrece a sí misma, pero sin restricción ni límite, y lo hace bajo la acción del Espíritu Santo que en ella habita y la mueve. Tenemos ya un propósito de virginidad perpetua, pero un propósito que había de ser confirmado por la religión del voto; tan irrevocable y completo fué. El evangelio apócrifo conocido con el nombre de Protoevangelio y que en la edición griega lleva por título "Historia de Santiago acerca del nacimiento de María", título modificado y ampliado en la edición latina publicada hacia el fin del siglo V hasta convertirse en "Libro del nacimiento de la bienaventurada María y de la infancia del Salvador, escrito en hebreo por el bienaventurado Mateo"; este evangelio, repetimos, afirma expresamente, en el texto griego y en el texto latino, que María desde su estancia en el templo estaba ligada con el voto de virginidad. Ahora bien, como este apócrifo se sacó, según se cree, de un "libro de Santiago", relativo a la infancia y al matrimonio de María, compuesto en el siglo II, compruébase cuan antigua es la tradición a que nos referimos, aunque no es asegurar su plena autenticidad).

En cuanto a San José, es cosa muy razonable creer que también estaba ligado con un voto semejante, aunque no puede afirmarse con igual certeza. No eran usuales tales votos entre los judíos; pero, ¿por qué el Espíritu de Dios, que desde toda la eternidad había predestinado al justo José para que un día fuese esposo de la Virgen Madre, venturoso y digno testigo de su virginidad, no había de inspirarle eficazmente el mismo amor a la castidad perfecta. y la misma consagración de sí mismo al culto de esta virtud?

Sea lo que fuere del voto de San José, cuando María consintió en recibirlo por esposo había recibido del Cielo seguridad de que su virginidad tendría en él un custodio fidelísimo. ¿Y por qué no hemos de añadir que, aun después de haber recibido esta seguridad, no aceptó

la alianza matrimonial con San José antes que el Espíritu Santo, que en todo la guiaba, le manifestase claramente cuál era la voluntad de Dios? Poco hace al caso que los dos esposos mutuamente se hubieran comunicado o no la santa resolución que habían tomado, si el uno y el otro estaban advertidos, por un instinto divino, de que su virginidad, lejos de hallar obstáculo en su purísimo matrimonio, hallaría asistencia y protección. Tampoco es de mucho momento el investigar si la Ley antigua aprobaba o no una virginidad perpetua, que hubiera de guardarse, ya fuera del matrimonio, sea dentro de la vida matrimonial. Ningún texto hay que demuestre la desaprobación. Como quiera que sea, bien podía el autor de la ley levantar prohibiciones que él mismo había puesto. Por tanto, nada impedía que San José y la Santísima Virgen contrajesen matrimonio válida y legítimamente.

Fué válido su matrimonio, porque la validez de la unión matrimonial no depende de los actos que ella misma da derecho de ejecutar (En efecto, una cosa es la posesión de un derecho, y otra el ejercicio actual de ese derecho), sino de la entrega libre y voluntaria que los esposos hacen de sí mismos mutuamente en las condiciones determinadas por la ley del contrato. Además, el matrimonio era legítimo, porque lo que en circunstancias ordinarias no sería legítimo ni permitido, tórnase justo y santo cuando Dios mismo manifiestamente lo inspira; porque, además, las partes contratantes coincidían en el mismo inmóvil designio de una unión virginal, y, por último, porque Dios salía fiador de su mutua fidelidad en el cumplimiento de las obligaciones contraídas para con Él (No es, pues, necesario para justificar esta unión, en la que las partes contratantes estaban ligadas para con Dios con un voto de continencia perpetua, recurrir a una teoría, muy probable en sí misma, según la cual los esposos pueden anexionar, al contrato por el que mutuamente se entregan, un compromiso también mutuo de justicia, en virtud del cual no se exigirá al uno del otro aquello que, atendida la naturaleza del matrimonio, sólo sería ejercicio de un derecho. Muchos han prohijado esta teoría, observando, con razón, que la unión de los esposos, aun mediando este pacto no sería inútil ni ilusoria, porque aún quedaría como efecto del matrimonio la comunidad debida, la asistencia recíproca y aún una salvaguardia de la castidad de los esposos, como quiera que uno de ellos tenía derecho estricto de conservar la virginidad del otro. Estos autores suponen, además, que ambas parte3 tenían fundada seguridad de que el pacto será siempre fielmente respetado. Repetimos que no es necesario acudir a esta solución, porque la intervención de Dios, que por sí mismo preparó la unión entre María y José, hacía absolutamente inútil cualquier pacto de este género).

Tal fué el sagrado matrimonio de José y de María: "dos virginidades que se unen (bajo la bendición de Dios) para conservarse eternamente la una a la otra por medio de una casta correspondencia de púdicos deseos" (Bossuet, ibíd); ambas fecundas, mas cada una en su orden: la virginidad de María, según la carne, porque su misma pureza hizo descender al Espíritu Santo sobre Ella para llenarla con un germen celestial; la virginidad de San José, según el espíritu, porque bajo su sombra, bajo su protección paternal, dentro de su dominio, el fruto virginal brotó y se desarrolló (De todo lo que precede se deduce que es poco el llamar a San José padre putativo y aun padre adoptivo de Nuestro Señor. La cosa es clara por lo que hace al primer título, porque tal título no dice sino que Jesús pasaba por hijo de San José. El segundo título, aunque algo añade al primero, no basta tampoco para expresar todo lo que San José fué respecto de Jesucristo. Un hijo adoptivo por su nacimiento es extraño a aquellos que lo adoptan; mas Jesucristo fué formado por el Espíritu Santo en las castísimas entrañas de la es-

posa de San José; por consiguiente, es nacido de este felicísimo matrimonio; porque hí el Espíritu de Dios hizo esta maravilla, fué por razón de la unión virginal que existía entre los dos santos esposos. La unión conyugal de los padres adoptivos no está ordenada por su naturaleza a la formación del hijo sobre quien recae la odopción; al contrario, cuando se trata del matrimonio de San José con la Santísima Virgen, tal matrimonio tenía por fin especialísimo, según los designios de Dios, el nacimiento y la educación del Hombre-Dios. En esto estaba su razón de ser. Por tanto, por estos dos títulos es algo más que un padre adoptivo, mucho más, incomparablemente más que un padre putativo. Tiene San José de la paternidad todo lo que es compatible con la virginidad, es decir, el amor paternal, la solicitud paternal, la autoridad paternal, y, por consiguiente, Jesucristo es en verdad el fruto común de este matrimonio. "Proles non dicitur bonum matrimonii in solum quantum per matrimonium generatur, sed in quantum in matrimonio suscipitur et educatur; et sic bonum illius matrimonii fuit proles illa, et non primo modo. Nec tamen de adulterio natus, nec filius adoptivus qui in matrimonio educatur, est bonum matrimonii; quia matrimonium non ordinatur ad educationem illorum, sicut hoc matrimonium fuit ad hoc ordinatum specialiter quod proles illa susciperetur in eo et educaretur." (San Thom., im IV, D. 30, q. 2, a. 2, ad 4.)).

Jesucristo es el trigo de los escogidos. Sembrado por el Espíritu Santo en esta tierra virgen y siempre bendita que pertenece a José, y confiado por el mismo Dios al cuidado lleno de abnegación y pureza de este varón justo, creció por la acción diligente y amorosa del castísimo esposo de María. ¡Qué horizontes tan luminosos nos abre esta consideración acerca de la pureza, dignidad, santidad, del bienaventurado Patriarca! Si a Dios pluguiere, estudiaremos estos magníficos privilegios y otros en un opúsculo aparte. Pero ¿cómo no mencionar ya aquí la sólida probabilidad de la doctrina que atribuye al Santo la confirmación en gracia por toda su vida y la exención, no de la raíz de la concupiscencia, pero sí de todos los movimientos y actos de la concupiscencia en ejercicio? ¿Sería esto demasiado para aquel que fué el esposo de la Reina de las vírgenes y que hizo las veces de padre del Verbo encarnado? (Cansúltese, sobre todas estas cuestiones, a Suárez, de Myster. vitae Christi, d. 6. aect. 2. "An Beata Virgo propositum virginitis servandae voto firmaverit, et quo tempore?" Item, d. 7, sect. 1: "Utrum Ínter Mariam et Joseph verum matrimonium intercesserit ?").

# LIBRO VII

## CAPITULO 1

### Crecimiento en gracia de la Madre de Dios

**La posibilidad y el hecho de este crecimiento.—Primer modo de crecimiento, o sea el "*opus operantis*", esto es, el mérito.—Que todas las condiciones del mérito se realizaron por manera excelente en la Santísima Virgen.—La cual no cesó de merecer desde el primer instante de su vida hasta el postrero.**

**I.** Hemos considerado lo que fue en el principio de su vida esta criatura de Dios, a quien la Iglesia llama la Santa, la Santísima, la toda Santa Virgen María. Hora es ya de que digamos de su crecimiento en la gracia: "*Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de*

*Dios y de los hombres*" (San Lucas II, 52).Estas pocas palabras, de San Lucas, son la historia de la Madre de Dios desde el momento de su Concepción inmaculada hasta el de su entrada en el Cielo. Según el Angel de las Escuelas, se han de distinguir en María tres santificaciones, o, usando sus mismas palabras, tres perfecciones de gracia. La primera, que se remonta al primer instante de la existencia de María, fue una perfección de disposición que la preparó para ser digna Madre de Dios. La segunda fue la perfección que causó en María la presencia del Sol de justicia, encarnado en sus entrañas. La tercera es la perfección consumada de la Gloria. Todo lo cual muestra, digámoslo una vez más, que en María todas las perfecciones se refieren a la maternidad divina.

Mas nadie piense que estos tres grados de perfección le fueron exclusivamente conferidos en los tres puntos culminantes de su carrera, de tal suerte que entre el uno y el otro no hubiese ni progreso ni crecimiento en gracia. Nadie, que sepamos, afirmó nunca que, en el intervalo que separa la primera santificación de la segunda, fuese un intervalo sin aumento de gracias ni de méritos Mas no puede decirse otro tanto del tiempo que medió entre la Encarnación del Verbo y el final de la carrera de su vida. Un autor eclesiástico de gran saber y de insigne virtud, Pedro el Venerable, Abad de Cluny, en una célebre carta que escribió al Monje Gregorio, estima que la gracia de la Virgen llegó a su ápice en el mismo día que el Verbo divino se encarnó en Ella. Desde aquel instante, el crecimiento en la tierra llegó a su término. "*Yo te saludo, **llena de gracia***", le dijo el Arcángel. ¿Puede añadirse algo a la plenitud? Tal era la razón que el piadoso Abad juzgaba perentoria.

No será cosa superflua transcribir aquí toda la doctrina de Pedro el Venerable acerca de esta grave cuestión. Veráse, que, aunque yerra en algún punto, tuvo altísima idea de las grandezas inconmesurables de la Madre de Dios. Uno de sus religiosos, llamado Gregorio, le propuso por escrito algunas cuestiones, entre las cuales figuraba ésta: "*La Virgen Madre, a quien se dijo:**"Yo te saludo, llena de gracia"**, y además: **"El Espíritu Santo descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra"**; esta Virgen en quien, según San Jerónimo —es decir, el autor del sermón sobre la Asunción de María al Cielo—, se acumularon las olas de la divinidad, **tota divinitatis unda**, ¿recibió el día de Pentecostés algún aumento de gracia ?*"

Pedro, en el principio de su respuesta, distingue dos géneros de gracias, las mayores y las menores, *charismata majora et charismata minora*. Las primeras se enderezan a la santificación personal de quien las recibe. De éstas escribió el Apostól:"*Ahora permanecen la fe y la esperanza y la caridad, estas tres; pero la mayor es la caridad*" (I Cor.. XIII, 13), la caridad, que perfecciona en nosotros la justicia; la caridad, hacia la cual las otras virtudes cooperadoras de la justicia se vuelven como las hijas hacia su madre; de la que emanan, como de su fuente, a la que se unen como las ramas coronadas de verdura a su tronco. De ella nace la castidad, de ella la humildad, de ella la sinceridad, de ella la obediencia y toda justicia; la caridad, don más excelente que todos los dones, gracia más excelsa que todas las gracias.

Las segundas son aquellas gracias que el Apóstol enumera en el capítulo XII de la misma epístola: gracia de profecía, gracia de milagros, don de lenguas, discernimiento de espíritus, etc. Estas son menores en comparación de aquéllas, porque ni la salvación ni la santificación dependen de su presencia en el alma. Por lo cual San Pablo, después de haberlas descrito, añade:"*Entre los dones, aspirad a los mejores; por esto voy a mostraros una vía más excelente*", la de la caridad. (I Cor., XII, 31; XIII, 1, sqq.) Por tanto, el problema que tenemos que resolver

presenta dos aspectos, según que se trate de las gracias de primer orden o bien de los privilegios menores que pertenecen al segundo.

Tomaremos de la carta de Pedro el Venerable solamente lo que se refiere al primer género de gracias: "*Cuando Gabriel saluda a María como llena de gracia, habla de la gracia por excelencia de la mujer. Y María, desde el día de la salutación angélica de tal manera quedó llena, que sería, no sólo temerario, sino absurdo el anteponer a ella a cualquier criatura de la tierra o de los cielos. Cierto, convenía que fuese adornada más excelentemente que todas las criaturas con la plenitud universal de la gracia y de las virtudes esta hospedería espiritual y corporal del Creador omnipotente; para que la Sabiduría de Dios, que según las Escrituras divinas... tiene sus delicias en habitar con los hijos de los hombres; para que esta Sabiduría, que no puede ni recrear ni complacerse sino en medio de las virtudes sagradas y de las afecciones santas, se recrease y se deleitase con la santa y sobreceleste Virgen, su Madre, incomparablemente más que en la universalidad de los hombres y de los ángeles. Sí, convenía que fuese enriquecida más que todas las otras criaturas con la gracia sobre la tierra y coronada con una gloria sublime en el cielo. Aquella que sola entre todos los seres creados, mereció el título de Madre de Dios. Hay muchos que llevan el título de mártires de Dios y apóstoles de Dios, muchos que pueden gloriarse con el título de profetas de Dios o de ángeles de Dios; muchos de muy diferentes órdenes que se llaman santos de Dios; pero sola Ella es y con verdad se nombra la Madre de Dios*".

"*Por consiguiente, así como Cristo, por su condición de Hijo único, mandó como señor en la casa en la que Moisés no era nada más que un servidor fiel (Hebr., III, 5, 6), así también convenía que su única Madre tuviese después de Él, por el privilegio de sus virtudes y de su gloria, una preeminencia incontestable sobre toda la familia en la misma casa de Dios. Por lo cual, de la misma manera que Ella posee un nombre singular, el más grande después de Dios, el nombre de Madre de Dios, así también la gracia y la gloria de la Madre de Dios han de ser únicas y singulares, por encima de todo lo que no es Dios, tanto en la tierra como en el cielo. Así, pues, si; se trata de esta gracia, que por la virtud del Espíritu Santo y del Altísimo hubo de santificarla, purificarla, glorificarla, para hacerla Madre y Nodriza del omnipotente Hijo de Dios, yo creo y afirmo sin vacilación que tal gracia no tuvo perfeccionamiento en el día de Pentecostés. Porque, ¿cómo podía tener crecimiento de gracia, fuese el que fuese, después de la concepción de su Hijo, Aquella a quien el ángel había proclamado llena de gracia?... La plenitud no admite en sí ningún vacío, donde, pues, se da la plenitud de la gracia, no puede añadirse ninguna gracia nueva....*" (Petr. Ven., Epp., L. III. ep. 7. P. L., CLXXXIX, 283, sqq.)

Otros han alegado la impecabilidad que entonces fue concedida plenamente a María; porque la facultad de crecer en gracia suponeel mérito, y el mérito, según su parecer, es incompatible con la imposibilidad de pecar (Cf. Suár., *de Myster. vitae Christi.* D. 18, S. 1, ab initio).

Fuerza es decir que esta tesis de Pedro el Venerable es falsa y carece de fundamento. Que sea falsa e insostenible es cosa que hoy nadie puede poner en duda sin grave temeridad. Y añadimos que su fundamento es deleznable. Que no puede agregarse nada a la plenitud, es verdad cuando se trata de una plenitud absoluta, como es la de Dios; para Dios es imposible ser más Dios de lo que es, o ser más Santo que ya lo es: su plenitud es sencillamente infinita (Col., II. 9). También es verdad que a la plenitud no puede añadirse nada, cuando se trata de la plenitud del *término*. En los elegidos del Cielo, la gracia está consumada; el tiempo señalado por Dios para el crecimiento ya pasó. Poco importan que la medida de su santidad sea desigual. Una vez que se llega a la edad madura, la talla humana queda fija; más elevada en

éste y más baja en aquél, pero ya acabó para todos el crecer. La edad madura, para los amigos de Dios, comienza al salir de esta vida: entonces acaba el camino y empieza el término.

Ahora bien: la plenitud de María no era ni la plenitud absoluta, ni la plenitud de los elegidos que están ya en el Cielo. No era la plenitud del término, porque la Santísima Virgen no había llegado aún al Cielo; no había sido admitida aún a la visión permanente de Dios, en que consiste la substancia de la bienaventuranza final. Mucho menos es la plenitud de María, le plenitud de la perfección absoluta. Porque, ¿qué es la gracia? Una participación de la naturaleza divina, el principio por el que las almas santas son imagen de Dios. Añadid un grado a otro grado, una perfección a otra perfección: la imagen de Dios, es decir, la gracia, forma y principio de esta imagen, siempre distará infinitamente del soberano arquetipo, y nada impide que haya o pueda haber otras imágenes, infinitas imágenes, más perfectas. Una sola imagen de la bondad suprema excluye toda idea de crecimiento, de perfectibilidad: la imagen adecuada del Padre, su Unigénito, carácter infinito de la substancia infinita. Ahora bien: como la perfección creada podría acercarse eternamente a este soberano dechado, sin llegar jamás a igualarlo, infiérese que la perfectibilidad de la gracia, considerada en su naturaleza, es por sí misma indefinida.

Pero si la imposibilidad del crecimiento en la gracia no tiene fundamento en la naturaleza misma de la gracia, ¿no lo tendrá acaso en la capacidad misma del sujeto que la recibe? La gracia derramada en el alma de la Virgen en el instante en que se encarnó en Ella el Verbo divino, no sería por sí misma incompatible con otros grados de perfección; pero, ¿no pudo ocurrir que llenase totalmente el vaso? Aunque podemos sácar agua del mar indefinidamente, no podremos echar ni una gota más en un vaso ya enteramente lleno.

Esta comparación no prueba nada, porque no puede decirse lo mismo de la gracia que de un líquido material. Los favores sobrenaturales, lejos de obstruir la capacidad de su recipiente, la dilatan y la abren para nuevas efusiones. Cuando más amáis a Dios, cuando más participáis de su gracia, tanto más os hacéis capaces de recibir los efectos de la divina bondad. La gracia y la caridad están íntimamente ligadas: el progreso en la una es perfeccionamiento de la otra. Y ¿quién no sabe que amando se adquieren nuevas fuerzas para amar? El corazón, amando, se anima y excita, y el Espíritu Santo, que lo posee, le inspira nuevo vigor para amar más cada día. Poner límites al amor es ignorar la naturaleza y las leyes del amor; porque cuanto más ama, más quiere y más puede amar.

Por tanto, la gracia llama a la gracia, y la plenitud a una plenitud siempre creciente. Si queréis una comparación tomada de las cosas materiales, ved cómo los cauces de los ríos se van ensanchando y creciendo en la misma medida que van creciendo las aguas que les llegan de las montañas. Por consiguiente, no había en la Madre de Dios, a pesar de su plenitud, impedimento alguno que se opusiese a su crecimiento en la gracia.

Oigamos a Suárez: "*La plenitud de la Bienaventurada Virgen no era incompatible con un crecimiento continuo de gracia. Siempre, y ya desde el primer instante de su Concepción, estuvo llena de gracia, **plena gratia**, porque siempre tuvo la medida de gracia y de privilegios que correspondía a la condición en que se hallaba; por lo cual debía recibir siempre una plenitud mayor, porque así lo pedían su dignidad creciente y sus méritos. Por esto, de la misma manera que su cualidad de Madre de Dios no exigía que fuese, en la hora misma de alcanzarla coronada con la gloria celestial, así tampoco exigía que recibiese inmediatamente todo el aumento de gracia definido por la divina Providencia, sino sólo aquel*

*que correspondía al estado de **vía**, es decir, un aumento que bastase para llegar un día a la gracia **consumada** de una Madre de Dios. En este sentido puede decirse que en el instante en que concibió a su Hijo recibió toda su perfección de gracia, no **formalmente** en sí misma, sino **virtualmente**, y en su fuente*" (Suár., *de Myster vitae Christi,* D. 18, S. 1, versus finem). Asentemos, pues, como principio incontestable, que el crecimiento de la gracia en María no tuvo otros límites que su entrada en el estado de término, es decir, su muerte bienaventurada.

Por demás sería que, para debilitar esta doctrina, se adujese el ejemplo de Nuestro Señor, cuya gracia creada recibió desde el primer instante su total plenitud. El Doctor Angélico responde, en la **Suma Teológica:** "*Es cosa manifiesta que la gracia de Cristo no podía crecer, ni por parte de la gracia misma, ni por parte del sujeto; porque Cristo, en cuanto hombre, fue desde el primer instante de su Concepción plena y verdaderamente **comprensor**. Por esto, no podía progresar en gracia, como no pueden progresar los otros bienaventurados, pues ya llegaron al **término**. En cuanto a los hombres que están todavía puramente **en la vía**, la gracia puede crecer siempre en ellos, así por parte de la forma, porque la gracia no ha alcanzado todavía en ellos el grado supremo, como por parte del sujeto, porque aún no han llegado al término*" (S. Thom., 3 p., q. 7, a. 12). Ahora bien: la gloriosísima Virgen, aun después de la concepción del Salvador, estaba plenamente en la vía; sería temeridad afirmar que ya entonces poseía la visión de Dios cara a cara, que es lo que constituye al hombre en estado de comprensor.

**II.** Ya es hora de que estudiemos los elementos y leyes del crecimiento en gracia de la Santísima Virgen.

Dos formas hay de crecimiento, o, mejor dicho, dos medios de crecer. Al primero llaman los teólogos *opus operantis*: es el mérito. El segundo es el *opus operatum*, es decir, el perfeccionamiento que, en las condiciones ordinarias, producen los Sacramentos cuando se los recibe con las debidas disposiciones y en estado de gracia (Añadimos "*en estado de gracia*" porque los Sacramentos que, según su institución, estan ordenados a producir la primera gracia, también producen aumento de gracia cuando son recibidos por los ya justificados). El *opus operatum* se distingue del *opus operantis* porque la gracia que produce no tiene por causa próxima los actos sobrenaturales del justificado, como acontece en el *opus operantis,* si bien son necesarios ciertos actos a títulos de disposiciones. Como esta doctrina es comunísima, podemos darla por supuesta. Investiguemos ahora cuál es, en estos órdenes, el progreso en .gracia de la Madre de Dios. Comencemos por el *opus operantis*, es decir, por el mérito; para proceder con más orden y claridad, propondremos varias cuestiones.

**Primera cuestión**. — ¿Pudo la Virgen Santísima merecer? Con proponer esta cuestión está ya resuelta, pues cosa cierta es que en María se daban, y en grado eminente, todas las condiciones necesarias para merecer.

Quien ha de merecer, necesita ser hijo de Dios, imagen de Dios, templo del Espíritu Santo por la gracia santificante. María lo fue desde su primera aparición en el mundo, y nunca dejó de serlo.

Para merecer necesítase, además, dominio de los propios actos. "*Donde no hay libertad, no puede haber mérito*" (San Bernard., serm. 81 *in Cantic*., n. 6. En esta obra el santo se revela tan excelente filósofo como eximio teólogo). Ahora bien:

esa libertad, que es nuestra prueba y nuestra gloria, debía existir de una manera excelente en María, porque las imperfecciones que en nosotros la coartan, es decir, la inadvertencia, la ignorancia, el predominio de las facultades sensibles sobre la parte superior de nuestro ser, no se daban en María. Cierto que la Santísima Virgen fue confirmada en gracia, de manera tan perfecta, que su alma no podía ser empañada ni con la menor sombra de mancha. Pero, fuera de que esta impotencia no era, probablemente, sino moral, si sólo consideramos las causas intrínsecas de la misma, la libertad presupuesta por el mérito no es necesariamente la facultad de elegir entre el bien moral y su contrario. Este poder no es esencial a nuestro libre albedrío; antes es una imperfección que lo rebaja. Nuestro Señor era perfectamente libre, con aquella libertad que se requiere para el mérito; y ¿quién se atreverá a decir que podía inclinarse indiferentemente al bien o al mal, al lado del vicio o al lado de la virtud?

Para merecer es necesario, en tercer lugar, que los actos sean buenos moralmente y que tengan por principio, no sólo la naturaleza, sino también la gracia. Y ¿podía faltar esta noble condición en aquella que fue siempre llena de gracias, así en la substancia como en todas las facultades de su alma?

Por último, para merecer se necesita que las operaciones procedan de la caridad, o, por lo menos, que la caridad las enderece hacia el fin último. Y ésta es una condición que en ninguna otra criatura se puede cumplir mejor que en la Santísima Virgen.

**En conclusión**, todo lo que el más exigente teólogo pueda pedir para que se dé mérito, y mérito propiamente dicho, lo hallamos en la Bienaventurada Madre de Dios.

**Cuestión segunda**. ¿En qué punto empezó a merecer la Santísima Virgen? Desde el primer instante de su existencia, o, en otras palabras, desde su primera santificación. Entonces, decíamos hablando de su ciencia inicial, recibió la gracia justificante, no de manera inconsciente y puramente pasiva, como los niños en el Bautismo, sino con pleno conocimiento del misterio, cooperando con sus propias disposiciones a la santificación que en Ella obra el divino Espíritu. Por tanto, los actos de fe, de esperanza y de amor que entonces brotaron de su alma fueron ya en aquel primer instante actos meritorios, porque los ejecutó en gracia y en caridad.

En efecto, no puede concebirse que estos actos que la dispusieron para la infusión de la gracia precediesen a ésta en el orden de la duración. Porque bastaría que hubiera mediado un solo instante entre la infusión del alma de la Virgen en su cuerpo y la infusión de la gracia en su alma para que la Virgen purísima no fuera ya la inmaculada en su Concepción. Ni Dios ni el alma necesitan tiempo; Aquél para santificar a un alma, y ésta para producir sus actos espirituales. Por consiguiente, en el mismo indivisible instante en que le dió el ser y la unió a la carne virginal de María, su alma, santificada por los méritos de Jesucristo y resplandeciente con las claridades de la gracia, se sometió a lo que en ella obraba el Espíritu de Dios y se lanzó hacia Él por medio de la fe, de la esperanza y del amor. Así que, estos primeros actos, coincidiendo con la gracia ya recibida, fueron meritorios para Ella como lo son para nosotros cuando los ejecutamos en gracia y caridad.

Sin embargo, estos actos no merecieron la *gracia primera*, respecto de la cual no eran más que*disposiciones*. En efecto, la gracia primera era el principio de su mérito, y sabida cosa es que el principio del mérito no puede caer bajo la acción del mismo mérito, como un efecto no puede ser la causa de su propia causa. ¿Qué es, pues, lo que mereció la Santísima Virgen

con aquellos primeros actos? Lo mismo que nosotros merecemos cuando obramos en estado de gracia; lo mismo que en nosotros producen los Sacramentos, cuando los recibimos ya justificados: un aumento de gracia y de gloria.

* Quizá parezca que estos primeros actos se refieren a la primera gracia, no sólo como *disposiciones*, sino como actos meritorios de la misma, propiamente tales. En efecto, por una parte suponen como principio una gracia actual; por otra, nunca van separados de la gracia santificante, pues la infusión de ésta y la producción de aquéllas datan del primer instante. Ahora bien, todo acto de este género es mérito. Además, nada impide que este mérito tenga por término la gracia santificante primera, porque el acto meriotrio no procede de ella, sino hecho en gracia, es meritorio delante de Dios, y, por tanto, es causa de nuevo crecimiento en la vida sobrenatural y divina.

¡Cómo se aventajan los méritos de la Bienaventurada Virgen a todos los nuestros, aunque sólo se mire a esto que dejamos dicho! ¡Cuántos años ha dormido nuestra alma en absoluta incapacidad de producir un acto meritorio, aún habiendo tenido la dicha de haber sido santificados por el Bautismo casi en el momento de nuestra entrada en el mundo! Entre todas las criaturas de Dios, solos los ángeles y los primeros padres de la familia humana pudieron lanzarse, como María, hacia Dios con el primer movimiento de su corazón y desde el primer momento de su vida, prosternados al salir de las manos de Dios delante de Aquél de quien les venían todas las perfecciones de naturaleza y gracia de que estaban adornados.

**Tercera cuestión**. ¿Cuál fué el número de sus méritos? El mismo de los actos humanos que hizo en toda la duración de su carrera, desde el instante de su Concepción inmaculada hasta el acto de amor con que exhaló su vida mortal. Entre todos esos actos, ni uno hubo que fuera reprensible. Ahora bien: todo acto humano que no es culpable, es bueno con bondad moral; y si, además, está hecho en gracia, es meritorio delante de Dios, y por tanto, es causa de nuevo crecimiento en la vida sobrenatural y divina.

Si queréis calcular cuál fue el número de actos meritorios ejecutados por la Madre de Dios, no basta que consideréis la distancia de los términos extremos entre los cuales se contiene tal número; es necesario medir también, si fuere posible, la continuidad. En nosotros, ¡cuántos momentos perdidos para el mérito! O, hablando con más exactitud, ¡cuántos momentos en que los actos que podrían ser actualmente meritorios se escapan de nuestro dominio! No nos referimos solamente a las obras de que nos priva el sueño, cuando el adormecimiento de los sentidos suspende el ejercicio de la inteligencia y el de la *libre* voluntad. ¿Dónde están los que en estado de vigilia permanecen siempre tan señores de sí mismos, que nunca los arrebate la pasión, que nunca se distraigan con esas mil divagaciones cuyo número y duración podemos disminuir por la costumbre de luchar con nosotros mismos, pero nunca suprimir totalmente? Y, además, cuántas inclinaciones desordenadas nos atraen, queramos o no, hacia los bienes frágiles y engañadores, embarazando o retardando el vuelo del alma hacia las regiones superiores!

¿No se lamentan todos los Santos, aun los mayores, de no poder amar y pensar en Dios con todo el esfuerzo de su voluntad, sin desfallecimientos, sin interrupción, constantemente, siempre? Es que, como sabemos y experimentamos, el ejercicio de nuestras facultades más elevadas, aunque no proceda como de su principio propio de ningún orden material, todavía

depende necesaria y continuamente de los sentidos, de la imaginación y de otras muchas causas que paralizan, interrumpen o perturban aquel ejercicio.

Ahora bien: ninguno de estos obstáculos se daba en María. Para entenderlo, baste recordar lo que dijimos acerca de sus privilegios. Además del conocimiento común, tenía, desde el principio de su vida, según una opinión sólidamente probable, la ciencia infusa de las cosas divinas, cuyo ejercicio no dependía en manera alguna de las disposiciones del cuerpo, ni de los sentidos (En otro lugar dejamos expuestas las razones por las que atribuímos a María esta ciencia. (Cf. L. V, c. 1, T. II, p. 21, sqq.). Esta ciencia era puramente espiritual, tan libre en sus operaciones cómo la misma ciencia angélica. Por tanto, nada podía ni estorbar ni retardar sus actos. Muéstresenos un espíritu puro víctima de divagaciones de su inteligencia, o sin que un pensamiento la ocupe, y confesaremos que la Santísima Virgen también estuvo sujeta a esta imperfección. Mas, si esto no puede concebirse en un espíritu (Cf. Suár., *de Angelis*., L. II, c. 36, h. 5), tampoco admitiremos en María ni suspensión de sus actos, ni distracción alguna; o, lo que es lo mismo, no se pueden admitir en Ella operaciones indeliberadas; porque todo eso proviene de la dependencia que hay en las facultades intelectuales de nuestro ser con relación a las fuerzas sensibles. Así, pues, en María no se dió nunca interrupción de los actos *humanos*; antes hubo continuidad perfecta de mérito, como quiera que cualquier acto humano que no sea meritorio tiene que revestir carácter de culpabilidad.

Pero, ¿no puede suceder que la inteligencia ejerza sus operaciones sin que la voluntad entre en acto? Imposible. El conocimiento no determina necesariamente la dirección del querer. Podemos, pensando en un objeto, conservar la libertad de elección; pero no podemos abstenernos totalmente de elegir. Nos viene, por ejemplo, al pensamiento la idea de dar un paso: somos libres para darlo o no darlo; somos también libres para no tomar determinación alguna; pero, sea cual fuere la determinación que tomemos, habrá algún ejercicio de la voluntad, mientras la inteligencia tenga delante de los ojos su objeto; y aun nuestros pensamientos mismos caen bajo este ejercicio de la voluntad; y así, seremos culpables en el caso de retener los pensamientos malos. Y he aquí cómo, merced a su ciencia infusa, María no interrumpió nunca el curso de sus méritos. Y estos actos no fueron solamente actos meritorios cualesquiera, sino de los más elevados; es decir, actos del más puro amor de Dios, cuya continuidad, según veremos, reivindican los Santos para la Madre de Dios.

Suárez, a quien tantas veces hemos oído exponer estas materias, dice que esta opinión es piadosa y probable (En otras palabras, verdaderamente digna de aprobación. Apóyase en las razones que luego daremos y en autoridades respetables, como son la de San Bernardino de Sena, el Abad Ruperto, San Ambrosio e indirectamente del mismo San Agustín, sin contar los autores modernos. Pudo añadir también el sufragio del Beato Alberto Magno, quien en las Cuestiones sobre el *Missus est* asienta estas dos proposiciones: primera, la santa Virgen merecía con cada uno de sus actos,*quolibet motu*. ¿Por ventura no era necesario que en el mundo hubiera una criatura que cumpliese íntegramente el consejo del Apóstol: "*Sea que comáis, sea que bebáis, sea que hagáis otra otra cosa cualquiera, hacedlo todo para la gloria de Dios*"? (I Cor. X, 31); segunda, la santa Virgen merecía con cada acto de las diferentes pasiones, porque todo en sus facultades sensibles estaba sometido al imperio del libre albedrío. En ella ni sorpresas ni rebeldías; nada indeliberado (Quaest. 135 et 136, XX, pp. 91 et 92)).

En cuanto a la opinión que afirma la continuidad de los méritos sólo en el tiempo de la vigilia, ha de decirse que es, no ya probable, sino cierta. "*En efecto* —dice—, *en todos los momentos en los que la Bienaventurada Virgen gozaba del libre ejercicio de la razón hizo constantemente y sin interrupción actos virtuosos, como lo afirma San Ambrosio al principio del segundo libro acerca de las Vírgenes. Y es cosa llana, porque, como quiera que tenía dominio perfecto de sus actos, nunca obró indeliberadamente* (Suárez supone aquí una doctrina que ya tenemos demostrada, a saber: que María, en virtud de su Concepción inmaculada, tenía el privilegio de la integridad, es decir, el dominio perfecto de la razón sobre las facultades inferiores).

Además, tampoco podía abstenerse de todo acto exterior e interior; porque, fuera de que esto es casi imposible humanamente, habría alguna falta en permanecer en semejante ociosidad, cuando libre y fácilmente pueden ejercitarse las facultades racionales.

Por consiguiente, desde que la Santísima Virgen adquirió el uso permanente de su razón, constantemente puso algún acto libre interior, y aun exterior. Obraba, pues, de continuo según la regla de la virtud, y, por tanto, con mérito (Suár., *de Myster. vitae Christi*. D. 18, S. 2. "*Dico cuarto*"), sin otra interrupción que la que quizá le proviniese del sueño.

Ahora bien —continúa Suárez—: "*Aunque se concediera que la necesidad del sueño y la flaqueza del cuerpo fuesen causa de alguna interrupción en los actos meritorios de María, y añadiría que estos tiempos de decanso fueron tan cortos, y entreverados de tantos y tan santos pensamientos, que subsistía aún la continuidad moral en el mérito*. En efecto; la Bienaventurada Virgen, ya por razón de la perfecta constitución de su cuerpo, ya por razón de la moderación que guardaba en todas las cosas, no debía de sentir necesidad sino de un sueño muy corto; sin contar con que su espíritu de mortificación la llevaba a consagrar la mayor parte de la noche a la vigilia y a la oración. A este propósito, San Bernardino de Sena, San Buenaventura y el Beato Canisio(B. Canis, *de María Virgine*, L. I, c. 13) cuentan de muchos amigos de Dios que tuvieron revelación de que la Bienaventurada Virgen pasaba las noches casi enteras contemplando y orando. Bien puede, asimismo, creerse que en el tiempo que dedicaba al sueño solía despertarse con frecuencia, ¡tanto era el ardor de su amor!, por lo menos lo bastante para elevar su corazón hacia la soberana bondad. Esto, por la gracia de Dios, sucede a muchas almas abrasadas en amor, principalmente cuando meditan con más asiduidad las cosas de Dios y se dedican con más fervor a hacer actos de caridad. Ahora bien: después de lo que dejamos dicho acerca de la primera santificación de María, está fuera de toda duda que esta prontitud de espíritu y esta facilidad de enderezar hacia Dios todos sus afectos eran en María, ya en su infancia, mayores que lo fueron en los otros justos en el tiempo de su más alta santidad" (Suárez, ibíd., *Addo tamen*. Ya advertimos que San Francisco de Sales no admite que la Santísima Virgen estuviese privada del uso de la razón durante el sueño, y asi, la continuidad del amor correspondía a la continuidad del pensamiento. Véase cómo explica él lo que debía de ser el sueño de la Santísima Virgen: un sueño de amor. (Trat. del amor de Dios. L. III, c. 8.)). Por tanto, debemos concluir que no es sólo verosímil, sino cierto, que la Bienaventurada Virgen mereció continuamente nuevos grados de gracia, ora fuese esta continuidad de méritos absoluta, ora solamente relativa y moral.

Por lo demás, la hipótesis de una continuidad absoluta en los actos meritorios de la Madre de Dios nos parece mucho más probable que la opinión de la continuidad, sólo relativa o moral. Tiene a su favor autoridades más graves. Además de esto, es la única que se armoniza con la existencia de la ciencia infusa en María; porque, una vez admitida esta ciencia

infusa, nada hay que exija aquellas intermitencias en el ejercicio de las facultades intelectuales, intermitencias que harían imposible una serie sin interrupción en los actos de dichas facultades.

* Por consiguiente, sin razón alguna pretendieron ciertos autores antiguos que la Santísima Virgen nunca se entregó al sueño. Creían que, fuera de tal suposición, era inexplicable la continuidad absoluta de los méritos de la Santísima Virgen. La ciencia infusa exime de la necesidad de recurrir a semejantes puerilidades, porque es independiente del estado del organismo y, por tanto, también del sueño.

## CAPITULO 2

### La Perfección del mérito de la Virgen María

**I**. **¿Cuál fue, en la Santísima Virgen, la perfección de los méritos?** Para entender bien la solución dé esta cuestión, menester es, ante todo, recordar los principios de donde los actos meritorios toman la medida de su perfección. Cuatro son los principales: la libertad del agente, la dignidad sobrenatural que recibe de la gracia, la influencia de la caridad en sus actos y la excelencia de los mismos actos, considerados según su propia especie. Cuanto más se eleva cada uno de estos cuatro principios, tanto más se eleva también, en igualdad de circunstancias, el mérito de las obras. Ahora bien: a poco que se reflexione, veráse claramente que estos cuatro elementos, de los que depende el mayor o menor valor de nuestros actos meritorios, se dieron en la vida sobrenatural de la Santísima Virgen en grado tan eminente que nunca ha sido ni superado ni igualado por ninguna criatura humana ni angélica (Si se trata de los ángeles, hay que hacer una excepción en lo tocante a la libertad, porque tampoco en ellos tuvo la libertad traba alguna, y es por esto, en parte, por lo que la rebelión de Lucifer y de sus cómplices fue tan culpable).

Hemos dicho que la grandeza del mérito corresponde a estos cuatro principios. Así lo tenemos demostrado en otra obra (*La Gráce et la Gloire*, L. VIII, c. 6. T. II, pp. 62-77); por lo cual, ahora nos contentaremos con hacer algunas observaciones necesarias para la mejor inteligencia de lo que hemos de decir.

En primer lugar, es evidentísimo que cuanta más libertad haya en un acto, más meritorio será por esta parte; porque, siendo nuestros actos, nuestros por razón de la libertad con que los hacemos, tanto más son nuestros y tanto más damos a Dios de lo nuestro, cuanto la libertad que los ofrece está más libre de toda traba y es más dueña y señora de su obrar.

Y esto, que es verdad tan cierta respecto de la libertad, lo es aún más respecto de la dignidad sobrenatural de la gente. En efecto; en la gracia santificante, principio y fundamento de la dignidad sobrenatural, es donde ha de buscarse la razón primera del mérito; la gracia santificante es su causa primordial, de tal manera, que sin ella no hay ni puede haber mérito propiamente dicho. De donde claramente se deduce que, si la gracia crece, en la misma proporción crece también el mérito ("*Quanto majori gratia actus informatur, tanto magis est meritorius.*" (S. Thom., in II, D. 29, q. 1, a. 4)). ¿De dónde procedía que todos y cada uno de los actos de nuestro Salvador tuviesen valor infinito ante su Padre celestial? De que la infinita digni-

dad de la persona que ejecutaba los actos por medio de las facultades humanas era la forma suprema de donde éstos tomaban su valor. Por consiguiente, cuanto una criatura lleve más perfectamente en sí misma la imagen del Hijo de Dios, tanto más le estará incorporada, tanto más participará de la dignidad que eleva hasta lo infinito el valor de sus actos; es decir, cuanto la gracia santificante es en ella más perfecta, tanto los actos de tal criatura vuélvense más dignos de crecida recompensa. Sucede con el honor que tributamos a Dios lo que con todos los otros honores: se mide por la dignidad de la persona que lo tributa.

Dijimos, en tercer lugar, que el mérito de nuestros actos es proporcional a la influencia que en los mismos ejerza la caridad. Por eso, entre todas las obras, la más meritoria es la de la caridad divina ("*Praemium respondens mérito ratione caritatis, quantumcumque sit parvum, est majus quolibet praemio respondente actui ratione suí generis.*" (S. Thom., in IV, d. 49, q. 5, a. 5, ad 5.)); tanto más meritoria, cuanto la operación de esta virtud sea más intensa y más elevada. Por tanto, en la medida que la caridad entre en los actos de las otras virtudes y se los asimile, en esa misma medida serán agradables al corazón de Dios.

Es verdad certísima que nuestra vida presente será tanto más perfecta y, por consiguiente, meritoria, cuanto más se conforme con la vida bienaventurada que esperamos gozar cerca de Dios. Ahora bien: en aquella vida amaremos ante todo a Dios por Él mismo, y todo lo que amemos fuera de Dios lo amaremos en Él y por Él. No todos los actos serán actos explícitos de caridad; todas las demás virtudes, excepto las que son incompatibles con el estado de la gloria, se ejercitarán en sus actos propios. Puesto que tuvieron parte en el trabajo, muy justo es que participen también del honor; mas, como en el Cielo obrarán bajo la amabilísima y universalísima moción de la caridad, la vida del Cielo será verdaderamente la vida del amor.

Así, pues, a la influencia de la caridad corresponde principalmente la mayor o menor cantidad de mérito de nuestras obras. Y es tan cierta esta verdad, que San Francisco de Sales no vacila en decir a su Teótimo: "*Puede muy bien suceder que una virtud pequeñita tenga más valor en un alma en que el amor sagrado reina ardientemente, que el mismo martirio en un alma en que el amor sagrado es lánguido, es débil y lento. Y así, las virtudes menores de Nuestra Señora, de San Juan y de otros grandes Santos eran de mayor estima delante de Dios que las más levantadas de muchos Santos inferiores..., como el canto de los ruiseñores aprendices es más armonioso incomparablemente que el de los jilgueros mejor amaestrados*" (San Francisco de Sales,*Tratado del amor de Dios*. L. XI, c. 5).

Quédanos por considerar el último principio, es decir, la naturaleza especial de los actos meritorios. Aunque no hay mérito alguno allí donde no hay caridad que enderece nuestros actos hacia el fin último, sin embargo, no todo el mérito se concentra en los actos formales de caridad. Mil textos de la Sagrada Escritura y de los Concilios refutarían a quien negase todo valor meritorio a lo actos de las demás virtudes, cuando ya la caridad los ha hecho *suyos*. Mas estas virtudes, consideradas en sí mismas, no son todas de igual categoría. Todas van en pos de la caridad, pero no todas caminan a igual distancia. Las damas de una reina no ocupan todas el mismo lugar en torno del trono, ni participan igualmente de los honores reales. Esto mismo ha de decirse de las virtudes en este reino espiritual, en el cual la caridad, apoyada de la gracia, es la soberana. Hay, entre las virtudes, una jerarquía de perfección. ¿Quién se atreverá a sostener, con los antiguos herejes que no hay diferencia entre la castidad conyugal y la virginidad; entre el buen uso de las riquezas y la renuncia voluntaria de la mismas; entre el ayuno de unos días y el martirio?

Y esta desigualdad que hay entre las virtudes, la hay también entre sus actos. Dar una limosna pequeña y entregar generosamente los bienes en favor de los pobres son actos de una misma Virtud; pero, ¡cuán diferente es su valor! Así, pues, también por esta parte el mérito crecerá en proporción de la grandeza del acto y de la eminencia de la virtud. Y esta desigualdad que se funda en la naturaleza de las virtudes y de sus operaciones no se desvanece bajo los rayos de la caridad, como tampoco las flores tienen igual belleza porque las bañe la misma luz.

**II.** Volvamos ahora nuestra consideración hacia la Madre de Díos para admirar el incomparable crecimiento del valor meritorio de todos sus actos, en los cuatro órdenes que acabamos de exponer.

Y, en primer lugar, ¡qué libertad en todas sus operaciones, y como eran verdaderamente suyas! En María no se dio ninguno de los obstáculos que en nosotros paralizan el libre ejercicio de la voluntad: ni ignorancia, ni inconsideración, ni concupiscencia; ni rebeldías interiores, ni seducciones ni sorpresas. Fuera de Jesucristo, la Santísima Virgen sola tuvo el singular privilegio de gozar de la plena y tranquila posesión de sus facultades, colocadas cada una en su lugar y en el debido orden, bajo el imperio de la razón. Lo que en otros es fruto de largos combates y de una gracia extraordinaria, no es sino sombra de lo que la Santísima Virgen recibió en este orden en virtud de su primera santificación. Así que, por lo que hace a la libertad, sus actos, todos sus actos, tuvieron una aptitud para ser meritorios, que en vano buscaríamos en los Santos más privilegiados.

Lo que dejamos dicho acerca de la gracia inicial de María nos dispensa de descender a más particulares acerca del segundo punto. Si tal era en María, en la aurora de su vida espiritual, la plenitud de gracia santificante y, por consiguiente, la dignidad sobrenatural de que el Espíritu Santo la había revestido, ¿quién puede dudar que también por este título todos sus actos tuvieron un valor meritorio superior a todo otro mérito?

Pero no basta considerar la plenitud inicial: aquella plenitud crecía diariamente, a cada hora, en cada instante, y esto en proporción de los méritos adquiridos; por donde el mérito de los actos iba también creciendo en proporción con los nuevos grados de gracia. Había, pues, una ascensión continua: los méritos perfeccionaban la gracia, y la gracia ennoblecía los méritos. Y ¡cuán rápida era esta ascensión! Solamente podrá formarse idea de ella quien pueda contar los méritos de la gloriosísima Virgen y medir el aumento progresivo de la gracia que correspondía a cada uno de los méritos. Imaginemos una fuerza cuya potencia se aviva y se desarrolla según obra; y, por la intensidad cada vez mayor que imprime en sus efectos, juzgad de lo que acontece, en este orden del mérito, en la Madre de Dios.

No sabemos hasta qué punto será del caso añadir otra consideración. Dijimos que en Nuestro Señor, no sólo la gracia que recibió su naturaleza humana, sino tambien, y de manera principal, la dignidad infinita de su persona, daban inestimable valor al menor de sus actos. Estos eran actos del Hijo eterno de Dios. ¿Cómo no habían de tener, por este título, un valor infinito? Hubo un tiempo en que los actos de María no eran simplemente actos de una *hija de Dios*, de la más noble de sus hijas, como lo fueron siempre desde el principio, sino que eran actos de la *Madre de Dios*. ¿No bastaría esta dignidad sobrenatural para elevar el valor moral de sus actos y; por consiguiente, su mérito? No decimos que estos actos, sin la gracia, fuesen meritorios de aumento de gracia y de gloria; lo que preguntamos es si la dignidad de Madre

de Dios, junta con la cualidad de hija adoptiva de Dios por el beneficio de la gracia, no realzaría el honor que Dios recibía de los homenajes de tal Madre, y, por tanto, si en los actos así ennoblecidos no habría un nuevo título meritorio de un aumento de gracia más notable. Resuelvan otros esta cuestión. A nosotros nos parece que, para la gloria de María, ya es mucho el poder plantearla con alguna probabilidad en favor de la solución afirmativa (No se ha de confundir esta cuestión con otra muy distinta, aunque entre las dos haya algunos puntos de semejanza. Fue opinión de un teólogo muy conocido que la maternidad divina era santificante por sí misma, *formaliter*; de suerte que ella sola hubiera bastado, sin necesidad de los dones *infusos* de la gracia, para hacer santa la persona de María y meritorias sus obras. Tal es la tesis que defendió **Ripalda** en su obra *De ente supernaturali* (disp. 79) y que muchos autores abrazaron después. Puede verse la lista en el **P. Cristóbal Vega**. (*Theologia Mariana,* n. 1602, sqq.) Esta misma opinión fue defendida más recientemente por el **P. Virgilio Sedlmayr**, como puede verse en el tomo VII (pp. 1.313, sqq.), de la *Summa Aurea*, de J. J. Bourasse. Menester es, decimos, no confundir una opinión con la otra, porque en la primera se supone que ni hubo ni pudo haber en María mérito que no tuviera la gracia por raíz. En cuanto a la tesis que Ripalda quiere apoyar en la autoridad de los Santos Padres, nos parece que no queda demostrada con los numerosos testimonios que alega. Lo único que prueban es que la maternidad divina fue por sí misma un título para que María recibiese aquel tesoro de dones sobrenaturales de donde procedieron tantos y tan perfectos méritos; en otros términos, la maternidad divina santificó, por decirlo así, *virtualmente* a María, pues por razón de la divina maternidad la colmó Dios de gracias incomparables. Pudo Dios no tomar madre; pero, supuesto que quiso nacer de una mujer, era de altísima conveniencia que la revistiese con todos los esplendores de la gracia). Como quiera que sea, la maternidad divina queda siempre como causa principal, como causa primera de la progresiva grandeza de los méritos de María, porque en consideración a ella recibió de Dios los inefables tesoros de dones sobrenaturales, principio y razón de los mismos méritos.

**III.** Llegamos a la tercera causa de aumento del mérito de nuestros actos, esto es, a la excelencia e influjo de la caridad. En María, desde su entrada en el mundo, preséntasenos, no sólo la virtud infusa de la caridad, compañera inseparable de la gracia, y perfección proporcional a la grandeza de la gracia, sino también el acto mismo de la caridad. Sucedió en la Santísima Virgen como en los ángeles de Dios: el primer movimiento de su voluntad fue un impulso de amor hacia la bondad infinita, que se le reveló ya en aquel primer instante en que recibía de Dios la existencia. Ya lo vimos al examinar cómo fue santificada María en su concepción. No le fue infundida la gracia como se les infunde a los niños al ser bautizados. Éstos la reciben de una manera puramente pasiva; ninguna operación propia responde a la donación de Dios. María, iluminada en aquel instante con claridades divinas, se dispuso, por medio de actos simultáneos, para recibir la gracia que la santificaba. Y la hoguera de amor en que entonces se encendió e inflamó su corazón nunca se extinguió ni se amortiguó.

En la antigua ley había un altar en donde ardía un fuego que los sacerdotes habían de alimentar perpetuamente (Lev., VI, 12, 13. "*Ignis est iste perpetuus, qui nunquam deficiet in altari*"); y cuenta la Sagrada Escritura, en el libro segundo de los Macabeos, que Dios, por un milagro insigne, lo conservó latente durante los años de la cautividad de Babilonia (II Machab., I, 19, sqq.). En este fuego material podemos ver figurado el primer amor de María para con Dios. ¿Por qué este amor había de apagarse, o por qué había de tener intermitencias? ¿No sa-

bemos que María, por su ciencia *infusa*, podía tener de continuo fijos sus ojos en la bondad infinita, que la cautivó en el instante mismo en que Dios le dió el ser?

Privilegio es éste de los espíritus angélicos que, una vez que se volvieron hacia Dios, su Creador y su Bienhechor, nunca cesan de amarle actualmente. Pues si, conforme dejamos demostrado, hemos de reconocer en María todos los privilegios de gracia que se hayan concedido a alguna otra criatura, no hemos de negarle la permanencia en el amor. Además, recordémoslo con el Beato Alberto Magno, convenía que hubiese en el mundo una persona, al menos, que cumpliese en toda su perfección el precepto de la caridad: Amarás al Señor con toda tu alma, con todo tu corazón, con todas tus fuerzas; y ¿quién será esta persona, sino la Madre de Dios?

Al peso de las razones vienen a sumarse graves autoridades. Ya citamos a San Francisco de Sales; pero séanos permitido transcribir otro pasaje de sus obras directamente relacionado con la cuestión de que vamos tratando. Habla el Santo del "*incomparable amor de la Madre de Dios, Nuestra Señora*". Después de mostrar cómo "*su dormir era todo semejante al éxtasis, en cuanto a la operación del espíritu, aunque en cuanto al cuerpo fuese un dulce y gracioso alivio y descanso*", ¡tan llena de Dios estaba en su sueño mismo!, continúa el Santo: "*Pero, mirad, os suplico, que no digo ni quiero decir que esta alma tan privilegiada de la Madre de Dios estuviera privada del uso de la razón durante el sueño. Algunos han estimado que Salomón, en aquel hermoso sueño, pero verdadero sueño, en el que pidió y recibió el don de su incomparable sabiduría, tuvo verdadero ejercicio de su libre albedrío...* (III *Reg*., V, 6. sqq.). Pues ¡cuánto más verosímil es que la Madre del verdadero Salomón tuviese el uso de la razón en su sueño, como el mismo Salomón le hace decir (*Cant*., V, 2), que su corazón velase mientras Ella dormía!" (San Francisco de Sales, *Tratado del amor de Dios*, L. III, c. 8). La vigilia del corazón es el amor. Por tanto, según el sentir del gran doctor, no había ni descanso ni interrupción en el amor actual de la Madre de Dios, y si tenemos en cuenta otro pasaje, copiado más arriba, del mismo Santo, reconoceremos que los primeros ímpetus de este amor datan del origen mismo de María.

Como el santo Obispo de Ginebra piensa también otro Doctor de la Iglesia, San Alfonso María de Ligorio. Sus palabras son tan explícitas y hermosas, que no podemos menos de trasladarlas aquí:

"*Aplicada totalmente a amar a la Bondad divina y a complacerla, María, desde el primer momento la amó con todas sus fuerzas, y así continuó amándola los nueve meses que precedieron a su nacimiento, y uniéndose cada vez más íntimamente a Dios con actos de amor tan fervientes como continuos. Exenta de la culpa original, estaba por esto mismo libre de todas las aficiones terrenas y de todos los movimientos desordenados, de todas las divagaciones del espíritu y de todas las rebeldías de la sensualidad; en una palabra, de todo aquello que hubiera podido retardar su progreso continuo por los caminos del amor. Todos su sentidos estaban de acuerdo con el espíritu para elevarse hacia el Señor. Y así, libre de todo obstáculo y sin detenerse nunca, su alma hermosa subía sin cesar hacia Dios, le amaba de continuo y crecía sin descanso en el amor divino*" (San Alfonso de Ligorio, *Glorias de María*, serm. 2 acerca de la Nativ. de la S. V., p. 2.).

Entre lo teólogos que atribuyen a María el uso *perpetuo* de la razón, ni uno solo deja de afirmar su perseverancia en el ejercicio de la divina caridad. Por desgracia nuestra, con harta frecuencia no se da en nosotros ese progreso continuo en el amor; pero esto depende de causas extrínsecas al amor. Nuestras infidelidades, nuestros desfallecimientos, nuestra disipación

son el obstáculo; cosas todas ellas de que no es lícito hablar cuando se trata de la Virgen benditísima.

Mas no se crea que estas reflexiones bastan para estimar en su justa medida los progresos del mérito por obra de la caridad, cómo quiera que la caridad es una reina que tiene a todas las otras virtudes por siervas, pedía la perfección del orden que éstas no ejecutasen acto ninguno sino bajo la dependencia y por impulso del amor; por consiguiente, si no todas las operaciones en María eran actos de amor, todas eran, por lo menos, ordenadas explícitamente por el amor; todas, decimos, sin excepción, porque María no ejecutaba operación ninguna que no fuese ejercicio de alguna virtud; de otra suerte, habría que decir que en María se dieron acciones o indiferentes o malas. Por amor de Dios oraba, trabajaba, descansaba y padecía; por amor de Dios era paciente, dulce, humilde, pura, obediente; por amor de Dios, en una palabra, ordenaba su vida conforme a la regla de los preceptos y de los consejos divinos.

Graves autores, considerando la grandeza del amor divino que presidía todos los actos de la Santísima Virgen, dijeron que el mérito de amamantar una sola vez a su divino Hijo fue tan grande o mayor que en los mártires el mérito de sufrir la muerte más atroz, porque, dicen: "*El valor de las obras se mide por la excelencia de la caridad, que es su raíz*" (Cf. Raimund. Jordán., Contempl. de B. V., p. 1, contemplación 17. Otros han emitido el mismo juicio acerca de una vuelta que la Santísima Virgen diese al huso con que hilaba junto a la cunita del Niño Jesús, con la mirada y el corazón fijos en el Niño Dios). Quien tenga alguna idea del amor divino que ardía en el corazón de la Santísima Virgen, no hallará en esta afirmación cosa que pueda parecer increíble.

¿Y no fue este amor difundido en toda la vida de María lo que embriagó y arrebató el corazón de su Amado? Si María habla, dícele el Amado, en el libro del Cantar de los Cantares: "*Tus labios son como cinta de escarlata, y tu conversación es más dulce que la leche y que la miel.*" Si anda:"*Oh, hija del Príncipe, qué hermosos son tu pasos, con esos pies tan ricamente calzados!*" Si duerme, su sueño tiene para el Amado tal embeleso, que prohibe a las hijas de Jerusalén que la despierten: "*Yo os conjuro por las cabras y ciervos del monte que dejéis dormir a mi Amada hasta que ella misma se despierte.*" Si trabaja, sus manos destilan mirra. Todo lo de la Amada tiene atractivo para el Amado, una gracia sin igual: la mirada, el gesto, hasta las naderías. De aquí estas y otras expresiones semejantes: "*Has herido mi corazón con una de tus miradas, con un cabello de tu cuello*" (*Cant*., IV, 3; VII, 1; III, 4; V. 5; IV, 9). Todo esto se explica porque es la amante incomparable, porque toda entera en cada instante en todo y por todo, pertenece al Amado: *Ego dilecto meo, et ad me conversio ejus* (Ibíd., VII, 10).

**IV.** Veamos, por último, la perfección que alcanzaba el mérito por la excelencia intrínseca de los actos. Hablamos de los actos virtuosos distintos de los de caridad, aunque ejecutados bajo la dirección y por orden de la caridad. Es sentir unánime de los Santos Padres y de los Doctores que la Santísima Virgen fue, después de Jesucristo, su Hijo, el modelo más acabado de todas las virtudes. Esa fue la causa por que plugo a Dios que pasara por todos los estados de la vida, por todas las pruebas, para que los cristianos, sea cual fuese su condición, hallen en ella un ejemplar perfecto que imitar. No seguiremos a María en toda la serie de sus actos. Su vida fue esencialmente vida oculta: ¿cómo podríamos levantar el velo con que la providencia de Dios quiso encubrirla? Pero, aunque la vida de la Santísima Virgen se oculte casi por entero a las miradas de los mortales, todavía no faltan señales por las que podamos

rastrear lo que fue a los ojos de Dios y de los ángeles. Para juzgar del esplendor del sol basta que de vez en vez se abra paso por entre las nubes y que se nos muestre en todo su esplendor. En parecida forma podemos estimar la inefable y constante grandeza de las virtudes de María, contemplando algunos rasgos que los Evangelistas consignaron en sus páginas inspiradas.

Cuando se trata de almas imperfectas, no se ha de juzgar de lo que son por lo que a ciertos tiempos y a ciertas horas hacen, y menos aún por lo que dicen. La razón es porque las disposiciones interiores que manifiestan, ya en sus obras, ya en sus palabras, son pasajeras. Estas almas no se entregan de continuo a los impulsos divinos, y estos mismos impulsos divinos son intermitentes. Muy otra es la condición de las almas perfectas: éstas tienen siempre los mismos sentimientos y las mismas disposiciones. Por consiguiente, aun cuando la excelencia de sus virtudes no se manifieste al exterior, todavía podemos, con fundamento, apreciar su valor por lo que en determinadas circunstancias nos hayan revelado. Principio es éste que a ninguna alma puede aplicarse con tanta razón como a la Santísima Virgen. A la luz, pues, de él, consideremos cuán grandes y sublimes fueron todas las virtudes en nuestra divina Madre, y, por tanto, qué grados de méritos fueron fruto de sus actos.

Hablemos primero de la fe. "*Bienaventurada eres tú, que creíste*", dijo Isabel a María. En verdad, nunca hubo fe tan viva, tan pronta, empleemos el vocablo propio: tan heroica y, por consiguiente, tan meritoria como la que prestó la Santísima Virgen a la palabra de Dios, manifestada por el Arcángel San Gabriel el día de la Anunciación. El mismo Ángel había anunciado a Zacarías el nacimiento milagroso de Juan Bautista, y con ser Zacarías tan justo como era, al principio dudó(Luc., I, 18-20). Sara (Gen., XVIII, 10, sq.), la Sunamitiis, en el libro IV de los Reyes (IV Reg., IV, 16),empezaron también dudando, como el padre del Precursor: ¿cómo es posible que la esterilidad se convierta en fecundidad? Pero María, a quien se le anuncia una maravilla mil veces más increíble: que será madre y permanecerá virgen, no tiene ni un movimiento de incertidumbre, ni un asomo de vacilación.

San Pablo exalta y encarece la fe de Abraham, "*porque creyó, esperando contra toda esperanza, que sería padre de muchas naciones, aunque su cuerpo ya estuviese como muerto y la virtud de concebir estuviese apagada en el cuerpo de Sara*" (Rom., IV, 18, 19). No hay duda que fue grande la fe de Abraham, según lo mostró Dios mismo con el premio que le dió; pero, ¿qué era la fe de Abraham, comparada con la de María? Abraham, en la larga carrera de su vida, había podido ver matrimonios tenidos por estériles y que, al fin, fueron fecundos, y esto podía ayudar a su fe; pero ¿quién había oído decir nunca que una virgen hubiese concebido y dado a luz? María tenía que creer no sólo en una maternidad virginal, sino también que Ella, siendo Virgen, sería Madre de Dios; más aún: que todo esto dependía de su consentimiento; que Dios quería que dependiese de Ella la existencia del Salvador y la salud del mundo. Cierto que el Arcángel alegó el prodigio obrado en Santa Isabel para demostrar que no era imposible a Dios la ejecución del otro prodigio que anunciaba a María; pero aquel prodigio mismo era desconocido para María, que ni aun había oído hablar de él.

Nosotros creemos estos misterios; pero ¡cuántos milagros han sobrevenido para estimular y confirmar nuestra fe! ¡Y cuántos hombres, a pesar de tantos milagros, siguen aún rechazándolos y negándolos como imposibles!

No se ha de omitir una circuntancia que hace aún más admirable la fe de María: el profundo sentimiento que tenía de su bajeza. ¿Era posible que una pobrecita criatura como Ella fuese saludada llena de gracia, bendita entre todas las mujeres, y fuese escogida para la ejecución de un designio tan grandioso? Y, esto no obstante, su fe no tiene ni un momento de indecisión; no tiene más que una respuesta: "*He aquí la sierva del Señor.*" Tan admirable fue esta fe de María que, a juicio de los Santos Padres, le mereció el honor de engendrar al Hijo de Dios.

Cuando el Ángel le hubo anunciado el misterio, la Virgen "*llena de fe* —dice San Agustín—, y concibiendo al Cristo espiritualmente, antes de recibirlo en sus entrañas, "*He aquí* —dijo— *la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra..Creyó Ella, y lo que creyó en Ella se hizo*" (San August., serm. 215, n. 4. P. L., XXXVIII, 1074). "*Por la fe* —añade el mismo Doctor— *concibió María la carne de Cristo*" (Idem, c. Faust:, L. XXIX, n. 4).

Idénticas ideas leemos en un sermón atribuido a San Ildefonso, aunque, más probablemente, pertenece a otro antiguo escritor: "*La Virgen pregunta a Gabriel: ¿Cómo puede ser esto, pues yo no conozco varón? Y el Ángel le responde con benevolencia: El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Oh, Virgen, no temas por el alumbramiento que yo te anuncio. Cree, y habrás concebido; ama, y habrás dado a luz... Y María, recibiendo las palabras del Ángel y ya fecundada con la semilla de la fe, concibió a Cristo en su espíritu antes de concebirlo en su carne*" (San Ildef., serm. *de Assumpt*., 70. P. L., XCVI, 268, sq.).

He aquí también cómo habla de este misterio la Liturgia mozárabe en la Misa de la Madre de Dios: "*La Virgen real, fijos sus ojos y su corazón en su propia bajeza, y saludada por el mensajero celestial..., engendró por la fe en su alma, antes de concebirlo en su cuerpo, al Dios, a quien Ella adoró recién nacido como a su Creador*" (Liturg. Mozar., Missa B. M. V. P. L., XCV, 1035).

Sería superfluo prolongar las citas. Vese ya claramente cómo Santa Isabel pudo exclamar, dirigiéndose a María: "*Bienaventuda eres por haber creído que se realizaría en ti todo lo que te fue dicho por el Señor*" (Luc., I, 45. Estas consideraciones, acerca de la fecundidad de la fe en María nos traen a la memoria una expresión que a primera vista parece extraña, si bien se encuentra frecuentemente en los escritores eclesiásticos, tanto griegos como latinos. Dicen que María concibió a Dios humanado *auditu, aure*. Emmanuel "*ita ex útero egressus est, sicuti per aurem est ingressus*", dice San Proclo, orat. 1, c. Nest., n. 10. (P. G. LXV, 692) "*Intrabit per aurem Virginis Verbum incarnandum et exivit per clausam potam corporis incarnatum*" , (Guerric. abb., serm. 1, *in Annunc*., n. 2. P. L. CLXXXV, 121) "*Virgo Christi María... quae utique facta est gloriosa, dum aure concipis Verbum*". (Brev. Goth., *in festo Annunc. ad Matut*. P. L. LVIII, 1294) "*La fe viene de la audición, fides est auditu*" (Rom. X, 17) Esta formula viene a decir, pues, que María concibió a Jesucristo por su fe). Y en vano se buscaría vacilación alguna de su fe en la pregunta que hace al Ángel: "*¿Cómo sera esto, pues no conozco varón?*" "*No* —dice San Bernardo—, *no duda del hecho; lo que desea saber es el modo y el orden. No pregunta si el misterio se obrará, sino de qué manera. Como si dijera: Mi Señor no ignora el voto que tiene hecho su sierva de no conocer varón, pues mi conciencia está al descubierto delante de su mirada. Dígame, pues, el orden y la ley con que ha de oblarse la maravilla que se me anuncia*" (San Bernard., hom. 4 *super Missus est*., n. 3. P. L., CLXXXIII, 180).

Con esta pregunta —advierten los Santos y muchos autores piadosos— reveló la Santísima Virgen en qué grado tan sublime poseía no sólo la virtud de la fe, sino también la de la pureza virginal. He aquí cómo Bossuet interpreta el sentir común: "*Responde, pues, al Ángel:*

*¿Cómo se hará esto, pues no conozco varón, es decir, he resuelto no conocerlo jamás? Esta resolución revela en María un gusto exquisito de la castidad, y en grado tan eminente, que puede resistir a todas las promesas de los hombres, y aun a las del mismo Dios. ¿Qué podía Dios prometer de más valor que su Hijo, no como quiera, sino como Él mismo lo poseía, es decir, como tal hijo? Pues María está dispuesta a rechazarlo, si para adquirirlo ha de perder su virginidad. Pero Dios, a quien este amor acabó, digámoslo así, de robar el corazón, ordenó que el Angel le dijese: El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá. Dios mismo será como tu esposo; se unirá a tu cuerpo; mas para esto es preciso que sea más puro que los rayos del sol. El Purísimo no se une más que a la pureza*" (Bossuet, *Elev. sur les Myster*., 12 serm., 3 elev.). De manera que la fe y la pureza de la Santísima Virgen corren parejas: entrambas son iguales.

Sin salir de este misterio, hallaremos quizá algo aún más grande: la humildad de María. Entre todas las virtudes, la que mas a menudo y con más elocuencia exaltan y encarecen los Santos Padres es la humildad. Y con sobradísima razón: la humildad es, en los designios de Dios, condición indispensable, esencial para recibir las más altas comunicaciones divinas. Ved por qué las *Vidas* de los Santos nos los presentan pasando por las más terribles pruebas espirituales antes de que Dios derrame sobre ellos a torrentes las bendiciones de su bondad. Así conviene para que entiendan, sientan y reconozcan que por sí mismos nada son, sino un vaso en que Dios se digna derramar sus dones. La medida de las gracias celestes es la de la humildad (S. August., *De S. Virginit*.. n. 31. P. L.. LX. 415). Por tanto, pues que Dios exaltó tan prodigiosamente a la Santísima Virgen sobre todas las criaturas, es consecuencia obvia que a todas las excedió Ella en humildad.

¿Queréis saber cuán bajamente siente de sí misma cuando pronuncia aquel *Fiat* que la hizo Madre de Dios? Medid, si tanto podéis, la alteza a que Dios la elevó. Pero no solamente la sublimidad de la gracia concedida a María nos revela la profundidad de su humildad; más aún nos la manifiestan la naturaleza misma de la gracia recibida. ¿Qué es la Encarnación del Verbo, según San Pablo? Un anodadamiento. El Verbo, dice, "*siendo en forma de Dios..., se anonadó, tomando la forma de esclavo*" (Philipp., II, 6-7). Así, pues, para que se obrase el feliz encuentro del Verbo hecho hombre con el seno de la Virgen, era necesario una anonadamiento de la Madre que correspondiese al anonadamiento del Hijo. Por eso San Ignacio, en sus *Ejercicios*, nos presenta a María, cuando recibe el mensaje celestial, *en el acto mismo de la humillación.* "*Consideraré* —dice— *a Nuestra Señora humillándose y dando después gracias a la Divina Majestad*", lo que también es un acto de humildad (Ejer. Espirit., *Contempl. de la Encarnac*., p. 3).

Ahora bien; esto que acabamos de demostrar, en cierto sentido a *priori*, hallámoslo comprobado con hechos en el Evangelio. Ser humildes en la bajeza es cosa rara y hermosa; pero ser humildes tanto más, cuanto más se asciende, y abajarse hasta el anonadamiento cuando se llega a la más asombrosa elevación, es un prodigio de humildad, y esta humildad fue la de María Virgen, por el más inefable de todos los milagros, concebirás un hijo; será grande, y se llamará el Hijo del Altísimo, y su reino no tendrá fin. He aquí, responde Ella, la Esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra. Y así, mientras un Arcángel la proclama Madre de Dios, y Ella, en efecto, viene a serlo, se tiene solamente por esclava.

Pasados algunos días, su prima, bajo el impulso del Espíritu Santo, la saluda por Madre del Señor. Ella misma extiende su mirada profética a lo largo de la serie de los tiempos; se ve, en las edades que pasaron, preconizada por todos los profetas y patriarcas de la Antigua Ley como la esperanza de los siglos y la esperanza del mundo, y en las generaciones venide-

ras oye el eco de las palabras de Santa Isabel llamándola *bienaventurada*. Iluminada por clarísima luz, tiene que reconocerse por Hija de Dios, Esposa de Dios, Madre de Dios; y de su corazón se escapa este grito de admiración y de agradecimiento: "*Cosas grandes ha hecho en mí Aquél que es poderoso.*" Y sencillamente, con un movimiento como natural, tan identificada está, digámoslo así, con la humildad, añade: "*El Señor ha mirado la bajeza de su sierva, **respexit humilitatem ancillae suae**. Todo es de Dios; nada es mío, sino la nada*" (Luc., II, 48, 49). Y no son éstas vanas palabras: el mismo Espíritu Santo, que las inspiró, nos da testimonio de que son sinceras.

Mas, por muy elocuentes que sean las palabras de la Santísima Virgen para testificar su humildad, quizá lo es más aún el silencio que guarda; porque no fue Ella, sino el Espíritu Santo quien reveló a Isabel, su prima, los misterios obrados en Ella. Si María los cantó en un rapto profético, es a Dios a quien se dirige, y bajo la inspiración de Dios. Cuando Dios, que la hacía hablar, calla, María vuelve a sumirse en el silencio: ni una palabra, ni un signo, ni un paso que delate su grandeza ante los hombres. Si algún cambio exterior se obra, es que María, por llevar en sus entrañas a Aquel que se humilló hasta el anonadamiento, se hace también más humilde, más pequeña que nunca.

Muy pronto verá a su castísimo esposo presa de inquietud mortal. Sospechas sensibilísimas para su virginal pureza nacerán en el alma de José, y su misma grandeza será para María causa de extrema confusión. Una palabra de su boca bastaría para disipar las dudas y vindicar el honor de su virginidad sin tacha, llenándola de gloria. Pero no será Ella quien diga esa palabra. Será menester que Dios mismo envíe un Ángel que revela a San José lo que el Espíritu Santo ha obrado en su Esposa. De suerte que, sea cual fuere el punto donde nos situemos para considerar esta bendiitísima Madre de Dios, no se verán en Ella sino sentimientos humildísimos y bajísimos de sí misma.

Podríamos probar, sin dejar de las manos el Evangelio, que la Santísima Virgen sobresalió en todas las virtudes. ¿Preguntáis por su obediencia? Leed la escena de la Anunciación: "*He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.*" O, bien, meditad la forma cómo se verificó la huida a Egipto (Matth., II, 13-14, 20-21). Los autores espirituales no se cansan de ponderar la obediencia de San José: "*Levántate* —le dice el Ángel—, *toma al niño y huye a Egipto; y se levantó, y tomó al Niño y se retiró en Egipto.*" Pero, por grande que fuese la obediencia del santo Patriarca, ¡cómo se obscurece delante de la Esposa! En efecto, no fue Ella, la verdadera Madre, quien recibió el mensaje angélico, ni la explicación de la orden traída del Cielo por el Ángel. Sin reclamar, sin objetar nada, sin quejarse, se conforma con la voluntad divina que le comunica San José.

¿Queréis conocer su tierna y delicada conmiseración con los hombres? Escuchadla cuando dice a Jesús, en las bodas de Caná: "*No tienen vino*" (Joan., II, 2, sq.). Y aquellas otras palabras del sagrado texto: "*María conservaba todas estas cosas y las repasaba en su corazón*" (Luc., II, 51). ¿No nos enseñan mejor que muchos largos discursos hasta qué punto María poseía la plenitud de la santa contemplación? ¿Investigáis cuáles fueron su paciencia, su espíritu de sacrificio, su generosidad magnánima? Ved a esta Madre divina en pie junto a la Cruz, donde Jesús expira para la salvación del mundo: *Stabat juxta crucem*... (Joan., XIX, sq.). Basten, por ahora, estas breves indicaciones acerca de este asunto, tratado amplísimamente por muchos autores (Véase, por ejemplo, el P. Teófilo Raynaud, *Diptycha Mariana*, part. 2, punt. 5, donde

los Santos Padres van compareciendo, digámoslo asi, por turno para dar testimonio de las virtudes de la Madre de Dios).

Añadamos sólo dos o tres advertencias. Ya dijimos que en un alma perfecta se puede juzgar del conjunto de su santidad por algunos actos particulares. Lo mismo puede aplicarse a las virtudes; de manera que, comprobada la eminencia de algunas de ellas, puede inferirse la eminencia y perfección de las otras. Las virtudes son hermanas, y aunque son desiguales en cuanto a su naturaleza, su crecimiento respectivo procede armoniosamente. Si, pues, el Evangelio nos permite admirar la inefable perfección de muchas virtudes de María, por esto mismo podemos deducir que en la misma medida ejercitó todas las demás; juicio tanto más cierto cuanto sabemos que la caridad divina, que a todas las gobierna, en ninguna podía sufrir la huella de la más ligera imperfección.

Observemos, en segundo lugar, que para tener conocimiento pleno de una virtud no basta ver su desarrollo exterior. Según pensamiento de San Ignacio, sucede con los amigos de Dios como con un santuario: cuando lo miramos por de fuera, no podemos apreciar ni los esplendores que lo decoran, ni la belleza de los cantos que dentro se oyen, ni los perfumes que se queman en honor de Dios. Ahora bien; esto, que es verdad respecto de todos los Santos, lo es más, sin comparación, de la Santísima Virgen, como quiera que fue nota propia de su vida el haber estado escondida en Dios.

Tercera advertencia. Para juzgar del mérito de las virtudes, no basta considerarlas separadamente, cada una de por sí, sino que se han de estudiar en sus mutuas relaciones. Hermosa es la humildad a los ojos de Dios; pero ¡cuánto más hermosa es cuando hunde sus raíces en el amor, o cuando se junta en un corazón con la inocencia perfecta! Muy hermoso es consolar y remediar las miserias ajenas; pero ¡cuánto más meritorias son estas obras cuando van acompañadas del perdón de las injurias recibidas o del voluntario desasimiento de los propios bienes! Pues esto precisamente es lo que admiramos en María: virtudes que se encadenan y mutuamente se ayudan, obrando todas en perfecta y esplendorosa consonancia; así, las notas de un concierto, por limpias que sean, más que por su belleza particular agradan por la armonía del conjunto.

La última advertencia que tenemos que hacer es la más importante, y quizá la que derramará más luz sobre la excelencia de los méritos de María. Todas las almas justas son santuario del Espíritu Santo. El Espíritu Santo habita en ellas, y esta habitación es tanto más perfecta cuanto mayor es la gracia santificante que hace al hombre morada y templo de Dios. Pero la morada del Espíritu Santo en las almas no es ociosa. Cuando entra en un alma, entra como motor. Por eso su descendimiento va siempre acompañado de la producción de las virtudes *infusas*, que son el principio próximo de las operaciones sobrenaturales y divinas; por eso el Espíritu divino añade los *dones*, es decir, "*ciertas perfecciones interiores que hacen al alma más apta para recibir las mociones divinas, y más dócil para seguirlas*" (San Thom., 1-2, q. 68, a. 3; S. Bonav., *de Donis Spir*., in comm., c. 2). He ahí lo que el Espíritu Santo es y lo que hace en todos los justos. Las almas de éstos, con sus facultades, son como un instrumento del que quiere servirse para la glorificación y el perfeccionamiento espiritual de la criatura racional, y él mismo está en el centro del alma como artista incomparable, cuyos toques potentes y suaves la despiertan y la impulsan al ejercicio de todas las virtudes.

Pues si tal es, y no podemos dudarlo, el estado de todos los hijos de Dios, ¿cómo tantos cristianos, que llevan en sí mismos la gracia santificante con las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo, son tan flojos, tan olvidadizos de las cosas del Cielo y estan tan vacíos de buenas obras? Nace esto de que su disposición habitual, su inmortificación y su tibieza ponen obstáculos a las mociones del Espíritu Santo; nace también de que el alma, enredada en mil lazos, muy raramente se entrega, o se entrega muellemente a las brisas divinas, cuando le place al Espíritu Santo que soplen sobre ellas, a pesar de su indignidad. Doble desgracia, contra la cual quiso el Apóstol prevenirnos cuando escribió: "*No apaguéis al Espíritu Santo*" (I Thes., V. 19); es decir, no impidáis que derrame sobre vosotros sus inspiraciones saludables. "*No contristéis al Espíritu Santo*" (Ephes., IV, 30); esto es, plegaos sin resistencia a los movimientos que él os imprima.

Expuesta ya la doctrina general, vengamos a la Santísima Virgen. Los otros justos son templos del Espíritu Santo; pero Ella es, en sentido exactísimo, el único templo, el templo por excelencia del divino Espíritu (Cf. L. II, c. 5, pp. 153-155). Lo fué desde el primer instante de su creación; lo es en todo y por siempre. Nunca el Espíritu Santo abandonó este templo y santuario privilegiado; antes al contrario, a cada instante su habitación se hacía más íntima y se afianzaba y perfeccionaba en medida que sólo él conocía. Y más aún: según el testimonio del Evangelio, el Espíritu Santo, después de la primera donación de sí mismo a María, descendió sobre Ella nuevamente, de manera incomparablemente más íntima, cuando la hizo Madre Virgen del Unigénito del Padre, y aún esta segunda donación fué preludio y prenda de una morada y estancia cada vez más familiar y más íntima.

De lo dicho puede colegirse lo que este motor divino obraría en ella y por medio de ella; porque su acción sobre el alma responde naturalmente al grado de unión que haya entre los dos. Por otra parte, en María no había cosa que estorbase la acción de las mociones divinas. No lo repetiremos bastante: ni divagaciones de la mente ni de la fantasía, ni resistencias de la sensibilidad, y mucho menos de la voluntad; era un instrumento de perfección sin igual, incapaz de recibir impulsión alguna en desacuerdo con las del Espíritu Santo, siempre pronto para vibrar bajo el impulso de su mano, siempre flexible y dócil de manera inefable. "*Aquéllos* —dice San Pablo— *son hijos de Dios, que son conducidos por el Espíritu de Dios*" (Rom., VIII, 14). Hija de Dios, Esposa de Dios, Madre de Dios, ¿cómo era posible que la Santísima Virgen no estuviese toda entera y perpetuamente bajo la moción del Espíritu Santo, ahora bien; toda moción del Espíritu Santo, cuando habita en un alma, la impulsa hacia la vida eterna, es decir, da a sus actos la virtud de merecer, con un aumento de gracia, un crecimiento proporcionado de gloria. Y esto es lo que, bien considerado, puede darnos la idea más alta de los méritos de la Virgen, Madre de Dios. Por tanto, resumiéndolo todo, continuidad perpetua de méritos y crecimiento perpetuo en la perfección de los mismos méritos, bajo la acción siempre actual y siempre aceptada del Espíritu Santo: esto es lo que admiramos en María, y esto es lo que eleva su santidad a alturas inefables.

## CAPITULO 3

### El segundo elemento del crecimiento en gracia de la Madre de Dios: el "opus operatum".

**I**. Tendrían idea muy incompleta del crecimiento espiritual de María quienes sólo considerasen los progresos en gracia que alcanzó por sus méritos propiamente dichos. Como ya dijimos al principio de este estudio, la divina munificencia tiene otra forma de perfeccionar en nosotros su gracia, prescindiendo de nuestros méritos, aunque para los adultos se mida por el grado de sus disposiciones. De esta manera nos santifica Dios por medio de los Sacramentos de la Nueva Ley. Y esta fue también para la Santísima Virgen nueva y eficacísima causa de progreso en la santidad.

En efecto: establecida la Nueva Alianza, María participó, como todos los hijos de la Iglesia, de los Sacramentos instituidos por su divino Hijo; por lo menos, de aquellos que no suponen, ni en cuanto a su substancia, ni en cuanto a las circunstancias de su institución, nada que sea incompatible con el estado de la Madre de Dios.

Empecemos eliminando aquellos sacramentos que, por una causa o por la otra, no pudieron ser recibidos por María. El primero es el de la penitencia. ¿Qué falta podía acusar sobre el confesor, y sobre qué materia iba a recaer la absolución?

Con mucha razón, el P. Teófilo Raynaud (*Diptycha Mariana*, II, p., p. 4, n. 16, sqq.) llama vanos y fútiles los esfuerzos de algunos escritores de la Edad Media, para no privar a María del beneficio de este Sacramento. En efecto, no basta tener odio profundo del pecado ni practicar con espíritu de expiación las penitencias o mortificaciones más rigurosas; todo esto no es suficiente para que uno sea subdito de un tribunal delante del cual el pecador y sólo el pecador debe comparecer, y esto para acusarse a sí mismo y ser juzgado. Y aun con mayor razón se burla donosamente el citado teólogo de la controversia sostenida.

La misma imposibilidad hubo de que la Santísima Virgen participase del Sacramento del Orden, porque, según la institución divina, el ministerio eclesiástico es función exclusiva del varón.

En cuanto al Sacramento que consagra la unión nupcial de los cristianos, nada encierra inconciliable con la condición de la Madre de Dios. Pero cuando la Santísima Virgen y su virginal esposo San José contrajeron matrimonio, no existían los Sacramentos de Jesucristo sino en esperanza, y cuando fueron instituídos ya había muerto San José.

Ardua cuestión es saber si la Santísima Virgen recibió otros tres Sacramentos de la Nueva Alianza: la Extremaunción, el Bautismo y la Confirmación. Ahora bien; empezando por el primero, esto es, por aquel cuya recepción es más dudosa, graves teólogos lo afirman, y otros no menos graves lo niegan.

Puede leerse acerca de esta cuestión el P. Teófilo Raynaud, op. cit., 1. cit.. n. 12. Suárez, después de exponer ambas opiniones con los argumentos en que se fundan, emite este juicio: "*Si, ut homo sit capa hujus sacramenti, necesarium non est quod aetualiter peccaverit, beata Virgo fuit capax illius. Si autem fuit eapax illius, verisimilius est illud suscepise, tum propter fructus ejus. tum propter fidei et fidelium aedificationem et humilitatis exemplum.*" (*De Myster. vitae Christi*, D. 18. S. 3).

Los que niegan se apoyan en dos razones, la primera de las cuales, por lo menos, parece convincente. Es verdad que la Extremaunción no se debe contar entre los Sacramentos de muertos: conforme a la ley y en las circunstancias ordinarias, se administra después de la Penitencia y, por consiguiente, cuando ya el estado de gracia se ha restablecido en el alma. Pero si no supone el pecado, supone las reliquias del pecado, es decir, la debilidad espiritual nacida del pecado que Dios quiere quitar a sus hijos al acercarse los combates postreros y la prueba suprema. Y a esto se destina principalmente el Sacramento de la Extremaunción, aunque pueda, en determinadas circunstancias, devolver la vida de la gracia remitiendo los pecados. Ahora bien; en María, ni pecados, ni reliquias de pecado. Por tanto, por lo menos bajo este aspecto, el Sacramento de la Extremaunción no fué instituido para Ella.

Se objeta, sin embargo, que el Concilio Tridentino parece que asigna a la Extremaunción otros efectos independientes del pecado y de sus reliquias: consolar el alma del enfermo y fortificarla contra las últimas acometidas del enemigo. (Conc. Trid., sess. 14, *de Extrem. Unct.*, c. 2).

A esta razón se añade otra que algunos estiman muy verosímil. La Extremaunción presupone en quien la recibe una enfermedad grave. *Siquis infirmatur*, leemos en Santiago (Jac., V, 14). Ahora bien; dicen, la Virgen Santísima murió no por la fuerza de la enfermedad, sino por la fuerza del amor. Mas a esto responden otros que el amor, para ejecutar su obra, tuvo que relajar las ligaduras que unían el alma con el cuerpo, y que esta relajación y la debilitación progresiva del organismo, cuando llegan hasta la muerte, son también enfermedad.

Por lo que hace al Bautismo, el acuerdo es más general. Primero, la ley que le impone es universal: "*Si alguno no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de los cielos*" (Joan., III, 5). Cierto que podría decirse que, como María fué santificada en su concepción, no podía renacer con el bautismo del agua. Pero podía, por lo menos, hallar en este Sacramento un acrecentamiento de su gracia original de renacimiento, y esto bastaría para que el Sacramento no le fuese inútil. ¿No vemos cómo la Iglesia bautiza a los adultos, estén o no justificados, cuando se acercan a la fuente de la regeneración? En todo caso, aunque la ley no fuese estrictamente obligatoria para María, bien pudo Ella cumplirla por un acto de libre obediencia.

Además, el Bautismo tiene otro fin: incorporarnos oficialmente al cuerpo de la Iglesia y conferirnos, con el carácter de cristianos, el poder y el derecho de recibir los Sacramentos de la Nueva Alianza, dos privilegios que no eran incompatibles ni con la dignidad ni con la santidad de María.

"*Por último* —dice el Doctor Angélico—, *este Sacramento imprime corporalmente en los bautizados el signo de la Pasión de Cristo*" ("*Sanctificatus in útero debet baptizan propter tres rationes: primo, propter adquirendum caracterem quo anmimeratur populo Dei et quasi deputatur ad percipienda divina sacramenta: secundo, ut por baptismi perceptionem passioni Christi etiam corporaliter conformetur; tertio, propter bonum obedientiae, quia praeceptum baptismi ómnibus datum est et ab ómnibus debet impleri, nisi articulus necessitatis baptiamum excludat.*" (S. Thom., in IV. D. 6, q. a 1, sol. 3.)). Quizá podrían suscitarse contra el valor de estas pruebas varias objecciones. María, por su misma maternidad, ¿no pertenece ya a la Iglesia y no es el miembro más eminente en el cuerpo de Cristo? ¿No bastan su condición de Madre y la parte singularísima, única, que tuvo en la oblación de la Víctima santa y divina? ¿No bastan, decimos, para formar en Ella la

figura de Cristo paciente de manera perfectísima y para conferirle el derecho de participar de las fuentes que brotaron de la Pasión? Cierto, respondemos; estas razones demuestran que la necesidad del Bautismo no fué la misma para María que para los demás hombres; pero ¿prueban que la Santísima Virgen no pudo recibir el Bautismo y los efectos propios del Bautismo? Los teólogos más insignes se resisten a admitirlo, porque el ejemplo mismo de Jesucristo demuestra que un mismo privilegio se puede tener por varios títulos.

San Thom., 3 p., q. 19, a. 3. Sin embargo, aún podría presentarse otra dificultad, el descendimiento del Espíritu Santo pudo suplir eminentemente el Bautismo de agua, según aquellas palabras del Señor: "*Juan ha bautizado con agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo de aquí a pocos días.*" (Actos, I, 5.) Esta dificultad, sin ser insoluble, es causa de nueva incertidumbre acerca del Bautismo de Maria.

Más seria es aún la controversia respecto de la Confirmación. Según parecer de Suárez, no es creíble que la Santísima Virgen recibiese el Sacramento de la Confirmación en la forma usada en la Iglesia de Dios para los demás fieles. Lo cual no significa que no recibiera la plenitud de las gracias que derrama el Espíritu Santo mediante el Sacramento de la Confirmación. La venida sensible y visible del Espíritu Santo en el Cenáculo, el día de Pentecostés, suplió de manera sobreabundante la eficacia del rito sacramental ordinario para la Madre del Salvador y para los discípulos reunidos en torno de ella (Suárez, de Myster. vitae Christi, D. 18. S. 3). Pero otros teólogos no han juzgado convincente esta prueba (Theofilo Raynaud, *Diptych. Mariam.*, P. II, p. 4, n. 10). ¿Por qué —preguntan—, habiendo sido María bautizada, no había de ser confirmada? El segundo Sacramento es complemento y corona del primero.

Para resolver esta cuestión, el camino más seguro sería averiguar si los Apóstoles y, en general, los discípulos encerrados en el Cenáculo fueron confirmados con la imposición de manos, bien antes, bien después de Pentecostés. Lo que se demuestre respecto de los Apóstoles y de los discípulos, eso habría de admitirse también respecto de la Santísima Virgen. Pero ni en la Sagrada Escritura, ni en la antigua tradición de la Iglesia, se halla cosa alguna sobre este particular.

Hemos de añadir que no puede aplicarse a la Confirmación lo que se diga del Bautismo. La administración de éste precedió, no solamente a la venida solemne del Espíritu Santo el día de Pentecostés, sino también a la misma Pasión de Jesucristo, en tanto que la de la Confirmación debió de ser después. De donde parece deducirse que la efusión del Espíritu Santo el día de Pentecostés podía suplir un sacramento que aún no había sido recibido, sin hacer inútil un bautismo administrado hacía mucho tiempo.

Dejemos, pues, la cuestión sin resolver, y hablemos del más augusto y santo de todos los Sacramentos: de la Eucaristía.

Respecto de éste, ninguna incertidumbre, ninguna controversia es posible entre los doctores. ¿Cómo admitir que la Santísima Virgen no estuviera entre aquellos primeros discípulos que, teniendo un solo corazón y una sola alma, perseveraban "*en la comunión de la fracción del pan y en la oración?*" (Act., II, 42; IV, 32). Y ¿quién podrá decir los aumentos de gracia que hallaría en la recepción frecuente del cuerpo y de la sangre de Jesucristo? Si algunas veces se ha visto que una sola Comunión ha transformado un alma, ¿con qué torrentes de gracias y de amor no sería inundado el corazón de María cuantas veces se unía corporalmente a su Amado en el Sacramento del amor? No se olvide que los frutos de este divino Sacramento, aunque

no provengan de las disposiciones con que se le recibe, todavía son proporcionados a las mismas. Por consiguiente, sólo podrá medirlos en María aquel que conozca la perfección de su fe, de su humildad, de su pureza, la santa avidez de sus deseos y la inefable grandeza de su amor.

Recordamos haber leído una opinión harto extraordinaria: por privilegio especial, la Santísima Virgen veía con sus propios ojos, al comulgar, el cuerpo de su Hijo tal como está en su estado sacramental. Es cosa de repetir aquí el axioma de San Bernardo: Tantas y tan grandes son las prerrogativas de María que no tiene necesidad de falsas alabanzas. Fuera de que la dicha opinión es de invención reciente y no se apoya en noticias suministradas por !a tradición; fuera de que concede a la Virgen Santísima una vista que no se armoniza con su estado de fe, tiene contra sí una imposibilidad radical. El cuerpo de Nuestro Señor está presente en la Eucaristía a la manera de la substancia, per modum substantiae, dice Santo Tomás, de quien tomamos el principio en que se basa esta refutación. (3 p., q. 76, a. 7.) Es decir, que no tiene relación alguna inmediata con las especies sacramentales y los cuerpos que lo rodean, ni por su cantidad, ni por sus dimensiones, ni por su extensión; en una palabra, por sus accidentes, sino solamente por medio de su substancia. De donde resultan dos imposibilidades de que el cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía, sea visto con los ojos corporales. En efecto, un cuerpo, para ser visto, debe obrar de cierta manera sobre el medio luminoso que determinará la impresión visual en el ojo del espectador. Ahora bien, el cuerpo de Nuestro Señor, estando en el Sacramento de la manera que hemos dicho, no puede producir semejante efecto. La razón es porque cualquier acción de un cuerpo sobre otro presupone un contacto, y el contacto no pueffe realizarse sino un medio de la extensión. Y no sólo el cuerpo de Nuestro Señor, considerado su modo de ser eucarístico, no puede obrar sobre un ser materia, pero ni puede ser objeto de una facultad sensible, porque las facultades sensibles solamente perciben aquello que sea *extenso*; sin la extensión, nada podría ser visto, sentido o imaginado. Por consiguiente, como el cuerpo de Nuestro Señor todo entero está en el Sacramento a manera de substancia, y no teniendo, por tanto relación inmediata con los cuerpos que le rodean, por razón de su extensión y de sus dimensiones, necesariamente se escapa a toda percepción de los sentidos. "*Corpus Christi est in hoc sacramento per modum substantiae. Substantia autem in quatum hujusmodi, non est visibili oculo corporali, nec subjacet alicui sensui sed nec etiam imaginationi... Et ideo proprie loquendo. Corpus Christi secundum modum essendi quem habet in hoc sacramento, neque sensu neque imaginatione perceptibile est, sed solo intellectu qui dicitur oculus spiritualis.*" (S. Thom., 1.c). Y esta es también la doctrina de los más ilustres teólogos. Gerson, en un diálogo, hace a su discípulo preguntar si la Virgen veía a su Hijo en la Eucaristía, y el maestro contesta: "*Si hablas de visión sensible, ni en la via ni en la patria puede ser visto el cuerpo de Cristo con ojos corporales, según el estado eucarístico,* ***ut hic est.***" (Gers., tr. 9, *super Magníficat*. Opp. III, 401.)

**II.** Mas no creamos que María, por no haber recibido ni el Sacramento del Orden, ni del Matrimonio, ni el de la Confirmación, quedase privada de la gracia especial que confieren. Si Jesucristo santifica con su gracia la unión conyugal de los cristianos porque ésta tiene por fin dar a Dios nuevos servidores y a Cristo nuevos miembros, ¿cómo era posible que no derramase con abundancia incomparablemente mayor las bendiciones de su dulzura sobre aquella unión virginal, cuyo fruto había de ser Él mismo?

Cuando los Apóstoles se prepararon en la oración y en la soledad para la efusión solemnísima del Espíritu Santo que aconteció el día de Pentecotés, vemos a María orando con

ellos y por ellos. Cuando el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles, con la plenitud de sus dones celestiales, en el Cenáculo estaba también la Santísima Virgen; y como ningún corazón estaba tan preparado como el suyo, y como nadie en este mundo se elevó tan alto como esta paloma, llevada en alas de su amor al encuentro del Espíritu Santo, y como Ella era ya la Reina de los Apóstoles y la Madre universal de los hombres, dedúcese que ninguna plenitud de los dones de Dios se acercó, ni con mucho, a la plenitud de la Santísima Virgen. Ved, pues, cómo los frutos de la Confirmación fueron conferidos a la Madre de Dios supereminentemente (13).

Artistas cristianos, sobre todo entre los antiguos, expresaron la creencia común de la parte principal que María tuvo en este misterio, representándola en el Cenáculo en medio del Colegio apostólico y sentada en un sitial más elevado. (Cf. H. Grimourd de Saint-Laurent, *Guide de l'art chretien*, IV, étude 14.) Algunos autores opinaron que las lenguas de fuego nose repartieron sino después de haberse asentado sobre la Madre de Dios reconcentradas como en una hoguera única. Ni la presidencia ni tal división de lenguas son admisibles si se toman en sentido material. Pero ambas cosas son verdaderas si se considera la representación mística que encierran. De cierto, el primer lugar correspondió a la Madre de Dios, porque a su plegaria se debió en primer lugar la venida del Espíritu Santo, y asimismo Ella lo recibió con plenitud no igualada por ninguna otra. También es cosa cierta que el Espíritu Santo descansó sobre Ella antes que se distribuyera como lenguas de fuego sobre los apóstoles y los discípulos, porque Ella recibió la totalidad de las gracias, de las que los Apóstoles y los discípulos no recibieron más que una parte, y esa por medio de María.

También había recibido mucho antes esa otra plenitud que corresponde al Sacramento del Orden. En efecto, por una parte, el Sacramento del Orden confiere la potestad de reproducir místicamente el cuerpo y la sangre del Señor, dándole su ser sacramental; y, por otra parte, como quiera que las cosas santas deben ser para los santos, el orden derrama en el alma del sacerdote un aumento de gracia en cuanto a las funciones que en adelante ha de ejercer. Y esto fué lo que por modo más excelente hizo el Espíritu Santo el día de la Anunciación. También ella recibió un poder sobre el cuerpo de Cristo: el poder de producirlo física y realmente de su propia substancia, por la operación del Espíritu Santo, que vino sobre Ella; poder tanto más superior al de los sacerdotes de la Nueva Alianza, cuanto el sér substancial de Cristo excede al sér sacramental.

Por consiguiente, como todo está íntimamente ligado en los consejos divinos, a esta función tan excelente, debía corresponder también una efusión de la divina largueza, superior, sin duda, a aquella otra de la cual es instrumento y medio el Sacramento del Orden. No es el *opus operatum*propiamente dicho, ya que no hubo símbolo exterior que significase y produjese la gracia; pero hubo algo análogo, porque, aunque intervino el mérito, el aumento de gracia producida no se proporcionó ni única ni principalmente a él. No ha habido teólogo ni Santo Padre que no admitiese este aumento extraordinario de gracia en María, cuando el Verbo divino fué concebido en sus entrañas castísimas. Ya dimos una de las razones de esta unanimidad; pero hay otras que no son menos evidentes. Si la presencia corporal de Jesucristo, obrando, por decirlo así, a través del seno de su Madre, bastó para santificar al Precursor, ¡con cuánta mayor eficacia debió santificarla a Ella misma con su primer contacto! ¿Puede concebirse que el fuego ardentísimo de la divinidad penetrase tan íntimamente en la substancia materna sin avivar sobre toda medida el incendio de su santo amor? Lo que Jesucristo obra en

las almas de los fieles cuando les da a comer su carne debajo de las especies sacramentales, ¿no la haría de manera mil veces más eficaz cuando el cuerpo virginal de su Madre y su propio cuerpo eran, en un sentido sin comparación más verdadero, un solo cuerpo? Y el cuerpo de Cristo permaneció encerrado nueve meses en el seno de María, perpetuamente consciente del misterio y perpetuamente en acto de una amorosa acción de gracias. ¡Qué comunión y qué frutos!

"*Un renuevo saldrá de la raíz de José, y una flor subirá de esta raíz. Y el Espíritu del Señor descansará sobre la flor: el espíritu de sabiduría y de inteligencia, el espíritu de consejo y de fortaleza, el espíritu de ciencia y de piedad; y el espíritu de temor del Señor la llenará totalmente*" (Is., XI, 2, 3). ¿Quién es este renuevo, dicen con San Jerónimo, muchos otros santos autores, sino la Virgen Santísima?, y ¿quién es la flor, sino Nuestro Salvador Jesucristo? Y ¿cuándo el Espíritu de Dios descansó sobre la flor con la plenitud de su gracia y de sus dones? En el momento mismo en que la flor se abrió sobre el tallo, es decir, en el instante en que el Verbo de Dios se formó su carne de la carne de María; porque entonces, y sólo entonces, el Espíritu Santo descendió interiormente sobre Jesucristo para santificar su naturaleza humana. Y, ¿podemos imaginar que esta lluvia de gracia inundara la flor sin bañar al mismo tiempo el tallo de donde esta flor brotaba, y del que era inseparable? Cierto que no; el Espíritu Santo descansó indisolublemente sobre la Madre y sobre el Hijo, como medida desigual, sí, pero superior para los dos a cuanto nostros podemos concebir.

Y esto es lo que han sentido los teólogos y los Santos Padres. Para no hablar ahora sino de los primeros, tan grande les pareció la abundancia de gracias derramadas en aquel momento sobre el alma de María, que muchos creyeron que el término de su crecimiento en gracia debía fijarse en el momento de la Anunciación. Otros, sin llegar a este exceso, hicieron comenzar en aquel venturoso instante, ora la extinción total del fuego de la concupiscencia, ora la importancia radical de pecar. Prueba manifiesta de que, a sus ojos, la gracia entonces recibida por María no fué sólo un crecimiento de santidad correspondiente al mérito de sus actos, sino una efusión del Espíritu Santo semejante a la que tuvo lugar en Ella en el instante de su Concepción. Pero esto es decir muy poco, porque entonces tratábase de una preparación lejana; mas ahora se trataba de la preparación actual actualísima, para la maternidad divina.

¿Sería temerario pensar que la Santísima Virgen en las últimas horas de su vida mortal, recibió de su Hijo una suprema plenitud de gracia con la cual quedó consumada en la santidad? Al decir esto suponemos en María incapacidad de recibir el Sacramento ordinario de los moribundos. Parécenos que tal suposición no es ni temeraria ni improbable; no porque la Madre de Dios tuviera que ser fortificada contra las consecuencias del pecado, sino para que fuese preparada con disposición más cercana, en su alma y en su cuerpo, para pasar de la tierra a los esplendores inenarrables de la eternidad.

**III**. Fuera de la participación de la Santísima Virgen en los Sacramentos de la Iglesia, y de las circunstancias en que, sin recibirlos en su forma definitiva, se enriquecía con gracias iguales o superiores a las que los Sacramentos producen, ¿hubo también otras efusiones santificantes independientes del mérito y del uso de los Sacramentos? Cuestión es ésta que no puede definirse por la Sagrada Escritura ni por los Santos Padres. Suárez, y con él otros teólogos, sin dar por cierta la opinión afirmativa, la juzgan verosímil. Y, ciertamente, sería cosa

extraña que Dios no hubiera abierto más copiosamente sus tesoros en algunas ocasiones más señaladas de la vida de su Santísima Madre.

Tal hubo de ser, por ejemplo, aquel instante en que, en el Calvario, en medio de los comunes dolores y la común oblación del Hijo y de la Madre, Aquél la consagró definitivamente por Madre de los hombres. Cuando María, no ya por destinación, sino de hecho, fué constituida Madre del Unigénito, el Padre envió a su Espíritu santificador, el cual, viniendo sobre Ella, la llenó de abundancia increíble de dones celestiales. Y, ¿es posible que en el punto en que su maternidad se consumó, cuando María fué constituida de hecho Madre universal de Cristo en sus miebros, no le fuese enviado el Espíritu Santo para prepararla más completamente a este nuevo estado?

Esta consideración puede ayudarnos a entender mejor lo que el Espíritu Santo obró en María el día de Pentecostés. Los Apóstoles habían sido ya instituidos testigos de Jesucristo, sus representantes, ministros y dispensadores de sus misterios. Con el soplo de su boca divina los había hecho participantes de su Espíritu, a la vez que les confiaba su propia misión (Joan., XX. 21. sqq.); pero la consumación última de su gracia había de ser obra del Espíritu Santo cuando descendiese sobre ellos en el Cenáculo. Es creíble que lo mismo sucediese en la Santísima Virgen. Jesús, pendiente de la Cruz, la proclamó Madre universal de los cristianos, y desde entonces la llenó con su espíritu en orden a este ministerio de gracia y de amor. Pero era necesario confirmarla y consumarla, en cierta forma, en su oficio de Madre, y ésta habrá de ser la obra de Pentecostés. Era ya Madre, como los doce tenían ya todas las prerrogativas y todos los poderes del Apostolado. Lo que en aquel día les fué concebido fué el último complemento de gracia que pedían tan altas funciones. Pues digamos iguálmente que María recibió en aquel momento de la venida del Espíritu Santo la consumación de santidad que convenía a su maternidad espiritual.

A nadie parezca extraño que el Espíritu Santo descendiese en varias vecea sobre los Apóstoles, y sobre la Santísima Virgen para hacerlos cada vez mas aptos para el cumplimiento de su misión. Esto mismo hice con todos los fieles. En efecto, el Espíritu Santo en el Bautismo les da el ser de hijos de Dios: el mismo Espíritu, en la Confirmación, viene a consagrar y perfeccionar el ser sobrenatural ya recibido en el sacramento de la regeneración.

No indagaremos curiosamente si hubo otras circunstancias en que Dios Nuestro Señor renovase en favor de su Madre las efusiones extraordinarias de gracia de que venimos hablando, Secreto es este del Hijo y de la Madre. Sea como fuere una conclusión clara y cierta se colige de todo lo que antecede: la Santísima Virgen fué creciendo siempre y de todas las maneras en gracia, desde el primer momento de su vida hasta el postrero; crecimiento continuo, crecimiento acelerado, si consideramos el número y grandeza de sus méritos; crecimiento quizá más admirable aún, si consideramos lo que Dios hizo, bien por sí solo en los misterios principales de su Madre, bien por medio de los Sacramentos confiados a su Iglesia.

## CAPITULO 4

### La santidad final de la Madre de Dios

**Lo que fue según el sentir de los Santos Padres y de los Doctores. Comentarios de los teólogos acerca de la plenitud de la gracia de María. De cómo esta gracia por sí sola excede a toda otra santidad fuera de la de Dios y la de Cristo. Solución de algunas cuestiones relativas a la perfección de dicha gracia.**

**I.** Es cosa ciertísima que la Santísima Virgen, al final de su peregrinación terrestre, había alcanzado una medida de gracia superior a la de cualquiera otra criatura. No cabe duda alguna acerca de este punto. Porque la gloria responde a la gracia; ahora bien: es de fe que la gloria de la Santísima Virgen sobrepuja a cualquiera otra bienaventuranza, excepto, claro es, la de su Hijo. Pero, presupuesta esta idea general sería cosa grata saber cuánta fué la eminencia de esta gracia y en la medida en que supera la de los otros Santos. Cuestión gloriosísima para la Santísima Virgen, pero insoluble para nosotros, si hubiéramos de dar una respuesta precisa, pues ni la razón ni la revelación nos ofrecen principios suficientemente claros y ciertos para resolver problema tan misterioso. Intentemos sin embargo, conocer aproximadamente lo que no podemos conocer con toda exactitud.

Quizá nada sea tan apto para darnos a entender cuál fué la excelencia de la santidad de María como las primeras palabras de la salutación que le dirigió el Arcángel en la Anunciación: **"Yo te saludo, llena de gracia..."** (San Lucas I, 28). Ante todo, hagamos una advertencia. El Angel, en este lugar, no expresa un deseo; no profetiza lo que será después, cuando María haya concebido al Hijo de Dios. No afirma un hecho actual; enuncia lo que ya es cuando saluda a esta Virgen, hija de David. Y, previa esta advertencia, meditemos las palabras del Arcángel. **"Yo te saludo, llena de gracia, *gratia plena*."** La gracia, ora estudiemos el texto, en sí mismo, ora nos refiramos a las versiones antiguas o modernas más autorizadas de la Sagrada Escritura, significa en este lugar la gracia del Nuevo Testamento, la que Jesucristo nos mereció con su muerte, la gracia sobrenatural por la que el hombre es hijo y amigo de Dios. Este es el sentir universal de los Santos Padres, y nada justificaría otra interpretación.

No dice el Angel: Yo te saludo, María, llena de gracia. Dice sencillamente: **"Yo te saludo, llena de gracia."** Y no carece de misterio el que calle el nombre de María. Da a entender con esto que el término **"llena de gracia"**, con el que la designa al principio de su salutación, se ha de tener como su nombre propio. María es para Dios, y lo será para los hombres, **"la llena de gracia"**.

Llamamos a Dios el Omnipotente, el Inmortal, porque su poder y su inmortalidad son de naturaleza tan elevada, que cualquier otro poder o inmortalidad, comparada con la suya, es nada.**"Vosotros** —decía San Pedro a los judíos— **habéis renegado del Santo, del Justo"**, al rechazar a Jesucristo (Act., III, 4). ¿Es que no hay otros Santos? ¿No son alabados en el Evangelio por justos José y Simón? Sí; pero lo que para los otros es un calificativo, para Jesucristo es un nombre propio; porque, de tal manera sobresale en la justicia y en la santidad, que todas las criaturas, en comparación de Él, no parecen ni santas ni justas. Estas formas de lenguaje son familiares y vulgares. ¡A cuántos hombres han prodigado la admiración o la adula-

ción los nombres de grande, ilustre, maestro, como si su grandeza, su gloria o su ciencia hubieran llegado a tal punto que solos ellos tuviesen derecho de llevar aquellos títulos!

Por los ejemplos aducidos se puede entender ya cuán aptas son estas palabras del Arcángel San Gabriel: **"Yo te saludo, llena de gracia"**, para darnos a conocer la eminencia de la santidad de María. Pues nótese que fueron dichas antes de la Encarnación, antes de la inmensa efusión de los favores celestiales que la acompañaron, y que fueron dichas en nombre de Dios, como afirmación de un hecho ya realizado. Si alguno sospechase que los Santos Padres exageran al presentarnos, como lo harán muy pronto, a la Santísima Virgen como la sola Hija de Dios, la sola Esposa de Dios, la sola Inmaculada, la sola Pura, la sola Santa, la sola Amada de Dios, ellos podrán remitirle a la escena de la Anunciación y decirle: Escucha esta alabanza de Gabriel, y compara las nuestras con ella, y verás que las nuestras no son sino sencillo y natural comentario de la alabanza del Arcángel.

Mas, por inefable que sea ya la santidad de María en el término de su preparación para la maternidad divina, no nos referimos ahora a esta santidad, sino a la que María alcanzó en el término de su vida; ésta es la que tenemos que medir.

Dos medios tenemos para juzgar de la santidad final de María. Los indica Suárez (*de Myster. vitae Christi*, D. 18, S. 4, init.); y, siguiendo su ejemplo, utilizaremos los dos: considerar esta gracia en sí misma y de una manera absoluta, y después compararla con la de los otros Santos que ya llegaron al término.

En cuanto a lo primero, puédese afirmar, en general, que la gracia de la Santísima Virgen en el término de su progreso alcanzó una perfección, una intensidad, por decirlo así, inconmensurable. No digamos nada de nuestra cosecha; que hablen los Santos Padres y los Santos.

En primer lugar, tienen por axioma que la santidad de la Santísima Virgen es inefable; que excede todo aquello que el espíritu humano o el angélico pueden decir o pensar: **"¿Qué puedo decir yo de Ti, oh Soberana mía, pues si comienzo a considerar la inmensidad de tu gracia, de tu gloria y de tu felicidad, advierto que mis fuerzas desfallecen y se paraliza mi lengua?"**(Eadmer, *L. de Excel. B. V.*, c. 8. P. L. CLIX, 573). **"Santidad tan prodigiosamente grande, que sólo Dios y su Cristo pueden medir su extensión"** (San Bernardino de Sena, *Serm. pro Festivit. B. V.. de Nativit.*, serm. 6, a. unic., c. 12 et alibi.). **"Es un abismo sin fondo"** (San Juan Damasceno, *in Dormit. B. V. M.*, 12, 17. G.. XCVI, 745); **"es inmensa"** (Exist. Epiphan., *Orat. de Laúd. B. V*. P. G., XLIII, 489); **"una santidad que se eleva por cima de toda otra santidad, a excepción de la de Dios y la de su Hijo"** (San Anselmo, *Orat*. 50 et 62. P. L.. CLVIII, 948, ec.); en una palabra, **"es tesoro santísimo de toda santidad"** (San Andr. Cret., Orat. 3 *de Dormit. B. V. M.* P. G., XCVIII, 108).

Después de estas proposiciones generales, ya no puede causar extrañeza que los Santos Padres digan que la santidad de María no conoció nunca la menor mancha. Lo admirable es la forma con que expresan este pensamiento. Los Padres griegos emplearon más de cuarenta epítetos diferentes para excluir de María todo pecado, toda falta, toda mancha, toda corrupción, toda imperfección, por ligerísima que se la suponga (Véase Passaglia, de *Inmaculat. Deip. Concept*., n. 74 et sqq.);y cada una de estas expresiones es elevada por ellos al grado superlativo: no solamente pura, sino purísima; no solamente inmaculada, sino muy inmaculada. ¿Acaban aquí? No; merced a la singular fecundidad de su lengua, elevan casi al infinito cada

uno de los superlativos: la inmaculada, la muy inmaculada, viene a ser **la sobreinmaculada, la más que del todo inmaculada, la inmaculada por todas partes y toda entera inmaculada** (Idem, ibíd., n. 138, sq.).

Y ni aun esto les basta para expresar su pensamiento. De la misma manera que ante el Ser sobreeminente de Dios todos los demás seres se eclipsan, de tal manera, que él es, en un sentido muy verdadero, el solo Ser, y todos los demás nada; así, **"no hay inmaculada más que Tú, Madre de Dios, Soberana nuestra, Tú te muestras como la *única* sin tacha ni mancha"**. Es perfección incomunicable de Dios el ser, no solamente bueno, sabio, poderoso, sino la misma bondad, sabiduría y poder. Los Santos Padres no vacilaron en atribuir a María algo análogo, cuando la llamaron **"la inocencia y la pureza misma"** (Véase Passaglia, de *Inmaculat. Dei. Concept*.. n. 276). Y todo se resume en este hermoso título con que la Iglesia entera la saluda con voz unánime: María es, no solamente inmaculada, sino la **Inmaculada**.

Al exaltar hasta este punto los Santos Padres la inocencia de María, no exaltan menos su gracia, pues ambas son inseparables. Ni despliegan riqueza menor de lenguaje para describir la plenitud de santidad que admiran en Ella. Todas las expresiones que encierra la lengua griega para significar la santidad, la belleza sobrenatural, la excelencia de la gracia, las aplican a la Santísima Virgen, con ardor y profusión sin igual. María es santa, muy santa, más que santa, más que del todo santa, la sola santa, la sola llena de gracia (Idem, ibíd., n. 170, sq.; n. 222, etc.). **"Oh María, oh Virgen, oh Madre de Dios, tú sola eres santa, tú sola pura, tú sola inocente, tú sola elegida, tú sola amada entre todas las criaturas; sola gloriosa, sola glorificada, sola bendita, sola llena de gracias entre todas las mujeres"** (ibíd., passim.); **"tú, cuya suavidad excede a toda suavidad cuya nobleza es sobre toda nobleza, cuyas riquezas espirituales son sobre todos los tesoros"** (San Juan Damasceno, *orat. in Deip. Annunt*. P. G., XCVI, 653).

Y como cada uno de estos calificativos, separadamente, aun elevado al más alto grado de su significación, no les basta para expresar todo lo que quieren, los acumulan unos sobre otros: tan superior les parece la santidad de María a todo lo que el lenguaje humano puede expresar(Passaglia, op cit.., nn. 251-274).

De intento hemos citado algunos testimonios, no más. Pueden verse a centenares en la obra citada del P. Passaglia acerca de la **Concepción inmaculada de la Madre de Dios**, tomados la mayor parte de las Liturgias, de los libros de preces, de los doctores de las Iglesias de Oriente.

No falta la voz de la Iglesia latina en este maravilloso concierto. Si su lengua no le permite el lujo increíble de epítetos que hallamos en los autores griegos, concuerda perfectamente con ellos en los elogios, ya se trate de la pureza de la Madre divina, ya de su incomprensible plenitud de gracia. Abundan los testimonios, y fácil sería multiplicarlos, si quisiéramos aportar todavía más, después de los que a manos llenas hemos sembrado a lo largo de esta obra. Las mismas expresiones, imitación de las de Dionisio el Areopagita, aunque menos frecuentes, se hallan también en muchos escritores latinos. Citaremos, como ejemplos, a Pedro el Venerable, Pedro de Celle (Moutier-le-Celle) y a Dionisio Cartujano.

A principios del siglo XIII, con ocasión de las negociaciones que hubo para la unión de los griegos, presentaron éstos al Papa Inocencio III un memorial en que formulaban esta acusación contra los latinos: **"Llaman a la Santísima Madre de Dios con el simple nombre de**

**Santa María .... lo cual es un menosprecio para ella**.'* (*Criminit. adv. Eccl. lat*., nn. 34, 57, apud Coteler. Monum. Eccl. gracc., III, pp. 502 et 507.) Hoy todavía la Iglesia griega retiene el nombre de **Panagia**, la Toda Santa, como nombre propio de la Madre de Dios. María, en el lenguaje ordinario, es la Santa por excelencia. (Cf. Passaglia, n. 230, sqq.) En Occidente, la Santísima Virgen es también el nombre propio de María, y este nombre es incomunicable. Para quien conozca el carácter distintivo de las dos lenguas, el nombre de los latinos no expresa menos que el de los griegos, aunque sea menos enfático, porque significa, no sólo la Virgen, sino la Santa por excelencia. Por lo demás, y vamos a hacer una advertencia de carácter general, los griegos usan, al hablar de las prerrogativas de María, de un estilo más abundante y más hiperbólico; por el contrario, los latinos suelen expresarlos con más precisión y con más solidez. En aquéllos hay más poesía; en éstos, más raciocinio.

También para los latinos la Virgen es la sobresanta, *super-santa*; la sobresanísima,*supersantísima*; la sobrebendecida, *super-benedicta*; la toda entera sin mancha. Para ellos, como para los orientales, la Madre de Dios es más pura, más hermosa, más santa y más amada de Dios que todos los hombres y todos los ángeles (Passaglia, op. cit., nn. 324-354, sqq.; 1093, sqq.). Ni los unos ni los otros pretenden medir su gracia; Dios sólo puede hacerlo, porque María es un abismo insondable para quien no sea Dios. ¿Qué es, pues, María para todos ellos? Un océano de santidad, un mar al que afluyen todos los dones celestiales y todas las gracias del Espíritu Santo, el tesoro de toda santidad (Passaglia, op. cit., nn. 42-49). Y también es para nuestros doctores latinos como un axioma **"que los demás han recibido la gracia con medida; pero María, en toda su plenitud"**.

Veamos ahora los comentarios de nuestros grandes teólogos sobre el mismo texto. Resumen la creencia de la Iglesia latina, y prueban con evidencia que ésta no cede ante las Iglesias orientales, cuando es caso de exaltar la santidad de la Madre de Dios.

Comencemos por San Buenaventura: "Se ha de considerar —dice— o de la gracia necesaria; en segundo lugar, plenitud de **excelencia**, o de la prerrogativa virginal; por último, plenitud de**redundancia**, que se derrama al exterior, como es la de la bondad divina.

La plenitud de suficiencia, es decir, de la gracia necesaria para la que hay tres clases de plenitud: primeramente, plenitud de suficiencia, entrar en el reino de los cielos. Mas no es igual para todos; admite más salvación, la tienen todos los predestinados, pues sin ella nadie puede y menos, según la medida de los dones y de los méritos...

"La segunda plenitud, es decir, la de excelencia y preeminencia, es propia de la Bienaventurada Madre de Dios, porque todos los dones que otros Santos han recibido parcialmente, María los poseyó en toda su plenitud. Así como en la cabeza se hallan todos los sentidos, mas en los otros miembros del cuerpo sólo se da el sentido del tacto, así también todos los dones que Dios ha distribuido entre los Santos se hallan en su totalidad en María, según dejé demostrado en los dos sermones precedentes. Por esto se escribe en el Eclesiástico (Eccli., XXIV, 16): "*In plenitude Sanctorum detentio mea*", es decir: **"Yo poseo plenamente lo que los otros Santos sólo poseen en parte..."** A nosotros no nos es dado llegar, como Ella, a esta plenitud; pero debemos esforzarnos para recibir la parte más grande posible, si no queremos llegar a la presencia de Dios vacíos de todo bien.

"La última plenitud, la que sobreabunda y se derrama para inundarlo todo, fué primeramente, y de manera principal, la de nuestro Salvador Jesucristo, el Hijo de Dios hecho ho-

mbre. Por eso está escrito de Él: "Todos hemos recibido de su plenitud" (Joan., I, 11); y también: **"Lleno de gracia y de verdad"** (Ibídem. 14). Porque Él es la luz que nos ilumina para conocer la verdad, el fuego que nos calienta para amar el bien. Mas todavía este don de la gracia puede apropiarse a Nuestra Señora, por impetración y por mérito, *impetratorie et meritorie*. Ved por qué se la compara a la luna, que recibe la luz del sol y la refleja sobre la tierra, o bien a la raíz, que distribuye por todo el árbol la abundancia de jugos que absorbe de un suelo fértil... Por lo cual, San Bernardo dijo de Nuestra Señora (*Dom. infra Oct. Assumpt.*, n. 2. P. L., CLXXXIII, 430): **"Todos reciben de su plenitud: el cautivo, su libertad; el enfermo, su curación; el pecador, el perdón; el justo, la gracia...; de tal manera, que nadie deja de percibir su calor"** (San Bonav.,*Ínter serm. de Sanct*. de I). V. Ai., serm. 3, XIV, pp. 113-114. (Edic. Vives.)).

Después de haber oído a San Buenaventura como predicador, oigámosle como teólogo. Exponiendo la doctrina del Maestro de las Sentencias acerca de esta cuestión: **"si Dios podría hacer algo que fuese mejor que lo que ha hecho"**, plantea y resuelve dos problemas. Prescindamos del primero, que se refiere a Nuestro Señor, y ocupémonos del segundo. "Parece — dice al principio— que la Bienaventurada Virgen no podía ser hecha más perfecta, porque de Ella escribió San Anselmo, en su libro acerca de la Concepción virginal: **"Convenía que el Hombre-Dios fuese concebido de una Madre tan pura, que no sea posible concebir una pureza mayor, fuera de la de Dios**... Además, se lee en la Santa Liturgia que María fué elevada en gloria sobre todos los coros de los ángeles. Por consiguiente, poseyó la gracia en grado supremo."

Respuesta: "Se puede considerar a la Santísima Virgen de tres maneras diferentes: en cuanto a la gracia de la concepción, en cuanto a la gracia de la santificación y en cuanto a su naturaleza corporal. En cuanto a lo primero, es decir, en cuanto concibió al más noble de los hijos y fué Madre de Dios, adquirió una dignidad tan grande, que ninguna mujer podrá tener otra que sea mayor. Si todas las criaturas, sea cual fuere su grandeza, estuviesen en presencia de María, todas juntas deberían rendirle homenaje de honor y reverencia como a Madre de Dios. Si hablamos de la gracia que la justificó, **María tiene todo lo que una pura criatura humana o racional puede recibir**. En cuanto a su perfección corporal, la gloriosa Virgen tuvo de una manera excelente los dones naturales, pero en la medida que convenía a su misión..."

San Bonav., in 1, D. 44. Exposit. text. dub. 3. Si el **Espejo de la Bienaventuarada Virgen** fuese obra auténtica, como durante mucho tiempo se creyó, de San Buenaventura, podría citarse lo que se dice en la lección quinta acerca de la inmensidad de gracia que conviene a María: "Inmensa, sin duda, es la gracia de que fué llena, porque un vaso inmenso no puede quedar lleno si lo que en él se echa no es inmenso. Ahora bien, inmenso fué el vaso de María, pues pudo contener a Aquel que es más grande que los cielos. ¿Quién es más grande que los cielos? Aquel de quien hablaba Salomón cuando decía: Si el cíelo y los cielos de los cielos no te pueden contener a ti, ¡cuánto menos la casa que yo te he edificado!... Tú, pues, oh inmensísima María, tú eres de una capacidad superior a la de los cielos, porque al que los cielos no podían contener, tú lo encerraste en tu seno; de una capacidad mayor que la del mundo, porque el que el universo no podía abrazar, quedó encerrado, hecho hombre, en tus entrañas virginales. Mas, por grande que sea la capacidad del seno de María, mayor es aún la de su alma. Por tanto, para que tal capacidad fuese llena de gracia, era necesario que también fuese inmensa la gracia que la llenase." Lo cual quiere decir, si no nos engañamos, que la inmensidad

de la maternidad divina reclama una gracia igualmente inmensa para la Virgen que tiene aquella maternidad.

Más adelante, Gerson distinguía también tres plenitudes. Primeramente, la plenitud de suficiencia, que es la de todos los que en su corazón llevan la fe y la esperanza y la caridad... Sigue la plenitud de abundancia o de excelencia, que está sobre la primera y no es necesaria para la salvación: tal fué la del primer mártir, San Esteban, a quien los **Actos de los Apóstoles** nos presentan lleno de fe, de sabiduría y de fortaleza (Act., VI, 4); plenitud sin la que no hay ni santos ni contemplativos. Por último, la tercera plenitud Euera de la de Dios, es la plenitud de sobreabundancia, que se derrama. Cristo la poseyó con medida suprema, porque en Él habita la plenitud de la divinidad corporalmente (Cor., II, 9). Después de Jesucristo, a María sola corresponde el estar así llena de gracia" (Gerson, serm. 1 *de Spiritu Sanct*. Opp., III, 1237).

**Alberto Magno** pondera y encarece aún lo mismo que dicen los otros teólogos. Júzguese por las líneas siguientes: "La Santísima Virgen estuvo llena de gracia. Llena de gracia, porque tuvo en grado supremo todas las gracias comunes y particulares de todas las criaturas.

Para entender bien todo lo que encerró Alberto Magno en estas palabras: gracias comunes y gracias particulares, es necesario retroceder y examinar las cuestiones que preceden a la 164. Llama gracias comunes a las que, con diversos grados, se hallan en todos los justos: gracia santificante, virtudes sobrenaturales, dones del Espíritu Santo, bienaventuranzas y frutos del Espíritu Santo. Y llama gracias particulares a los favores especiales que la liberalidad divina distribuye, cuando quiere y como quiere, a ciertas almas singularmente privilegiadas. Estos favores escogidos se reducen, según Alberto Magno, a tres clases. Constituyen la primera aquellos que se relacionan con el origen de los escogidos de Dios, como son el ser prefigurado, profetizado, milagrosamente concebido, santificado en el seno materno. La segunda, los que están relacionados con la vida de los elegidos, y así son el ser especialmente querido de Dios, como San Juan, o ser llamado amigo por el mismo Dios, como lo fué Lázaro. La tercera, los que se relacionan con la muerte: por ejemplo, recibir aviso de la hora de la muerte, que Jesucristo baje a invitar al moribundo a que le siga, morir sin pena ni dolor, que el alma vaya derecha al cielo, que el cuerpo sea preservado de la corrupción. Pues bien, todas estas prerrogativas de gracia María las recibió, sin excepción, en un grado supereminente. Y esto es lo que Alberto Magno prueba en una larga serie de cuestiones. (Q. 123-164.) Y hace de notar que de continuo se vale del argumento a minori ad majus: tal o cual siervo de Dios recibió esta gracia, luego la Madre de Dios debióla recibir también con más abundancia y perfección. Tan cierta y universal le parecía la regla que dejamos asentada en uno de los libros precedentes de esta obra.

Llena de gracia, porque tiene gracias que ningún otro tiene (por ejemplo, la maternidad divina, la virginidad junta con la fecundidad; la exención, no sólo de pecado, sino de todo atractivo de pecado). Llena de gracia, porque su gracia fué de tal perfección, que una pura criatura es incapaz de recibirla mayor. Llena de gracia, en fin, porque tuvo en sí misma la gracia increada toda entera, y por esto fué llena de gracia en todas las formas y maneras..." (Albert. Magn., *Quaest. super Missus est*, q. 154. Opp. XX, 116). Fué la plenitud de María la plenitud del vaso lleno hasta sus bordes; la plenitud del canal, porque todas las gracias nos

vienen de Dios por María; fué también, en alguna manera, la plenitud de la fuente, porque derrama de su sobreabundancia, sin jamás agotarse (Albert. Magn., *Quaest, super Missus est*, q. 154. Opp. XX, 116).

Por último, oigamos a Santo Tomás de Aquino. Hablando de la salutación angélica, enseña que, aunque los ángeles, hasta la aparición de la Santísima Virgen, no se habían humillado delante de ninguna criatura humana, era muy justo que lo hiciesen delante de María, porque Ella los aventaja por la excelencia de sus privilegios, y especialmente por la plenitud de su gracia. Esta se revela de tres maneras admirables.

"Primeramente, la Santísima Virgen es llena de gracia, en cuanto al alma. Dios da la gracia para dos fines: para obrar el bien y para huir del mal. Ahora bien: para una y otra cosa fué perfecta la gracia de la Virgen. Perfecta en la exclusión del mal, pues no hubo Santo alguno, excepto Jesucristo, que evitase, como Ella, todo pecado... Perfecta en el ejercicio de las virtudes. Los otros Santos se señalan cada uno en alguna virtud especial: éste, en la humildad; aquél, en la castidad; el uno, en la misericordia, y el otro, en la penitencia... Mas en María halláis el ejemplar acabado de todas las virtudes, sin exceptuar ninguna...

"En segundo lugar, María fué llena de gracia en cuanto que su gracia redunda de su alma sobre su carne. Ya es mucho para los Santos tener la cantidad de gracia suficiente para santificar sus almas; pero el alma de la Santísima Virgen tuvo la gracia con tal abundancia, que redundaba del alma sobre el cuerpo, y con una afluencia tan admirable, que en su carne concibió al Hijo de Dios...

"Por último, lo más maravilloso en Ella es que su plenitud se derrama sobre todos los hombres. Nos causa admiración, y no sin motivo, un Santo que tiene gracia para santificar a muchas almas; pero el gran privilegio, el privilegio incomparable, sería que tuviese plenitud suficiente para salvar a todos los hombres: y este es el privilegio que se da en Jesucristo y en su divina Madre"(San Thom., *Exposit. auper salut. ángel*, (ínter opuscula)).

**II.** Es difícil, si ya no imposible, considerar en sí misma la excelencia de la gracia final de la Santísima Virgen, sin compararla con la de los otros Santos. Por esto, muchos de los testimonios que acabamos de citar prueban, no sólo la perfección inefable de esta gracia, sino también su preeminencia sobre la santidad de todos los elegidos de Dios, considerados en **conjunto**. Ultima tesis, cuya probabilidad demostró sólidamente Suárez en sus **Comentarios acerca de los misterios de la vida de Cristo**.

Ved primeramente en qué términos la propone: "Puede creerse con probabilidad que la Bienaventurada Virgen recibió más grados de gracia y caridad que todos los hombres y todos los ángeles. Imaginemos, pues, una sola gracia, formada, si es lícito hablar así, por la combinación de la multitud casi infinita de gracias concedidas a los Santos: esta gracia no igualaría en intensidad a la de la Madre de Dios. Cierto —continúa— que esta tesis no ha sido examinada directamente por los escolásticos, ni lo fué por los antiguos autores; y por esto no se la hallará quizá en ninguno de ellos afirmada explícitamente, pero tampoco se la hallará rechazada. Mas, sea como fuere, los testimonios y las conjeturas que nosotros hemos aducido hasta aquí demuestran su verosimilitud y probabilidad; pero similitud y probabilidad que serán eficazmente confirmadas por las consideraciones siguientes...".

Suárez, *de Myster. vitae Christi*, D. 18, S. 4, dico secundo. No carecerá de interés el saber cómo Suárez vino a formular y defender la tesis de que tratamos. Habíala predicado en uno de sus sermones el Beato Juan de Avila. E. P. Martín Gutiérrez, que a la sazón era rector del Colegio de la Compañia en Salamanca y que después padeció martirio por la fe, y que se cuenta entre los más celosos siervos de la Santísima Virgen, persuadido de que aquélla tesis cedía en gran honor de la Madre de Dios, mandó al P. Francisco Suárez, cuyo genio teológico le era ya bien conocido, que la tratase largarmente. Cumplió Suárez el mandato de su superior, y la disertación que con aquella ocasión hizo es la que hoy tenemos en sus Comentarios acerca de los Misterios de la vida de Cristo. Según piadosa tradición, conservada por los historiadores de la Compañía de Jesús, la Santísima Virgen, en una de las apariciones con que favorecía al santo rector, se dignó darle las gracias por haber dado aquella orden, cuyo fiel cumplimiento había cooperado tanto al aumento de su gloria. Así lo traen el P. Felipe Alegambe, en sus*Muertos ilustres*, p. 71, y el P. Mateo Tanner, en la obra titulada *Societas Jesu usque ad sanguinem efusum militans*, p. 6; el uno y el otro a propósito del martirio del P. Martín Gutiérrez.

No seguiremos nosotros al docto teólogo en el desarrollo de las razones que añade a la autoridad de los testimonios; la mayor parte, o han sido ya expuestas, o lo serán en el curso de esta obra. Basta indicarlas en pocas palabras. La primera y principal se toma de la dignidad de Madre de Dios. Siendo esta dignidad infinita en su género y de un orden superior a todas las otras dignidades creadas, ¿no convenía que la maternidad divina tuviese como corolario y propia pertenencia suya privilegios de gracia superiores a todos los otros y de una intensidad, por decirlo así, infinita? Además, es verdad incontestable que Dios Nuestro Señor ama a su Madre más que a toda la multitud de los Santos; por tanto, como sus dones corresponden al amor, los derramó más largamente sobre Ella que sobre todos los demás. En tercer lugar, el que la gracia del alma del Salvador sea incomparablemente superior a todas las gracias repartidas entre las criaturas, nace de que la gracia de Cristo es gracia de cabeza y de fuente, porque **"nosotros todos hemos recibido de su plenitud"** (Joan., I, 10). Pues bien, sin igualar a la Madre con el Hijo, María, como demostraremos en la segunda parte de esta obra, participa en una medida única, incomunicable, de la misión del Salvador y Redentor de los hombres. Por consiguiente, es necesario que participe también, en medida análoga, de la excelencia supereminente de su gracia; porque por María tienen que pasar, para llegar a nosotros, todos los dones que, naciendo de la fuente del Salvador, se derraman en mil arroyuelos por toda la humanidad.

Una última reflexión, cuya substancia tomamos del mismo Suárez, quizá tenga más fuerza que las anteriores para convencer de la tesis que con Suárez defendemos. Contemplad al más elevado entre los ángeles del cielo, un serafín resplandeciente de luz divina; preguntadle cuál fué el principio de gloria tan inefable, o mejor, de la santidad consumada, cuyo coronamiento es la gloria, y os responderá: Fué juntamente con la gracia que el Creador depositó en mi ser, al sacarme de la nada, el buen uso que yo hice de tal gracia reconociendo a Dios, mi Creador, por principio mío y fin último. Un acto, un solo acto de amorosa y libre adoración me hizo pasar del estado de prueba al de eterna estabilidad en la gloria.

Sobre esta respuesta puede basarse un raciocinio muy sencillo, en esta forma: ¿Adonde no llegará la santidad y el mérito de María? Sin duda, la gracia inicial de la Santísima Virgen fué, por lo menos, igual a la del espíritu angélico más sublime, pues era, no sólo la gracia de un siervo, sino de la futura Madre de Dios. Sin duda también, el primer ímpetu de su corazón

hacia la eterna bondad debió igualar, por lo menos, en intensidad de amor al acto único con el que el ángel mereció su corona. Pues recordad cómo la larga vida de la Santíima Virgen fué una serie no interrumpida de actos de amor; cómo estos actos iban creciendo en perfección según crecían en número, pues brotaban de una plenitud de gracia cada vez más abundante, y medid, si podéis, lo que serían el mérito, la gracia y la santidad de María cuando llegó al término de su carrera mortal. Y aun no hemos recordado más que el crecimiento correspondiente al *opus operantis*, es decir, al mérito personal. ¿Qué juzgar y qué decir, si contemplamos los ríos de gracia que corrían a María de aquella otra fuente, no menos caudalosa, el *opus operatum*?

Expuestas estas pruebas, Suárez añade: "Yo no veo qué se podrá objetar contra la doctrina fundada en estas pruebas, si no es, quizá, que tal sentir es nuevo y con poco fundamento en la común creencia. Pero —continúa el ilustre teólogo—, ¿quién tiene derecho para tachar de esta manera una opinión que, lejos de discordar de la doctrina de los antiguos Padres, está de tal forma insinuada en sus escritos, que con razón se la podemos atribuir a los mismos Santos Padres, o, por lo menos, considerarla como la explicación más natural de sus magníficas enseñanzas acerca de la santidad de María? Cuanto a mí —prosigue—, cuando, veinte años ha, accediendo a ruegos de muy graves varones, empecé a tratar de esta cuestión, ya desde el principio me sentí inclinado a esta sentencia tan gloriosa para la Bienaventurada Virgen. Con todo, contenido por no sé qué aire de novedad que creía ver en esta sentencia, no me atrevía a decidir la cuestión con sólo mi parecer personal. Consulté, pues, con hombres muy sabios y versados en materias teológicas, y todos unánimemente reconocieron esta sentencia como doctrina verdaderamente piadosa y probable" (Suárez, 1, c., *versus finem).*

Lo que Suárez no podía decir entonces es que desde aquella época, esto es, desde que esta cuestión se viene estudiando y discutiendo explícitamente, los maestros de la ciencia teológica y los Santos la han abrazado casi universalmente, y sostenido, no sólo como piadosa y probable, sino como moralmente cierta (Cf. L. IV. c. 4. T. I, pp. 389 et sqq.); y Juárez, de cierto, no los desautorizaría; cuanto más, que la probabilidad de que él habla parece equivalente a este género de certeza.

Quizá se diga que los textos que hemos citado, tanto de los teólogos como de los Santos Padres, y también las razones que les siguen, no se refieren, por lo menos buena parte de ellos, a la gracia final de María, cuya medida buscamos aquí, sino a la que tenía al ser elevada a la divina maternidad. Lo concedemos de buen grado; pero eso prueba con mayor evidencia la tesis que sostenemos, porque si la Virgen tenía ya al medio de su carrera la santidad de que hablan estos textos, ¿cuál no sería su plenitud después de las ascensiones que ella dispuso en su corazón (Ps. LXXXIII, 6), yendo de virtud en virtud hasta el último instante de su vida? No intentemos seguirla en la marcha con que se acerca cada vez más a Dios, y contentémonos con admirar en silencio una perfección que no haríamos sino disminuir si pretendiéramos expresarla. Este silencio es, al decir de Areopagita, la mayor alabanza que podemos ofrecer al Ser divino; sea también nuestro supremo homenaje ante la incomprensible santidad de la Madre de Dios.

**III.** Después de estas consideraciones acerca de la grandeza y amplitud de la gracia de María, réstanos resolver dos o tres cuestiones necesarias o, por lo menos, muy útiles para la inteligencia de ciertas expresiones que usan los autores citados. La gracia de la Santísima Vir-

gen, en el término de su carrera, ¿era infinita? ¿Podía Dios añadir algo a su santidad? ¿Podría darse en una pura criatura ana plenitud de gracia superior a la de María? Examinemos por orden cada una de estas tres cuestiones:

**Primera cuestión**. — La gracia de la Santísima Virgen, al salir de la vida terrestre, ¿era infinita? No, ni fué ni podía ser infinita, *simpliciter*. No se trata ahora de la gracia de la maternidad divina, sino de la gracia habitual santificante. De la primera puede decirse que es verdaderamente infinita en su orden, porque es imposible concebir una maternidad más excelsa que aquella cuyo fruto y término es la persona misma de Dios. La segunda, tanto si se la considera en cuanto al ser como si se la considera en cuanto a gracia, es necesariamente finita. Es limitada como ser, porque es un accidente en una substancia creada; por tanto, finito como la substancia misma que lo sostiene. Es también limitada como gracia, porque, siendo inferior a la gracia de Cristo, no comprende, como ésta, todo lo que cae dentro del orden de la gracia y, además, María no la recibió para ser, como lo es Cristo, principio universal de santificación de la naturaleza humana(San Thom., 3 p., q. 7. a. 12).

**Segunda cuestión**. — ¿Podía Dios añadir algo a la santidad de su Madre? Sí, sin duda alguna; hubiera podido hacer a su Madre más santa, por lo menos, si consideramos en la santidad no el apartamiento del mal, sino la semejanza con Dios. En cuanto a lo primero, ¿qué es lo que Dios podía añadir, si en María todo es santo, todo es puro, todo es inmaculado, hasta su Concepción? Preservada del pecado original, fué confirmada en gracia tan eficazmente, que quedó exenta no sólo de toda falta, aun de la más ligera, sino de toda inclinación o tendencia al mal.

Sin embargo, aunque sea imposible concebir en el estado de vía mayor perfección en la pureza, todavía la gracia, forma de nuestra semejanza con Dios, no llegó a su límite en María. Más aún: no llegó ni aun en el Dios hecho hombre. Ya dimos una razón manifiesta. La gracia es una participación de la naturaleza divina, y como esta naturaleza es absolutamente infinita, todas sus participaciones, por perfectas que fueren, quedan siempre a distancia infinita de aquel soberano ejemplar y, por tanto, puede siempre concebirse una participación que se acerque más a Dios, es decir, una gracia más intensa, más perfecta.

Así, pues, hablando absolutamente, Dios podía dar a su Madre una plenitud de gracia y de santidad mayor. Pudo absolutamente, decimos, o, como dicen los teólogos, pudo de su potencia absoluta, **de potentia absoluta**. Mas no podía **de potentia ordinata**, con su potencia ordenada; como no lo podía con respecto a Jesucristo (Thom., 3 p., q. 9, a. 12, ad 2)). ¿Por qué? Porque la potencia ordenada no es otra cosa que la potencia divina, considerada como poder ejecutivo de los divinos consejos. Ahora bien; Dios, al disponer todas las cosas con peso, orden y medida(Sap., XI, 21), había resuelto desde toda la eternidad, en los decretos soberanamente sabios de su providencia que rigen el orden actual, que la plenitud de gracia de María fuese la que corresponde a una Madre de Dios. Y así se dice de un príncipe que no puede levantar más a uno de sus súbditos cuando lo ha colmado sobreabundantemente de todos los beneficios que están en relación con su mérito y con categoría preeminente en el Estado.

**Tercera cuestión**. — ¿Puede darse en una pura criatura una plenitud de gracia igual o superior a la de María? Después de lo dicho, parece que la respuesta debería ser afirmativa. Siendo la gracia de la Santísima Virgen limitada en su naturaleza de ser y en su naturaleza de gracia, ¿quién puede poner este límite a la divina generosidad? Y si Dios pudo dar a María

mayor santidad de la que tiene, ¿por qué hemos de negarle el poder de hacer una criatura más santa que la Santísima Virgen? Para resolver esta cuestión satisfactoriamente, no basta recurrir a la distinción entre potencia absoluta y ordenada. Es manifiesto que Dios, al predestinar a la Santísima Virgen al honor de la maternidad divina, de hecho resolvió sabiamente darle una plenitud de gracia superior a cualquiera otra plenitud, exceptuando solamente la que preparaba para el Verbo hecho carne; por consiguiente, es imposible que persona alguna pueda ya llegar a la santidad de la Madre de Dios. Pero la presente cuestión es mucho más honda. ¿Podía Dios, sin perjuicio de su infinita sabiduría y de su bondad, determinar otro orden de providencia en el que la gracia de su Madre fuese inferior a la gracia de otra pura criatura? En otras palabras: ¿lo que no pudo hacer con su potencia ordenada, lo podía con su potencia absoluta?

Según nuestro parecer, se debe responder negativamente. Y tenemos la prueba de ello en la noción misma de potencia absoluta. Si no fuese cosa ilusoria hablar de una potencia en Dios que no fuese más que potencia, seguramente que Dios podría hacer millares de criaturas más ricas en gracia que lo es su Madre Santísima. Pero la potencia divina no es así. "En nosotros —dice el Doctor Angélico—, el poder y el ser no son ni la voluntad ni la inteligencia, y de la misma manera la inteligencia no es la sabiduría, ni la voluntad, ni la justicia; por esto puede darse en nuestro poder algo que no pueda darse en la voluntad justa ni en la inteligencia sabia. Pero en Dios todo es uno: potencia, esencia, voluntad, inteligencia, sabiduría, justicia. Por tanto, nada puede caer bajo la potencia divina que no pueda darse en su voluntad justa y en su inteligencia infinitamente sabia (San Thom., I p., q. 25, a. 5, ad 1).

¿Qué es, pues, la potencia absoluta de Dios? El poder de producir, **de acuerdo con las otras perfecciones**, un efecto cuya existencia no ha decretado. Luego, si repugna a la divina sabiduría conceder a otra criatura una gracia y santidad mayor que la de su Madre, esto mismo repugna a su potencia absoluta. Dios, sabiduría esencial, no puede producir nada sin intentar algún fin, y, por tanto, cuando obra fuera de sí debe estar en consonancia con el fin que intenta, porque la misma sabiduría que le prohibe obrar inconsideradamente pide que use de los medios proporcionados al fin para el cual ejercita su poder. Ahora bien; Dios no podía hacer una pura criatura para un fin más noble y más elevado, ni para una función más divina, que engrendrar en el tiempo al mismo Hijo que Él engendra en la eternidad. Por tanto, en virtud de su infinita sabiduría, no puede comunicar a ninguna criatura más gracia, ni más santidad, ni más virtudes que a María, porque éstos son los medios que deben disponerla para el fin para que la Santísima Virgen fué creada.

Y sobre este principio asientan los teólogos la diferencia entre la plenitud de Cristo, Unigénito del Padre, principio de toda santificación, y las otras plenitudes de que se habla en la Sagrada Escritura. "La gloriosa Virgen es llamada llena de gracia, no porque tuviese la gracia en el grado supremo de excelencia que reconocemos en Cristo, sino porque la poseyó según toda la medida que correpondía al estado para el que Dios la había escogido, es decir, para la maternidad divina. De manera semejante dícese también: Estaba lleno de gracia (Act., V. 8) porque tenía una gracia suficiente para el fin de su elección, es decir, para ser ministro y testimonio fiel de Dios; y así de los demás. Sin embargo, todas estas plenitudes son mayores o menores, según que el sujeto está divinamente preordenado a funciones más o menos elevadas" (San Thom., 3 p., q. 7, a. 10). De aquí la conclusión que deduce Santo Tomás en el mismo pasaje, a saber: la plenitud de Cristo le es propia de manera singular, porque "la gracia no

podía estar ordenada a cosa mayor que a la unión personal de la naturaleza humana con el Hijo único de Dios" (Idem, ibíd., a. 12, ad 2). Ahora bien; nadie se acerca, ni podrá jamás acercarse, tanto como María, Madre de Dios, a la unión personal con el Verbo del Padre y a las funciones propias del santificador de nuetra naturaleza.

O dicho más brevemente, la plenitud de gracia es proporcionada a la capacidad de quien la recibe. Ahora bien; bajo este aspecto, la capacidad de recibir no es sino la función sobrenatural que ha de cumplirse. Si, pues, como ya hemos demostrado, no hay para una pura criatura ninguna función comparable a la de María, ninguna otra plenitud puede igualar, a los ojos de la divina Sabiduría, a la plenitud de María.

Añadamos otra consideración que, si bien es menos decisiva, no deja de tener valor. Supongamos que María fuese menos santa que esta o aquella criatura. Como la gloria corresponde a la gracia, María, en el cielo, no ocuparía el primer lugar después de su Hijo. No sería, en toda la extensión de la palabra, la Reina universal: Reina de los ángeles, Reina de los profetas y de los patriarcas, Reina de los apóstoles y de los mártires, Reina de los confesores y de las vírgenes. Habría por cima de Ella, entre Ella y su Hijo, una o muchas criaturas a quienes debería sumisión, de quienes recibiría aquellas ilustraciones que los seres inferiores de los ángeles reciben de las jerarquías más elevadas. Y todo esto ¿es creíble? ¿Permitiría ni aun concebirlo el honor del Hijo?

Más aún: la que fué creada para ser la Mediadora después del Mediador, Madre de la divina gracia y Madre universal de los escogidos, en virtud de su divina maternidad, vería hijos suyos interpuestos entre Ella y el Primogénito de sus entrañas. ¿Quién puede admitir cosa semajante? Pues esto se deduciría necesariamente, de manera infalible, si tal plenitud de María no fuese superior a la de todas las criaturas.

Pero quizá alguno, insistiendo, objete en esta forma: Siendo la gracia de la Santísima Virgen finita, ¿no podemos suponer que haya un Santo de fidelidad tan grande que por sus méritos llegue a igualar o a sobrepujar los méritos de María? Esta dificultad es la misma que ya resolvió el Doctor Angélico respecto de Jesucristo (San Thom., 3 p„ q. 7, a. 11, ad 3).

Hace notar el Santo, muy a propósito, que para que una perfección finita llegue, por la continuidad de su crecimiento, a igualar o a sobrepujar otra perfección finita, las dos perfecciones han de ser del mismo orden. Por mucho que alarguemos una línea, jamás llegará a igualar a una superficie. Tenemos un ejemplo más asequible: por más perfecto que imaginemos a un animal y por mucho que crezca la potencia de sus facultades, siempre un espíritu cualquiera le será superior, y las facultades de éste dejarán atrás a las de aquél. Otro ejemplo: por mucho que se eleve nuestra ciencia actual acerca de las cosas divinas, siempre quedará por debajo de la intuición de los comprensores. El menor de los bienaventurados sabe, acerca de Dios, más que todos los genios y que todos los Santos del mundo. Pues así —dice el santo Doctor—, siendo la gracia de Cristo y la nuestra de orden diferente, no es posible que lleguen a igualarse. La una es una plenitud universal; la otra una participación particular y restringida. Verdad es que, respecto de María, no podemos dar esta misma respuesta; pero sí una análoga, porque la gracia de la Santísima Virgen es también de orden superior a la nuestra, pues es la gracia que conviene a la Madre de Dios, a la Madre de los hombres; en una palabra, a la Madre de la gracia.

Otra consideración, quizá más fácil de entender: la gracia de María, en sus principios, fué necesariamente mayor que cualquiera otra. Pues si en Ella hubo más principios de crecimiento, y sin comparación más eficaces que en cualquier otro siervo de Dios, es ineludible que la desigualdad que se ve en el principio siga creciendo al compás de los días y los años. Ahora bien; demostrado quedó ya cuáles medios de santificación tuvo María, unos, exclusivamente propios, y otros, por lo menos, en un grado singularmente propio: ciencia infusa de las cosas divinas, imperio indiscutible de la razón sobre las pasiones y sobre la concupiscencia, asistencia particularísima de Dios, reclamada por un título incomunicable. ¿Y no es todo esto suficiente para quitar a la objeción toda su fuerza y toda su verosimilitud?

Para acabar, transcribiremos una hermosa página de uno de los más doctos y devotos siervos de María: "No es posible —escribe Dionisio el Cartujano— que se dé una santidad más eminente que la de la Virgen, fuera de la de su Hijo. No porque Dios en absoluto no pueda (Dionisio Cartujano no entendía la potencia absoluta en el sentido que lo hemos defendido más arriba según el sentir de Santo Tomás. Para el Cartujano, la potencia absoluta es, como para muchos otros, la potencia sola, prescindiendo de todas las demás perfecciones divinas que la determinan) comunicar una santidad más grande a otra criatura, sino porque esto no es**conveniente** y, por tanto, no ocurrirá nunca. En este sentido se puede decir que, después de la santidad del Hijo de Dios, no se puede concebir santidad mayor que la de su Madre, y que tampoco puede existir; tanto porque no podemos concebir la inmensidad de su plenitud, como porque ninguna persona creada es capaz de recibir una dignidad superior a la de la Madre de Dios. Por lo cual sería **indecoroso** para Dios conceder a una criatura tesoros de gracia iguales a aquellos con los que enriqueció a su Madre, y por eso mismo, tal cosa no acontecerá jamás"(Dionys. Carth., *de Laudibus B. M. V*., L. I, a. 14, col. a. 8).

No nos maravilla, pues, ¡oh, María!, oír que los Padres te proclaman toda hermosa, toda santa; la sola hermosa, la sola amada, la sola santa, la sola glorificada: la gracia y la santidad mismas. Es que Tú eres desmesuradamente, *improportionaliter*, levantada en gracia, como en dignidad, sobre todo lo creado. Y aun menos nos sorprende que todos, teólogos, Doctores y Santos Padres, con alabanza concorde y voz unánime, afirmen que la fuente primera de tanta gracia y de tanta santidad está en el honor que tienes de ser Madre de Dios. Lo que de Ti canta la Iglesia griega en sus himnos: **"Te saludamos como la Santa de las santas, porque Tú sola, oh, Virgen por siempre inmaculada, engendraste al Dios"** (*In Paraclit*., p. 67, c. 2. Apud Passagl.. op. cit., n. 1166, sqq.); y también: porque Tú engendraste al "Creador de toda criatura, oh, Madre de Dios; Tú excedes a todas las criaturas en gloria, en santidad, en gracia; en fin, en toda especie de virtud" (Theophan., Mcn., die 19 januar., Od. 8, Passagl. ibíd.), y eso mismo proclamamos con ella todos los cristianos.

Confiésanlo, a gloria de tu Hijo, aún más que a gloria tuya: **"Si innumerables almas, hijas de Dios, han acumulado riquezas y más riquezas, Tú sola sobrepujas a todas por la inmensidad de tus tesoros"** (Prov., XXXI, 29). Supongamos que, por imposible, se fundieran en una sola gracia todas las gracias repartidas entre los ángeles y los hombres; tu plenitud, por lo menos aquella con que tu Amado te enriqueció cuando te introdujo en su gloria, sería de un valor superior al tesoro universal de los elegidos. Y no es maravilla, porque (nunca lo diremos bastante) la dignidad sobrenatural de una Madre de Dios excede, de suyo, a todas las otras dignidades reunidas, como la plenitud de la fuente excede a la de los arroyuelos.

Menester es guardarse de una falsa interpretación acerca del crecimiento y acerca de la intensidad de la gracia. Esta no está formada de partículas añadidas las unas a las otras. No hay en el desarrollo de la gracia, ya sea por el mérito, ya sea por los sacramentos, ni yuxtaposición de grados ni superposición. No es éste un tesoro que se engrandezca porque se echen en él piezas y piezas de oro sobre las que ya contenía; no es tampoco el crecimiento de la gracia como el crecimiento de un árbol en el que nuevas capas concéntricas se van añadiendo a las antiguas. Lejos de nosotros estas ideas, propias de la materia, cuando se trata de cosas del espíritu. El alma, que excede en gracia a todo espíritu creado, lleva en sí misma la imagen de Dios más perfecta después de la imagen increada del Padre, que es su Verbo. Añadid a esta imagen todas las imágenes inferiores con todas sus perfecciones ; no por eso las haréis ni más semejante ni más completa. Parece, pues, que lo mismo sería decir que María excede en gracia a la más santa de las criaturas, que decir que las excede a todas juntas. Hay aquí una dificultad a la que no es fácil dar solución clara y precisa. Pero, sea como fuere, el segundo punto de vista nos hace concebir una idea incomparablemente más elevada de la perfección sobrenatural de María que el primero. En efecto, una cosa es que María sea más amada de Dios que todas las legiones de ángeles y de hombres, y otra cosa es que Dios la ame con preferencia a cada uno de los Santos tomado en particular, por elevada que sea su gracia. Lo que quizá daría una idea de la inmensidad de la gracia final de María sería el considerarla como un título suficiente para todos los grados de gloria concedidos a cada uno de los Santos en virtud de su propia gracia, si es que fuera posible que la gracia de una pura criatura fuese para otro título a la bienaventuranza. La gracia de María al principio de su carrera es una piedra preciosa que excede en valor a cualquier otra joya que se le compare. La misma gracia, en su consumación, es la perla evangélica cuyo precio no se pagaría aunque se diesen por ella todas las perlas, todas las alhajas y todos los diamantes de la Creación.

## CAPITULO 5

### De las gracias gratuitamente dadas

**I.** Este estudio sobre las gracias, que se ha convenido en llamar **gracias gratuitamente** dadas, será el complemento natural de las cuestiones antecedentes. Pero antes de inquirir si la Virgen Santísima poseyó tales gracias y en qué medida, importa puntualizar el objeto de la cuestión.

La Teología católica distingue dos especies de gracias. Unas se encaminan directamente a la santificación personal del que las recibe. Llámanse o gracia habitual y santificante, o gracias actuales, según que unen el alma formalmente con Dios o que se presentan como auxilios transitorios, tales como las iluminaciones de la inteligencia y las nociones de la voluntad, con que Dios nos dispone y nos incita a hacer actos meritorios. Las otras tienen por fin directo no tanto la utilidad propia de aquellos a quienes Dios las concede, como el aprovechamiento espiritual del prójimo, a quien tienden a acercar a Dios. Las primeras son generalmente destinadas a todos, porque todos deben ser hijos de Dios, amigos suyos y templos suyos; las segundas se reservan especialmente a los que, según los designios de Dios, están llamados a cooperar a la santificación de sus hermanos (San Thom., 1-2, q. 3, a. 1, cum Prolog.). En su primera **Epístola a los Corintios**, hizo el Apóstol una circunstanciada enumera-

ción de estas últimas, seguida generalmente por los teólogos en sus estudios sobre esta materia. ¿Es completa esta enumeración, sin que puedan hallarse en San Pablo otras gracias del mismo orden, no comprendidas en la clasificación comúnmente recibida? No hace mucho al caso inquirirlo. Sea como quiera, he aquí la serie de **gracias gratuitamente dadas** o, para servirnos de una palabra griega latinizada, de *charismata* (carismas), propuesta por el Apóstol en el clásico texto de su Epístola: "*A cada uno es dada la manifestación del Espíritu para provecho. Porque a uno, por el Espíritu, es dada la palabra de sabiduría; a otro, la palabra de ciencia, según el mismo Espíritu; a otro, la fe por el mismo Espíritu; a otro, la gracia de sanar por el mismo Espíritu; a otro, la virtud de obrar milagros; a otro, la profecía; a otro, el discernimiento de espíritus; a otro, el don de lenguas diversas; a otro, la interpretación de discursos. Mas de todos estos dones obra sólo uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno como quiere*" (I Cor., XII. 7-12.). Sería necesaria una larga disertación para explicar minuciosamente la naturaleza de estos dones, todos los cuales vienen del Espíritu Santo, que es su común principio, y van encaminados a manifestar su presencia. Contentémonos con algunas advertencias más precisas.

**La primera advertencia** es que los **carismas** pueden distribuirse en tres clases.

Al **primer grupo** pertenecen la palabra de sabiduría y la palabra de ciencia, es decir, los dones que disponen a la enseñanza de las verdades de la fe: la palabra de sabiduría, para concebir y exponer los altos misterios del cristianismo; la palabra de ciencia, para enseñar las verdades menos elevadas, las que el Apóstol llama leche de los pequeñuelos, por oposición al alimento sólido de los perfectos, es decir, las verdades elementales que todos deben conocer (I Cor., III, 2; Hebr., V, 12).

El **segundo grupo** comprende la fe, la gracia de curaciones y la virtud de los milagros: tres cosas encaminadas a **confirmar** la verdad de la doctrina evangélica. La fe, no sólo la fe que cree por la autoridad de Dios, sino aquella fe de la cual dijo Nuestro Señor: "*En verdad os digo que, si tuviereis fe como un grano de mostaza, diríais a este monte: Cambia de lugar, y cambiaría, y nada os será imposible*" (Matth., XVII, 19); en otros términos, la fe de los milagros, esa **madre de los prodigios**, como la llama San Juan Crisóstomo, compuesta de fe teológica y de una confianza inquebrantable en la asistencia presente de Dios. La gracia de curaciones y la operación de los otros milagros, que no son devolver la salud a los enfermos, se comprenden fácilmente. Menos fácil es explicar en quién estas dos gracias se distinguen de la fe. ¿Será como un género bajo el cual se comprenden las otras dos gracias, o bien será algún modo especial de obtener o producir efectos milagrosos? Dejemos que decidan tal cuestión los comentadores del Apóstol.

El **tercer grupo** comprende cuatro gracias, cuyo fin principal es edificar a los fieles y convencer o confundir a los infieles (I Cor., XIV, 3, 5, 12, 26). Y estas cuatro gracias forman, en cierto modo, dos pares, en que los dones van juntos y se completan el uno al otro. Primero, la profecía y el discernimiento de espíritus. De aquélla dice San Pablo: "*Desead los dones celestiales y, sobre todo, el de profecía... El que profetiza habla a los hombres para edificación y exhortación y consolación*" (I Cor., XIV, 1 y 8). Por aquí se ve que la gracia de profecía mencionada por San Pablo no era tanto el privilegio de predecir las cosas futuras cuanto el de exhortar y edificar a los fieles con palabras y discursos inspirados por el Espíritu Santo. Sin embargo, esta gracia, en algunas circunstancias, se hacía profética en el sentido más estricto de la palabra, como el mismo Apóstol lo dice expresamente en el capítulo XIV de la misma Epístola (I Cor., XIV, 24 y 26).

El libro de los **Hechos apostólicos** y las **Cartas de San Pablo**, nos enseñan cuán frecuente era esta gracia entre los fieles de los primeros tiempos de la Iglesia (Act., XI, 27; XIII, 1; XV, 32; XXI, 10). En efecto, todas o casi todas las comunidades cristianas primitivas tuvieron sus profetas, como fueron, y sólo nombramos a los más conocidos, Agabo (Act., XI, 28; XXI, 10), Bernabé; Simón, por sobrenombre el **Negro**; Lucio de Cirene, Manahen (Act., XIII, 1), y las cuatro vírgenes hijas de Felipe (Act., XXI. 9). Era cosa frecuente en las reuniones de los fieles ver a tal o tal profeta levantarse y hablar según que el Espíritu le inspiraba (I Cor., XIV, 26-40). Prodigios que ya el Apóstol San Pedro había visto anunciados en el oráculo de Joel: "Y sucederá que en los últimos días derramaré de mi Espíritu sobre .toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas... Y aun sobre mis siervos y mis siervas, en aquellos días (los del Mesías) derramaré mi Espíritu y profetizarán..." (Act., II. 17, 18; coll. Isa., XLIV, 3; Joel, II, 28). Pero, porque es fácil la ilusión en este orden de fenómenos, a la profecía se junta el discernimiento de espíritus, que distingue lo que viene del Espíritu de Dios de lo que podría tener por principio, o el espíritu del mal, o una imaginación desordenada (El hombre espiritual juzga de todas las cosas, dice San Pablo, aludiendo manifiestamente a esta última gracia. (I Cor., II, 14).

Vienen, por último, la gracia de hablar diversas lenguas y la de interpretar discursos. La primera gracia, la **glosolalía**, como algunos la llaman ahora, no es, según el texto de San Pablo, aquel don que tuvieron los Apóstoles de predicar el Evangelio en diversas lenguas, aun cuando nunca las hubiesen aprendido; pues San Pablo dice expresamente de los que habían recibido tal gracia, que no eran comprendidos de los otros, como no fuera que al mismo tiempo recibiesen la gracia de interpretar lo que decían, o que, a falta de ellos, lo interpretasen otros (I Cor., XIV, B, 13. 23, 26). ¿Qué era, pues, la **glosolalia** de que habla San Pablo? Él mismo nos da la respuesta en el capítulo XIV de la misma Epístola: "*El que habla una lengua* (desconocida) *no habla a los hombres, sino a Dios, porque nadie lo entiende; pero por el Espíritu dice cosas misteriosas*" (I Cor., XIV, 2). Hoy, la Iglesia de Dios canta y ora en todos los climas y en todos los idiomas del mundo, porque tiene hijos por toda la superficie de la tierra, y que hablan todas las lenguas. Dios quiso darnos en la misma Iglesia naciente como una prenda profética de lo que sería algún día... Sucedía, pues, con frecuencia, entre los fieles que se reunían para orar, que varios de ellos, inspirados de improviso por el Espíritu de Dios, comenzaban a cantar sus alabanzas en una lengua que nadie entendía, entre los que estaban allí, y que ellos mismos ignoraban; fenómeno sobrehumano, cuyas manifestaciones procura el Apóstol regular, temiendo que escandalicen a los infieles, en vez de ser para ellos una prueba de la acción divina. Se comprende por qué la interpretación de los discursos es el complemento obligado de la **glosolalía**; y ella es también una gracia del Espíritu Santo, puesto que es un don que Dios concede a la oración. "*Que aquel que hable una lengua* —dice San Pablo— *pida el don de interpretarla*" (I Cor., XIV, 13).

**Segunda advertencia**.— Eran éstas gracias que no debían perpetuarse en la Iglesia, al menos con la misma abundancia y en la misma forma. Tenían entonces una utilidad que no tuvieron ya en los siglos posteriores. Estas manifestaciones extraordinarias del Espíritu Santo en la Iglesia servían, ante todo, para probar ostensiblemente que eran, en verdad, obra de Dios. No se podía dejar de confesar ante dones tan claramente divinos: "*El dedo de Dios está aquí*", *digitus Dei est hic*. A esta primera ventaja se unía otra no menos importante. En aquellos primeros tiempos, la jerarquía eclesiástica no tenía todo el desarrollo que adquirió después.

Había, pues, que suplir su insuficiencia, y esto hizo el Espíritu Santo cuando repartió tan largamente estas gracias, gratuitamente dadas, en la Iglesia naciente. Así, se las ve decrecer a medida que la jerarquía regular va creciendo y normalizándose.

**Tercera advertencia**.— Porque tales gracias no se hayan conservado en la Iglesia con la misma abundancia, guardémonos de creer que hayan desaparecido totalmente. Basta recorrer las Vidas de los Santos para convencerse de que existen todavía, menos frecuentes, sin duda alguna, pero a veces no menos notables que en la primitiva Iglesia. ¿Acaso no se hallan a cada paso en la historia eclesiástica el don de milagros, el más alto de profecía, y el de penetrar los misterios de la fe cristiana y hacerlos aceptar, a pesar de toda la resistencia del orgullo y de las pasiones humanas?

**Cuarta y última advertencia**.— Las gracias gratuitamente dadas no son santificantes por sí mismas. No las confundamos, pues, con lo que se llama en Teología dones del Espíritu Santo; por ejemplo, con el don de sabiduría, o el don de ciencia. Porque los dones propiamente dichos son inseparables de la morada del Espíritu Santo en las almas, y de la gracia santificante; mientras que las gracias gratuitamente dadas no suponen, en quien las recibe, ni una cosa ni otra. Esto da a entender el Apóstol expresamente cuando dice, no sólo en la misma Epístola, sino en el lugar mismo donde trata de estas gracias: "*Aunque hablase las lenguas de los hombres y de los ángeles...; aunque tuviese el don de profecía; aunque conociese todos los misterios y toda la ciencia; aunque tuviese fe bastante para transportar montañas, si no tengo caridad, nada soy*" (I Cor., XIII, 1-3. Véase, a propósito de estas gracias, el comentario del P. Cornley sobre los caps. 13 y 14 de la I Epístola a los Corintios, y el Diccionario de la Biblia publicado bajo la dirección de M. Vigouroux, art. "*Dones del Espíritu Santo*").

**II.** Hechas estas advertencias, quédanos por resolver la cuestión que las ha motivado. ¿Poseyó la Virgen Madre de Dios, durante su vida mortal, las gracias y todas las **gracias gratuitamente dadas**? Podría hacernos dudar que, según San Pablo o, mejor dicho, según el Espíritu Santo, que hablaba por su boca, no todas se concedían a todos. "*A uno* —dice—, *la palabra de la sabiduría; al otro, la palabra de la ciencia... ¿Son todos profetas? ¿Son todos doctores? ¿Obran todos milagros? ¿Tienen todos gracia de curar? ¿Hablan todos diversas lenguas o interpretan todas?*"(Ibíd., 14, 29, 30). Todos los teólogos escolásticos responden a una, con Alberto Magno: "*Es manifiesto que la Santísima Virgen poseyó todas las gracias y en el grado más eminente*" (Albert. Magn., *super Missus est*, q. 112, sqq. Opp. XX, 81, etc.).

Y ¿qué mucho es que así fuese, si taumaturgos, profetas, doctores y privilegiados de todas clases la tienen y la deben tener por su Reina? Nos convenceremos de que ni la Teología, ní los Santos que ella trae por testigos, se han equivocado, cuando hayamos considerado sucesivamente los tres grupos de gracias y los hayamos confrontado, por decirlo así, con la Madre de Dios.

Si no se tratara en el primer grupo sino de la sabiduría y de la ciencia, por donde se entran en los divinos misterios para comprender plenamente su significación, sus relaciones y consecuencias, sería ceguedad el no admitirlos en María, y en un grado que no conviene sino a la Madre de Dios. Lo que hemos visto de la perfección sobrenatural de su inteligencia, de su perpetua contemplación, de las comunicaciones divinas que recibió constantemente, nos dispensa de largas reflexiones. Pero no es sólo a la concepción de las cosas a la que se refieren esas dos primeras gracias; es, sobre todo y principalmente, a la proposición exterior de las

verdades ordinarias o sublimes ya concebidas. La **palabra** de sabiduría, la **palabra** de ciencia, dice San Pablo.

Parece, y de aquí viene la dificultad, que una y otra gracia son privilegio singular de los Apóstoles y Doctores. He aquí, al menos, lo que parece significar el Apóstol de los Gentiles, cuando escribe en la misma **Epístola a los Corintios**: "*Dios puso en su Iglesia, primeramente, a los Apóstoles; segundo, a los Profetas; tercero, a los Doctores; después, los milagros; luego, la gracia de la curación*", y lo demás que puede verse en el texto (I Cor., XIII, 28; cf. Act., XIII, 1). No lo negamos; pero, entonces, habrán de tomarse aquí los nombres de Apóstol y de Doctor en una significación más amplia, y tal, que pueda adaptarse a los simples cristianos; porque en los tres capítulos que San Pablo consagra, casi por entero, a las gracias gratuitamente dadas, considera éstas no como don particular de los miembros de la jerarquía, sino como dones concedidos indistintamente por el Espíritu Santo a los fieles de Cristo. Por consiguiente nada, por este lado, impide el atribuirlos a María.

Lo que no quiere el Apóstol es que las mujeres tomen la palabra en las asambleas públicas de los cristianos para exhortar, instruir, profetizar, hablar lenguas desconocidas o interpretarlas. Estos oficios los reserva a los hombres: "*Callen las mujeres en la Iglesia de Dios* —escribe—, *porque no les está permitido hablar en ella, sino que **deben** estar sometidas, como la Ley misma dice*" (I Cor., XIV, 34; I Tim., II, 12). Ciertamente, la Santísima Virgen María era tan humilde, tan modesta y tan respetuosa para con las leyes y usos legítimamente establecidos, que no pediría o aceptaría excepciones a esta regla. Pero lo que no hacía, ni hubiera querido hacer en las reuniones públicas de los fieles, ¿quién le impedía hacerlo en particular?

Así lo reconoce expresamente Santo Tomás, cuya autoridad se invoca a veces en contra. Tratando de si las mujeres pueden poseer las gracias de la palabra de sabiduría y de ciencia: "*Respondo* —dice— *que se puede usar de la palabra de dos maneras. Primero, conversando en particular y familiarmente con una sola persona o con varias, y en este caso nada impide a las mujeres participar de la gracia del hablar. En segundo lugar, cuando se habla públicamente a toda la Iglesia, y esto es lo que no está concedido a las mujeres por tres razones: La primera y la principal está sacada de la misma condición de la mujer, que, por la naturaleza de su sexo, está sometida al hombre* (Gén., III, 16); *porque enseñar y predicar públicamente en la asamblea de los fieles es propio, no de los subordinados, sino de los superiores... La segunda razón se funda en las conveniencias morales; porque, según testimonio del Eclesiástico* (Eccli., IX, 11), *la concupiscencia es un fuego que se enciende en el corazón de los hombres en sus coloquios con las mujeres. La tercera y última es que las mujeres no están, de ordinario, bastante consumadas en sabiduría para que convenga el confiarles la pública enseñanza de la doctrina evangélica*"(San Thom., 2-2, q. 177, a. 2). No niega, por consiguiente, Santo Tomás que las mujeres puedan recibir los carismas de sabiduría y ciencia; "*pero si los han recibido* —dice, *usen de ellos para enseñar en particular, y nunca en público*" (San Thom., 2-2, q. 177, a. 2 ad 3).

Nunca ha prohibido la Iglesia a la mujer la enseñanza privada. Dios mismo la ha favorecido en más de una ocasión con luces especiales. ¿Quién no sabe cuán sabia maestra fué Santa Cecilia de su esposo Valeriano, y Santa Mónica de su marido Patricio? Y, en tiempos más cercanos, ¿cómo olvidar lo que hicieron en favor de la instrucción espiritual de los cristianos Santa Catalina de Sena, Santa Teresa y muchas otras? (*Coelestis ejus doctrinae pábulo nutriamur.* Oración de la Iglesia para la fiesta de Santa Teresa). Lo que nos asombraría, después de tantos ejemplos, no sería el ver a la Virgen Santísima, Madre universal de los hijos de Dios,

enseñarles familiarmente la doctrina y los misterios de su Hijo, sino el que los fieles de su tiempo descuidasen el interrogar a tal Maestra, y que María rehusase satisfacer su piadosa avidez. Por esto, ¡cuántas veces los Padres y los Doctores nos representarán a María como Maestra de los mismos Apóstoles, sobre todo en lo que concierne a los misterios del nacimiento del Salvador y de su primera infancia!

**III.** Pasemos al segundo grupo, que comprende la fe, la gracia de curaciones y la operación de milagros. Superfluo sería examinar sucesivamente cada parte de la división para decidir si la gracia expresada por esos diferentes términos fué privilegio de la Madre de Dios. Preguntémonos, más generalmente, si María poseyó el don de milagros, en el cual pueden incluirse los otros dos.

El Doctor Angélico, aunque cree que María lo recibió excelentemente en principio, como las demás gracias, en la hora de su primera santificación, parece admitir que no tuvo el **uso** de dicha gracia en el tiempo de su vida mortal. No la tenía —dice—, como Jesucristo, para usar libremente de ella en los límites determinados por el fin de la Encarnación, es decir, para la salud de los hombres, sino en cuanto convenía a su propia condición. Y como en el tiempo en que vivió la Madre de Dios, es decir, durante la vida del Salvador y la primera promulgación del Evangelio, los milagros tenían por fin el confirmar, de cerca o de lejos, la doctrina de Cristo, no debían, por consiguiente, obrarse sino por el mismo Cristo o por sus discípulos, que eran sus instrumentos y sus cooperadores en la predicación de la fe. Así, pues, como el ministerio de la predicación no correspondía a María, no le convenía tampoco obrar los prodigios enderezados por la Providencia para hacer dicha predicación futura y creíble (San Thom., 3 p., q. 27, a. 5, ad 3).Quizá no se haya de tomar del todo a la letra esta opinión de Santo Tomás, sino antes convendría restringirla a los milagros explícitamente hechos para atestiguar la verdad del Evangelio. Poco ha vimos cómo el Angélico Doctor admite una restricción semejante, a propósito de las gracias contenidas en el primer grupo.

Sea como quiera, otros teólogos de gran renombre y autoridad no vacilan en reconocer a María no sólo el poder, sino también la operación de milagros. Tales son, por ejemplo, Alberto Magno, San Antonio y Suárez (Suárez, *dr Myster. vitae Christi,* D. 20, S. 3). "*En la explicación de esta gracia* —advierte este último— *es preciso distinguir los tiempos, los géneros de milagros y el modo de obrarlos*" (Idem, ibíd). Primeramente hay diferencia entre los milagros en cuanto a su fin. Unos, según antes oímos a Santo Tomás, se ordenan directamente a confirmar la doctrina; son la atestación sublime de su verdad, que emanan del mismo Dios. Otros tienen por fin próximo, ya un beneficio temporal, ya la manifestación de la santidad de aquel por quien Dios los obra. Hay también para los hombres diferentes maneras de obrar un milagro. A veces los hacen con un simple mandato. Así, detuvo al sol Josué; así, curó San Pedro al cojo en la puerta del templo (Jos., X, 12; Act., III, 6). Otras veces, por la fuerza de la oración, con mandato o sin él, según sucedió en la resurección de Tabites, que leemos en los **Hechos de los Apóstoles** (Act-, IX, 40). Otras, en fin, por el simple contacto, aun mediato. De esta manera, la sombra de San Pedro y los lienzos de San Pablo curaban a los enfermos (Act., V, 15; XIX, 12.).

Supuestas estas premisas, ya podemos juzgar más fácilmente del poder de María, según la diferencia de tiempos en que se presenta a nuestros ojos. No es verosímil que obrase milagros antes de haber concebido al Verbo hecho hombre, porque no eran entonces necesarios ni para atestiguar la verdad de la doctrina, ni para manifestar a los hombres los méritos y

el crédito sobrenatural de esta Virgen oculta. No es probable tampoco que los obrase, al menos por sí misma y públicamente, en el tiempo que transcurrió desde la Concepción del Hijo de Dios hasta su Ascención a los cielos; las razones dadas por Santo Tomás lo prueban, a nuestro ver, suficientemente.

Hemos dicho: **por sí misma**, porque el Evangelio nos muestra claramente, cómo por **su fe** (la fe de milagros) y por su oración obtuvo el gran milagro de Caná, donde Cristo manifestó por primera vez su gloria (Joan., II, 11). Hemos dicho también: milagros públicos. Porque, si se trata de milagros secretos, "*es incierto* —dice Suárez— *si obró alguno, ya en el tiempo de la infancia del Salvador, en Egipto, por ejemplo, ya en otras épocas, suponiendo que hubiera habido alguna necesidad de hacerlos*" (Suárez, 1, c.). Confesamos que tales milagros nos parecen poco verosímiles; cuanto más que, no estando la Santísima Virgen a la cabeza de la Sagrada Familia, debía ceder la preeminencia a San José. Por tanto, si Nuestra Señora obró algunos milagros antes de subir al cielo en su gloriosa Asunción, hubo de ser después de la Ascensión de su divino Hijo.

Los Santos, describiendo la muerte de esta Bienaventurada Virgen, nos hablan de maravillas obradas por el contacto de su santísimo cuerpo, y hasta del sepulcro donde había estado. "¿Por qué —pregunta Suárez— no habría de hacer viva lo que hizo después de muerta? ¿Por qué quitarle el conceder milagrosamente a los hombres beneficios capaces de alimentar en ellos la fe y la fidelidad a su divino Hijo? ¿Por qué Jesucristo, que glorifica a sus siervos, haciéndolos instrumentos de su poder, había de temer el manifestar a los fieles la incomparable santidad de su Madre, y su poder de intercesión cerca de Él?

Concedamos, con el Doctor Angélico, que María no confirmó, como los Apóstoles, públicamente y a la faz del mundo, el Evangelio de su Hijo por la virtud de los prodigios, porque esto hubiera sido ejercer el ministerio de los maestros de la fe. Pero, ¿hubiera sido también usurpar este ministerio el implorar la omnipotencia del Salvador en favor de los infortunados y obtener esos efectos maravillosos sobre los hombres? En verdad, no podemos creerlo. Nos repugna el pensar que esta Madre, toda bondad, tan misericordiosa, tan compasiva con los desgraciados, o no quisiera pedir esas gracias insignes que después de su muerte tantas veces han levantado nuestra esperanza, o no las pidiese sino para recibir una negativa. Figurémonos una pobre madre que le presenta su niño, muerto antes de ser regenerado por el Bautismo, y que le suplica llorosa que le devuelva la vida, siquiera el tiempo de ser alistado en la familia de Dios; tenemos por cierto que esta madre no se iría sin ser escuchada. ¡Cuántos casos parecidos pudiéramos imaginar!

Así, pues, sin temor alguno abrazamos la opinión de Suárez, persuadidos de que ninguno de nuestros lectores sentirá repugnancia en seguirla con nosotros. Por lo demás, el texto del Apóstol, lejos de prohibirlo, nos invita a ello, por cuanto, al hablar de las gracias gratuitamente dadas y de la gracia de milagros, como de las demás, da a entender que no son privilegio particular de los pastores y doctores de la fe. El Espíritu Santo las reparte a los fieles de Cristo indistintamente, según le place y en la medida que lo juzga oportuno y conveniente. Y ¿es posible que en una repartición tan general se olvidase de la Madre de Cristo, la Reina y la educadora de la Iglesia naciente?

## CAPITULO 6

### La Madre de Dios tuvo por modo excelentísimo las gracias "gratis datas"

**La profecía y el discernimiento de espíritus, el don de lenguas y la interpretación de los discursos.**

Tiempo es ya de pasar al tercer grupo de los carísmas. Comencemos por los dos primeros: la profecía y el discernimiento de espíritus.

**I.** No hay, entre los cristianos, quien quiera o pueda negar a la Madre de Dios la gracia de profecía, en cualquier sentido que se tome. Si la tomamos en el sentido **más estricto** y más usual en el día de hoy, la Santísima Virgen fué la profetisa por excelencia. Si queréis una prueba irrecusable, leed su cántico "*Magníficat*": **He aquí que todas las generaciones me llamarán Bienaventurada** (San Lucas I, 48).

Nunca brillaron con mayor esplendor los caracteres todos de la profecía. ¿Qué cosa más manifiesta que el cumplimiento de estas palabras? Todos los siglos, todas las generaciones, todas las comarcas del mundo forman un inmenso y perpetuo concierto para llamarla **Bienaventurada, la Bienaventurada Virgen María** (Nadie quiza ha mostrado mejor el cumplimiento de esta profecía que el P. Poiré, en *la Triple couronne de la B. V. Mére de Dieu*. (trat., c. XII, T. I, p. 358-521)).

Desafiamos al incrédulo más obstinado a que niegue con razones serias la realización de esas breves palabras, por poco que las medite: **"De hoy en adelante, todas las generaciones me llamarán Bienaventurada."** Hecho de tal modo indudable, que en todas las épocas, desde el tiempo de los primeros Padres hasta nuestros días, ha servido de argumento irrefragable de la divinidad de nuestra fe. **"Ruégoos consideréis** —decía, muchos siglos ha, un santo Obispo a su pueblo— **todas las regiones que ilumina el sol, y veréis cómo apenas hay nación ni pueblo que no crea en Cristo, y cómo, por dondequiera Cristo es confesado y adorado, la venerable Madre de Dios es proclamada*Bienaventurada*. Por todo el universo, en toda lengua, digo, es la Virgen beatificada; tantos testigos como hombres; lo que Ella profetizó, todos lo cumplen"** (San Hildeph., serm. 2 (Ínter dubia), in ap. P. L.. XCVI 253).

Del mismo modo que los latinos se expresan los griegos; véase, si no, este párrafo, tomado de uno de sus más sabios doctores: "*Un mismo artista, el Espíritu de Dios, pulsaba las almas de Isabel y María, como dos liras hermanas. Isabel proclamaba a María Bienaventurada... Y María se daba la misma alabanza, o, mejor dicho, el Espíritu Santo, que había venido a Ella, profetizando por su boca virginal, decía:**"No eres tú sola quien me llama bienaventurada; porque de aquí adelante todas las generaciones me llamarán así."** ¿Qué generación, desde entonces, no llamó Bienaventurada a la Virgen María?... La palabra profética ha precedido, y los hechos han probado que esta palabra era la verdad misma*" (Antipater Bostrens., hom. *in S. Joan. H. P. G*.. CXXXV. 1785, 1788, sq.). Por muchas vueltas que dé la incredulidad, no podrá jamás atenuar el valor y la certeza de esta profecía. Aquí no le es posible recurrir, ni con sombra de verosimilitud, a sus ordinarios subterfugios. Aquí el cumplimiento del oráculo no deja duda alguna, y las circunstancias de la predicción son de tal naturaleza, que excluyen toda previsión puramente humana, toda intervención de la casualidad. Porque, ¿cómo creer que una jovencita pobre, humilde, ignorada de toda la tierra y que se ignoraba a sí misma, hubiera podido sospechar humanamente ni

prever para sí misma lo que ninguna hija de rey o de emperador se hubiera atrevido a esperar: la inmortalidad en el corazón y en el pensamiento de todas las generaciones? ¿Cómo creer, si no se admite una verdadera profecía, que esta virgencita afirmase su esperanza, no en términos dudosos, ni con palabras equívocas y capaces de diversos sentidos, a manera de los falsos oráculos, sino con certidumbre y claridad sin igual, y que esta esperanza y esta bienaventuranza tan claramente predichas se hayan realizado?

Sería tan necio el acudir a la casualidad, que juzgamos superfluo refutar semejante hipótesis. Menos aún se puede decir que el oráculo profético fuese posterior al hecho que es su cumplimiento. Porque el *Magníficat* no es un fragmento de data más reciente, fraudulentamente introducido en la obra de San Lucas. Forma íntimamente cuerpo con el Evangelio. Ahora bien: si el Evangelista mismo lo insertó en su relato, no hay duda que este cántico es de María. El tiempo en que escribió estaba aún cércano de los hechos que refiere, y así, no había dificultad en que las efusiones proféticas de María, Zacarías, Simeón y otros fuesen fielmente guardadas y transmitidas al Evangelista.

Y lo que da a esta profecía más claridad y evidencia es la manera como se cumple. *Ex hoc*, de hoy en adelante, desde este momento, todas las generaciones me llamarán Bienaventurada. "***Bienaventurada** eres*", acaba de decirle su prima Isabel. Beatifícala ésta con profundo sentimiento de respeto, como a quien era Madre de su Señor. Y María le responde, con el corazón y la mirada fijos en el cielo: "*De aquí adelante...*" Treinta años después, de entre las turbas que rodean a Cristo saldrá una voz que dirá: "***Bendito** el vientre que te llevó.*" Aquellas dos mujeres representaban a la Iglesia católica, que perpetúa su homenaje. Y el cumplimiento del oráculo crece y se aumenta con las generaciones. En vano pretende el infierno ahogar el culto de la Madre de Dios. Nestorio, con todas sus astucias y todos sus esfuerzos, sólo consigue que se grite más alto: *¡Bienaventurada!*, desde el mismo centro del cisma, en el seno mismo de la herejía, en el seno mismo del mahometismo.

Pídensenos pruebas de nuestra fe que estén en consonancia con el estado actual de la ciencia y del *alma contemporáneas*. Pues he aquí una: es una profecía cuyo anuncio y cuyo cumplimiento suponen manifiestamente la acción del Espíritu Santo. Si María no fuese la Madre de Dios, ¿le hubiese dado Dios este testimonio?; y si el testimonio viene de Dios, ¿cómo la fe basada sobre ese misterio no es ella misma también de Dios?

Se piden milagros; no milagros que se refieran, sino milagros que se puedan tocar con las manos y comprobar con los propios ojos. He aquí el milagro: el concierto universal *beatificando* a María como Madre de Dios; porque cuantas veces oigáis proclamar ese título de *Bienaventurada*, otras tantas podéis comprobar la verdad de una *profecía* cuyo autor sólo Dios puede ser (Si el milagro, la resurrección de Lázaro, por ejemplo, tiene más fuerza para convencer a los testigos inmediatos del hecho, la profecía gana en fuerza de persuasión a medida que nos alejamos del tiempo en que se pronunció, porque el cumplimiento se hace cada vez más evidente y reviste más el carácter exterior de acontecimiento divino. Así lo demuestra admirablemente San Agustín en cuanto a las profecías que conciernen a la Iglesia. (L. *de Fide rerum quae non videntur*., n. 5-9. P. L., XL, 174, sqq.)).

Y no es esta la única profecía contenida en el *Magníficat*. No indicaremos más que otra, expresada por estas palabras: "*Hizo en mí grandes cosas Aquel que es poderoso.*" ¿Qué grandes cosas son éstas? Sin duda alguna, la maternidad por la que llevaba en aquel momento mismo

al Verbo encarnado en sus entrañas. Para mejor concebir cómo María profetiza en estas otras palabras de su cántico, consideróse que la profecía no se extiende solamente a las cosas *futuras*, aunque éstas son, en verdad, su principal objeto. Cuando Juan Bautista, mostrando a Jesús presente, decía de Él: "*He aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo*", hacía acto de profeta; porque la profecía, aun en la acepción estricta de esta palabra, tiene por materia todo lo que sobrepuja nuestra actual potencia de conocer. Por consiguiente, cuanto una cosa está más fuera del alcance del saber humano, tanto más es objeto propio de la profecía. Ahora bien: para todos aquellos que son todavía *viadores*, el misterio del Verbo encarnado no puede ser conocido por las fuerzas naturales de la inteligencia, sino únicamente con luz divina. Es, pues, profetizar el conocerlo y el celebrarlo, como lo hizo en su cántico María. El conocimiento que nosotros tenemos de ese misterio es el de la simple fe, porque no lo conocemos únicamente por la revelación divina, sino también por la predicación de la Iglesia, depositaría y vehículo del testimonio de Dios.

El Angel de las Escuelas refiere al don de profecía el privilegio de gozar *temporalmente* de la vista de Dios en el *estado de viador*. Y no sin razón, porque esta visión, *connatural* en el estado de las almas glorificadas, no entra en el orden de las luces que corresponden al estado presente, es decir, al de la fe. ¿Puédese creer que la Santísima Virgen contemplase la divina esencia antes de su dichosa muerte? No se trata aquí de la *intuición permanente*, que fué privilegio incomunicable de Jesucristo en su Humanidad, sino sólo de una visión *pasajera*, en ciertas circunstancias memorables de la vida de María; por ejemplo, en la hora de su primera santificación, en la concepción de su divino Hijo, cuando Jesucristo se le mostró saliendo del sepulcro, glorificado. Las Sagradas Escrituras nada dicen acerca de este particular, y, por otra parte, la tradición de la Iglesia no suple su silencio.

A falta de pruebas expresas, hay un argumento en que podríamos apoyarnos para atribuir ese privilegio a la Madre de Dios, aunque sin afirmarlo con certidumbre. Es opinión de San Agustín que "*la* ***substancia misma de Dios*** *ha podido revelarse intuitivamente*" a algunos, pocos, privilegiados, en el curso de su vida mortal; por ejemplo, a Moisés, y más adelante a San Pablo, cuando, arrebatado hasta el tercer cielo, oyó palabras misteriosas que no es permitido al hombre referir (San August., ep. 147, c. 13, nn. 31, 32; col. *de Gen. ad litt.*, 1. XII, c. 28. P. L.. XXXIII, 610; XXXIV, 478). Algunos intérpretes y teólogos, y, por cierto, de los más graves, concuerdan con San Agustín, aunque no condenan la opinión contraria.

Ahora bien: admitido que esta gracia se concedió a Moisés y al Apóstol, con mayor razón ha de admitirse que se le concedió a María; así lo pide la regla invariable, formulada por los teólogos y por los Santos Padres, según la cual, toda prerrogativa de gracia concedida aun a rarísimos privilegiados, fué concedida también a María en una medida igual y aun superior. Por esto, así que se propuso explícitamente esta cuestión, gran número de autores insignes por su ciencia y por su santidad la resolvieron afirmativamente, siempre que la opinión de San Agustín sobre Moisés y San Pablo esté sólidamente fundada. No podían creer que Dios, solamente en esto, hubiese derogado una regla tan universalmente seguida por Él mismo en todo lo demás.

A los que pretenden que esta regla vale únicamente para las gracias encaminadas directamente a la santificación personal de los privilegiados, respóndeles Suárez, con harta razón, que a ese género de gracias pertenece, y por modo excelentísimo, la vista temporal de Dios. ¿Cómo,

después de haber gozado de tal favor, perder la memoria de él?, y ¿cómo recordarlo sin sentir en sí ardientes, y continuos deseos de amar sobre todas cosas aquella Belleza amabilísima, contemplada en todo su esplendor? (Suárez, *de Myster. vitae Christi*, D. 19, S. 4. Dico primo). Al decir de los Santos que han experimentado esas iluminaciones divinas, hay algunas que dejan al alma toda encendida en amor, y tan desasiada de los bienes perecederos, que los mira como estiércol y basura, con tal de ganar a Cristo (Véase Sta. Teresa en las *Moradas*. 6° morada). Y, ¿quedaría estéril y sin fruto la iluminación más excelente de todas? Si, pues, fuese cierto que Moisés o San Pablo, o cualquier otro, contemplaron por un momento la faz de Dios, en el tiempo de su peregrinación sobre la tierra, de cierto se habría de atribuir una gracia semejante, y aun mayor, a la Madre de Dios.

Tal es, en particular, el sentir de Santo Tomás de Villanueva. Describiendo el bienaventurado Obispo la aparición de Nuestro Señor a su Madre, en la mañana de la Resurrección, dice: "*Creyera yo, y no me engaño, que entonces, particularmente, el alma virginal de María contempló por una visión intuitiva, no sólo la carne resplandeciente de Cristo, sino al mismo Verbo... y que vió claramente su propia gloria y su dignidad de Madre en ese Verbo nacido de Ella. ¿Dónde está la prueba de esto? No podré traer el testimonio de los Libros Santos; pero escuchad una conjetura de gran peso. No cabe dudar que la Virgen recibió para sí misma toda gracia y toda perfección concedida a cualquier Santo. Ahora bien: Pablo vió la divinidad según se afirma generalmente; Moisés vió, si no la esencia divina, al menos su gloriosa imagen. Pues con harta más razón la Madre de Dios contempló á Dios cara a cara, y con frecuencia, tal vez, en el curso de su vida mortal. Y porque ninguna circunstancia parece más a propósito para esta visión que la aparición del Señor a su Madre, me complazco en afirmar piadosamente y sin presunción temeraria que la Virgen vió entonces el mismo rostro de Dios*" (*in Resur. Dom*., conc. n. 1. Opp. I. 498, sq.; coll. Medin., in 3, p. 27, a. 5; Salazar, de Concepta c. 32; I.acerda, Acad., 12, s. 4; etc.).

Hasta aquí todas las pruebas han supuesto como base y fundamento la interpretación del rapto de San Pablo dada por San Agustín. "*Pero hay que confesar* —dice Suárez— *que esta interpretación es bastante dudosa; y lo mismo, cuando menos, se ha de decir de aquella otra que coloca a Moisés entre los**videntes** de la divinidad. Eso no obstante* —prosigue el docto teólogo—, *puédese todavía creer, bastante piadosa y probablemente, **pie satis ac probaliter**, que la Virgen Santísima contempló algunas veces la esencia divina, aun en esta vida; por ejemplo, el día de la Encarnación o de la Natividad del Salvador, por razón de la dignidad sublime de Madre de Dios, de que fué entonces investida; o el de la Resurrección del Señor, en premio de los increíbles dolores que había sufrido con Jesús paciente; y también en algunas otras ocasiones, según las disposiciones de la Eterna Sabiduría*" (Suárez, *de Myst. vitae Christi*, D. 19, S. 5. *Addo denique*. No sin dificultad admitiríamos esta visión transitoria en el momento de la Concepción inmaculada de María ; porque con ella sería dificultoso explicar cómo esta Virgen bendita se dispuso, con un acto libre de amor, a recibir la gracia que le fué entonces tan liberalmente infundida. Bien sabemos que una dificultad semejante se ofrece respecto do los actos meritorios con que nos rescató su Hijo, puesto que era comprensor. Pero quizá es la dificultad menor en cuanto al Hombre-Dios que en cuanto a su Madre. Como quiera que sea, si no podemos eludir la dificultad respecto del Salvador, no hay necesidad de suscitarla respecto de María).

Detengámonos ya en esta investigación. Si nos es imposible llegar a la certidumbre, por falta de razones y testimonios convincentes, lo que hemos dicho bastará, al menos, para que esta gracia no sea rechazada como del todo improbable. Porque no es suficiente para negarla

el alegar aquellos textos de la Escritura en que universalmente se dice que ningún mortal puede ver a Dios cara a cara. ¿No sabemos que la Virgen Santísima estuvo en muchas cosas fuera de las leyes comunes? Además, una cosa es la visión beatífica, y otra el acto transitorio de que hablamos aquí. Este no es más que un instante, y no supone el principio interior y permanente de *la luz de la gloria*; mientras que aquélla, procediendo de una inteligencia elevada por esta luz divina, no conoce ni eclipse ni término (S. Thom.. 2-2, q. 175, a. 2, ad 2). Hasta aquí hemos estudiado la profecía en el sentido más estricto en que la suelen tomar los teólogos. Si pasamos a considerarla en la acepción más amplia que las Sagradas Escrituras, y particularmente San Pablo, dan a esta palabra, es cosa también manifiesta que la Madre de Dios estuvo adornada de esta gracia. Recordemos lo que dice el Apóstol: "*El que profetiza habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación*" (I Cor., XIV, 3). Tal era el oficio concedido por el Espíritu Santo a los cristianos de Corinto y de otras Iglesias, que hablaban bajo su inspiración especial en las asambleas de sus hermanos.

Aunque esta gracia se da en la Iglesia más raramente que en los primitivos tiempos del cristianismo, no se ha perdido por entero. ¡Cuántas veces, en el curso de los años, se han visto hombres ignorantes, o que descuidaban la elocuencia y el arte de bien decir, simples religiosos, y hasta simples fieles que vivían fuera de los claustros, transformar a las almas, "*no por los discursos persuasivos de la sabiduría humana, sino por la locura de la predicación, por las señales sensibles del Espíritu y de la virtud*" ( I Cor., 1, 2; II, 4) que sobreabundaba en ellos!

En esto consistía la gracia de la profecía descrita por el Apóstol, y esto mismo hubieron de producir y hubieron de ser las palabras de María, no en las exhortaciones públicas, sino en los familiares coloquios acerca de las cosas divinas. ¿Quién estuvo nunca inspirado y fué movido como Ella por el Espíritu Santo, cuyo órgano dócilísimo era en todas sus potencias y en todos sus miembros?

De Ella, después de su Hijo nuestro Salvador, se podían decir cuantos habían tenido la dicha de oírla: "*¿No ardía nuestro corazón cuando nos hablaba?*" (Luc., XXIV, 32). A Ella también, mejor que a ninguna otra criatura, le conviene con toda verdad aquella alabanza que el Esposo del *Cantar de los Cantares* hace de su Esposa:"*Tus labios, Esposa mía, son como un panel de miel; miel y leche debajo de tu lengua*" (Cant., IV, 2). Como su divino Hijo, Ella también es "*hermosa entre los hijos de los hombres, y la gracia está derramada en sus labios*" (Psalm. XLIV, 3); no esa gracia que adula y que agrada rebuscando palabras afectadas y blandas, sino la gracia sobrenatural que hace gustar las cosas de Dios, que disipa las nieblas del espíritu y del corazón, y lleva suavemente a cumplir el querer divino; la gracia, en fin, que hacía de toda palabra de esta Virgen una invitación poderosa y apremiante, que convidaba a amar a Dios. De cierto, no se alargaría la Virgen María en prolijas conversaciones. Pero nos imaginamos, y no sin fundamento, que sus palabras serían como las que Cristo hablaba a sus discípulos, y habla hoy todavía al corazón de sus amigos predilectos: breves, vivas, substanciosas, llenas de sencillez y de unción divina. ¿Cómo aquella Madre, que había dado al mundo al Verbo de Dios, que había revestido de carne a la Palabra Unica en que Dios se dice a sí mismo todo cuanto sabe, todo cuanto piensa; cómo, decimos, habría tenido menester de encarnar sus pensamientos en multiplicidad de palabras para traducirlas al exterior?, o, ¿cómo, después de haber hecho sensible a Aquel que es todo amor y toda verdad, no tendría Ella el privilegio de expresar los misterios del mismo Verbo de la manera más apta para hacerlos amar? Nunca es más elocuente una madre que cuando habla de su hijo; de donde se puede juzgar cuán dul-

ces, fuertes y persuasivos serían los coloquios de esta divina Madre cuando narraba las virtudes, las enseñanzas y la amorosa bondad de Jesús, su Hijo y su Dios.

**II**. En el texto de San Pablo, el discernimiento de espíritus es el complemento, o mejor dicho, es como una prolongación de la gracia de profecía. "*Si todos profetizan* —dice el Apóstol— *y algún ignorante o infiel entra* (en la Iglesia) *es convencido por todos y juzgado por todos. Los secretos de su corazón son descubiertos, de suerte que, cayendo en tierra sobre su faz, adorará a Dios, declarando que está el Señor verdaderamente con vosotros*" (I Cor., XIV, 24, 25).

Así, el discernimiento de espíritus es, en su más alto grado, una luz sobrenatural que deja penetrar hasta los últimos repliegues de los corazones y conocer los pensamientos más secretos. Enséñanos la historia de los Santos que varios de ellos poseyeron este privilegio por modo admirable. En un sentido más amplio, el discernimiento es como un instinto, que es fruto, no de la naturaleza, sino del Espíritu Santo; instinto en cuya virtud distingue uno en sí mismo o en los otros de qué espíritu, es decir, de qué principio proceden los movimientos del alma y las impresiones que en ella se producen.

Ahora bien: de cualquiera de estas dos maneras que se considere el discernimiento de espíritus, lo tuvo la Santísima Virgen en grado tan eminente, que sólo se le aventajó Nuestro Señor. Lo tuvo para sondear los secretos de los corazones. El Evangelio, es cierto, no señala hecho alguno de donde podamos inferirlo; pero cuando vemos, no sólo directores de almas, como San Felipe Neri, por ejemplo, sino también vírgenes, como Santa María Magdalena de Pazzis, leer en el fondo de las conciencias las faltas y los pensamientos más secretos, no podemos persuadirnos de que la Madre universal de los hombres, la Cooperadora del Salvador, no recibiese de su Hijo gracia semejante.

Aún menos podemos admitir que careciese de esas iluminaciones del Espíritu divino que revelan la naturaleza, el origen y la tendencia de los movimientos del alma, y aun los fenómenos extraordinarios que tienen por causa o el bueno o el mal espíritu. Tal privación sería incompatible con la ciencia inefable de las cosas divinas que hemos admirado en esta Virgen benditísima.

Ciertamente, no había menester de estas luces para distinguir en sí misma los afectos santos de las malas inspiraciones, puesto que nunca sintió atractivo alguno hacia el mal. Pero esto mismo era necesario que lo supiese a ciencia cierta, y para eso le servía su gracia de discernimiento. ¿No tuvo pleno conocimiento del misterio obrado en sus castas entrañas? ¿No reconoció con absoluta certidumbre que el mensajero celestial que le anunciaba tantas maravillas era un ángel de luz, enviado por Dios? Aun cuando no podía ser tentada como nosotros, interiormente, posible es que el demonio, que engañó a Eva, siendo inocente, y que osó tentar al Salvador, intentase también seducirla a Ella. Pero si Satanás tuvo esta audacia fué al punto reconocido, como lo fueron siempre los ángeles de Dios.

Este conocimiento que para sí misma tenía, debía tenerlo también para los demás. Ya la consideremos en el templo, entre las hijas de Judá, consagrada al servicio de los altares, ya la contemplemos entre los primeros cristianos, en la Iglesia naciente, de cierto se le presentarían frecuentes ocasiones de consolar, sostener e iluminar las almas. Ni su caridad le permitía substraerse a este oficio, ni Dios podía faltarle para que lo cumpliese con toda perfección. ¿Puede alguien imaginarse a la Madre de Dios dando un consejo o inútil o perjudicial? Pues lo que repugna pensar hubiera sucedido si se le niega esta gracia de discernimiento.

**III.** Al tercer grupo pertenecen, en fin, otros dos dones, que, como los dos anteriores, se completan mutuamente: el don de hablar diversas lenguas y el de interpretarlas. Sabemos, por San Pablo, que el primero era distinto y con frecuencia estaba separado del segundo. Por esta razón, el Apóstol pone la simple glosoladía por debajo de la profecía (I Cor., XIV, 1-5, 23-26). Por lo demás, supone también que estas dos gracias se hallaban a veces reunidas en un solo sujeto, cuando añade:"*Aquel que hable una lengua, pida el don de interpretarla*"; y, por consiguiente, entienda él primero lo que ha de explicar a los otros (Ib ídem, 13). De esta manera perfecta poseyeron los Apóstoles el don de lenguas, como quiera que habían de anunciar el Evangelio a tantos pueblos, no sólo de distintas costumbres y de distintos climas, sino también de diverso lenguaje.

Absolutamente hablando, es posible que aprendieran con un estudio personal el idioma de los hombres a los cuales debían llevar la palabra de salud; posible también en absoluto que enseñaran valiéndose de intérpretes. Pero no podemos resolvernos a creer que Dios, tan liberal en todo lo que era conducente a hacerlos dignos ministros de sus designios de misericordia, sólo en esto fuera parsimonioso hasta negarles una de las gracias más necesaria para el honor del apostolado (S. Thom., 2-2, q. 176, a. 1. El santo doctor muestra en el mismo lugar cómo esta gracia no es incompatible con el lenguaje, nada elegante y casi bárbaro, en que los Apóstoles anunciaron la Buena Nueva a las naciones. Dios no los enviaba para halagar a los delicados de la tierra. Bastaba que fuesen entendidos "*con aquella locución ruda, con aquellas frases de acento extranjero*". (Bossuet, *Paneg. de S. Pablo*, primer punto.) Una virtud celestial suplía a la rudeza de su hablar. Así, dice Santo Tomás, recibieron el don de sabiduría y el de ciencia; pero en la medida conveniente a su misión, sabiduría y ciencia de las cosas de Dios, que podía juntarse en ellos con la ignorancia en las cosas puramente humanas. (Ibíd., ad 1.)).

Y, ciertamente, ¿con qué derecho les negaremos lo que los Padres y Doctores les han atribuido constantemente en sus discursos y comentarios del día de Pentecostés?

María, es verdad, no tenía misión de predicar el Evangelio en regiones lejanas. Quizá tampoco salió nunca de Judea, sino cuando huyó a Egipto, donde, hallando multitud de compatriotas, le era de poco momento el entender y hablar la lengua del país. Pero más adelante, después del santo día de Pentecostés, cuando hombres de toda raza y de toda lengua se apresuraron a entrar en la Iglesia, el don de lenguas y el de entenderlas se le hizo necesario de hecho y de derecho. Porque aquellos nuevos discípulos de Cristo acudían en gran número a Jerusalén, y ¿cómo no habían de desear, ante todas cosas, venerar a la Madre del Salvador y sacar de sus coloquios ánimo y consuelo para caminar por la senda indicada por su divino Hijo? Quien lea en los *Hechos de los Apóstoles* la numerosa concurrencia que se reunió el día de Pentecostés, se persuadirá de que Nuestro Señor hubiera defraudado la expectación general si hubiese negado a su Madre esa doble gracia que a tantos otros otorgó.

¿Rezaríamos con la misma devoción que ahora lo hacemos la Salutación Angélica, si pudiéramos sospechar que la Virgen no nos entiende cuando le hablamos en nuestro idioma nativo? Así, nos parece, aquellos cristianos de los primeros tiempos; aquellos, por lo menos, que ignoraban la lengua de Judea, la hubieran saludado con menos devoción, si no hubiesen podido hacerse entender de Ella. Y Nuestro Señor hubiese también contrariado los deseos de su Bienaventurada Madre obligándola a permanecer callada en presencia de sus hijos. Si nosotros hubiéramos tenido la dicha de presentarnos delante de la Virgen Santísima, cierto que

nos hubiera sido cosa dulcísima el oír una palabra de su boca; y si algún intérprete hubiera querido mediar entre la Señora y nosotros hubiéramos dicho a nuestra Madre, con todo el ardor de nuestra alma, aquellas palabras del *Cantar de los Cantares* (Cant., II, 14): "*Conjuróte que me muestres tu rostro y que me dejes oír tu voz; porque tu voz es dulcísima, y hermosísimo tu rostro.*"

Así, pues, no vacilemos en conceder a María la primacía de las gracias, *gratis datas*, conforme le hemos concedido la preeminencia de las gracias justificantes y santificantes (Gerson reconoció el don de lenguas a la Sma. Virgen. Debió de recibirlo en el Cenáculo, cuando el Espíritu Santo descendió sobre ella, en medio de los Apóstoles. (Opp., t. III, sem. 1 *de Spiritus S*., 1.245, sq.) Otros, como San Bernardino de Sena, entienden que lo poseía por lo menos desde su maternidad. Por esto se admira el Santo de que el Evangelio no refiera palabra alguna dirigida por ella a los Magos. "*Puesto que la Virgen bendita podía entonces entender y hablar todas las lenguas, como quien estaba llena de ciencia desde la concepción de su Hijo divino, sería extraño que esta piadosísima Señora no fuera condescendiente con hijos tan fieles y abnegados, y no los hablara algunas de sus dulces palabras.*" (Serm. *de Christ. Dom.*, a. 3. c. 3. Opp. IV, p. 17.) Algunos creen que le fué necesaria esta gracia durante su estancia en Egipto, como si no hubiese hallado allí mismo una colonia numerosa de hijos de Israel. Quizá parezca que hay en esto alguna exageración mezclada con sincera piedad).

El privilegio de ser la Madre de Dios encarnado, es decir, de Aquel que es el origen de todos los dones sobrenaturales, pedía que, después de su Hijo, fuese la primera en todo. Si durante su vida mortal no tuvo *siempre el uso universal* de esas gracias, como enseña Santo Tomás de Aquino, y como nosotros mismos notamos, no fué porque faltase a Cristo liberalidad para con su Madre, sino por sabia disposición de la Providencia, aceptada así por el Hijo como por la Madre.

No temáis que por eso deje de ser María la Virgen *Poderosa*. Tampoco deja de ser, con toda verdad, *Sede de la Divina Sabiduría*, porque esta modestísima y humildísima Hija de Dios no tomase asiento, como algunos han pretendido, entre los jueces de la fe, ni presidiese el primer Concilio, como superior a los Apóstoles y al Príncipe de los Apóstoles (Teoph. Raynaud ha dicho de esta piadosa invención: "*Haec insulsitas ne refelli quidem debet.*" (Diptych. Marian., 1*. I, p. 10, n. 18.) Cuánto más que en la época del Concilio de Jerusalén de la Virgen Santísima había subido ya probablemente al cielo). Creemos del caso transcribir aquí un memorable párrafo con el cual termina San Alberto Magno sus *Quaestiones* sobre "*las gracias comunes y especiales*" de la Madre de Dios.)

Tiene María su manto de Madre y de Reina, que basta eternamente para su gloria.

## LIBRO VIII

## CAPITULO 1

### Prerrogativas particulares concedidas a la Santísima Virgen por su Maternidad

**I.** No nos detendremos mucho en probar que la Santísima Virgen murió realmente, es decir, que su alma bienaventurada dejó por algún tiempo el cuerpo virginal, en el cual Cristo había tomado carne.

Dudó de esto **San Epifanio**, el cual, en su tercer libro **Contra las herejías,**expone así su incertidumbre: "*No me atrevo* —confiesa— *a decir nada como absolutamente seguro. ¿Permaneció la Virgen viva e inmortal, o pasó por la muerte? Ni lo niego, ni lo afirmo. La Sagrada Escritura quiso dejarnos en suspenso, temiendo, sin duda, dar a sospechar bajezas y vergüenzas de la carne en un vaso tan venerable y puro. Así es que no sabemos nada, ni de su muerte, ni de su sepultura; pero una cosa es indudable: que esta Virgen Sagrada nunca conoció unión carnal*" (*Haer*. 78, n. 11. P. G., XL, c. 716) Sobre esto advierte juiciosamente **Baronio**: "*El Santo, sin inclinarse a una parte ni a otra, creyó que le bastaba demostrar a los enemigos de la virginidad perpetua de María, a quienes tenía que combatir, cuán sublime es la excelencia de la Madre de Dios, y cuán alejada estuvo de todo placer de la carne Aquella cuya muerte no podemos probar por la autoridad de los Libros Santos. Por lo demás, ha de perdonársele que, como sucede a menudo, aun a los hombres más santos y más ilustres, en el ardor de la contienda traspase algún tanto la línea de verdad. En efecto, La Iglesia católica no admite duda alguna acerca de la muerte de la Madre de Dios; sabiendo que tenía humana naturaleza, afirma que padeció la muerte, que es propia de esa naturaleza*" (Barón, H. E., *Ann*., 48, n. 11).

Con razón afirma Baronio que la Iglesia ha tenido siempre esta absoluta persuasión de la muerte de María. Lo ha demostrado en su Liturgia. No aduciremos como prueba la antigua celebración de dos fiestas, llamadas, la una, de la *Dormición o del Sueño*, y la otra, de la *Asunción* de la Madre de Dios (Morcelli, Comment. *Halend. Constantin*., ad díem 15 aug., p. 196). Baste saber que el primero de esos títulos fué antiguamente usado con más frecuencia que el segundo, a lo menos en la Iglesia oriental, porque todas las homilías de los Padres griegos sobre el misterio, y para la fiesta de la Asunción, tienen por asunto la Dormición de la Virgen María, como veremos pronto por los extractos que de ellos haremos. Ahora bien: la-*Dormición* y el *Sueño* designan, incontestablemente, la muerte.

Atestiguan, además, esta muerte así las oraciones de nuestra Misa latina, que se remontan, por lo menos, al tiempo de San Gregorio el Grande, como los cantos litúrgicos de los griegos, que hablan todos de muerte y de sepultura, antes de contar las glorias de la Asunción (Véase, por ejemplo, el cántico llamado *Cathisma*, pp. 194, 210. 214, 218, en los libros eclesiásticos de los Griegos, publicados en el siglo XVIII por Philip. Vitali).

Lo que la Iglesia ha testificado por su Liturgia, testifícalo aún más explícitamente, si cabe, por boca de sus Padres. Entre tantos discursos donde estos venerables doctores celebraron la Asunción de la gloriosa Virgen, no hay uno solo que no la considere como un paso de la muerte a la vida, del sepulcro al cielo; y entre los Padres antiguos, ninguno, sino San Epifanio, expresa la menor duda sobre este asunto. Por lo cual causa verdadera extrañeza que al-

gunos teólogos de nuestros días hayan negado lo que toda la antigüedad afirmó tan universal y constantemente.

Mas no lograron debilitar la creencia común en la muerte de María; antes sus esfuerzos sirvieron para hacerla más clara y más sólida. Cuantos textos se han atrevido a citar en su favor, otros tantos se han vuelto contra ellos (Entre los tres o cuatro autores que en nuestros días han creído deber negar o poner en duda la muerte de María, hay que citar en primer lugar a Domingo Arnaldi, doctor del Colegio de Santo Tomás de Aquíno, en Genova. Su obra tiene por título: *Super transitu B. M. V. Deiparae, expertis omni labe culpae originalis dubia proposita.* (Typ. Seraph. Ghezzi, Mediolani).Igual suerte tuvieron sus argumentos teológicos, según probaremos cuando examinemos el principal, casi el único, sacado de la Inmaculada Concepción. Justo es alabar en esos autores la intención que han tenido de ensalzar la gloria de la Madre de Dios; pero tampoco se ha de olvidar que esta divina Virgen no necesita falsas alabanzas (Véase, para una refutación más amplia de esas nuevas opiniones, Alph. M. Jannucci, *Firmitudo cath. veritatis de psychosomatica Deiparentis Assumptione.* contra Neologos A. *Deiparae mortem inficiantes*, pp. 478, sqq.).

La maternidad, no sólo no es un obstáculo para su muerte, sino antes todo lo contrario. ¡Sí!, convenía que la Madre de Dios muriese, porque su Hijo había muerto, y por las mismas razones. Jesucristo no contrajo ni la culpa original, ni las consecuencias de esta culpa, es decir, las enfermedades comunes del cuerpo y la necesidad de padecer y morir. "*Es* —dice el Angel de las Escuelas— *que la palabra* ***contraer*** *expresa la relación de un efecto a su causa. Lo que se ha contraído* (*trahitur cum*) *es lo que sigue necesariamente a su causa* ("*Illud dicitur contrahi quod simult cum sua causa ex necessitate trahitur.*" (S. Thom., 3 p., q. 14, a. 3)). *Ahora bien; la causa próxima de la muerte y de los defectos de la naturaleza humana es el pecado* (Rom., V, 12), *que la despojó de los privilegios propios del estado de inocencia. Así, pues, solamente aquellos que padecen esas imperfecciones por razón del pecado, las contraen propiamente. No habiendo participado Jesucristo en modo alguno del pecado, pudo lomar sobre sí nuestras miserias, a fin de curarnos de ellas, pero* ***no contraerlas****. Si hay parecido entre Él y nosotros en cuanto a calidad de los" defectos, no lo hay en cuanto a la* ***causa***" (San Thom., id. in corp. et ad 2). Esto enseña Santo Tomás, del Hijo; y esto, guardada la debida proporción, pensamos nosotros de la Madre.

¿Preguntáis por qué Cristo tomó sobre sí nuestras enfermedades? Los teólogos, siguiendo a los Santos Padres, dan seis razones principales.

**1.** Las tomó, porque venía a pagar nuestra deuda y satisfacer por los pecados del mundo; ahora bien: pagar la deuda de los hombres a la justicia de Dios, satisfacer por los pecados del género humano, tomar sobre sí la pena que merecen.

**2**. Las tomó para que fuesen testimonio irrecusable de la verdad de su Encarnación; porque, si no hubiese participado en su cuerpo de nuestras flaquezas, hubiérase podido creer que era de otra naturaleza, o que la carne de que se revistió no tenía sino apariencia mentirosa.

**3.** Las tomó para darnos, santificándolas, lo que tanto necesitábamos nosotros, pasibles y mortales: el ejemplo de una paciencia heroica en las pruebas, en los dolores y en la muerte.

**4.** Las tomó para ponerse en estado de compadecer más misericordiosamente nuestras penas, según expone admirablemente San Pablo en su **Carta a los hebreos**: "*No tenemos un Pontífice que no pueda compadecer nuestras enfermedades, probado como nosotros en todo, excepto el peca-*

*do*" (Hebr., IV, 15). Y en otro lugar: "*Tuvo que ser en todo semejante a sus hermanos, para ser delante de Dios un Pontífice misericordioso y fiel*" (Hebr., II, 17).

**5.** Las tomó, según la doctrina del mismo Apóstol, para libertar a aquellos "*a quienes el temor de la muerte tenía toda la vida sometidos a servidumbre*" (Hebr., II, 15), porque nada dilata ni consuela tanto los corazones doloridos como la vista de Jesucristo, que padece y muere.

**6**. Las tomó, en fin, porque quiso pagar por nosotros los favores divinos a altísimo precio, con sus sudores, sus llagas, su sangre y u vida.

Por razones semejantes no quiso Jesucristo eximir a su Madre de las consecuencias naturales de la primitiva caída, el dolor y la nuerte, aunque, por un insigne privilegio, la preservó del pecado que los causa. Era preciso que, siendo nueva Eva, tuviese su parte en el cáliz de dolores que había de beber el nuevo Adán, para apaciguar la ira del Padre y merecer a todos gracia y perdón. Era preciso que la mortalidad la hiciese semejante en apariencia a las demás mujeres, para que su Hijo apareciese claramente como miembro de la familia humana. Era preciso que esta madre de los hombres pudiese hacer a sus hijos más soportable y menos amargo el cáliz del dolor, bebiéndolo antes de ellos y por ellos. Era preciso que Ella misma, Ella, que había de ser para siempre Madre de misericordia, experimentase nuestros males en su alma y en su carne, a fin de ser compasiva y la misericordiosa por excelencia, *ut misericors fieret*. Era preciso que María fuese, no solamente nuestro dechado en el padecer, sino que nos ofreciese en su muerte el modelo acabado de una muerte santa y mereciese, gracias a la incomparable perfección de su tránsito, ser la perpetua protectora y la consoladora por antonomasia de los cristianos moribundos. Era preciso, en fin, que por su muerte libremente aceptada imitase a su Hijo hasta el fin y coronase los padecimientos y los méritos de su larga y santísima vida.

Tales son las razones providenciales por las que fué necesario que muriese María, aunque no había contraído la deuda del pecado. Y todas se refieren a su divina maternidad, puesto que, a título de Madre del Salvador, está investida de las funciones sobre las cuales se apoya cada una de ellas.

Cierto que algunos Santos Padres atribuyeron la muerte de la Virgen a la sentencia pronunciada por Dios contra la humanidad caída (Gén., III, 19; Col., II, 17), y aun sirvió esto de argumento a los antiguos adversarios de la inmaculada Concepción. La Virgen Santísima —decían— padecía, como nosotros, la pena del pecado original; luego lo contrajo como nosotros. Argumento sofístico, que se volvería contra el mismo Salvador, puesto que también Él murió por consecuencia de aquella culpa. ¿Se hubiera revestido de carne **mortal** si no viniera a expiar el pecado en su cuerpo, y si la muerte que voluntariamente aceptó no fuera castigo del pecado?

Pero una cosa es padecer la pena del pecado y otra padecerla porque se ha contraído. De la muerte del Salvador podemos deducir la degradación de la familia humana y la condenación merecida que la entregaba a la muerte, si conocemos su origen; pero no tenemos derecho de inferir de aquí que Cristo heredase el pecado original y con él la necesidad de morir. Tampoco lo inferiremos respecto de su Madre, porque Dios, que la hizo para su Hijo, la preservó de tan lamentable herencia. Por eso, en la muerte de María, como en la de Cristo, hay una señal cierta que no es estipendio del pecado, *stipendium peccati*, como quiera que una y otra estuvieron exentas de corrupción (No hay contradicción entre estos dos asertos: la muer-

te es consecuencia de la condición de nuestra naturaleza; la muerte es consecuencia del pecado. Es consecuencia de la condición de nuestra naturaleza, porque un compuesto orgánico como el nuestro está sujeto a la descomposición; es consecuencia del pecado, porque el pecado nos hizo perder los dones gratuitos que hubieran eximido a nuestra naturaleza de su corruptibilidad nativa. Estos dones que perdimos en Adán no los hemos recibido nosotros porque nacemos pecadores; no los recibió María porque habia de asemejarse a su Hijo). Pero no adelantemos ideas que pronto expondremos largamente.

**II.** La maternidad divina explica la muerte de la Santísima Virgen. Nos ofrece también indicios bastantes para juzgar de lo que pudo provocar su bienaventurado tránsito. Nuestro Señor no tomó sobre sí todas las miserias físicas, sino aquellas solamente que podían servir a la obra de la Redención. lie aquí por qué, aceptando la muerte, rehusó sus consecuencias humillantes, como son la descomposición y corrupción de la carne. Esta es también la razón por la cual no quiso para sí ni esos achaques del cuerpo, ni esas enfermedades orgánicas que son de suyo camino y preludio de la corrupción del sepulcro (San Thom., 3 p. q. 14, a. 4).

Es conforme a razón creer que tampoco las quiso para su Madre. No podemos representarnos a la Madre de la Vida inclinada bajo el peso de la vejez y de los achaques, triste despojo de sí misma, más semejante a un cadáver que a una persona viviente. En esta degradación del ser humano no podemos reconocer a Aquella cuya virginal hermosura hechizaba al cielo mismo. Con razón nos preguntaríamos, sin dar por la respuesta, cómo habría permitido el Señor que el pecado imprimiese sus vergonzosos vestigios en una carne que nunca fué suya. ¡No!; ni la vejez, ni la enfermedad, con su acción disolvente, separaron el cuerpo de María de su alma inmaculada.

Los Santos Padres, aun cuando no trataron expresamente de esta materia, todavía dejaron traslucir en más de una ocasión cuál era su pensamiento sobre este particular, porque consideran que la muerte de la Virgen Santísima es como un dulce sueño, algo semejante a aquel sopor extático en que Dios sumió al primer hombre cuando formó de su substancia a Eva, la primera mujer (San Andr. Cret., hom. *inDorm.it. S. Mariae*. P. G.. XCVII, 1052). De aquí los términos de *Dormición* y de *Sueño* que emplean casi siempre para denotar su muerte bienaventurada. De aquí las alabanzas con que celebran la radiante hermosura de María moribunda. De aquí estas o parecidas expresiones: Como nosotros, pasó por la muerte; "*pero de un modo muy diferente, excelentemente más noble y levantado*" (Idem, ibíd., 1053. Comúnmente se atribuye a San Juan Damasceno la siguiente proposición: "*Neque partus poenam sensit nec item obitus.*" No es exactamente lo que dice el Santo en el lugar indicado. He aquí sus palabras: "*Hanc Beatissimam quae sine voluptate et viri congressu Dei Verbi personam... concepit, ac pro eo ut decebat, sine doloribus peperit, quaeque totam se cum Deo copulavit; quomodo inferí susciperent; quomodo corruptio corpus illud imaderet a quo vita suscepta est.*" (3 hom. *2 in Dormit*. B. V. M., n. 3. P. G., XCVI, 728.); cosas todas que no se avienen con una muerte vulgar.

Y este género de muerte, sin dolores ni achaques, es tanto más creíble cuanto que todos están unánimes en que la corrupción no tocó el cuerpo virginal de María. ¿Sería esto cierto si la Madre del Señor hubiera tenido que pasar, para morir, como nosotros, por la degradación de su organismo? La fe no obliga a creer este privilegio de María; algunos han dudado de él; pero nosotros no admitiremos jamás, como no sea que la Iglesia nos lo mande, que aquella carne en que Cristo fué concebido sin deleite sensible, en que la concupiscencia no dominó

nunca, pasase por las angustias de la muerte, como toda carne de pecado. Este es el sentir de Suárez (*de Myster. vitae Christi*, D. 21, S. 1). Y mucho nos engañaríamos si no es también el común sentir de los teólogos y de los Santos ("*Crediderim eam* (Mariam Virginem) *non decubuisse lecto more aegrotantium, et qui morbo pressi claudunt hanc vitam* (cum venia pictorum et sculptorum), *cum neque infirmitate rescata credi potuis debeat, neque debilítate, prostrata, sed flexis reverenter genibus, et sublatis in coelum manibus, Ínter orandum acceptissimum Deo spiritum commendasse, quemadmodum Paulum, primum eremitam, obiisse tradit Hieronymus.*" Texto citado según el célebre adversario de Lutero, Josse Clicthoue (Clicthoveus), por Molano, en su historia de las Sagradas Imágenes. Cf L. IIII, 32, en el cual se propone esta cuestión: "*Assumpta beata María, quomodo sit pingenda?*". Muy conocida es la fórmula tan frecuentemente repetida: *Concepta sine peccato, concipiens sine corruptione, pariens et mortua sine dolore*).

**III.** Si no hay que buscar la causa próxima de la muerte de la Santísima Virgen ni en la caducidad de los años, ni en los achaques que la edad lleva consigo, ni en ninguno de esos accidentes que introducen el desorden en las fuentes mismas de la vida, ¿a qué hemos de atribuirla? El bienaventurado **Alberto Magno** va a respondernos: "*Creemos que murió sin dolor, y de amor*" (*super Missus est*, q. 132. Opp., t. XX, p. 89). Así lo da a entender el autor del sermón sobre la Asunción, inserto entre las obras de **San Jerónimo** (*Mantissa*, ep. 9, n. 13. P. L., XXX, 136); así, en tiempos más cercanos a los nuestros, el piadoso Abad Guerrico y Ricardo de San Lorenzo(Guerric., *in Assumpt*.. serm. 2. P. L., CLXXXV. 190, sqq.), **San Francisco de Sales y San Alfonso Ligorio**, por no citar a otros muchos teólogos y escritores ascéticos (San Franc. de Sales, *Trat. del amor de Dios*, L. VII, c. 13 y 14; San Alfonso, *Glorias de María*, primer disc. sobre la Asunción, segunda parte).

A fin de entender mejor esta muerte, hase de notar, ante todo, la diferencia que hay entre estas tres expresiones: morir en amor, morir por amor, morir de amor. Morir en amor es la dicha común de los amigos y elegidos de Dios, puesto que morir sin caridad sería morir sin gracia. Morir por amor es dar la vida por un fin de caridad, como hicieron los mártires, o, por lo menos, referir su muerte por una actual aceptación al amor de Dios. Morir de amor es tener por causa próxima de la muerte al amor mismo; al amor, de quien dice el *Cantar de los Cantares* que es fuerte como la muerte (Cant., VIII, 6).

Que María murió en el amor de Dios, sería blasfemia y locura el dudarlo. Nadie ha negado tampoco, entre los cristianos, que muriese por amor. ¿Podía Nuestro Señor negar a su Madre un privilegio que concedió a tantos Santos? Y el fuego del amor, que estuvo encendido día y noche en el altar de su corazón, ¿iba a disminuir o apagarse en el punto mismo en que la visión beatífica había de comunicarle nuevos ardores?

Aun algunos llegaron a decir que María murió no sólo en el ejercicio actual del amor, sino también, como los mártires y como su Hijo, el Rey de los mártires, por la defensa y el reino del amor. Hasta afirmaron que padeció el martirio de sangre, tomando por una espada material aquella que, según la profecía de Simeón, había de atravesar su corazón de Madre (San Ambrosio refutó con una sola palabra esta extraña opinión:"*Nec littera nec historia docet ex hac vita. Mariam corporalis necis passione migrasse: non enim* ***anima****, sed* ***Corpus*** *materiali gladio transverberatur.*" (In Luc., L. II, n. 61. P. L., XV, 1574)). Sabemos que este vaticinio se cumplió de otro modo, y cómo María, en el Calvario, sufrió por amor un dolor capaz de ar-

rancarle mil veces la vida, si la mano de Dios no la hubiera sostenido. Esto basta para que muriese por amor.

Pero era necesario también que muriese de amor. Del amor había de venir el golpe que cortase los lazos que unían su alma con su cuerpo, o mejor dicho, que los desatase por algún tiempo. "*Es imposible imaginar que esta verdadera Madre natural del Hijo muriese de otra clase de muerte que de la del amor, muerte la más noble de todas y debida, por tanto, a la vida más noble que hubo entre las criaturas; muerte de la cual los mismos ángeles desearían morir, si fuesen capaces de muerte*", ha dicho San Francisco de Sales. Y **Suárez** escribe, en términos equivalentes: "*Aunque la Virgen Santísima no muriese de enfermedad corporal alguna, cierto es que murió; pero murió por virtud de su amor, de sus ardientes deseos y de su altísima contemplación*" (Suárez, *de Myster. vitae Christi*, D. 21, S. 1).

En lo cual nada hay que pueda parecer inverosímil a quien piense en la inmensidad del amor de esta Santísima Madre hacia Jesús, su Hijo y su Dios. Lo extraño y admirable es que pudiera vivir tanto tiempo separada de Él. En otro lugar dijimos los admirables efectos que el amor de Dios ha producido en el corazón y en el cuerpo de los Santos (La dévotion au Sacré Coeur de Jésus, L. III, 2); en un San Estanislao, que tiene que moderar con agua helada el fuego divino que ardía en su pecho, y que sucumbió más por sus ardores que por la fiebre ("Amore verius quam febri aestuans." (6* lección de su Oficio.)); en una Santa Teresa, que muere porque no puede morir, y, finalmente, es arrebatada no tanto por la violencia de la enfermedad como por el intolerable incendio del amor divino ("*Intolerabili divini amoris incendio potius quam vi morbi.*" (6° lección del Breviario en su fiesta.)), y en tantos otros de quienes pudiéramos narrar maravillas semejantes.

Si estos efectos tiene el amor en los amigos de Dios, ¿cuál no sería su influencia en su propia Madre, puesto que el amor de los Santos no era, en comparación del de María, más que una chispa al lado de una hoguera? Por esto los Santos ponen en boca de la Virgen Santísima este llamamiento de la Esposa del *Cantar de los Cantares* (V, 8): "*Conjúroos, hijas de Jerusalén, que si halláis a mi Amado le digáis que languidezco de amor.*" Y en otro lugar: "*Sustentadme con flores, fortalecedme con manzanas, porque desfallezco de amor*" (II, 5). Después, volviéndose al Amado, le dice, con la Esposa: "*Vuelve, vuelve, Amado; aseméjate* (por la rapidez de tu carrera) *al cabritillo y al cervato*" (II-17). Tanta es la vehemencia del deseo que la aguijonea; tan crueles les son los años de separación.

Por lo cual, dice elocuentemente **Bossuet**, "*no busquéis otras causas de la muerte de la Virgen Santísima. Su amor era tan ardiente, tan fuerte y tan inflamado, que no lanzaba un suspiro que no fuese bastante a romper todos los lazos de su cuerpo mortal; no tenía un sentimiento que no fuese capaz de disolver su armonía; no enviaba un solo deseo al cielo que no bastase por sí solo para llevarse detrás al alma. Os dije, cristianos, que su muerte es milagrosa, y casi me arrepiento de haberlo dicho así; su muerte no fué un milagro, sino antes la cesación de un milagro. El milagro continuo fué que María pudiese vivir separada de su Amado. Vivía, sin embargo, porque ésa era la voluntad de Dios... Pero, como el amor divino reinaba en su corazón sin obstáculos, iba de día en día aumentándose sin cesar, por el ejercicio, y creciendo por sí mismo; de suerte que llegó, por fin, dilatándose siempre, a tal perfección, que la tierra no era ya capaz de contenerlo. Así, no hubo otra causa de la muerte de María que la vivacidad de su Amor*" (primer serm. de la Asunción, segundo punto. Cf. P. Poiré, *Triple corona de la Virgen María*, I rat., c. IX, § I).

Pero no nos imaginemos esta muerte causada por uno de esos violentos asaltos de amor que trastorna de alguna manera todo el ser exterior y sensible. Nadie ha explicado mejor la diferencia entre el amor de esta divina Madre y el de los Santos que **San Francisco de Sales**: "*Por regla general* —escribe—, *los Santos que murieron de amor sintieron gran variedad de accidentes y síntomas de dilección antes de llegar al tránsito: anhelos, asaltos, éxtasis, desfallecimientos, agonías... Pero nada de esto sucedió en la Santísima Virgen... El amor divino crecía a cada momento en el corazón de nuestra gloriosa Señora; pero con aumentos dulces, tranquilos y continuos, sin agitación, ni sacudidas, ni violencia alguna.*" Era su amor como una bella aurora, que va creciendo en claridad, mas tan igualmente, que se pueden distinguir cada uno de sus aumentos.

El santo Doctor ve la razón de esta diferencia en las disposiciones del alma. En los otros Santos, el amor, por muy perfecto y dueño que sea, tropieza con resistencia. Es un río cuyas aguas hierven y se agitan al dar con obstáculos que se oponen a su corriente. Pero en María todo favorecía el amor celestial, porque su reino estaba tan perfectamente ordenado, que las facultades mismas de la naturaleza inferior no sólo no contrariaban el ejercicio de las virtudes, sino que se doblegaban dócilmente a las operaciones del santo amor y no tendían sino a servirle.

Creyérase uno de esos hermosos ríos cuya poderosa masa de agua se desliza por un lecho de arena, dulcemente movida por su propio peso (Cf. *Trat. del amor de Dios*, L. VII, c. 14). Conforme ya notamos, cuanto más se acercan los Santos a su final perfección menos frecuentes son en ellos los hechos extraordinarios, como raptos y éxtasis sensibles. Asimismo, dejamos ya explicado por qué María, más que ningún otro Santo, tenía que estar exenta de fenómenos violentos.

A las razones que entonces dimos y a las que acaba de darnos San Francisco de Sales, puédese añadir aún esta otra: que la desproporción habitual de la flaqueza de la criatura respecto de la operación de Dios va disminuyendo a medida que las almas privilegiadas se acercan más a su término. Como cada vez se adaptan más a lo divino, los más altos favores no las sacan ya fuera de sí mismas, ni las asombran ni las arrebatan. Cierto que tienen éxtasis, y tanto más sublimes cuanto es más perfecto el conocimiento y más intenso el amor; pero todo para en la parte superior del alma, y las regiones inferiores del ser humano no reciben ya esas fuertes repercusiones que las paralizan o las conmueven. Así, para tomar otro ejemplo más de la vida de Nuestra Señora, la vemos en el Calvario, en pie, junto a la cruz de Cristo, "*en el más ardiente y doloroso exceso de amor que se puede imaginar*", y, sin embargo, "*no desfallecerá ni de amor, ni de compasión, pues aun cuando el acceso fué extremado, fué también igualmente fuerte y dulce a un tiempo, poderoso y tranquilo, activo y pacífico, compuesto de un calor ardiente y agudo, pero suave*" (Idem, ibíd).

Sería, por otra parte, desconocer la perfección de María el imaginársela toda absorta en el deseo de ir a juntarse con su Hijo, sufriendo impaciente los obstáculos que la separaban de Él, no suspirando más que por la muerte y llevando con mal resignada angustia el peso de la vida terrestre. La gran **Santa Teresa**, hablando de la vida nueva que el alma halla en la *última morada*, es decir, de esa vida que consuma en este mundo la unión del alma con Dios, escribe esta notables palabras:

"*Lo que más me espanta de todo es que ya habéis visto los trabajos y aflicciones que han tenido por morirse, por gozar de Nuestro Señor, ahora es tan grande el deseo que tienen de servirle, y que por*

*ellas sea alabado, y de aprovechar algún alma si pudiesen, que no sólo no desean morirse, mas vivir muchos años padeciendo grandísimos trabajos, por si pudiesen que fuese el Señor alabado por ellos, aunque fuese en cosa muy poca. Y si supiesen cierto que en saliendo el alma del cuerpo ha de gozar de Dios, no les hace al caso, ni pensar en la gloria que tienen los Santos: no desean por entonces verse en ella. Su gloria tienen puesta en si pudiesen ayudar en algo al Crucificado, en especial cuando ven que es tan ofendido, y los pocos que hay que de veras miren por su honra, desasidos de todo lo demás*" (*El castillo interior*, morada 7, c. 3). Tales eran, igualmente, los sentimientos de San Ignacio de Loyola hacia el fin de su vida, esto es, en el apogeo de su santidad. Más quería, solía decir, quedarse en el mundo con la incertidumbre de su salvación, que morirse seguro de la eterna bienaventuranza si, viviendo, pudiese conquistar para Dios mayor número de almas. Ahora bien; la gloriosísima Virgen sabía de cierto que su presencia era por extremo útil a la Iglesia naciente; no ignoraba tampoco la voluntad de su Hijo, que la había dejado en el mundo para que fuese consoladora, modelo y madre de los hombres. Así, de todo corazón aceptaba la carga y las dilaciones, deseosa únicamente de cumplir la misión que el amor de Cristo hacia su Iglesia la había encomendado.

Con todo, el amor de María, tanto más fuerte cuanto más pacífico, fué desligando insensiblemente los lazos que unían su bienaventurada alma con su cuerpo inmaculado, y cuando resonó en los oídos de la Madre la voz del Hijo, que decía:"*Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven*" (Cant., II, 10).Entonces, por virtud de la poderosa y dulce atracción del amor de María hacia Jesús y del amor de Jesús hacia María, el alma se desprendió del cuerpo como una fruta ya madura, que la más ligera sacudida hace caer del árbol; como el vapor odorífero que, bajo la acción de un calor dulce y templado, se escapa de una composición de mirra e incienso (Cant., III, 6). Así murió la Virgen Santísima, en un impulso de amor divino, sin sacudidas, sin violencias, sin dolor, y "*su alma fué llevada al cielo sobre una nube de deseos sagrados*" (Bossuet); porque la muerte, lejos de interrumpir ni un instante su amorosísima contemplación, sólo sirvió para transformarla más dichosamente en la inmutable contemplación intuitiva, en la suprema fruición de la eternidad.

Esto expresaba con gran acierto un piadoso escritor de la Edad Media: "*El espíritu de la Virgen Santísima, en la hora misma de su muerte, estaba como suspendido en suavísima contemplación, y su corazón, ardiendo todo en el dulcísimo amor de Cristo, y un tranquilo e inefable desfallecimiento, se fué apoderando de sus miembros, hasta que, sin experimentar dolor alguno, sin interrumpir su contemplación, su alma santísima se desató de su cuerpo virginal*" (Pelbart de Themeswar, *Stellar*, L. X, p. 1, a). Su muerte fué el triunfo del amor; pero más aún el triunfo de la maternidad divina, porque, si nos remontamos hasta el origen, a su maternidad debió el privilegio de haber sido preservada de los humillantes achaques con los cuales termina la vida de los hombres, y también este otro privilegio, más glorioso todavía, de no morir sino a manos de la caridad divina.

Antes de terminar este capítulo creemos será grato a nuestros lectores que traslademos aquí un discurso en que uno de los mejores amigos de San Bernardo, el Abad Guerrico, refiere esta muerte de amor que hizo pasar a María de la tierra al cielo, de la prueba a la gloria. Después de haber propuesto el texto de la plática familiar que dirige a sus religiosos: "*Hijas de Jerusalén, decid a mi Amado que desfallezco de amor*" (Cant., V, 8), el piadoso Abad comienza con una reflexión que será útilísimo recordar, así cuando leemos esta clase de elogios como cuando nosotros mismos nos entregamos a la contemplación de los misterios de Nuestro Señor y

de su Madre Santísima: "*Quiero meditar con vuestra caridad cómo estas palabras del* ***Cantar de los Cantares****, que hemos cantado en el Oficio de la noche, puede adaptarse a la Asunción de la Virgen. Para mejor explicarlo, haré de un modo de hablar frecuente entre los escritores de letras profanas, y aun de letras sagradas, sobre todo cuando interpretan el* ***Cantar de los Cantares****, de donde he tomado mi texto. En este estilo, aunque se respeta la substancia de las cosas, se permite una cierta libertad en los pormenores. Así, no tanto se procura referir exactamente lo que se dijo o se hizo como desarrollar el asunto imaginando lo que se hubiera podido decir o hacer, y aun lo que verosímilmente podía estar en el pensamiento de todos loe actores de la escena, aunque, en realidad, nada semejante se haya dicho ni hecho*" (El autor de las meditaciones sobre la Vida de Cristo, atribuidas a San Buenaventura, aconseja un método semejante a los que quieran contemplar con él loa misterios de Nuestro Señor y de su Madre: "*Si quieres* —dice en el prólogo— *sacar algún fruto de estas meditaciones, considérate tan presente a lo que te contaré de las palabras y acciones del Señor, como si lo vieras con tus ojos y lo escucharas con tus oídos...*" Y más adelante, meditando la huida a Egipto (cap. 12), después de haber imaginado devotamente las circunstancias más propias para hacer gustar los padecimientos y las virtudes de los Santos fugitivos, añade : "*Puedes meditar lo que acabo de exponer y otros asuntos de la infancia de Jesús. Yo no hago más que indicarlo; explánalo tú y aplícatelo como mejor te pareciera. Hazte pequeño con el pequeño Niño Jesús, y no te desdeñes de hacer sobre Él consideraciones tan humildes que puedan parecer pueriles. Porque todas estas cosas dan devoción, encienden el fervor, excitan la compasión.,., alimentan la familiaridad con Jesús...*").

Hechas estas advertencias, nos presenta el autor a María modestamente recostada, por causa de la humana flaqueza, en su humilde y pobre camilla, y los ángeles que, descendiendo en forma humana, como antaño Gabriel en Nazareth, le preguntaban respetuosamente porque no la veían ya visitar, como solía, los lugares de la Pasión de su Hijo. "*Es* —responde Ella— *que desfallezco.*" Y como de nuevo le preguntan sobre las causas de aquel desfallecimiento y cómo podía sentir semejante achaque en un cuerpo donde se había albergado la Salud del mundo, la Virgen les recuerda los padecimientos de su Hijo y su dolorosa Pasión: "*¿No escribió de Él Isaías:* ***"Tomó sobre sí nuestras enfermedades y llevó nuestras flaquezas?"*** (Isa., LIII, 4; Matth., VIII, 17). *¿Cómo podré quejarme de que no dé a mi cuerpo lo que no quiso para el suyo? No soy ni tan delicada, ni tan altiva, que no pueda o no quiera padecer alguna cosa de lo que Él mismo padeció... Mas, para que no os cause extrañeza mi desfallecimiento, sabed* ***que desfallezco de amor****. ¡Sí!; no es tanto el padecimiento de mi cuerpo como la vehemencia de mi amor lo que me hace defallecer; no es tanto la enfermedad la que me postra cuanto la caridad que me hiere.*"

Y los ángeles le ruegan que les diga cómo podrían ayudarla: "*Hijas de Jerusalén* —responde María—, *id y decid a mi Amado que desfallezco de amor.*" "*Pero tú sabes, ¡oh, Virgen!, que con tener Él toda ciencia pregunta muchas cosas, como si las ignorase. Si nos pregunta qué remedio deseas para tu herida, ¿qué hemos de responderle?*" "*Vosotros sois los amigos del Esposo* —replica la Virgen—; *no tengo por qué ocultaros el misterio. Que me bese con el beso de su boca...* (Cant., I, 1).*Cuando lo tenía, pequeñito, en mis brazos, podía, según mi deseo, besar en Él al más hermoso de los hijos de los hombres; nunca volvía su rostro, nunca rechazaba a su madre... De entonces acá ha crecido en gloria, en majestad; pero es siempre la misma dulzura y la bondad misma... No desdeñará a la Madre que escogió, ni cambiará, por un nuevo juicio, la eterna elección que hizo de mí.*" Y Gabriel le responde al punto: "*No temas, María, porque tú hallaste gracia delante del Señor.*"

Los ángeles, desplegando sus alas, vuelan hasta el trono de Jesús para comunicarle el deseo ardentísimo de su Madre. "*¿No oís la voz del Señor, que responde a esta petición maternal?*

*Yo soy quien mandó a los hijos honrar a su padre y a su madre; yo quien, para cumplir lo que enseñaba, bajé del Cielo para glorificar a mi Padre, y después volví a Él para preparar un lugar, un trono de gloria a mi Madre. ¡Ven, pues, elegida mía, y haré de ti mi trono! En ti estableceré mi real morada...; por ti escucharé las oraciones.*

"*Nadie me sirvió como tú en mis dolores; te debo el ser hombre, y me doy a ti como Dios. Tú me pedías un beso de mi boca;* ***tota de toto osculaberis*** ("*Hodie toto amplexu nunquam abrumpendo toti sponso Beata conjungitur.*" (Gerson, tr. 4, *super Magníficat.* Opp. IV, 286)). *No me bastará ya imprimir mis labios sobre tus labios; un beso perpetuo, indisoluble, unirá tu espíritu con mi espíritu; porque mucho más de lo que tú has suspirado por mi hermosura he deseado yo la tuya; y no me creeré bastante glorificado mientras tú misma no estés glorificada conmigo*" (Guerric., abb., serm. 2 *de Mutuo amare J. et M.* P. L., CLXXXV, 190-193).

## CAPITULO 2

### Certeza del misterio de la Asunción

**¿Pertenece a aquellas verdades que la Iglesia puede definir como dogma de fe, según la Sagrada Escritura y la Tradición? Algunas palabras sobre los libros apócrifos del *"Tránsito y del Sueño de la Bienaventurada Madre de Dios"*.**

I. No entra en el plan de esta obra el estudiar minuciosamente todas las razones sobre las cuales está basada la común, antigua y piadosa creencia de la Asunción corporal de la gloriosa Virgen María. Lo que aquí principalmente pretendemos, como en todos los puntos de esta obra, es mostrar el encadenamiento de este privilegio con la divina maternidad. Con todo, no carecerá de utilidad e interés el mostrar en algunas páginas la certeza de este misterio y las bases principales sobre que se funda esta certeza.

Digamos, ante todo, que la Asunción, es decir, la resurrección anticipada de María y su entrada triunfal en el Cielo, con su carne viva y glorificada, aunque no es aún dogma de fe, no puede ser negada ni puesta en duda sin incurrir, por lo menos, en la nota de insigne y condenable **temeridad**.

Nace este grado de certidumbre del consentimiento unánime de los teólogos, desde los orígenes de la Escolástica; consentimiento que sería inexplicable si no reflejase la doctrina de la Iglesia y si de ella no proviniese. Nace también del consentimiento, aún más unánime, si cabe, de todos los fieles extendidos por el universo. Nace de la autoridad de todas las liturgias cristianas, que celebran en la fiesta del **Tránsito**, de la **Dormición** y de la **Asunción** de la Madre de Dios, no sólo su dichosa muerte y la glorificación de su alma santísima, sino también el doble privilegio que esta Virgen recibió en su cuerpo, privilegio de exención de la corrupción común y privilegio de participar sin demora de la resurrección, que para los demás se difiere hasta la consumación de los tiempos. Nace, por último, del testimonio moralmente universal de los Santos Padres y de los escritores eclesiásticos, que desde el siglo VI hasta nuestros días han celebrado a porfía este glorioso misterio.

No pondremos aquí los textos que confirman estas aserciones, porque los habremos de citar después en este estudio sobre la Asunción. Por otra parte, pueden hallarse en gran can-

tidad en Passaplia, *de Inmac. Deip. Conceptu*, S. 6, c. 6, a. 1, n. 1.465, sqq.; Jannucci, *de Deiparentis Assumpt*. (Taurini, 1884): Trombelli, *Vita Deiparae*, Diss. 45; Benedicto XIV, *de Festis*..., L. II, p. 8, etc.

Tal es la multitud, la antigüedad, la autoridad de estos testimonios, que cuando se celebró el último Concilio ecuménico, cerca de doscientos venerables Padres (otros dicen que trescientos) firmaron diversas peticiones para pedir a la augusta asamblea que la Asunción de María fuese, como su Concepción inmaculada, inscrita entre los dogmas de la fe. Desde entonces, muchos graves teólogos han procurado, con sabios trabajos y obras, uno, probar que este misterio está maduro para la definición dogmática, y otros, que esta definición sería feliz complemento del ciclo de prerrogativas de la Virgen impuesta por la Iglesia a la creencia de los católicos.

El punto principal no es ya saber que la Asunción es de indudable certeza, sino probar que en ella se cumple la condición fundamental esencialmente requerida para que una verdad sea colocada por el Magisterio en el número de los dogmas de la fe; en otros términos, que este misterio está verdaderamente contenido en el depósito de la divina revelación. Cierto que, según demostraremos con toda evidencia, se deduce, a modo de corolario natural de varias verdades reveladas; pero, a juicio de los teólogos, tal vez de los más y de los más graves, el que una verdad sea consecuencia lógica de otra verdad formalmente contenida en el depósito de la revelación no basta para que sea objeto de una definición estrictamente dogmática. Puede ser auténticamente propuesta como verdadera, mas no como revelada por Dios y, por consiguiente, no como un dogma de la fe católica. La creemos fiando en la palabra de la Iglesia; no podremos creerla fiando**inmeditamente** en la palabra de Dios.

Hay teólogos a quienes no detiene esta dificultad, como quiera que están persuadidos de que las consecuencias inmediatas y ciertas que resaltan de la revelación deben ser consideradas como partes de la palabra de Dios, por lo menos cuando el autor de la revelación preveía que serían naturalmente deducidas de dicha revelación. Sea como quiera, tal vez no fuese preciso entrar en esta controversia si pluguiese a Dios que la Asunción corporal de su Madre se estudiase en orden a su definición. Dos caminos se ofrecen: el de la Sagrada Escritura y el de la tradición, para llegar al apetecido resultado.

**II**. El de la Sagrada Escritura. No hablan, ciertamente, de este misterio en términos explícitos los Libros Sagrados; pero lo que no nos revelan explícitamente, ¿no nos lo dicen implícitamente? ¿No sucede con la Asunción de María como con su Concepción? Si buscáis esta última en la Sagrada Escritura, ¿dónde la halláis significada en términos expresos? Pero lo que no está expresado con fórmulas explícitas puede estar implícitamente contenido en otras verdades formuladas con claridad. Sondead estas últimas verdades; poned en plena luz lo que llevan en cierto modo escondido en su seno, y veréis cómo aparecen otras verdades más o menos veladas hasta entonces. Así, la inmaculada Concepción de María estaba, a juicio de los Padres ("*Doctrinam judicio Patrum divinis Litteris consignatam*", dice la bula Ineffabilis),implícitamente comprendida en su plenitud de gracia y, por consiguiente, revelada por Dios en ella y por ella. ¿No se podría decir que la Asunción corporal de la Virgen está también contenida del mismo modo en el depósito de la revelación escrita? No toca a nosotros el resolver magistralmente tan alta cuestión. Señalemos, sin embargo, dos textos de la Sagrada Escritura que, bien interpretados, podrían encerrar la Asunción de María. Es el primero de

ellos la salutación angélica: "*Dios te salve, llena de gracia; bendita eres entre las mujeres.*"El Papa Alejandro III, en una carta al Sultán de Iconio, en la que exponía a este príncipe infiel los principales artículos de la fe cristiana, decía, hablando de María:"*Concibió sin rubor, parió sin dolor y pasó de este mundo al Cielo sin corrupción, según la palabra del Angel, o, mejor dicho, según la palabra traída de Dios por el Angel, a fin de que apareciese* ***llena****, y no* ***semillena*** *de gracia*" ("*Maria concepit sine pudore, peperit sine dolore, et hinc migravit sine corruptione, juxta verbum Angelí, imo Dei per Angelum, ut plena, non semiplena gratiae probaretur.*" (Ep. 22. Labb. XXI. p. 898 (ed. Mansi). Estas palabras del Papa son muy dignas de notar. No prueban solamente el grado de certidumbre que atribuía a este misterio, sino que indican además el tesoro evangélico en donde, según el Pontífice, está contenida esta prerrogativa de la Virgen María. En efecto, si tiene la plenitud de gracia, ¿por qué negarle esta gracia insigne, entre tantas otras?

"*Los testimonios* —escribía Suárez— *que proclaman a la Virgen Santísima* ***llena de gracia****, según la universalidad de los comentarios, incluso el de Santo Tomás, encierran todos los privilegios y todos los dones de gracia que, según la recta razón, convienen a la Madre de Dios. Y así, los Padres y los teólogos los han juzgado suficientes para demostrar la santificación de la Virgen en el seno de su madre y su preservación de toda culpa personal. Luego, con el mismo título se ha de ver incluida también en ellos la prerrogativa de una Concepción inmaculada*"(Suárez, *de Myster. vitae Christi*, D. 3, S. 5. *Possumus ergo primo*). ¿Por qué no podríamos nosotros decir también: luego, con el mismo título ha de verse incluida en esos testimonios la prerrogativa de la Asunción corporal?

Y esta conclusión parece imponerse con nueva fuerza, cuando se meditan las otras palabras: "*Bendita eres entre* (sobre) *las mujeres*"; porque esta última expresión, como no se quiera restringir arbitrariamente su significación, aparta de María toda maldición lanzada contra la **mujer**, ya se mire ésta como miembro de la familia humana, ya se la considere en su particular condición de mujer, y, por consiguiente, también la maldición que la condenaría a la corrupción del sepulcro.

Al llegar aquí preguntará quizá alguno: ¿Cómo los Santos Padres pudieron saber que esta plenitud **indeterminada** de gracias y esta bendición tan particular encerraban el privilegio determinado que afirmamos de María, puesto que en el texto evangélico nada lo indica, ni ellos tuvieron sobre este punto una relación nueva? Dando de lado, por un momento, a las tradiciones apócrifas, de que luego hablaremos, respondemos: Los Santos Padres sabían que había que mirar como parte de la gracia universal atribuida por el Ángel a María, y, por consiguiente, como implícitamente revelados en ella, varios privilegios que la maternidad divina requería; por ejemplo, la impecabilidad y la exención de toda concupiscencia. Supuesto este conocimiento, ¿no era natural pensar que la gracia de pasar por la muerte sin sentir sus estragos, era también elemento parcial de la plenitud, donde estaban contenidos los otros privilegios? Porque este privilegio era, como aquellos, una gracia, y como las otras gracias convenía a la Madre de Dios, pues no dejaba de ser, como las otras, una **bendición** que apartaba a María totalmente de la maldición común.

Pero se insistirá, diciendo: El texto evangélico no es tan claro de suyo que el privilegio de la Asunción corporal aparezca con certeza absoluta incluido en la plenitud de gracias, afirmada por Gabriel, de María. Cierto; pero esto mismo se objetaba a propósito de la inmaculada Concepción. Entonces se respondía, y con razón: si la verdad de esta gracia no fuese conocida por otra parte, quizá sería violento, casi imposible, el mostrar por ese único texto que tal verdad pertenecía al depósito de la revelación; pero, presupuesta ya como cierta la Con-

cepción inmaculada, ¿cómo no reconocerla en la plenitud de gracias, como parte principal de un todo?

Respondíase también, con no menos razón: verdad es que con nuestras propias luces no podemos penetrar tan adentro en el texto evangélico que descubramos todo lo que en él se contiene. Pero los Santos Padres y los Doctores señalaron con frecuencia la Concepción sin mancha de María como una de las joyas que forman su plenitud de gracia y la sobreexcelencia de su bendición. Por consiguiente, es revelada de Dios, no en una proposición particular, sino en una afirmación general; en otros términos: no explícitamente, sino implícitamente (S. Thom., opuse, in Salut. Ang.).

He aquí, decimos, lo que se respondía cuando se trataba de la Concepción de María. Ahora bien; esta misma respuesta cuadra maravillosamente a su gloriosa Asunción, porque, aun prescindiendo del texto evangélico, debemos tenerla por cierta, porque nuestros Padres y nuestros Doctores la vincularon, del mismo modo que la exención de la culpa original, a la plenitud de gracias y de bendiciones con las cuales el Verbo enriqueció a la Virgen, su Madre.

Vengamos ya al segundo texto de la Escritura, donde parece estar implícitamente revelada la Asunción corporal de la Madre de Dios. Es también uno de los que se invocaban en favor de su Concepción inmaculada. Nos referimos al célebre texto del Génesis, que con tanta razón se ha convenido en llamar el Proto-evangelio:"*Pondré enemistades entre ti* (la serpiente engañadora) *y la mujer, entre tu descendencia y la suya, y ella quebrantará tu cabeza*" (Gen., III, 14-15). Que sea cuestión aquí del Redentor y de su Madre, lo damos por supuesto, pues hemos de probarlo sobre-abundantemente en otro lugar de esta obra. Así, pues, enemistad perpetua entre la serpiente y la mujer y el hijo de la mujer; triunfo completo de éste sobre aquélla, es decir, del Cristo Salvador sobre el diablo, simbolizado en la serpiente.

¿Y en qué consiste el triunfo de Cristo? La Escritura nos responde en términos de claridad meridiana: "*El Hijo de Dios apareció en el mundo para destruir en él la obra del diablo*" (I Joan., III, 8), y lo que vino a hacer, lo hizo. Este fué su triunfo. Pero ,¿cuáles son esas obras del diablo que Cristo vino a destruir? El pecado, ante todo; pero después del pecado, la concupiscencia y la muerte, dos consecuencias y dos frutos del pecado; obras del diablo también, puesto que una y otra entraron en el mundo por el pecado.

Cuales fueron las victorias del Hombre-Dios sobre ese triple enemigo, dícenoslo la Sagrada Escritura: "*He aquí* —dice el Precursor— *el Cordero de Dios; he aquí el que quita el pecado del mundo*" (Joan., I, 29). Cristo, vencedor del pecado, lo es también de la concupiscencia: "*Infeliz de mí* —exclama el Apóstol—, *¿quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo, Nuestro Señor*"(Rom., VII. 23, 25). Y la muerte también será destruida; la muerte, el último de los enemigos; porque el Padre puso todas las cosas debajo de los pies de su Cristo (I Cor., XV, 26). Por lo cual, el Apóstol, contemplando esta victoria final que, en cierto modo, comprendía todas las otras, entona un canto de triunfo: "*¡Oh, muerte!, ¿dónde está tu victoria? ¡Oh, muerte!, ¿dónde está tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado, y la fuerza del pecado, la Ley. Así, gracias sean dadas a Dios, que nos ha dado la victoria (completa y total) por Jesucristo, Nuestro Señor*" (Ibídem., 65, sqq.)

Todos los hombres están llamados a participar del triunfo del nuevo Adán, y todos participan de él, bien que en medida diferente. Y así, escribe San Pablo a los romanos: "*Que el Dios de la paz quebrante pronto a Satanás debajo de vuestros pies*" (Rom., XVI, 20). Pero, ¿cuál será

la parte de la Mujer, es decir, de María, en esta triple victoria de Cristo? La mayor, después de la de Cristo, puesto que ella se nos presenta en el vaticinio mesiánico singularmente asociada a Cristo, como enemiga perpetua de la serpiente, como Madre del Triunfador sobre el diablo (Esto es lo que ha hecho aceptar la variante del texto de la Vulgata, "*Ipsa conteret caput tuum*", en lugar de la lección original: "*Ipsum* (*semen mulieris*) *conteret caput tuum*").

Así, pues, ni el pecado, ni la concupiscencia, ni la muerte tendrán imperio sobre Ella, como tampoco lo tuvieron sobre Cristo, su Hijo. Es una conclusión cuya verdad nos está ya demostrada por la fe, en cuanto al pecado y a la concupiscencia, puesto que esta Bienaventurada Madre fué preservada de toda culpa, así original como personal, como quiera que, siendo siempre Virgen inmaculada, nunca sintió ni rebelión, ni atractivo desordenado de la concupiscencia. Así, pues, **por iguales títulos**, la exención del **estipendio** del pecado, es decir, **de la muerte**, forma parte de su triunfo. Morirá, sin duda, como su Hijo; pero no será su muerte obra del demonio; no será su muerte esa que lleva a la descomposición del cuerpo y se prolonga en el sepulcro hasta el día de la resurrección universal, porque esta muerte es castigo del pecado, compañera inseparable de la concupiscencia.

Fácil sería demostrar que los Santos Padres leyeron en ese primer vaticinio mesiánico el triunfo singular de María, no sólo sobre el pecado, sino también sobre la muerte. ¡Cuántas veces, conforme veremos en su lugar, vieron en María a la nueva Eva, aquella en quien todos serán **vivificados**, así como todos murieron en la primera y por la primera! ¡Y cuántas veces recuerdan ese texto, celebrando la triunfante Asunción! Así, pues, para concluir, no parece en modo alguno fuera de razón el tener la Asunción corporal de María por verdad comprendida, implícitamente al menos, en el depósito de la revelación escrita (Véase la *Civitá Cattolica*, ser., t. VIII, pp. 567, sqq.), y, por tanto, apta para ser propuesta a la fe de los cristianos como fundada en el testimonio escrito del mismo Dios.

**III**. Vemos, por lo que precede, que la tradición sería un auxilio poderoso, por no decir indispensable, a la demostración escrituraria. ¿Bastaría, por sí sola, sin necesidad de acudir, al menos directamente, a la revelación escrita, para asentar una definición? En otros términos: ¿tiene el grado de antigüedad, de universalidad, de claridad requerido para juzgar que la Asunción corporal de María pertenece al depósito confiado por Nuestro Señor a los Apóstoles, y por los Apóstoles a la Iglesia? Así lo creen muchos teólogos, y ese era también el sentir de muchos Padres del Concilio Vaticano, los cuales pidieron a esta insigne Asamblea que definiese como dogma este privilegio de María (Prueba de esto que decimos es el *Postulatum*, que circuló en el Concilio y que fué cubierto de muchas firmas. En el dicho documento, después del Protoevangelio (Gen., III, 15), se leía: "*Insuper, de hac Inmaculatae Virginis resurrectione et in caelos assumptione, uti ex concordi Majorum consensu, et constanti, publico, solemnique cultu evincitur, antiqua est utriusque Ecclesiae Traditio ad quam servandam rei manifiesta cohaerentia cum aliis beatae Virginis praerogativis, carentia reliquiarum, supulcrumque corpore virgíneo vacuum cospirabant.*").

En efecto, si remontamos el curso de las edades, hallaremos una tradición muy expresa y muy general, a lo menos hasta la segunda mitad del siglo VI. En aquella época, casi toda la Iglesia celebraba ya la Asunción como una fiesta principal de la Virgen, y monumentos litúrgicos, incontestables prueban que tal fiesta tenía por objeto la Asunción corporal. Ahora bien: si toda la Iglesia, en la segunda mitad del siglo VI, celebraba con unánime concierto la Asun-

ción de la Madre de Dios, claro es que de más atrás ha de arrancar la institución de la fiesta y, por consiguiente, la creencia explícita en ese misterio. Sin embargo, debemos confesar que no tenemos ningún monumento anterior, de valor **incontestable**, que baste a**demostrar** que los cristianos de las edades precedentes enseñaban y creían explícitamente la prerrogativa en cuestión. Pero esto mismo no prueba que fuese universalmente ignorada.

Hay sobre este particular un pasaje notable de San Juan Damasceno. Este gran Doctor, que fué, como sabemos, uno de los más ilustres panegiristas de María, habla, en una de sus homilías, **de una antigua y muy verídica tradición**, muy anterior al Concilio de Calcedonia, y que el Santo debió de tomar de la Historia de Eutimio (Euthymiaea Historia, L. III, c. 40). Daremos primero el relato del Santo, y después añadiremos algunas reflexiones que suscita:

"*Más arriba dijimos cómo Santa Pulquería edificó varias iglesias en Constantinopla. Una de ellas fué magníficamente construida en las Blanquernas, durante los primeros años del reinado de Marciano, de feliz memoria, en honor de la gloriosísima y santísima y siempre Virgen María, Madre de Dios. Marciano y Pulquería deseaban ardientemente consagrarla con la presencia del cuerpo que llevó a Cristo en su vientre. Para esto llamaron a Juvenal, Arzobispo de Jerusalén, y a otros Obispos de Palestina, que a la sazón estaban en la ciudad imperial por causa del Concilio que había de celebrarse en Calcedonia.*

"*Hemos sabido* —les dijeron— *que hay en Jerusalén una ilustre y hermosa iglesia dedicada a la siempre Virgen Madre de Dios, en el lugar llamado Getsemaní; allí reposará en una tumba el cuerpo que engendró a la Vida. Es nuestra voluntad que las preciosas reliquias sean traídas a esta ciudad imperial para que sea su salvaguardia.*

"*A esto respondió Juvenal: —Aunque las Santas y divinas Escrituras nada dicen de las circunstancias que acompañaron la muerte de la Santa Madre de Dios, hemos sabido por* ***una antigua y muy verídica tradición*** *que al tiempo del glorioso* ***sueño****de esta Virgen bendita, todos los Apóstoles, entonces dispersos por el mundo para salud de las naciones, fueron instantáneamente llevados por los aires y reunidos en Jerusalén, junto a la Madre de Dios. Allí contemplaron una visión celestial: la Virgen, entre conciertos angélicos, entregó gloriosamente su santísima alma en las manos de Dios. Entretanto, su cuerpo, que había recibido a Dios mismo para darlo a luz por nosotros, fué transportado entre cánticos de los Apóstoles y de los Ángeles, y depositado en el sepulcro, en Getsemani.*

"*Tres días después, el Apóstol Santo Tomás, que no había asistido a la traslación de los santos despojos, fué a unirse con sus hermanos, junto a la tumba sagrada, pidiendo que le fuese dado contemplar y honrar por última vez aquel templo de Dios. Abrieron la tumba; pero el cuerpo ya no estaba en ella; sólo se hallaron los lienzos que lo habían envuelto, y que despedían un olor de paraíso. Llenos de admiración a vista de este misterio, no pudieron los Apóstoles pensar más que una sola cosa: que Aquel que se había dignado tomar carne en el seno inmaculado de María, el Verbo de Dios, el Señor de la gloria, que no había querido menoscabar la integridad de aquel cuerpo virginal, se había complacido, después de su propia Ascensión, en llevarlo incorruptible a la gloria, sin hacerle esperar la común y universal resurrección de los elegidos. Con los Apóstoles se hallaba el santísimo Obispo primero de Efeso, Timoteo, y el gran Dionisio Areopagita como éste último lo atestigua en una carta donde habla al mismo Timoteo del Bienaventurado Hieroteo, que también estuvo presente al Tránsito de la Madre de Dios...* (Sigue el texto del supuesto Areopagita.)

"*Oído ese relato, Marciano y Pulquería pidieron a Juvenal que les enviase el ataúd y los lienzos de la gloriosa y santísima Madre de Dios, todo cuidadosamente sellado. Y, habiéndolos recibido, los*

*depositaron en la dicha iglesia de la Madre de Dios, en las Blanquernas. Y he aquí cómo pasó todo esto*" (San Joan. Damasc., hom. t in Dormit. B. V. M., n. 18. P. G., XCVI, 748, sqq.).

Este relato, que la Iglesia Romana no juzgó indigno de insertarlo en las lecciones del Breviario (Lecciones del Segundo Nocturno, en el 4v día de la Octava de la Asunción), ¿merece entera confianza? Algunos han juzgado extraño que Juvenal pudiera hacer mención de las obras del pseudo Dionisio en tiempo del Concilio de Calcedonia, es decir, cuando tales obras eran, según parece, totalmente desconocidas. Otros, suponiendo que Juvenal realmente contó lo que la Historia de Eutimio pone en su boca, dudan de la sinceridad de este patriarce de Jerusalén, que no siempre supo evitar la falsedad, cuando era caso de realzar la gloria de su Iglesia (Quéjase de ello el Papa San León en una carta que escribió a Máximo de Antioquía).

Comoquiera que sea, la tradición que Juvenal, a mediados del siglo V, habría llamado una tradición antigua y muy verídica debía de existir en aquella época. Una prueba, que parece bastante perentoria, se halla en el famoso decreto publicado hacia 494 por el Papa Gelasio. El pontífice coloca entre los apócrifos un opúsculo titulado **Del Tránstito de María**, *De transitu Mariae* (El decreto de Gelasio no contuvo la propagación del librito. Sabemos, por el autor de la carta a Paula y a Eustaquio, que en el siglo VIII corría en Occidente entre los fieles. Y aunque sea de pasada, diremos que este autor fué causa de algunas dudas que, en parte de la Edad Media, hubo sobre la Asunción corporal de María. Escribía a sus supuestos corresponsales: "*Ne forte si venerit in manus vestras illud apocrypnum de Transitu ejusdem Virginis, dubia pro certis recipiatis: quod multi Latinorum pietatis amore, studio legendi charius amplectuntur.*" Después de esta alusión al opúsculo del **Tránsito de María**, el autor añade que uno de los argumentos por los cuales se confirma la Asunción corporal de la Virgen es que en Jerusalén se muestra su tumba vacia, la cual dicen que destila un maná precioso. En cuanto a él, no se atreve a decidir nada sobre el hecho de la Asunción, ni en pro ni en contra. "*Quod quia Deo nihil est impossibile, nec nos de beata Vírgíne Maria factum abnuimus, quamquam propter cautelam, salva fide, pió magis desiderio opinari oporteat, quam inconsulte definiré quod sino periculo nescitur.*" (Epist. 9, *ad Paulam et Eustach*., *de Assump*. *B. V*. n. 2, in Mantissa Opp. S. Hieron. P. L., XXX, 123, 124.) Creíase que la carta era realmente de San Jerónimo, y la gran autoridad de este santo doctor fué para algunos ocasión de dudas semejantes a las que expresa el autor), ya conocido en Occidente, conocido, por tanto, en Oriente, donde parece haber tenido origen. Difícil es puntualizar de qué libro habla San Gelasio, o, al menos, qué redacción tenía a la vista. Lo que sí es seguro es que había ya entonces en el mundo cristiano varias obritas sobre el Tránsito y la Asunción de la Bienaventurada Virgen María.

Tres tenemos a la vista, al escribir estas líneas: dos en latín y otra en griego. Una de las primeras se atribuye, si bien falsamente, a San Melitón, Padre del II siglo; la otra, menos divulgada, no lleva nombre de autor; en cuanto a la última, a creer el título y el prólogo, sería de San Juan Evangelista. Hay, además, buen número de ediciones o de versiones siríacas, árabes, etc. El erudito Constantino Tischendorf estima que los textos latinos, árabes y siríacos sobre el **Tránsito** de la Madre de Dios provienen todos del texto griego de la **Dormición de María**, el cual, a su juicio, salió a luz; por lo menos en lo substancial, en el siglo IV de nuestra Era, si ya no fué compuesto en época más lejana, quizá en el siglo II.

Se halla el texto del Pseudo-Melitón en la Patrología griega de Migne, IV. 1231. sig. He aquí algunas palabras del prólogo, de donde se puede inferir que esta obra supone otra ante-

rior: "*Melitón, siervo de Dios, Obispo de la Iglesia de Sardis... Recuerdo haber escrito con frecuencia sobre un cierto Leucio que, habiendo conversado, como nosotros, con los Apóstoles, con temeraria audacia... corrompió mentirosamente en varios puntos su doctrina... Y, como si esto no le bastase, alteró de tal modo la verdad sobre el Tránsito de la Bienaventurada siempre Virgen María, Madre de Dios, que no se permite en la Iglesia ni leerlo ni oírlo.*" (Véase C. Tischendorf, *Apocalypses apocryphae* .. item, *Mariae Dormitio* (Lipsiae, 1866), prolog., p. XXXIV, cum sqq., texto, pp. 95, sqq.) Bajo el nombre de este Leucio condena en conjunto el Catálogo gelasiano una multitud de actos apócrifos: "*libri omnes quos fecit Leucius, discipulus diaboli*". Como San Epifanio dice que fué discípulo de San Juan Evangelista, resultaría que la cuestión de la Asunción corporal de María se remonta a los orígenes del Cristianismo, si es que verdaderamente Leucio "*alteró la verdad sobre el Tránsito de la Bienaventurada Virgen*".

Por lo demás, aunque todas las obras concuerdan en la substancia, es decir, aunque todas refieren el tránsito admirable y la Asunción corporal de la Madre de Dios, las circunstancias del relato son muy diversas. Sin. embargo, no hay texto alguno que no afirme que la Santísima Virgen murió en Jerusalén; ninguno que deje de presentar a los Apóstoles llegando sobre las nubes, de diferentes países donde estaban dispersos evangelizando, para reunirse en torno de María moribunda, y en torno de su tumba, en Getsemaní.

El texto del supuesto Melitón no habla de la tardía llegada del Apóstol Santo Tomás. Según él, todos los Apóstoles, sin excepción, estaban al lado de María cuando Jesucristo descendió visiblemente del cielo para llamar a su Madre Santísima al premio; todos la vieron entregar a Dios su alma bienaventurada; todos, por orden de Jesús, llevaron el santo cuerpo al sepulcro nuevo cavado en el valle de Josafat, y se quedaron velando y orando a su alrededor; todos, en fin, contemplaron con sus propios ojos cómo María salía del sepulcro, al llamamiento de su Hijo, y se elevaba al cielo escoltada y llevada por los ángeles.

En el segundo texto latino varían las circunstancias. Nos muestra a Cristo bajando, entre infinidad de espíritus angélicos, junto a la cama de su Madre, y el **alma** de esta Señora subiendo al cielo en compañía de su Hijo. Pero el Apóstol Tomás no estaba con sus hermanos para asistir a aquella muerte bienaventurada, ni para acompañar los sagrados despojos a la tumba. Sin embargo, fué el único que contempló **el cuerpo de María** elevándose por los aires, vivo y glorioso. Llegaba de las Indias, y se hallaba ya en el Monte Oliveto. La Madre de Dios le dejó caer en sus manos un cíngulo con que los Apóstoles habían ceñido su cadáver. Y cuando los Apóstoles le mostraron la tumba de la Virgen: "*Ya no está aquí Ella*", respondió el Santo; y contó su **visión** y mostró el cíngulo en prueba de la verdad de sus palabras. Entonces los Apóstoles apartaron la piedra y hallaron vacío el sepulcro, y, bendiciendo a Dios, fueron de nuevo transportados en las nubes del cielo al sitio mismo de donde los ángeles los habían llevado.

También en el libro de la **Dormición de María**, dejando a un lado todas las cosas maravillosas que precedieron a su última hora, hallamos al Hijo de Dios viniendo del cielo con sus ángeles para consolar a su Madre moribunda. Todos los Apóstoles están allí presentes, entre ellos Tomás. Delante de ellos promete Jesús a María que en adelante estará en **cuerpo y alma** en el paraíso. El resto del relato, salvo algunos embellecimientos de todo en todo legendarios, concuerdan con los que leímos en San Juan Damasceno. La Virgen es depositada en el sepulcro de Getsemaní por los Apóstoles. Por espacio de tres días, mientras velan santamente a su alrededor, de la tumba se escapa un perfume como nunca se conoció en la tierra; en los

aires resuenan cánticos entonados por ángeles invisibles; al tercer día cesan los cánticos, y los Apóstoles entienden que el purísimo y santísimo Cuerpo de la Madre de Dios ha pasado de este mundo al paraíso, conforme a la promesa del Señor.

Así, pues, repetimos, por diversas que sean las varias versiones del misterio, todas afirman la muerte y la resurrección de la Madre de Dios, en todas, Jesucristo mismo manifiesta a los Apóstoles, o delante de los Apóstoles reunidos, su resolución de tener consigo en el cielo, no sólo el alma, sino también el cuerpo glorioso de su Madre; todas nos presentan a los discípulos convencidos, por una señal manifiesta, de que la Virgen ha salido verdaderamente gloriosa de la tumbatodas, en fin, atestiguan de modo unánime el respeto, la veneración y el amor filial de los cristianos hacia María, y, acaso más aún, el poder de esta Virgen cerca de Dios; porque entre las promesas que le son hechas por su Hijo en aquel instante supremo hay un compromiso solemne de bendecir a todos los que la honren y conceder cuantas gracias se pidan por su intercesión.

Interesante sería el comparar los relatos de los apócrifos con las visiones de Ana Catalina Emmerich sobre el mismo misterio, las cuales pueden leerse en la *Vida de la Sma. Virgen*, según las meditaciones de Ana Catalina Emmerich, pág. 389 y siguientes de la traducción del abate Cazalés. (7° edit. Amb. Bray, París, 1864.) Una multitud de pormenores son parecidos a los que nos dan los apócrifos. Sin embargo, aunque los Apóstoles se reúnen milagrosamente acudiendo de los más lejanos países para asistir al tránsito de María, no son transportados por los ángeles a través de los aires.

La Vidente sigue el relato de San Juan Damasceno con preferencia a los otros, al contar el modo cómo fué comprobada la resurrección de la Madre de Dios. Santo Tomás llega después que los otros Apóstoles, y pide con instancia el contemplar por última vez el cuerpo virginal de María, y para satisfacerle se abre el sepulcro. Entonces es cuando los Apóstoles reconocen la maravilla de la Asunción corporal; la tumba aparece vacía, como la del Señor; no quedan más que los lienzos donde había estado envuelto el santo cuerpo.

La circunstancia capital en que Catalina Emmerich se separa, no sólo de todos los apócrifos sin excepción, sino también de todos los Padres orientales que escribieron o predicaron sobre el Tránsito de la Sma. Virgen, es que hace a Efeso teatro de la muerte, de la sepultura y de la Asunción de María. No ignoramos que para hacer creíble, en esta parte, tales visiones, acuden algunos a la carta sinódica del Concilio de Efeso, donde se dice que Nestorio fué condenado "*en esta ciudad, en la cual Juan el teólogo y la Virgen Santa María, Madre de Dios...*"). Como la frase truncada queda en suspenso, la completan con estas palabras: "*tienen sus tumbas*". Pero, ¿por qué no leer "*tienen sus iglesias*", o cualquiera otra cosa análoga? Cuanto más que no está en modo alguno probado que María acompañase a San Juan a Efeso, y menos aún que habitase allí de un modo estable. Además, es también muy dudoso que aún viviese, cuando San Juan fué a habitar en Efeso. De las dos redacciones del **Tránsito de María**, la una fija su muerte en el segundo año que siguió a la Ascensión del Señor, y aunque la otra —la del supuesto Melitón— diga en algunos manuscritos que vivió veintidós años después de la Ascensión, el texto preferido por Tischendorf indica también el año segundo, cuando aún estaban los Apóstoles en Jerusalén. Conforme a estas hipótesis, entiéndese sin esfuerzo cómo pudieron reunirse todos alrededor de la Virgen moribunda. Aunque María hubiese muerto a los cincuenta y nueve años, como afirma otra versión, incierta, pero muy extendida, no por eso

sería mayor la dificultad, si se admite que la dispersión de los Apóstoles acaeció diez años, por lo menos, después de la muerte del Salvador; es decir, hacia el año 42 de nuestra Era. Hacerlos llegar de todos los países, aun del fondo de la India, y sobre las nubes del cielo, o de la manera indicada por Catalina Emmerich, tiene bastantes visos de leyenda, por no decir de fabula.

Por lo demás, si va a decir verdad, no concedemos sino escasísimo crédito, por no decir otra cosa, a esas visiones demasiado encomiadas de la religiosa agustina del Convenio de Agnetenberg. Cuando hallamos en esta Vida de la Sma. Virgen la mayor parte de los pormenores, manifiestamente legendarios, que traen los apócrifos; cuando se nos hace un inventario de la casa de la Virgen en Efeso, en el cual nada se olvida, ni el techo, ni las ventanas, ni la forma exterior del edificio, ni el número y la disposición de los aposentos, ni las piezas y el pobre aspecto de los muebles, ni el nicho donde se conserva un Crucifijo, ni el Vía-Crucis y la gruta del Sto. Sepulcro; cuando la Vidente nos presenta a los Apóstoles llegando unos tras de los otros de las regiones más lejanas, sin exceptuar Santiago el Mayor, muerto muchos años antes, puesto que ya se había celebrado el Concilio de Jerusalén; cuando nos describe de cada uno en particular, la estatura, el corte y el color de la barba, la clase de vestido, etc.... ; cuando nos hace asistir a la administración del Sto. Viático y de la Extremaunción, notando cada una de las circunstancias con una precisión minuciosa, de que no sería capaz el observador más atento, en verdad no nos avenimos a reconocer en estas señales una revelación sobrenatural.

Y la **Vida de Nuestro Señor**, salida de la misma fuente, no es para hacernos cambiar de opinión. También en ella se hallan mil relatos que nos extrañan sobremanera si los comparamos con los Evangelios. Vemos a Nuestro Señor saliendo de Judea para viajar por el país de los tres Reyes Magos, por Egipto, por Chipre; curando en las travesías a los que padecen el mareo, visitando las minas, los hospitales, los campos, hasta las estaciones balnearias; asistiendo a los banquetes de bodas, bautizando, curando y predicando, como ni en Galilea, ni en Jerusalén lo hizo; como en la **Vida de la Virgen**, hallamos descripciones tan minuciosas de lugares, producciones, personas, con sus nombres, caracteres y costumbres, que jamás geógrafo ni turista alguno pudo decir tanto. ¿Qué diremos de aquel cáliz donde, según la **Dolorosa Pasión**, Jesús consagró su sangre en la última Cena, que se había conservado en el arca de Noé, y después fué usado por Melchisedech, cuando ofreció su sacrificio de pan y de vino, símbolo de la Eucaristía? Todas estas cosas, repetimos, y otras aún más raras contadas en la *Vida de C. Em.*, nos impiden decir: *Digitus Dei est hic*, el dedo de Dios está aquí. Notamos con evidencia, no diremos falsedades, pero sí, al menos, reminiscencias de cosas leídas, y que proceden de otra fuente, distinta de la luz divina, con la imaginación por principal elemento. Por otra parte, no ponemos en duda ni las virtudes de la Vidente ni su admirable paciencia, ni aun ciertas gracias extraordinarias, con que pudo ser favorecida; hablamos únicamente de los libros impresos, no sabiendo hasta qué punto reflejan las piadosas meditaciones de la misma Catalina Emmerich.

¿Qué podemos deducir de documentos tan legendarios, tantas veces manoseados y retocados, según el capricho y genio de los traductores? Una cosa que nos parece de gran importancia en la cuestión de que estamos tratando: que el fondo del relato, despojado de su excesiva vegetación de pormenores maravillosos, puede, no sin fundamento, ser tenido por verdadero. Sucede en estas obritas como en los Evangelios apócrifos, en los cuales, bajo mil fábulas, hallamos los dogmas capitales de la fe de los cristianos de entonces: la Trinidad, la

virginidad de María, la Encarnación del Verbo, su divinidad, su muerte por la salud del mundo.

El monje Epifanio (1015), que no se ha de confundir con San Epifanio, Obispo de Salamina, en un discurso sobre la vida de la Sma. Madre de Dios, se vale más de una vez de los antiguos libros apócrifos. Él mismo lo confiesa, y declara que no lo ha hecho sin motivo:

"*Si hemos tomado algo de libros apócrifos y aun heréticos, nadie nos acuse de ello como de un crimen; porque los testimonios que vienen de los enemigos, no por eso dejan de ser dignos de fe, dice el gran Basilio. El admirable Cirilo, Obispo de Alejandría, nos ha dado ejemplo...*", etcétera. (Epich. Monach. Sermo de *Vita sanctissimae Deiparae.* P. G., CXX, 148.)

Por tanto, siendo, cuando menos, verosímil que la substancia de esos relatos data del segundo siglo, ya desde esta época había una creencia explícita en la Asunción corporal de María; creencia que se consideraba fundada en la palabra de Dios, puesto que todos esos apócrifos concuerdan en presentar la Asunción como afirmada por Nuestro Señor delante de los Apóstoles (Aun cuando se supusiera que los Apóstoles no habían conocido la resurrección de María sino por la vista del sepulcro vacío, todavía podría creerse por la autoridad de Dios. Bastaría para esto que hubiesen estado **inspirados** para transmitirla como hecho cierto. De igual modo que creemos con fe divina los hechos que ellos escribieron bajo la inspiración del Espíritu Santo, así podemos creer con la misma fe lo que predicaron bajo la inspiración del mismo Espíritu). Así, pues, creemos que no va fuera de camino el admitir que la tradición que en el siglo II fué escrita y ordenada, como lo fueron otras con más de una leyenda, se remonta a los tiempos apostólicos.

Sea lo que fuere de esas inducciones y de esas verosimilitudes, dos verdades nos parece que quedan asentadas. De un lado, la Asunción corporal de María está contenida, por lo menos implícitamente, en las Escrituras, y se deduce de ellas, poco más o menos, del mismo modo que la inmaculada Concepción. Del otro, tenemos durante largos siglos una tradición unánime y constante, y esta tradición, tal como aparece desde el siglo VII, lo más tarde, ya en la Liturgia de las Iglesias, ya en las homilías de los Doctores y de los Padres, a la vez que aclara los textos de la Escritura, parece presentarse con los caracteres de una tradición primitivamente basada en el testimonio de Dios.

Notemos, además, que los mismos Padres, en sus homilías o en sus discursos, aun cuando se apropian, en parte a lo menos, las narraciones de los apócrifos, no fundan única ni principalmente sobre ellas la afirmación que hacen del misterio; ante todo, apelan a la palabra divina. Cierto que entre los textos de las Escrituras, que ordinariamente citan, hay varios que no se refieren a ]a Asunción de María sino en un sentido acomodaticio; pero no es menos cierto que ese recurso a las Escrituras nos induce a creer que, según los Padres, la resurrección gloriosa de la Virgen tiene de su parte la autoridad divina.

Parece, pues, razonable concluir que la creencia en la Asunción corporal de la Madre de Dios podrá, si la Iglesia lo estimare oportuno, ser propuesta como verdad revelada por Dios a la fe de los cristianos.

## CAPITULO 3

### Asunción, Coronación y Gloria

**La Asunción corporal de la Santísima Virgen se deriva de su maternidad divina. Doctrina de los Santos Padres, de los Doctores y de la Sagrada Liturgia sobre las múltiples y necesarias conveniencias que hay entre estos dos misterios.**

Volvamos a nuestro fin principal de mostrar cómo la maternidad divina es para María el centro y la fuente de todas sus prerrogativas. La Asunción corporal de la gloriosísima Virgen no es excepción de esta regla; y esto es lo que vamos a ver en el presente capítulo. A decir verdad, probado está ya en el capítulo precedente; porque todos los argumentos en favor de este privilegio, ya se tomen de la Sagrada Escritura, ya de los monumentos de la tradición, nos llevan a la bienaventurada maternidad como al título fundamental del misterio. Pero importa poner esta verdad en plena evidencia. Para lo cual vamos a interrogar a los más antiguos e ilustres panegiristas y defensores de la Asunción corporal de María sobre cuál fué, según ellos, el primer principio de gracia tan maravillosa (Sucede que los Santos Padres atribuyen inmediatamente la Asunción a otros privilegios de María que no son su maternidad; pero estos otros privilegios se deducen de la misma maternidad).Sus respuestas, a la vez que glorifican más y más a María, en cuanto Madre de Dios, confirmarán las dos reglas por donde, según decíamos en el segundo libro de esta obra, se puede juzgar de sus privilegios de gracia y de gloria.

**I.** Demos primero la palabra a los Padres de la Iglesia de Oriente; cuanto más, que en ellos hallamos, por lo menos en los primeros tiempos, los panegíricos más frecuentes de la Asunción corporal de María.

He aquí, en primer lugar, a **San Germán de Constantinopla**, que nos dice:"*Imposible era que permaneciese encerrado en el sepulcro de los muertos aquel cuerpo virginal, vaso donde Dios mismo se había encerrado, templo animado de la santísima divinidad del Hijo Unigénito*" (San Germán Constant., serm. 1 *in Dormit. B. M.* P. G., XCVIII, 345).

Y en otro lugar: "*¿Cómo hubieras podido sufrir la corrupción y disolverte en polvo, tú, que, por la carne que el Hijo Dios recibió en ti, libraste al género humano de la corrupción la muerte? Verdad que desapareciste de entre los hombres; pero fue para confirmar, con tu muerte, la realidad del adorable misterio del Verbo encarnado, para que el Dios nacido de ti fuera manifestado como hombre perfecto, que procedía de una verdadera mujer de una verdadera Madre... ¿No fué esta misma razón la que movió a tu Hijo, el Dios de todas las cosas, a gustar la muerte en su carne? Así, hizo dos cosas dignas de admiración: una, en su sepulcro vivificante; otra, en tu tumba vivificada; porque ambos recibieron vuestros cuerpos, pero no los entregaron a la corrupción.*

"*Era imposible, diré de nuevo, que ese vaso de tu cuerpo, que fue lleno de Dios, se resolviera en polvo como una carne cualquiera, porque aquel que se anonadó en ti es Dios en el principio, y, por consiguiente, la Vida anterior a todos los siglos, y era preciso que la Madre de la vida cohabitara con la Vida; que se acostase en la muerte como para dormitar algunos instantes, y que el tránsito de esta Madre de la Vida fuese como un dulce despertar.*

*Un hijo muy amado desea la presencia de su madre, y la madre, a su vez aspira a vivir con su hijo. Era, pues, justo que tú subieras hasta tu Hijo; tú, cuyo corazón se abrasaba de amor por Dios, fru-*

*to de tus entrañas; justo también que Dios, por el afecto filial que tenía a su Madre, la llamase a su lado para que viviese con Él en la intimidad. Así, muerta a las cosas caducas, emigraste a aquellos tabernáculos eternos donde Dios tiene su morada; y de aquí en adelante, ¡oh, Madre de Dios!, no dejarás su dulcísima compañía. Tú fuiste la casa de carne donde reposó; a su vez, ¡oh, gloriosa Virgen! Él es el lugar de tu reposo en esa carne, ¡oh, Madre de Dios!, que de ti recibió... Él, pues, te atrajo hacia sí, exenta de toda corrupción, queriendo tenerte junta, pegada a sus labios y a su corazón, si así puedo expresarme. He aquí por qué te concede todo lo que le pides para tus infortunados hijos y pone su virtud divina al servicio de tus oraciones*" (San Germán Constant., serm. 1 in Dormit. B. M. P. G., XCVIII, 846, 848).

Continuemos escuchando a este santo Patriarca, porque en él y por él nos habla toda la Iglesia oriental de su tiempo. En otro discurso, después de haber descrito magníficamente los privilegios de la Virgen y los bienes sin número que por Ella nos han venido, prosigue el Santo en estos términos: "*Nadie puede alabarte a par de tu mérito; tan excelente es tu grandeza. Pero tú tienes de ti misma tu propia alabanza, puesto que eres la* ***Madre de Dios****...* ***Por esta razón****, no podía ser que tu cuerpo,* ***un cuerpo que había llevado a Dios****, fuese presa de la corrupción de la muerte. Fuiste, como nosotros, depositada en el sepulcro; pero este mismo sepulcro, que quedó vacío, atestigua que pasaste de esta vida perecedera a la vida inmortal de los cielos*" (Idem, serm. 2 *de Dormit*. Ibíd., 357).

En otro lugar, el mismo Santo hace hablar así al Hijo de esta Madre: "*La muerte no podrá alabarse de ti, porque tú llevaste la* ***Vida*** *en tu seno. Tú fuiste el vaso donde yo estuve contenido, y este vaso no será roto por la muerte; las tinieblas no lo envolverán en su obscuro ropaje. Apresúrate a venir a tu Hijo; quiero pagarte en gozo mi deuda de niño; quiero asegurarte la paga que merecen la hospitalidad que recibí en tus entrañas, y la leche con que me alimentaste, y los cuidados que me prodigaste, Madre mía. Yo soy tu Hijo Unico; es natural que tu deseo sea habitar conmigo; no tienes otro hijo que comparta tu cariño*" (San Germán. Constant., serm. 3 *deDormit*. Ibíd., 361).

A las mismas causas atribuye **San Teodoro Studita** la gloriosa Asunción "*de la Reina y Soberana del universo*". "*Ahora* —exclama este Santo—, *ahora que posee la inmortalidad bienaventurada, levanta hacia Dios, por la salud del mundo, esas manos que llevaron a Dios... Blanca y pura paloma, elevada en su vuelo a las alturas del cielo, no cesa de proteger nuestra región inferior. Nos dejó con el cuerpo, pero con el espíritu está con nosotros. Entrada en el cielo, ahuyenta desde allí a los demonios, pues se convirtió en nuestra Mediadora cerca de Dios. En otro tiempo, la muerte, introducida en el mundo por Eva, lo esclavizaba en su dura presión; hoy ha querido acometer a la hija bienaventurada de una madre culpable, y ha sido expulsada; y su derrota ha venido de donde salió antes su poder... ¡Oh, Virgen!, más te veo dormida que muerta; transportada fuiste de la tierra al cielo, y, con todo, no dejas de proteger al género humano ... Madre, quedaste virgen;* ***aquel a quien diste a luz era el mismo Dios****. Y esto mismo hace también tu* ***muerte viviente****, tan diferente de la nuestra; tú sola tienes, y es justo, la incorrupción del alma y la del cuerpo*" (Theodor. Stud. (m. 826), hom. 5, *in Dormit. B. Deip*. P. G., XCIX, 720, sqq.).

También **Modesto, patriarca de Jerusalén,** atribuye a la maternidad divina de María las razones de su victoria sobre la muerte y sobre la corrupción del sepulcro: "Cuando aquella nave racional que llevó a Dios en su seno hubo acabado su carrera mortal, abordó al puerto eternamente tranquilo, donde la esperaba el Dueño Soberano del mundo, aquel mismo que por Ella había salvado al género humano del diluvio de la impiedad... Dios mismo envió desde el cielo una legión de ángeles para transportar hasta él su arca santa, este arca, de quien su

antepasado David había cantado: "*Levántate, Señor, en tu reposo, tú y el arca de tu santificación*...(Psalm. CXXXI, 8). *arca incomparable, hecha, no ya de mano de hombres, sino por Dios mismo; no ya revestida de oro material sino toda resplandeciente con el fuego del santo y vivificante Espíritu, que había descendido sobre ella*" (Modest. Hieros., *Encom. in Dormit.* D. N. Deiv-, n. 4. P. G" LXXXVI, 3.288, 3.289).

"*Cristo Dios, a quien esta siempre Virgen había revestido, por la operación del Espíritu Santo, de una carne animada de un alma razonable, la llamó a sí y la revistió a su vez de una incorruptibilidad semejante a la suya; y, coronándola de una gloria sin igual, la hizo entrar en comunión de su herencia, porque Ella es su santísima Madre. Así se realizó la palabra del Salmista:* ***"Veo de pie, a tu derecha, ¡oh, Príncipe mío!, a la Reina vestida de oro, enriquecida de maravillosa variedad...*** (Psalm. XCIV, 10). *¡Oh! Bienaventurado el sueño de la gloriosísima y siempre Virgen María, puesto que el cuerpo, vaso preciosísimo y santísimo donde se había encerrado la Vida, no padeció la corrupción de la tumba, guardado como estaba por el Todopoderoso Cristo Salvador, formado de esta carne virginal*" (Idem, ibid., nn. 5 y 7, 3.290, 3.293).

Difícil es hallar nada más sólido, más nuevo y más ponderativo que el discurso pronunciado sobre el mismo asunto, hacia la mitad del siglo XI, por el monje **Juan Mauropo**, metropolitano de Eucania. Citemos sólo algunos pasajes:

"*Hoy celebramos el* ***Sueño*** *de la Madre de Dios, la Deposición de la Madre de Dios, la Resurrección, la Ascensión y la Exaltación de la Madre de Dios; maravillas añadidas a maravillas, porque la Madre de Dios es Hija de Dios, Esposa de Dios; esta esposa es Virgen, y esta Reina quiere ser, ante todo, esclava, plenitud inefable y variadísima de todos los dones divinos. He aquí que su vida deja hoy esta tierra de muerte. Elévase al cielo esta Virgen, que es el misterio de los cielos, la admiración de los ángeles, la fuerza de los hombres, la honra de nuestra estirpe, la esperanza de los fieles, un tesoro sin comparación, mayor que todos los tesoros del mundo. Dejando este mundo mortal a los mortales, vase Ella a la vida, a la Vida misma que Ella engendró*" (Joan. Euchait., cp., serm. *in SS. Deip. Dormit.*, n. 3. P. G" CXX, 1.080).

*Ni es mucho que así suceda, porque, "¡cuántos otros privilegios y otras maravillas sin igual en esta Bienaventurada Virgen! Ya la consideremos antes del nacimiento del Verbo, ya en este nacimiento, ya después de él, en todas partes y siempre, nuevos prodigios... Y para todos una fuente, siempre la misma, fuente augustísima y nobilísima,* ***la divina asunción de la naturaleza humana, que en su seno hizo del hombre un Dios****. Esos privilegios y esos misterios celébranse cada uno en su día; pero la solemnidad presente es el sello y la consumación estable de todos, porque es la última de las fiestas de la Virgen y, a la vez, la primera y la mayor: la última en el orden del tiempo; la primera y principal, por la dignidad y la virtud ...*

"*Se va: el trono animado de Dios es transportado de la tierra al cielo; el arca de la gloria sube a las alturas; la fuente de la luz y el tesoro de la vida pasan a la vida. Pero, ¡qué de maravillas la acompañan! De una parte, Cristo que desciende del cielo con el glorioso cortejo de las Virtudes para salir al encuentro a su Madre. Vedle cómo estrecha contra su corazón, con amor filial, a aquella que tantas veces lo había llevado, de niño, en sus brazos. ¡Admirable abrazo el de la Madre y el Hijo, y dulcísima reciprocidad de efusiones! Contemplad a la Soberana llevada por el Soberano,* ***Domina a Domino****; a la Reina por el Rey, a la Esposa por el Esposo, a la Madre por el Hijo, a la Virgen por el Inmaculado, a la Santa por el Santo, a aquella que está más alta que todas las criaturas por aquel que las domina a todas; el cielo recibe un alma más grande que el cielo, y los ángeles acompañan a una Mujer más gloriosa que los ángeles.*

*"De otra parte, he aquí que de todas las comarcas y de las más diversas regiones llegan al mismo tiempo multitud de hombres, precedidos de los Apóstoles, para reunirse en un mismo cuerpo; o, mejor dicho, he aquí que llueven a un tiempo del cielo sobre la tierra. ¡Lluvia de nuevo género, viajeros volantes caminantes del aire!* ***"¿Quién son éstos que vuelan como nubes?"*** (Isa.. LX, 18), *pregunta Isaías, con nosotros. ¿Cuál es la causa de acontecimiento tan extraño? Hombres traídos sobre las nubes, un ejército terrenal viniendo del cielo. No son ya un Elias, un Habacuc, quienes comunican a través de los aires; ni un Pablo, elevado de la tierra al tercer cielo. Pablo desciende hoy de lo alto a la tierra, con muchos otros, porque para el noble misterio que va a cumplirse requiérese numerosa asamblea de ministros...*

*"¿Va a entrar la muerte en posesión de las primicias de la vida? ¿Podrá encarcelar el sepulcro a Aquella que por su parto vivificante ha de* ***dejar vacíos los sepulcros****? No lo temáis. La novedad atrae a la novedad, y las continuas maravillas cumplidas en la Virgen hasta ahora atraen otras maravillas. La tierra no guardó para sí lo que era del cielo, ni la corrupción invalidó lo que no había tenido mancha alguna. El alma toda inmaculada se va primero; pero el cuerpo, igualmente exento de toda corrupción, la sigue de de cerca, rodeado de los mismos honores y llevado por la misma gloriosa escolta al mismo eterno reposo bienaventurado"*

*En Joan. Euch.; op., ibíd., nn. 17-20, 1092, sqq. Hállase en este discurso la piadosa leyenda que se repite constantemente en las homilías de los Griegos sobre el mismo asunto; esto es, la llegada de los Apóstoles, traídos sobre las nubes, de las extremidades de la tierra, para asistir a los últimos momentos de la Santísima Virgen; el atentado sacrilego de un Judío que pretende derribar el ataúd de María, cuando la llevan al sepulcro; los cantos sagrados de los apóstoles y de los fieles que acompañan los restos mortales de la Virgen; los últimos coloquios esta divina Madre con los discípulos reunidos alrededor de su lecho; la descripción de los perfumes que se escapan de su cuerpo y del sepulcro donde la han depositado; los milagros que consagran su tumba; en fin, y sobre todo, la solicitud maternal con que María; reinando el cielo, es la Mediadora, la esperanza y el socorro universal de los cristianos; la fuente toda gracia y bendición después de Jesucristo.*

El discurso de **San Juan Damasceno** sobre la preciosa muerte y Asunción corporal de María es un himno perpetuo que canta el Santo en honor de la Virgen bendita. Todos sus privilegios, todas sus gracias, todos los tesoros de que fué pródigamente enriquecida en el cielo son aquí ensalzados y referidos a la maternidad divina como rayos a su centro. No citaremos sino lo que más directamente hace a nuestro asunto.

*"No* —dice este Santo Padre—, *no* ***convenía*** *que la Santísima Virgen fuese encerrada en las entrañas de la tierra. El cuerpo santisimo que Dios había tomado de Ella para unirlo a su persona resucitó al tercer día, sin que la corrupción le hubiese tocado; así, también Ella había de ser sacada del sepulcro y pasar, como Madre, a la morada de su Hijo... Convenía al Verbo de Dios en sus entrañas fuese también admitida por su Hijo en los tabernáculos eternos...; es decir, en el palacio del gran Rey, en el reino de nuestro Dios... Convenía que el Hijo de Dios, que al nacer conservó la virginidad sin mancha de su Madre, la preservase de la descomposión común después de la muerte... Convenía que el Padre, que la había desposado como Esposa con su Hijo, la introdujese en el cielo como en un lecho nupcial. Convenía que aquella cuyo corazón fué traspasado por una aguda espada cuando vió a su Hijo pendiente de la Cruz le viese también sentado a la diestra del Padre. Convenía, por último que la Madre de Dios poseyese el reino de su Hijo para ser honrada por todas las criatuaras... Porque el Hijo ha sometido todas las cosas a su Madre* (San Joan. Damasc.. hom. 2, *in Dormit. B. V. M.*, n. 14. P. G., XCVI, 741).

"*Eva, por haber prestado oído a las pérfidas sugestiones de la serpíente enemiga... fué condenada a la tristeza, a las lágrimas, a los dolores del parto, a la* ***muerte****; y era de toda justicia Pero, ¿cómo esta Virgen Bienaventurada, que se mostró dócil a la palabra de Dios, que fué Madre por obra del Espíritu Santo, que concibió sin placer sensual, que parió sin dolor a la persona misma del Verbo de Dios? ¿cómo esta Virgen, unida por todo su sér a Dios, podía ser presa de la muerte y cautiva de la tumba? ¿Cómo se atrevería la corrupción a acometer a aquella que nos dió la Vida? En verdad, ¿no son estas cosas incompatibles con un alma con una carne que llevó a Dios? Por eso la muerte misma no se acercó a Ella sino temblando*(Idem, ibíd., n. 3, 728).

"*Ahora bien: Virgen Sacratísima, ¿qué nombre dar al misterio que se obró en ti? ¿Diremos que es la muerte? Es cierto que tu alma santísima y dichosísima, siguiendo las leyes de la naturaleza, se separó de tu cuerpo inmaculado; pero ese mismo cuerpo, aunque fué depositado en el sepulcro, no permaneció en la muerte, ni se disolvió como los otros; antes, por una transformación maravillosa, se convirió en ese tabernáculo divino sobre el cual la muerte no tendrá imperio alguno, y que permanecerá vivo por los siglos de los siglos.*

"*Aunque el sol sea velado por la luna y parezca haber perdido su radiante esplendor, no deja de ser en sí mismo fuente inagotable de luz. Así también tú, fuente de la Luz verdadera, tesoro inagotable de la Vida; tú, de quien nos viene toda la bendición, aunque estuviste algún tiempo envuelta en las sombras de la muerte, derramas a torrentes la luz, la vida inmortal, la felicidad verdadera, la gracia, las curaciones y las bendiciones, sin agotarse jamás... Por eso no diremos de tu sagrado Tránsito que es una muerte. ¿Qué es, pues? Un sueño, una salida de este mundo, tu entrada en la morada y en la gloria de Dios* (San Joan. Damasc., hom. 1.*in Dormit. B. V. M.*, n. 10, 716).

"*De nuevo lo proclamo: tu cuerpo inmaculado no se quedó en la tierra; fuiste llevada viva a las moradas reales del cielo; tú, la Reina; tú, la Dueña y Soberana; tú, la muy verdadera Madre de Dios* (Idem, ibíd., hom. 2, in Dormit. U. V. M.. n. 12, 720).

"*¿Cómo Aquella que dió a todos la* ***Vida*** *podía ser esclava de la muerte? Se somete a la ley a que se sometió también el Hijo que había engendrado; hija de Adán, sufre la sentencia lanzada contra el primer padre, porque su Hijo, siendo la Vida misma, no se eximió de cumplirla. Pero, porque es la Madre de Dios vivo, es justo que suba hasta Él viva también... ¿Cómo era posible que la que engendró la Vida por esencia, la Vida eterna sin principio ni fin, no estuviese siempre en posesión de la vida?*" (Idem, ibíd., hom. 2, ín Dormit., n. 2, 725).

*Demos ahora la palabra a* ***San Andrés Cretense****, Padre griego del siglo VII. Fué monje y sacerdote en Jerusalén, antes de subir a la Silla arzobispal de Creta; de aquí proviene que se llame unas veces Andrés de Creta, y otras Andrés de Jerusalén. Tenemos dos homilías suyas sobre el* ***Sueño*** *de la Virgen. El mismo tema y el mismo ardor que en los otros Padres griegos de la misma época. Como ellos, celebra la Asunción corporal de la Virgen, y, como ellos también, para confirmar tan glorioso privilegio, apela al sepulcro vacío que se mostraba en su tiempo en Jerusalén, prueba palpable de que el tesoro que había contenido había sido arrebatado de la tierra.*

"*Y nadie* —dice— *rehuse creer tan asombrosa maravilla. Acordáos de Elias y de Enoch, entrambos arrebatados al cielo sin haber pasado por el polvo del sepulcro... Pero, ¿a qué recurrir a ejemplos extraños? ¿No bastan los muchos privilegios concedidos a esta Virgen para persuadirnos de esta nueva prerrogativa?... Fué, ciertamente, un espectáculo muy nuevo, un espectáculo que excede los limites de nuestra razón: una Mujer, cuya pureza sobrepuja a la de los mismos cielos, penetrando en las profundidades celestiales, con el tabernáculo de su cuerpo; una Virgen, a quien su milagroso alumbramiento había elevado muy por encima de los serafines, subiendo muy cerca de Dios, autor universal de*

*todos los seres; la**Madre de la Vida** mostrando en sí misma un fin parecido al de su fruto, milagro digno de Dios y de nuestra fe*" (San Andr. Cret., hom. 2, *in Dorm. S. Ai.* P. G., XCVII, 1.084).

Del mismo modo, un discurso publicado entre las obras de **San Atanasio**, aunque es de época posterior, relaciona la Asunción corporal de María con su divina maternidad. Nos presenta a la Virgen Santísima, en pie, como Reina y Soberana, a la derecha de su Hijo, Rey y Señor de todas las cosas, "*no sólo con su alma glorificada, sino con la incorruptibilidad de su carne virginal... Porque de su carne y de sus huesos se formó el sagrado cuerpo de que el nuevo Adán está eternamente revestido. Y he aquí que, como nueva Eva y Madre de Vida, reina en lo más alto de los cielos con todo el esplendor de la gloria, primicias de la vida inmortal de todos los vivientes... ¡Intercede, pues, por nosotros, Soberana nuestra, Señora Nuestra, Reina y Madre del Verbo, porque tú eres hija de nuestra raza, tú y Aquel que nacido de ti, lleva nuestra carne, Cristo nuestro Dios!*"

Pseudo-Athan., *de Annunciant*., n. 13, sqq. P. G., XXVIII, 937, 940. Una prueba perentoria de que este discurso no es de San Atanasio, es que en él se refutan *ex profeso* las herejías de Nestorio y de Eutiques. Es, pues, posterior al siglo IV. Por otro lado, el silencio que guarda acerca del Monotelismo, parece probar que es anterior a esta nueva forma de error. Será, pues, de una época media entre las dos primeras herejías y la tercera.

**II.** Los latinos concuerdan también, como los griegos, en proponer la maternidad de María como causa primera de su Asunción. Entre las obras de San Agustín se halla un tratado sobre esta materia, que, aunque no sea del gran doctor, no menos merece ser estudiado.

*De Assumpt. Virg. lîber unus.* Append. ad Opp. San August. P. L., XL, 1.141, sqq. Se cree generalmente que este libro fué escrito en tiempo de Carlomagno. Es, según dice el prefacio, una respuesta a varias cuestiones que entonces se hacían sobre este misterio de María, porque no estaba aún universalmente admitido en la Iglesia. En una de las Capitulares editadas por Migne se lee, en el núm. 19, después de la enumeración de las fiestas del año, "*quae per omnia venerari debent*": "*De adsumptione sanctae Mariae interrogandum reliquimus.*" (Capitula *de Presbyteris*. P. L., XCVII, 326.) ¿Será el tratado actual una respuesta a las interrogaciones el gran emperador? Como quiera que sea, eran necesarias estas advertencias para seguir mejor la argumentación de su autor.

El autor concede que este misterio no está contenido en las Sagradas Escrituras (quiere decir, evidentemente, que no está contenido de un modo explícito). "*Pero* —añade— *es de aquellas verdades que, a pesar del silencio de nuestros Libros Santos, pueden ser aceptadas con justa razón, porque la conveniencia de las cosas induce a creerlas.*"Trae varios ejemplos, y prosigue en estos términos: "*¿Qué se ha de pensar, pues, de la muerte y de la Asunción de María, puesto que la divina Escritura calla acerca de una y otra? Buscar, con ayuda de la razón, lo que concuerde mejor con la verdad, de tal modo que la verdad venga a ser la autoridad misma, esta verdad sin la cual la misma autoridad no tiene valor. Recordando, pues, la condición humana, no tememos decir que la Virgen pasó por la muerte temporal; igualmente Cristo, su Hijo, Dios y hombre a un tiempo, sintió su acometida; y esto, porque era hombre, formado en las entrañas de la mujer y salido de un seno maternal.*

"*¿Diremos también que esta misma Virgen fué detenida en los lazos de la muerte para resolverse, bajo los dientes de los gusanos, en podredumbre y polvo, como todos? Antes de responder veamos primero si era cosa conveniente a tanta santidad; digamos, mejor, a las prerrogativas de este magnífico palacio del Dios Eterno. Sabemos que fué dicho al primer hombre: **"Polvo eres y en polvo te convertirás"*** (Gen., III, 19). *Si se entiende de la muerte, la sentencia es general. Si se interpreta de volver al*

*polvo, la carne de Cristo, tomada de María, no sufrió ese oprobio... El Santo de los Santos, que al tercer día subió victorioso de los infiernos, no vió la corrupción. La carne que tomó de su Madre, muerta por causa de la humana condición, volvió a la vida por la virtud de Dios... Así, pues, la naturaleza formada de la carne virginal de María escapa de la ley general. Y si esto no conviniera a María, conviene al Hijo que Ella engendró.* ***Quod si non Mariae congruir, congruit tamen filio quem genuit*** (Op. cit., c. 2 y S, 1.144).

"*De manera que la sentencia pronunciada contra Adán no alcanzó a Cristo, Hijo de María. Veamos* —dice nuestro autor— *si la sentencia que hiere a Eva y a todas las mujeres en ella* (Gen., III, 16). *admite una excepción en favor de esta Madre Bienaventurada, y si muestra en María una virginidad fecunda, una esposa no sometida al peso del poder marital, un parto sin dolor.* ***"Y todo esto lo debe a su inestimable santidad, a la gracia singular que la hizo Madre de Dios. Es, pues, justo que sea exceptuada de las leyes generales aquella que con tal gracia es preservada y tiene dignidad tan prodigiosa... Siendo así que tantos privilegios la distinguen, ¿será impío decir que, aunque pasó por la muerte común, no fué detenida por los lazos de la muerte, aquella en quien el Señor quiso nacer y hacerse semejante a nosotros en la carne? Sabemos que Jesús lo puede todo, porque Él mismo ha dicho: Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra*** (Matth., XXVIII, 18). ***Si, pues, quiso conservar intacta la casta virginidad de su Madre, ¿por qué no querría salvarla de las verguenzas de la corrupción?"***(Op. cit., c. 4 y 6, 1.144, sqq.). *He aquí, ciertamente, una sólida presunción en favor de la Asunción corporal de María.*

El autor, fiel a su método, va después desarrollando las pruebas de alta**conveniencia** que deben hacérnosla creíble. No hay una que no se apoye en su cualidad de Madre. Dice primero: "*Responda quien ha conocido el pensamiento del Señor o quien ha estado en su consejo: ¿no es propio de la bondad del Señor el conservar Él el honor de su Madre; del Señor, digo que no vino a destruir la ley, sino a cumplirla?* (Matth., V, 17). *Ahora bien; la misma ley que manda al hijo honrar a su madre, le prohibe hacer o permitir lo que sería un oprobio para ella. Por tanto, puédese creer piadosamente que el mismo Hijo de Dios, que tan maravillosamente honró a su Madre viva encarnándose en sus entrañas, la honrase también en la muerte, salvándola de toda corrupción... Porque, al fin, la podredumbre y los gusanos son oprobio de la condición humana*" (Op. cit.. c. 5, 1.145).

A esta primera prueba se agrega otra aún más eficaz. Propio es de la gracia unirnos con Jesús, como miembros de su cabeza. Esta unión de gracia es ya un privilegio singular de María, porque ¿dónde hallar una plenitud de gracia, no igual, pero ni comparada a la suya?

Pero, además de esta unidad de gracia, hay entre Jesús y su Madre cierta unidad de naturaleza, porque **la carne de Jesús es la carne de María;** nos referimos a la carne que Jesús glorificó en su resurrección, puesto que esta carne gloriosa es identicamente aquella misma que tomó de su Madre. Si pues Jesús, como Él mismo dijo, quiere tener consigo en la gloria a los que están unidos con Él por gracia (Joan., XVII, 11, 20), ¿dónde ha de estar su madre, que estuvo unida con Él no sólo por una gracia excelentísima, sino por el lazo estrechísimo de la naturaleza? ¿dónde ha de estar sino en compañía de su Hijo?

Allí estará, como los otros Santos, por la dichosa y beatífica visión de Dios; pero estará, además, con su propia carne. Porque, si la presencia en espíritu responde a la unión por espíritu, ¿no es fuerza que la presencia en la carne responda también a la unión por la carne? Cuanto más, que desde la Ascensión de su Hijo Nuestro Señor, María tenía ya en Él su cuerpo en el cielo; no el cuerpo por el cual había engendrado, sino aquel que Ella había engendrado: *si non suum per quod genuit, temen suum quod genuit*. ¿Era conveniente separar, en cierto

modo, este doble cuerpo de la Virgen uno viviendo en la gloria, otro puliéndose en el sepulcro? "*No; mientras no me pongan una autoridad manifiesta, creeré firmemente que no están desunidos.*"

"*En verdad* —continúa nuestro autor— *es por extremo conveniente que el trono de Dios, que el hecho nupcial del Señor, que la morada y el tabernáculo de Cristo estén allí donde está Cristo. El cielo, y no la tierra, debe guardar tan precioso tesoro... Que mi carne se convierta en abyecto pasto de gusanos, es justo y fácil de concebir; pero que le espere igual suerte a la carne purísima de María, a aquella carne de la cual tomó Cristo su cuerpo para hacerlo cuerpo de Dios, no lo puedo pensar, y me estremecería de decirlo: **tanto la gracia incomparable de la maternidad divina rechaza semejante idea***". (Op. cit., c. 5 et 6, 1.145, sqq.).

Añadid una nueva consideración, basada en aquellas palabras del Señor: "*Si alguno me sirve, me seguirá, y donde yo esté, allí estará también mi servidor*" (Joan., XII, 26). Sentencia y promesa general que se extienden a cuantos han servido a Cristo Jesús con su fe y con sus obras; pero que se aplica infinitamente mejor a la Virgen María. Porque Ella sola sirvió a Jesús desde el primer instante de su existencia hasta el último, desde Belén hasta el Calvario, desde el pesebre hasta la cruz, y con cuántas fatigas, cuántas tristezas y cuántas angustias. Ella sola podría decirlo, y le sirvió con fe sin igual, con amor y abnegación sin medida.

"*Si, pues, Ella no está donde quiere Cristo que estén sus ministros, ¿dónde estará? Y si está allí, ¿creeré que es con la gracia ordinaria? Pero entonces, ¿dónde estará el juicio justo del Señor, que da a cada uno según sus méritos? Y ¿cómo, después de haber colmado en vida a María de una gracia superior a la que derramó en los demás, la reduciría, después de su muerte, a la medida ordinaria? No es posible que Dios obre así con su Madre. Si es precisa la muerte de todos los Santos, debió serlo en grado eminente la de María, cuya gracia fué tan grande, que **lleva el nombre de Madre de Dios, y lo es, en efecto***" (Op. cit., c. 7, 1.146, 1.147).

He aquí ahora la conclusión que formula el piadoso autor: "*Después de haber considerado todas estas cosas y consultado la recta razón, entiendo que debemos confesar de María que está en Cristo y con Cristo: en Cristo, puesto que en Él tenemos el sér, el movimiento y la vida; con Cristo, preservada de la degradación que sigue a la muerte, de las mordeduras de los gusanos devoradores, transportada gloriosamente a los goces eternos del paraíso. Era como un deber para la bondad del Señor el reservarle una suerte más honrosa, después de haberla ensalzado tanto, que la hizo su propia Madre. Nadie, en efecto, negará que pudo concederle este privilegio. Ahora bien; si pudo, quiso; porque quiere todo lo que es justo y conveniente: **omnia quae sunt justa et digna.** Se puede, pues, según parece, concluir o deducir razonablemente que María goza, así en su cuerpo como en su alma, de una bienaventuranza inenarrable en su Hijo, con su Hijo y por su Hijo. Hase librado de la corrupción de la muerte Aquella cuya integridad virginal fué consagrada con el alumbramiento de un Hijo tan excelente: vive toda entera Aquella de quien tenemos la vida perfecta; está con Aquel a quien llevó en su seno, con Aquel a quien concibió, parió y alimentó con su substancia: Madre de Dios. Nodriza de Dios, Servidora de Dios, Compañera inseparable de Dios. En cuanto a mí, no tengo la presunción de hablar de otro modo, porque no me atrevería a pensar de otro modo tampoco... Si lo que he escrito es verdad, te doy gracias, ¡oh, Cristo!, de haberme hecho la merced de no pensar de la Virgen Santísima, tu Madre, sino lo justo, lo piadoso y lo digno. Si, pues, he hablado como debía, yo te ruego, Señor, con todos los que son tuyos, que me lo apruebes, y si no ha sido así, perdóname tú y los tuyos*" (Op. cit., c. 8 et 9, 1.148, sqq. Vese nquí la huella de las dudas ocasionadas probablemente por la carta que atribuían a San Jerónimo dirigida a Paula y a Eustaquio).

Citemos aún algunos testimonios de la Edad Media. He aquí, primero, a Pedro, Abad de Celia y después Obispo de Chartres. Aplicando a María el texto del Profeta: "*Virgen de Israel, vuelve a tus ciudades*" (Jerem., XXXI, 21), dice: "*Una voz ha salido de las moradas reales llamando a María, cargada de infinitas cosechas de virtudes, para que vuelva a la tierra de su nacimiento y a la casa de la eternidad. ¡Oh, Virgen de Israel!, vuelve a tus ciudades, es decir, el reino, ¡oh, Reina del cielo!, que te fué preparado desde el principio del mundo, espera tu vuelta, espera tu llegada, impaciente de ofrecerte sus homenajes y de sujetarse a tu amabilísimo imperio... ¡Oh!, si supieras con cuánta curiosidad las Virtudes del cielo, que no salen nunca o que salen rara vez de su palacio, preguntan a los ángeles destinados por Dios para guarda de los elegidos: ¿Cuándo vendrá nuestra Señora, nuestra Reina, nuestra Hermana, la Madre de Nuestro Señor y nuestro Rey? ¡Con qué anhelos del corazón envían recados diciendo: Virgen de Israel, vuelve a tus ciudades, sube a las alturas, entra en nuestros palacios, en nuestras bodegas; aquí todo es tuyo; esta es tu casa, tu señorío, tu herencia...! ¡Oh, Sulamitis!, vuelve para que te veamos* (Cant., VI, 12). *Vuelve de la cautividad del mundo, porque no es razón esté sujeta a la cautividad Aquella por quien los cautivos son libertados de su servidumbre. Vuelve de un medio de los hombres; pero sin pasar por la disolución de la carne, porque, estando exenta de la corrupción del pecado, justo es que entres en la vida inmortal y que veas cómo en ti la gracia divina absorve a la mortalidad. Vuelve a la libertad de la gloria de los hijos de Dios, porque, no habiendo reinado nunca el pecado en tu carne, es justo que goces en esa misma carne de la completa libertad, de la cual los ángeles, desde su creación, o, mejor dicho, desde su confirmación en gracia, han gozado en su substancia espiritual. Vuelve de la dignidad de los ángeles a la sobreeminente hermosura de los espíritus beatificados, porque con el mismo deseo con que miramos el rostro de tu Hijo, con ese mismo anhelamos fijar nuestras miradas en la hermosura de tu faz para que nos ilumine con su esplendor*" (Petr. Cellens., serm. 68, *de Assump.*, 2, P. L„ CCII, 850, 851).

**Pedro de Celia**, hablando del mismo asunto en otro lugar, desarrolla una idea muy del agrado de los escritores de Occidente: que la carne del Salvador y la de la Virgen María son una misma carne. El Verbo tomó una parte, que deificó en su persona e hizo instrumento de santificación para todo el género humano. "*¿Y se quiere que desdeñase esta misma carne, que la abandonase a la podredumbre, que se olvidase de su lecho nupcial, de su templo, del lugar de su origen, de su paraíso de* ***su Madre****, cuando Él mismo dice: Si una madre se olvidare de su hijo, yo no me olvidaré de ti?*" (Isa., XLIX, 15). *Nadie odia a su propia carne; por esto, Cristo Jesús no tardó en romper los lazos carnales que detenían a su Madre y en prepararle cerca de sí la morada que merecía por tantos títulos*" (Idem, ibíd., serm. 73, *de Assump.*, 866).

Hermosos pensamientos, que hallamos también expresados por **Pedro de Blois:**"*Parecíale a Cristo que no había subido entero al cielo, mientras no se llevó junto a sí a Aquella cuya carne y sangre habían formado su divino cuerpo. Deseaba, pues, apasionadamente tener consigo aquel vaso de elección, quiero decir el cuerpo virginal en el cual había puesto su complacencia; cuerpo inmaculado, donde nada ofendía la mirada de Dios, donde sobreabundaba la plenitud de todas las gracias y de todas las virtudes, embalsamado con todos los perfumes del cielo* (Petr. Blesens, serm. 33, *in Assumpt. B. M.* P. L., CCVII, 661, 662).

"*¿Por qué, pues, la había dejado durante algún tiempo sobre la tierra, si tan ardientemente deseaba tenerla en el cielo? Para que comunicase a sus discípulos de todo lo que había visto con más intimidad en su Hijo, de todo lo que tan largo tiempo había conferido en su corazón* (serm. 33, *in Assumpt. B. M.* P. L„ CCVII, 661, 662).

"*¿Y qué hace esta Madre en el cielo? Allí está como trono de misericordia. Gracias a su presencia, gracias a su oración, gracias a sus méritos, concede su Hijo la libertad a los cautivos, la luz a los ciegos, el descanso a los fatigados, la salud a los enfermos, la abundancia a los indigentes... Quitad el sol del mundo, y todo será noche. Quitad a María del cielo, y he aquí a todos los hombres hundidos en las tinieblas, en el error y en la ceguedad más extremada*" (Idem, ibid.)

He aquí otro testimonio de **San Hildeberto de Mans**: "*El hombre y la mujer* —dice este Santo Obispo— *son dos en una sola carne. Más expresamente aún: la madre y el hijo son una carne única, lo cual, los Santos Padres, bajo la inspiración del Espíritu Santo decretaron que si uno de los esposos deja el siglo para entregarse a Dios, el otro no puede quedarse en el mundo, estimando que una misma carne no podía estar así dividida de sí misma. Con harta más razón sería inconveniente que una parte de la misma carne virginal estuviese en el cielo y la otra en el sepulcro; que esta estuviese disuelta en polvo y aquélla libre de la corrupción. Por esto, la Virgen, después de haber sido preservada de la maldición que condena a la mujer a parir con dolor, lo es también de la sentencia que condena al hombre y a la mujer a convertirse en ceniza*" (Hildebert. Cenom., *de Assumpt*. Ii. V. P. L.. CLXXI, 627).

**III.** Esto mismo que afirman los Padres, lo proclaman justamente las antiguas Liturgias occidentales. Véase cómo habla de la Asunción de María el Misal gótico, por ejemplo: "*Aquella cuyo nacimiento nos ha colmado de gozo, cuyo parto nos ha llenado de indecible alegría, nos glorifica con su* ***Tránsito***. *Hubiera sido muy poco para Cristo santificar la entrada en el mundo de tal Madre, si no hubiera realzado magníficamente también su salida. Con justicia, pues, te ha recibido felicísimamente en su Asunción, a ti, que tan piadosamente lo recibiste cuando lo concebiste a Él mismo por la fe. Ajena y desasida de las cosas de la tierra, no podías tú quedarte cautiva. ¡Cuán gloriosamente fuiste redimida tú, a quien sirven los Apóstoles; tú a quien los ángeles honran con sus cánticos y Cristo con sus abrazos; tú, a quien las nubes sirven de carro, y que por tu Asunción entras en el paraíso para reinar allí, en medio de los coros de las Vírgenes!*" (Missa Assump. In Contestat. P. L., LXXII, 245, sq.).

El Breviario corresponde al Misal: "*No es permitido en modo alguno creer que la Madre de tal Hijo pudiera morir de nuestra muerte, ni que su carne sagrada se disolviera en polvo. Durmió, cierto, el último sueño; la reclinaron en el sepulcro; pero fué para que su Hijo la sacase de allí y la transportase luego al cielo*" (*Breviar, goth. in Sanctorali*, ad 15 ang. P. L., LXXXVI, 1.187. Véase también el comentario de San Gregorio el Grande. P. L. LXXVIII, 133, 401).

A estos extractos de la Liturgia latina sería fácil añadir muchos otros, igualmente claros y convenientes, tomados de las Liturgias orientales. Pero fuerza es limitar la extensión de estas citas, fuera de que esos textos no harían más que repetirnos, en otra forma, lo que nos han dicho los Santos Padres (Cf. Biblioth. *graec*. apud Fabric. IX, p. 166, (t. P. Sim. Wangnerek, S. J. *Pieras Mariana Graecor*. (Monachii, 1647), centuria 5). Con todo, no omitiremos el incomparable Prefacio que cantaba la antigua Iglesia de las Galias, antes de que Carlomagno introdujese en su imperio la Liturgia romana. No puede hallarse doctrina más amplia y sólida, ni más santo entusiasmo:

"*Digno es y justo, oh Dios todopoderoso, que os demos grandes y merecidas acciones de gracias en este tiempo solemne, en este día célebre entre todos, en que el pueblo fiel ha salido de Egipto, en que la Virgen María, Madre de Dios, ha pasado de este mundo a Cristo. Ella, que no ha contraído las manchas de la corrupción, y que no ha pasado por la* ***descomposición del sepulcro***; *Ella, libre de toda impureza, glorificada en su Germen, llena de seguridad en su Asunción; agraciada, por una preferencia*

*insigne, con la dote del paraíso; pura de todo contacto perjudicial a la virginidad, recibiendo homenajes por el Fruto de sus entrañas, libertada de los dolores del parto y de la angustia de último trance. Lecho espléndidamente bello, de donde sale el Esposo glorioso; luz de los pueblos, debeladora de los demonios, confusión de los judíos; vaso de la vida, tabernáculo de la gloria, templo celestial; Virgen cuyos méritos tanto más resplandecen cuanto más se comparan con los ejemplos de la antigua Eva.*

"*Porque si ésta introdujo en el mundo la ley de la muerte, Aquélla trajo la vida. Una nos perdió con su prevaricación; otra, con su alumbramiento, nos salvó. La primera, por la fruta del árbol, nos hirió desde la raíz; la segunda llevó sobre su tallo la flor que había de reanimarnos con su perfume y curarnos con su fruto. Aquélla engendra la maldición en el dolor; ésta asegura la bendición en la salud. La perfidia de aquélla dió su asentimiento a la serpiente infernal, engañó a su esposo, perdió a su estirpe; la obediencia de ésta nos concilio al Padre, nos mereció al Hijo, pagó la deuda de su posteridad...*

"*Pero ya es tiempo de que las antiguas lamentaciones den lugar a nuevos goces. Volvemos, pues, a ti, Virgen fecunda, Madre intacta, que no has conocido varón; joven Madre, nunca marchitada, sino honrada con tu fruto. ¡Oh tú, Bienaventurada, por quien los goces de arriba han bajado hasta nosotros!; después de haber festejado tu nacimiento, celebrado con alegría el precio de tu parto virginal, ahora glorificamos tu último* ***Tránsito****. Muy poco fuera, sin duda, que Cristo te hubiera santificado sólo en tu entrada y no hubiese hecho aún más hermosa a tal Madre en su salida. Sí; Aquel mismo te ha recibido muy felizmente en tu Asunción, a quien tú recibiste piadosamente para concebirlo por la fe; de tal suerte, que, no conociendo la tierra, no fueses detenida cautiva del sepulcro. Alma verdaderamente engalanada con un adorno celestial, a quien los Apóstoles ofrecen sus homenajes, los ángeles sus cantos, Cristo sus abrazos, las nubes un carro triunfal y la Asunción el paraíso, la gloria y, en fin, el primer grado en el coro de las Vírgenes. Por Cristo Nuestro Señor, a quien ángeles y arcángeles no cesan de clamar diciendo: Santo, Santo, Santo...*" (*Ex Missa in Assumptione*. P. L., LXXII, 245, 246).

Para gustar toda la hermosura de este canto, donde se expresan la fe de nuestros Padres y sus elevadas ideas de la Virgen Santísima, sería menester leerlo en su texto original, pues no hay traducción que pueda reproducir su movimiento lírico y su sublime concisión.

De esta manera, por todas partes, aun antes de la aurora de la Edad Media, elévase por doquier la misma voz, la cual afirma que la Virgen Santísima, la nueva Eva, "*habiendo Ella sola llevado en sus entrañas sagradas al Dios y Señor de cielo y tierra, había de subir en su carne hasta las más altas cimas de la gloria*" (*Ex Misaali Mozarab., in festo Assumpt.*, P. L., LXXXV 824), y que en el trono donde la ha colocado su Hijo es "*Suffragatrix incomparabilis coram filio: una* ***Orante****, una Intercesora, una Abogada incomparable cerca* ***de su Hijo***" (Ibídem).

## CAPITULO 4

**Razones con que los teólogos demuestran la conveniencia de la Asunción corporal de la Madre de Dios. Están tomadas de los Santos Padres.—Todas, inmediatamente o mediatamente, se refieren a la divina maternidad.**

Volvamos con la Teología sobre la doctrina expuesta por los Santos Padres, no para completarla, sino para sistematizar las pruebas, y así demostrar, si posible fuera, con más evidencia aún, cómo todo, en esta cuestión, se refiere a la maternidad divina y todo se deduce de ella.

**I**. Ante todo, como ya hemos comprobado, de la concepción del Verbo en el seno inmaculado de María, en otros términos, de la maternidad divina resulta inmediatamente la razón última de la Asunción. "*Hay* —dice Bossuet— *un encadenamiento admirable entre los misterios del Cristianismo, y el de la Asunción de María tiene una relación particular con la Encarnación del Verbo Materno. Porque si la divina María recibió al Salvador Jesús, justo es que el Salvador reciba, a su vez, a la Bienaventurada María, y no habiéndose desdeñado de descender a Ella, debía, pues, elevarla a sí para hacerla entrar en su gloria...*" (Bossuet, exordio del serm. 1 para *la fiesta de la Asunción*). En efecto, como quiera que se considere este misterio, pide como consecuencia la Asunción de la santa Madre de Dios. Su Hijo es la vida por esencia, y el autor de la vida; poseerle por algunos momentos en el Sacramento de su amor, es recibir en sí un germen de resurrección y de inmortalidad. ¿Se puede creer, después de esto, que aquella que es Madre de la Vida se convierta en pasto de la corrupción, y que habiendo poseído tan particularmente en su carne el principio de la inmortalidad gloriosa, no ocupe un orden aparte de la común victoria sobre la muerte? (San Germán, de Constant., y todos los demás).

Ahondemos más en el misterio de la Encarnación del Verbo. Ya vimos, cuando hablábamos de las armonías de la divina maternidad, cuán celoso se mostró Jesucristo de presentarse en el mundo como Hijo del hombre, y para tener este título, para ser de nuestra estirpe, tomó carne de una madre mortal. Con frecuencia, en el Evangelio se da este nombre, delante de sus amigos y de sus enemigos. El Hijo del hombre es el que anuncia la buena nueva; el Hijo del hombre es el que hace la voluntad de su Padre; el Hijo del hombre, el que padece y muere en la cruz; pero también es el Hijo del hombre quien sale vivo y glorioso del sepulcro y va a sentarse a la diestra del Padre, de donde bajará a juzgar a los vivos y a los muertos. Juan, en su *Apocalipsis*, lo contempló como Hijo del hombre, coronado con todo el esplendor de su poder, y las Escrituras casi se cierran con este mismo título (Apoc., XIV, 14; I, 3). ¿No es pues, cosa conveniente que, queriendo recibir como Hijo del hombre las adoraciones, no sólo de la tierra, sino del cielo tenga alli cerca de su cuerpo, el cuerpo inmaculado de su Madre, como un argumento sensible y palpable de esa cualidad de que hizo tanta estima?

Por doquiera se revelan nuevas armonías entre la Encarnación del Hijo y la Asunción de la Madre. Es justo que la recepción hecha por Jesús a María responda a la que María hizo en si misma a Jesús, cuando vino a Ella. Sabemos que María no recibió a Jesús a medias. Antes de concebirlo en sus purísimas entrañas, lo había concebido ya en su corazón, de tal modo, que la recepción en la carne iba indisolublemente unida a la recepción que había tenido lugar en el alma. Y siendo esto asi, ¿por qué Jesucristo al llamar a su Madre a compartir sus triunfos, no había de darle como un doble nacimiento, es decir, el nacimiento del alma y el del cuerpo, a la vida gloriosa? ¿Qué cosa más natural que llamarla a sí **toda entera**, cuando Ella **toda entera lo había recibido**?

Recordemos, en fin, esta última deducción que leemos en San Andrés Cretense(hom. 2, *in Dormit. S. M. Deip*. P. G., XCVII, 1032, sq.; col. m. 1, 1056). Después de haber demostrado el Santo Obispo cuánto convenía al Verbo encarnado preparar a su Madre un destino semejante al suyo, trae como testimonio el sepulcro mismo de María; porque, estando vacío, es una atestación sin réplica de que el tesoro que encerraba fue transportado, no a cualquier lugar desconocido de la tierra, sino al cielo.

Entiéndase bien la fuerza del argumento (aunque supongamos que el sepulcro es desconocido, el argumento conserva toda su fuerza). El sepulcro de la Virgen no guarda ya su precioso depósito; nadie en el mundo puede preciarse, ni se preció nunca, de poseer aquellos despojos virginales. Por consiguiente, el cuerpo de nuestra Santísima Madre resucitó, como el del Señor. Y ¿por qué esta conclusión? Porque si se hubiera consumido todo en el sepulcro, si la piedad de los cristianos no hubiera podido arrancar de la destrucción la menor partícula, hubiera hecho Jesucristo menos por su Madre que por millares de sus elegidos. En efecto, los cuerpos de los Santos, sin hablar de aquellos que la mano divina ha conservado incorruptos; de esos cuerpos, decimos, por descompuestos y deshechos que estén por la muerte, consérvanse reliquias en nuestros altares, engastadas en oro y piedras preciosas, y nuestros homenajes los vindican, en cierto modo, del oprobio de la tumba. Y mientras el Señor honra de este modo los restos mortales de sus amigos, porque fueron templos del Espíritu Santo e instrumentos de la justicia, el lecho del Esposo encarnado, el arca de la santificación, el tabernáculo mil veces más puro y sagrado que todo corazón de hombre, aquel que los Santos Padres nos representaron todo resplandeciente con el oro del Espíritu Santo, ¿permanecería perdido en la destrucción común, ignorado hasta la hora del último despertar y privado del honor del cielo y de la tierra?

¿Quién podrá admitir esto y quién no pensará, al sostenerlo, que ofende más al Hijo que a la Madre? Se ha de confesar, con la antigua tradición de los cristianos y con toda la Iglesia, que el cuerpo de la Madre de Dios no hizo más que pasar por la muerte, y que, reunido prontamente con su alma bienaventurada, fue llevado de la tierra al cielo incorruptible y glorioso. Pensar de otro modo, repetimos, sería hacer injuria al amor, al respeto, a la gratitud del mejor de los hijos hacia la más santa y más amante de las madres.

Consideremos, además, con nuestros antiguos doctores, que, en virtud del misterio de la Encarnación del Verbo en el seno de la Virgen, la carne de Jesús y la de María son una misma carne. ¿Y va a dividirse, en cierto modo, esta carne entre el cielo y la tierra, entre el esplendor del triunfo y la ignominia del sepulcro? ¿Allí, revestida de gloria y de incorruptibilidad; aquí, pasto de gusanos, polvo y ceniza? Parecería que Jesucristo no había subido entero a la gloria; algo suyo quedaría en manos de la muerte, y su victoria sobre ella tendría alguna sombra. Entonces, verdaderamente, la carne de Jesús podría decir a la de María: "*Yo no me creo bastante glorificada mientras no estés también tú glorificada*" (San Hildebert. Pedro de Cella (Moutier-le-Celle), Ludovico Blosio, el *Traité de l'Assumption*, etc.).

Y ¿por qué no lo hemos de decir con los Santos Padres? La demostración palpable de que Nuestro Señor quiso darnos de nuestra futura resurrección no tendría, sin la resurrección de su Madre, toda la fuerza de convicción que ahora tiene. Para que la duda sea como imposible, no nos basta el saber que nuestra carne vive eternamente en una persona divina; necesitamos verla glorificada en una pura criatura como nosotros, y esta persona creada debe ser, entre todas, la Madre de nuestro Salvador. ¿Por qué? Porque ninguna otra lo ha merecido como Ella, por razón de su maternidad; porque, no habiendo estado ninguna otra tan unida con la sangre al Redentor, su singular resurrección es, por eso mismo, el testimonio más indudable de la virtud vivificante propia de la sangre divina; porque Ella, *la Mujer*por excelencia, saliendo del sepulcro es especialmente para su sexo, la prenda palpable de resurrección, como Jesucristo lo fue para el hombre; en fin, por que Ella es, en virtud de su maternidad di-

vina, la Madre universal de los hijos de adopción, y la suerte de los hijos debe ser algún día conforme con la de su Madre.

En conformidad con estas ideas, exhortaba San Bernardo a sus oyentes, después de haber descrito la alegría del cielo a la llegada de la Madre de Dios, a compartir este gozo, aunque María dejase la tierra: "*Nosotros tampoco* —le decía— *tenemos aquí morada permanente; ¿no deseamos aquella donde la Virgen bendita hace y su entrada? Nuestra Reina se nos ha adelantado, nos precede, es tal el esplendor de su triunfo, que nosotros, sus siervos, tenemos esperanza de seguirla. Sí, le suplicamos, llenos de confianza: ¡atráenos en pos de Ti!* (Cant. I, 3). *Peregrinos del destierro, hemos envíado delante de nosotros una abogada admirablemente hábil para negociar los intereses de nuestra causa, puesto que es la Madre del juez, la Madre de la Misericordia y nuestra Madre*" (San Bernard., *in Assumpt*., serm. 1, n. 1 et 2. P. L., CLXXXIII, 415)

**II.** Si en la maternidad divina, considerada en si misma, hallamos títulos positivos del privilegio de la Asuncion, no los hallaremos menos en las prerrogativas derivadas de la maternidad. Ya dejamos asentado, cuando hablábamos de la Concepción Inmaculada de María: todo en Ella es orden y concierto, por lo cual, lo que en otros sería extraordinario, es en Ella como natural (Cf. L. IV, c. 3, n. 1, pp. 255, sqq.)Esta verdad se aplica en particular al **Tránsito** de la Madre de Dios, después de una vida como la suya, su muerte hubiera tenido el mismo carácter y las mismas consecuencias que en los demás hombres; habría en esto una manifiesta anomalía que no se podría ni explicar, ni justificar. Un destino común y ordinario por término de una vida en que todo hasta entonces había sido sobrenatural y milagroso, sería una **disonancia** en el más hermoso de los conciertos. Tal fue una de las razones más poderosas que tuvieron los Santos Padres para afirmar el misterio particular de la Asunción (Juan de Eucania, San Andrés de Creta, San Juan Damasceno, etc.).

Pero no solamente del conjunto de las prerrogativas de María se deduce la Asunción, sino también de cada una de ellas considerada en su realidad particular. El primer misterio que debemos considerar es el de la Concepción inmaculada de María; añadámosle su corolario natural, que es la gracia de la integridad, es decir, la extinción de la concupiscencia y de todo desorden de los sentidos. ¿Quién no ve que ese privilegio debía eximir a la Santísima Virgen de la sentencia pronunciada contra Adán prevaricador y contra su descendencia: "*Polvo eres y en polvo te convertirás*"? (Gen. III, 19). Porque, en efecto, "*el pecado entró en el mundo por un solo hombre, y la muerte por el pecado; y así, la muerte ha pasado a todos los hombres por aquel en quien todos pecaron*" (Rom., V, 12). El introductor de la muerte es el pecado original. Con él penetra en los hijos de Adán; por él se deposita su germen en todos los hombres que vienen a este mundo. El acto mismo que transmite la vida al nuevo ser lo condena a la muerte, porque lo hace pecador. Así, estas dos muertes, la del cuerpo y la del alma, están unidas la una a la otra por un lazo de origen, y la una es consecuencia de la otra.

Por eso María, preservada de la muerte del alma por razón de su divina maternidad, debe serlo también de la corrupción, que es propiamente la muerte del cuerpo. La misma ley que nos sujeta a nosotros a la corrupción, la exceptúa a Ella; porque, según esta ley, la muerte es efecto del pecado. Para que María la sufriera, hubiera sido preciso un milagro, pero un milagro de disfavor para con Ella, pues hubiera pasado por una degradación cuyo título y primer germen no había recibido.

Murió, sin embargo; pero con una muerte que no es la de los pecadores (De aquí la condenación de la proposición 73 de Bayo: "*Nemo, praeter Christum, et absque peccato originali: hinc Beata Virgo mortua est propter peccatum ex Adamo contractum...*" (Denzinger, Enchiridion, n. 953)). La muerte, como efecto del pecado, trae consigo la corrupción de la carne, de esta carne de pecado que, aun después de la purificación del alma, ha de ser destruida y renovada antes de participar de la vida gloriosa. Por lo cual, no a la muerte sencillamente, sino a la muerte que disuelve y corrompe, condenó el Soberano Juez al hombre caído y culpable (Gen., III. 29). Pero no podía ser, ni fue así, la muerte de la inocentísima María. Si convino que viviese, como nosotros, en un cuerpo pasible, y que su alma bienaventurada se separase por un instante de su cuerpo, fue esto consecuencia de una economía superior, cuyas razones hemos dado más arriba; pero estas mismas razones no pedían más que un **Tránsito** breve, en que no tuviese parte la corrupción, en que la mortalidad se apresuraría a dejar sitio a la inmortalidad (Cf. L. VIII, c. 1, pp. 476, sqq.).

Y da a esta prueba una confirmación más decisiva el don de **integridad**, fruto inmediato de la Concepción inmaculada de María, como quiera que por sí solo demuestra que ese cuerpo virginal no es la carne de pecado, el cuerpo de muerte(Rom., VII, 24; VIII, 3) que pesa sobre el alma, que la aprisiona, y que no podría poseer el reino de Dios (I Cor., XV, 50) mientras no sea totalmente reformado sobre el modelo del Adán celestial (Phil., III, 12).

A estos títulos, los Santos Padres han añadido, de común acuerdo, la santa virginidad. "*Ella es* —dice Bossuet, resumiendo lo que aquéllos escribieron— *como un bálsamo divino que preserva de corrupción el cuerpo de María, y quedaréis convencidos si meditáis atentamente cuánta fué la perfección de su pureza virginal*"(Bossuet, serb. 1, por la féte de l'Assumption, punto segundo). Dios mismo, a quien nada se le oculta, no descubrió nunca en Ella la menor mancha. Nada impuro, nada manchado en su alma; ni un deseo, ni un movimiento, ni un atractivo que no fuera inmaculado, y nada en sus miembros que no respondiese a la pureza de su alma. La misma gloria de la maternidad, que en las otras mujeres es incompatible con la virginidad del cuerpo, elevó la de María a un grado eminente, la convirtió en la plenitud misma de la virginidad. Ya lo dejamos demostrado de manera que no es preciso insistir en este punto; pero sí conviene recordar que este privilegio de la virginidad fue lo que preservó a esta Bienaventurada Madre de los ataques de la muerte común y le valió el no entrar sn el sepulcro sino para dejar en él la mortalidad.

Porque, ¿cómo admitir que el seno virginal de Maria, prevenido con tanta pureza, colmado de tantas bendiciones, revestido de tantas gracias, **angelízado**, por decirlo así, terminase en esa horrible descomposición que vemos, en un cadaver, y que el mismo Dios, que para glorificar la viriginidad libra a veces de la corrupción los despojos mortales de sus vírgenes, no preservase más gloriosamente los de la Virgen por excelencia? ¿Cómo concebir que aquel mismo poder y aquel mismo amor que fueron tan celosos en conservar la integridad de la Madre divina antes del parto, en el parto y después del parto, la olvidase después hasta dejar que se convirtiese en un montón de podredumbre? ¿No sería esto desmentirse a si mismo y quebrantar su designio primero? (Tal fué la fuerza de esta prueba, que llegó, según hemos visto, hasta hacer dudar a San Epifanio de la muerte misma de María: "*Tibi Rex omnium Deus quae supra naturam sunt, impertit, impertit: sicut enim in partu te virginem custodivit ita in sepulcro corpus tuum servavit incorruptum, divinaque translatione glorificavit, te matrem utpote filius donis augens.*" (Joan Damasc., *In Menaeis*, dic. 15 aug. ad Matut.)).

Pero no paran aquí las divinas armonías de los privilegios de la Virgen con su Asunción. Según veremos pronto, María, en cuanto Madre, estuvo asociada a Jesucristo en la Cruz para hacer morir allí nuestra común muerte. La parte **única**que tomó en los padecimientos y en el triunfo de su Hijo basta, a quien lo sepa entender, para ver en Ella un doble titulo a la resurrección anticipada que celebra la Iglesia. Un titulo en la comunidad de padecimientos (Luc., XXIII, 25 sq.). Por éstos entró el Hijo viviente en su gloria; luego su Madre debió seguirlo, por cuanto estuvo igualmente asociada a su martirio. Otro título, en la comunidad del triunfo: porque ¿podríase decir que con su Hijo y por su Hijo triunfó de la muerte y de la corrupción, si, mientras Él rompe los lazos con que quiso la muerte aprisionarlo, María quedase cautiva de ella y encadenada hasta el fin de los siglos? Parécenos que los ángeles y los santos del cielo se asombrarían, y con razón, si no viesen sentada junta al Triunfador de la muerte, con su carne glorificada, a la Mujer compañera de su lucha y particionera de su victoria sobre esa misma muerte.

## CAPITULO 5

### Entrada de la Santísima Virgen en el Cielo.

**Como reina, se asienta a la derecha de su Hijo, por cima de todas las jerarquías celestiales. Su bienaventuranza y su coronación final.**

**I.** Apenas entregó la Virgen Santísima su alma purísima en manos de Dios; cuando entró en la gloria. No ha querido el Espíritu Santo revelarnos de modo preciso cuanto el cuerpo sagrado de María, preservado de toda corrupción, entró en posesión de la vida perfecta. Es opinión común y respetable que María no permaneció más de tres días en el sepulcro. Entonces salió, como Jesús, viva y glorificada en su carne para subir al cielo en pos de su Amado.

Pero, si se trata del alma y no ya del cuerpo, en el mismo instante en que ésta se separó de aquélla, en ese mismo punto comenzó la glorificación de María. Para Ella no hubo intervalo entre la muerte y la bienaventuranza substancial; es decir, la visión intuitiva y el goce de Dios. En efecto, nada de lo que en otros retrasa la entrada en el gozo del Señor, podía serle obstáculo. El artículo de nuestra fe que las almas más santas no son admitidas al eterno banquete antes de haber pagado hasta el último cuadrante de las deudas contraídas con la Justicia divina. Pero la Virgen inmaculada, pura de toda falta personal, ¿qué deuda tenía con la justicia de Dios?

La doctrina católica nos enseña también que, antes de la muerte del Salvador, el cielo estaba cerrado para todos los hijos de Adán. Aunque hubiesen satisfecho plenamente por sus culpas propias, el pecado común de la naturaleza les impedía la entrada. Era preciso que el Pontífice de la Nueva Alianza se presentase delante de su Padre con el precio de la eterna Redención (Hebr., IX, 12 aq.), para que los justos, detenidos en la misteriosa región de los limbos, pudiesen penetrar en el reino de Dios. Esto es lo que, en sentir de los Santos Padres, estaba figurado en una prescripción de la Ley Mosaica, consignada en el libro de los Números: quienquiera que había cometido algún homicidio involuntario y quería librarse de la venganza de los parientes de su víctima, tenía que huir y morar en una de las ciudades de**refugio**, hasta la muerte del **Sumo Sacerdote**; entonces solamente podía volver impunemente a su ca-

sa (Núm. XXXV, 20, 28). José, e1 bienaventurado esposo de María, no se libró del destino común; por haber ignorado esto algunos autores o haberlo echado en olvido pretendieron hacerlo pasar inmediatamente después del último instante de su vida mortal a la visión de Dios; como si no hubíera sido él uno de los justos a quienes Cristo, por virtud de su Sangre, libertó cuando descendió a los infiernos (San Thom., 3 p., q., 62, a. 5). Pero cuando Maria entregó en manos de Dios su alma siempre inmaculada, Cristo, el Pontífice de los bienes futuros, había muerto, y, llevando la sangre de la Nueva Alianza, había entrado con su carne por las puertas del cielo y nos había franqueado la entrada. Así, pues, para María fue instantáneo el paso de las tinieblas de la vida perecedera a los admirables esplendores de la eterna luz.

No nos detenemos a examinar si el segundo obstáculo para la glorificación de los justos, anteriormente a la muerte del Salvador y Reparador de los hombres, podía ser un impedimento para aquella que, gracias al privilegio de su Concepción, no había participado de la común caída. Si convenía que el precio de sus gracias fuera efectivamente pagado antes de que recibiera la plenitud sustancial, que es la visión de Dios, no estaba ciertamente sometida a la sentencia de exclusión que pesaba sobre todos los hijos de Adán.

¡Cuánto holgaríamos de poder seguir con la mirada a María dejando la tierra y elevándose, ligera y majestuosa, al cielo! Pero sucede con su Asunción triunfante como con la Ascensión del Salvador: una nube la envuelve y la roba a los ojos de los mortales (Act., I, 9).

Ao menos, nos es permitido entreverla en las brillantes imágenes que nos ofrecen las descripciones de los Santos Padres. He aquí, primeramente, a Jesucristo que desciende de los cielos al encuentro de su Madre virginal. Más de una vez ha venido Nuestro Señor a consolar y fortalecer en el último momento a sus amigos y servidores. Estuvo, de cierto y visiblemente, a la cabecera de José moribundo; ¿no podremos pensar, con San Juan Damasceno, que asistió de igual modo a su Madre? (San Joan. Damasc., hom. 2, *in Dormit. Deip*., n. 10. P. G., XCVI, 736).

Mas no bajó solo Jesucristo. "*Leemos* —dice un antiguo autor, ya citado— *que muchas veces han venido del cielo los ángeles a honrar con su presencia las exequias de los santos; también se han oído sus cánticos en el aire en diversas ocasiones. Otras también, por obra de ellos, una luz celestial ha coronado a los amigos de Dios, mientras de sus cuerpos se exhalaban perfumes desconocidos en la tierra. Si para manifestar sensiblemente el mérito de sus elegidos a hecho Nuestro Señor tales maravillas por el ministerio de los ángeles, ¿cómo dudar que la milicia celestial honrase mucho más el glorioso cuerpo de la Madre de su Dios, de su Reina?*" (Serm. *de Assumpt*., n. 8, in Mantissa Opp. S. Hieron. P. L., XXX, 130). Y concuerda con lo dicho la tradición de los orientales, según atestiguan San Juan Damasceno, San Andrés Cretense y otros, en sus homilías sobre la **Dormición** de la Santísima Virgen.

Y estos mismos ángeles sirvieron de escolta a María triunfante. Pero, aunque las pinturas que representan esta subida parecen insinuar lo contrario, no fue la virtud o fuerza de estos ángeles la que sostuvo y llevó a la Madre de Dios. Tenemos por testigos de nuestro aserto a sus compañeros celestiales, que, viéndola subir hacia las eternas morada, prorrumpen en este grito de asombro y admiración: "*¿Quién es ésta que se eleva del desierto, inundada de delicias, apoyada en su Amado?*" (Cant., VIII, 5).

Sube por su propia virtud, porque es cualidad de las almas glorificadas el libertar al cuerpo de las leyes de la gravedad y el poderlos mover a su arbitrio ("*Ubi volet spiritus, ibi*

*protinus erit Corpus"*, dice San Agustín, de Civit., L. XXII, e. últ.). Y, con todo, sube apoyada en su Amado, porque esta virtud que tiene de subir por sí misma le viene de Él; porque el Amado, elevándose con Ella, la tiene amorosamente cogida de su diestra (Cant., II, 6).Y la milicia celestial canta a coros; "*¿Quién es ésta que avanza con la aurora, hermosa como la luna, escogida como el sol, poderosa como un ejército en orden de batalla?*" (Ibídem, VI, 9). A lo que responde la escolta de María: "*Es el templo de Dios, el santuario del Espíritu Santo, la púrpura del gran Rey; el Propietario, la Urna, el Maná y el Arca del Testamento... La Madre de Dios, la Esposa de Dios, la Hija de Dios, nuestra Reina y la vuestra*" (S. Thom. a Vill., *in f. Assumpt*., conc. 2, II, II, 315).

A los cantos de triunfo de los espíritus angélicos, presto unen sus cánticos de alabanza las almas ya glorificadas: "*Tú eres la gloria de Jerusalén; tú, la alegría de Israel, la honra de nuestro pueblo*" (Judith, XV, 10).

"*En cuanto a mí* —dice Bossuet, celebrando este gran misterio—, *si me es permitido mezclar mis propias ideas a secretos tan augustos, me imagino que Moisés, al ver a esta Reina, no pudo menos de repetir la hermosa profecía que nos dejó en sus libros:* ***"Saldrá una estrella de Jacob, y una rama se levantará de Israel"*** (Núm. XXIV, 17). *Isaías, embriagado del Espíritu de Dios, cantó a la Virgen que había de concebir y dar a luz a un Hijo (Isa., VII, 14). Ezequiel reconoció en Ella aquella puerta cerrada por la cual nadie entró ni salió nunca, porque el Dios de las batallas entró por ella (Ezech., XLIV, 2). Y en medio de ellos, e1 real profeta David arrancaba a su celestial lira este admirable cántico:* ***"Veo a tu derecha, ¡oh, Príncipe mío!, a una Reina con vestido de oro, adornado de maravillosa variedad. Toda la gloría de esta Hija del Rey es interior; pero, eso no obstante, se halla revestida de divinos adornos. Las vírgenes se presentarán en pos de ella a mi Rey; serán conducidas a su templo con santa alegría"*** *(Psalm. XLIV, 10, 14-16). Pero la misma Virgen dejaba suspensos a los espíritus bienaventurados y sumidos en respetuoso silencio, repitiendo del fondo de su corazón aquellas sublimes palabras:* ***"Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se llena de gozo en Dios, mi Salvador; y he aquí que todas las generaciones me llamarán Bienaventurada"*** *(Luc., I, 46). Tal fue la entrada de la Virgen Santísima en el cielo. La ceremonia ha concluído; toda la pompa sagrada ha terminado. María es colocada en su trono, entre los brazos de su Hijo, en ese eterno mediodía, según expresión de San Bernardo*" (Bossuet., serm. 1, l'Assompt., tercer punto).

**II**. La Madre de Dios ha entrado en la mansión feliz de los elegidos. ¿Qué puesto ocupará? ¿Qué lugar va a darle el Señor Dios, su Hijo? Dos fórmulas nos sujieren la respuesta: una, propuesta por varios de nuestros teólogos; otra, empleada por los Santos Padres. María —dicen los Santos Padres— toma asiento en un trono a la derecha de su Hijo, y la Santa Iglesia confirma este pensamiento, cuando aplica a la Madre de Dios estas palabras del Rey Profeta: "*La Reina está sentada a tu derecha...*" (Psalm. XLIV, 10). A Ella prefiguraba Esther, la libertadora de Israel, de la cual se escribe que el rey Asuero, habiéndola recibido en su cámara real, "*la amó más que a todas las otras vírgenes..., y la colocó la diadema en la cabeza*" (Esther, II, 16, 17). Figura profética de Ella fue también Bethsabée, madre de Salomón, cuando aquel Rey, gloriosa prefiguración de Cristo, viéndola venir hacia sí, "*se levantó para salir a su encuentro, la saludó con una inclinación respetuosa y la hizo sentar en un trono a la derecha de su propio trono*" (III Reg., II, 19).

Tal es la primera fórmula. Según la segunda, María, elevada muy por cima de los espíritus angélicos, constituiría por sí sola un orden aparte, un coro, una jerarquía, que ocupa, en cierta manera, un lugar intermedio entre la Jerarquía divina y las jerarquías creadas (Gerson, tract. 4, su per Magníficat, opp. IV, p. 286). Consideremos sucesivamente estas dos fórmulas.

A entender mejor el significado de la primera nos ayudará el recordar que en la Sagrada Escritura se usa, para expresar la relación entre Jesucristo glorioso y su Padre: "*Y el Señor Jesús* —dice San Marcos— *fue elevado al cielo, y está sentado a la diestra de Dios*" (Marc., XVI, 19). "*Tenemos un Pontífice que está sentado en los cielos, a la diostra del trono de la Majestad*" (Hebr., VIII, 1; cf. Rom., VIII, 31; Hebr., 1, 3 y 13; XII, 2; Eph., I, 20; Col. III, 1.). Y en otro lugar: "*Jesucristo, después de haber vencido a la muerte, está a la diestra de Dios*" (I Petr., III, 22). De la Escritura pasó esta fórmula a los símbolos de la fe, como vemos en el de los Apóstoles, en el de Nicea y en el de San Atanasio.

¿Cuál es su exacta significación? La respuesta depende de la manera en que consideremos a Cristo. Si lo consideramos en cuanto Dios, el estar sentado a la diestra del Padre es lo mismo que tener una misma gloria, una misma beatitud, un poder mismo con Él; gloria, poder y beatitud inmutablemente poseídos en un eterno reposo, pues que son la Divinidad misma. Si lo consideramos en cuanto hombre y en su **Humanidad** (Esta sesión de Cristo a la diestra del Padre se propone en los textos como término de su Ascensión ; por consiguiente, se hn interpretar sobre todo de Cristo en cuanto hombre), es también el reposo en la posesión segura de la grandeza, de la beatitud, del poder; pero de una grandeza, de una beatitud y de un poder inferiores a los de Dios, pues que son herencia y propiedad de una naturaleza creada; pero todavía tan excelentes, que ningún otro poder, ninguna otra grandeza, ninguna otra beatitud podrán jamás, no digo igualarles, pero ni aun siquiera acercárseles (Cf. S. Thom., 3 p., q. 58. Este hombre, que es Jesucristo, no es otro que el Verbo de Dios, subsistiendo en dos naturalezas. Se puede, pues, más aún, se debe decir con toda verdad que el hombre tiene en él la misma beatitud, la misma majestad, el mismo poder que el Padre; pero en su naturaleza divina y por su naturaleza divina. Aquí lo consideramos como hombre, es decir, en cuanto subsiste en su naturaleza humana y, por tanto, es inferior a su Padre, según él mismo declaró: *Pater, major me est*). Estas breves nociones bastarán para entender de qué manera y en qué sentido está la gloriosa Virgen sentada a la diestra de su Hijo. Lejos de nosotros la idea de que está materialmente sentada: lo que sería ridículo y fuera de razón cuando se trata del Hijo, no sería menos cuando se habla de la Madre.

Volvamos a San Pablo, y, y por lo que nos dejó escrito acerca del Hijo, juzguemos lo que se ha de pensar acerca de la Madre. *Jesús* —dice el Apóstol, *siendo el esplendor de la gloria del Padre y la imagen de su substancia..., está sentado en lo más alto de los cielos, a la diestra de la Majestad. Tanto más elevado sobre los ángeles, cuanto el nombre que ha heredado es más alto que el nombre de ellos. Porque, ¿a qué ángel ha dicho Dios: Tú eres mi Hijo; Yo te he engendrado; y en otro lugar: Yo seré su Padre, y Él será mi Hijo? ¿A quién de los ángeles ha dicho el Señor: Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies? ¿No son todos espíritus administradores, enviados como ninistros en auxilio de los que serán herederos de la salud?*" (Hebr., I, 3-5, 13-14).

Tales son los títulos incomunicables que tiene Cristo para sentarse a la diestra del Padre. Pues esos mismos son, guardada la proporción debida, los que María tiene. También Ella está tanto más elevada sobre los ángeles y los hombres, cuanto el nombre que heredó es más alto que el nombre de todos. Porque, ¿a cuál de los ángeles, a qué criatura dijo nunca el Hijo de Dios: Tú eres mi Madre; hoy he sido engendrado de ti?. Todos son ministros; Ella sola, aunque se dió a sí misma el nombre de esclava, puede decir a Cristo, Señor de todos: Yo soy tu Madre, y tú eres mi Hijo. Así, pues, ¿a cuál de los ángeles o de los hombres ha dicho Jesucristo, con la misma verdad y la misma propiedad que a esta Virgen dichosa: Siéntate a mi

diestra, comparte mi trono, mis bienes y todo e1 esplendor, el poder y el gozo de mi Humanidad?

María está **sentada** a la derecha de su Hijo. Así, pues, participa inmutablemente de todos sus bienes, de su beatitud, de su grandeza, de su poder. Comunión de beatitud, de grandezas y de poder que es en la Madre, respecto del Hijo, lo que es en el Hijo, considerado según su naturaleza humana, respecto del Padre: inferior y dependiente; inferior, porque la maternidad divina, que es el título de esa gloria, no iguala al privilegio de la unión personal con Dios; dependiente, porque, si todos los dones de la Humanidad de Cristo nacen, como de su fuente, de la divinidad del Padre, del mismo modo todo le viene a María de los méritos de Dios hecho hombre. Pero, al mismo tiempo, esta comunión de privilegios con Jesús glorificado sobrepuja inmensamente a toda comunicación hecha a las otras criaturas, aun a las más perfectas. De igual modo, pues, que el sentarse a la diestra del Padre es propio únicamente de Dios hecho hombre (Hebr., I, 13), así también es privilegio singular de María el estar sentada a la diestra de Jesús en una categoría a la cual ninguna otra criatura será jamás admitida. Por lo cual, si Jesucristo es Rey y Rey de reyes, su Madre puede reclamar legítimamente el título de Reina.

De aquí que por doquier resuena este cántico de alegría, de respeto y de amor: "*Reina del cielo, alégrate. Salve, Reina y Madre de Misericordia. Regina coeli laetare. Salve Regina, mater misericordiae.*" ¿Dónde no se invoca a María con el nombre de Nuestra Señora, *nostra Domina*, título equivalente al de Reina?

Y cuando, con la Iglesia, le damos esta alabanza, no hacemos sino repetir lo que nos enseñaron los antiguos Padres de la Iglesia. **San Efrén** la saludaba como"*Reina de todos los seres, nuestra gloriosísima Señora, aquella cuyos servidores y clientes somos todos; cetro que a todos nos rige y gobierna*" (*de SS. Deigen laudibus*, Opp. III (graece), pp. 575, 676). Y **San Pedro Crisólogo**, comentando aquellas palabras del Angel: "*No temas, María*", dice: "*Gabriel, antes de exponer su embajada, anuncia a María su dignidad con el mismo nombre: porque María, en hebreo, se traduce por Señora y Soberana*" (Serm. 142 P. L. LII, 579). Según **San Tarasio**, es la "*Reina de todas las cosas*" (hom. *in SS. Deip. praesent.*, n° 9 P. G. XCVIII. 1492). Según **San Juan Damasceno**, su Asunción gloriosa "*la puso en posesión de los bienes de su Hijo para que reciba los homenajes de toda criatura..., porque el Hijo sometió a su Madre todos los seres creados*" (hom. *in Dormit, B.V.M*. n. 14 P. G. XCVI, 741). "*Sí* —dice en otro lugar, *Ella es verdaderamente Soberana de toda criatura, desde que el Creador la hizo su Madre*" (Ibídem. *de Fit Orth* L. IV. c. 14 P G.. XCIV, 1157). Es Reina, como es Esposa, Hija y Madre, es decir, **Reina única**. No olvidamos que hay en el cielo otros reyes y reinas. ¿Acaso no dijo San Juan de todos aquellos"*cuyos nombres están escritos en el libro del Cordero, que el Señor Dios los iluminará con los rayos de su rostro, y **que reinarán** por los siglos de los siglos*"?(Apoc., XXI, 27; col XXII, 4, 5: III. 21). ¿No es ésta una de las razones por las cuales se llama al Hijo del hombre Rey de reyes y Señor de señores; Rey cuyos fieles servidores son otros tantos reyes? (Apoc.. XIX, 16; Col. IV, 2 sq.). Y no es sólo en el Apocalipsis donde los elegidos se nos representan con aparato y pompa de reyes: con corona en la cabeza, sentados en tronos, cerca del Hijo del hombre y reinando con Él; el Evangelio, en más de un lugar, promete esta eterna gloria, fuera de María, a otros muchos. La promete a los Apóstoles (Luc., XXII, 30); la promete a cuantos siguieron el llamamiento del Padre (Marc., X, 40; Luc., XII, 32: etc); y la última palabra que ha de dirigir a los elegidos sobre la tierra es una

invitación suprema "*a poseer el reino que les está preparado desde el principio del mundo*" (Math., XXV, 34).

Sí, por la gratuita munificencia de nuestro Dios, servirle fielmente es reinar. Y, con todo esto, la Bienaventurada Virgen María, su Madre, es por excelencia Reina, la Reina **única**. ¿Por qué? Porque toda otra realeza del cielo se obscurece y como que se eclipsa delante de la suya y no se puede comparar con ella. Entre los atributos de la soberanía que **San Bernardino de Sena** señala en el sermón que nos dejó sobre el **Glorioso Nombre de María**, ni uno hay que no se halle de manera **sobreeminente** en nuestra Madre. Ella es la única que no está sujeta a otro poder que al imperio de Dios; Ella sola goza de tal sobreabundancia de todos los bienes, que no necesita ayuda ni favor de las criaturas; Ella sola puede derramar con largueza, sin medida, las gracias y mercedes, porque su Hijo posee todos los bienes; Ella solo, en fin, puede autorizar su Realeza con un título incomunicable: el de la maternidad divina (Bernard. Sen., serm. 3, *de Glorioso nomine M*., a. 1. Opp. IV, pp. 81, sqq.).

Reina **única** también, porque todos esos reyes y reinas se proclaman sus inferiores y súbditos.
Es Reina de todos, *Regina coeli*. Se da el título de rey de la oratoria al que a todos aventaja en el arte de bien hablar. Y, ¿no sobrepuja la Madre de Dios a todos los elegidos, no sólo en mérito y en gloria, sino también en aquello mismo que caracteriza, en cierto modo, la realeza de cada uno de ellos? Más ardiente que los serafines en el fuego del amor santo; más que los querubines, iluminada de luz divina; más poderosa sobre el infierno que las Potestades y las Virtudes de los cielos (Albert. M., *super Missus cat*., q. 152. Opp. XX, p. 107); mas Madre del pueblo elegido; más unida con Cristo por los brazos de la sangre que los patriarcas; la primera, sin comparación, entre los Apóstoles, los Evangelistas, los doctores, los confesores, los mártires y las vírgenes.

Es la Reina de todos. ¿No véis a los bienaventurados, después de haber puesto sus coronas a los pies del Rey Jesús, declarando así que toda su gloria les viene de su gloria y a su gloria debe ir (Apoc., IV, 9, 10); volverse a María para rendirle un homenaje, no igual, pero semejante, porque no hay uno que no le deba su diadema, siendo así que la gracia que los ha coronado, por medio de Ella la recibieron cuando les dió el Salvador?

En una palabra; es Reina de todos, porque no pueden prosternarse delante del Rey de reyes, Jesús, sin contemplar a su lado el trono de su Madre, levantado sobre sus tronos de servidores e hijos adoptivos de Dios, como pide la divinidad de quien es verdadera Madre de Dios. Así, que aquella muchedumbre de cabezas coronadas, no sólo no rebajan con su presencia la grandeza y la gloria de su título de Reina, sino que lo realzan casi hasta lo infinito. ¿No es cierto que Cristo nos parece tanto más grande, más majestuoso, más poderoso, más rey, cuantas más coronas proceden de su corona y más cetros se humillan ante su cetro? Por esto mismo, la realeza de María resplandece con brillo inefable. Hermoso es, sin duda, reinar sobre millones de súbditos, mayormente cuando éstos aman y respetan; pero tener una corte donde el número de reyes se cuenta por el de los súbditos, ¿no es un triunfo sin semejante? Pues tal es el triunfo de María.

Estas explicaciones de la primera fórmula, si bien lo miramos, bastan para entender la segunda, María, se nos dice, constituye en el cielo un orden aparte, un orden sobre todos los órdenes de todos los predestinados. Ella, por sí sola, es su coro y su jerarquía.

No hace al caso exponer ahora la doctrina común, que distribuye los espíritus angélicos en tres jerarquías, cada una de las cuales contiene un número igual de**órdenes** o de coros, escalonados unos sobre los otros; menos aún intentaremos resolver la cuestión de si los hombres formarán en el cielo una jerarquía propia, o serán incorporados, según sus méritos, a las legiones de los espíritus celestiales. La opinión más general, y la que parece más sólida, es la que admite esta incorporación. En efecto, lo que constituye la diversidad de las jerarquías y de los órdenes angélicos no es tanto la perfección de la naturaleza como la excelencia de la gracia: de donde se sigue la diversidad de funciones y de oficios. Ahora bien: si los hombres, aun glorificados, son inferiores a los ángeles en cuanto a la naturaleza, nada impide que los aventajen en mérito y en gracia. Y esto basta para justificar su admisión en las falanges celestiales. Asi, con esta incorporación, repararán los vacíos que la rebelión primitiva dejó en el cielo, cuando Lucifer y sus cómplices fueron echados de él y precipitados en el abismo (Cf. S. Thom., 1 p., q. 108, a. 8, cura antec. et S. Bonac., in II, d. 9, a. 1, q. 1).

¿Quién no ve manifiestamente, después de lo que dejamos dicho, que la Madre de Dios no entra en orden alguno y sobrepuja a todas las jerarquías angélicas? Ya la miréis con relación a la gracia, ya la consideréis respecto a las funciones de que está investida en el reino de Dios, sobresale en todo y por todo.

Pero, resuelta esta primera parte de la cuestión, ¿es forzoso reconocer que, no perteneciendo María ni a orden alguno, ni a ninguna jerarquía de los predestinados, forma por sí sola una jerarquía distinta y superior, la segunda después de la Trinidad? No; respondemos. Y fundamos nuestras respuesta en la doctrina del Areopagita y de Santo Tomás, su intérprete más ilustre. En efecto, la jerarquía, el**principado sagrado**, según la propiedad de la palabra, encierra dos elementos esenciales, que son: pluralidad y subordinación, pues no otra cosa es la jerarquía que una multitud ordenada debajo de una autoridad común. Por esto, los dos insignes doctores que hemos citado no quieren que se hable de una jerarquía**increada**; porque, si bien en la Trinidad divina hay pluralidad, orden de naturaleza, la igualdad perfecta entre las personas en la unidad de una misma naturaleza excluye toda su subordinación propiamente dicha (San Thom., 1 p. q. 108, a. 1. Cf. Dionys, *de Coel. Hierarchia*, c. 3). Pues con harta más razón, faltando a la vez a la Reina del cielo los dos elementos constitutivos de la jerarquía, sería notoria impropiedad el considerarla como una jerarquía completa y separada.

¿Qué diremos, pues, entonces? Lo que en el fondo quieren significar los que emplean esta manera de expresarse; lo que **San Bernardino de Sena** dijo, más acertadamente, cuando escribió de la Virgen que, presupuesta su dignidad de soberana de todas las criaturas y de Madre de Dios, "*constituye por sí misma un grado, una categoría, un estado (statum) a los cuales no permite la recta razón que ninguna otra persona creada pueda ser convenientemente admitida, porque esta categoría, este grado, esta condición excluyen toda pluralidad: tan incomunicable es la dignidad de esta Virgen. En efecto, así como no conviene que haya varios Cristos, ni más de un Hombre-Dios, así no debe haber más de una Madre de Dios según la naturaleza*" (San Bernard. Sen, serm. 3 *de Glor. Nomine Mariae*, a. 2, c. 1. Opp. IV, p. 82).

Santo Tomás, en el texto de la **Suma Teológica**, al cual hemos aludido, después de haber asentado que la jerarquía, es decir, el **principado sagrado**, comprende"*al príncipe y a la muchedumbre ordenada bajo el príncipe*", prosigue en estos términos: "*Ahora bien: como no hay más que un Dios, Rey supremo, no solamente de los ángeles, sino de toda criatura racional, es decir, de toda criatura capaz de participar de las cosas sagradas, tampoco no hay más que una jerarquía univer-*

*sal...*"; la cual no excluye, sin embargo, las jerarquías particulares, como tampoco en un reino son incompatibles los cuerpos y gobiernos distintos con la subordinación común de todos bajo la autoridad del jefe supremo. ¿Por qué no decir de María que, por su dignidad trascendental y por, su influencia sin límites, está, después del Dios hecho hombre, a la cabeza de la jerarquía universal para ejercer en ella, de manera sobreexcelente, las tres funciones de los **Jerarcas**sagrados, purificando, iluminando y perfeccionando a los siervos y a los hijos de Dios, que son también los suyos? Pero estos conceptos serán expuestos más largamente, cuando hablemos de la Madre de los hombres.

**III**. Hemos dicho que, para María, sentarse como Reina en un trono a la diestra de Dios hecho hombre es participar, en una medida incomunicable, de su gloria, de su beatitud y de su poder. Tiempo es ya de explicar esta triple prerrogativa. Mas no nos alargaremos, ni sobre la gloria, ni sobre el poder de la Madre de Dios, porque entrambos pertenecen a nuestra segunda parte. Entonces será ocasión de tratar, tanto del culto debido a la Santísima Virgen, como de la manera en que Ella concurre a la salud de los predestinados: dos asuntos a los cuales se refiere naturalmente todo lo que se podría decir aquí de su gloria exterior y de su poder cerca de Dios. Queda, pues, la beatitud. Pero de ella tampoco hablaremos, sino brevemente, por dos consideraciones.

Primeramente, por nuestra impotencia para describir las perfecciones con que la sabiduría, la omnipotencia y el amor de Dios la han enriquecido en su cuerpo y en su alma, adorno más que regio de la Hija, de la Esposa y de la Madre. Aunque fuera cuestión del menor de los elogios, de un niño que no puede presentar en el tribunal de Dios más títulos que la gracia y la inocencia de su Bautismo, San Pablo mismo, el Apóstol arrebatado hasta el tercer cielo e instruido por el mismo Cristo para hablar de sus misterios, se declararía incapaz de concebir y de expresar la felicidad que le espera (I Cor., II. 9). ¿Qué temeridad no sería, pues, querer explicar el peso inmenso de la gloria reservado por el Señor a la Reina de los predestinados, a su Madre?

Otra consideración que nos detiene es que para declarar convenientemente de esta materia sería preciso exponer todos los elementos de la bienaventuranza, antes de mostrar su perfecta realización en María: cuestiones harto extensas para recibir aquí las soluciones que requieren. Rogamos, pues, al lector que recuerde o que lea lo que la teología católica enseña de la felicidad de los Santos, y luego se diga: de igual modo que la gracia de María sobrepuja la gracia de la muchedumbre innumerable de los elegidos, así la gloria de esta divina Virgen es superior a toda gloria creada; porque la gloria responde a la gracia como el fruto a la semilla.

No es raro ver que se dan como medida de la gloria de María el número incalculable y la perfección sobreeminente de sus méritos. De cierto, quien sepa meditar el valor y continuidad de las obras santas que la Virgen Santísima ofrecía a Dios en el transcurso de su larga vida, tendrá con eso bastante para quedar maravillado y confuso. Pero, con todo, esa medida es inadecuada; porque el crecimiento espiritual no tiene por única causa el mérito personal ; de otro modo no habría sitio en el cielo para esos millones de niños que mueren regenerados por el Bautismo, pero sin haber hecho obra alguna meritoria. La gloria, repetimos, responde a la gracia, y la gracia es primero infundida en el alma independientemente de todo mérito, y la doctrina católica nos la muestra desarrollándose aun sin el mérito, o, por lo menos, en pro-

porción mayor de la que el mérito reclama. Esto es lo que enseñan los teólogos con su célebre distinción entre el *opus operantis* y el *opus operatum*, y ya hemos visto los incalculables aumentos de gracia y santidad que de esta manera recibió la Virgen Santísima. Más propio sería decir que la medida de la gloria de María se ha de buscar en su maternidad; porque uno y otro modo de crecimiento espiritual tiene su razón primera en la divina maternidad.

Nos contentaremos con indicar sumariamente algunos puntos de mayor importancia. La bienaventuranza del alma, en su completo desarrollo, consta de tres actos igualmente durables, o, mejor dicho, igualmente eternos: ver a Dios, amar a Dios, gozar de Dios. *Videbimus, amabimus, gaudebimus*, dijo el gran San Agustín. Ahora bien: en cuanto a estas tres operaciones vivificantes, María no es sobrepujada sino por Dios hecho hombre, y no es igualada por persona alguna inferior a Él.

Su visión excede a todas las demás, tanto en intensidad, como en extensión. En intensidad, porque tiene por medida la perfección de la luz de la gloria, y ésta responde a la perfección de la gracia. Así, pues, cuanto más elevada está la Virgen en la gracia, tanto más penetra su mirada en los abismos luminosos del ser divino.

La misma visión sobrepuja a todas en extensión, conforme tendremos ocasión de explicar largamente en la segunda parte de nuestra obra. Notemos aquí solamente que en los misterios de la naturaleza y los de la gracia nada hay oculto para María. Aún más: algunos teólogos, como Suárez, estiman "*piadosa y probable*" la opinión según la cual María contempla en el Verbo, por la misma intuición que le revela las profundidades de Dios, todo lo que Dios mismo conoce con su **ciencia de visión**; por consiguiente, todos los seres distintos de Dios, de cualquier naturaleza que sean. Suárez no exceptúa sino lo que pertenece singularmente a la Humanidad de Cristo; por ejemplo, los pensamientos íntimos del **Hombre-Dios**; porque "*no pertenece al inferior el leer así libremente en el corazón del Superior*", a no ser que éste quiera revelar él mismo lo que en sí encierra (Suárez, *de Myster. vitae Christi*, D. 21. S. 3, § 8, Exhis....). Pero, ¿hacia quién se inclinará Cristo para decirle sus secretos más íntimos, sino hacia su Madre amantísima y amadísima?

Y el amor beatífico responde al conocimiento. Lo que no es ley en el destierro, lo es en la patria. Estos dos actos van juntos en la unidad de una misma perfección en el seno de la Trinidad beatísima, de tal modo, que si Dios es por esencia la infinita comprensión de sí mismo, es también el amor infinito de sí mismo. El Verbo infinitamente perfecto tiene por término el amor personal en todo igual a él. Por consiguiente, como la imagen es conforme a su ejemplar, la misma ecuación se verifica en cada uno de los elegidos. ¿Concebís ahora el impetuoso anhelo de amor con que María se lanzará perpetuamente hacia aquella Hermosura amabilísima y amantísima, tan perfectamente conocida? Cierto, María la amaba ya en el destierro más y mejor que los predestinados la aman en la patria (San Fr. de Sales., *Trat. del amor de Dios*, L. 3, cc. 7 y 8); pero hoy, que ve con luz incomparable más clara y más viva este océano de bondad, nada puede expresar la inmensidad de su amor. Ahora bien: amando a Dios ama con el mismo acto, en Dios y por Dios, y con el orden mismo con que Dios las ama, a las criaturas de Dios, y en particular a aquellas que recibió por hijos de adopción.

¿Hablaremos ahora de su gozo? El gozo procede del amor, como un efecto de su causa (San Thom., 2-2, q. 28, a. 1). El gozo es como la hartura del amor. ¿Por qué esa alegría de corazón al saber cualquier acontecimiento feliz que ha ocurrido a tal persona? Porque la

amáis. ¿Por qué esa alegría cuando la volvéis a ver y podéis vivir familiarmente con ella, después de una larga y dolorosa separación? Por eso también: porque la amáis. Esto enseña el Doctor Angélico en el lugar poco ha citado: "*El gozo nace del amor, o viene por causa de la presencia del objeto amado, o porque la persona amada entra en posesión o goza con seguridad de su propio bien*". He ahí —continúa— por qué el gozo espiritual es en nosotros fruto de la caridad: "*porque la caridad, por una parte, es el amor de Dios, cuyo bien es inmutable como es infinito, puesto que Dios es asimismo su propia bondad; y, por otra parte, Dios, por eso mismo que es amado, está presente en aquel que lo ama, según la sentencia del Apóstol: El que permanece en caridad vive en Dios, y Dios en él*" (Joan., IV, 10). Y por esto mismo, el gozo de la Virgen Santísima es ya un gozo sin medida.

No digáis que el bien de Dios, causa primera de esta alegría, no ha cambiado con su entrada en la gloria, y que, por otra parte, la caridad que hace que Dios le esté presente en la gloria es la misma que Ella tenía aquí abajo, en los últimos días de su vida mortal. Quien eso dijese, demostraría no haber entendido el razonamiento de Santo Tomás. No; el bien de Dios no es ya para María lo que era entonces. Sin duda, sabía que era infinitamente hermoso, infinitamente bueno, infinitamente perfecto, y nadie había apreciado nunca tanto como Ella aquel bien conjunto de todos los bienes, en que consiste la riqueza incomprensible de Dios. Pero, ¡cuánto mejor ve en la claridad que la inunda lo que es en sí misma esta insondable perfección del Dios de su corazón! ¡Cuánto más radiante y embelesadora se presenta a sus ojos la Sagrada Humanidad de Jesús! Por tanto, aunque los tesoros infinitos de amabilidad encerrados en el seno de Dios no han tenido aumento en sí mismos, se han más que centuplicado para María, gracias a la perfección de la visión cara a cara que le despliega, digámoslo así, ante sus ojos toda la inmensidad de las riquezas de Dios.

Cierto también que antes la caridad le hacía presente el bien de Dios. ¿Quién lo llevó nunca como Ella en el espíritu y en el corazón? Pero esta presencia, por íntima y sensible que fuese, era todavía la ausencia, porque la Virgen aún estaba entonces en **camino**; porque aún deseaba la disolución de su cuerpo para estar en Cristo; porque para Ella, como para todo justo de la tierra, morir fue ir a Dios, comoquiera que la **visión** sola de Dios basta para consumirnos en la presencia de Dios.

Cierto, en fin, que su amor de Dios había adquirido su último srecimiento cuando llegó para Ella la hora de la libertad; pero si la caridad, considerada como **hábito** o principio de amar, sigue siendo, al entrar en el cielo, lo que había sido en la tierra, el acto de amor adquiere un vigor, un ímpetu, una fuerza que debe a la perfección del conocimiento, porque sólo la intuición permite a la divina bondad ejercer plenamente todo su poder de atracción. Hemos hablado de la felicidad que le viene a María de su amor de Dios. Pero aún hay para Ella otras fuentes de gozo. No olvidemos que el Hijo del hombre, que reina en lo más alto de los cielos, la llama su Madre; y lo es, en efecto. No olvidemos tampoco lo que dijimos del recíproco amor que se tienen, y entenderemos las delicias que han de producir en el corazón de María la contemplación de tal Hijo, los familiares coloquios de entrambos, las divinas caricias y los besos dulcísimos que de Él recibe. Recordemos, en fin, que los elegidos de Dios son también hijos de María; hijos tan amados, que por ellos entregó su Unigénito a la muerte más espantosa; y aunque no tuviera otro gozo que el que le causa la eterna bienaventuranza de éstos, se tendrá por muy contenta, y bendeciría a Dios por haberla hecho la más dichosa de las Madres.

Si hubimos de ceñirnos al tratar de la beatitud del alma, no fue con la esperanza de poder extendernos al tratar de la bienaventuranza del cuerpo: las mismas dificultades se nos ofrecen. La bienaventuranza corporal de los elegidos puede considerarse de dos maneras: en cuanto al ser y en cuanto a la actividad vital. Al ser se refiere lo que se ha convenido en llamar dotes de los cuerpos gloriosos; a la actividad vital, las operaciones en que se ejercitará la perfección propia de cada uno de los sentidos.

Ahora bien: en todo esto María conservará su preeminencia de Reina y de Madre. Descubrid, si podéis, los esplendores y las delicias de la humanidad sensible de nuestro Salvador, y os diremos, siquiera sea balbuceando, lo que es hoy el exterior en María; porque Ella es en el cielo el más perfecto traslado de Jesús glorioso. O bien, si os parece empresa menos desproporcionada a vuestra flaqueza, descubrid las bellezas y la divina embriaguez de su alma bienaventurada, y nos serviremos de ello para pintaros la radiosa aparición que Ella ofrece a los Santos con su carne**angelizada**, puesto que esta carne es viva y fiel expresión del alma, toda penetrada de su influencia, en perfecta consonancia con ella.

**IV.** Cosa frecuentísima es ver aplicadas a María, en su Asunción, estas palabras del **Cantar de los Cantares**: "*He aquí que mi Amado me llama. Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven. Ven del Líbano, esposa mía; ven y serás **coronada***" (Cant., II, 10; IV, 8). Tal fue la invitación que Jesús hizo a su Madre cuando esta Virgen, muriendo de amor, iba a elevarse de la tierra al cielo, apoyada en su Amado. ¿Por qué habla Jesús de **coronación**? ¿Por ventura no era ya Reina María? ¿Acaso no llevaba en su frente la diadema de su maternidad, de sus virtudes, de sus méritos y de su poder? Sin duda alguna; y, con todo, esta es la hora en que ha de ser coronada.

Va a serlo, porque todo lo que constituye su realeza recibe hoy su glorioso y final complemento: complemento de poder, complemento de luz, complemento de bienaventuranza, complemento también de gloria y de inmortalidad en todo su ser. Va a serlo, sobre todo, porque sus privilegios brillan de aquí adelante con esplendor sin igual, ante las miradas de los ángeles y de los hombres. Hasta ahora había sido una Reina oculta bajo un doble velo: el velo de su humildad, que le hacía guardar en su corazón el secreto del Rey celestial y no le permitía mostrar a los ojos de los mortales sino a la esclava del Señor; el velo que Jesús mismo había tendido sobre su Madre en los días de su vida mortal, cuando la conservaba encerrada en el humilde Nazareth, cuando delante de las turbas no le daba el nombre de Madre, cuando la llamó en su seguimiento a compartir las ignominias de su Pasión, cuando, volviendo al cielo, la dejó sola en la tierra, tan pequeña a los ojos de los hombres, que al recorrer las historias dijérase que nada significaba en el mundo. Pero hoy, ¡qué cambio tan maravilloso! Cambio durable y eterno. Cristo, en presencia del cielo entero, la llama **mi Madre**, y quiere que todo se incline delante de Ella: obligación, en verdad, dulcísima para el mundo de los elegidos; porque ¿no es, por ventura, deliciosísima fiesta el contemplarla en su trono de gloria, el encontrar su mirada, el acceder a sus menores deseos, el sentir el corazón derretirse de amor y de admiración delante de Ella?

Y he aquí que también la tierra se une a los venturosos moradores del cielo; María no será ya olvidada. Donde quiera que se predique el nombre de su Hijo, se celebrará su nombre, hasta el día en que llegue la completa y eterna revelación; entonces no habrá sino un inmenso

y perpetuo ***Ave*** entre la multitud de los hijos de Dios reunidos delante del trono de la Madre de Dios y Madre suya.

¡Oh, María! Dígnate escuchar nuestra humilde plegaria, la plegaria de los que aún estamos en el destierro, lejos de ti. Vuelve hacia nosotros tus ojos misericordiosos; hacia nosotros, que gemimos, apartados de ti, en este valle de lágrimas. Muéstranos algún día tu rostro, y resuene tu voz en nuestros oídos; porque esa voz es dulcísima, y su rostro, la misma hermosura (Cant., II, 14).